ALASTAIR HAMILTON

LA ILUSION DEL FASCISMO



ALASTAIR HAMILTON

LA ILUSION DEL FASCISMO

Un ensayo sobre los intelectuales y el Fascismo 1919 - 1945

LUIS DE CARALT
Editor
Ganduxer, 77
BARCELONA

Título de la obra original:
THE APPEAL OF FASCISM

Versión española
de
Joaquín Adsuar Ortega

Primera edición: Junio 1973

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-217-5652-4

Depósito Legal B. 23.492-1973 N.º Registro 4457-73

LINOMONOGRAPH, S. A. - RIERA SAN MIGUEL, 9 - BARCELONA

RECONOCIMIENTO

De entre las muchas personas que me han dado consejos e información para este libro, me gustaría dar las gracias de modo particular al Profesor Renzo De Felice, al Doctor Piero Melograni y al señor Dominique de Roux. Le estoy también muy agradecido al conde Giacomo Antonini, al Profesor Carlo Bo, a Herr Arno Breker, al abogado Ugo Castelnuovo Tedesco, al Doctor Benedetto Gentile, a Mrs. Saint-John Hutchinson, a Mr. Arthur Koestler, a M. Jacques de Lacretelle, a M. Michel Mohrt, al Profesor Gioachino Volpe y a Mr. Henry Williamson.

Por su permiso para utilizar citas de sus libros, les doy las gracias a los señores Allen y Unwin por las citas de la traducción de Arthur Helps de las *Cartas de Spengler*; a los señores Jonathan Cape por las citas de la traducción de I. F. D. Morrow de la obra de Ernst von Salomon *The Outlaws;* a los señores Cassell & Co y a Mrs. Eva Alberman por las citas de *The World of Yesterday,* de Stefan Zweig; a los señores Hamish Hamilton por las citas de *The Course of German History,* de A. J. P. Taylor; a los señores A. D. Peters por las citas de *The Letters of Hilaire Belloc,* y al señor Robert Speaight por las de *Life of Hilaire Belloc;* a los señores A. M. Heath y Henry Williamson por las citas de las novelas de este último; a los señores Thomas Nelson & Son Ltd. por las citas de *My Life,* de Sir Oswald Mosley; a los señores Methuen & Co. Ltd. por las citas de *Italy from Liberalism to Fascism,* de Christofer Seton Watson; a los señores Curtis Brown por las citas de *The Thirties,* de Julian Symon; al Dr. S. J. Woolf por las citas de *European Fascism;* a la London School of Economics and Political Science por las citas de *Diaries,* de Beatrice Webb; a la Stanford University Press, por las citas del libro *Action Française: Royalims and Reaction in Twentieth-Century France,* de Eugen Weber; a Mr. Michael B. Yeath y a Miss Anne Yeats por el permiso para las citas de W. B. Yeats: *Letters, Senate Speeches* y *A Vision.* Finalmente deseo expresar mi más profunda gratitud a Mr. Tom Rivers.

FOTOGRAFÍAS

El autor y el editor desean expresar su reconocimiento por el permiso concedido para reproducir las fotografías que ilustran este libro a: Foto Adelmann, de París, por la fotografía de Martin Heidegger; Radio Times Hulton Picture Library, Londres, por las fotografías de Henry Williamson, Roy Campbell, Percy Wyndham Lewis y Thomas Stearns Eliot; L'Herne, por las fotografías de Louis-Ferdinand Céline y Ezra Loomis Pound; Herr Arno Breker por las fotografías de Otto Abetz con Robert Brasillach, Arno Breker con Pierre Drieu La Rochelle y Jean Cocteau con Arno Breker; The John Hillelson Agency Ltd., Londres, por la fotografía de Sacha Guitry (tomada por Henri Cartier-Bresson) y al Ullstein Bildedienst, Berlín, por las fotografías de Ernst Jünger y Arnolt Bronnen.

INTRODUCCION

Las consecuencias de las ideas de Hitler, las víctimas de la persecución y la discriminación, la desgracia en la que incurrió Mussolini debido a su temprana influencia sobre el dictador alemán y su subsiguiente alianza con él, son hechos que tienden a oscurecer la atmósfera en la cual se desarrolló el fascismo y a nublar un período en el cual nadie, difícilmente, podía pensar adónde acabaría por conducirnos. Esto deforma, mucho más de lo que puede pensarse, la perspectiva de esa época en la que escritores conocidos por su odio a la democracia tenían pocas razones para creer que su apología de la violencia iría más allá del simple papel en el cual la expresaban. El propósito de mi libro es contar las ideas de algunos de esos escritores en Italia, Alemania, Francia e Inglaterra; examinar la llamada, la atracción, que ejerció sobre ellos el fascismo, pese a su ideología ambigua, y establecer lo que fueron sus tratos y relaciones con los movimientos fascistas en sus propios países o en otros. Me apresuro a hacer constar que no deseo acusarlos ni más ni menos que tampoco deseo defenderlos, ¿pues quién soy yo para juzgar? Únicamente quiero examinar, a través de ellos, algunas de esas ilusiones que pendieron sobre Europa hasta el colapso del Tercer Reich, algunos de esos mitos que ahora, menos de treinta años después, parecen tan irreales, tan absurdos y tan profundamente ajenos a nosotros.

No puedo menos que aludir a los llamados precursores del fascismo, que murieron antes de que el fascismo naciera, puesto que estoy de acuerdo en que es «erróneo suponer que el fascismo en sí puede ser comprendido considerando ciertos arraigamientos teóricos» (1). Pero exactamente igual que resulta imposible probar que el fascismo tuviera sus indiscutibles precursores en el siglo XIX, también creo imposible probar que las

(1) Maurice Cranston, *Sunday Times*, 8 febrero 1970.

ideas de determinado escritor le lleven inevitablemente al fascismo. Esto es una fantasía — una fantasía en cierto modo peligrosa, o así lo creo —, procedente por igual de los extremistas de la izquierda que de los propios fascistas. La situación, desde luego, no está clara. Un gran número de hombres que fueron acusados de fascistas, o bien no deseaban tener nada en absoluto que ver con el movimiento en sí, o le concedían una aprobación limitada y reservada. Otros sorprendieron a sus contemporáneos dando la bienvenida a la subida al poder de Mussolini o Hitler, y aun cuando en este ensayo no me extiendo hasta estudiar el fenómeno de los intelectuales que hicieron profesión de comunismo, la barrera entre los que eligieron el comunismo y aquellos otros que prefirieron el fascismo me parece tan débil, en muchos casos, que no creo tengamos derecho a afirmar que cierto tipo de hombre, cierto tipo de psicología, tiende al fascismo. Si ocasionalmente he sugerido — como en los casos de Céline y Gottfried Benn — que la profesión y el ambiente que rodean a un escritor pueden ser parcialmente responsables de sus simpatías políticas, esto no es más que una simple sugerencia; estoy seguro que muchos escritores de la misma profesión y de similar origen pueden probar lo incierto de esta tesis.

Uno de los hechos que emerge del estudio de los compromisos políticos entre las dos guerras es el de su inconsistencia. Y si, como yo pienso, en la mayoría de los casos debemos considerar la decisión de los intelectuales de apoyar un movimiento político en particular como relativamente desinteresada, basada en la esperanza de que ese movimiento pueda producir un mundo mejor y más feliz y, en consecuencia, conducir a una mejora de las condiciones sociales, vemos que los acontecimientos entre 1918 y 1939, muchas veces arrastraron a hombres que buscaban una solución justa a posiciones totalmente incongruentes. Ellos tuvieron oportunidad de contemplar dos crisis económicas de una violencia sin precedentes que condujeron a incidentes callejeros, al paro forzoso, a la amenaza de la miseria y el hambre para millones de familias. Temieron que la Gran Guerra, con todos sus horrores, pudiera repetirse; y en la década de 1930, la determinación de Hitler de llevar a cabo de modo total sus ambiciones expansionistas — su retirada de la Sociedad de las Naciones y de la Conferencia del Desarme, la ocupación de la zona desmilitarizada de Renania, la anexión de Austria y la ocupación del territorio de los sudetes — sugerían, claramente, que la paz duraría sólo en tanto que las potencias democráticas continuaran traicionando sus principios. Sin embargo, a fin de evitar la repetición de una gran guerra, los pueblos se vieron a sí mismos soportando regímenes hacia los cuales no

sentían simpatías naturales y defendiendo puntos de vista que, en cualquier otra época hubieran deplorado. En busca de un camino para escapar de la crisis social y económica hacia las cuales caminaba el mundo, llegaron a aconsejar soluciones políticas cuya práctica en cualquier otra circunstancia les hubiera causado repugnancia.

Incluso la forma con que se realizaban las alianzas políticas resultaba paradójica. Desde la subida de Hitler al poder, en 1933, hasta que invadió Rusia en 1941, en Europa existió la posibilidad de tres combinaciones: la primera —que sólo podía prevalecer con la ruptura del pacto nazi-soviético— era una alianza entre los Estados fascistas, Italia y Alemania, contra las «democracias» europeas, incluyendo a la Unión Soviética. La segunda era una alianza anticomunista entre los Estados fascistas y las democracias contra la Unión Soviética, y la tercera consistía en una alianza «antidemocrática» entre los Estados fascistas y la Unión Soviética contra las potencias democráticas.

Estas tres alianzas, apoyadas alternativamente por un buen número de políticos, encontraron su reflejo en los puntos de vista de la *inteligentsia* europea. A un lado estaban los demócratas, que se oponían a toda forma de totalitarismo, y los nacionalistas, que, si eran italianos o alemanes, tendían a apoyar una alianza fascista contra el comunismo y la democracia, pero que, en toda circunstancia, ponían a su país en primer lugar. Estaban los anticomunistas, los intelectuales que pese a no sentir ninguna simpatía por el fascismo, lo preferían y lo consideraban como la mejor defensa contra el comunismo. Y, finalmente, estaban los «antidemócratas», aquellos que preferían un Estado revolucionario y autoritario y que contemplaban con mayor simpatía a la Unión Soviética que a las democracias liberales. En esta última categoría que, según mi opinión, fue la que dio el mayor número de auténticos fascistas, se encontraban hombres como Malaparte y Drieu La Rochelle y, también, muchos intelectuales comunistas. Se trataba en ese caso de los rebeldes, cuyo principal enemigo era el *status quo*, el tranquilo, pacífico, complaciente y, en cierto modo, hipócrita Estado liberal. Los fascistas veían al comunismo y al fascismo rodando de modo paralelo. Creían no sólo que el fascismo era revolucionario, sino también que era izquierdista. Así, aun cuando el fascismo resultara ser reaccionario en la práctica, sus simpatizantes y adheridos lo aceptaban así gustosamente, y precisamente por esa razón no tenemos derecho a considerarlos como puramente conservadores o a interpretarlos en términos de las derechas tradicionales. El fascismo pretendía ser una tercera solución, inclinada hacia la izquierda, que debía seguir su curso entre el comunismo y el liberalismo, más próximo al pri-

mero que al segundo. Pretendía, si no eliminar totalmente al capitalismo, al menos romper el poder y la influencia de la oligarquía capitalista. En teoría, pretendía introducir «un socialismo burgués».

El socialismo burgués, tanto en la teoría como en la práctica, tenía poco en común con el socialismo marxista proletario. Las diferencias entre las distintas formas de fascismo y las considerables transformaciones a que fueron sometidas en el curso de su existencia, se expresarán con claridad suficiente en mi estudio y deben ser examinadas en sus contextos histórico y nacional, así que ahora me limitaré a señalar algunos de los puntos que tenían en común, algunas de las «imágenes» que en las décadas de los veinte y los treinta la gente asociaba con la palabra «fascismo». Fundamentalmente, se trataba de una ideología que intentaba reclutar a la clase media inferior que se hallaba amargada por las crisis económica y social, asustada por la idea del comunismo, disgustada y desilusionada por el mundo que había surgido de la Primera Guerra Mundial, y al mismo tiempo ya no confiaba en los tradicionales partidos de izquierda o derecha. Ese fascismo, en el sentido original de la palabra, era un fenómeno restringido, limitado exclusivamente al período entre las dos guerras, como lo indica con suficiente claridad la estructura y la actitud de los verdaderos movimientos fascistas —el *Partito Nazionale Fascista,* de Mussolini; el *N.S.D.A.P.*, de Hitler; el *Faisceau,* de Georges Valois, o la *Union of Fascists,* los fascistas británicos de Mosley—. Dado que esos movimientos estaban pensados originalmente para atraer a los ex soldados, a los combatientes de las trincheras de la Gran Guerra, a recrear la atmósfera de camaradería juvenil, de heroísmo e idealismo que se desarrolló en las trincheras o —como es más exacto decir— que se había desarrollado en el mito de las trincheras creado por los fascistas. Consecuentemente, los líderes fascistas organizaban desfiles, diseñaban uniformes, facilitaban a sus seguidores canciones, emblemas y slogans, y subrayaban el valor y la importancia de ciertas cualidades militares, tales como la jerarquía, la jefatura y la disciplina.

Sin embargo, el fascismo no estaba creado sólo para los ex combatientes; como ya hemos dicho, buscaba hacerse con toda una clase social media que sentía amenazado su estatuto social, que temía el derrumbamiento de las instituciones tradicionales, familia, religión y patria, socavadas por el marxismo. En los Estados fascistas, consecuentemente, esos «valores eternos» (más la familia y la patria que la religión, dado que el fascismo pretendía ser una religión en sí mismo), se convirtieron en objeto de un culto que parecía garantizar que el nuevo mundo estaría asentado en el más fervoroso apoyo a la institución familiar.

Al mismo tiempo, el fascismo se presentaba como la única ideología capaz de poner fin a la lucha de clases y, rotundamente, en desacuerdo con el concepto marxista de la irreconciliabilidad del proletariado con la burguesía. Así, a un nivel práctico, ofrecía el corporativismo, un Estado corporativo, en el cual los antiguos sindicatos socialistas obreros serían abolidos y el potencial humano de la nación se reorganizaría en corporaciones sometidas a la autoridad del Estado, en las cuales los patronos podrían llegar a acuerdos con los obreros en términos de igualdad y, sobre todo, basados en la amistad y la camaradería.

Hay que subrayar que el antisemitismo no juega ningún papel en la esencia de la doctrina fascista; la conservación de la pureza racial fue un mito hitleriano, que no era compartido por Mussolini ni por otros líderes fascistas. Pero en honor a la verdad debe decirse, también, que la violencia organizada ofrecida por el fascismo —incluso antes de que llegara a su culminación— requería un objetivo. El activismo fascista necesitaba ser dirigido *contra* alguna cosa. Al principio, en Italia como en otras partes, ese objetivo fueron los socialistas, a los que se acusaba de ser traidores a la propia patria y de estar al servicio de organizaciones internacionales, que expandieron el derrotismo en la Gran Guerra, y a las que se hizo responsables de atentar contra la unidad nacional y de prolongar la crisis económica con sus huelgas y disturbios. A los socialistas, Hitler añadió los judíos, en la creencia de que de ese modo podía incitar aún más a la pequeña burguesía, al inspirar en ella una repulsión auténticamente física contra otra raza.

En esencia el fascismo fue un «mito» en el sentido soreliano del mundo, un «sistema de imágenes» que desafía cualquier definición lógica o análisis racional, lleno de contradicciones y sometido a ellas. Del mito a la realidad, de la teoría a la práctica, el abismo —como ocurre con frecuencia— era demasiado profundo. Si se examina con cierto grado de objetividad, si se traza su trayectoria y se comparan sus logros con sus principios, el fascismo fue menos que un mito: fue un engaño. Sin embargo, el entusiasmo que inspiró es indiscutible y aunque ese entusiasmo, en Alemania y quizá también en Italia, hizo más para terminar con el antagonismo de clases que cualquier otra reforma llevada a cabo por un Estado democrático, la afirmación de que el fascismo era un movimiento revolucionario resultó falsa tan pronto como el fascismo se convirtió en régimen. Ni en Italia ni en Alemania logró cambiar la estructura de las clases sociales, y menos destruir al capitalismo. En ambos países, la masa revolucionaria del movimiento, los *squadristi* o las S.A., fueron despojados de toda efectividad tan pronto como el dictador tuvo la opor-

tunidad de suprimirlos. El corporativismo jamás se implantó en Alemania y fracasó en Italia. Sometido en sí mismo a tantas distintas interpretaciones resultó, en Italia, simplemente un medio más de mantener la anterior jerarquía.

Si examinamos el fascismo fuera de Italia y Alemania, aun salen a la luz del día un número mayor de discrepancias y contradicciones: la mayor parte de los movimientos fascistas tomaron como modelo bien a los alemanes o bien a los italianos, con lo cual renunciaron a su tradición y su originalidad nacionales. Hablando estrictamente, el fascismo era un movimiento nacionalista, pero muchos fascistas franceses gustaban de pensar en él como si fuera internacional, pues aquellos que colaboraron con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial se encontraron ellos mismos en una situación semejante a la del escudero jacobita en *Tom Jones*, el cual, después de oír que habían desembarcado en Inglaterra nuevos refuerzos para ayudar al joven pretendiente «con gran alegría en su expresión, tomó a su patrón de la mano y le dijo: "Ahora todo es nuestro, muchacho, ¡diez mil honrados franceses han desembarcado en Suffolk! ¡Viva por siempre la vieja Inglaterra! ¡Diez mil franceses, mi bravo compadre!"»

¿Cuál fue, sin embargo, el atractivo que el fascismo, aun cuando por corto tiempo, ejerció sobre tantos eminentes hombres de letras, algunos de los cuales estaban en condiciones perfectas para poder ver a través del mito? Una de las ventajas de la vaguedad de la doctrina fascista y de su falta de un origen aceptado, fue que un buen número de escritores, que tenían poco de común entre ellos, podían considerarse a sí mismos como precursores de un movimiento político que había triunfado. La ambigüedad de la ideología permitía a aquellos que la apoyaban a leer en ella lo que les gustaba; podían retorcerla a su voluntad y así ponerse de acuerdo con ella. Y con toda su maleabilidad, el fascismo constituía un fenómeno que los artistas encontraban estéticamente satisfactorio: había convertido la anarquía en orden. El fascismo, sobre todo el fascismo de los intelectuales, tenía su origen en una profunda rebeldía, en una revuelta anarquista dirigida contra el orden establecido. En este ensayo estudiaré la relación existente entre el fascismo y esos movimientos artísticos que se desarrollaron antes de la Gran Guerra, como el futurismo, en Italia; el expresionismo, en Alemania, o el vorticismo, en Inglaterra. Por una parte esos movimientos comenzaron una reacción contra el legado del siglo XIX, una herencia tradicional que amenazaba con suavizar el arte tanto como inhibía al individuo; pero por la otra, daba lugar a una necesidad de escape. La complacencia de la despreciada burguesía, tan du-

ramente trabajadora, estaba acompañada de una amenaza que hería a la inteligencia, igualmente disgustada y aún más asustada: la amenaza de lo anónimo, debida a la velocidad con que avanzaban la industria y la mecanización y el progresivo auge de las masas, que finalmente podían participar en la administración de un mundo en el cual hasta entonces no habían tenido voz ni voto. Al mismo tiempo parecía como si el papel del individuo estuviera superado. El individuo tenía que ser esclavizado por la maquinaria cada vez más poderosa, o engullido por la sociedad de masas.

El fascismo parecía ofrecer una solución contra esta amenaza del anonimato, puesto que conciliaba el culto al héroe con el movimiento de masas. Desafiaba la transformación social con su deliberada protección a los valores tradicionales y su intento de imponer una estructura social, la cual, aun cuando aristocrática en la forma, estaba basada en el reconocimiento del mérito individual, independientemente de su origen social. No había en él nada de la siniestra igualdad ofrecida por el comunismo: se ofrecía una sociedad en la que a cada hombre se le daba lo que se merecía, en la cual podía conservar su individualidad, en la cual la edad del maquinismo estaba atractivamente empavesada en mitos de heroísmo medieval y de caballería. Y que Mussolini e Hitler hubieran «domeñado la revuelta» (2) a expensas de la revolución, les parecía menos turbador que impresionante el Estado de orden que había surgido bajo su dictadura.

Es un error, no hay duda, el traspasar ciertos ideales estéticos al nivel político — un error frívolamente cometido por Salvador Dalí cuando en una reunión surrealista en 1934 proclamó que la personalidad surrealista de Hitler era tan admirable como la de Sade o Lautréamont —, un error que fue de graves consecuencias cuando un grupo de escritores buscó, en un régimen totalitario la disciplina que ellos asociaban con su propio y privado proceso creativo. Las dificultades que tal actitud lleva implícitas fueron muy bien expresadas por André Gide, que prefirió pasarse al comunismo. «La noción de libertad, tal y como se nos enseñó — escribió en octubre de 1931 —, me parece falsa y perniciosa en extremo. Y si acepto la restricción soviética, debo aprobar también la disciplina fascista. Creo cada vez con mayor firmeza que la idea de libertad no es más que un engaño. Me gustaría estar seguro de que pensaría lo mismo si yo personalmente no fuera libre, yo que valoro mi propia libertad de pen-

(2) La frase es de George Mosse en «La génesis del fascismo», publicado en *The Journal of Contemporary History*, vol. I, núm. 1, 1966, págs. 14 a 26.

samiento sobre todo lo demás. Pero también creo, cada vez más firmemente que el hombre no hace nada verdaderamente válido sin restringirse y que los que son capaces de hallar ese poder de restricción en sí mismos son muy raros. Creo, también, que el verdadero color de un pensamiento particular sólo asume su valor total cuando es puesto de relieve y destacado sobre un fondo imperturbable. Es la uniformidad de las masas lo que permite que ciertos individuos se eleven y destaquen contra ella. El "dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", que se lee en los Evangelios, me parece una frase cada vez más llena de sabiduría. Al lado de Dios tenemos libertad, libertad de espíritu; al lado del César está la sumisión, la sumisión de nuestros actos» (3).

El fascismo combina la idea de disciplina con otra perspectiva que se creyó igualmente excitante intelectualmente, aun cuando ahora nosotros tengamos bastante dificultad en desasociarla del genocidio que, aun cuando indirectamente, procede de ella. Se trata de la perspectiva de un «hombre nuevo», de la élite de superhombres heroicos, «*artistas*-déspotas», en los cuales soñó Nietzsche.

Sin embargo, no hay por qué pensar en esta élite en términos antisemitas, y difícilmente un intelectual lo hará así. En vez de ello, uno debe colocarlo en ese vago nivel artístico que atrajo a Gottfried Benn y Martin Heidegger. En cierto modo se trató de una ficción poética; una ficción que pese a la general repugnancia que los anglosajones sienten por el fascismo, encantó a dos de los mejores y más grandes poetas de la lengua inglesa: Yeats y Ezra Pound.

El mito del superhombre, del «hombre nuevo», está conectado a su vez con el deseo de renovación, de resurrección, de revigorización con esa equivocada aunque popular interpretación de la historia que se puso de moda en la revuelta contra el positivismo a final del siglo XIX. Debo mencionar la implicación de la «teoría cíclica» con referencia a Oswald Spengler, aunque no hay nada nuevo, nada original en ello, como tampoco en que la civilización había llegado a un punto de crisis. Si esta creencia se hizo más aguda o más extensa en los primeros treinta años de este siglo que lo había sido nunca antes, es algo que yo vacilo en afirmar; pero prevaleció en los círculos intelectuales y parecía provista de algo que parecía confirmarla con la Gran Guerra y la depresión. Un número cada vez mayor de escritores comenzaron a encontrar que el apocalipsis no sólo era inevitable sino deseable. Parcialmente para anticiparse a ello y, en

(3) A Gide, *Journal 1889-1939*, París, 1939, pág. 1.084.

parte también, para sobrevivirle, eligieron situarse al lado de las ideologías totalitarias y apoyar regímenes que apresurarían la destrucción de la civilización que ellos creían en estado de putrefacción. Había, desde luego, una profunda tendencia autodestructiva en esa actitud, que se hizo más aparente en Gide. En 1932, el poeta y novelista informó a Dorothy Bussy «que había pasado toda su vida dedicado a buscar cosas falsas, sin valor; nada de todo aquello por lo que había vivido valía la pena ya; que el *arte, la libertad de pensamiento,* incluso la verdad, no seguirían contando durante mucho tiempo en el nuevo mundo que el comunismo estaba abriendo para nosotros. Que debíamos colocarnos al lado de los hombres que hicieron beber la cicuta a Sócrates, que el arte y los valores espirituales de *Andrómaco* estaban ya desfasados y no tenían relación con nosotros» (4).

En este terreno, también, el fascismo parecía una solución. El fascismo se jactaba de ser antiintelectual —y muchos intelectuales estaban de acuerdo en que en el nuevo mundo al otro lado del apocalipsis, no habría lugar para intelectuales—, pero al mismo tiempo proclamaba su intención de conservar esos valores espirituales que el comunismo, probablemente, destruiría. Para creer en una mentira tan descarada (al menos en lo que se refiere al nacionalsocialismo) sería necesario no tomar en consideración la notable similitud entre las obras de arte oficiales que proceden del Tercer Reich y de la Unión Soviética; pero eso podía ser hecho fácilmente por quienes no vivían ni en la Alemania nazi ni en la Unión Soviética. En cualquier caso, parece que bajo el fascismo la muerte del mundo viejo y el nacimiento de uno nuevo sería relativamente sin dolor. Y ellos los creían desde luego tan sin dolor que casi podemos detectar un mayor sentido de autoconservación en los sectores que eligieron el camino del fascismo que aquellos otros que siguieron la senda del comunismo.

Las otras razones que impulsaron a tantos escritores a ponerse ellos mismos junto a la ideología de Mussolini o de Hitler, aparecerán en el transcurso de la lectura de este libro: fueron el oportunismo en los países en los que el fascismo logró triunfar; un deseo, en las democracias liberales, de provocar a la opinión pública, de subrayar la individualidad, la personalidad del artista siguiendo una línea política que no era popular ni mucho menos. Hubo también motivos puramente personales: caprichos, afectos, perversiones. Había también un sentido de elec-

---

(4) André Gide-Roger Martin du Gard, *Correspondance 1913-1934,* París, 1968, página 731.

ción. La elección por la cual un hombre puede querer ser testigo de las atrocidades cometidas por los fascistas, mientras otros desean verlas cometidas por los comunistas. En resumen: existían cientos de razones, y no había regla que las regulara, como tampoco hay una con la cual nosotros podamos juzgarlos.

ITALIA

SECCION PRIMERA

La Gran Guerra, recibida por muchos con entusiasmo, fue seguida de un convencimiento, muy extendido, de que venía a inaugurar una nueva era. Consecuentemente, resulta curioso establecer lo reducido que fue el número de problemas que realmente resolvió y lo escasas que fueron las innovaciones que nos trajo. Más bien que ser la causa o el comienzo de una crisis, aparece a nuestros ojos como una de las innumerables etapas en un movimiento histórico del cual es muy difícil señalar el punto de partida e imposible predecir un final.

La Gran Guerra actuó como un catalizador para varios de los elementos que habrían de formar el movimiento que tomaría el nombre de fascismo, pero esos elementos, la reacción intelectual, el descontento político, la transformación social, habían surgido ya con mayor o menor claridad al final de la primera década de este siglo.

En Italia la forma más extrema de esa reacción intelectual fue el futurismo, un movimiento limitado tanto en su originalidad como en su capacidad constructiva, pero sin embargo bastante influyente. Su instigador, Filippo Tommaso Marinetti, que nació en Alejandría en 1876, y había estudiado en Egipto y Francia, tuvo a su disposición cierto ingenio y una respetable cantidad de dinero. Encantador, turbulento y exhibicionista, fue de una capital a otra escandalizando y provocando a sus contemporáneos. Fue en un piso milanés, de aspecto sibarítico donde conjuntamente con tres pintores, Carlo Carrà, Umberto Boccioni y Luigi Russolo, redactó el Manifiesto Futurista, en febrero de 1909, exhortando a los jóvenes a «cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la audacia». «La literatura», creían los futuristas, «ha venido celebrando una inmovilidad contemplativa, arrobamiento y letargo. Queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril... Afirmamos que la magnificencia del mundo ha sido enriquecida por una nueva belleza: la belleza de

la velocidad. Un coche de carreras, con su capot cubierto con grandes tubos, como serpientes con aliento explosivo... un automóvil con el motor rugiente que parece imitar el ruido de las ametralladoras, es más bello que la Victoria de Samotracia». La intención de los futuristas, según proclamaba el Manifiesto, era destruir «museos, bibliotecas, academias de todas clases», porque «nosotros, futuristas jóvenes y fuertes, no deseamos tener nada que ver con el pasado» (1).

La afirmación de Marinetti de que el arte «sólo puede ser violencia, crueldad e injusticia», su desprecio por toda forma de herencia cultural, sus puntos de vista sobre la guerra y la destrucción como experiencia estética satisfactoria, le debe mucho a Nietzsche, a los anarquistas del siglo XIX, e incluso a Alfred Jarry, y su modo particular de interpretar las corrientes ideológicas que estaban ganando popularidad en Europa, tuvieron una innegable fascinación para toda una generación de artistas que estaban intentando despojarse, por sí solos, de los enmohecidos ropajes del siglo XIX y deslizarse de la ulcerosa *Belle Epoque* a un mundo de máquinas pulido y brillante... un mundo que era nuevo, limpio y lleno de frescor. En una sociedad cosmopolita y confortable, Marinetti ofreció los ingredientes para los explosivos que habrían de destruirla: el culto a la violencia, el culto a la guerra, «la única medida de higiene del mundo», el culto, finalmente, del nacionalismo agresivo. Y es precisamente este último aspecto del pensamiento de Marinetti el que debe ser examinado dentro del contexto de la Italia «moderna».

Toda la «inteligentsia» italiana estaba atormentada por el descontento y las ambiciones contradictorias que, tan frecuentemente, minan a los miembros de una nación nueva. Italia había conseguido su unidad en 1870. Los italianos se preguntaban cuál era el papel que esa nueva Italia estaba llamada a jugar. Como lo hacía el filósofo napolitano Benedetto Croce, cuando escribió que «la misión» de Italia, «habitualmente quedaba sin determinar». «Para algunos era el deber de un pueblo que se había contado entre los oprimidos, animar y realizar la liberación de todos los pueblos oprimidos del mundo; para otros, el deber de un país que había roto el poder temporal de la Iglesia consistía en liberar al mundo de su yugo espiritual y crear una religión nueva, más humana. Y aún había otros que deseaban crear una "tercera Roma" que debía emular por su preeminencia en el mundo y por la calidad de su pensamiento y de sus obras a la Roma antigua y a la Roma cristiana» (2).

---

(1) *Le Figaro,* 20 de febrero de 1909.

(2) Benedetto Croce: *Storia d'Italia dal 1871 al 1915,* Bari, 1967, pág. 2.

Hasta 1870 los nacionalistas italianos habían tenido sólo un principal objetivo: la unidad del país. Pero después de haberla logrado, sus ambiciones se hicieron más agresivas y las organizaciones que formaron fueron ganando creciente popularidad. Por una parte estaban los irredentistas, hombres que creían que la unidad de Italia sólo se vería completada después de que Trieste y el Trentino (y en algunos casos Istria, Fiume y Gorizia) hubieran sido liberadas del dominio austríaco. La mayor organización irredentista, la Sociedad Dante Alighieri, dobló el número de sus miembros de 1905 hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial; Ettore Tolomei, el geógrafo, elaboró ciertas teorías sobre la *italianità* del sur del Tirol; los científicos trataron de convencer en favor de la frontera «natural» de Italia, que abarcaba áreas con una población minoritaria de lengua italiana. Había nacionalistas cuyas ambiciones iban más allá de Venecia Giulia. Querían que Italia fuera tratada de igual a igual por Francia, Alemania y Gran Bretaña y conseguir su propio imperio. Para éste fijaban sus ojos en África, pero sin embargo estaba bien claro que la realización de las demandas territoriales de Italia dependía de la voluntad de las grandes potencias. Italia confió en conseguir Túnez, pero el Tratado del Bardo, en 1881, entregó ese país a Francia. Todo lo que Italia logró fue Eritrea, una franja de terreno muy vulnerable a lo largo del Mar Rojo. E incluso hubo de renunciar a sus esperanzas de establecer allí una colonia a gran escala cuando la guarnición italiana fue derrotada por las fuerzas del emperador en Adua, en la provincia abisinia de Tigré.

La derrota de Adua fue decisiva en el despertar del patriotismo de Enrico Corradini, uno de los más destacados representantes de los jóvenes nacionalistas, cuyas subsecuentes visitas a las comunidades de emigrantes italianos en Túnez, América del Sur y los Estados Unidos lo convencieron de la importancia del colonialismo italiano. Sintió que los emigrantes italianos estaban siendo explotados por doquier, que se les ponía a construir carreteras, líneas férreas, a desecar pantanos y todo ello en beneficio de los explotadores extranjeros. Italia estaba siendo desposeída de su potencial humano, de su mano de obra. Sólo las colonias en África podrían resolver ese problema y dar a los italianos un espíritu imperialista en vez de esa servidumbre que se desarrollaba en ellos en la esclavitud en países extraños. Italia, proclamó Corradini, era una nación proletaria explotada por las plutocracias mundiales. Debía afianzarse por sí misma y el único medio de conseguirlo era pelear en una guerra. En 1903, Corradini fundó la revista nacionalista *Il Regno* con la que intentó «sacar de su sopor a la burguesía italiana "decadente, pero no irremi-

siblemente decadente"; moldear una élite que crearía riqueza, cultivaría la autodisciplina y aspiraría al poder y a la conquista» (3). La Asociación Nacionalista fue fundada en 1911; en el aniversario de Adua, Corradini comenzó la publicación de otro periódico: *L'Idea Nazionale;* y dos años más tarde, los nacionalistas se convirtieron en un partido político que consiguió enviar seis diputados al Parlamento.

Como partido político los nacionalistas nunca ejercieron una gran atracción sobre las masas, pero tuvieron numerosos admiradores entre los intelectuales, y en una u otra ocasión la mayor parte de los más importantes escritores italianos colaboraron en *L'Idea Nazionale.* En el periódico de Corradini la demanda de colonias en África se combinaba no sólo con el irredentismo, sino con la determinación de conquistar las costas de Dalmacia de los austrohúngaros, una demanda que tenía bien poca justificación. En el Trentino, los italianos constituían el noventa y siete por ciento de la población, en Trieste el sesenta y dos por ciento, pero en Dalmacia apenas si había un tres por ciento. Las demandas nacionalistas estaban basadas en la nostalgia histórica, en las tradiciones de la República de Venecia y de la Roma clásica, y animadas en su romántica irracionalidad por la publicación en 1908 de *La Nave,* una comedia de la que era autor un hombre cuya influencia como escritor era formidable: Gabriele d'Annunzio.

Lo que tantos italianos encontraron en los escritos de d'Annunzio, lo que Marinetti y sus seguidores pedían a gritos y no lograban encontrar en la Italia contemporánea, era heroísmo. Aun cuando el compromiso artificial había sido una de las armas principales del gran estadista Camillo Benso di Cavour, el proceso conocido como *trasformismo,* compromiso entre los partidos de las derechas y las izquierdas para conseguir una mayoría política, se consideraba por lo general como una herencia del relativamente izquierdista jefe de gobierno Agostino Depretis. Con los compromisos sin escrúpulos llegó la corrupción. Bajo el Gobierno de Giovanni Giolitti, la principal figura política en Italia de 1890 a 1915, los votos se compraban y las elecciones se falseaban: todo estaba permitido. «Lo cierto es que bajo una bandera democrática imperceptiblemente hemos llegado a un régimen dictatorial», se quejó el socialista independiente Orazio Raimondo en 1913. «El Honorable Giolitti ha convocado elecciones cuatro veces: en 1892, 1904, 1909 y 1913. Y lo que es más, en su larga carrera parlamentaria ha sido él quien prácticamente ha desig-

---

(3) Christopher Seton-Watson: *Italy from Liberalism to Fascism 1870-1925,* Methuen & Co., 1967, pág. 351.

nado a todos los senadores, a todos los consejeros de Estado, a todos los gobernadores y a todos los altos funcionarios en nuestra jerarquía administrativa, judicial, política y militar. Con este formidable poder en sus manos, ha fundido partidos entre sí por medio de reformas, y ha unido a individuos por medio de sus atenciones personales. Bien, Honorable Giolitti, cuando los partidos olvidan sus programas, cuando aquellos que llegan al umbral de la Cámara dejan sus convicciones políticas en la puerta, es necesario conseguir una mayoría por otros medios... con engaños y corrupción. De ese modo se anulan las instituciones parlamentarias, se aniquilan los partidos y se consigue el *transformismo*» (4).

Giolitti fue un político muy capaz, voluntarioso y precavido, conocedor de los defectos de sus compatriotas y dispuesto a explotarlos. Aunque no fue capaz de dar satisfacción a las aspiraciones de los intelectuales con su política interior y sus maniobras parlamentarias, fue él quien declaró la guerra a Turquía a finales de septiembre de 1911, lo que permitió a los italianos la conquista de la que sería después su colonia de Libia. Pese a la mala organización de la campaña, los comentarios de Marinetti, en 1912, reflejan cierta corriente positiva de opinión nacionalista. «Estamos orgullosos de sentir que el fervor guerrero que inspira a todo el país iguala al nuestro», escribió después de unirse a las fuerzas italianas en Tripoli en calidad de reportero, «e invitamos al Gobierno italiano, que finalmente se ha vuelto futurista, para que satisfaga las ambiciones de toda la nación, que desprecie las estúpidas acusaciones de piratería y proclame el nacimiento del panitalianismo» (5).

El resentimiento del parlamentarismo estaba acompañado, en el mundo de las ideas, por lo que —para emplear un término justo— me gustaría llamar «la revuelta contra el positivismo». Este fenómeno era algo en común, en mayor o menor extensión, con todos los demás países de la Europa Occidental, pero en el Norte de Italia el positivismo sobrevivió más tiempo que en cualquier otra parte bajo la influencia de Roberto de Ardigò, un ex sacerdote que ocupaba una cátedra en la Universidad de Padua, «donde enseñaba sus ideas pasadas de moda en más de veinte años», y que falleció en 1920 (6). Según nos dice Benedetto Croce, fue él «un filósofo de la acción. Pocos tenían el coraje de oponerse a sus

---

(4) Citado por C. Seton-Watson, obra citada, pág. 390.

(5) James Joll. *Intelectuals in Politics*. Weidenfeld & Nicolson, 1966, pág. 151.

(6) Eugenio Garin: *Cronache di filosofia italiana 1900-1943*, I, Bari, 1966, página 1.933.

ideas y aquellos que lo hicieron se limitaron a negar, o mejor dicho a eliminar, algunos yerros filosóficos infantiles y equivocaciones clarísimas, pero se mostraron incapaces de construir o reconstruir nada. El nombre de filósofo, la palabra "filosofía" que había sido reverenciada durante siglos como una idea en la que convergían serenidad y superioridad moral, cayó en descrédito; se tomó bien como signo de insania o fue hecha objeto de bromas y burlas. Era difícil que nadie se atreviera a decir que estaba llevando a cabo investigaciones filosóficas o realizando meditaciones filosóficas, cuando todo el mundo se sentía orgulloso jactándose de estudiar "ciencia" y comportándose como un "científico"» (7).

El resurgir del idealismo comenzó en el Sur. La tradición hegeliana había sido mantenida en Nápoles por Bertrando Spaventa y Francesco De Sanctis; y cuando en la década última del pasado siglo la doctrina de Herbert Spencer fue reemplazada en popularidad por la de Karl Marx, dos jóvenes filósofos salieron al primer plano y se hicieron con una reputación por sus críticas del materialismo histórico: Benedetto Croce (sobrino de Spaventa) y el siciliano Giovanni Gentile. En 1902 fundaron una revista, *La Critica* que estaba llamada a seguir siendo, aun después de que Gentile la abandonara, la expresión más distinguida de la filosofía italiana en los primeros cuarenta años de nuestro siglo.

Pese a la influencia del neo-idealismo, el pensamiento de Nietzsche y William James tuvieron una atracción más espontánea y mayor en un buen número de intelectuales faltos de la preparación filosófica necesaria para comprender las complejidades del pensamiento de Croce. El concepto nietzscheano de una clase elegida y fuerte, fue rápidamente asimilado por los seguidores de d'Annunzio, mientras que el pragmatismo de James se convirtió en la doctrina favorita de los suscriptores de la revista toscana *Leonardo* y de los jóvenes redactores de *La Voce,* Giovanni Papini y Giuseppe Prezzolini. De la forma más carente de imaginación, el positivismo había sido, estrictamente, un movimiento racional, pero en la obra tentadora de Nietzsche, el hombre se reconocía como una criatura irracional, dominada por el afán de poder. Entre los seguidores de Nietzsche el irracionalismo y la violencia se convirtieron en un culto en sí mismos, y el pragmatismo completó el deseo de autoafirmación con su insistencia sobre la importancia de la acción. «El intelectualismo», creían era algo del pasado. Había llegado el momento de la acción. El mundo había alcanzado un punto de desarrollo técnico sin pre-

(7) Benedetto Croce, obra citada, pág. 124.

cedentes; lo que necesitaba eran ingenieros y técnicos que pudieran imponerse en él, en vez de intelectuales.

La llamada futurista de movimiento, velocidad, acción y, consecuentemente, de guerra, se escuchaba por todas partes con deleite. La determinación de Marinetti de quemar todas las góndolas y «rellenar los apestosos pequeños canales» de Venecia «con las ruinas de los palacios desmoronados y leprosos» (8) fue acogida con aprobación. Significaba una ruptura con el pasado, una expedición que se adentraba en un futuro nuevo y excitante. La Italia de Marinetti era partidaria de una tecnocracia heroica en la que «la energía de los vientos distantes y los mares rebeldes, se transformaría en millones de kilowatios por el genio del hombre y que serían distribuidos por doquier... y regulados en tableros vibrantes bajo los dedos de los técnicos» (9), que practicarían «la religión de la voluntad extrínseca y el heroísmo diario».

* * *

El fracaso del izquierdismo italiano en 1922 se debió a dos cosas: la negativa de varios partidos de unificarse contra el fascismo y la falta de habilidad socialista para mostrarse de acuerdo con su propia política. En esa época los observadores se mostraron sorprendidos por ello, pero lo cierto era que la izquierda italiana se había dividido en una etapa bastante anterior. «La jefatura de los intelectuales de la clase media», como escribiría Christopher Seton-Watson sobre los socialistas italianos, «la ebullición latina y la parte restringida del proletariado industrial, componían un partido particularmente susceptible a herejías y desviaciones» (10). En 1903, apenas transcurridos diez años desde su fundación, el Partido Socialista italiano, se vio dividido entre «reformistas» y «revolucionarios». Los reformistas, intelectuales filantrópicos como Filippo Turati y Leonida Bissolati, representaban al socialismo en su forma más respetable. Ellos estaban preparados y dispuestos para aceptar un compromiso con el Gobierno liberal y a respetar la monarquía; realmente su objetivo inmediato no era el derrocamiento del régimen, sino que deseaban dirigirlo hacia una mayor democracia. Turati imaginaba que un día el proletariado acabara por encontrarse en el poder... por un proceso de

---

(8) F. T. Marinetti: *Contro Venezia passatista,* en *Teoria e invenzione futurista,* Milán, 1968, pág. 30.

(9) F. T. Marinetti: *La guerra elettrica,* en la obra citada, pág. 274.

(10) C. Seton-Watson, obra citada, pág. 160.

evolución gradual e incruento. A la izquierda de Turati estaba Enrico Ferri, que había reemplazado a Bissolati como redactor del periódico del partido *Avanti!*, en mayo de 1903. Éste no estaba dispuesto a aceptar el compromiso de Turati con Giolitti, y con sus excepcionales dotes de orador consiguió hacer que su audiencia se volviera contra el reformismo. Pero incluso Ferri hizo bien poca cosa más que vociferar. Con mucho, los elementos más activos y extremistas del socialismo de izquierdas eran los sindicalistas.

La ideología sindicalista se derivó, en un principio, de los escritos de un ingeniero francés, Georges Sorel, un individualista cuyas ideas contenían cierto número de elementos que podían reconciliarse, sin excesiva dificultad, con ambas teorías, la nacionalista y la futurista, y cuya influencia en la subsecuente formación de la doctrina fascista fue tan decisiva como la de cualquier otro pensador italiano. Sorel creía que los hombres que participaban en los movimientos sociales que forman la historia lo hacían siguiendo la guía de «mitos». Éstos «no eran descripción de cosas, sino la expresión de la voluntad», eran «sistemas de imágenes» que se correspondían con la realidad básica de una ideología. Pero el propio Sorel, esto hay que subrayarlo, era por entonces un marxista — un marxista ortodoxo si se considera en comparación con los niveles de heterodoxia de su tiempo, pero heterodoxo con arreglo a los subsiguientes niveles de ortodoxia — y el mito que él proponía como modelo a los sindicalistas revolucionarios era «la huelga general». Esto era considerado por Sorel como la mejor expresión de la doctrina marxista, porque en ello se contenía la idea de la lucha de clases, de la irremediable división de la población en dos campos hostiles — los patronos y los obreros o empleados. Y la teoría de Sorel tenía aún implicaciones más amplias, una de las cuales era la de las ventajas de la violencia. Escribiendo como marxista, Sorel creía que el proletariado sólo se vería forzado a recurrir a la violencia y al heroísmo para los cuales estaba capacitado, en presencia de una clase capitalista igualmente ruda, violenta y heroica. Consecuentemente, Sorel se quejaba de la falta de heroísmo que reinaba en la sociedad moderna. Le causaba pena ver a su propio país debilitado por principios humanitarios. Sólo la violencia, así lo sentía, podía salvar a Francia — bien «una gran guerra contra el extranjero, que podría revivir nuestras energías y, en todo caso, permitiría a esos hombres con voluntad de poder ascender al Gobierno» (11), o la violencia proletaria que animaría a la burguesía — y Sorel estaba preparado

(11) Sorel, *Réflexions sur la violence*, pág. 180, París, 1912.

para admitir que la revigorización de los capitalistas beneficiaría a la nación.

Al principio los sindicalistas italianos aceptaron las más izquierdistas ideas de Sorel: la democracia parlamentaria debía ser derrocada por medio de la huelga general, y seguidamente habría que formar un Estado proletario regido por los sindicatos. Para los sindicalistas Constantino Lazzari y Arturo Labriola, la primera y más importante parte del plan era la «acción». En teoría ellos deseaban formar una élite proletaria para la revolución mediante la organización de una serie de huelgas, pero en la práctica sólo tuvieron éxito en la organización de las huelgas y aun cuando en muchas ocasiones lo intentaron, la unión sindical jamás logró triunfar contra los patronos y los propietarios. Sus fondos disminuían, simplemente, y los trabajadores vacilaban. La cumbre de la actividad sindicalista tuvo lugar en 1907 y 1908, y los reformistas observaron con alivio su fracaso, su incapacidad de conseguir esa huelga revolucionaria de la que se habían jactado. Después, durante dos años, de 1908 a 1910, se produjo una situación de calma. Ferri se había enemistado con los sindicalistas por sus intentos de mediar con Turati, e incluso Labriola comenzó a deslizarse hacia el reformismo. En el Congreso del Partido, celebrado en Milán en el mes de octubre de 1910, Lazzari se enfrentó una vez más a los hombres de Turati y en esa ocasión consiguió el apoyo de un joven socialista de la Romagna, Benito Mussolini, en sus ataques contra el Parlamento y la democracia.

Hijo de un herrero anarquista, Benito Mussolini tenía un temperamento violento y rebelde. Además tenía tras sí un pasado un tanto oscuro. Despreciativo de la autoridad, jamás había vacilado en oponerse al orden establecido, tanto mientras estuvo en Suiza, donde trabajó dos años como periodista, como en Trento, donde fue secretario de la Cámara del Trabajo. En 1911, cuando los sindicalistas declararon la huelga general en protesta por la invasión de Libia, Mussolini destacó, conjuntamente con Pietro Nenni, al animar a la multitud a que destruyera las líneas de tranvías y bloqueara los trenes de tropas que partían hacia el Sur. La ascensión de Mussolini en el Partido Socialista coincidió con el repentino fortalecimiento del ala izquierda revolucionaria. En julio de 1912, pese a los intentos de Turati de conservar la unidad del Partido, Bissolati, Bonomi y Cabrini, que habían felicitado al rey por haberse librado del intento de asesinato llevado a cabo por el anarquista D'Alba en el mes de marzo, fueron expulsados del Partido. Habían pasado los días del compromiso y los socialistas siguieron insistiendo en la importancia de proseguir la lucha de clases. Acabaron por pronunciarse contra la monarquía y se ne-

garon a participar en cualquier forma de colaboración con el Gobierno. Lazzari fue nombrado secretario del Partido; Mussolini fue elegido para formar parte del Comité Ejecutivo y, en diciembre, fue nombrado director de *Avanti!* En menos de un año había conseguido ascender a la jefatura del proletariado italiano. Mussolini, realmente, deseaba dirigir un movimiento revolucionario, pero su «revolucionismo, tenía bien poco que ver con el socialismo» (12). «Era y parecía desear seguir siéndolo, plebeyo», escribió Pietro Nenni, «pero no sentía amor por la plebe. No podía ver como hermanos a los trabajadores a los que se dirigía, sino que los consideraba como una fuerza que podía usar para derribar el mundo» (13). En resumen, Mussolini estaba coartado por pocos principios: lo que él deseaba era el poder y los medios por los cuales pudiera conseguirlo, le eran de todo punto indiferentes.

El 28 de junio de 1914, el archiduque Fernando de Austria fue asesinado en Sarajevo. Un mes más tarde, Austria-Hungría le declaraba la guerra a Servia y en el término de una semana, Rusia, Alemania, Francia, Bélgica y Gran Bretaña estaban también en guerra. La postura de Italia era equívoca. Se hallaba ligada a Austria y a Alemania por la Triple Alianza, que había sido renovada en 1912, pero durante algún tiempo los políticos italianos habían venido trabajando para mejorar las relaciones con Francia e Inglaterra. Pero luchar era algo distinto. Dándose cuenta de la falta de preparación militar del país, los seguidores liberales de Giolitti, precavidamente, evitaron el comprometerse.

Al principio sólo unos pocos conservadores se mostraron partidarios de la intervención de Italia en la guerra y, desde luego, al lado de sus aliados, Austria y Alemania. Después de pocas semanas, sin embargo, entraron en juego otros factores. Los intelectuales italianos tendían a considerar a Francia como su aliado natural y la agresión alemana incrementó sus simpatías por la nación vecina. Para los irredentistas, una guerra contra Austria podía significar, como mínimo, que Italia, finalmente, pudiera conquistar Trieste, el Trentino y el sur del Tirol; por su parte, los nacionalistas opinaban que Italia estaba obligada a intervenir en la guerra si deseaba ser tomada en serio por las otras potencias. Finalmente, un caso convincente fue expuesto en favor del intervencionismo del ala izquierda por el nuevo héroe del sindicalismo revolucionario, Philippo Corridoni. Yendo más lejos aún que los conceptos de Sorel de clase, des-

(12) Renzo De Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920,* Turín, 1965, página 216.

(13) Ídem, pág. 219.

de los valores sociales a los nacionales, Corridoni proclamó que era la nación italiana como nación proletaria oprimida, más que una sola clase, la que debía afianzarse a sí misma luchando contra las plutocracias alemana y austrohúngara; la experiencia de la guerra debía ser un catalizador para las rivalidades de clase, revigorizar al país y dotar al proletariado de una conciencia nacional.

Al igual que su compañero y discípulo Mussolini, en un principio se había opuesto a la entrada de Italia en la guerra. En julio todavía insistió en la necesidad de conservar la neutralidad. «O bien el Gobierno acepta esta necesidad [de neutralidad] o el proletariado le obligará a hacerlo así. El momento de asumir responsabilidades ha llegado. ¿Está dispuesto el proletariado italiano a dejarse arrastrar una vez más a una matanza? No lo creemos así. Debemos movernos, debemos actuar antes de que sea demasiado tarde. Hemos de movilizar nuestras fuerzas, dejemos que un solo grito se alce desde nuestros clubs, de nuestras organizaciones económicas, de las comunidades y provincias en las que nuestro partido tiene representantes, dejemos que un grito surja de las masas proletarias y halle su eco en cada calle, en cada plaza de Italia: ¡Abajo la guerra!» (14).

Las razones por las que Mussolini se decidió a apoyar la entrada en la guerra de Italia y las de su subsiguiente expulsión del Partido Socialista, fueron múltiples. Aun cuando jamás fue realmente un internacionalista — su estancia en Trento en 1909 había dejado en él una huella indudable de irredentismo — se había opuesto a la campaña de Libia y al principio también a la Gran Guerra de acuerdo con la política de la II Internacional. Había puesto su fe en la solidaridad del proletariado mundial. Sin embargo, en agosto de 1914, los socialdemócratas alemanes, conjuntamente con el resto del Parlamento, votaron los créditos de guerra; el socialista belga Vandervelde formó un Gobierno de coalición durante la guerra; en Francia, Gustave Hervé, que poco antes había recomendado se organizara una huelga general en protesta contra la movilización, se presentó voluntario para servir en el frente como soldado. «En nombre de la organización sindicalista», dijo Léon Jouhaux, el jefe de la C.G.T., «y en el de los trabajadores que se han unido a sus regimientos y esos otros, entre los que me incluyo yo, que lo harán mañana, declaro que vamos voluntariamente al campo de batalla para repeler al agresor» (15).

---

(14) R. De Felice, obra citada, pág. 222.

(15) Citado por Barbara W. Tuchman, *The Proud Tower*, Hamish Hamilton, 1966, pág. 462.

Cuando los trabajadores alemanes y franceses marcharon hacia las trincheras, se disolvió la ilusión de la solidaridad proletaria y el patriotismo, más que el internacionalismo, pareció ser la fuerza directriz que actuaba tras los partidos socialistas de Europa. Sólo los italianos insistían en la neutralidad. En tales circunstancias, Mussolini, que sentía la mayor admiración por Corridoni, tanto como hombre como pensador, encontró que la nueva ideología de los sindicalistas revolucionarios, le atraía; aun si, como parecía, la solidaridad proletaria internacional estaba muerta, era el deber de Italia como nación proletaria, ayudar a Francia, Bélgica y Servia contra la agresión «plutocrática».

En todas las decisiones de Mussolini hay que tomar en cuenta su ambición personal. Su objetivo era dirigir un movimiento revolucionario y, mientras tanto, debía aceptar con su ideología una forma tradicional de socialismo. En las teorías de los sindicalistas, sin embargo, encontró una política revolucionaria más original. De acuerdo con su biógrafo De Felice, Mussolini «estaba bajo la ilusión... de que las masas revolucionarias lo seguirían. Pensaba que la conjunción que había estado buscando y esperando durante tanto tiempo, le iba a ser facilitada por la guerra — no por la oposición a la guerra como pensaron sus correligionarios socialistas — sino por la "guerra revolucionaria"» (16). En esto se equivocaba. Las masas no le seguían, y ciertamente el proletario desde luego no; durante toda la guerra los obreros industriales italianos continuaron compartiendo el pacifismo de los socialistas italianos. Cuando llegó su expulsión del partido, Mussolini se encontró con una pequeña aunque vociferante minoría, los intervencionistas del ala izquierda. Recibió un telegrama de Prezzolini en cuya revista *La Voce* había colaborado con unos cuantos artículos en 1910. «El Partido Socialista le ha expulsado; Italia le da la bienvenida» (17). Gaetano Salvemini, otro socialista renegado, le escribió también felicitándole; y, el 15 de noviembre, con el apoyo financiero de Filippo Nardi, el redactor jefe del diario de Bologna *Il Resto del Carlino,* Mussolini pudo publicar su propio periódico, *Il Popolo d'Italia.*

Ese influyente grupo de hombres comenzó una campaña en favor de la entrada de Italia en la guerra al lado de Francia. Estaba formado, principalmente por intelectuales: D'Annunzio, Marinetti, Prezzolini, Salvemini, que eran sindicalistas, nacionalistas y futuristas. Y el 31 de marzo de 1915, Mussolini se presentó públicamente al lado de Marinetti en

(16) R. De Felice, obra citada, pág. 182.
(17) R. De Felice, obra citada, pág. 283.

Milán. El mes de abril de ese mismo año, ambos fueron arrestados por organizar una manifestación en Roma, y los futuristas, que habían atacado a Mussolini cuando se opuso a la invasión de Libia, en esa ocasión le dieron la bienvenida como a un hombre que contaba con una deseable persuasión «futurista».

* * *

Una presión creciente se venía ejerciendo sobre el Gobierno italiano por los intervencionistas en el interior del país y por las potencias beligerantes en el extranjero. El sucesor de Giolitti, Antonio Salandra (18), empezó a creer que a Italia no le quedaba otra alternativa y que tendría que tomar parte en la contienda. El 26 de abril de 1915, consecuentemente, el ministro de Asuntos Exteriores, Sidney Sonnino, firmó el Tratado de Londres, que obligaba a Italia a entrar en la guerra al lado de Francia, Inglaterra y Rusia, y estipulaba ciertas concesiones territoriales en el caso de que los aliados consiguieran la victoria —la frontera del Brennero, Istria, Valona y su zona interior, la Dalmacia central y sus islas—. El 24 de mayo, Italia entró en guerra contra Austria.

Resultaba inevitable que el entusiasmo de los intervencionistas italianos se vería muy pronto apaciguado por la realidad de la guerra de trincheras. Habían confiado en una guerra que debía unir a la nación, pero rápidamente se dieron cuenta de que se hallaban curiosamente aislados del resto del Ejército. Existían profundos prejuicios contra ellos. El Alto Mando, conservador, los consideraba como aficionados impulsivos (y de tendencia izquierdista) y los trataba con sospecha prohibiéndoles realizar toda clase de propaganda y negándose a permitirles que formaran brigadas de voluntarios. Las otras tropas los odiaban, en la creencia de que era por culpa de ellos que habían tenido que dejar sus hogares para entrar en la batalla (19).

---

(18) Salandra reemplazó a Giolitti como jefe de Gobierno en marzo de 1914. Con excepción de los años de guerra, de 1915 a 1918, Giolitti conservó una cantidad suficiente de seguidores y prestigio bastante para seguir siendo la figura más influyente de la política italiana, incluso cuando estaba alejado del poder. La vida política italiana estaba obsesionada permanentemente por la expectación de que Giolitti volvería «en pocos meses».

(19) Poco después de que Corridoni fuese muerto, un soldado se dirigió a Mussolini en las trincheras: «Tengo buenas noticias para usted: han matado a Corridoni. Eso es lo que se merecía y me alegro de ello. ¡Me gustaría que todos los intervencionistas acabaran como él!» (R. De Felice, obra citada, pág. 323).

Los intervencionistas habían creído que iban a encontrarse con una breve experiencia llena de colorido, pero la Gran Guerra distaba mucho de ser una cosa así. No era más que una sucia guerra de trincheras. El general Cadorna, comandante en jefe del Ejército italiano, imponía la disciplina con brutalidad. Las bajas eran muy numerosas. La única forma de entretenimiento que se les ofrecía a las tropas eran los burdeles y el alcohol y en algunas ocasiones incluso les estaba prohibido cantar «por respeto a los muertos» (20). Finalmente, los éxitos militares italianos no sólo fueron mínimos, sino que los habitantes de Venezia Giulia y otros territorios disputados a Austria, y por cuya liberación los irredentistas y los nacionalistas creían luchar, les hicieron ver claramente que preferían el Gobierno austríaco al italiano.

* * *

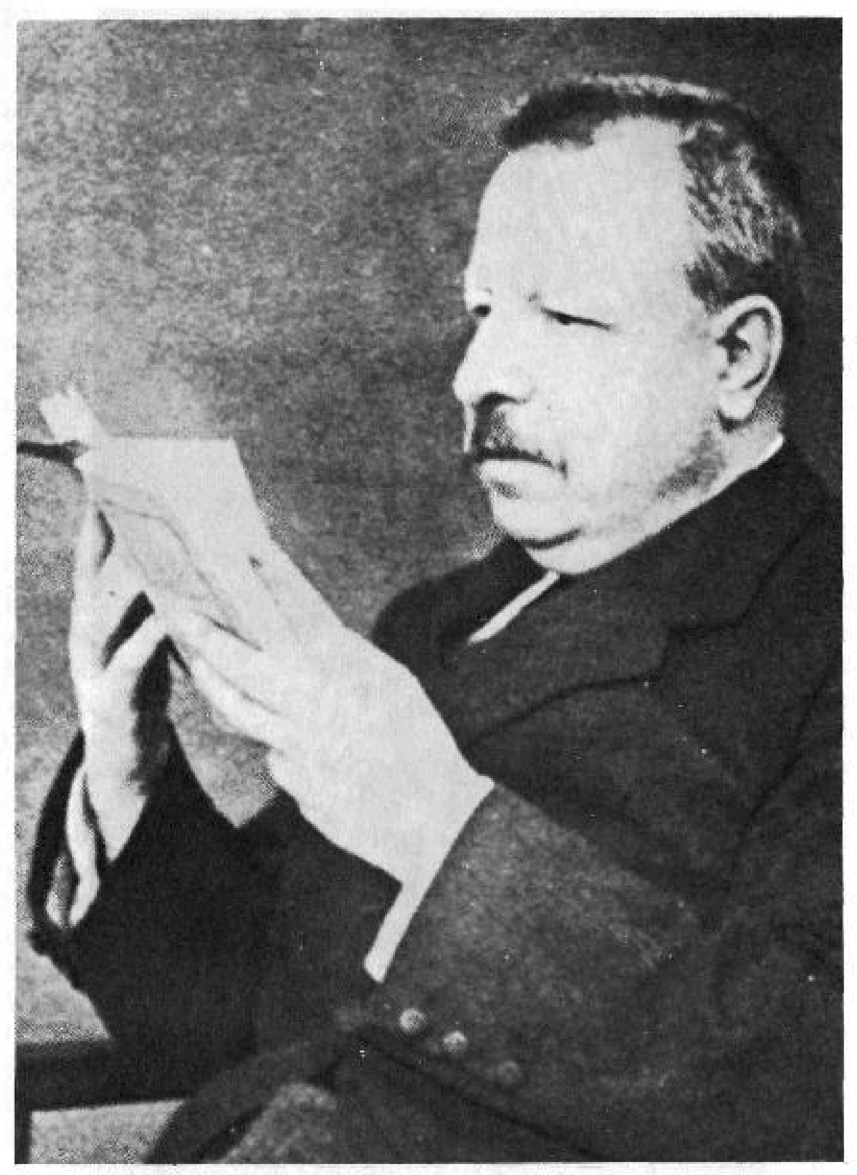
Pese al antagonismo inicial entre los voluntarios intervencionistas y los soldados movilizados, poco a poco se fue desarrollando una especie de solidaridad de tipo negativo entre los hombres en armas. Al igual que los demás países que lucharon en la Gran Guerra, Italia se encontró dividida en sí misma entre los hombres que estaban en las trincheras y los de la retaguardia, entre los soldados y los paisanos, que no tenían idea de las condiciones del frente y que en la mayor parte de los casos no mostraban el menor interés por lo que allí ocurría. Una cosa molestaba principalmente a los soldados italianos: el que la casi totalidad del proletariado industrial estuviera exento del servicio militar. De acuerdo con una ley del 29 de abril de 1915, todos los hombres que llevaran trabajando cuando menos un mes en cualquier factoría que produjese material para el Ejército o la Armada, quedaban exentos de prestar servicios en primera línea. Eso afectaba a los obreros metalúrgicos y a los textiles así como a la industria alimenticia y química. De los que realmente fueron movilizados, muy pocos fueron enviados al frente, sino que por regla general se les mantenía en retaguardia dedicados a la reparación de armas, vehículos a motor y otros equipos mecánicos o eléctricos.

Pero incluso con su seguridad física garantizada, los obreros se mostraban igualmente descontentos con su suerte que lo estaban los soldados. En las fábricas se impuso una disciplina militar; se introdujo el arbitrio forzoso del Estado, y muchos obreros se encontraron con que tenían que

(20) Sobre las condiciones del Ejército italiano, véase Piero Melograni: *Storia politica della grande guerra, 1915-1918*, Bari, 1969.



Filippo Tommaso Marinetti



Benedetto Croce

trabajar hasta dieciséis horas diarias, mientras que los jornales reales habían descendido un veintisiete por ciento en comparación con el nivel de 1913. Las pérdidas sufridas por la Marina italiana trajeron como consecuencia la escasez de muchos suministros vitales, de modo que muchas veces sus familias ni siquiera tenían un pedazo de pan. Así su oposición a la guerra era natural y radicaba en el fondo de su corazón.

La política oficial de los socialistas italianos fue anunciada por Lazzari en 1915: *non aderire nè sabotare* (no adherirse ni sabotear). Como era usual, Turati se mostró menos intransigente. Estaba dispuesto a dar su aprobación a ciertos de los objetivos proclamados por los aliados y, el 16 de junio de 1918, durante la batalla del Piave, aún pareció más dispuesto a llegar a un compromiso con el Gobierno. Con el aplauso de sus compañeros en la Cámara dijo que los socialistas compartían «la agitación, las esperanzas y los deseos» de los demás partidos (21). Pero Turati estaba en minoría. La mayor parte de los socialistas animaban a los descontentos obreros en su hostilidad hacia la guerra, y en marzo de 1917 la Revolución rusa levantó las esperanzas de los extremistas. En la primavera y el verano se produjeron una serie de incidentes, frecuentemente dirigidos por mujeres, en casi todo el norte de Italia. Aun cuando primordialmente estaban dirigidos contra el aumento del costo de la vida y la escasez de alimentos, los agitadores socialistas se las arreglaron para hacer de esos actos manifestaciones antibélicas; y en agosto los incidentes y la revuelta alcanzaron tal punto de violencia, en Turín, que el Gobierno hubo de recurrir a las tropas que no mostraron demasiados escrúpulos en disparar contra la multitud.

El mayor peso de la guerra caía sobre el campesinado y la clase media inferior; en otras palabras, sobre aquellos que debían luchar. Los campesinos tenían las mayores dificultades en obtener una exención temporal para recoger sus cosechas; eran sus mujeres las que tenían que realizar el trabajo, y en realidad, gracias a su esfuerzo, la producción agrícola descendió sólo un diez por ciento por debajo del nivel de antes de la guerra. Además, la vida en el campo era mucho más dura que en las ciudades. El grano y el ganado eran requisados constantemente para el Ejército; los jornales en la agricultura estaban muy por debajo de los que se pagaban en la industria; y la inflación que acompañó a la guerra, hirió más duramente a los pequeños terratenientes y propietarios así como a los soldados en el frente que habían dejado a sus familias con el poco dinero que habían logrado ahorrar.

(21) P. Melograni, obra citada, pág. 538.

El resentimiento que el soldado sentía por los *emboscados* (22) alcanzó su punto cumbre con la derrota italiana en Caporetto en octubre de 1917. Los principales motivos de la derrota fueron, desde luego, de tipo militar. Por primera vez en la guerra, tropas alemanas lucharon en el frente de Italia y emplearon las nuevas tácticas que habían de demostrarse efectivas cuando fueron usadas contra los franceses y británicos en la primavera de 1918. Por otra parte, el Estado Mayor General italiano se mostró extremadamente incompetente, ignorando la información procedente de las líneas enemigas y tomando medidas de todo punto inadecuadas para asegurar las comunicaciones. Era cierto, también, que la moral de los italianos estaba a muy bajo nivel y es a esto a lo que los intervencionistas atribuyeron la derrota. La desmoralización, clamaban, era culpa de los socialistas y de los pacifistas. Era culpa del Vaticano, pues el Papa Benedicto XV que había sucedido a Pío X en septiembre de 1914 había venido pidiendo desde siempre la neutralidad y calificaba la guerra de «matanza inútil». En resumen, la derrota de Caporetto era culpa de todos aquellos que no estaban enteramente en favor de la guerra. «Todo el mundo está de acuerdo en ello», escribió el pintor futurista Ardengo Soffici. «Las principales causas de Caporetto son: la depresión moral causada en el país, y consecuentemente entre los soldados, por la propaganda derrotista de los socialistas, los seguidores de Giolitti y los curas; la indolencia bestial del Gobierno que tolera, provoca y casi anima dicha propaganda; la preparación inadecuada y el dogmatismo de desfile de ciertos jefes» (23). Después de Caporetto, la actitud italiana empezó a cambiar. Benedetto Croce escribiría en esa época que «la guerra, que hasta ahora había venido siendo un asunto internacional y sólo parcialmente podía considerarse como cosa nuestra, ahora realmente se ha convertido en una guerra nuestra propia» (24). Tropas extranjeras estaban en suelo italiano y fue entonces cuando, por vez primera, los italianos llegaron a pensar que estaban llevando a cabo una guerra defensiva. A medida que el soldado italiano comenzaba a sentir un mayor incentivo para la lucha, el alto mando se dio cuenta de la necesidad de mejorar sus condiciones y elevar su moral. Para alivio del Gobierno, Cadorna fue sustituido por el general Díaz, que se mostró mucho más humano; se les

(22) Fue entonces cuando la palabra emboscado, que literalmente quiere decir el que forma parte de una emboscada, adquirió el significado de quien se esconde en la retaguardia o elude el servicio militar.

(23) A. Soffici: *Bataglia fra due vittorie*, Firenze, 1923, pág. 3.

(24) Benedetto Croce: *Pagine sulla guerra*, Bari, 1966, pág. 233.

concedió permiso a los intelectuales intervencionistas para que lanzaran una campaña de propaganda bélica entre las tropas; se aumentaron las raciones; se les dieron a los soldados pólizas gratuitas de seguro de vida, y a los que habían sido librados del servicio militar se les obligó a pagar un impuesto. Finalmente, el Gobierno prometió repartir tierras entre los combatientes, lo que fue una de las principales causas de la convicción de que la guerra sería seguida por una utopía.

* * *

Filippo Corridoni había resultado muerto en el primer año de lucha. De acuerdo con sus seguidores, no obstante, fue Caporetto la señal para que los soldados derrotados se unieran y planearan una toma del poder a su regreso de las trincheras. Uno de los exponentes de esa teoría fue un joven escritor llamado Curt Erich Suckert. Hijo de un tintorero sajón había huido de la casa de su padre, en Prato, a la edad de dieciséis años, para luchar en Francia con los voluntarios italianos, y regresó a Italia un año después para incorporarse como soldado en la Brigada alpina. Poco antes de la derrota de Caporetto (en la cual no estuvo presente) fue nombrado oficial y terminó la guerra en el frente de Francia, donde resultó herido en la batalla de Bligny. En 1925, cuando sus enemigos le acusaron de ser un judío polaco, cambió su nombre por el de Curzio Malaparte.

Según el punto de vista de Malaparte, lo que previamente había sido una divergencia de ideas entre pacifistas e intervencionistas, se convirtió en una «guerra de clases» después de Caporetto. «El fenómeno de Caporetto» fue «esencialmente un fenómeno social», «una revolución», «la revuelta de una clase (la infantería), de una mentalidad, de un estado de ánimo, contra otra mentalidad, otro estado de ánimo» (25). «Estaba seguro», escribió, «de la inminencia de una revolución nacional en Italia, llevada a cabo por los auténticos guerreros, es decir, por los hombres de la infantería: en otras palabras, una revolución del campesinado... Una revolución antiproletaria, antiburguesa... una reconciliación del espíritu rural campesino con el heroísmo de la sangre noble; un regreso antipolítico de la Vendée, un nuevo espíritu natural y terrestre de la contrarreforma. Los soldados más cristianos regresaban de las trincheras... para

(25) Curzio Malaparte: *La Rivolta dei Santi maledetti in l'Europa viventi e altri saggi politici*, Firenze, 1961, pág. 93.

unirse en torno a los *patres familias* como habían estado unidos en torno a sus oficiales en la guerra...» (26).

Aun cuando Mussolini tuvo un punto de vista más sobrio y práctico de la situación, también para él Caporetto significó un punto crucial. Hasta octubre de 1917, había creído en el «intervencionismo del ala izquierda». Sin embargo, dos años de guerra le probaron hasta qué extremo el intervencionismo no sólo se había ganado el desagrado, sino que había sido alejado de la gran masa de soldados. Caporetto estableció cierta forma de solidaridad y fue en ese momento cuando Mussolini se dio cuenta del excelente material político que podrían significar los ex combatientes en general. «Hasta Caporetto, Mussolini había venido actuando... como un agitador, un propagandista del intervencionismo izquierdista, pero después de la derrota, comprendió la transformación política y psicológica que ese episodio había motivado, y entonces se convirtió, ante todo, en político» (27). Al decidirse a utilizar a los ex combatientes, en vez de a los intervencionistas de izquierdas como instrumento para conseguir el poder, se sintió a sí mismo obligado a satisfacer aspiraciones mucho más conflictivas y conservadoras, y esto, como veremos, fue empujándolo más y más hacia las derechas. Mussolini no tenía por aquel entonces un plan de acción definido. Y cuando la guerra terminó no tenía una idea precisa de cómo elaborar un programa que pudiera atraer a los ex combatientes. Todo lo que sabía era que si él había de alcanzar el poder, serían esos hombres los que habrían de conseguírselo. Fue dentro del marco de esos pensamientos, donde surgieron o, mejor dicho, cuando tomó las primeras ideas de los fundadores radicales de las organizaciones de ex combatientes: los futuristas.

Fieles a sus principios belicosos, casi todos los futuristas se distinguieron personalmente en la guerra. El arquitecto Sant' Elia resultó muerto y Luigi Russolo, herido. Marinetti, que se había incorporado a los Alpinos, resultó herido también y fue condecorado por su valor ante el enemigo. Ya en 1918, comenzó a redactar un programa político para el Estado revolucionario que habría de surgir una vez terminaran las hostilidades, el Manifiesto del *Partido Político Futurista.* «Hemos de llevar nuestra guerra hasta la victoria total — anunció en febrero —, es decir, hasta la desmembración del imperio austrohúngaro, y la aseguración de nuestras fronteras naturales en tierra y mar, sin lo cual no tendremos las

(26) *Ibid.*, págs. 187 y 188.

(27) R. De Felice, obra citada, pág. 393.

manos libres para aclarar, limpiar, renovar y ensanchar Italia» (28). Sin comprometerse, se oponía a la monarquía y abogaba por un «Gobierno técnico de treinta o cuarenta directores jóvenes y competentes, sin Parlamento, que debían ser elegidos por sufragio general de toda la nación a través de los sindicatos». Debía procederse a la nacionalización de las minas y las fuentes de energía hidráulica, a la confiscación de las tierras mal cultivadas o sin cultivar y los dos tercios de todos los beneficios conseguidos durante la guerra; se establecerían derechos reales muy altos sobre las herencias y un sistema de impuestos que permitiera al Gobierno la compra y la redistribución de tierras entre los ex combatientes. El servicio militar obligatorio iría siendo abolido gradualmente y se crearía un reducido ejército de voluntarios destinado a servir en las colonias. Los trabajadores conservarían el derecho a la huelga y a organizar reuniones públicas. Se estipulaba la libertad de Prensa y la educación para todos. El Manifiesto pedía, también, la jornada laboral de ocho horas y la igualdad de salarios para hombres y mujeres, asistencia social, beneficios colectivos, etc., y «la abolición gradual del matrimonio mediante grandes facilidades para obtener el divorcio, el voto femenino y la participación de la mujer en la actividad nacional».

Marinetti recomendaba, también, la abolición de la policía y de las cárceles, por las que sentía aversión desde sus detenciones en 1914 y 1915. «Las prisiones —escribió— son horrendas trampas que presuponen el "orden-gato" más salvaje dirigido contra un temperamento de ratas extremadamente agradable e ingenioso» (29). Si se dedicaba más tiempo al entrenamiento físico que al estudio del latín o el griego, según Marinetti, cualquier hombre estaría en condiciones de poder defenderse a sí mismo contra un criminal en potencia. Finalmente, pedía «el anticlericalismo más intransigente, para liberar a Italia de las iglesias, curas, frailes, monjas, velas y campanas» (30). Sin embargo, pese a todas las medidas filantrópicas contenidas en el programa futurista de Marinetti, su Estado ideal no era igualitario. Marinetti se consideraba a sí mismo como un ser superior y la igualdad implicaba mediocridad. «Sólo con la violencia podremos restaurar la idea de justicia..., esta idea saludable e higiénica que

---

(28) F. T. Marinetti, *Democrazia futurista, dinamismo politico*, Milán, 1919, página 18.

(29) F. T. Marinetti, *Democrazia futurista, dinamismo politico*, Milán, 1919, página 237.

(30) *Ibid.*, pág. 21.

consiste en el derecho de los más valientes, de los más desinteresados: sólo ellos pueden restaurar el heroísmo» (31).

La Gran Guerra terminó para Italia el 4 de noviembre de 1918, y menos de una semana antes, los italianos se habían visto compensados de su derrota en Caporetto al derrotar a su vez a las fuerzas austríacas, desmoralizadas, a las que expulsaron de Vittorio Veneto. En diciembre los futuristas revivieron el *Fasci*, como el grupo intervencionista se había llamado a sí mismo en 1914 y 1915 (32). Comenzaron a reclutar veteranos de las tropas de choque italianas, los camisas negras *Arditi*, para lo que se había convertido en una asociación de ex combatientes, y algunos meses después, el 23 de marzo de 1919, Mussolini continuó su iniciativa al fundar su propio *Fasci di Combattimento*, en la plaza San Sepolcro, de Milán. Entre sus compañeros fundadores se cuentan Marinetti y el poeta Giuseppe Ungaretti, con un programa político que se basaba casi por entero en el de los futuristas. Pedía la abolición de la monarquía y del Senado, la confiscación de los beneficios de guerra y de todos los bienes pertenecientes a la Iglesia, la redistribución de la tierra entre los campesinos. Deseaba abolir todos los títulos e imponer una tasa sobre el capital; quería acabar con la policía política y el servicio militar obligatorio, prevenir la especulación en la Bolsa y establecer por completo las libertades individuales —libertad de Prensa, libertad de conciencia, libertad de expresión en todas sus formas—. Pedía también que los trabajadores participaran en la administración de las empresas, la introducción de la jornada laboral de ocho horas diarias y la prohibición de trabajar para los menores de 16 años. En resumen, su programa tenía todo aquello que podía atraer a los ex combatientes idealistas, pero había poco en él que los realistas pudieran tomar en serio. En otoño de 1919, Marinetti persuadió a Arturo Toscanini que se presentara como candidato del *Fascio* para las elecciones nacionales, pero ni Toscanini ni ninguno de los otros diecinueve candidatos logró ser elegido.

---

(31) F. T. Marinetti.: *Democrazia futurista, dinamismo político*, Milán, 1919, página 224.

(32) Los intervencionistas se reunieron en grupos llamados *Fasci di Azione Rivoluzionaria*. *Fascio* (en plural *fasci*), significa «grupo» o «asociación» (literalmente, «ramo» o «manojo»), y esa palabra venía siendo usada ampliamente por las izquierdas italianas. En 1872, Garibaldi había fundado un *Fascio Operaio* en Bolonia, y en 1891, el jefe del ala extrema de la izquierda siciliana, Giuseppe De Felice Giufrida, fundó también, en Catania, otra organización a la que bautizó con el nombre de *Fascio dei Lavoratori*.

* * *

Apenas transcurridos pocos meses de la celebración de la victoria, Italia fue herida por la peor crisis desde la unificación. La guerra había destrozado, por completo, la economía italiana. La lira fue devaluada; la inflación crecía y el déficit presupuestario alcanzó cifras impresionantes. A medida que el coste de la vida ascendía, comenzaron los primeros disturbios callejeros en Emilia, en junio de 1919. En muchas ciudades, comités locales de ciudadanos asumieron el control de la distribución y anunciaron una reducción de precios del 50 %. Fueron saqueadas las tiendas y los tenderos y almacenistas sospechosos de acaparar víveres fueron maltratados. En el Sur, primero en el Lacio y después en Sicilia, los campesinos, dispuestos a tomar las propiedades que les habían sido prometidas por el Gobierno después de la derrota de Caporetto, ocuparon las tierras y expulsaron a sus propietarios. En el valle del Po los *braccianti,* es decir, los braceros, que habían sido cruelmente explotados antes de la guerra, constituyeron por su cuenta ligas instigados por los socialistas y el ala izquierda del *Partito popolare* (33). La brutalidad de sus métodos se hizo notoria: los terratenientes que daban trabajo a campesinos no afiliados a las ligas, fueron boicoteados, vieron sus propiedades incendiadas y su ganado degollado; los miembros de las ligas que no obedecían las órdenes de las uniones eran multados y en ocasiones perdían su trabajo.

Resulta imposible comprender el crecimiento y el subsiguiente triunfo del fascismo si no se tiene idea de la aversión y el desagrado que se desarrolló contra el ala izquierda desde su gran victoria electoral en 1919 hasta su derrota en 1922. El coro revolucionario de las izquierdas consistía en tres grupos: los anarquistas, dirigidos por Enrico Malatesta, y las dos facciones de los comunistas, una dirigida por Amadeo Bordiga y la otra por Antonio Gramsci, que se separaron de los socialistas para crear el Partido Comunista Italiano, en septiembre de 1920. Además, en la izquierda se agrupaban dos grandes partidos: el *Partito popolare italiano,* el primer partido católico de la Italia unificada, fundado en 1918 por Don Luizi Sturzo, con el consentimiento del Vaticano, y que se hallaba dividido en una facción derechista presidida por Agostino Gemelli, y otra izquierdista bajo el mando del líder pacifista de los sindicatos, Guido Miglioli; un grupo centralista, más numeroso, estaba encabezado por

(33) Más adelante volveremos sobre este tema.

Alcide de Gasperi y el propio Sturzo. Las demandas de este partido se dirigían principalmente a una reforma fiscal y agraria, legislación social, descentralización del Gobierno y la representación proporcional.

Los socialistas, sin embargo, seguían constituyendo el mayor de los partidos de izquierdas, pero se hallaban divididos, fatalmente según se vería posteriormente, en dos grupos: los reformistas y los «maximalistas». Después de la guerra, Turati deseaba continuar la acción política dentro de las líneas tradicionales, una política directamente opuesta a la del líder maximalista Giacinto Menotti Serrati, el sucesor de Mussolini en la redacción de *Avanti!*, cuya intención declarada era derrocar el Gobierno existente y sustituirlo por una dictadura del proletariado basada en el modelo soviético. Esto no sólo resultaba inaceptable para Turati, sino que era inaceptable, también, para la mayor parte de los italianos.

Vista retrospectivamente, la razón más obvia del fracaso del Partido Socialista estuvo en la falta de un político de suficiente categoría y prestigio. Pero a esto hay que añadir la incertidumbre causada por la división. Muchos socialistas se veían incapaces de decidirse entre seguir el programa de Serrati o el de Turati. Oficialmente, el partido exigía la dictadura del proletariado, puesto que se eligió un comité ejecutivo maximalista en el Congreso del Partido celebrado en Roma en el mes de septiembre de 1918. En la práctica, sin embargo, los reformistas seguían siendo lo suficientemente fuertes para evitar que el partido diera los pasos necesarios para establecer dicha dictadura. «El Partido — escribió Pietro Nenni — no tiene un plan definido. Ni siquiera se atreve a explicar lo que entiende por dictadura del proletariado. En Italia el proletariado industrial está en minoría. ¿Es que desea la dictadura de una minoría? Ciertamente, no. Pero se debe tranquilizar a las otras clases — la pequeña burguesía, la burocracia, los pequeños terratenientes y comerciantes, así como los soldados que regresan del frente — de que sus intereses no están en contradicción con los del proletariado. El Partido no lo hizo así. Se limitó a declararse contra la democracia y contra el parlamentarismo, pero jamás dijo sobre qué bases pensaba organizar el Estado. Fácilmente, pues, la Prensa puede acusar a los líderes de la facción revolucionaria de intentar establecer una dictadura personal, un terror rojo. Esto hace aumentar la desconfianza y la hostilidad de esos sectores intermedios de las clases trabajadoras que pueden ser de importancia decisiva» (34).

Finalmente, los maximalistas fueron responsables de la negativa a colaborar con otros partidos de izquierdas y, hasta cierto punto, de los

(34) Nenni, P.: *Storia di quatro anni*, Roma, 1946, pág. 16.

ataques de los ex combatientes. Contrarios a la guerra hasta el máximo extremo, evitaron que éstos se afiliaran al Partido Socialista. Fanáticos socialistas y anarquistas insultaban a los oficiales en las calles y los conductores de tranvías o autobuses se negaban a trabajar si en sus vehículos iban oficiales de uniforme. Así, se enfrentaban a las fuerzas de la policía, al Ejército regular y a los soldados que regresaban a casa. Esta conducta privó a los socialistas de amigos que les hubieran sido de gran utilidad para luchar contra un enemigo que habría de mostrarse formidable.

Pese a todo, en los primeros nueve meses de 1920, el esfuerzo combinado de los anarquistas, comunistas, socialistas y el ala izquierda de los *popolari*, lograron reducir al país a un estado de parálisis. Las huelgas se sucedieron y también los incidentes y las manifestaciones callejeras. Entre el mes de abril de 1919 y el mes de septiembre de 1920, se produjeron 140 encuentros con la policía con 320 muertos. La falta de coordinación de estos ataques contra el Estado y la vaguedad del programa socialista hicieron que la agitación fuese inefectiva; y esos mismos defectos, al mostrarse con toda claridad irritaron a esas «secciones de la clase trabajadora» excluidas del Partido Socialista. Las huelgas alcanzaron su punto máximo en el verano de 1920. En marzo, una huelga ordenada por la F.I.O.M., la unión sindical de los obreros metalúrgicos, que logró inmovilizar la industria del automóvil y las demás industrias de Turín, se convirtió en una huelga general que afectó a la totalidad de la nación. La petición que dio motivo inicial a la huelga fue la del reconocimiento de los Consejos obreros en las fábricas: el pretexto, la introducción del horario de verano en las fábricas. Debido a las divergencias entre los distintos grupos socialistas la huelga fue anulada con el resultado de que los patronos decidieron no acceder a partir de entonces a las demandas obreras. Las conversaciones entre la F.I.O.M. y los patronos se rompieron y de nuevo la F.I.O.M. ordenó una huelga. En esta ocasión, los miembros de las otras uniones sindicales, la U.S.I. y la U.I.L., se sumaron a la huelga y las factorías fueron ocupadas; se colocaron guardias rojos en las puertas de entrada en Milán, Turín y Génova. Muy pronto medio millón de obreros se vio envuelto en la huelga. De acuerdo con las tácticas que había usado con los huelguistas en 1904, Giolitti, que había vuelto al poder en junio de 1920, no hizo nada durante la primera semana, negándose a expulsar por la fuerza a los obreros que ocupaban las fábricas. Había visto la debilidad del Partido Socialista y se había dado cuenta de que la huelga no llevaría a la revolución proletaria que Gramsci demandaba urgentemente en Turín. Dijo que los líderes socialistas eran

demasiado precavidos y así, cuando los industriales accedieron a un aumento de los jornales y a reconocer a los Consejos obreros en las fábricas, los sindicatos ordenaron que las fábricas fueran desalojadas pacíficamente.

En el campo la situación era parecida. En octubre de 1919, la Federación Socialista de Campesinos se negó a la negociación de jornales colectivos con la Asociación de terratenientes en la provincia de Bolonia, pidiendo, en su lugar, acuerdos separados con cada propietario. Esas demandas fueron consideradas inaceptables y el 20 de febrero de 1920, los *braccianti* y *mezzadri* fueron a la huelga. En mayo todos los demás trabajadores del campo se les unieron. Las cosechas se pudrían en los campos y la huelga duró hasta el 25 de octubre, cuando la Asociación patronal accedió a aceptar las condiciones de la Federación. Pese a las apariencias de victoria, tanto la huelga en la industria como en el campo resultaron sendos fracasos. En teoría, los trabajadores estuvieron en condiciones de hacerse con el poder y fue la política oficial del Partido Socialista la que debió aprovecharse de tales circunstancias y hacerlo así. Pero mientras los maximalistas así lo pedían los reformistas se negaron a ello. Los trabajadores, frustrados y desilusionados, perdieron su fe en sus uniones, y la Confederación General del Trabajo perdió la mitad de sus miembros entre el otoño de 1920 y finales de 1921.

El principal resultado de las huelgas fue despertar tanto en los industriales como en los terratenientes el espíritu de revancha; pero, sin embargo, la categoría social que más había sufrido con la crisis económica prolongada y agravada por la agitación izquierdista fue, una vez más, la clase media inferior. Antes de la guerra, habían sentido cierta seguridad bajo el gobierno de Giolitti, pero cuando estallaron las crisis de la posguerra, se sintieron virtualmente indefensos. El proletariado estaba protegido por los sindicatos obreros y el Partido Socialista; los trabajadores de industria habían estado en una posición firme y, en febrero de 1919, se les había concedido a los metalúrgicos la jornada de cuarenta y ocho horas y un aumento de jornales; la clase media inferior, no tenía sindicatos y el Partido Socialista, siguiendo los principios maximalistas, tendía a excluirlos, considerándolos miembros de la burguesía y ex combatientes. La clase media superior, por otra parte, los industriales, financieros y comerciantes que o bien habían hecho sus fortunas durante la guerra o habían logrado ahorrar el suficiente dinero para sentirse relativamente protegidos de la inflación, gozaban de privilegios a los que la clase media inferior no podía acceder. Habían sido los ahorros del inversionista modesto los que proveyeron, generosamente, de dinero para la guerra, pero

en esos momentos tales ahorros habían desaparecido; el nuevo control de los alquileres afectó principalmente a los propietarios más modestos; los tenderos habían visto sus tiendas vaciadas y fueron las víctimas directas de la reducción de precios anunciada por los Comités Socialistas; los terratenientes medianos, así como los arrendatarios de las fincas de labor, hubieron de sufrir la tiranía de las asociaciones rojas y se sentían asustados ante la amenaza socialista. Ésos serían los hombres que se volverían hacia el fascismo en un movimiento de autodefensa y con la esperanza de que así les sería posible dominar la nueva sociedad que había surgido de la guerra. Creían que el fascismo era *su* movimiento; creían que por medio de él, podrían imponer *su* forma de democracia, *su* forma de socialismo. Al oponerse a la alta clase media, los especuladores, al igual que se oponían al proletariado que prolongaba la crisis a sus expensas, fueron los instrumentos de Mussolini para hacer del fascismo un movimiento de masas.

* * *

Había un hombre que, más que cualquier otro, despertaba el nacionalismo de sus compatriotas y hacía que muchos de ellos considerasen un *coup d'état* como algo brillante y deseable. Ese hombre era Gabriele d'Annunzio. En lo que respecta a su influencia en el fascismo, d'Annunzio puede situarse al mismo nivel que Marinetti, pero si comparamos a los dos, una de las más importantes diferencias que surge de inmediato en nuestra mente es la de la extraordinaria popularidad del poeta d'Annunzio. Desde la última década del siglo pasado ejerció una atracción sobre las masas que Marinetti nunca tuvo. En cientos de miles de lectores las novelas, comedias y poemas de d'Annunzio, muy por encima de los esotéricos escritos de Marinetti, eran los que evocaban audacia, valor y virilidad. Las cualidades personales de d'Annunzio, su lascivia, su grosería, su esnobismo, su vanidad y su extravagancia, hallaban la aprobación general muy por encima de la truculencia de los altos principios de Marinetti. El arte de d'Annunzio era decadente, como señalaría Croce, «pero generalmente europeísta más que específicamente italiano; hasta tal punto que d'Annunzio logró en el extranjero una consideración tan alta como la literatura italiana no conocía desde los tiempos de Metastasio, y su decadentismo fue saludado en Francia como una *renaissance latine*» (35).

---

(35) B. Croce: *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, pág. 151.

No puede negarse la importancia y la calidad de la obra escrita de d'Annunzio, no puede ser ignorada ahora que ha pasado de moda. A la edad de 17 años, James Joyce declaró que *Il Fuoco*, era la mejor novela conseguida desde Flaubert, que superaba incluso a Flaubert; y a la edad de cincuenta y seis años reafirmó su admiración (36).

La pasión de d'Annunzio por la decadencia aristocrática y el confort, casas magníficas, caballos de pura sangre y perros era considerada por Marinetti como deplorable *passatista;* su interés por el erotismo, como algo malsano; su desprecio por las mujeres, de acuerdo con Marinetti, «la condición esencial para la existencia del héroe contemporáneo», un plagio de las ideas futuristas. «Gabriele d'Annunzio nos sigue a distancia —escribiría Marinetti—, un *passatista* converso que nunca tendrá el valor de renunciar a su inmensa clientela de maníacos eróticos y arqueólogos elegantes» (37). Al principio d'Annunzio había adoptado una afectada postura de indiferencia estética con respecto a la política, y escandalizó a la opinión pública de los patriotas con sus referencias en *Il Piacere*, su primera novela, a los soldados italianos muertos por los etíopes en Dogali en 1887, como «cuatrocientos brutos brutalmente degollados». Pero en 1896, cediendo a la insistencia de sus amigos, se mostró conforme con presentarse como candidato a diputado por las derechas en la ciudad de Ortona, en su región natal de los Abruzos. ¿Cuál era su política? D'Annunzio se negó a comprometerse. «Mi empresa puede parecer extraña y alejada de mi arte y estilo de vida —escribió a su editor—, pero... la gente debe darse cuenta de que soy capaz de hacer cualquier cosa» (38).

Esa actitud por su parte resultaba característica: la política era, en esos momentos, otro juego en el cual d'Annunzio podría imponer su voluntad y aproximarse un poco más a los superhombres de sus novelas. Después de su elección dio muestras claras de su desprecio por la Cámara de los Diputados no haciendo acto de presencia en ella más que en muy raras ocasiones y comportándose de un modo imprevisible cuando lo hacía. En marzo de 1900, en una reunión de la extrema izquierda, se declaró a sí mismo en favor de su oposición a una ley propuesta por el Gobierno que pondría severas limitaciones al ejercicio de la libertad política. «Felicito a la extrema izquierda —dijo—, por su energía y determinación en

(36) Richard Ellmann: *James Joyce*, Oxford University Press, 1959, págs. 60 y 673.

(37) *Teoria e invenzione futurista*, pág. 202.

(38) Citado por Guglielmo Gatti: *Vita de Gabriele d'Annunzio*, Firenze, 1956, página 163.

la defensa de sus ideas. Después del espectáculo de hoy, sé que por un lado están gritando un buen número de hombres muertos y que en el otro hay unos pocos que están vivos y son elocuentes. Como intelectual no tengo más remedio que inclinarme hacia la vida» (39). Unos días más tarde, cruzó la Cámara y dejó los bancos de la derecha para sentarse con las izquierdas.

En esos momentos, el interés de d'Annunzio en la política era cuando menos demasiado superficial. Apodado *il deputato della bellezza,* observaba los debates parlamentarios más como un artista que como un participante y siempre estaba dispuesto a levantarse y marcharse para acudir a sus asuntos amorosos. Cuando volvió a presentarse para el Parlamento, en Florencia, en junio de 1900, no fue reelegido. Durante los siguientes diez años restringió su actividad política a la evocación literaria de las viejas glorias de Italia, concentrándose en sus amantes, en su arte y en el intento, inútil, de pagar sus grandes deudas. Fue, pues, desde Francia, adonde sus acreedores le habían obligado a refugiarse, desde donde apoyó ardientemente la campaña de Libia en 1911, y fue tanto por su francofilia como por su patriotismo por lo que regresó a Italia en 1915 para ser recibido calurosamente en Roma, el 12 de mayo, por varios cientos de miles de admiradores que lo recibieron como a uno de los más apasionados e influyentes intervencionistas.

Durante la guerra d'Annunzio se mostró tan valiente como sus admiradores esperaban de él. Aun cuando contaba cincuenta y dos años de edad se presentó voluntario para el servicio en primera línea, en las trincheras. En 1915 hizo vuelos de reconocimiento sobre Trento y Trieste, y a principios del año siguiente perdió un ojo como consecuencia de un accidente aéreo; en agosto de 1918, finalmente, llevó a cabo su gesto más heroico: voló hasta llegar a Viena, una enorme distancia para los vuelos de entonces, y desde su aeroplano dejó caer miles de panfletos de propaganda sobre la ciudad cabeza del imperio austro-húngaro. D'Annunzio se sentía transformado. Se había convertido en el héroe sobre el que antes se limitaba a escribir. Los hombres que se unieron a él en la marcha sobre Fiume no habían leído sus libros, sino, simplemente, seguido el relato de sus actos. Era suficiente para ellos ver en d'Annunzio la heroica alternativa al sedentario Parlamento que despreciaban.

En un artículo publicado en *Il Corriere della Sera,* de 24 de noviembre de 1918, d'Annunzio se refirió por vez primera a la «victoria mutila-

(39) *Ibid.*, pág. 181.

da», *la vittoria mutilata,* una frase que tendría tanta resonancia en Italia como el *Dolchstoss* («la puñalada») en Alemania. Si consideramos la extensión de las demandas nacionalistas después de la victoria italiana de noviembre de 1918, vemos que toda política basada en las propuestas del presidente Wilson no tendría más remedio que hacer que la victoria pareciera «mutilada». Los nacionalistas italianos no sólo reclamaban su derecho a Dalmacia y Albania (a Italia se le había prometido Valona como «hinterland» en el tratado de Londres), sino que incluso soñaban con que la influencia italiana se extendiese por los Balcanes y el Asia Menor hasta Armenia por el Este, y con la bendición de la Iglesia, incluso hasta Palestina (40).

Nada excitó tanto la indignación de los italianos como la cuestión de Fiume. En el tratado de Londres no se había reconocido su reclamación del puerto: Fiume, la línea costera de Hungría y el sur de Dalmacia, debían ser asignados a Croacia, Servia y Montenegro por las potencias aliadas. A medida que se acercaba el fin de la guerra y los italianos tuvieron que enfrentarse con la perspectiva de una Yugoslavia unificada, sus aspiraciones sobre Fiume se hicieron más insistentes. Y hay que reconocer que esas aspiraciones no eran del todo injustificadas, puesto que el 49 % de la población de Fiume era italiana, mientras que en Dalmacia sólo lo era el 2,8 %. Por si eso fuera poco, Fiume era de extraordinaria importancia estratégica: por un lado vendría a fortalecer la frontera entre Italia y Yugoslavia, que los italianos consideraban un peligro militar, y por otra parte, temían que si Fiume pasaba a Yugoslavia atraería todo el comercio de y para la Europa Central y se convertiría en un formidable rival de Trieste.

En la Conferencia de Paz de 1919 la delegación italiana, presidida por Vittorio Emmanuele Orlando, presentó su reclamación de Fiume basada en el derecho de la autodeterminación. El 7 de febrero, el presidente Wilson reconoció la existencia de Yugoslavia como una unidad nacional y mientras accedió a conceder a Italia el paso del Brennero y una parte considerable de la península de Istria (incluyendo Pola y Trieste) reconoció que Fiume resultaba de interés vital para Yugoslavia. Para los italianos esto fue un golpe poco grato. Habían puesto las mayores esperanzas en Wilson. Sus Catorce Puntos que estipulaban la libre navegación y el libre comercio, la abolición de la diplomacia secreta y la creación de la Sociedad de las Naciones para garantizar la paz mundial, podían haber facili-

(40) C. Seton-Watson, obra citada, pág. 509.

tado la base para una Europa más segura y más feliz, y, en ese punto noveno que decía que «un reajuste de las fronteras de Italia deberá ser efectuado para situarlas a lo largo de líneas claramente reconocibles de nacionalidad», parecía enteramente en favor de Italia. Pero la postura de Wilson con respecto a Fiume fue el primer aviso de que la Europa de la posguerra no sería la que la Italia de mentalidad nacionalista había confiado. Los sentimientos del pueblo italiano se volvieron acremente contra el presidente norteamericano, y a partir de entonces, cualquier cosa que éste propusiera, no podía menos que despertar su desconfianza.

Fiume fue ocupado por tropas aliadas en tanto que su estatuto no quedaba definitivamente establecido. En julio de 1919, se agravó la situación cuando nueve soldados franceses fueron linchados por los nacionalistas italianos. Para apaciguar a los franceses, el Gobierno italiano decidió reducir la guarnición italiana, disolver los batallones de voluntarios que ocupaban el puerto, reemplazar el Consejo Nacional por un consejo municipal y admitir una fuerza de policía aliada y una comisión de control. En ese momento, un grupo de oficiales jóvenes, determinados a evitar la evacuación de Fiume por la guarnición italiana, le rogó a d'Annunzio que lo invadiera. El 12 de septiembre el escritor se colocó a la cabeza de un millar de «legionarios» y marchó sobre Fiume desde Ronchi. Las tropas aliadas se retiraron y d'Annunzio, que anunció su intención de quedarse en la ciudad hasta que fuese anexionada por Italia, asumió poderes dictatoriales.

En pocas semanas se unieron a él siete mil «legionarios» y cuatrocientos marineros. Los futuristas y los nacionalistas estaban exultantes de entusiasmo. La debilidad del jefe del Gobierno italiano, Francesco Saverio Nitti, que vacilaba en emplear la fuerza para expulsar a d'Annunzio, dejó que el comandante, como entonces se le llamaba, creyera que había llegado el momento de llevar a cabo una marcha sobre Roma para acabar de una vez para siempre con la democracia en Italia. Para muchos espectadores y sobre todo para los legionarios de d'Annunzio, el Fiume del comandante se convirtió en «el símbolo del rechace moral, político y social de todo el orden establecido, de ese orden que se identificaba con Roma, con la Liga de las Naciones y con los aliados» (41). Es difícil de especificar cuáles eran los objetivos de los legionarios. Tendían a apoyar la causa de «los pueblos oprimidos» y veían la experiencia soviética en Rusia con benévolo interés. Abiertamente se mostraban partidarios de una

---

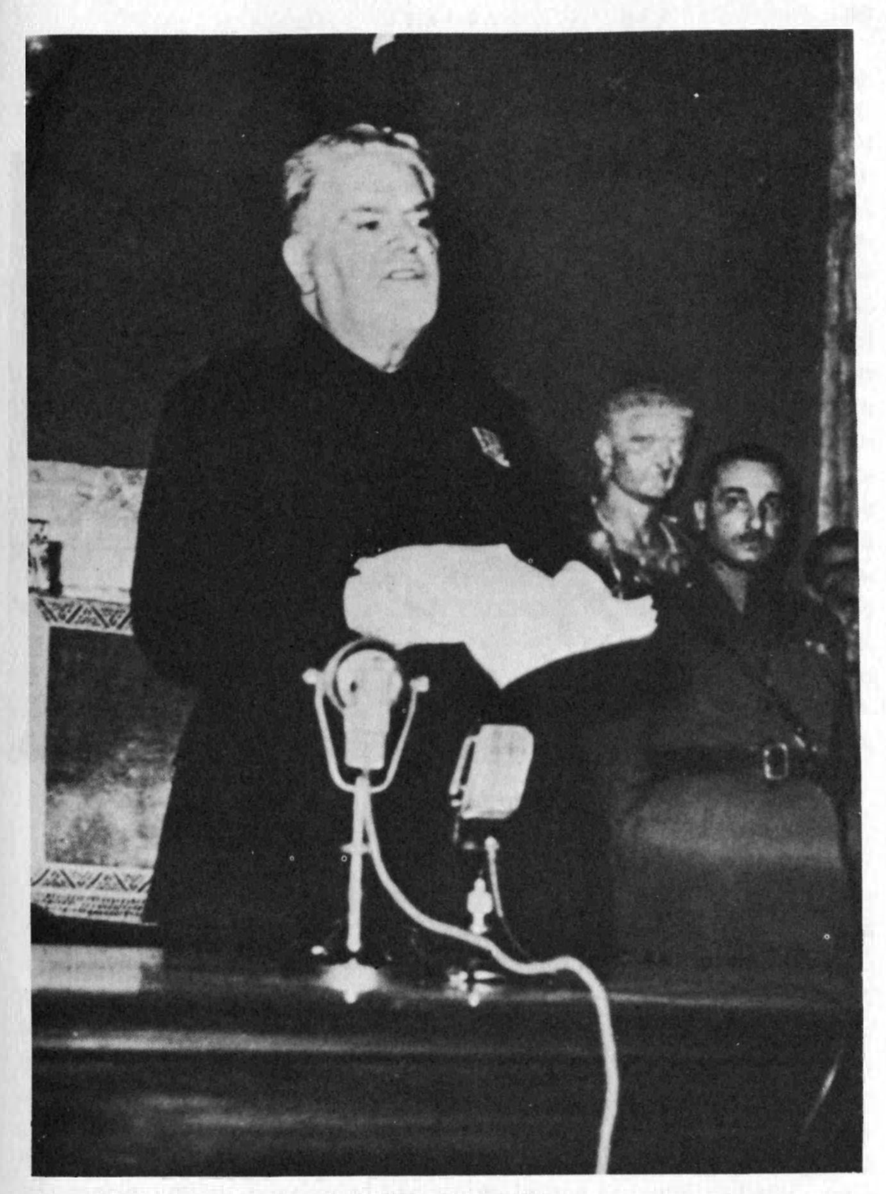
(41) Renzo De Felice: *D Annunzio e la vita politica italiana dal 1918 al 1936*, Quaderni Dannunziani, fascículos XXXVIII-XXXIX.

alianza con los sindicalistas, los anarquistas y los socialistas, pero, sobre todo, deseaban algo nuevo y lo encontraron en la Constitución que d'Annunzio había redactado para Fiume en septiembre de 1920, conjuntamente con el sindicalista Alceste De Ambris. De acuerdo con la *Carta del Carnaro,* todos los ciudadanos de Fiume debían pertenecer a alguna de las diez corporaciones existentes, de acuerdo con su profesión. Se establecía el sufragio universal y el Gobierno del pueblo, mientras que en los momentos de peligro, el mando supremo le sería entregado al comandante.

En la época en que fue redactada la *Carta del Carnaro,* sólo atrajo a una minoría idealista. En una época relativamente temprana d'Annunzio había demostrado que no era un político y había comenzado por perder la simpatía que en un principio consiguió entre el Ejército italiano. En diciembre de 1919, después de que el comandante logró un acuerdo con el Gobierno italiano, por mediación del general Badoglio, de que los derechos de Fiume a la autodeterminación debían mantenerse oficialmente y el puerto ocupado por tropas regulares italianas hasta que se lograra una decisión en la Conferencia de Paz, de repente cambió de idea y anuló el plebiscito que había aprobado el acuerdo y rompió las relaciones con Roma. Muchos de los que siguieron a d'Annunzio en los primeros momentos se fueron de su lado. Los legionarios que siguieron a su lado comenzaron a llevar una vida disoluta que disgustaba a los habitantes de la ciudad. «Fiume — diría Nitti a Turati en marzo de 1920 — se ha convertido en un burdel, en refugio del hampa y de la *dolce vita,* prostituta más o menos» (42). El propio d'Annunzio se fue haciendo cada vez más impopular. En Fiume había escasez de víveres, paro masivo y una falta absoluta de comercio, de modo que en abril de 1920 el comandante no tuvo otra alternativa que ceder la administración interna del puerto al Consejo Nacional. Por el tratado de Rapallo, en noviembre, Fiume fue declarado un Estado libre e Italia renunció a sus reclamaciones en Dalmacia, con la excepción de Zara y las cuatro islas dálmatas. Como un último desafío al Gobierno italiano d'Annunzio ordenó a sus legionarios que atacaran Susak y ocuparan Krk y Rab. Cuando el Ejército regular se negó a apoyarlo, le declaró la guerra a Italia. Por orden de Giolitti el general Caviglia, con sus tropas, empezó a avanzar en dirección a Fiume el 24 de diciembre y el 18 de enero de 1921, d'Annunzio se vio obligado a abandonarlo.

---

(42) F. Turati y A. Kuliscioff: *Carteggio V, Dopoguerra e fascismo 1919-1922,* Turín, 1953, pág. 294.



Giovanni Gentile



Curzio Malaparte *(izquierda)*

Aun cuando Mussolini dio a la aventura de Fiume el máximo de publicidad posible y la animó todo lo que pudo en *Il Popolo d'Italia,* lo cierto es que su actitud personal con respecto a ella fue bastante equívoca. Resulta interesante observar que la evolución política de d'Annunzio siguió una dirección totalmente opuesta a la de Mussolini. Cuando partió de Ronchi el 12 de septiembre de 1919, d'Annunzio contaba con un inapreciable apoyo entre los oficiales más conservadores del Ejército y fue precisamente por consideración a éstos por lo que Nitti jamás se atrevió a pedir al Ejército que fuera contra él. Después perdió este apoyo y, al hacerlo así, se volvió hacia las izquierdas. Estableció contactos con Sean O'Kelly, el futuro presidente del Eire, que entonces representaba al Sinn Fein en París; con el nacionalista egipcio Zaghlul Pasha, y con el Gobierno soviético de Rusia. Lenin se refirió a él llamándolo uno de los pocos auténticos revolucionarios de Italia y en abril de 1920, d'Annunzio se aproximó a los socialistas de Trieste con la intención de proclamar una República Soviética en Fiume y en Venezia Giulia. Por otra parte, Mussolini, que había estado en contacto epistolar con el comandante desde septiembre de 1918, le había aconsejado siempre que fuese precavido. El 8 de octubre de 1919 Mussolini fue a Fiume, permaneció allí sólo doce horas y aunque no hay anotaciones de su conversación con d'Annunzio, parece ser que se pronunció contrario a toda intentona revolucionaria.

* * *

El fracaso electoral de Mussolini en noviembre de 1919 aumentó sus vacilaciones en apoyar o llevar a cabo un golpe de Estado, y fue una indicación de la incapacidad de la «izquierda intervencionista» — así seguían considerándose los futuristas y los fascistas — para obtener votos. Mussolini pensó entonces que era esencial atraerse a algunos de los elementos más conservadores de la burguesía y ponerse en buenos términos con la más poderosa de todas las instituciones italianas: el papado. E incluso con la monarquía. Para Marinetti, Mussolini, con «su saliente mandíbula cuadrada, sus prominentes y agresivos labios, con su empalada arrogancia, con su agresividad hacia todo lo que es lento, pedante, analítico y lloriqueante», había sido un ideal futurista, pero cuando Marinetti, que había propuesto que el papa fuese desterrado a Avignon, oyó que Mussolini proclamaba su intención de buscar un compromiso, en el Congreso Fascista de mayo de 1920, abandonó el *Fasci* mientras Mussolini se refería a él como «ese extravagante bufón que deseaba mezclarse en

política y a quien nadie, ni siquiera yo mismo, tomó en serio» (42). El programa fascista, publicado al final del Congreso, contenía una nueva cláusula «en favor de una burguesía trabajadora», *per una borghesia del lavoro*. «El *Fasci* reconoce el inmenso valor de la "burguesía trabajadora", la cual, en todos los campos de la actividad humana (desde la industria a la agricultura, desde la ciencia a las profesiones liberales), constituye el precioso e indispensable elemento para el desarrollo del progreso y el logro de la riqueza nacional» (43).

El programa insistía en la oposición fascista al «socialismo político» y «el deseo de apoyar toda iniciativa de esos grupos minoritarios del proletariado que pudieran conciliar el interés de clase con los intereses nacionales». Dejó de mencionarse la intención de abolir el Senado o de introducir el sufragio universal. Se seguía pidiendo un gravamen del capital, así como la confiscación de las propiedades eclesiásticas, la jornada de ocho horas de trabajo y el que los obreros compartieran la administración de las fábricas, y en agosto y septiembre de 1920, Mussolini, en *Il Popolo d'Italia,* apoyó algunas de las demandas de los trabajadores que habían ocupado las fábricas.

Marinetti no fue el único de los miembros que abandonó el movimiento después del Congreso de mayo. Desde su fracaso electoral en 1919 hasta finales de la segunda mitad de 1920, el *Fasci* perdió una buena cantidad de ex socialistas que se habían pasado a sus filas anteriormente, así como también de sindicalistas, anarquistas y republicanos. Pero en su lugar, ganó otros miembros con convicciones políticas muy distintas. Estudiantes y jóvenes ex combatientes acudieron a sus filas atraídos precisamente por esa vaguedad del programa político fascista o simplemente por el hecho de que se oponía al socialismo y al Gobierno. Además, hacia el invierno de 1920 el Partido ofrecía a esos jóvenes algo más: la posibilidad de formar parte de una violencia organizada. Los fascistas no se limitaban a expresar su oposición al socialismo sino que estaban dispuestos a desafiarlo en la calle... La primera «expedición de castigo» fue organizada por Marinetti y Mussolini el 11 de enero de 1919, cuando interrumpieron un discurso de Leonida Bissolati, el ex ministro de Pensiones y Subsidios Militares que estaba dispuesto a apoyar la renuncia de Italia a sus reclamaciones en la costa dálmata. En abril continuaron por ese camino y condujeron a los *Arditi* a las oficinas del perió-

(42) G. Pini y D. Susmel: *Mussolini L'Uomo e l'Opera,* Firenze, 1954, página 68.

(43) De Felice, obra citada, pág. 766.

dico socialista *Avanti!*, en Milán, y prendieron fuego al edificio. El grupo iba encabezado por Mussolini y Marinetti, si bien este último parece no haber participado en el incendio del edificio. Si Marinetti consideraba esos golpes como protesta contra el orden establecido, Mussolini se dio cuenta que en ellos había muchas más posibilidades. El fascismo podía oponerse al Gobierno, pero podía ser utilizado también para salvaguardar «el orden» y fue ese aspecto el que finalmente hizo el movimiento aceptable para los sectores conservadores de la burguesía.

En julio de 1920, la violencia fascista estaba organizada a gran escala y en un terreno distinto hizo explosión en Trieste. Jóvenes fascistas, que se llamaban a sí mismos *squadristi*, incendiaron el cuartel general de la organización eslovena en respuesta al asesinato de dos oficiales italianos en Split por separatistas eslovenos; en noviembre el *squadrismo* se extendió a Emilia, después de que un diputado nacionalista murió de un tiro en un conflicto callejero entre socialistas y fascistas en Bolonia con motivo de la sesión de apertura del recién elegido Concejo municipal. Seguidamente, el valle del Po con sus propietarios amargados y asustados por la huelga que había durado de mayo a octubre, demostró ser un terreno ideal para lo que llegaría a ser conocido con el nombre de «fascismo agrario».

Las *squadre*, escuadras, eran reclutadas por el *ras*, es decir, el jefe local del Partido que representaba a Mussolini: Italo Balbo, en Ferrara; Dino Grandi, en Bolonia; Roberto Farinacci, en Cremona. Su objetivo era acabar con las ligas de campesinos y destruir las uniones de tendencia izquierdista. Sus métodos consistían en un tipo más brutal de «expedición de castigo». Camiones cargados de fascistas llegaban a un pueblo a medianoche. «De veinte a cien escuadristas armados con fusiles y revólveres se reunían en torno a una casa y la cercaban», explicó el diputado socialista Giacomo Matteotti. «Llamaban al jefe de la liga, amenazándole con pegar fuego a la casa con su mujer y sus hijos dentro si no salía. Cuando el hombre salía a la puerta, lo ataban, lo hacían subir al camión, lo torturaban, en ocasiones fingían que lo iban a matar o arrojarlo del camión en marcha y después lo abandonaban, dejándolo atado desnudo a un árbol» (44). El *squadrismo*, aun cuando fundamentalmente continuó siendo un fenómeno agrario, se extendió a las ciudades y los socialistas respondieron a él con una violencia tan desagradable como la de sus oponentes. Toscana, en 1921, fue escenario de un incidente que

---

(44) Citado en Angelo Tasca: *Nascita e avvento del fascismo*, Bari, 1965, página 213.

despertó por todas partes particular indignación. En Florencia, el 27 de febrero, se lanzó una bomba contra un desfile de fascistas, que tomaron venganza esa misma noche asesinando a un jefe comunista, Lavagnini. Al día siguiente, los socialistas ordenaron una huelga general y un grupo de obreros capturó a un joven fascista, Giovanni Berta, hijo de un rico industrial, lo apuñalaron y lo arrojaron al Arno. Después de levantar barricadas en los suburbios para defender las oficinas de sus sindicatos, los obreros abrieron fuego contra los fascistas que llegaron apoyados por los *carabinieri,* es decir, la policía. Los *squadristi* y la policía volvieron al ataque con carros blindados y artillería y, finalmente, consiguieron derribar las barricadas y demoler la Casa del Pueblo a cañonazos. Mientras tanto, en Empoli, cerca de Florencia, se rumoreó que los fascistas planeaban una de sus expediciones. Los habitantes comenzaron a abrir fuego contra los primeros camiones que aparecieron, le pegaron fuego a uno de ellos, lincharon a ocho pasajeros e hirieron a otros diez. Cuando una de las víctimas pidió un vaso de agua, le dieron de palos y lo arrojaron al río. Más tarde se supo que los camiones, al parecer, no iban cargados de fascistas sino de inocentes técnicos del Ejército que iban de camino hacia Florencia para sustituir a los ferroviarios que estaban en huelga.

Con el crecimiento del *squadrismo* en provincias, Mussolini se encontró, de pronto, a la cabeza de un movimiento de masas. A finales de 1919, había treinta *Fasci* con un total de 870 miembros; a finales de 1920, ochenta y ocho *Fasci* con 20.600 miembros, y para finales de 1921, el número de *Fasci* era 834 con un total de 249.000 miembros. El flujo de nuevos afiliados trajo monárquicos, católicos, republicanos, unidos entre sí por su nacionalismo y el odio al socialismo. En muchos casos, ex sindicalistas, como Dino Grandi, siguieron prevaleciendo y en febrero de 1921 se fundó la primera unión laboral fascista en la agricultura, en Ferrara, a la que se adhirieron numerosos braceros, cuyas ligas «rojas» habían sido aplastadas y que se dirigían a los fascistas en busca de la protección que anteriormente habían esperado de los socialistas. Tanto habían confiado los terratenientes en los *squadristi,* para romper las huelgas y forzar la aceptación de nuevos contratos, que éstos se hallaron en una fuerte posición cuando se dirigieron a esos mismos terratenientes y les obligaron a aceptar sus términos y los de sus protegidos. «Hubo fascistas que se tomaron en serio su sindicalismo», escribió Seton-Watson. «Tras haber destrozado a sus enemigos se creyeron a sí mismos responsables de acabar con el hambre y el paro en el campo, y se vieron obligados a adoptar muchos de los métodos socialistas. Fue entonces

cuando los fascistas empezaron a pedir cuotas mínimas de trabajo y exigían de los Ministerios subsidios y obras públicas. Pero ellos estaban en condiciones de poder ofrecer algo que no podían los socialistas. Ya a principios de 1921, Mussolini anunció que fascismo significaba "tierras para quienes las trabajen", y esta frase demostró ser un excelente slogan para ganar nuevos miembros en las zonas rurales» (45).

Si los escuadristas representaban el lado más violento del fascismo, Mussolini, por su parte, seguía siendo partidario de la prudencia y el cálculo. Su objetivo era la conquista del poder político y para ello le era necesario ganarse la admisión en los círculos políticos. Aun cuando la responsabilidad de Giolitti es frecuentemente exagerada, en lo que se refiere al triunfo del fascismo, lo cierto es que estaba, y así lo admitió, irritado por la negativa socialista a unirse a su Bloque Nacional. No era adverso a la idea de permitir a los fascistas romper la potencia socialista y forzar una ruptura dentro del seno del Partido entre maximalistas y reformistas. Sin embargo, decir que realmente animó y alentó al fascismo es un error. Se limitó a observar, mientras que los dos rivales, los escuadristas y los izquierdistas, luchaban entre sí.

Aun cuando la mayoría de sus seguidores eran intransigentes en su oposición a Giolitti, Mussolini pensó que el favor del primer ministro era el medio más favorable para conseguir su entrada en el Parlamento. En noviembre de 1920, cometió su primera gran traición a d'Annunzio: aprobó el tratado de Rapallo, por el que Fiume se convertía en Estado libre. Giolitti, por su parte, estaba convencido de que en último caso podría controlar el fascismo y utilizarlo en beneficio propio. Vio en él el medio más oportuno para llegar a un compromiso entre la vieja Italia liberal que él representaba y la nueva Italia que había surgido de la Gran Guerra. Fue dentro de ese espíritu que invitó a Mussolini a unirse a su Bloque Nacional en las elecciones de 1921.

* * *

El auge del escuadrismo no sólo convirtió al fascismo en un movimiento de masas, sino que también constituyó un serio peligro para la autoridad del propio Mussolini. Pronto quedó en claro que Mussolini ejercía muy poco control sobre las escuadras de provincias; incluso financieramente los *ras* o jefes provinciales, se las arreglaron para obtener

(45) C. Seton-Watson, obra citada, pág. 574.

cierta autonomía, reteniendo el dinero conseguido de las asociaciones de terratenientes y agricultores en Lombardía y Emilia para el cuartel general del movimiento en Milán. El antagonismo latente entre el fascismo «político» y el «provincial», alcanzó su punto culminante en el verano de 1921, cuando Mussolini firmó un «pacto de pacificación» con los socialistas. Teóricamente, la tregua debía ser la primera de una serie de «alianzas» políticas que deberían llevar al fascismo al poder sin necesidad de un golpe de Estado, pero la oposición que Mussolini encontró entre sus propios seguidores hizo que se desvanecieran sus esperanzas. Las primeras protestas de los escuadristas fueron tan lejos que Mussolini estuvo a punto de dimitir de su cargo en el ejecutivo del Partido, al tiempo que observaba:

«¿El fascismo puede seguir adelante sin mí? Indudablemente, pero yo también puedo seguir adelante sin el fascismo.» Pero cuando Grandi y Balbo organizaron una marcha de sus escuadristas, unos tres mil hombres, sobre Rávena, Mussolini cambió de opinión. El *squadrismo* y él eran interdependientes: si Mussolini quería llegar al poder no debía enemistarse con los escuadristas; ellos, por su parte, jamás lograrían gobernar sin él. Como garantía de su lealtad a los «ideales» fascistas, Mussolini hizo del Movimiento un Partido, el *Partito Nazionale Fascista,* y, después del Congreso fascista celebrado en Roma en el mes de noviembre, hizo público su nuevo programa.

En comparación con los dos programas previos, el de 1921 era conservador en extremo. Ya no sugería que la propiedad eclesiástica debía ser confiscada. La propiedad privada ya no era descrita como «un derecho y un deber». Teléfonos y ferrocarriles debían volver a ser propiedad privada; el Estado debía «renunciar al monopolio de los servicios postales y telegráficos, de modo que la iniciativa privada pudiera... eventualmente remplazar los servicios estatales»; las corporaciones debían ser consideradas «como una expresión de la solidaridad nacional y un medio de desarrollar la producción». El programa contenía, también, una lista de obras públicas que debían ser llevadas a cabo, y mantenía la obligatoriedad del servicio militar. En el transcurso de 1922, Mussolini se libró de los pocos principios izquierdistas que aún conservaba. En enero afirmó que «el mundo se estaba moviendo hacia las derechas» y que consideraba al fascismo como un movimiento derechista. Se aproximó abiertamente al Vaticano y, en agosto, a la monarquía. Hasta 1922, los principales financiadores de su Partido fueron los terratenientes, pero a partir de 1922, la banca y la industria comenzaron a facilitarle también fondos. Mientras tanto, los *ras* se habían vuelto tan poderosos que esta-

ban en condiciones de ocupar ciudades enteras. En mayo Balbo ocupó Ferrara durante un breve período y en julio comenzó a ocupar Rávena. Bien por miedo o por simpatía, las autoridades locales se negaron a obedecer las órdenes de los inefectivos sucesores de Giolitti, Bonomi (46) y Facta (47). En vez de detener a los fascistas en posesión de armas de fuego, se dedicaban a dar caza a los comunistas y socialistas.

Verdaderamente, los camisas negras habían conseguido con efectividad dominar el país. El Gobierno liberal era incapaz de dominarlos y cada vez se hacía mayor la tendencia a creer que el único medio para resolver la crisis y poner un fin a las continuas «expediciones de castigo», era entregar a Mussolini el poder que deseaba. Ningún partido político era lo suficientemente fuerte para resistirlo. Los socialistas estaban en decadencia desde 1920 y los *Popolari* no ofrecían una alternativa viable. La postura tomada por los católicos con respecto a la guerra, a la que se opusieron, no los hacía gratos a los ex combatientes y, además, en el caso de los socialistas, eran las discordias y divergencias en el seno del Partido lo que lo hacía inefectivo. El centro y la izquierda, muy pronto estuvieron contra el Vaticano, mientras la derecha se negaba a colaborar con cualquier partido de izquierda y mostraba claramente sus simpatías por el fascismo. Y lo que es más: incluso el nuevo papa, Pío XI, que había sucedido a Benedicto XV en enero de 1922, se mostraba tan favorable a Mussolini como lo había sido mientras ocupó el arzobispado de Milán.

Los liberales estaban también divididos; por una parte unos cuantos individuos bien dotados e inteligentes, como Alfredo Frassati, Francesco Coccu-Ortu y Giovanni Amendola, que se daban cuenta del peligro que significaba el fascismo, y por otra los viejos del partido, Giolitti, Salandra, Nitti y Orlando, veían en el fascismo un instrumento del que se podían valer para sostenerse. En el seno de la familia real italiana, Mussolini contaba con el apoyo de la reina madre Margherita y del primo del rey, el duque de Aosta, que según se rumoreaba, estaba dispuesto a aceptar la regencia si el rey se oponía al movimiento fascista. Incluso en el seno del Ejército el movimiento se veía con tolerancia; oficiales y dirigentes fascistas eran miembros de las mismas logias masónicas, y Mussolini llevaba ya mucho tiempo pregonando que estaba vengando el honor de los militares.

---

(46) Jefe del Gobierno de julio de 1921 a febrero de 1922.

(47) Jefe del Gobierno desde febrero de 1922 hasta la marcha sobre Roma.

Una figura importante con la que Mussolini debía llegar a un entendimiento para asegurarse de que quedaban eliminados todos los obstáculos que se oponían en su camino al poder, era d'Annunzio. Aun cuando la retirada de Fiume del comandante, que se había refugiado en su villa en el lago Garda, le había quitado cierta popularidad, aún contaba con un buen número de seguidores. D'Annunzio se las había arreglado para figurar como otra posible alternativa a Mussolini y, en 1921, algunos de los escuadristas más intransigentes habían pensado en la posibilidad de aceptarlo a él como jefe. El fascismo le debía mucho a d'Annunzio y su aventura en Fiume —saludo romano, canciones, «slogans» uniformes y desfiles— tenía mucho que ver con él. Mussolini explotó esas corrientes de la opinión pública puestas en movimiento por d'Annunzio. Desde luego resultaba enojoso para el comandante que un buen número de sus legionarios se hubieran unido a los fascios cuando en la segunda mitad de 1921 se hizo evidente no sólo que Mussolini era el verdadero jefe del movimiento, sino que no había ninguna otra organización que pudiera competir con el fascismo. D'Annunzio había desaprobado francamente la violencia de las expediciones punitivas y describió los efectos del escuadrismo provincial como «una esclavitud agraria». En la primavera de 1922 mantuvo conversaciones con varios dirigentes de las uniones sindicales, entre ellos con Gino Baldesi y Ludovico d'Aragona, de la C.G.T., y aquel verano recibió la visita del comisario soviético de Asuntos Exteriores, Georgi Chicherin. Los fascistas pensaron que existía la posibilidad de que d'Annunzio tratara de organizar un bloque de izquierdas contra Mussolini, y cuando en cierta ocasión lograron engatusarlo para que se dirigiera a una muchedumbre en Milán, en nombre del fascismo, en el mes de agosto, d'Annunzio confirmó estas sospechas al no mencionar siquiera el nombre del fascismo y limitarse a pedir la unidad nacional.

Parece ser que incluso el Gobierno liberal había puesto los ojos en d'Annunzio como instrumento para librarse de Mussolini, pero el plan de formar una coalición entre el comandante, Nitti y Mussolini fracasó en ese mismo mes de agosto, cuando d'Annunzio se cayó de una ventana de modo bastante extraño y hubo de pasar varias semanas en cama. En septiembre, sin embargo, estaba de nuevo en pie y amenazaba con movilizar a sus legionarios que seguían siéndole fieles y nombrarse a sí mismo dictador. Es dudoso que sus ambiciones políticas tuvieran una base real. En esos momentos debió resultarle obvio que no tenía ninguna posibilidad contra Mussolini, y es posible que la auténtica ambición de d'Annunzio fuera convertirse en el jefe espiritual, más que en

el efectivo, del movimiento nacional. Sin embargo, era incapaz de resistirse a la realización de caprichosas inmersiones en el mundo de la política. Según su biógrafo, Guglielmo Gatti (48) fue en un último intento de tratar con Mussolini «de igual a igual» que d'Annunzio se identificó con la causa de la Unión de Marineros genoveses de Giuseppe Giulietti que lo había apoyado en Fiume. Con la intención de neutralizar a d'Annuncio, Mussolini firmó un acuerdo con el comandante y Giulietti, el día 16 de octubre, en el que se estipulaba la suspensión de la corporación fascista de marineros en Génova y se pedía el reconocimiento por los armadores de los sindicatos nacionales de Giulietti. Aunque los términos del acuerdo fueron origen de las discrepancias entre Mussolini y d'Annunzio hasta 1924, el comandante quedó satisfecho temporalmente.

* * *

En el verano de 1922 se produjo una revulsión en la opinión pública contra el fascismo. Las expediciones de castigo habían alcanzado un nivel de brutalidad exasperante y en muchas ocasiones se dirigían contra los más inocuos e inofensivos elementos de la izquierda. En agosto, sin embargo, los socialistas organizaron una nueva huelga, lo que les aseguró a los escuadristas, de nuevo, la aprobación pública cuando intentaron romperla. Muchos miembros de los sindicatos católicos y socialistas claudicaron y se unieron a los fascistas, de modo que en octubre, cuando Mussolini estuvo seguro que no hallaría oposición, ordenó a todas las escuadras que se reunieran en Roma. Podían haber sido dispersadas fácilmente por el Ejército regular, pero el rey se negó a proclamar el estado de sitio y el 30 de octubre nombró a Mussolini jefe del Gobierno.

A la edad de treinta y nueve años, Mussolini fue el primer ministro más joven que jamás tuvo Italia. Mientras que la juventud de sus miembros era uno de los mayores atractivos del fascismo como movimiento, la juventud y la falta de experiencia política de sus jefes parecía garantizar que realmente escucharían las advertencias y consejos de los viejos políticos liberales y, además, que no lograrían mantenerse en el poder durante mucho tiempo. Nadie se atrevía a pensar que se mantendrían en el poder más que unos cuantos meses y así, cuando en noviembre se le concedieron al nuevo Gobierno plenos poderes para llevar a cabo reformas fiscales y administrativas, el escepticismo con que Gaetano Salvemini recibió

(48) G. Gatti: obra citada, pág. 385.

la noticia expresó un estado mental colectivo: «No hay nada nuevo sobre la "dictadura" de Mussolini. El Parlamento italiano, en tanto alcanza mi memoria, no ha hecho sino crear dictadores... Crispi fue un dictador... Giolitti fue un dictador, como Salandra, Bosseli, Orlando... La Cámara italiana siempre se ha mostrado contenta al poder ofrecer plenos poderes al jefe del Gobierno» (49).

Muy pocos eran los que querían un Gobierno totalmente fascista y el primer Gabinete designado por Mussolini fue tranquilizador. En él se incluían dos *popolari,* Tangorra y Cavazzoni; dos militares, los generales Diaz y Thaon di Revel; a los demócratas Carnazza y Rossi; al nacionalista Federzoni; al *demo-sociali* Colonna di Cesarò; el liberal De Capitani, y tres fascistas: De Stefani, ministro de Finanzas; Oviglio, ministro de Justicia, y Giurati, ministro de Territorios Liberados. Había además, nueve subsecretarios fascistas, cuatro *popolari,* dos nacionalistas y *demo-sociali* y uno liberal. El nuevo primer ministro no escatimó esfuerzos para complacer al electorado conservador. En febrero de 1923, persuadió a los nacionalistas que se unificaran con el Partido fascista. Dio varios pasos para satisfacer a la Iglesia: los crucifijos volvieron a ser colocados en las escuelas y en los Tribunales de justicia; de acuerdo con el plan de Gentile para la reforma de la educación, se estableció la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas elementales; la biblioteca Chigi fue regalada al Vaticano; se acordó que el Estado subvencionara la restauración de las iglesias damnificadas durante la guerra, y Mussolini anunció su intención de proceder contra la masonería. Al mismo tiempo comenzó las negociaciones que habrían de concluir con la reconciliación entre la Iglesia y el Estado. «Lo que nosotros sabemos de Mussolini», le dijo el cardenal Gasparri, secretario de Estado del Vaticano al embajador belga en la Santa Sede, «es que se trata de un notable organizador —el fascismo está ahí para probarlo— y un hombre de gran carácter» (50).

El propio embajador belga estaba encantado con el resultado de la administración de Mussolini. «Los dieciocho meses que han seguido a la Marcha sobre Roma, ha sido un período de alivio y seguridad, el resultado normal del establecimiento de un Gobierno fuerte. El fascismo restauró el orden doquiera que pudo hacer sentir su mano férrea, así en el campo como en las ciudades. Los ataques comunistas obtuvieron la réplica merecida y las huelgas fueron suspendidas. Los ferrocarriles fueron vigila-

---

(49) G. Salvemini: *Scritti sul fascismo,* II, Milán, 1966, pág. 20.

(50) Barón Beyens: *Cuatro años en Roma* (*Quatre ans à Rome*), *1921-1926,* París, 1934, pág. 136.

dos atentamente por los "camisas negras" y los viajeros dejaron de sentirse continuamente atemorizados por el miedo a perder sus maletas. Todos los servicios públicos funcionaban perfectamente... Había comenzado una nueva era» (51).

En enero de 1923, Mussolini legalizó a los *squadristi,* formando con ellos una milicia voluntaria, que posteriormente sería absorbida por el Ejército regular. Se incrementaron los poderes de la policía. Las organizaciones de las uniones sindicales no fascistas fueron aniquiladas por los *squadristi,* de manera que sus miembros no estaban en condiciones de negociar, de lo que surgió un descenso de las huelgas y la llegada puntual de los trenes — lo que resultaba sumamente notable después de un período en el que frecuentemente ni siquiera solían salir a su hora —. Con todo, Mussolini conservó cierta apariencia de democracia al permitir y reconocer la independencia de la Confederación General del Trabajo, sindicato no fascista, así como ofreciendo seguridades a la católica *Confederazione Italiana del Lavoro.*

Gradualmente los financieros e industriales fueron perdiendo la actitud de reserva que en un principio tuvieron con el régimen. De acuerdo con su programa de 1921, Mussolini mantuvo la libertad empresarial. Hizo que los servicios telefónicos volvieran a ser propiedad privada, abolió el control sobre la renta, redujo las tasas e impuestos sobre la herencia y las defunciones y puso fin a la comisión de investigación de beneficios de guerra que Giolitti había creado en 1920. La *Confindustria,* la mayor asociación patronal de la industria, fue reconocida como representación única de los industriales. El ministro de Finanzas, De Stefani, se opuso firmemente a todo proyecto de introducir un sindicalismo estatal y siguió manteniendo sus relaciones con la economía italiana dentro de la línea tradicional. Debido en parte al general mejoramiento económico que se hacía sentir en toda Europa y también gracias a su buena administración, estuvo en condiciones de anunciar, en marzo de 1924, el primer superávit en el presupuesto nacional de los últimos dieciséis años.

Pronto comenzó a hacer acto de presencia la naturaleza profundamente contradictoria de las distintas corrientes intelectuales que formaban la ideología fascista. Sobre todo cuando Giovanni Gentile trató de reformar el sistema italiano de educación. Tratando de «concentrar los mejores cerebros y talentos de Italia en su Gobierno, sin prejuicio alguno ni os-

---

(51) *Ibid.,* pág. 226.

tracismo sectario» (52). Mussolini había designado al filósofo siciliano como ministro de Educación, un puesto que Gentile aceptó sólo a condición de que se le permitiera desarrollar su plan de reforma escolar. El entusiasmo que provocó este nombramiento fuera del Partido fascista fue casi tan grande como la oposición que halló en el seno del Partido. Croce, como veremos, lo consideró muy favorablemente, mientras que Salvemini, que se había manifestado opuesto al fascismo desde el principio, escribió en su diario: «Será necesario ayudar a Gentile y, si se me invita a ello, lo haré —inoficialmente y en la base de unas relaciones amistosas, a condición de que nadie piense que me adhiero al régimen de Mussolini» (53). El primer proyecto de Giolitti para la reforma de la educación italiana fue interrumpido por la guerra y cuando a continuación designó a Benedetto Croce como ministro de Educación, el equipo de éste se declaró en huelga. De ese modo Gentile se encontró en condiciones de realizar las reformas que los liberales habían esperado durante tanto tiempo.

La corrupción y mediocridad del Gobierno italiano desde el «Risorgimento», la baja moral del Ejército italiano y la derrota en Caporetto, se debieron, de acuerdo con Gentile, al sistema educacional. Gentile concebía la educación como parte esencial de su Estado ideal. «No podrá haber auténticos alumnos si faltan maestros», aseguraba. Su principal objetivo consistía en conceder a los maestros de escuela la mayor autonomía e incrementar la importancia de la filosofía. En las escuelas elementales debía enseñarse la religión, que serviría de entrenamiento para el estudio de la filosofía que debía enseñarse en las escuelas medias, en donde la filosofía sustituiría a la religión. Aparte de ciertas alteraciones en su curriculum, Gentile mejoró las condiciones económicas de los maestros, aumentó la edad mínima de salida de la escuela y estableció el examen estatal tanto en las escuelas privadas como en las del Estado para de ese modo ofrecer las mismas oportunidades de ascender a la enseñanza media a todos los niños.

La más fuerte oposición a las ideas de Gentile procedieron de los propios miembros del Partido fascista. Marinetti describió las medidas de Gentile como «*passatistas* y antifascistas» (54). Otros, que ponían objeciones a la influencia germana en la filosofía de Gentile, las encontra-

---

(52) De Felice: *Mussolini el fascista,* tomo I, pág. 376. Turín, 1966.

(53) G. Salvemini: obra citada, pág. 62.

(54) Véase el artículo de Croce en *La Stampa,* 15 de mayo de 1924.

ron no-italianas y muchos maestros y alumnos se quejaron del cambio impuesto por él en el plan de estudios. Gentile se sintió tan descorazonado que ofreció su dimisión, y al parecer fue una carta de Croce a *Il Giornale d'Italia* (55) lo que hizo que Mussolini se diera cuenta de la gran importancia del plan e insistió en que fuera llevado a cabo. Posteriormente las críticas lo definieron como «la más fascista de todas las reformas fascistas», y en mayo de 1923, Gentile se afilió al Partido. «He quedado convencido», escribió a Mussolini, «que el liberalismo tal y como yo lo entiendo, como lo entendieron los hombres de la gloriosa derecha que llevaron a Italia al "Risorgimento", el liberalismo de la libertad dentro de la ley y consecuentemente dentro de un Estado fuerte, un Estado concebido como una realidad ética, no está representado en la Italia de hoy por los liberales, que más o menos abiertamente se oponen a usted, sino de hecho, por usted mismo» (56).

La actitud de Benedetto Croce con respecto al fascismo en esa primera época es de cierto interés, puesto que más tarde Croce pasaría a representar la más fuerte oposición a Mussolini dentro de Italia. En 1923, sin embargo, aún seguía teniendo la opinión de la facción de Giolitti. Liberalismo y democracia eran términos vagos, más vagos aún que el fascismo; vemos, además, que Giovanni Gentile consideraba al fascismo como la continuación del liberalismo, y al Estado fascista como el «Estado democrático *par excellence*». Una cosa, sin embargo, era cierta: para los viejos liberales italianos, para hombres tales como Vilfredo Pareto y Benedetto Croce, el Estado liberal era, por definición, fuerte. Ambos, Croce y Pareto, consideraban la Historia como un proceso creado por los elegidos, y la revolución como la lucha entre una nueva élite que trataba de reemplazar a la antigua. Así, en 1917, Croce escribió que el estudio de Carlos Marx le había hecho volver a «las mejores tradiciones de la Ciencia Política italiana, gracias a la firme afirmación del principio de

---

(55) «¿Cuánto tiempo hace que no teníamos un ministro tan lleno de voluntad y tan competente como Gentile, y cuánto tiempo habrá que pasar hasta que tengamos uno semejante? Estoy seguro que los furiosos ataques a que está expuesta la obra de Gentile, no prevalecerán, pero quisiera que aquellos que los alientan o los aprueban consideren que si su opinión prevalece, asumirán una responsabilidad muy seria y un gran peso sobre su conciencia» (*Giornale d'Italia*, 3 de noviembre de 1923). Según Croce su artículo fue escrito a petición del propio Gentile. Cuando Croce lo visitó en 1923, Gentile le aseguró que lo que aún quedaba de violencia fascista, cesaría muy pronto y volvería a restaurarse la libertad. (B. Croce, *Nuove pagine sparse*, pág. 83, Bari, 1966.)

(56) *Giornale d'Italia*, de fecha 1 de junio de 1923.

fuerza o lucha por el poder y oposición cáustica y satírica a las insipideces antihistóricas y democráticas a la doctrina de la ley natural y los llamados ideales de 1789» (57). La supervivencia de toda institución parlamentaria, consecuentemente, depende de la fuerza de la clase gobernante. La debilidad significaba la muerte. Esto lo creía Croce tanto en 1922 como en 1937, cuando escribió que el liberalismo «era opuesto a la democracia cuando la democracia sustituía cantidad por calidad, porque al hacerlo así sentaban las bases para la demagogia y, sin demasiada espera, para la dictadura y la tiranía, es decir, para su propia destrucción» (58). En Italia el sostén de la élite liberal (si una cosa así existió alguna vez realmente), fue roto por la guerra: las huelgas y los incidentes callejeros, las expediciones punitivas fascistas y las represalias socialistas son una buena prueba de ello. Incluso aun cuando Mussolini y sus escuadristas no constituyeran una élite, que Croce estuviera dispuesto a reconocer, su violencia puso en evidencia, con toda claridad, la debilidad de los liberales, y Croce esperaba que inyectarían cierta vitalidad en la clase gobernante. En un artículo de *La Stampa,* en mayo de 1924, Croce describió aprobatoriamente la influencia del futurismo en el fascismo, como «esa determinación de salir a las calles e imponer las propias ideas, tapando las bocas a los que no estaban conformes y conteniendo los incidentes, con la sed de novedades y la energía suficiente para romper con toda tradición, la glorificación de la juventud, tan típica del futurismo, que atraía a los soldados que volvían a casa, disgustados por las rivalidades de los antiguos partidos y su tolerancia ante la violencia y los sabotajes dirigidos contra la nación y el Estado» (59).

Conjuntamente con Gentile, Croce había fundado *La Crítica,* en 1902, y aun cuando había entre ellos ciertas divergencias debido a sus distintos modos de pensar en el terreno filosófico, siguieron en términos de cordialidad. Croce rehusó la oferta de Gentile de unirse a él en el Ministerio, pero se refería a él como «el hombre adecuado en el puesto adecuado» (60), y se sentía halagado porque el plan de reforma de la enseñanza pretendido por Gentile era el mismo que él había tratado de realizar en 1920.

---

(57) Citado por H. Stuart-Hugues: *Consciousness and Society,* MacGibbon & Kee, pág. 249.

(58) B. Croce: *Nuove pagine sparse,* pág. 523.

(59) *La Stampa,* 15 de mayo de 1924.

(60) *Carteggio Croce-Vossler 1889-1949,* Bari, 1951, 28.

Croce le dijo a un reportero de *Il Giornale d'Italia,* en octubre de 1923, que sería difícil «superar la suma de las atrocidades llevadas a cabo en Italia en los primeros años que siguieron al término de la guerra. Así que, de hecho, no era cuestión de liberalismo o fascismo, sino simplemente, de fuerzas políticas. ¿Dónde están las fuerzas que puedan oponerse o suceder al Gobierno presente? Todo lo que puedo ver es el terror de la vuelta a la anarquía de 1922. Es por esto por lo que ningún hombre con buen sentido desea un cambio de régimen». «¿No existe contradicción entre su fe en el liberalismo y su aceptación y justificación del fascismo?», le preguntó el periodista. «Ninguna, desde luego. Si los liberales estaban faltos de la fuerza y la habilidad necesarias para salvar a Italia de la anarquía que cada vez se hacía mayor, sólo debe culparse a ellos. Mientras tanto deben aceptar y agradecer la cura, venga de donde venga, y prepararse ellos mismos para el futuro» (61).

En febrero del año siguiente, al ser preguntado sobre los planes de Mussolini de revisar el sistema electoral y reducirlo a una sola lista, Croce afirmó que eso resultaba esencial para que un político estuviera en condiciones de poder gobernar con una clara mayoría. Mussolini, según él creía (e incluso ciertos miembros de la oposición como Nitti y la socialista Anna Kuliscioff estaban de acuerdo con él) debía contar con una oportunidad de gobernar. «Considero tan saludable la cura que el fascismo ha impuesto a Italia, que mi única preocupación es que la convaleciente deje la cama demasiado pronto y sufra una seria recaída.» «El corazón del fascismo», añadió, «es el amor a Italia; es el sentimiento de su salvación, la salvación del Estado; es la convicción de que un Estado sin autoridad no es de ningún modo un Estado» (62).

---

(61) *Giornale d'Italia,* 27 de octubre de 1923.

(62) *Corriere italiano,* 1 de febrero de 1924. Vilfredo Pareto, el economista cuyos cursos siguió Mussolini en Lausana, se refirió al jefe del Gobierno como «el hombre invocado en mi *Sociología*» (T. Gialcalone Monaco, *Vilfredo Pareto, nel carteggio con C. Placci,* Padua, 1957, pág. 105), y a su vez Mussolini, que no dudaba en reconocer que Pareto era una de las grandes influencias de su vida, lo nombró senador vitalicio. Pareto murió diez meses después de que Mussolini fuese nombrado jefe del Gobierno, pero poco antes de su muerte le escribió una carta de advertencia. Los más activos oponentes al régimen debían ser eliminados sin vacilación. Pero los oponentes que no habían hecho otra cosa sino exponer sus puntos de vista, no debían ser molestados. «Deja que la multitud grite —escribió Pareto—, pero NO TENGAS LA MENOR PIEDAD con aquellos que lleguen a la ACCIÓN... Los peores enemigos de un sistema son los que llevan las cosas a los extremos» (de *Vita Italiana,* septiembre de 1923).

«Alguien ha escrito que yo fui uno de los precursores del fascismo», le dijo Luigi Pirandello a Benjamin Crémieux en 1934. «Creo que puede decirse que yo fui un precursor en tanto que se considera al fascismo como el rechace de toda doctrina preconcebida, la voluntad de adaptarse a la realidad, la voluntad de modificar una acción de acuerdo con las modificaciones sufridas por la realidad... Ser un César o un Octavio y, en caso necesario, un Virgilio» (63).

Con una mezcla de oportunismo y convicción, Pirandello adoptó el fascismo a sus ideas estéticas, pero, cuando menos, el fascismo era la negación de la democracia, que en las ingenuas palabras de uno de los personajes de sus novelas, era «la causa auténtica de todos los males», «porque el poder está en las manos de un hombre que sabe que está solo y tiene que dar satisfacción a muchos; pero cuando gobiernan muchos, éstos sólo desean satisfacerse a sí mismos y es en ese caso cuando nos hallamos con la tiranía más idiota y odiosa: la tiranía con la máscara de la libertad» (64).

Nacido en 1867, cerca de Agrigento, en la parte más atrasada de Sicilia, Pirandello heredó de su padre una actitud de intransigente anticlericalismo, de oposición conservadora a innovaciones tales como la emancipación de la mujer, y su creencia en el mito del Risorgimento. Del ambiente que le rodeaba desarrolló el escepticismo, tan común en Sicilia, con respecto a las reformas impuestas por el continente. Aun cuando estudió en Palermo, fue a la Universidad en Bonn y fijó su residencia en Roma cuando apenas había cumplido veinte años, Pirandello llevó consigo, dondequiera que fue, el cerrado mundo del Agrigento decimonónico.

Jamás se había ocupado de la política y aún le preocupó menos cuando se concentró en la solución de sus teorías dramáticas. Durante un breve período creyó en el socialismo siciliano, en el *Fasci siciliani* de 1890-1900, que jugó un papel tan importante en su novela *I vecchi i giovanni;* sintió cierta admiración por Giolitti y compartía el entusiasmo de sus camaradas intelectuales por la intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, consideró una desgracia que uno de los hombres a los que más despreciaba, Gabriele d'Annunzio, fuera quien dirigiera la campaña intervencionista (65). Pirandello, por su parte, no parti-

---

(63) *Le Journal,* 1 de diciembre de 1924.

(64) L. Pirandello: *Il fu Mattia Pascal,* en *Tutti i romanzi,* Milán, 1957, página 368.

(65) El desprecio era recíproco. D'Annunzio, según se dice, había capturado dos ranas a las que ató por las patas traseras y las bautizó con los nombres de *Sem*

cipó en ninguna manifestación pública y continuó llevando una existencia aislada en Roma, escribiendo, dando clases en una escuela de señoritas y sufriendo los ataques y las acusaciones de su esposa.

En los días de la Marcha sobre Roma, Pirandello estaba ocupado exclusivamente con la producción de su comedia *Vestire gli ignudi.* En una carta a su hija, de fecha 29 de octubre, no menciona lo más mínimo la situación política. Sin embargo, sus amigos nacionalistas debían conocer sus simpatías por el nuevo movimiento y llevaron a cabo los preparativos para la reunión que debería tener con Mussolini en el Palazzo Chigi en el mes de octubre de 1923. Pirandello fue uno más de los intelectuales que se dejaron seducir por el encanto de Mussolini, pues el Duce tenía el talento de decir a sus visitantes exactamente lo que estos querían oír. Hacía creer a sus visitantes que podían contar con su lealtad personal y sólo cuando se le conocía mejor éstos se daban cuenta de que Mussolini podía romper su palabra tan fácilmente como la daba, y que se contradeciría a sí mismo totalmente si creía que haciéndolo así podía conseguir captarse a quien le interesaba. Además de eso, Mussolini sabía cómo halagar a los artistas. Cuando Ezra Pound fue a visitarlo en 1923, encontró un ejemplar de sus *Cantos* sobre la mesa de despacho del dictador; Hilaire Belloc se mostró entusiasmado al ver lo muy leído que era el jefe del Gobierno italiano (66).

Pirandello era especialmente susceptible a este tipo de halagos. Estaba logrando su primer gran éxito teatral en el extranjero y Mussolini expresó una admiración inteligente por sus obras en un momento que no podía ser más oportuno. Le ofreció una condecoración como prueba de la estima del Gobierno, «que, como usted sabe, es un nuevo Gobierno», añadió tratando de involucrarlo. En una serie de entrevistas, Pirandello se refirió al atractivo que el fascismo ejercía sobre él. «Siempre sentí la mayor admiración por Mussolini y creo que soy una de las pocas perso-

---

Benelli y *Luigi Pirandello,* mientras las observaba como saltaban juntas tratando de desasirse. Croce también odiaba a Pirandello, que había atacado su *Estetica,* desafortunadamente, y que trató de arrastrarlo a una polémica. El filósofo respondió boicoteando las conferencias de Pirandello en la Biblioteca Nacional de Nápoles.

(66) Incluso el racionalista Benedetto Croce quedó impresionado por la personalidad de Benito Mussolini la primera vez que lo vio en una reunión fascista en Nápoles, poco antes de la Marcha sobre Roma. Cuando Luigi Russo, que le acompañaba, le preguntó si encontraba ridículo e histriónico a Mussolini, Croce le replicó que todos los políticos tenían que ser actores y Mussolini parecía uno particularmente bueno. Nadie podía decir de Mussolini lo que Spengler dijo de Hitler: que era insignificante.

nas capaces de entender la belleza de la continua creación de realidades que lleva a cabo: una realidad fascista e italiana, que no se somete a ninguna otra realidad. Mussolini es una de las pocas personas que conoce que la realidad sólo existe en el poder del hombre para crearla, y que sólo puede crearse mediante la actividad mental.» (67).

El problema de Pirandello, su problema estético y, al mismo tiempo su problema personal, se expresa en el prefacio que escribió para *Seis personajes en busca de autor.* «Sin desearlo, sin conocer lo que están haciendo, en la confusión de sus mentes, cada uno de ellos, para defenderse a sí mismo de los ataques de los otros, expresan como su propia pasión y tormento, lo que durante años han sido los trabajos de mi espíritu: el fracaso del entendimiento mutuo, basado irremediablemente en la vacía abstracción de las palabras; la múltiple personalidad de cada uno de acuerdo con las varias posibilidades de ser que existen en cada uno de nosotros; y finalmente, el trágico conflicto inmanente entre la vida, que es movimiento y cambio constantes, y la forma incambiable que la determinan e inmovilizan» (68).

Al surgir de la confusión de las expediciones de castigo y al restaurar el orden, Mussolini se las arregló para imponer su propia realidad en la vida: eso era más que lo que consiguiera ninguno de los personajes de Pirandello, atormentados por la pérdida de su propia identidad. Más aún, Pirandello consideraba que Mussolini había resuelto la antinomia entre vida y forma. «Mussolini tiene que ser bendecido», afirmó, «por todo aquel que haya sentido siempre la inmanente tragedia de la vida que, para existir en algún modo, requiere una forma, pero que siente a la muerte en cualquiera de las formas que ésta asuma. Puesto que es el sujeto de un cambio y un movimiento continuo, se siente a sí mismo aprisionado en una forma. Mussolini ha mostrado claramente que se da cuenta de esta doble y trágica necesidad de movimiento y forma y confía en conciliar ambas. La forma no puede ser un ídolo vano y vacío. Debe recibir vida, vida pulsante y vibrante, de modo que tiene que ser recreada para siempre y estar dispuesta para el acto que la reafirma y la impone a los demás» (69).

---

(67) *Idea Nazionale,* 23 de octubre de 1923.

(68) Luigi Pirandello: *Sei personaggi in cerca d'autore* («Seis personajes en busca de autor»), edición italiana, Milán, 1963, págs. 10 y 11.

(69) *Idea Nazionale,* 28 de octubre de 1923. Para la actitud de Pirandello con respecto al fascismo, véase Gaspara Giudice: *Luigi Pirandello,* Turín, 1963, páginas 413 a 464, y Leonardo Sciascia: *Pirandello e la Sicilia,* Caltanisseta, 1961.

Con su ascensión al poder, Mussolini concilió a un buen número de intelectuales que previamente se habían resentido de sus compromisos. Marinetti olvidó sus divergencias y le dio la bienvenida cordialmente. «La llegada al poder del fascismo constituye la realización del programa futurista mínimo», escribió en 1923. «Profetas y pioneros de la gran Italia de hoy, nosotros, los futuristas, nos sentimos dichosos al saludar en nuestro actual jefe de Gobierno, que aún no cumplió los cuarenta años, por ser un temperamento futurista maravilloso» (70). En *La Rivoluzione Liberale,* Giuseppe Prezzolini admite pragmáticamente que el éxito de Mussolini significó un triunfo de la calidad. «¿Somos historiadores?», se pregunta. «En ese caso debemos renunciar a ese enconado antifascismo. No veo cómo podríamos oponernos al fascismo sin renunciar a toda consideración histórica. El fascismo existe, ha vencido; para nosotros, historiadores, eso significa que existen razones adecuadas para su victoria» (71).

En los últimos meses de 1922, el problema de d'Annunzio, con su actitud hacia el régimen, volvió a presentarse. Existía el deseo entre algunos jefes de las organizaciones sindicales de izquierdas, incluido d'Aragona, Baldesi y el socialista reformista Zaniboni, para formar una sola organización sindical que debería ser independiente de todo partido político y tendría a d'Annunzio a su cabeza. El 5 de diciembre, Baldesi y Zaniboni se reunieron con d'Annunzio para discutir el asunto. Pero aun cuando Mussolini no parecía del todo adverso a la propuesta, la oposición surgió de los socialistas maximalistas, por un lado, y de los sindicalistas fascistas por otro; esta última organización estaba dirigida por el *ras* de Cremona, Farinacci, que opinaba que todo intento de formar una organización sindical, independiente políticamente, sería fatal al fascismo; y Mussolini, temiendo una repetición de la crisis de 1921, cedió y dejó de presionar en defensa de su anterior opinión.

De mala gana, d'Annunzio cedió también. En respuesta a un telegrama del jefe de Gobierno que le rogaba desmintiera los rumores que circulaban en Francia de que se oponía al fascismo, y que le advertía que tuviera cuidado con sus seguidores que estaban contra el nuevo régimen, d'Annunzio respondió el 7 de enero de 1923: «Su telegrama tiene ese tono irregular que puede ser fundamental del "Fascismo" pero que resulta totalmente ajeno a mi mentalidad... Nadie puede influenciar... nin-

---

(70) Citado en J. Joll, obra citada, pág. 176.

(71) *La Rivoluzione liberale,* número correspondiente al 7 diciembre 1922.

guna de mis opiniones o decisiones. Desde el día en que nací yo he sido mi único líder... Es usted quien debe librarse de seguidores que le están conduciendo a un camino falso... He sido el inspirador de lo mejor del movimiento "Fascista"... Así pues, ¿cómo puedo ser su rival?» (72).

Una vez que se dio cuenta de lo decisiva que había sido la victoria de Mussolini, d'Annunzio se retiró de la política, determinado a ser considerado y respetado como el más grande de los poetas italianos, ya que no podía ser el más grande de los políticos. Pocos jefes de Gobierno han concedido tantos honores a un escritor como hizo Mussolini con d'Annunzio. Le regaló un hidroavión; en 1923 le designó un guardia de corps (que también servía como espía del Gobierno), y en marzo de 1924, cuando Fiume fue anexionado a Italia, Mussolini convenció al rey para que nombrara a d'Annunzio príncipe de Montenevoso. Sin embargo, todos esos favores no impidieron que el comandante compartiera la indignación que sintió toda la nación por el asesinato de Matteotti en junio de 1924. Lo describió como *una fétida ruina* y los espías de Mussolini tuvieron que convencer a éste que el mayor temor del comandante era que el Gobierno fascista cayera. Por esa época el comediógrafo Sem Benelli (73), abandonó el Partido fascista y trató de formar un movimiento de oposición, *La Lega Italica*. Se murmuró erróneamente que d'Annunzio se había unido a él, y Mussolini, en otro intento de calmarlo, compró sus manuscritos. Un año más tarde, el guardaespaldas de d'Annunzio informó que éste «ahora está enteramente contra toda forma de oposición y afirma que ésta debe ser tratada *con la mayor de las intransigencias*» (74).

* * *

El asesinato de Giacomo Matteotti, el diputado socialista que habló contra Mussolini en la Cámara, marca un momento crucial en la historia

---

(72) G. Gatti, obra citada, pág. 405.

(73) Benelli era uno de tantos intelectuales que proclamaban ser precursores del fascismo: «Usted sabe que yo fui uno de los precursores de este movimiento contra la ignorante y bestial tiranía de las izquierdas», dijo en diciembre de 1922. «Benito Mussolini tiene la mayor tarea del mundo... Al romper las cadenas de nuestra reciente historia ha conquistado nuevas corrientes de ambiciones que faltaban a su orgulloso corazón y a su inmensa voluntad de poder... Fuera de él, a decir verdad, no veo más que oscuridad» (*Popolo d'Italia*, 27 de diciembre de 1922).

(74) Nino Valeri: *D'Annunzio davanti al fascismo*, pág. 124, Firenze, 1963.

del fascismo italiano. Matteotti fue secuestrado y resultó muerto (posiblemente no intencionadamente) por un grupo de extremistas del partido fascista dirigidos por Amerigo Dumini. El propio Mussolini parece que no tuvo conexión directa con el crimen, pero la oposición lo acusó a él y también resultaron complicados algunos de sus más íntimos amigos — César Rossi, jefe de la oficina de Prensa del primer ministro, y Giovanni Marinelli, tesorero del Partido —. El hecho de que Mussolini estuviera a punto de caer como resultado de dicho crimen, prueba lo precaria que continuaba siendo su posición y el hecho de que siguiera en el poder prueba la ineficacia de la oposición. En los siguientes meses de inseguridad y ansiedad, Mussolini enfermó de úlcera de estómago, mal que le seguiría atormentando durante el resto de su vida. «Mis peores enemigos», le dijo a la novelista napolitana Matilde Serao, «jamás me hubieran podido hacer lo que mis amigos acaban de hacerme» (75).

El fascismo, en efecto, perdió la gran popularidad que había adquirido. La circulación de los periódicos fascistas descendió; Gentile y otros tres ministros del Gobierno presentaron la dimisión, aconsejando moderación y pidiendo a Mussolini que colaborase con la oposición. Pero por su parte, los miembros de la oposición afirmaron que no querían tener nada que ver con un Gobierno de asesinos y se retiraron de la política activa, imaginando que la tensión creada por el asesinato de Matteotti y el resurgir del *squadrismo* (76) bastarían para producir la ruina de Mussolini. Pero ocurrió todo lo contrario. La tensión resultó insoportable y pronto la nación deseó una solución, fuese la que fuese. El coste de la vida seguía aumentando, la Bolsa se mostraba vacilante y lo que más se deseaba era una vuelta a la normalidad. Como en 1922, el hombre que prometía todo eso era Mussolini. Existía una tendencia cada vez mayor a disociar a éste de la violencia de sus seguidores. Así, un mes después del crimen, el Senado le concedió un voto de confianza. «Usted sabe que siempre consideré al movimiento fascista como falto de instituciones nuevas e incapaz de moldear una nueva forma de Estado, como se jactan sus seguidores», diría Benedetto Croce a un periodista que lo entrevistó en el mes de julio. «En mi opinión, sólo puede ser un puente para la restauración de un sistema estrictamente liberal dentro de un Estado fuerte. Debe darnos la posibilidad de justificar nuestra proclama-

---

(75) Paolo Monelli: *Mussolini piccolo borghese*, pág. 161.

(76) Más adelante volveremos sobre el tema.

ción de que hemos inaugurado una nueva época histórica, pero puede darse por satisfecho con la, de todos modos, considerable gloria de haber devuelto el color y el vigor a la vida política italiana... No podemos, ni confiar, que el fascismo se derrumbe de repente. No se ha tratado de una fantasía ni una presunción. Ha satisfecho varios requerimientos serios y ha hecho tanto bien como puede y debe admitir toda mente que quiera ser sincera y noble. Avanzó con el aplauso y el consentimiento de la nación. Así, por una parte, existe el deseo de mantener los beneficios del fascismo y no regresar a la esterilidad y la imperfección que lo precedió; por otro lado, está el sentimiento de que los intereses creados por el fascismo, incluso los menos laudables y benéficos, son una realidad que no puede ser eliminada. Por lo tanto, debemos darle tiempo al fascismo para que complete su proceso de transformación. Ésta es la razón del voto conservador y patriótico del Senado» (77).

En el mes de septiembre Luigi Pirandello se afilió al Partido fascista y expresó las razones que le habían movido a ello en una entrevista con el redactor jefe de *L'Impero.* Pirandello estaba asombrado de la actitud de la oposición y se negaba a creer que Mussolini tuviera nada que ver con el asesinato de Matteotti. Su posición le valió un duro ataque de la Prensa socialista y motivó una extensa polémica entre el radical Giovanni Amendola, en el periódico *Il Mondo,* apoyado por el crítico teatral Adriano Tilgher, y Telesio Interlandi en *L'Impero.* Pirandello fue acusado de deber toda su inspiración a Tilgher, pero en realidad si le debía algo a Tilgher era precisamente la antinomia existente entre la vida y la forma, con la que él justificaba su adhesión al fascismo. Un buen número de intelectuales italianos se pusieron a su lado y firmaron una protesta (78); sin embargo, poco después de este incidente, Pirandello volvió a negar tener cualquier interés en la política. «Mi vida es trabajo y estudio... Estoy aislado del mundo y sólo tengo mi obra y mi arte. ¿Política? No tengo nada que ver con ella y nunca lo tuve. Si se refiere usted a mi adhesión al Partido fascista, debo decirle que lo hice para ayudar al fascismo en su misión de renovación y reconstrucción» (79).

* * *

(77) *Giornale d'Italia,* 10 de julio de 1924.

(78) Antonio Beltramelli, Massimo Bontempelli, Ugo Ojetti, C. E. Oppo, Ottorino Respighi, Soffici, Malaparte, Ungaretti, entre otros muchos.

(79) *Il Piccolo,* 21 de octubre de 1924.

Pese a lo nociva que resultó en la opinión pública, la crisis producida por la muerte de Matteotti revivió las esperanzas de esos fascistas que se sentían disgustados por la respetabilidad que estaba asumiendo el nuevo régimen. Los futuristas seguían confiando en que finalmente estarían en condiciones de imponer su programa de 1919, el *diciannovismo*. En noviembre de 1924, al final de un Congreso futurista en su honor, los participantes aprobaron las declaraciones políticas de Marinetti: «Los futuristas italianos, los primeros intervencionistas y soldados, los primeros entre los primeros *diciannovisti*, devotos más que nunca de sus ideas y de su arte, muy alejados de la política, le dicen a su antiguo camarada Benito Mussolini: "¡Líbrese usted del Parlamento con un golpe tan necesario como violento! Devuélvale al fascismo y a Italia el espíritu *diciannovista*, maravilloso, desinteresado, audaz, antisocialista, anticlerical, antimonárquico. Niéguese a permitir (a la monarquía) que sofoque o anestesie a la Italia del mañana, más grande, más brillante, más justa. No imite a Giolitti; ¡imite al gran Mussolini de 1919...! Acabe con la oposición clerical, mediante una aristocracia dinámica del pensamiento, que debe reemplazar la presente demagogia de los brazos sin ideas...!"» (80).

Faltos de una ideología específica, los escuadristas tenían como único móvil de acción y de unidad lo que ellos, muy vagamente, llamaban «dinamismo». En tanto que el fascismo fue un movimiento al que había que llevar al poder este dinamismo tenía un objetivo inmediato, pero después de que Mussolini subió al poder y fue nombrado jefe de Gobierno, se sentía amenazado por él. La formación de la Milicia Voluntaria ataba las manos de los *squadristi;* al conseguir respetabilidad perdían su anterior fuerza vital. Eran odiados por el Ejército regular y temían que éste acabaría por absorberlos; en resumen, el fascismo se iba escapando a su control: se había convertido en un régimen político dentro del cual las escuadras no tenían cabida. Los escuadristas, al igual que los futuristas, creían que la crisis de Matteotti les daría la oportunidad de perpetuar la revolución al continuar con sus expediciones punitivas y producir «la segunda oleada» del fascismo.

Las intrigas que tuvieron lugar a todos los niveles en el seno de la milicia y del Partido fascista, desde junio de 1924 a enero de 1925, son demasiado complicadas para que las analicemos aquí. Fue en ese momento y bajo ese contexto que Malaparte reapareció como representante de un estado mental que culminó en uno de los sucesos más desagra-

---

(80) Citado por Luigi Scrivo en su obra, *Sintesi del Futurismo*, Roma, 1968, página 21.

dables de ese período. En los años inmediatamente siguientes a la guerra, Malaparte había estado ausente de Italia —hasta 1921 fue agregado a la Legación Militar italiana en Varsovia— y según el «revolucionario liberal» Piero Gobetti, en un principio no supo decidir su postura política. Parecía excesivamente internacionalista como para sumarse a un movimiento que tenía los puntos tan estrictamente nacionalistas del fascismo italiano, y, por otra parte, jamás había vacilado en expresar su interés por Rusia y el comunismo. Al mismo tiempo, sin embargo, su exigencia de heroísmo lo había mantenido distante del socialismo italiano que seguía jactándose del hecho de haber sido el único Partido Socialista de toda Europa que siguió siendo pacifista durante la guerra. Si se unió al Partido Fascista en 1921, como presumió bajo el régimen fascista, o sólo lo hizo en 1922, como mantuvo después de la Segunda Guerra Mundial, es algo que todavía sigue envuelto en la duda. Informó a Gobetti de su decisión diciendo: «Creo que ha llegado el momento de probar que la inteligencia italiana es capaz de colocarse al servicio del proletariado con algo más que simples palabras. De ese mismo proletariado que era rojo ayer y que es rojo, blanco y verde (los colores nacionales italianos) hoy. Los jóvenes italianos, inteligentes y cultos, deben ser los primeros en colocarse en cabeza del pueblo. Nosotros, italianos, hemos de comenzar con Italia, como es lógico. Después seguiremos pensando en la humanidad» (81).

Siguiendo con la filosofía de Giambattista Vico, Malaparte veía el fascismo como un resurgir heroico: «Hombres austeros, tranquilos, alzan su cabeza tras un largo sueño y ponen sus manos en la tarea de la reconstrucción de la tierra; éstos son siempre los mismos, siempre tienen el mismo aspecto, sólo cambian sus nombres. La ley de Vico se hace cierta tanto para los acontecimientos como para los héroes» (82). En ese tiempo creía que el fascismo era un movimiento revolucionario —un movimiento antiintelectual, revolucionario, que llevaría a Italia a su verdadera naturaleza—. «Nuestra revolución está dirigida más contra Benedetto Croce que contra Buozzi (83) o Modigliani (84)... Yo no soy uno de esos hombres que están preparados para no tomar en consideración la fortaleza, el valor, la violencia y la ferocidad y piden a los

(81) P. Gobetti: *Scritti politici* (Escritos Políticos), Turín, 1960, págs. 566-567.

(82) C. Malaparte: *Europa vivente e altri saggi politici*, pág. 476.

(83) Un destacado sindicalista.

(84) Socialista.

fascistas auténticos que dejen paso libre, graciosamente, a los intelectuales... La revolución fascista es un proceso total de revisión de los actuales valores cívicos, culturales, políticos y espirituales, un criticismo radical y objetivo de la forma de vida civil presente, de todo lo moderno... la meta final de la revolución fascista es la restauración de nuestra civilización natural e histórica que ha sido degradada por el auge creciente y triunfal de la barbarie de la vida moderna» (85).

Finalmente, Malaparte ocupó una serie sucesiva de pequeños cargos en el Partido Fascista y en 1923 se dirigió a París como corresponsal del periódico de los sindicatos *Il Lavoro d'Italia*, de Edmondo Rossoni, colaborando también en *Il Mondo*, de Amendola, y en *Rivoluzione Libeberale*, de Piero Gobetti, de tendencia izquierdista. En aquel entonces, aunque militando en Partido rivales, Malaparte continuó conservando la estimación de Gobetti; pese a ello, éste se refería a Malaparte como «el mejor teórico del Partido Fascista» y «el espíritu más abierto entre todos los escritores de Mussolini» (86). Tanto Malaparte como Gobetti compartían un inefable desprecio por el parlamentarismo en el sentido tradicional de la palabra y todo lo que Gobetti, despectivamente, llamaba «los viejos métodos de Giolitti»; ambos admiraban por igual a uno de los más violentos representantes del escuadrismo provincial, a Roberto Farinacci. El propio Gobetti dijo con cierta ironía que una de las cosas que Italia necesitaba principalmente era el símbolo de las expediciones punitivas, *il manganello*, es decir, el vergajo. «Si existe un tipo de fascismo que pueda ser de utilidad en Italia», escribiría en 1923, «es el fascismo del *manganello*... Hay demasiados oportunistas: Baroncini (87) y Farinacci son hombres... Defienden su posición personal que puede ser ilegítima, pero que ha sido conquistada con sacrificios y valor. Tienen detrás de ellos unos cien mil jóvenes que se han hecho fascistas no para ganar dinero o conseguir un cargo, sino a causa de su desesperación, su disgusto y disconformidad con los compromisos y el oportunismo. Debemos respetar en su ignorancia y barbarie un sentido de dignidad y una prueba de sacrificio. Los teóricos de Roma son raza aparte: ellos quieren ser recompensados con una buena posición por escribir artículos que confunden las ideas del pueblo. Pero no tienen nada que enseñar a

---

(85) C. Suckert: *Ragguaglio sullo stato degli intellettuali rispeto al fascismo*, en Ardengo Soffici, *Battaglia fra due vittorie*, págs. 27 a 29.

(86) Gobetti, obra citada, pág. 568.

(87) Un escuadrista.

los italianos: Farinacci y Baroncini son más cultos, cien veces más cultos, que Massimo Rocca, exactamente igual que un intelectual es cien veces más culto que uno de aquellos anarquistas del pasado» (88).

Al año siguiente, Gobetti aún seguía considerando a Farinacci como «el tipo de hombre más completo y respetable que hasta ahora ha sido producido por el movimiento fascista», y sus principales cualidades eran, a su juicio, «el desinterés personal y la austeridad». Poco después de la muerte de Matteotti, Malaparte fundó una revista: *La Conquista dello Stato*, en la cual expresó puntos de vista que Farinacci aceptó como suyos. En el primer número, Malaparte deploraba la existencia del fascismo político «con sus tendencias liberalizantes», y afirmó que «la seguridad del fascismo sigue en las provincias, en el espíritu revolucionario que desea conquistar el Estado para Italia y absorberse él mismo en el Estado» (89). Tres semanas más tarde, escribiría que ya había llegado el momento en que Mussolini debía disolver el Parlamento como institución y formar consejos técnicos de trabajo e introducir el sindicalismo total fascista. Todo paso que diera Mussolini encaminado a calmar la opinión pública excitada por el asesinato de Matteotti era, según Malaparte, un duro golpe contra la revolución. Si el fascismo *era* revolucionario, como proclamaba, «debe seguir su camino adelante sin consideración por nadie, ni siquiera para esos fascistas o antifascistas que piensan que pueden terminar con el fascismo encerrándolo en la cárcel» (90). En una entrevista con Mussolini, Malaparte sugirió que todo compromiso (como por ejemplo la reforma del sistema electoral) era signo de una política «de liquidación del fascismo como doctrina y como Partido». «Querido Suckert» (91) se dice que le respondió Mussolini, «si nosotros caemos ahora, nunca más volveremos adonde estamos. ¿Lo comprende usted, sí o no?»

Los siniestros *fatti di Firenze*, que tuvieron lugar el 31 de diciembre, fueron el más horrible de los resultados del tipo de mentalidad representado por Malaparte. En Florencia, después de una serie de ataques masivos, grupos armados de hombres de la milicia destruyeron las im-

---

(88) P. Gobetti, obra citada, pág. 572.

(89) *Conquista dello Stato*, de fecha 10 de julio de 1924.

(90) *Conquista dello Stato*, número correspondiente al día 21 de diciembre de 1924.

(91) Como se recordará ése era el apellido auténtico de Curzio Malaparte, puesto que este otro apellido lo adoptaría para demostrar su espíritu italianista.

prentas donde se imprimían los periódicos *Fanteria* e *Il Nuovo Giornale,* saquearon una logia masónica, el *Circolo della Cultura* y los despachos de varios abogados antifascistas. Esto hizo más que indignar a la opinión pública italiana: llevó a Mussolini a la necesidad de actuar contra las escuadras. El 3 de enero, después de asumir la entera responsabilidad por la muerte de Matteotti, o «por todo lo que ha ocurrido», como dijo él mismo, Mussolini prometió una vuelta inmediata a la normalidad. «Italia, señores, desea la paz, desea tranquilidad y calma. Prometemos darle la paz, la calma y la tranquilidad con amor, si es posible, y por la fuerza si se hace necesario. Pueden ustedes estar seguros de que en el plazo de 48 horas después de este discurso la situación quedará clara» (92).

El jefe de Gobierno declaró el «estado de excepción». El ministro del Interior, Federzoni, ordenó que se llevaran a cabo severas medidas de seguridad policial contra todos los que contribuyeran a los desórdenes y el propio Mussolini, personalmente, envió instrucciones a los jefes de policía de que procedieran enérgicamente contra todo fascista que atentara contra la paz. Inevitablemente, fue la oposición la que sufrió más con estas medidas. Se confiscaron las armas de los grupos extremistas, se suspendió la publicación de algunos periódicos y los comunistas quedaron sometidos a la vigilancia de los esbirros de la policía. No obstante, los partidos de la oposición aún sobrevivirían dos años más, aunque su existencia se hizo, a partir de entonces, cada vez más precaria. Sus centros fueron clausurados; los miembros que el Gobierno consideraba más peligrosos hubieron de sufrir registros domiciliarios, fueron detenidos o, como Piero Gobetti o Giovanni Amendola, fueron atacados y heridos. Sólo contados individuos, de entre los cuales podemos citar como ejemplo a Antonio Gramsci, tuvieron el valor suficiente para aparecer en la Cámara de los Diputados.

Para los extremistas fascistas, también, las medidas de enero significaron el fin de sus ambiciones. Malaparte expresó su desaprobación completamente desautorizada. Atribuyó la responsabilidad de este paso más a Federzoni que a Mussolini y en un número de *La Conquista dello Stato,* que fue prohibido por la censura, escribió: «No nos gustan las medidas del Gobierno contra la oposición. No son medidas revolucionarias sino medidas policíacas reaccionarias... ¿No se da cuenta el ministro del Interior de que además de los métodos leninistas de supresión de sus oponentes y los medios presentes de silenciarlos, existe un tercer camino revolucionario, digno de una nación tan progresiva contra la nues-

(92) De Felice, obra citada, pág. 722.

tra?» (93). El provincialismo de Malaparte, *strapaese* como él lo llamaba, estaba llamado a ser sólo un fenómeno puramente literario —la ideología de la revista de Mino Maccari, *Il Selvaggio*—. Por otra parte, el «dinamismo» de los escuadristas perecería. En 1926 habían cesado por completo las expediciones punitivas y en el transcurso de los tres años siguientes, los elementos más violentos del Partido fueron expulsados. Roberto Farinacci fue reemplazado en la secretaría del Partido por Augusto Turatti, y con el apoyo de Mussolini, Turatti purgó y desvitalizó el Partido, que quedó convertido simplemente en el medio conveniente para asegurarse un cargo o ganar un ascenso. De aquel idealismo dinámico, vago y en cierto modo crudo de los primeros *squadristi* no quedó absolutamente nada.

* * *

En marzo de 1925, en Bolonia tuvo lugar un Congreso de intelectuales fascistas. Terminó con un manifiesto, redactado por Giovanni Gentile, que aprobaba las medidas de enero y el estado de excepción. «En los Estados más liberales, todas las libertades constitucionales han sido suspendidas cuando razones particulares probaron la necesidad de llevar a cabo tal medida, y todos los teóricos y defensores de la libertad han reconocido la legitimidad de medidas similares.» El manifiesto continuaba ofreciendo un relato breve de la ascensión de Mussolini al poder, para subrayar la vitalidad del fascismo y exaltar a la nación italiana. Estaba firmado por Luigi Barzini, Antonio Beltramelli, Francesco Coppola, Enrico Corradini, Carlo Foà, Marinetti, Malaparte, Ugo Ojetti, C. E. Oppo, Sergio Panunzio, Alberto Panzini, Camillo Pellizi, Ildbrando Pizzeti, Enrico Prampolini, Soffici, Ugo Spirito, Gioachino Volpe y muchos otros. Pirandello, que no se había molestado en acudir a la reunión, envió una carta, desde Roma, que ilustra una de las tendencias más extendidas entre los escritores italianos de la época: rendir al régimen un homenaje que no saliera fuera del mundo de las letras. Después de pedir que su nombre fuera incluido entre los firmantes, escribió: «Siempre luché contra las palabras. Estoy más que convencido de los motivos que han llevado a ustedes a reunirse en el Congreso. Pero es precisamente por esas razones por las que, incluso en esta ocasión, debo quedarme en casa y trabajar».

---

(93) *La Conquista dello Stato,* 4 de enero de 1925. Citado por R. De Felice, obra citada, pág. 274.

De ese Congreso surgió la figura de Gentile como la del filósofo oficial del fascismo y Mussolini le concedió más honores, en su calidad de filósofo del régimen de lo que Hitler nunca haría con Alfred Rosenberg. Realmente fue Gentile quien redactó la definición normalizada de la doctrina fascista que apareció con la firma de Mussolini en la *Enciclopedia Italiana.* Pero como veremos más adelante, había una notable falta de unanimidad entre los fascistas en la acepción de los puntos de vista de Gentile.

En la filosofía de Gentile, la idea del «Risorgimento» era de importancia primaria. Constituía una categoría filosófica de una importancia semejante a la revolución para Karl Marx. Gentile, sin embargo, negaba el valor filosófico de la revolución. El materialismo, creía, conduce a la negación de la sociedad. Ese concepto aparece en toda su obra, desde los primeros ensayos sobre Marx, Rosmini y Gioberttí, en 1897 y 1898, hasta sus últimos escritos en 1944. Para Gentile, el «Risorgimento» era el revivir de una tradición espiritual, es decir, más evolución que revolución, y con ello se igualaba al fascismo. Así, a los ojos de Gentile, el fascismo *no* era revolucionario (94). Era el renacer de una tradición idealista que estaba en decadencia desde que el último representante de la «gloriosa Derecha», Marco Minghetti, fue sucedido como primer ministro por Agostino Depretis en 1876. La subida al poder de este último marcó un giro a la izquierda en la política italiana: mientras que la derecha se deslizaba «desde el Estado a lo individual», la izquierda «se trasladaba de lo individual al Estado». Depretis y sus sucesores se concentraron en el desarrollo económico, en la campaña contra el analfabetismo y en las reformas sociales que debían facilitar el ascenso de las clases más bajas, inevitablemente descuidadas en el transcurso del Risorgimento. Durante este proceso, según Gentile, la autoridad del Estado había sido minada y, con ello, la libertad del individuo, dado que la suprema entidad era el Estado, un Estado que incorporaba la personalidad ética de sus ciudadanos, por lo que mientras más fuerte es un Estado más libres son sus individuos. «La libertad es ciertamente, el fin supremo y la regla de toda vida humana, pero sólo dentro del límite en que la educación individual y social la hace real al incorporarla a la voluntad común, que toma la forma de ley, y consecuentemente del Estado, en el individuo particular... Desde este punto de vista, individuos y Estado son idénticos y el arte de gobierno es el arte de reconciliar y unir

(94) Augusto del Noce: *L'Idea di Risorgimento come categoria filosofica in Giovanni Gentile,* en *Giornale critico della filosofia italiana,* abril-junio 1968.

los dos términos, para que un máximo de libertad armonice con un máximo de orden público no sólo en el sentido externo, sino también, y principalmente, en la soberanía adscrita a la ley y a sus órganos necesarios. El máximo de libertad coincide siempre con el máximo de fuerza en el Estado» (95).

Al menos en el fascismo, Gentile veía la fiel realización del axioma de Mazzini *pensiero e azione* («pensamiento y acción»), la negación del «intelectualismo» que se había desarrollado desde el Risorgimento, y que constituía la principal fuerza que se oponía al régimen de Mussolini. En el fascismo, pensamiento y acción coinciden perfectamente «y no se atribuye al pensamiento ningún valor que no pueda ser traspasado o expresado en acción: de aquí todas las formas de la polémica antiintelectual que es uno de los temas más repetidos por los fascistas. Esa polémica, debo subrayarlo, es profundamente mazziniana, dado que el intelectualismo está divorciado de la acción, la ciencia divorciada de la vida, el cerebro del corazón, la teoría de la práctica» (96). Ya en el Congreso de Bolonia de 1925, sin embargo, un grupo de jóvenes dirigidos por G. A. Fanelli, que había sido expulsado anteriormente del Partido a causa de su violencia, pero recientemente readmitido a petición de Farinacci, se negó a firmar el Manifiesto y mantuvo que el Estado fascista era absoluto y trascendía al individuo. No podía aceptar el concepto de Gentile de nación y Estado reflejando una realidad creada sólo por cada individuo en sí mismo. Gentile, según Fanelli, era un hereje liberal tolerante con la oposición y un peligro para el Estado. El verdadero fascismo consideraba esta filosofía como «un enemigo de su fe religiosa y política, de su moralidad y de su nación» (97).

El fascismo italiano era poco más que un juego de actitudes individuales y la actitud que había de prevalecer sobre el régimen no era la de Gentile sino la de los nacionalistas. Gentile rechazaba la teoría de los nacionalistas del Estado aristócrata y su aceptación de la nación como «un hecho natural, antropológico o etnográfico». Esto, de acuerdo con Gentile, significaba una negación de la libertad del hombre para crear la historia. «La nación sólo existe en tanto que es creada», insistía.

---

(95) Citado por H. S. Harris en: *The Social Philosophy of Giovanni Gentile*, Universidad de Illinois, 1960, pág. 174.

(96) G. Gentile: *Origini e dottrina del fascismo*, 1927, en *Il fascismo, Antologia di scritti critici*, edición de Costanzo Casucci, Bolonia, 1961, págs. 37 y 38.

(97) G. A. Fanelli: *Contra Gentile — Mistificazioni dell'idealismo attuale nella rivoluzione fascista*, Roma, 1933, pág. 183.

«Y esto es lo que hacemos con nuestro trabajo serio, nuestros esfuerzos, sin creer nunca que está realmente aquí, sino más bien que nunca está aquí, que tiene que ser creada de modo continuado, siempre» (98).

En 1926, dos antiguos nacionalistas ocupaban cargos clave en el Gobierno de Mussolini: Luigi Federzoni había sido designado ministro del Interior en junio de 1924; y de 1925 a 1932, Alfredo Rocco fue ministro de Justicia. Desde un principio, el fascismo se presentó como un movimiento que deseaba llegar al poder y los nacionalistas habían tratado de convertirlo en una contrarrevolución conservadora. Se habían opuesto siempre a la idea de confiscar los beneficios conseguidos por las empresas o los particulares durante la guerra o de confiscar las tierras: la aristocracia que según ellos confiaban surgiría después de que fascismo subiera al poder, debía consistir en una selección de financieros, industriales y grandes terratenientes. Para Mussolini, los nacionalistas eran un medio valioso de asegurarse el apoyo de esas clases tan poderosas, de las que al principio dependía la existencia misma del fascismo. Fue precisamente movido por la intención de complacer a los electores conservadores por lo que persuadió a los nacionalistas que se unieran con los fascistas en 1923, y nombró a Federzoni ministro de Colonias en su primer Gobierno y ministro del Interior inmediatamente después del asesinato de Matteotti. Por la misma razón designó a Rocco ministro de Justicia en 1925.

En un artículo aparecido en *Gerarchia* cuando Rocco fue nombrado ministro, Enrico Corradini hizo un relato sucinto de los puntos de vista que los nacionalistas tenían sobre el fascismo. El fascismo, escribió, era «una revolución que tenía lugar dentro de un orden establecido» y su programa debía «arrollar al liberalismo pasado de moda, a la democracia y al socialismo para convertirse en un régimen en el cual el Estado, el medio activo de la unidad nacional, prevaleciera sobre los partidos parlamentarios». Actuando bajo esta premisa, fue él, Rocco, el responsable del establecimiento final de la dictadura de Mussolini. Y, aunque idealista, su determinación de subyugar toda organización del país al Estado, se demostró efectiva al romper las viejas instituciones liberales. En octubre de 1926 reformó la Constitución, subordinando el Gran Consejo (el «gobierno» fascista) a Mussolini y el Partido Fascista al Gran Consejo. En noviembre, después de un cuarto intento de asesinato contra el jefe de Gobierno en un año, Rocco hizo aprobar sus leyes de seguridad del Estado, en las que se introducía la pena de muerte y un tribunal especial para juzgar los delitos contra el Estado, se estipulaba la revisión de

(98) G. Gentile: *Guerra e fede*, Nápoles, 1919, págs. 48 a 53.

todos los pasaportes y la suspensión de los periódicos que publicaran cualquier información que pudiera dañar al régimen; puso fuera de la ley a los partidos de la oposición y revivió el *confino,* el confinamiento o destierro, a una ciudad o una isla del sur de Italia como castigo penal.

La influencia de Rocco fue aún más lejos. Recientemente ha quedado establecido, por Renzo De Felice, que fue Rocco, y no como hasta entonces se había venido suponiendo Giusseppe Bottai, ministro de Corporaciones de Mussolini, el responsable definitivo de la redacción de la Carta Fascista del Trabajo de abril de 1927 (99). El principio básico de la Carta, que daba la base ideológica para el Estado Corporativo, era la colaboración entre las clases. Las negociaciones laborales debían ser resueltas mediante «el convenio colectivo de trabajo», en el cual «la solidaridad entre los varios factores de la producción encuentra su expresión concreta, mediante la conciliación de los intereses opuestos de empleados y patronos y su subordinación a los intereses superiores de la producción». Las disputas laborales debían ser reguladas por tribunales especiales de Trabajo, mientras que «las asociaciones profesionales legalmente reconocidas aseguran una igualdad legal entre obreros y patronos, mantienen la disciplina de la producción y del trabajo y promueven una perfección creciente. Las corporaciones constituyen la organización unitaria de las fuerzas de producción y representan íntegramente sus intereses. En virtud de esa representación integral, los intereses de la producción siendo intereses nacionales, las corporaciones son reconocidas por la ley como órganos del Estado». Finalmente, y en esto es donde Rocco parece más fuerte, la iniciativa privada debía prevalecer sobre la intervención del Estado: «El Estado Corporativo considera la iniciativa privada, dentro del campo de la producción, como el instrumento más útil y efectivo del interés nacional. Dado que la organización privada de la producción es una función de interés nacional, el organizador de una empresa es responsable frente al Estado de la dirección que tome la producción. De la cooperación de las fuerzas productivas se deduce que éstas tienen derechos y deberes mutuos. El empleado, tanto si es un experto técnico, un administrativo o un obrero, es un cooperador activo en la empresa económica, la dirección de la cual pertenece al patrono que es responsable de ella... La intervención del Estado en la producción económica sólo tendrá lugar cuando la iniciativa privada se muestre in-

(99) De Felice: *Mussolini il fascista,* tomo II, Turín, pág. 239. Véase también: Paolo Ungari: *Alfredo Rocco e l'ideologia giuridica del fascismo,* Brescia, 1963.



Fascio Fiumano di Combattimento

N.ro 749

Scheda d'adesione.

Il sottoscritto Gabriele d'Annunzio

nato a Pescara d'Abruzzi

domiciliato a Fiume d'Italia

professione uomo d'armi

desidera appartenere al Fascio di Combattimento

Firma (leggibile)

Gabriele d'Annunzio

Fiume d'Italia, 5 ottobre 1920.

Socio proponente:

Benito Mussolini *(centro)* y Gabriele d'Annuncio *(derecha)*
Carnet del *Fascio Fiumano di Combattiento,* de Gabriele d'Annunzio.



Luigi Pirandello *(centro)*

suficiente o defectuosa, o cuando estén en juego los intereses políticos del Estado. Esa intervención podrá tomar la forma de control, apoyo o dirección directa» (100). La Carta del Trabajo fue, desde luego, un compromiso. Mussolini tenía que presentar un documento aceptable tanto a la Confederación General de Uniones Fascistas como a la asociación patronal *Confindustria.* Sin embargo, el Estado se reservaba el derecho de intervenir y una vez que se formaron las corporaciones fue de esta intervención de lo que principalmente se quejaron los patronos encuadrados en *Cofindustria.*

* * *

Para 1927, la oposición izquierdista al régimen de Mussolini había sido silenciada. Los partidos de la oposición estaban disueltos. Nenni, Sturzo, Turati, Treves y Bordiga estaban en el exilio. Gramsci estaba en la cárcel y Gobetti y Amendola habían muerto. La oposición más efectiva, aunque cautelosa, al régimen dentro de Italia procedía de Benedetto Croce, que públicamente había retirado su apoyo al fascismo después de la publicación del Manifiesto de Gentile en la primavera de 1925. Croce replicó con un Contramanifiesto, en el que expresaba una opinión que Julien Benda habría de sostener dos años después en *La Trahison des clercs*: los intelectuales deben tratar de alzar «a todos los hombres y a todos los partidos a un nivel espiritual más elevado». Deben actuar como árbitros morales, condenar la violencia, sea cual sea su forma y proceda de donde proceda, y defender la libertad de expresión. Su lugar no está en el campo de batalla sino en el escritorio o el púlpito (101).

Los liberales, según Croce comprobó después de los *fatti di Fi-*

---

(100) Reproducido en el libro de Herbert W. Schneider: *Making the Fascist State,* Nueva York, 1928, págs. 332 a 336.

(101) El manifiesto de Croce se publicó originalmente en *Il Mondo,* el 1 de mayo de 1925 y estaba firmado por un par de docenas de los más destacados escritores y profesores italianos. Dos números sugsiguientes de *Il Mondo,* del 10 y del 22 de mayo, respectivamente, publicaron nuevas listas de simpatizantes, lo que hizo que excediera al número de firmantes fascistas, al menos en cantidad cuando no en calidad. Entre los firmantes estaban Giovanni Amendola, Roberto Bracco, Sem Benelli, Carlo Cassola, Emilio Cecchi, Guido de Ruggiero, Luigi Einaudi, Giustino Fortunato, Piero Giacosa, Tommaso Gallarati Scotti, A. C. Gemolo, Giorgio Levi della Vida, Luigi Salvatorelli, Matilde Serao, Francesco Ruffini, Luigi Albertini, Arturo Labriola, Gaetano Salvemini, Michele Saponaro, Adriano Tilgher y Gaetano Mosca. Para una lista completa de firmantes de los dos manifiestos, véase Emilio R. Papa: *Storia di due manifiesti,* Milán, 1958.

renze y de las medidas adoptadas en enero, no podían seguir controlando a Mussolini. Si la violencia de los fascistas había estado justificada inicialmente por la de los socialistas, ya se había hecho innecesaria. Mussolini había ido demasiado despacio en su control y, al hacerlo así, los liberales desaprobaron sus métodos. A través de todo el período fascista, Croce se quedó en Italia hablando ocasionalmente contra Mussolini en el Senado y dirigiendo una cautelosa campaña contra el régimen en *La Critica.* En 1926, algunos fanáticos fascistas asaltaron su casa en Nápoles. Junto a su puerta había siempre un policía; su correo era censurado; dondequiera que iba era seguido; también sus amistades estaban en peligro de ver sus casas sometidas a registro. Consecuentemente, describió el fascismo como un paréntesis en la Historia italiana. Cuando se expresaba sorpresa por el hecho de que Italia hubiera enfermado tan repentinamente, y hubiera seguido enferma tanto tiempo, señaló que incluso el hombre más sano puede contraer una enfermedad humillante (102).

Pero en realidad, ¿qué era la Italia fascista? No era, desde luego, la creación vital que soñaba Gentile, ni tampoco el régimen monolítico en el cual Rocco ponía sus esperanzas. Aparte del hecho de que existía muy poco acuerdo sobre los principios ideológicos del fascismo, los compromisos adquiridos por Mussolini rápidamente arruinaron todas las posibilidades de llegar a un totalitarismo. El fascismo sobrevivió, en parte, debido a los logros del duce a nivel nacional y, en parte también, porque después de la disolución de la oposición no quedaba simplemente nada más.

Una de las muchas indicaciones del desamparo en que se hallaba la realización de los ideales de Gentile o Rocco, fue la firma del Pacto de Letrán, con el papa, en febrero de 1929. Por primera vez desde la unificación de Italia, el Gobierno del nuevo país reconocía la soberanía del Santo Padre sobre la ciudad del Vaticano, mientras que el pontífice reconocía la existencia «del reino de Italia bajo la dinastía de la Casa de

---

(102) Ésta se convirtió en una de las tres definiciones «clásicas» del fascismo. De acuerdo con los marxistas, el fascismo fue puramente un producto del capitalismo, una reacción contra el proletariado. De acuerdo con los liberales (Giustino Fortunato y Piero Gobetti), el fascismo era una «revelación», el producto lógico e inevitable del desarrollo histórico de Italia. Esta interpretación última fue la más aceptada por los historiadores extranjeros. Véase Renzo De Felice: *Le interpretazioni di fascismo,* Bari, 1969, y Nino Valeri: *Premessa ad una storia dell'Italia nel Postrisorgimento,* en la obra *Orientamenti per la storia d'Italia nel Risorgimento,* Bari, 1952.

Saboya, con Roma como capital del Estado italiano». Se pagaron indemnizaciones por las propiedades vaticanas que habían sido anexionadas entre 1861 y 1870. El Estado italiano accedió a apartar a los sacerdotes apóstatas o censurados por el Vaticano de todo cargo público y reconoció «el Sacramento del matrimonio tal y como está regulado por las leyes canónicas». El papa tenía libertad de vetar todo acontecimiento político o religioso que no mereciera su aprobación en Roma; la religión católica tendría que ser enseñada en las escuelas, y se le concedían al Vaticano plenos poderes en lo tocante a la catequización y los asuntos religiosos de los católicos romanos.

El Concordato aseguró al fascismo el beneplácito de la Iglesia y aseguró a Mussolini una gran cantidad de votos católicos sinceros en las elecciones que se celebraron pocos meses después. Pero para muchos intelectuales italianos —de Pirandello a Marinetti pasando por d'Annunzio—, uno de los aspectos más importantes y progresivos del Risorgimento siempre fue el rompimiento del poder clerical (103). Para Rocco, el Pacto de Letrán significó un desengaño porque significaba un nuevo motivo de supeditación. El rey seguía conservando un gran número de seguidores que sólo justificaban su adhesión a Mussolini por la admisión que éste hizo de la monarquia en el Estado fascista —éste era el caso, por ejemplo, del historiador «oficial» fascista Gioacchino Volpe— y el Concordato con el Vaticano minaba aún más el integralismo fascista.

Por otro lado, Gentile siempre había proclamado que iba contra los propios intereses de la Iglesia el aceptar la existencia corporal de un Estado nacional, y contra los intereses del Estado italiano el compartir su soberanía con el papa. Sin embargo, seguidamente, reconocía la habilidad de Mussolini para poder llegar a un acuerdo con el Vaticano; el que se estableciera la enseñanza obligatoria del catolicismo en todas las escuelas, incluso las secundarias, significaba un gran obstáculo para la realización de sus planes de enseñanza escolar y puso fin a su esperanza de poder sustituir la religión por la filosofía.

* * *

---

(103) «Siempre desaprobé el Concordato porque sabía hasta qué punto es irreductible el espíritu intrusista y mercantil del Vaticano», escribió d'Annunzio a Mussolini en 1931. Este párrafo, citado por De Felice en: *D'Annunzio e la vita politica italiana dal 1918 al 1936,* fue censurado cuando se publicó su correspondencia.

En una época en que el fascismo se estaba volviendo burocrático y falto de impulso, la demanda de vitalidad de Gentile sonaba de un modo especialmente ineficaz. En marzo de 1931, deploró la transigencia del Partido Fascista: «El carnet del partido sólo es un honor para quien considera al Partido como una milicia», escribió, «una milicia en la que luchan todos y cada uno de sus miembros, aun a riesgo de su vida, por el amor a la Patria, una milicia cuyos miembros aceptan, moralmente, la obediencia a esa estricta disciplina que hace que un ejército marche en pos de su bandera» (104). Tres semanas más tarde se burlaba de las debilidades del carácter italiano: «Hoy día son muchos, demasiados, los que murmuran contra el régimen no porque tengan razón para ello, sino a causa de una tendencia creciente que, en el caso de que prevalezca, puede presentar un grave peligro para el carácter italiano. En el pasado, los italianos se refugiaban en su vida privada y contemplaban al Estado desde fuera, como si fuera algo ajeno a sus propios intereses. Era más frecuentemente objeto de burla que de un criticismo eficaz y constructivo. Fascismo significa la revolución de una Italia nueva, activa y positiva, contra la antigua Italia de las murmuraciones y las quejas... la Italia de los valientes frente a la Italia de los cobardes» (105).

Para un ideal tan puro como el de Gentile, resultaba claramente imposible su realización, aunque Gentile siempre permaneció ignorante de este hecho. Toda su vida mantuvo su fe en Mussolini y su creencia en *su* fascismo. Hizo todo lo posible por seguir fiel a sus principios, pero no pudo evitar el ver como estos principios eran mal observados. Le pidió frecuentemente a Mussolini que concediera una libertad mayor a la prensa y, después del Congreso de Bolonia, en 1925, incluso sugirió la fundación de un periódico de la oposición. Como redactor-jefe de la Enciclopedia Italiana —la *Enciclopedia Treccani,* que continúa siendo una de las obras de referencia mejores que existen y que debe su imparcialidad política a Gentile—, incorporó a su equipo un buen número de intelectuales que habían firmado el Contramanifiesto de Croce. Después de 1931, utilizó algunos de los profesores que se habían negado a jurar fidelidad a Mussolini, aunque esa toma de juramento era una distorsión de una idea que originalmente fue presentada por el propio Gentile: en 1923 sugirió debía establecerse un juramento de lealtad al rey y a la Constitu-

---

(104) *Corriere della Sera,* 11 de marzo de 1931; véase *Corriere della Sera, 1919-1943,* bajo la dirección de Piero Melograni, Bolonia, 1965, pág. 416.

(105) *Corriere della Sera,* 1 de abril de 1931, obra citada, pág. 418.

ción; en 1931, el juramento fue ampliado al rey, la Constitución y el régimen fascista (106).

Con tanta lealtad como Gentile, Marinetti siguió apoyando a Mussolini, y aunque sin cesar de repetir sus «slogans» futuristas de antes de la guerra y aplaudir el mito de *diciannovismo,* aceptó su elección a la Academia de Italia, que fue anunciada en 1926, pero no fue inaugurada hasta octubre de 1929. De acuerdo con ciertas fuentes antifascistas Mussolini decidió la fundación de la Academia como resultado de la gran cantidad de firmas que iban al pie del Contramanifiesto de Croce en 1925, y como un intento de «corromper» la inteligencia italiana (107). Mussolini, desde luego, quería persuadir tanto al poeta napolitano Rocco como a Benedetto Croce para que se unieran a ella, y su negativa quizá fue una de las razones de que se aplazara su inauguración. Cuando por fin llegó el acontecimiento, el científico Giuglielmo Marconi fue su presidente, el historiador Gioacchino Volpe el secretario y entre sus miembros se incluían los compositores Mascagni, Respighi y Giordano, el científico Enrico Fermi, los escritores Beltramelli, Panzini, Pirandello y, naturalmente, Marinetti. A los miembros de la Academia se les pagaba un sustancioso sueldo mensual, podían viajar gratuitamente en primera clase en los ferrocarriles y tenían derecho al título de «Su Excelencia»; en los actos públicos podían vestir el uniforme de la Academia con espadín de gala.

Marinetti afirma que personalmente todo aquello no le importaba mucho, «pero era importante que el futurismo estuviera representado en la Academia» (108). En el mismo año en que fue elegido para la Academia, Marinetti fue nombrado también secretario de la Unión de Escritores Fascistas y, consecuentemente, el representante oficial de la cultura fascista.

Aunque tan desilusionado como Gentile por la letargia de sus compatriotas, Marinetti atribuía ésta a un factor más materialista y prosaico: los espaguetis. En un Manifiesto de Cocina Futurista, publicado en la *Gazzetta di Torino,* el 28 de diciembre de 1930, y en su libro *La cucina futurista,* que apareció dos años más tarde, deploró la existencia de esa

---

(106) De 1.225 profesores, sólo 11 se negaron a prestar ese juramento y hubieron de abandonar sus cátedras.

(107) Véase Alessandro Bonsati: *La Cultura degli anni trenta dai Littoriali all'antifascismo,* Terzo Programma, núm. 4, octubre de 1963, págs. 183 a 217. Tales sugestiones son negadas por el ex secretario de la Academia, Gioacchino Volpe, en *L'Italia che fu,* Milán, 1961.

(108) Walter Vaccari, *Vita e tumulti de F. T. Marinetti,* Milán, 1959, pág. 363.

dieta nacional de *pastasciutta,* con gran disgusto de la corpulenta esposa de Mussolini, Donna Rachele. «Una vez más», exclamó el escritor, «el futurismo italiano se hace impopular con un programa para la renovación de la cocina italiana. El bacalao, el roast-beef y el pudín pueden ser la dieta adecuada para los ingleses; carne guisada y queso para los holandeses; *sauerkraut,* costillas de cerdo ahumadas y salchichas para los alemanes; pero la *pastasciutta* es mala para los italianos... Al comerla se desarrolla en ellos ese escepticismo irónico y sentimental que le es típico y que con demasiada frecuencia frena sus entusiasmos» (109).

En Italia como en Alemania los intelectuales se convirtieron en objeto de intrigas en el Partido Fascista y fueron alternativamente apoyados o atacados por las distintas corrientes conflictivas dentro del seno del pensamiento fascista. Mientras que Farinacci continuaba dentro de la línea intransigente que posteriormente lo convertiría en un gran admirador de Hitler, Botai, que había empezado su carrera como miembro de las uniones sindicales y muy próximo a la facción del Partido de Malaparte-Farinacci, se convirtió en un protector liberal de los escritores jóvenes. En los años treinta, Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores e hijo político de Mussolini, patrocinó y apoyó a Malaparte y a un buen número de sus amigos.

Pese a su confesada falta de interés en la política, Pirandello, frecuentemente, era considerado como el comediógrafo del régimen. En 1925 Mussolini se ofreció para subvencionar su «teatro nuevo» en la Sala Odelscalchi, en Roma y asistió a su inauguración; en 1929, Pirandello fue elegido para la Academia. Pero sus éxitos despertaron la envidia y los celos de sus rivales. En 1927 acompañó a su compañía al Brasil, donde les dijo a algunos periodistas italianos: «En el extranjero no hay fascistas ni antifascistas; todos somos italianos». A su regreso a Italia descubrió que el envidioso Enrico Corradini lo había denunciado por esa declaración que calificó de excesivamente fuerte, y lo acusó de «actividad antifascista en el extranjero». Cuando el secretario del Partido, Augusto Turati, le reprendió por ello, Pirandello sacó su carnet del Partido, lo hizo pedazos y se lo tiró a la cara; siete años más tarde Farinacci, que había apoyado a Corradini en el asunto, logró reunir un grupo de seguidores para silbar la ópera de Pirandello — música de Malipiero — *La favola del figlio cambiato* que había sido prohibida en la Alemania nazi.

Los lazos que unieron a Pirandello con Mussolini se aflojarían en enero de 1935. Pirandello acababa de regresar de Estocolmo donde ha-

(109) L. Scrivo, obra citada, págs. 188 y 189.

bía recogido el Premio Nobel y el duce acudió a felicitarlo en persona. Pirandello, por su parte, pensó que esa entrevista con Mussolini podía ser beneficiosa para su ambición de crear un Teatro Nacional. Pero el duce se mostró insensible en esa ocasión. Pirandello se había enamorado platónicamente de su primera actriz Marta Abba, y Mussolini que había oído hablar de ese amor platónico, comentó con humor e ironía: «Cuando se ama a una mujer no se hacen rimas sobre el bosque, sino que se la tumba en el sofá» (110).

* * *

Sin embargo, pese a los numerosos y distintos conceptos del fascismo, todos tenían algo en común: su admiración por Mussolini. Y los logros conseguidos por el duce y el Gobierno, aireados y aumentados por todos los medios de la propaganda — la prensa, la radio y el cine —, eran desde luego notables. Con la asistencia de su muy capaz ministro de Finanzas, De Stefani, sucesor del conde Volpi, Mussolini consiguió revaluar la lira en 1926. Su campaña para el desarrollo de la agricultura italiana obtuvo éxito. Los pantanos fueron desecados en toda la península y en 1932 y 1933 surgieron dos ciudades, Littoria y Sabaudia, en el lugar donde antes estuvieron los pantanos de Pontine, un foco endémico de malaria. Se construyeron carreteras, puentes, hospitales y escuelas; se llevaron a cabo excavaciones arqueológicas en Roma, Herculáneo y Pompeya, al igual que en Libia, en Lepis Magna, Sabratha, y en Cirenaica. Los vuelos transatlánticos de Del Prete, Ferrarin, De Pinedo y Balbo significaron triunfos para la aviación italiana; el desarrollo de la industria nacional permitió al país producir buques y automóviles que causaron admiración en todo el mundo.

«Italia», les dijo Mussolini a los periodistas poco después de su subida al poder, «desea ser tratada por las grandes naciones del mundo como una hermana y no como una criada» (111). Su principal ambición era conseguir el reconocimiento internacional de Italia como una gran potencia. Había conseguido cierto reconocimiento por parte de los aliados por su apoyo a la ocupación francesa del Ruhr, e impresionó a los propios italianos por la energía con la que brevemente ocupó Corfú en el mes de agosto de 1923. En 1925, firmó el Tratado de Locarno, por el que se garantizaba la frontera francogermana y de ese modo el «status» ita-

---

(110) Gaspare Giudice, obra citada, pág. 460.

(111) R. De Felice: *Mussolini il fascista, I,* pág. 560.

liano parecía asegurado. El duce tenía numerosos admiradores en el extranjero: Ramsay MacDonald mantendría con él una correspondencia cordial; Austin Chamberlain, intercambió con él fotografías, y el propio Winston Churchill tuvo para él frases de elogio, y en julio de 1933 propuso y firmó el Pacto de las Cuatro Potencias — Francia, Inglaterra, Italia y Alemania —, con lo cual Italia pasó a formar parte de un directorio europeo que dirigía a los pequeños Estados y revisaba pacíficamente la política europea. Mussolini se presentaba en esos momentos como uno de los campeones de la paz mundial. En septiembre de ese mismo año, firmó un pacto de no-agresión con la Unión Soviética. El mes de julio del año siguiente, movilizó sus tropas en el Brennero después del asesinato del canciller austríaco Dollfuss, con lo que se convirtió en el único estadista europeo que se opuso activamente a la expansión germana, y en Stressa, en abril de 1935, confirmó sus excelentes intenciones y Gran Bretaña y Francia confirmaron, también, su fe en él.

Esa fe, sin embargo, fue ligeramente conmovida por un acto de Mussolini que llenó de entusiasmo a toda Italia: la invasión de Etiopía. Por fin todos los italianos, fascistas o antifascistas, podían combinar la perspectiva de un imperio con una cruzada y una guerra de liberación. Los etiopes, así se subrayó por el Gobierno italiano, vivían en la mayor miseria, sufrían la peor de las injusticias y eran regidos por el más feudal de los monarcas. Para subrayar los beneficios de dicha campaña, se hicieron circular fotografías de las mujeres etíopes más atractivas, mientras los periódicos recordaban que Italia estaba superpoblada y necesitaba tanto el espacio vital como «el lugar en el sol» que Etiopía podía facilitarle.

Etiopía había ingresado en la Sociedad de Naciones, por presiones de los propios italianos y contra la voluntad de Gran Bretaña, en 1925. Los planos de mediación presentados por Hoare, Laval y Eden fracasaron. En septiembre de 1935, la Home Fleet británica zarpó amenazadoramente dirigiéndose hacia el Mediterráneo; en noviembre, la Sociedad de Naciones decretó sanciones contra Italia, consistentes en el embargo de armas y municiones, la negativa a facilitar préstamos, la prohibición de todas las importaciones procedentes de Italia y una limitación de las exportaciones a dicho país. Sin embargo, tales sanciones nunca fueron impuestas obligatoriamente, pese a lo cual hicieron surgir un gran antagonismo entre todos los italianos, despertando más su patriotismo que la perspectiva de la conquista de un Imperio y aumentando su afán de lucha. Numerosos antifascistas se ofrecieron voluntarios en nombre de la nación más que del régimen. El ex jefe de Gobierno y liberal Vittorio

Emmanuele Orlando, se puso a la disposición de Mussolini; Arturo Labriola regresó del exilio; Sem Benelli, que había venido oponiéndose a Mussolini desde el asesinato de Matteotti, se apresuró a incorporarse a su regimiento, que se hallaba en África. «Nuestra aventura no trata de recibir sino de ofrecer», escribió, «esto es, llevar a cabo una misión... No es siquiera imperialismo: estamos tendiendo nuestra mano a esta apartada civilización» (112). Añadió en sus Memorias que él «pensaba que Italia tenía derecho a una gran colonia porque estaba superpoblada y por que todas las naciones, incluso otras mucho más pequeñas que la propia Italia, las tenían y siempre querían más» (113).

D'Annunzio felicitó a Mussolini por luchar «contra un pueblo desconocido en un país desconocido» (114); Marinetti se presentó voluntario; Gentile se alegró y Pirandello dijo de Mussolini: «El autor de esta gran hazaña es también un poeta que conoce su oficio. Un auténtico hombre de teatro, un héroe providencial que Dios le ha ofrecido a Italia en el momento preciso; actúa en el Teatro de los Siglos al mismo tiempo como autor y como protagonista» (115).

La imposición de sanciones fue explotada totalmente. En el invierno de 1935, un mes después de que le habían sido impuestas, Mussolini apeló a los italianos pidiéndoles su oro y su plata. Sólo en Roma, doscientos cincuenta mil italianos ofrecieron sus anillos de boda el día 8 de diciembre. Benedetto Croce sacrificó su medalla de senador, y Pirandello, con gran indignación de los suecos, su Medalla del Premio Nobel.

* * *

El gran talento de Mussolini estuvo en realizar en corto espacio de tiempo reformas que tenían un atractivo inmediato y podían ser lanzadas a la publicidad de inmediato. Al hacerlo así, conseguía dar a los italianos un sentimiento de autoconfianza que habían perdido en los años anteriores a la guerra; con su simple presencia a la cabeza del Gobierno, se las arregló para dar al país la estabilidad que necesitaba inicialmente.

Por otra parte, las reformas a largo plazo en las que habían confiado

---

(112) Benelli, S.: *Io in Africa,* Milán, 1936, pág. 226.

(113) S. Benelli: *Schiavitù,* Milán, 1945, pág. 122.

(114) G. Gatti, obra citada, pág. 450.

(115) *Quadrivio,* 3 de noviembre de 1935.

los elementos más progresistas dentro del Partido Fascista, o bien fracasaron o ni siquiera se pusieron en marcha. Los sindicalistas habían confiado en que el régimen fascista favorecería a los campesinos y a los obreros, pero no fue así. A las que benefició fue a las clases acomodadas. Desde que subió al poder Mussolini no hizo sino ir de un compromiso a otro y de no haberlo hecho así quizá no hubiese podido mantenerse en el poder tanto tiempo. Una de las indicaciones más claras de que esto es cierto está en la purga del Partido Fascista que tuvo lugar entre 1926 y 1928, cuando el nuevo secretario del Partido, Augusto Turati, expulsó del Partido sistemáticamente a los escuadristas que habían constituido el núcleo revolucionario del movimiento. Los compromisos de Mussolini se hicieron evidentes en sus reformas. El drenaje de las tierras pantanosas benefició principalmente a los grandes terratenientes, y la campaña agraria, *la battaglia del grano,* perjudicó a los pequeños productores de frutas (116). La política de trabajo fascista, favoreció a los industriales, las corporaciones, a los patronos. El fascismo, que tanto se jactaba de su carácter revolucionario, no cambio sustancialmente, en nada, la estructura social de Italia. Mussolini llevo a cabo sus reformas por medio de los burócratas y financieros del régimen anterior. No surgió del fascismo una nueva clase gobernante, por más que superficialmente algunos de los jerarcas del Gobierno pudieron parecérselo a un observador tan superficial como Corrado Álvaro, que se fijó en su juventud y buena presencia. «La clase gobernante», escribió después de asistir a la Ópera una noche de 1933, «tiene buena figura, está bien alimentada, es morena y atlética. Generalmente, uno asocia a la clase gobernante con la clase de los intelectuales. Pero aquí la buena disposición física y las dotes de mando son los primeros requisitos» (117).

Aunque es indudable que los trabajadores consiguieron algunas ventajas del fascismo, se vieron superadas por los perjuicios. Las uniones sindicales fascistas consiguieron vacaciones pagadas y una indemnización en caso de despido. Se conservaba el empleo en caso de enfermedad, existían seguros de asistencia familiar y de enfermedad, mientras que la *Opera Nazionale del Dopolavoro*, organizaba excursiones y entretenimientos de masas. Pero por otra parte, la huelga fue declarada ilegal por el Pacto del Palazzo Vidoni, en 1925. En 1927 fueron disueltas las organi-

---

(116) Vittorio Foà: *La strutture economiche e la politica economica del regime fascista,* en *Fascismo e antifascismo, 1918-1936, Lezioni e testimonianze,* Milán, 1962.

(117) C. Alvaro: *Quasi una vita, giornale di uno scrittore,* Milán, 1951, página 101.

zaciones sindicales no fascistas. La disciplina se hizo más estricta y severa que nunca y los trabajadores no tenían medios de proteger sus salarios.

El corporativismo, en el cual se basaba la originalidad del experimento fascista, nunca funcionó. Las corporaciones fueron anunciadas por Rocco en 1926, pero no se formaron hasta 1934. En la base de la «pirámide» corporativa estaban 160 federaciones nacionales de patronos, sindicatos obreros y asociaciones profesionales. Después venían veintidós corporaciones, dieciséis de las cuales representaban a los obreros y a los patronos de las distintas ramas de la producción, mientras que las otras seis representaban a los profesionales. En la cúspide estaban el Consejo Nacional de Corporaciones y el Ministerio de Corporaciones, responsables de todos los problemas de la producción, las relaciones laborales y la seguridad social. El sistema no satisfacía ni a patronos ni a obreros; los primeros se resentían de la intervención del Estado en sus negocios; los segundos se consideraban sin adecuada representación.

Los principales beneficios del corporativismo fueron las teorías y debates que surgieron de él y que alcanzaron la mayor altura controversial en una reunión que tuvo lugar en Ferrara en 1932, cuando el filósofo Ugo Spirito presentó un plan mediante el cual el capital pasaría, dentro de las corporaciones, de los accionistas a los trabajadores, con lo cual se aboliría la distinción entre las clases y el antagonismo entre patronos y obreros (118).

La dictadura de Mussolini fue más clemente que la mayoría de las dictaduras. Esto se debió tanto a que Mussolini sentía una animadversión natural a derramar sangre inútilmente, como a la tendencia de los italianos de ser humanos incluso en el trato con sus enemigos. La Italia fascista está libre de las atrocidades que se asocian con Hitler y Stalin, hasta la ocupación alemana en los años de la guerra. Aunque la pena de muerte fue reinstaurada en 1926, de 1926 a 1943 sólo hubo veinticinco ejecuciones, veintiuna de las cuales fueron de terroristas eslavos. En ese mismo período de tiempo unos 10.000 italianos fueron confinados —las islas de Tremiti, Lipari, Ponza y Ventotene, fueron los lugares principales de destierro—, pero siguieron disfrutando de un trato relativamente bueno. En 1927 Mussolini fundó una fuerza de policía secreta la OVRA, organizada por un napolitano muy astuto llamado Arturo Bocchini. Lo que sig-

(118) Véase: Alberto Aquerone, *L'Organizzazione dello stato totalitario*, Turín, 1965, págs. 198 y siguientes, y Ruggero Zangrandi, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*, Milán, 1962, págs. 461 y siguientes.

nificaban esas siglas Mussolini no se lo dijo a nadie ni siquiera a Bocchini. Su principal objeto, dijo, era causar temor, curiosidad y un sentimiento de omnipotencia y vigilancia intangible. La OVRA difiere mucho de la Gestapo. Nunca sometía a torturas a sus prisioneros y parecía estar mucho mejor organizada. Tenía espías en todas las ramas de la vida política, social y económica del país, al igual que en las comunidades de exilados italianos en el extranjero, y sus funcionarios, que cumplían con su deber fría y desapasionadamente, estaban, probablemente, mejor informados que cualquiera de los miembros de las otras policías europeas. Preferían amenazar más que detener. Y la amenaza del confinamiento resultaba más eficaz. Una persona podía ser confinada sin juicio y, en ocasiones, incluso sin saber por qué; y una vez que estaba confinado su sentencia podía ser prolongada a capricho por el Gobierno o por el jefe de la policía local. Por otra parte, cuando el confinado volvía, si es que volvía, la gente vacilaba en darle un empleo. Doquiera que iba era mirado con sospecha y si funcionarios fascistas de importancia visitaban la ciudad en que vivía, era mantenido en prisión durante el tiempo de la visita.

La censura era relativamente flexible, excepto en lo que se refería a los periódicos diarios. Existía un movimiento subterráneo de revista literarias en las que se exponían todas las corrientes de la opinión fascista; el respeto al duce y a la nación era la única premisa necesaria para la libertad de opinión (119). La novela y la poesía aún estaban menos sujetas a la censura, pues como bien sabían los censores los italianos no eran lectores demasiado ávidos, de modo que muchos escritores, que posteriormente se jactaron de antifascistas, pudieron ver sus obras publicadas sin dificultad excesiva. El censor teatral, un individuo obtuso llamado Zurlo, que entendía bien poco de política y menos aún de literatura, escribió sus memorias a las que el mismo calificó, justamente, de inútiles (120). Su criterio sobre la censura era primariamente moral: evitaba la mención del adulterio, prohibía las referencias a la homosexualidad y cambiaba los suicidios en accidentes. Por lo demás, las instrucciones que daba al personal a sus órdenes era de no dejar pasar ninguna comedia que contuviera ataques contra el rey, el papa o el Gobierno, o que hiciera comparaciones u observaciones desagradables sobre los italianos del sur.

---

(119) Véase Giorgio Luti: *Cronache letteraria tra la due guerre, 1920-1940*, Bari, 1960.

(120) Leopoldo Zurlo: *Memorie inutili — La censura teatrale nel ventenio*, Roma, 1962.

En términos generales y precisamente porque como ya hemos dicho el fascismo no afectó en nada a la estructura social, la vida italiana de la clase media pudo continuar de modo no menos cómodo que antes de la Primera Guerra Mundial. Incluso pareció como si Italia soportara la depresión económica de los primeros años de la década de los treinta con notable facilidad. Pese al hecho de que existían 1.300.000 parados forzosos, en 1933 Mussolini pudo encubrir la situación. La prohibición de las huelgas permitía al Gobierno el establecimiento de jornales muy bajos, más o menos indiscriminadamente, y así en diciembre de 1930 habían descendido en un doce por ciento. Jamás se hizo una estadística completa de los parados forzosos, o al menos jamás fue revelada; las mujeres y los retirados que solicitaban trabajo no podían ser inscritos en las listas de los que esperaban empleo. Y se dictó una ley que prohibía a los campesinos dejar el campo para trasladarse a las superpobladas ciudades (121). A todo esto, además, hay que añadir dos factores psicológicos: la confianza en Mussolini era muy elevada y la moral italiana se había afianzado gracias a la energía con que el duce había salvado al país de la crisis anterior. La impresión que podía obtener un observador extranjero no podía menos que ser favorable. «Acudí mi primera noche a la Ópera», escribió Emil Ludwig en 1932, «y pude observar en los palcos los atuendos más resplandecientes, las joyas más brillantes que podría ver en las Óperas de Nueva York o París en años anteriores. Los innumerables automóviles, que ya no podían ser aparcados en la Plaza de la Ópera, la abundancia de sirvientes con librea, toda la escenificación parecía negar la idea de que el mundo estaba enfermo de fiebre revolucionaria. Roma, en todos sus aspectos, parecía resuelta a negar que estuviera en marcha una revolución social» (122). Lo que el fascismo había conseguido imponer eran los desfiles de los sábados, con los uniformes fascistas, la retórica patriótica, una publicidad interminable dedicada a Mussolini. Italia era una dictadura, pero en los primeros trece años, el fascismo no pesaba sobre lo individual, especialmente si el individuo estaba dispuesto a mantenerse al margen de la política y pagar el pequeño tributo que Mussolini podía exigir de él.

---

(121) Véase Paola Sylos Labini: *La politica economica del fascismo e la crisi del 29*, en *Nord e Sud*, número 70, octubre 1965, págs. 59 a 66, y Alberto Aquerone, *Italy: the crisis and corporative economy*, en *Journal of Contemporary History*, Vol. 4, octubre de 1969, págs. 37 a 58.

(122) E. Ludwig: *Conversaciones con Mussolini*, edición inglesa, traducida por Eden y Paul Cedar, pág. 148.

* * *

En tanto que Gentile y Marinetti parecían dispuestos a llegar a un compromiso con el régimen, Malaparte no pudo resistir por mucho tiempo la tentación de la ilegalidad. En un principio se dio cuenta de la importancia que tenía para él el poderse adaptar al curso seguido por el fascismo en 1925. En enero de dicho año, para remediar el desorden en el que había caído el Partido Fascista después de la crisis de Matteotti, Mussolini designó a Roberto Farinacci para el cargo de secretario del Partido. Pero desde el punto de vista de Mussolini, el peligro de mantener a Farinacci durante demasiado tiempo en ese cargo significaba no sólo el restablecimiento del orden dentro de él sino también que lo fortalecería de tal modo que podría llegar a ser incontrolable. Lo que Mussolini deseaba era un Partido disciplinado, obediente, que pudiera manipular a su antojo, por lo que en marzo de 1926 reemplazó a Farinacci por Augusto Turati, más manejable y más sujeto a la devoción de Mussolini. Tan pronto como Farinacci dejó la Secretaría, Malaparte, con el consentimiento implícito, aunque no expresado, de Mussolini, comenzó a atacarlo en *La Conquista dello Stato.* Según Malaparte, fue en ese momento cuando él se inventó un «pasado fascista» para sí mismo y proclamó que pertenecía al Partido desde 1921 en vez de 1922 como era en realidad, y que había participado en expediciones punitivas y en la decisiva Marcha sobre Roma. Como consecuencia de los ataques de Malaparte, Farinacci envió a Mario Carli, Emilio Settimelli, Silvio Maurano y varios otros de sus amigos de *L'Impero,* para que agredieran a Malaparte en la Vía Sistina, a lo que el agredido respondió desafiando a duelo a cada uno de ellos (123).

La caída de Farinacci, marcó el comienzo de un período en el cual Malaparte estuvo al servicio del régimen. Esto estaba totalmente de acuerdo con su carácter. Gobetti ya había señalado que «Malaparte siempre fue un admirador impertérrito de los regicidas y los cortesanos, y la política fue para él un juego, el culto de la sorpresa» (124).

El papel de regicida de Malaparte había pasado: con facilidad se convirtió en el héroe cortesano, el maestro de la intriga y la conspiración, y su carrera de periodista ascendió de acuerdo con estas premisas. En

(123) En ese mismo año Malaparte se batió con Pietro Nenni, que lo había insultado en *Avanti!*

(124) Gobetti, obra citada, pág. 465.

1926 fue nombrado director de la revista *La Fiera Letteraria*, después de *Il Mattino*, en Nápoles, y en 1929 fue llamado a Turín para dirigir el periódico del senador Giovanni Agnelli *La Stampa*. Elegante y divertido, un hábil narrador de bulos, al igual que un práctico creador de confusiones, Malaparte no halló dificultad en entrar en la corte que rodeaba a Mussolini y se convirtió en un amigo íntimo del ministro de Aviación del régimen, Italo Balbo. Balbo fue padrino de Malaparte en uno de sus muchos duelos, mientras que Malaparte, en colaboración con Enrico Falqui, escribía una apologética biografía de Balbo «*chevalier sans peur et sans reproche*, cuya generosa inquietud y vívida fantasía habían hecho de él un campeón de la Italia moderna, determinado a hacer la guerra y a dominar el globo a cualquier precio» (125).

A medida que pasaban los años Malaparte se hacía más cínico y más taimado. Y sin embargo el atractivo que tuvo para él la revolución permanente jamás mitigó. Viendo que el fascismo no podía lograrla, pensó que el comunismo pudiera hacerlo. Siempre consideró con respeto a la Rusia Soviética. Aunque había dicho con claridad que esto no era adecuado al espíritu individualista de los italianos, consideraba al bolchevismo la única alternativa viable al fascismo y había escrito en *La Rivolta dei santi maledetti*: «Creo que el fenómeno de la revolución rusa, que se desarrolla paralelamente a la revolución italiana en su odio y su lucha contra el espíritu moderno (que para nosotros es el espíritu nordoccidental y para los rusos el espíritu europeo) es el complemento de la revolución italiana. Ambos se ayudan mutuamente en la tarea común de destruir el *modernismo* y cada uno de ellos no es concebible, posible o *justo* sin el otro» (126).

En 1929, *La Stampa* envió a Malaparte a visitar la Unión Soviética y éste reflejó sus experiencias en *Intelligenza di Lenin*, que apareció al año siguiente. Impresionado por la insensibilidad del régimen soviético y por lo que él consideraba la simple devoción de sus ciudadanos, se sentía optimista por el resultado del Plan Quinquenal de Stalin y, más que nunca, fascinado por las posibilidades del totalitarismo.

Los motivos por los que Malaparte dimitió como director de *La Stampa* en enero de 1931, dejó el Partido Fascista y emigró a Francia, continúan siendo tan oscuros como las razones de su detención dos años más tarde. Según él, se mostró en desacuerdo con el senador Agnelli so-

---

(125) Malaparte-Falqui: *Vita di Pizzo-di-Ferro detto Italo Balbo*, Roma, 1931, página 7.

(126) Malaparte: *Europa viviente*, pág. 135.

bre ciertas innovaciones en la factoría Fiat de Turín y se negó a despedir a un redactor que había publicado un reportaje desacertado. De todos modos sería en París donde Malaparte conseguiría su reputación de escritor europeo con la publicación de *Technique du coup d'Etat.* Adhiriéndose a la teoría de Trotsky de que la revolución era posible lo mismo en un país civilizado, como, por ejemplo, Inglaterra, que lo era en otro minado por facciones políticas rivales, Malaparte, mediante la presentación de ejemplos de «golpes de Estado» que tuvieron éxito o fracasaron, intentaba demostrar que el problema tanto de conquistar como de defender el Estado era cosa técnica más que política. Era posible para un grupo relativamente pequeño de hombres decididos, la derrocación de cualquier Gobierno, partiendo de la base de que pudieran hacerse con el control de determinados puntos estratégicos, los ferrocarriles, el correo, los teléfonos, la banca y la radio.

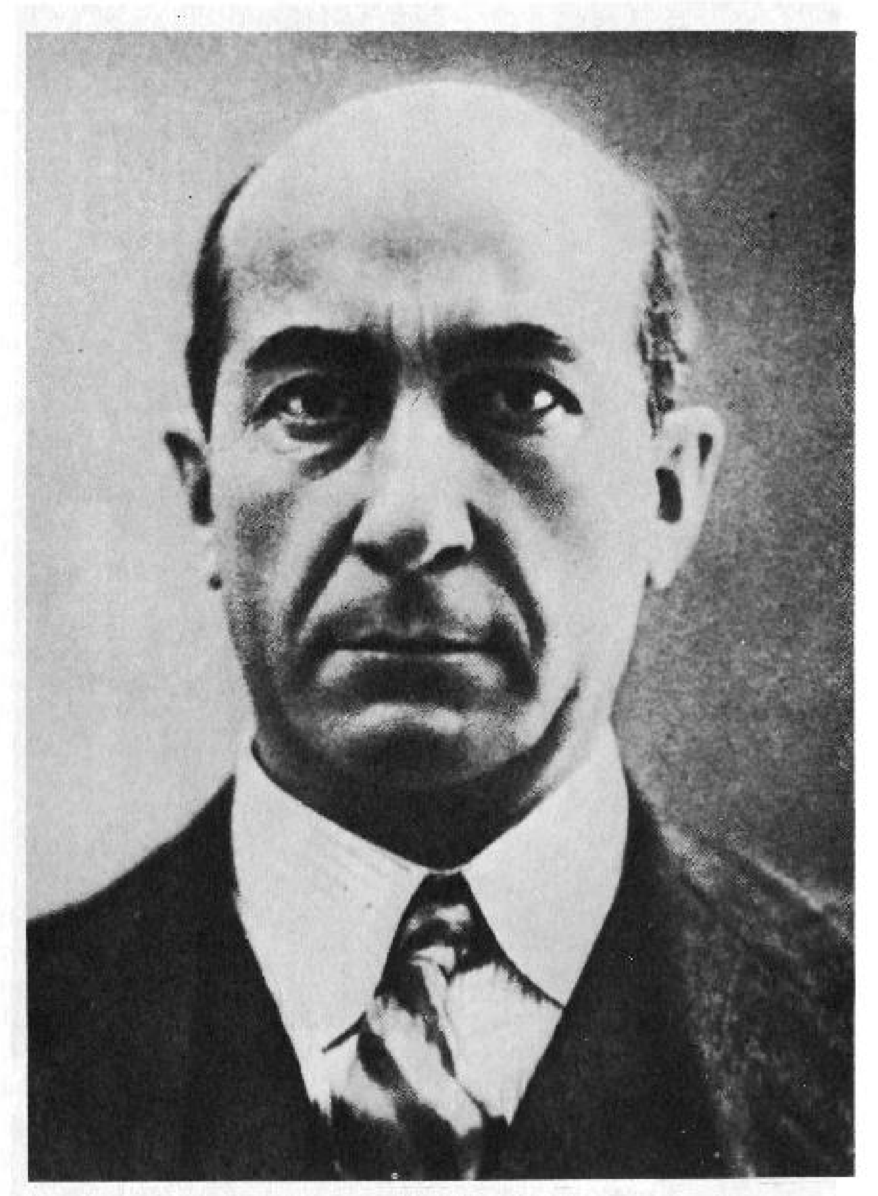
Consecuentemente, *Technique du coup d'Etat* fue un semillero «en el pensamiento de la extrema derecha durante la década de 1930-1940» (127). Malaparte, por su parte, subrayó lo ambiguo de esta interpretación (128). Charles Maurras, Leon Daudet y Jacques Bainville, de la *Action Française,* se sintieron tan satisfechos con el libro como Jean-Richard Bloch, un amigo comunista de Malaparte. Tanto el vicecanciller austríaco príncipe Starhemberg como el canciller Dollfus, tenían ejemplares de la obra en sus bibliotecas. En 1932, precisamente teniendo en cuenta su libro *Technique...* y un segundo libro sobre Rusia, *Le bonhomme Lénine,* Malaparte fue invitado oficialmente a visitar la Unión Soviética de nuevo. Finalmente, para los miembros disidentes de *Action Française,* los futuros *Cagoulards, Technique du coup d'Etat* se convirtió en un manual.

Malaparte envió un ejemplar del libro al jefe de la policía de París Jean Chiappe, cuya destitución dio motivo a los violentos incidentes en las calles de París el día 6 de febrero de 1934. Estaba dedicado así: «*A monsieur Jean Chiappe, technicien du coup d'arrêt*», y Chiappe le contestó por escrito diciéndole que la posesión de ese libro resultaba tan peligrosa en manos de «los enemigos de la libertad», como preciosa en las de un estadista que «defendía las libertades democráticas». «Usted enseña a los gobernantes», añadía Chiappe, «a comprender los fenóme-

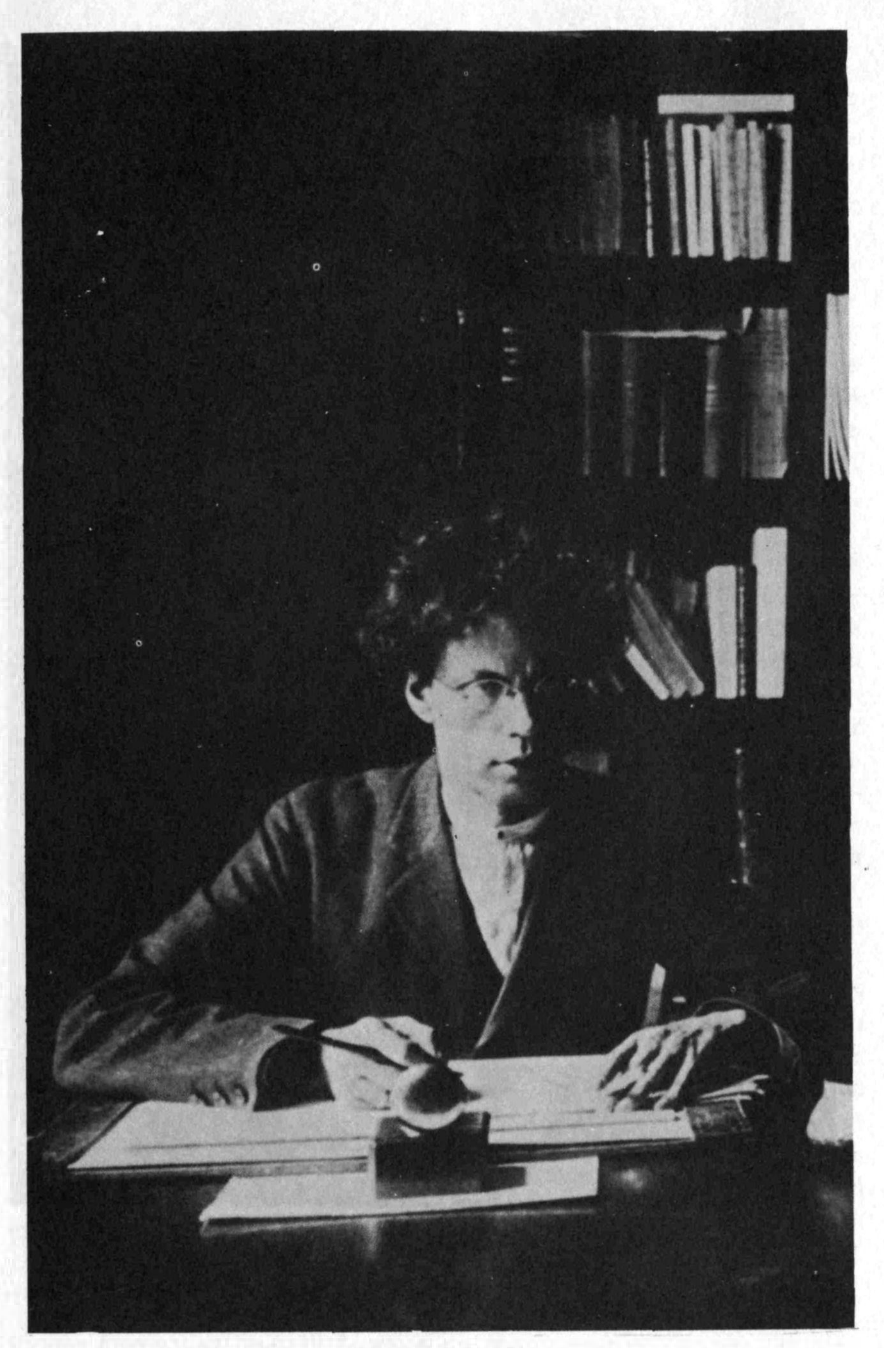
---

(127) Eugen Weber: *Action Française — Royalism and Reaction in Twenty-Century France,* California, 1962, pág. 275.

(128) Malaparte: *Que la défense de la liberté ne reporte pas!,* introducción a *Technique du coup d'Etat,* París, 1948.



Ardengo Soffici



Giovanni Papini

nos revolucionarios de nuestro tiempo, a preverlos y a prevenir que elementos sediciosos puedan hacerse con el poder por métodos violentos» (129). En *Kaputt,* Malaparte se refiere a su entrevista con Oswald Mosley en París. «Había traído consigo una edición en inglés de *Técnica del golpe de Estado* y quería que le escribiera una dedicatoria. Probablemente esperaba de mí que escribiera algo heroico, así que para desilusionarle me limité a copiar dos frases de mi libro: "Hitler, al igual que todos los dictadores, no es más que una mujer" y "La dictadura es la forma más completa de los celos"» (130).

Técnica del golpe de Estado fue prohibida en Italia y quemada en Alemania después de la subida de Hitler al poder. Esta última medida es comprensible porque el último capítulo, escrito en la primavera de 1931, contenían manifestaciones que los nacionalsocialistas difícilmente podían perdonar: «Hitler no es más que una caricatura de Mussolini... En el Partido Nacionalsocialista la libertad de pensamiento, la dignidad personal, la inteligencia y la cultura son perseguidos con ese odio estúpido y brutal que caracteriza a los dictadores de tercera clase... (Hitler) es un hombre débil que busca refugio en la brutalidad para encubrir su falta de energía, su sorprendente debilidad, su mórbido egoísmo, su orgullo infundado» (131).

Según Malaparte fue este ataque a Hitler la causa de su detención a su regreso a Italia en octubre de 1933, pero esto es algo que difícilmente puede tomarse en serio, así como tampoco su afirmación de que Ugo Ojetti lo denunció a Mussolini porque durante su estancia en París frecuentó a Gaetano Salvemini. Las razones que parecen tener más justificación son menos favorables a Malaparte: su conducta mercenaria en relación con un «affaire» que tuvo con la hija política de un riquísimo industrial y, sobre todo, sus divergencias con el ministro de Aviación Italo Balbo (132). Mussolini, como todo el mundo sabe, siempre sentía celos de cualquiera que pudiera hacerle sombra. La fama y el prestigio ganado por Balbo con su viaje de Roma a Río de Janeiro, en 1931, le parecían excesivos, así que en 1933, Mussolini quiso alejarlo y lo nombró gobernador de Libia. Malaparte pensó que podía hacer a Balbo lo mismo que había hecho a Farinacci en 1926 y le acusó a él y asimismo al direc-

---

(129) *Ibid.,* pág. 6.

(130) Malaparte: *Kaputt,* Nápoles, 1944, págs. 171 y 172.

(131) Malaparte: *Technique du coup d'Etat,* págs. 160, 163 y 170.

(132) Franco Vegliani: *Malaparte,* Venecia, 1957, pág. 86.

tor del periódico *Il Corriere Padano,* Nelo Quilici, de conspirar para derrocar a Mussolini. Balbo insistió tanto sobre Mussolini que éste, finalmente, no pudo menos que ordenar la detención de Malaparte.

Oficialmente, el escritor fue condenado a cinco años de confinamiento por «actividades antifascistas en el extranjero». De todos modos, el trato que recibió durante *il confino* no fue ni mucho menos tan malo como él presumiría posteriormente. En un principio fue enviado a la isla de Lipari, donde se le permitió vivir con su amante y al cabo de un año su protector y amigo el conde Ciano, yerno de Mussolini, se las arregló para que fuera transferido a Isquia y después a Forti de'Marmi, donde se le permitió escribir artículos para *Il Corriere della Sera* bajo el seudónimo de *Cándido.*

Pese a la amenaza de detención y a las sospechas que pesaban sobre él, el antifascismo de Malaparte después de su vuelta del destierro siguió siendo más que dudoso. En 1937 consiguió fundar una revista que recibió el título de *Prospettive,* en la cual se combinaban frases de alabanza al régimen y artículos dedicados a destacar el heroico papel de los fascistas italianos que combatían en la guerra civil española, acompañados de narraciones cortas, crítica artística y literaria de verdadero alto nivel. Para Malaparte, *Prospettive* cubría un hueco existente en una generación nueva que debía abrirse paso. «La Era Alejandrina de Europa ha terminado», escribió en uno de sus últimos números, en 1940. «(Y ésta, desde luego es nuestra era.) Estamos comenzando a apestar. Afortunadamente apestamos todos y nuestro único consuelo es que no todos apestamos del mismo modo. Algunos están más muertos que otros. Algunos apestan más que otros. La única conclusión a la que podemos llegar de toda discusión sobre la literatura contemporánea italiana y europea es que nuestra generación ha terminado su tarea. Fue una misión muy importante, pero ha terminado» (133).

* * *

La elevación del duce sobre el Partido Fascista y el Gran Consejo, fue confirmada por la reforma de la Constitución en 1926. En los años siguientes aún ascendió más alto. Mediante leyes aprobadas en diciembre de 1928 y diciembre de 1929, se le dio forma legal a su dictadura y, sabiendo que sólo él mantenía unidas las múltiples formas del fascismo, buscó alturas aún mayores, más allá de todas las posibilidades prác-

(133) *Prospettive,* núms. 6 y 7, 1940.

ticas de poder temporal, hasta convertirse en un ídolo, alabado día y noche en la radio, en la prensa, en todos los libros de texto de las escuelas. Se mantenía totalmente alejado de la realidad de la opinión pública, escuchando sólo las alabanzas de los altos funcionarios fascistas. Antaño buen conocedor del carácter de las personas, llegó a elegir como colaboradores a verdaderos psicópatas. Aun cuando no hay una secuencia lógica de acontecimientos que vaya de su triunfo en Etiopía hasta su acercamiento a Alemania, que comenzó en 1936, el deseo de Mussolini de conseguir una alianza con Hitler puede considerarse como la consecuencia de una megalomanía que hubiera resultado de todo punto impensable en los días en que el duce era un político audaz y retorcido.

Los puntos de vista que Malaparte expresó en *Technique du coup d'Etat* sobre Hitler, eran ampliamente compartidos en Italia. La personalidad del Führer era considerada ridícula, sus gustos sexuales sospechosos, su antisemitismo enfermizo; d'Annunzio, en una carta dirigida a Mussolini, lo describía como «un payaso feroz» de «conducta innoble» (134). Pero en lo que más influyó la amistad germano-italiana fue en los grandes y solemnes desfiles con asistencia obligatoria organizados por Achille Starace, el secretario del Partido, que había quedado encantado por sus visitas a Alemania. Su deseo era abolir la costumbre de tomar el té por la tarde, el uso del sombrero de copa, del cuello duro, las polainas o botines, los pantalones a rayas y los trajes de etiqueta, así como sustituir el *lei* por el «más viril» *voi* y obligar a los italianos a emplear el paso de la oca, que Starace llamó el paso italiano.

La admiración por la Alemania nazi quedó restringida originalmente a un grupo de hombres concentrados en torno a Farinacci y al napolitano Giovanni Preziosi. Después que Farinacci fue desposeído de su cargo de secretario del Partido empezó a luchar por conseguir un régimen más vital y violento. Por su parte, Preziosi, un antiguo nacionalista y director de *La Vita Italiana,* era uno de los pocos italianos sinceramente antisemitas (135). Él y Farinacci veían con satisfacción las ideas nacionalsocialistas. Poco después de 1933 comenzaron a lanzar una campaña an-

---

(134) De Felice: *D'Annunzio e la vita politica italiana,* págs. 30 y 31.

(135) Al parecer Preziozi desarrolló su convencimiento de que los judíos eran los responsables de los males del mundo después de una visita a los emigrantes italianos en los Estados Unidos que realizó en 1905. Atribuyó la miseria de estos emigrantes a la crueldad y rapacidad de los judíos de Nueva York. Véase R. De Felice, *Giovanni Preziosi e le origini del fascismo 1917-1931,* Milán, 1962.

tisemítica en unión del director de *Il Tevere,* Telesio Interlandi. Pero encontraron una débil respuesta en Italia, donde era condenado, generalmente, el trato que Hitler daba a los judíos. Los 45.000 judíos italianos no sólo estaban perfectamente asimilados, sino que además habían luchado valientemente en la Primera Guerra Mundial y en Etiopía; varios de ellos ocupaban altos cargos en el Ejército y el Gobierno. No obstante, después de 1936 la campaña antisemita llegó a contar incluso con el apoyo del propio Mussolini. «Lo que más me entristece», escribió el crítico Ugo Ojetti en su Diario en el mes de agosto de 1938, «es esta apariencia de copiar, o mejor dicho, de obedecer a los alemanes en todo: el paso romano, la persecución de los judíos. No hay un camino mejor para hacer impopular a Alemania» (136).

Fue en esos momentos cuando los italianos empezaron a volverse, tímidamente, contra el régimen; y lo hicieron de una manera gradual, silenciosa, pero inexorable. El fascismo había sido una etiqueta con la cual habían estado en condiciones de abrirse paso hasta conseguir importantes logros nacionales. Había significado la gloria de Italia, la afirmación de Italia como gran potencia. Cuando Hitler fue proclamado canciller en 1933, los italianos vieron con satisfacción el modo despreciativo como lo trató Mussolini; el que éste ordenara la movilización de las tropas del Brennero, después del asesinato de Dollfus, fue un gesto del que todos se sintieron orgullosos. Pero las leyes antisemitas significaron que Mussolini estaba cambiando su postura con respecto a Hitler. No se trataba simplemente de admiración hacia «el cabo de Bohemia», sino que Mussolini estaba aceptando órdenes del «cabo». A medida que la centralización del poder continuaba, que crecía la fuerza de la OVRA, se fue haciendo más difícil para el individuo expresar su disgusto por el giro que estaba dando el fascismo. Resultaba humillante. Pero no había alternativa posible. Los italianos tuvieron que esperar que fuera el propio Gran Consejo el que eliminara a su jefe en 1943 y que el rey ordenara su detención. Excepto en lo que se refiere a una pequeña minoría y a los intelectuales a los que me estoy refiriendo, el antisemitismo de Mussolini le hizo perder el apoyo popular que había alcanzado su cima cuando la invasión de Etiopía.

Las primeras leyes antisemitas fueron aprobadas por el Gran Consejo en octubre de 1938. Habían sido adelantadas frívolamente por Mussolini para complacer a Hitler. No tenía la menor excusa puesto que realmente los alemanes no ejercieron la menor presión sobre él hasta que

(136) U. Ojetti: *I Taccuini 1914-1943,* Florencia, 1954, pág. 495.

ocuparon Italia en 1943 (137), y el duce era uno de los pocos políticos por los que Hitler sentía respeto suficiente para permitirle realizar la política a su antojo. Su creencia era que había tan pocos judíos en Italia que la discriminación contra ellos era un medio barato de satisfacer una de las aspiraciones de Hitler y los demás miembros del Gran Consejo se mostraron de acuerdo con él. Sólo tres de ellos, De Bono, Federzoni e Italo Balbo, votaron contra dichas leyes; también protestó el rey, y el papa manifesto su desacuerdo.

De acuerdo con las medidas de octubre, los judíos extranjeros tenían que ser deportados de Italia, mientras que a los judíos italianos se les prohibía ir a la escuela y alistarse al Partido Fascista o al Ejército. Subsecuentemente, se les prohibía a los judíos el ejercicio de la mayor parte de las profesiones liberales, así como tener sirvientes arios y poseer tierras u otras propiedades; en 1942 se dictaron otras leyes que decretaban su internamiento o que fueran enviados a trabajar en las fábricas o en la construcción de carreteras y otras obras públicas. Las autoridades tendían a ser lentas en la aplicación de estas medidas. En muchos casos, los judíos expulsados de las escuelas podían tomar lecciones de curas o maestros. Se procuró no enviar a los judíos extranjeros a países ocupados por los nazis alemanes; Bochini hizo todo lo que estuvo en sus manos por asegurarles pasaje a Palestina; y durante la guerra los soldados italianos en los territorios ocupados por los alemanes hicieron lo imposible para proteger a los judíos contra los nazis.

El antisemitismo no formaba parte integral de la doctrina fascista. En Italia, el mito nazi de superioridad racial se correspondía con el mito de los derechos de las naciones «jóvenes», «proletarias», contra las «viejas» y «plutocráticas». Ése fue el mito con el que los sindicalistas revolucionarios y los nacionalistas justificaron la intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial, y sería también el mito usado por Papini para justificar su entrada en la Segunda Guerra Mundial. Por lo demás, si nos basamos en la filosofía actualista de Gentile sobre el fascismo, éste era una ideología abierta a todo el mundo que creyera en ella. Hemos de admitir que en sus primeros escritos Ardengo Soffici asoció a los judíos con el socialismo; Malaparte, también, habíase esforzado en demostrar que él no sólo era ario sino que además no simpatizaba con los judíos; hemos de admitir, también, que la prensa fascista, en varias ocasiones,

---

(137) Una razón subsidiaria, pero igualmente insatisfactoria, fue el deseo de Mussolini de establecer una «conciencia racial» en las fuerzas italianas en Etiopía, que en esos tiempos se encargaban de copular con las mujeres abisinias.

había expresado la tradicional desconfianza con respecto a las finanzas internacionales judías; pero hasta 1936, la mayor parte de los varios fascismos existentes en Italia, no había adoptado una postura con respecto a los judíos, y la prueba de la absurdidad de atribuir antisemitismo al fascismo, la tenemos en la oposición que encontró en dos de los fascistas mejor situados, Marinetti y Gentile. En 1938, al enterarse que Hitler quería incluir el futurismo en una exposición de «arte degenerado», que debía situarse en un vagón de ferrocarril y recorrer toda Europa, Marinetti convenció a Mussolini para que negara la entrada de dicho tren en Italia, y en diciembre de ese mismo año protestó contra las medidas racistas. «Me pregunto con perplejidad creciente», se quejó en su revista *Artecrazia,* «de si no es a usted, en lugar de a los judíos, a quien esos autores de la campaña desean eliminar. A usted y a los pocos, muy pocos, fascistas genuinos de la primera hora que aún siguen en circulación y que se oponen hambrientos y desinteresados, a la marcha triunfante de incontables oportunistas y aprovechados del momento» (138).

La perspectiva de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial como aliada de Alemania, significó una nueva indicación de la supeditación de Mussolini a Hitler. Los informes de la policía sobre la actitud nacional con respecto a la guerra eran una buena indicación de la profunda reluctancia que sentían los italianos por la guerra en 1939. Esa postura negativa sólo fue ligeramente aliviada ante la perspectiva de una rápida victoria en 1940 (139). La mayor parte de los italianos temían que Alemania no vacilaría en imponer su voluntad sobre su aliado más débil. Los pocos que se mostraban partidarios de la intervención, lo hacían antes que nada para conservar la reputación de su país: «Teníamos que confiar en la guerra para salvar nuestra reputación y nuestra seriedad», observó Ugo Ojetti en agosto de 1939, «éramos como aquellos bergantes que hace treinta o cuarenta años eran avisados por sus padrinos que tenían que batirse en duelo a toda costa para conservar su buen nombre y poner fin a una serie de murmuraciones mal intencionadas» (140).

Mussolini entró en la guerra en junio de 1940 convencido de que los alemanes ya la tenían ganada y pensó por lo tanto que estaría en condicio-

---

(138) Este número de *Artecrazia* fue prohibido por la censura. Véase R. De Felice: *Storia degli Ebrei italiani sotto il fascismo,* Turín, 1962.

(139) Alberto Aquarone: *Lo spirito pubblico in Italia alla vigilia della seconda guerra mondiale,* en *Nord e Sud,* enero 1964, págs. 117 a 125.

(140) Ojetti, obra citada, pág. 513.

nes más ventajosas de tratar con ellos si lo hacía como aliado que como espectador simpatizante. Una vez que Italia estuvo definitivamente comprometida, surgieron los antiguos conceptos de la lealtad, como, por ejemplo, en Marinetti, que en 1942 se incorporó a su regimiento en el Don. Giovanni Papini era un seguidor más reciente del fascismo. Ex director de *La Voce* había nadado en las aguas del nacionalismo, del futurismo y del pragmatismo antes de convertirse en un ferviente católico. En un principio desconfió de Mussolini, pero a principios de la década de los treinta sintió entusiasmo por él y después de ser elegido miembro de la Academia, se convirtió en uno de sus más ardientes admiradores. En su apelación a Italia para que entrara en la Segunda Guerra Mundial, *Italia mia,* calificó al fascismo como «la última batalla para la independencia espiritual de Italia». «Nos quitó de los hombros las vestiduras que nos caían mal, quemó las máscara que cubrían nuestra faz real; restauró los principios en los cuales se basaban nuestras antiguas repúblicas aristocráticas y nuestros dominios: la autoridad del Estado y la unidad de mando» (141).

Según Papini la guerra reuniría a Europa con Italia a su cabeza. Llegaba a esta deducción del hecho de que Italia era, indiscutiblemente, el país más completo del mundo. «A todos los demás países les falta algo. A Inglaterra le faltan la escultura y la música; Francia carece del espíritu de la invención mecánica; a Rusia le falta la filosofía; a España la habilidad política, y así las demás. A Italia no le falta nada, absolutamente nada de lo que constituye la grandeza y la fortaleza de la mente humana» (142). Pero, además, la guerra era una lucha entre países ricos y pobres, decía Papini repitiendo los puntos de vista nacionalsindicalistas de 1914: «Inglaterra, que es la suprema representación de la comunidad internacional para la explotación del planeta, no tiene sentimientos europeos ni intenciones europeas y siempre se ha opuesto a todo esfuerzo para agrupar las naciones en un esfuerzo tendente a esa unidad. Así, si Italia lucha, lo hace contra la hegemonía británica; no lucha por sí sola, sino para el bien común de Europa... Esta guerra es contra la repulsiva comedia democrática, contra la dominación plutocrática, contra las fuerzas corrosivas de la masonería y del espíritu judaico, contra la última degeneración y putrefacción del romanticismo... Una guerra de las naciones trabajadoras contra las naciones ricas, de los revolucionarios contra los

(141) G. Papini: *Italia mia,* Florencia, 1941, pág. 48.

(142) *Ibid.,* pág. 152.

conservadores, de los buenos europeos contra los cosmopolitas, de las naciones compactas contra las naciones moleculares; del futuro contra el pasado. Y finalmente, para nosotros, también una guerra nacional» (143).

Alemania le había ofrecido a Italia: Niza, Córcega, Túnez y la Saboya en el caso de victoria, de modo que la guerra significaba la última etapa del Risorgimento. «Quienquiera que no piense que Italia está luchando por una causa justa y por su existencia», concluye Papini, «quienquiera que no piense que Italia debe vencer a toda costa y vencerá, es indigno de ser llamado italiano... desprecia a su madre, traiciona a sus hermanos y se alía a los países enemigos» (144).

En 1941 Italia pierde su imperio y en julio de 1943, Sicilia cae en poder de los aliados. El 25 de julio, 19 miembros del Gran Consejo aprobaron el voto de desconfianza a Mussolini presentado por Dino Grandi. Mussolini fue detenido y el rey pidió al mariscal Badoglio que formara un nuevo Gobierno. El fascismo había terminado repentinamente. El gozo general con que los italianos recibieron la noticia es la mejor indicación de lo superficial que era la atracción ejercida por el régimen. Con alivio la gente se volvió a sus antiguas fidelidades: los católicos al papa, los monárquicos al rey. El jefe de la agencia de Prensa fascista, el senador Morgagni, se suicidó, dejando una nota en la que expresaba su tristeza por la caída de Mussolini, que fue considerable risible y excéntrica.

Exactamente seis semanas después de la detención de Mussolini, el 8 de septiembre, el Ejército italiano se rendía incondicionalmente a los británicos y a los norteamericanos y los aliados desembarcaron en Salerno, mientras que el comandante en jefe de las fuerzas alemanas, el mariscal Kesselring ocupaba Roma y Nápoles. El rey huyó a Brindisi con Badoglio, y la inesperada proclamación de un nuevo Gobierno fascista en el Norte, fue seguida de la noticia de la liberación de Mussolini por los alemanes.

La República Social italiana de Salò, como fue llamado el nuevo Estado de Mussolini, se extendía desde la frontera norte hasta las líneas aliadas; Mussolini vivía en Villa Feltrinelli en Gargagno, junto al lago Garda. A primera vista no había nada atractivo en la República de Salò y fueron muy pocos los que se unieron a ella por voluntad propia. La mayor parte de los oficiales italianos que fueron hechos prisioneros por los alemanes después de la firma del armisticio prefirieron seguir en el

---

(143) G. Papini: *Italia mia,* Florencia, 1941, págs. 176 a 186.

(144) *Ibid.,* pág. 289.

campo de concentración antes que firmar un documento que les permitiría regresar a Italia y unirse al Ejército de la República y muchos de los hombres en edad de movilización que se hallaban en Italia a partir de noviembre de 1943 hasta el final de la guerra, se unieron a los partisanos, cuya creciente fuerza en el Norte hacía más precaria aún la existencia de la República y menos deseable la adhesión a ella.

La nueva República, realmente, fue establecida por los alemanes y dos de sus fundadores nominales, Farinacci y Preziosi, representaban al más desagradable de todos los aspectos del fascismo — violencia y antisemitismo —. Sin embargo, la República mantuvo cierta ambigüedad. A distancia es difícil saber hasta qué punto Mussolini era manejado por Hitler. Una vez libre del rey, que había huido a Brindisi, y del papa, que se negó a reconocer la República Social, ¿por qué no volver a los orígenes del fascismo, al fascismo de 1919? Ésa era la esperanza de Mussolini y eso fue lo que llevó a Salò a ex comunistas, liberales y antifascistas como Nicola Bombacci, Edmondo Cione y Concetto Pattinato.

Dispuesto a dar a la República Social un aspecto realmente progresivo, Mussolini redactó el Manifiesto de Verona en colaboración con Nicola Bombacci. Basado en una combinación de la Carta del Trabajo de 1927 y del programa fascista de 1919, el manifiesto era un intento de introducir una forma efectiva de corporativismo. Se proclamó la República; ningún ciudadano podía ser mantenido en arresto por más de una semana sin una orden especial de las autoridades judiciales; la propiedad individual ganada con el esfuerzo propio era reconocida, los servicios públicos nacionalizados y los sindicatos laborales se fundirían en una Confederación General del Trabajo. El objetivo de Italia era crear una comunidad europea que protegiera el Continente contra las intrigas de los británicos, del capitalismo mundial y de la plutocracia. «Los miembros de la raza judía» eran calificados de «extranjeros», «durante esta guerra tienen nacionalidad enemiga».

Fue la aparente pureza del nuevo fascismo lo que atrajo al ex futurista Ardengo Soffici. Hacía mucho tiempo ya que venía quejándose de los oportunistas corruptos que habían apartado al fascismo de su curso original, y en enero de 1944, Galeazzo Ciano y otros cuatro miembros del Gran Consejo que (145) habían votado contra Mussolini en julio de 1943, fueron ejecutados en Verona por demanda del nuevo secretario del Partido Pavolini. La eliminación de Ciano, representante indudable de una de las ramas más corrompidas del fascismo, fue lamentable en

(145) De Bono, Pareschi, Gottardi y Marinelli.

sí, pero desde el punto de vista de Soffici significaba que Mussolini podía comenzar de nuevo.

Con gran ingenuidad, Soffici creía sinceramente en la importancia de la libertad, por lo que se había mostrado muy resentido por la actitud intrusista y dominante adoptada por Marinetti con respecto a sus compañeros futuristas en 1914. Se dio cuenta, también, que el fascismo se había convertido en una fuerza opresora y su opinión sobre la invasión soviética de Finlandia en diciembre de 1939 desplegó una aceptación de mala gana de «la lógica de la situación». «El ataque ruso a Finlandia», anotó, «me parece una consecuencia lógica de los hechos anteriores. Menos lógica es la actitud de la prensa fascista. Puede haber muchas razones para mostrar nuestra aversión a la Unión Soviética y nuestra simpatía sentimental hacia esa pequeña nación que se defiende de modo tan heroico... Pero la ideología fascista es tal que esa piadosa compasión por la pobre e inocente Finlandia, una pequeña nación que ha sido atacada, está en un completo y absurdo contraste con esta ideología. La Italia fascista, que se proclama antidemocrática y antiliberal, debe darse cuenta que con el fin de la democracia y del liberalismo, terminan también los derechos de las naciones pequeñas a seguir siendo lo que fueron bajo tales regímenes. Si los derechos individuales deben ceder ante el Estado autoritario y totalitario, los derechos de las naciones pequeñas deben ceder, también, ante los intereses vitales y las necesidades de las grandes potencias. Fue basándonos en ese concepto por lo que invadimos Albania» (146).

El escepticismo, «el realismo» con que Soffici aceptó lo que él consideraba era el curso inevitable de los acontecimientos es similar a la actitud que algunos colaboradores franceses mantuvieron con respecto a los alemanes: los alemanes habían vencido, las naciones grandes habían conquistado a las más pequeñas, todo eso entraba dentro de la lógica de la historia y toda resistencia sería tan inútil como absurda (147).

Soffici siempre mantuvo una completa confianza en el Duce. En su Diario, Corrado Álvaro registra una entrevista con él y Papini (148) en

---

(146) Soffici-Prezzolini: *Diario, 1939-1945*, Milán, 1962, págs. 51 y 52.

(147) Véase el capítulo dedicado al fascismo en Francia.

(148) Papini no se adhirió a la República Social de Salò. Su negativa a definirse fue condenada tanto por los partisanos como por los fascistas. En mayo de 1944 escribió en su diario: «Antes de 1914 me quejaba de la mediocridad de la época y del embotamiento burgués de los acontecimientos. Estos últimos treinta años han completado y castigado mi demanda de excitación. Sucesos que ni siquiera un loco hubiera osado imaginar en su locura son hoy historia diaria; la faz

la mansión de este último en Florencia, en cuya ocasión Soffici observó con la mayor candidez: «Dado que no hay razón para suponer que Mussolini esté loco, ciertamente nos conducirá a la grandeza; naturalmente, si estuviera loco nos llevaría a la ruina (149).

En septiembre de 1939, Soffici confirmó su fe en Italia y en el fascismo. «Italia no puede permanecer humillada. Nada puede detener su ascenso, al que creo está destinada históricamente» (150). La breve experiencia del Gobierno del mariscal Badoglio en agosto de 1943, parecía ser una prueba irrefutable de las cualidades del fascismo, es decir, del fascismo en su forma más noble. «En la prensa y en los actos del nuevo Gobierno continúa la base envenenada, antifascista, derrotista y vengadora. El resultado es un inexplicable disgusto y una reacción espiritual en favor del régimen anterior; se maldicen sus errores y defectos, naturalmente, pero se señala que el nuevo Gobierno simplemente se está limitando a repetirlos en sentido opuesto. Mussolini tenía la idea de una Italia grande, generosa, heroica y trató de ponerla en práctica. Esa idea fue traicionada por sus hombres; fue derrocado, secuestrado y reemplazado por esos monigotes débiles incapaces de hacer lo que él hizo y determinados a arruinar a Italia ideológica, política e históricamente» (151).

El 28 de noviembre, Soffici escribió un artículo en *Il Corriere della Sera* subrayando la importancia de la vuelta a los orígenes del fascismo, repitiendo la idea de Papini de las naciones pobres luchando contra los plutócratas y afirmando la necesidad italiana de ampliar su territorio. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que Soffici se desilusionara. Había confiado en que Mussolini le concedería a la prensa cierto grado de libertad. En vez de ello, el nuevo Partido Fascista resultaba más dogmático que nunca. Pavolini dirigió las expediciones de castigo más brutales por toda la República. El ministro del Interior Buffarini-Guidi, aún más corrupto que Ciano, se hizo con una enorme cantidad de dinero «arianizando» a sus amistades judías y permitió que se desarrollara una red de organizaciones policíacas autónomas, algunas de las cuales torturaban, por vez primera en la historia del fascismo italia-

---

y espíritu del mundo están cambiando en un remolino infernal. Y, como si el destino estuviera dando réplica a mi manía juvenil, en ninguna otra parte del mundo es la tragedia más aguda y desesperada que en Italia» (G. Papini, *Diario,* Firenze, 1962, pág. 187).

(149) C. Alvaro, obra citada, pág. 272.

(150) Soffici-Prezzolini: *Diario, 1939-1945*, Milán, 1962, pág. 43.

(151) *Ibid.*, pág. 197.

no, con un sadismo propio de la Gestapo. «La libertad», concluyó Soffici en junio de 1944, «está en el origen de toda nación y es la aspiración más querida del hombre... Un pueblo sin libertad no es un pueblo vivo es un mero populacho» (152). También expresó una admiración de mala gana hacia Stalin como la que encontramos en los escritos de Drieu La Rochelle: «La locuacidad de Roosevelt y de Churchill, la forma y la sustancia de sus discursos, incrementa de continuo nuestro respeto por Stalin. Respetamos a Stalin con toda seriedad, su simplicidad, su calma, la energía con que va a donde quiere... Tiene a su pueblo luchando con el estilo propio de una tragedia clásica... Lo cierto es que los rusos han luchado con el espíritu de un pueblo que ha realizado plenamente su revolución... Si el Eje no ganara la guerra la mayor parte de los más leales fascistas se pasarían al comunismo y formarían bloque con él. En ese caso allanaríamos el abismo que separa a las dos revoluciones. Un proceso de intercambio e influencia recíproca, conduciría a la fusión fatal» (153).

* * *

Unos pocos italianos de prestigio se adhirieron a la República de Salò por razones personales: Graziani aceptó el mando supremo del Ejército republicano principalmente porque odiaba a Badoglio; el periodista Luigi Barzini se mostró conforme con dirigir la agencia de Prensa fascista, la Agencia Stefani, por gratitud hacia Mussolini (154). Quizá la figura más patética de esos últimos meses del fascismo italiano

---

(152) *Italia e Civiltà*, 23 de junio de 1944; véase, también, Carlo Frankovich: *La Resistenza a Firenze*, Florencia, 1961.

(153) *Italia e Civilità*, 17 de junio de 1944.

(154) En 1940 su hijo Luigi Barzini junior, después de una tumultuosa reunión en la Embajada británica, según se dice, comunicó a miembros de la Embajada que el servicio secreto italiano conocía la clave empleada por los británicos en sus mensajes y que los descifraba. Dudando de si creerlo o no, la Embajada decidió enviar un mensaje informando de la indiscreción de Barzini; si los italianos conocían la clave, lo detendrían, como en efecto sucedió, porque el joven Barzini había dicho la verdad. Barzini fue encarcelado y sólo se libró de la pena de muerte por favor personal de Mussolini a su padre; véase *Dovrebbero schiaffeggiarsi almeno una volta al giorno*, en *Il Secolo*, 2 de septiembre de 1962. En tales circunstancias, Barzini, padre, difícilmente podía rehusar la petición de Mussolini de dirigir la *Agencia Stefani*, aunque jamás puso el pie en el edificio de ésta. Su otro hijo murió en Buchenwald, cuando las tropas italianas fueron deportadas a Alemania después del armisticio de Badoglio.

siguió siendo la de Giovanni Gentile. En el verano de 1943, un mes antes de la detención de Mussolini, Gentile fue uno de los varios intelectuales a los que se les pidió que dirigieran un llamamiento a la nación. Él fue el único que aceptó. El día 24 de junio, desde las escaleras del Campidoglio en Roma, pronunció su *Discorso agli italiani,* una llamada al patriotismo y a la fe en la victoria.

La noticia de la detención del duce fue un duro golpe para él, pero aunque sentía que Mussolini había sido traicionado por los suyos, su lealtad estaba en primer lugar con el rey. Cuando Leonardo Severi, que había sido su secretario en 1922 fue nombrado ministro de Educación por Badoglio, Gentile le dirigió una carta de felicitación. Severi le contestó privadamente dándole las gracias, pero al mismo tiempo escribió al *Giornale d'Italia,* en la que decía que no quería tener nada que ver con un hombre que había servido a los fascistas. Gentile, indignado, presentó su dimisión como director de la *Scuola normale superiore* en Pisa y del Instituto italiano para el Oriente Medio y Lejano, y se mudó a Florencia para ocuparse de su editorial, Sansoni, determinado a no tener nada más que ver con la política. Como consecuencia de la carta de Severi a *Il Giornale d'Italia,* los fascistas, por Radio Munich, lo acusaron de haber intentado colaborar con Badoglio.

Queriendo rodearse de elementos moderados capaces de oponerse a las presiones ejercidas sobre él por sus seguidores extremistas, como Farinacci y Pavolini, Mussolini quiso nombrar a Gentile presidente de la nueva Academia que se fundó en Florencia. En noviembre logró convencerlo de que fuera a Gargnano. Gentile encontró al duce muy envejecido, enfermo y humillado por las semanas pasadas en la cárcel. Fue por piedad, afecto personal y la esperanza idealista de ser capaz de evitar la guerra civil inminente, por lo que aceptó la presidencia de la Academia. En diciembre escribió en *Il Corriere della Sera* deplorando la violencia de los fascistas y de los partisanos. En la redacción de su revista *La Nuova Antologia* trató de dar cabida a partidarios del Gobierno y a antifascistas, «en tanto que sean italianos leales y sinceros». Giovanni Preziosi le acusó de proteger a los judíos y se reanudaron en Radio Munich los ataques contra él.

Gentile se hacía pocas ilusiones sobre el nuevo régimen. El historiador Gioacchino Volpi, lo visitó en 1943 y le dijo que seguía fiel al rey. Gentile pareció asombrado y asustado. «¡No siga, no siga!», le suplicó Gentile. «No deseo verme confuso». Exactamente igual que resultaba importante para Gentile seguir creyendo en su fascismo ideal, no era esencial para él creer en el poco probable hecho de una victoria militar

italiana. «Deseo que Italia resucite con honor», le escribió a su hija. «Quiero que mi Sicilia, a mi muerte, sea la Sicilia italiana en la que nací y donde mis padres están enterrados... Quedarse en casa y esperar es el único camino ante tan comprometidos acontecimientos. Debemos marchar de acuerdo con los dictados de nuestra conciencia. Eso es lo que prediqué toda mi vida. No puedo renegar de ello ahora que estoy a punto de morir» (155).

Ugo Ojetti, obligado a permanecer en cama en su villa de Florencia, que tenía una hermosa vista sobre el Duomo, vio a los aliados como un ejército de vándalos a punto de destruir cada monumento de Italia. «Cada mañana, tan pronto como abren las ventanas, miro la cúpula de Brunellesco. Está ahí, intacta, como lo estuvo durante durante los últimos quinientos años, y deberá seguir ahí para siempre si América no decide intervenir» (156). Gentile compartía esos pensamientos que le fueron confirmados por los bombardeos aliados de Florencia. Por mucho que odiase a los alemanes, en esos momentos sentía que ellos salvarían a Italia de la destrucción. «Deben estar locos los que no ven que la caída de Roma significará no sólo la destrucción de la capital sino la destrucción progresiva de toda Italia, porque ésa es la lógica de las cosas; y maldecir por ello a los alemanes o al fascismo es infantil. Si el propio diablo estuviera en Cassino y Nettuno en vez de los alemanes, deberíamos igualmente desearle la victoria» (157).

En marzo de 1944, Giovanni Gentile pronunció un discurso en la Academia que presidía en el cual, por vez primera, declaró que consideraba importante que Italia se mantuviera aliada a Alemania. «La resurrección de Mussolini fue necesaria», afirmó, «al igual que cada acontecimiento en la lógica de la Historia. La intervención alemana, no esperada por los traidores, fue igualmente lógica... Debido a ella Italia se halló a sí misma en Mussolini, y fue ayudada a mantenerse en pie por el Führer de la Gran Alemania que Italia desea a su lado... para luchar en la formidable batalla por la salvación de Europa y la civilización occidental, conjuntamente con su pueblo valeroso, tenaz e invencible. Mussolini ha hecho revivir la Italia de Vittorio Veneto... la voz del jefe aún resuena porque es la voz de la Italia inmortal» (158). Un mes

---

(155) Giovanni Gentile: *La vita e il pensiero, IV*, Florencia, 1951, pág. 40.

(156) *Corriere della Sera*, 9 de diciembre de 1943.

(157) Giovanni Gentile: *La vita e il pensiero*, Florencia, 1951, pág. 54.

(158) *Nuovo Giornale*, 20 de marzo de 1944.

después de que pronunciara este discurso, Gentile fue asesinado por orden del Partido Comunista italiano, cuando su automóvil cruzaba la puerta de la verja de su villa.

Gentile murió como mártir de una causa que ya casi nadie más que él veneraba. En cierto modo resultó afortunado para él morir antes de llegar a ver el trágico final del fascismo en la primavera de 1945 y la poco heroica muerte de su fundador y jefe. Pero hubo algo más que se evitó Gentile con su muerte: la prueba más fehaciente de la superficialidad de la influencia del fascismo en Italia. Aparte de las consecuencias de la guerra y de la retórica de antifascismo que sustituyó a la retórica del fascismo, el país resurgió sin verse afectado por el régimen que se había proclamado revolucionario y que estuvo en el poder más de veinte años. No quedó más que muy escasa nostalgia por el hombre que en 1935 había logrado alcanzar una popularidad sin paralelismo en la Historia de Italia. Sus antiguos seguidores incluso llegaron a burlarse y ridiculizarlo y, frecuentemente, buscaron consuelo en otro movimiento revolucionario. Muchos de los jóvenes se unieron a las filas comunistas, mientras que Malaparte, que se las había arreglado para unirse a las fuerzas norteamericanas en el sur de Italia en 1943, después de haberse pasado la primera mitad de la guerra realizando pequeñas misiones de seguridad en los Balcanes para Ciano, o informando como periodista de las fuerzas italo-germanas en el frente del Este, murió en 1957, con la bendición personal del papa, legando su villa de Capri al Gobierno chino.

ALEMANIA

SECCIÓN SEGUNDA

La unificación de Italia y la proclamación de la III República en Francia, sugerían la idea de que el liberalismo había triunfado, al menos temporalmente en esos dos países; pero en Alemania, el año de la unidad nacional, el 1871, había sido precedido por el fin definitivo del Gobierno liberal. El 3 de septiembre de 1866, dos meses antes de la derrota del Ejército austríaco en Sadowa, el Parlamento prusiano garantizaba a Bismarck, por una amplia mayoría, el derecho a imponer impuestos anticonstitucionales, con lo que renunciaba al solo medio que había tenido hasta entonces de controlar la corona prusiana —su derecho a regular los gastos del monarca para fines militares—. El monarca, Guillermo I, con Bismarck y los «junkers» quedaban así libres para gobernar Prusia y después Alemania, sin verse estorbados por el control Parlamentario.

La pérdida de poder del Parlamento se tradujo por una pérdida de interés por el Parlamento. Esto desarrolló una tendencia a evitar responsabilidades políticas, a dejar las decisiones en manos de unos pocos, esos hombres todopoderosos que regían el Estado: Bismarck, Guillermo II y sus ministros, Caprivi y Hohenlohe, después Bülow y Bethmann Hollweg, y, finalmente, el Alto Mando del Ejército alemán. Desde el punto de vista material esto tenía ciertas ventajas. Significaba que algunos hombres que en otras circunstancias hubieran intentado hacer carrera en el Parlamento se concentraron, en vez de en la política, en los negocios o, como el historiador Werner Sombart diría en 1903, en «la vida económica». Esto llevó a un veloz desarrollo económico e industrial sin precedentes en ningún otro país del mundo. «La industria alemana», escribió J. P. Taylor, «fue forzada, como lo era la producción de productos vegetales; expuesta durante siglos al hielo de la desunión y de las reglas absolutistas, de pronto fue introducida en el invernadero del nuevo Reich, que le dio un crecimiento exuberante y antinatural». En 1910, Alemania, con un número de grandes ciudades industriales igual al del resto de toda Europa, era «un caballo de carreras, o más fielmente, una má-

quina de vapor sin control... Adelantada en el desarrollo económico, con una producción de acero doble que la de Gran Bretaña, los productos de exportación alemanes llegaron a los mercados británicos, y la riqueza nacional germana superó a la de Gran Bretaña y a la de Francia. El crecimiento de la población, alcanzó más de sesenta y seis millones de habitantes y más del sesenta por ciento de ellos viviendo en ciudades. Adelantada en armamento... Adelantada en ambiciones políticas...» (1).

En tal superdesarrollo y con la desgana casi general de asumir responsabilidades políticas después de la unificación nacional, descansa una de las razones de los irreales o «escapistas» aspectos del nacionalismo alemán entre 1871 y la subida de Hitler al poder. Pero a eso hemos de sumar otras causas. Hasta 1871, Alemania había sido una colección de Estados y principados independientes, frecuentemente opuestos los unos a los otros y, casi todos ellos, opuestos a Prusia. Para mantenerlos a todos unidos y realizar así su ambición de imponer los «junkers» prusianos al resto de Alemania, se hizo necesario para Bismarck poner en juego el espíritu nacionalista, para conseguir que el mayor número posible de hombres identificaran su propia prosperidad con la grandeza de la nación. Italia estaba en una posición análoga, pero había una gran diferencia entre los dos nacionalismos. Los nacionalistas italianos *podían,* y los más liberales así *lo hicieron,* tener como objetivo de su admiración a figuras como Mazzini que había creído en el racionalismo, la igualdad y la libertad individual. El nacionalismo alemán, por su parte, estaba dirigido *contra* la libertad, igualdad, fraternidad y el racionalismo de los filósofos franceses. En la primera década del siglo XIX, se desarrolló como reacción contra los ejércitos napoleónicos que invadieron el territorio alemán y lo que esos ejércitos representaban era «los derechos del hombre». Los nacionalistas alemanes, deseaban rechazar a los invasores, librar a Alemania de influencias extranjeras (en particular de las ideologías extranjeras introducidas por los franceses) y restaurar viejas tradiciones alemanas.

Dos temas constantes se repetían en el pensamiento nacionalista alemán: uno es el de Führer, el jefe tradicional militar y político (2), y otro el del Reich, una Alemania hegemónica en la Europa Central. Este punto «del Reich», sin embargo, no tiene tanta importancia por lo *que es* sino por *dónde* está, puesto que geográficamente el Reich podía ex-

---

(1) A. J. P. Taylor: *The Course of German History,* Hamish Hamilton, 1945, páginas 124 y 160.

(2) Más adelante volveremos sobre el tema.

tenderse indefinidamente. Fundado por Carlomagno en 800 era, consecuentemente, una institución muy antigua. En su mayor extensión podría considerarse como incluyendo todos los territorios ocupados por minorías de habla alemana en Europa y, desde luego, cubriría Austria y Bohemia. Podía incluir, también, gran parte de Hungría y la mayor parte de Polonia. Incluso podría llegar a regiones tan lejanas como la Transilvania y los Balcanes a costa de los nacionalismos locales (principalmente de los eslavos). Pero un Reich de tales dimensiones era una proposición desprovista de realismo, puesto que resultaría imposible de gobernar.

Una de las «señales» del genio de Bismarck fue el que se decidiera por «la pequeña Alemania». Sólo una Alemania pequeña, se dio cuenta, podía ser regida confortablemente por los «junkers»; el único nacionalismo que Bismarck estaba dispuesto a suprimir para proteger a los alemanes que podían sentirse amenazados por él, fue el de los polacos. Por la convención de Alvensleben, en 1863, aseguró las fronteras de la Prusia Oriental y la amistad de Rusia a expensas de los polacos. Resistió a la tentación de anexionarse Austria, Trieste y Bohemia y no dio la menor señal de alarma ante la legendaria «amenaza eslava» en el Centro y el Sudeste de Europa. La única concesión ante las reclamaciones de los nacionalistas que pedían un Gran Reich fue la anexión de Alsacia y Lorena y la conquista de ciertas colonias en África.

Así el nacionalismo alemán sobrevivió a Bismarck. Pero la idea de la Gran Alemania fue conservada, como un tesoro, por escritores e historiadores a lo largo de la última década del pasado siglo. Siguió constantemente en la mente de muchos de esos intelectuales bajo la República de Weimar, de la que nos ocuparemos seguidamente, y la determinación de Hitler de llevarla a cabo fue una de las promesas que más impresionaron al electorado alemán en la década de los años treinta. Al nivel de política práctica, el Gobierno alemán se comprometió a la realización de la política de la Gran Alemania al decidirse a entrar en la Gran Guerra al lado de Austria-Hungría en agosto de 1914. La declaración de guerra de Austria a Servia significaba el fracaso del sistema de los Habsburgo y era la monarquia de los Habsburgo la garantía de la independencia austrohúngara, que Bismarck evitó con todo cuidado destruir, y que constituía un muro protector contra la expansión alemana en la Europa Central.

Si examinamos los escritos de varios de los intelectuales que apoyaron la entrada de Alemania en la guerra y justificaron la violación de la neutralidad de Bélgica en la creencia de que los ejércitos austrohúngaros y

alemanes estaban defendiendo una tradición cultural de la que dependía su existencia como artistas, hallamos la misma convicción que indujo a los nacionalistas germanos a desprestigiar las invasiones napoleónicas a principios del siglo XIX. Nos referimos a Thomas Mann, no sólo porque expresó admirablemente esta idea tan extendida y que minaría la mera existencia de la República de Weimar desde el principio, sino porque él mismo se decidió a sostener a la República en 1922 tan pronto como se dio cuenta lo que traería consigo el triunfo de los principios que sostuvo antes y durante la Gran Guerra.

Al igual que docenas de otros intelectuales en Francia, Italia e Inglaterra, Thomas Mann dio la bienvenida a la guerra, que a su juicio significaba el fin de un período de complacencia, «un mundo espectral, cadavérico, que ya está superado o que lo estará cuando haya pasado la gran tormenta. ¿No estaba agusanado en su espíritu? ¿No estaba fermentando en su seno la decadencia de la civilización?» (3). La guerra, de acuerdo con el pensamiento de Mann, era un conflicto de ideas: la «cultura» alemana se oponía a la «civilización» de Gran Bretaña y Francia, el arte a la inteligencia, Federico el Grande a Voltaire. La batalla en sí, era esencialmente artística. «Ese principio victorioso, de aspecto bélico, en la organización de nuestro tiempo es el principio básico, la esencia del arte... Fortaleza, precisión, circunspección, audacia, valor frente a la dureza de la batalla o de la derrota; el desprecio por lo que conocemos como "seguridad" en la vida burguesa... el hábito del peligro, una existencia tensa y atenta... todas esas cualidades son, al mismo tiempo, militares y artísticas» (4).

Dos meses después de haber escrito esas líneas, en enero de 1915, Mann terminó un artículo titulado: *«Friedrich und die grosse Koalition»* (5), en el que apoyaba la invasión alemana de Bélgica, señalando la necesidad que tuvo Federico el Grande de violar la neutralidad sajona en 1756 como medida de autodefensa. Dos hombres que se oponían a la guerra respondieron con indignación. Romain Rolland atacó a Mann en *Au-dessus de la mêlée,* mientras que el hermano de Thomas Mann, Heinrich, le respondió con un ensayo sobre Emile Zola. Herido por el deliberado contraste, según Heinrich, de Zola, el defensor de Dreyfuss, con los gobernantes militares de Prusia, Thomas Mann escribiría su *Betrach-*

---

(3) Thomas Mann: *Politische Schriften und Reden, II,* Frankfurt a/M., 1968, página 10.

(4) *Ibid.,* pág. 8.

(5) «Federico y la gran coalición». *(N. del T.)*

tungen eines Unpolitischen, más como respuesta a su hermano que a Romain Rolland.

El libro apareció en 1919 y el caso que Mann situaba en favor de la aristocracia intelectual parece más justificable a la luz del totalitarismo moderno que lo pareció a los demócratas de la República de Weimar. Mann veía en la democracia la participación política obligatoria de todos los individuos y esto, a su juicio, resultaba perjudicial para los artistas. Como anteriormente igualó el arte con la guerra, entonces lo comparaba con la reacción política y oponía el «artista» al «intelectual». «El arte siempre "regresará", será siempre reaccionario. Con perfecta razón siempre fue incluido, como la religión, entre las fuerzas antidemocráticas; el comparar a los artistas con los intelectuales es una falsedad de la democracia. El arte nunca será moral en el sentido político. Nunca será virtuoso; el progreso jamás podrá contar con su apoyo. Básicamente no puede confiarse en el arte, su mayor goce es el irracionalismo más escandaloso; su amor por la "barbaridad" que produce la belleza no puede ser desarraigado. Incluso si se quiere llamar a este amor histérico, antiintelectual, inmoral, hasta el punto de poner en peligro el mundo, sigue siendo un hecho inmortal. Y si uno lo deseara, si uno pudiera extirparlo, se conseguirían dos cosas: librar al mundo de un grave peligro y liberarse del arte» (6). A los ojos de Thomas Mann el artista «reaccionario» era un producto de la «cultura» alemana, mientras que el intelectual era un producto democrático de la civilización. Alemania, campeona del espíritu «artístico» musical, necesita un régimen reaccionario, insistía Mann. Está «completamente convencido de que el pueblo alemán jamás amará la democracia política por la simple razón de que no le gusta la política... Yo deseo una monarquía, un Gobierno razonablemente independiente, pues sólo así queda garantizada la libertad política en las esferas espiritual y económica» (7).

Los escritos políticos de Mann están plenos de contradicciones, las contradicciones implícitas en su propia personalidad. Al proponer una defensa racional del irracionalismo, condenaba al fracaso a todas sus intenciones. E incluso *él* tenía que admitir que tenía mucho de las cualidades de un *Zivilisationsliterat,* para ser capaz de identificarse a sí mismo, con pleno convencimiento, con la pura causa alemana que defendía. Por otra parte se sentía orgulloso de su sangre brasileña heredada de su madre y gustaba de observar en su interior el conflicto entre el

---

(6) T. Mann, *Politische Schriften und Reden, I,* Frankfurt a/M., 1968, pág. 295.

(7) *Ibid.,* pág. 8.

irracionalismo nórdico y el utilitarismo del sur, lo que sirvió de tema a *La Montaña Mágica*. En la época que acabó este libro, en 1924, estaba decidido a apoyar a la República de Weimar; en su caso, al menos, venció Settembrini, el intelectual liberal que trataba de salvar al héroe de Mann, Hans Castorp, de la influencia de Naphta. Pero en lo que se refería a Castorp, la cuestión del triunfo seguía pendiente y si Mann, consciente y racionalmente, se adhería a la República de Weimar, como escritor a nivel artístico, jamás podría resistir realmente a esas fuerzas románticas que él asociaba con Alemania.

* * *

En el verano de 1918, la situación militar alemana aún parecía buena. Los bolcheviques habían firmado el Tratado de Brest-Litovsk, en el mes de marzo, y desde entonces a mediados de junio los ejércitos alemanes consiguieron una importante serie de victorias en el Oeste. Hubo que esperar a agosto para que las fuerzas británicas lograran romper las líneas alemanas en el frente Occidental y a septiembre para la rendición de Bulgaria en el Este. El dictador militar alemán, general Ludendorff, renunció a sus poderes supremos disponiendo la reinstauración de una monarquía constitucional, mostrándose conforme con la necesidad de firmar un tratado de paz con base en los Catorce Puntos del presiden-Wilson. El príncipe Max von Baden fue nombrado canciller constitucional y a principios de octubre el Gobierno informó a la nación que estaba tratando de conseguir la paz.

Las tropas alemanas continuaban en los territorios extranjeros en el Oeste, mientras que en el Este el Tratado de Brest-Litovsk parecía suficiente para asegurar la seguridad del Frente del Este. Al oír la decisión del Gobierno de pedir la paz, un gran número de alemanes creyeron de buena fe que habían sido traicionados. Incluso Ludendorff, que fue el primero en ordenar la iniciación de negociaciones en busca de la paz, pensó que debía reanudarse la guerra, en octubre, cuando se dio cuenta del verdadero significado de los Catorce Puntos de Wilson, que anteriormente no había leído. Pero resultaba imposible mantener esa postura y Ludendorff dimitió el 26 de octubre. Los aliados se negaron a tratar con el emperador Guillermo II y continuaron su avance. En Berlín, el «spartakista» Karl Liebknecht se preparaba para proclamar una República Soviética. El único medio de enfrentarse a esas dos amenazas, el avance de los aliados y la toma del poder por los espartaquistas, era que el Gobierno anunciara la abdicación de Guillermo II y la proclamación de una

República alemana... El día 8 de noviembre, el príncipe Max von Baden anunció la abdicación y al día siguiente Guillermo II partió para Holanda. Ese mismo día el príncipe Max cedió la Cancillería al socialdemócrata Friedrich Ebert, mientras que el otro socialdemócrata que había figurado en el gabinete del príncipe Von Baden, Phillip Scheidemann, se apresuró a proclamar la República alemana en Weimar. Dos días más tarde, el 11 de noviembre, la comisión alemana de armisticio, dirigida por Matthias Erzberger, un diputado del Partido Católico del Centro, llegó a un acuerdo con los aliados para poner fin a la guerra.

En el momento en que se produjo el armisticio la revolución parecía inevitable. El 28 de octubre los marineros se sublevaron en Kiel; los espartaquistas dirigidos por Liebknecht se mantenían en Berlín, y el 8 de noviembre, Kurt Eisner, un socialista independiente (8) se proclamó a sí mismo jefe del Gobierno de la República bávara. El 10 de noviembre, sin embargo, el canciller Ebert se puso de acuerdo con el general Groener, sucesor de Ludendorff como jefe supremo del Ejército, para apoyar al Ejército alemán en sus esfuerzos por restaurar la paz y luchar contra el bolchevismo en el interior del país. Pocos meses después de esta alianza del Ejército con el nuevo Gobierno —una alianza a la que la República de Weimar debió su supervivencia—, el ministro de Defensa, Noske, dio su sanción a los *Freikorps*, cuerpos voluntarios, en su mayor parte formados por oficiales y jóvenes sin trabajo y con afición a la violencia o altos ideales. Su objetivo era frenar la revolución bolchevique en Alemania y luchar contra los rusos, polacos y otros movimientos de independencia surgidos en las fronteras orientales de Alemania.

En enero de 1919, el ejército acabó con la rebelión espartaquista en Berlín y Rosa Luxemburgo y Liebknecht fueron asesinados a manos de un grupo de oficiales. El jefe de Gobierno bávaro, Eisner, fue asesinado por un extremista de las derechas, el fanático conde de Arco, el 28 de febrero. Los trabajadores respondieron con una huelga general; el Gobierno socialdemócrata, presidido por Johanes Hoffman se derrumbó el 6 de abril; en medio de la mayor confusión se proclamó en Munich una república soviética. Pese a las excelentes intenciones de sus ideólogos dirigentes, Erich Mühsam, Gustav Landauer y Ernst Toller, el régimen soviético, muy mal organizado y brutal, fue decisivo para hacer que la burguesía bávara se volviera para siempre de espaldas a las izquierdas. Los comunistas se apoderaron de un buen número de conocidos

---

(8) Los Socialistas Independientes y los «espartaquistas» fueron las únicas facciones del Partido Socialdemócrata alemán que se opusieron a la guerra.

ciudadanos de Munich como rehenes, que cuando Munich fue asaltado por las tropas del Gobierno y los *Freikorps,* a finales de abril, fueron asesinados.

El Gobierno republicano de Alemania hizo todo cuanto pudo por restablecer el orden. No tenía nada de revolucionario. Trató de adaptarse, lo mejor que pudo, al sistema existente —el sistema que había heredado de Guillermo II—. Había conseguido el apoyo del Ejército y se mostró implacable en su lucha contra los alzamientos de las izquierdas. Sin embargo, lo que los nacionalistas no podían perdonar era la proclamación de la República en el momento de la derrota, el que hubiera aceptado el armisticio y la firma del Tratado de Versalles. La admisión de la derrota por la República pasó a ser conocida como el *Dolchtoss,* «la puñalada» (por la espalda) y el régimen quedó asociado con la traición al honor alemán.

El Tratado de Versalles fue firmado por el ministro de Asuntos Exteriores Herman Müller, socialdemócrata, el 28 de junio de 1919. Alemania se mostró conforme con pagar grandes sumas como reparación por los daños causados a las potencias aliadas, se declaró culpable de haber organizado la guerra y entregó sus «criminales de guerra». Perdió sus colonias; entregó Alsacia y Lorena a Francia, la Prusia Occidental, la Alta Silesia y Posen a Polonia y pequeñas áreas de sus territorios a Bélgica. La orilla izquierda del Rhin fue ocupado por las tropas aliadas y el Ejército alemán quedó limitado a 100.000 hombres y desarmado. Finalmente, Alemania hubo de renunciar, de una vez para siempre, a sus esperanzas de unirse con Austria.

Durante un período de tiempo relativamente corto, los intentos de golpe de Estado así como los asesinatos fueron provocados por los nacionalistas. En el mes de marzo de 1920, Ludendorff y un burócrata prusiano llamado Wolfgang Kapp, intentaron hacerse con el poder en Berlín, pero los berlineses respondieron con la huelga general, paralizaron la vida de la ciudad y Kapp fue obligado a dimitir como canciller cuatro días más tarde. Matthias Erzberger, ministro de Finanzas, fue asesinado en agosto de 1921 por dos ex oficiales y, el 1 de junio de 1922, Walter Rathenau, el ministro de Asuntos Exteriores y firmante del Tratado de Rapallo, que ponía fin a los términos del Tratado de Brest-Litovsk y aseguraba la amistad con la Unión Soviética, fue muerto a tiros en las calles de Berlín por miembros del *Freikorps* (9).

La continua agitación nacionalista, la negativa alemana a reducir sus

---

(9) Más adelante nos volveremos a referir al tema.

Ejércitos a los límites estipulados por el Tratado de Versalles y, sobre todo, la negativa alemana a pagar las reparaciones, obligaron a Poincaré, jefe del Gobierno francés, a ordenar la ocupación de la cuenca del Ruhr. En enero de 1923, tropas francesas y belgas ocuparon el principal centro de la industria alemana y, por vez primera, Alemania se vio enfrentada a las consecuencias directas de la derrota. Tropas extranjeras penetraron profundamente en territorio alemán. Esas tropas estaban formadas por soldados franceses, cuya capacidad militar era despreciada por los alemanes, e incluían regimientos de color. El Gobierno alemán ordenó «la resistencia pasiva». Todas las oficinas, las fábricas, los bancos y las minas de la cuenca del Ruhr cerraron sus puertas. Se escribieron inflamados panfletos sobre las atrocidades cometidas por los ocupantes, y comunistas y nacionalistas se unieron en defensa de Leo Schlageter, un terrorista alemán que fue fusilado por los franceses.

Casi todos los alemanes, fuese cual fuese su matiz político, se mostraron fuera de sí de rabia. «Estamos satisfechos de saber que usted recibió nuestras tarjetas desde España», le escribió Thomas Mann a Ernst Bertram en junio, «mucho se ha perdido y esto, al igual que muchos otros graves crímenes, es culpa de los franceses. Un país horrible, horrible, horrible. No puedo decir nada más. Con su mezcla de infame crueldad, que indudablemente tiene tonos sexuales, y la capa de fraseología humanitaria y sentimental exhibida ante los ojos de Europa, ha despertado en mí toda la antipatía impersonal de la que soy capaz y a la que se suma el más terrible disgusto» (10). Y en el mes de noviembre le escribiría a su hermano: «Estamos seguros que los detalles de lo ocurrido en el Ruhr no han sido exagerados sino que están por debajo de la verdad. El furor que ello ha despertado es consolador, más profundo y más extendido incluso que el motivado por Napoleón. No puede preverse lo que va a suceder. Y lo peor de todo es que un fracaso francés, por más que sea deseable, traerá consigo el triunfo del nacionalismo en nuestro país» (11).

Las huelgas en protesta contra la ocupación completaron la destrucción de la economía alemana. Desde el fin de la guerra había venido dándose una inflación en creciente aumento, que alcanzó su punto máximo entre el asesinato de Rathenau y el final de 1923. A comienzos de noviembre la relación del marco con el dólar había pasado de un millón de marcos por dólar, en agosto, a 130 mil millones. «Recuerdo tiempos»,

(10) *Thomas Mann an Ernst Bertram: Briefe aus den Jahren, 1910-1955*, Pfullingen, 1960, pág. 21.

(11) Thomas Mann: *Briefe 1889-1936*, págs. 204 y 205.

comenta Stefan Zweig en sus memorias, «en los que pagaba miles de marcos por un periódico de la mañana y cientos de miles por la tarde... Un billete de tranvía costaba millones, los camiones acarreaban el papel moneda del Reichsbank (12) a los otros bancos y quince días después se encontraban billetes de cien mil marcos en la basura, arrojados por un pordiosero que los despreciaba... El desempleo crecía y los millares de parados forzosos mostraban indignados sus puños a los especuladores y a los extranjeros con sus coches de lujo que compraban manzanas enteras de casas como quien compra una caja de cerillas» (13).

Con la inflación en su punto máximo Alemania, o por lo menos la clase media alemana, se sintió aplastada. «En vez de poner impuestos sobre los ricos», estoy citando a A. J. P. Taylor, «Alemania pagó sus deudas destruyendo los ahorros de las clases media y baja... (La inflación) despojó a la clase media de sus ahorros, convirtió a los magnates industriales en dictadores absolutos de la vida económica alemana... Los ex rentistas comenzaron a sentirse resentidos contra la República, a la que atribuían su desastre; violentos e irresponsables, se mostraron dispuestos a seguir al primer charlatán demagógico. La inflación más que ningún otro factor condenó la República; su causa no fue la política de los aliados sino el fracaso o la incapacidad de imponer impuestos directos sobre los ricos» (14).

Sin embargo, la ocupación del Ruhr y la destrucción de la economía nacional produjeron resultados que no pueden calificarse, de ningún modo, como negativos. En agosto de 1923, el canciller Cuno fue sustituido por Gustav Stresemann, el jefe de los antiguos liberales nacionales y, el 12 de noviembre, éste designó al doctor Hjalmar Schacht como comisionado especial para restaurar el valor de la divisa alemana. Debido en gran parte a instigación británica, se redactó el Plan Dawes; se le concedieron a Alemania préstamos financieros muy sustanciosos por los Estados Unidos; y para el verano de 1924 había concluido la inflación. El Pacto de Locarno garantizaba la inviolabilidad de la frontera franco-germana y de la germano-belga, y los franceses comenzaron, gradualmente, a retirar sus tropas. De 1924 hasta la crisis de Wall Street, Alemania gozó de un período no sólo de estabilidad sino también de prosperidad relativa.

---

(12) El Banco Nacional emisor de moneda. *(N. del T.)*

(13) S. Zweig: *El mundo de ayer,* págs. 236 a 238 (edic. inglesa).

(14) A. J. P. Taylor, obra citada, pág. 196.

* * *

El nacionalsocialismo jugó con los temores y prejuicios de la clase media inferior. Explotó las pérdidas que esta clase sufrió con la inflación, a lo que se sumó el terror ejercido por la República Soviética de Munich. Sin embargo, al principio, la atracción ejercida por el Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo quedó restringida principalmente a Baviera y era aún más pequeño burgués que el fascismo italiano lo fue nunca. Carecía de unos seguidores tan llenos de color como los anarquistas intelectuales del futurismo. Así y por lo que a este ensayo se refiere, una de las diferencias más obvias entre la historia primera del nacionalsocialismo y el fascismo es la singular falta de atractivo que ejerció el nacionalsocialismo sobre los intelectuales. La mayoría de los hombres sobre los que escribiremos a este respecto, aún cuando extremados en su nacionalismo o incluso similares a los fascistas en varios aspectos de sus puntos de vista, no consideraba al nacionalsocialismo como un movimiento de altura.

El programa de veinticinco puntos, redactado en 1920 por Anton Drexler (15), el economista Gottfried Feder y Adolf Hitler, quien después de dejar el Ejército en abril se convirtió rápidamente en la figura más importante del Partido, propugnaba la protección de la clase media, apoyaba la nacionalización de los trusts y las más poderosas compañías, la abolición de las ganancias que no procedieran del trabajo, la confiscación de las ganancias de guerra, la expropiación de las tierras atendiendo al interés nacional, la abolición de las rentas de la tierra y la prohibición de la especulación del suelo. Los grandes almacenes, decía, debían ser municipalizados y arrendados a pequeños comerciantes. En lo que respecta a la política exterior, estipulaba la abrogación del Tratado de Versalles y exigía el desarrollo del programa encaminado a la creación de la Gran Alemania: la unión de Alemania con Austria y el territorio de los Sudetes. Finalmente, deseando captarse a los que habían hecho del antisemitismo, como veremos, más una superstición que un prejuicio, declaraba que los judíos debían ser excluidos de la nacionalidad alemana y de

(15) Anton Drexler, un cerrajero de Baviera, y un periodista llamado Karl Harrer, fundaron el Partido Obrero Alemán en el año 1919. En febrero de 1920, Adolf Hitler, que había sido encargado de la propaganda del Partido, anunció que a partir de ese momento la organización pasaba a llamarse Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP), que sería conocido internacionalmente como Partido nazi.

todo cargo público, y los que habían entrado en el país después de 1914 incluso expulsados. Cualquier inferioridad sentida por la clase media debía ser superada haciéndoles ver que eran arios, miembro de la raza germánica de señores.

Una de las paradojas que surgen de un estudio de la Alemania nazi es la actitud alemana con respecto al antisemitismo. Investigaciones realizadas tanto durante el período del Tercer Reich como después de la Segunda Guerra Mundial demuestran que no todos los miembros del Partido Nacionalsocialista estaban de acuerdo con la política de Hitler para con los judíos. En 1934 seiscientos miembros del Partido Nacionalsocialista enviaron sus autobiografías al psicólogo norteamericano Theodore Abel y el sesenta por ciento de ellos no hacía la menor mención al antisemitismo al expresar las razones que los habían llevado a ingresar en el Partido. Lo que principalmente parecía atraerlos era la idea de un Führer y una Gran Alemania (16). Sin embargo, las consecuencias del odio que Hitler sentía por los judíos y la indiferencia con que los alemanes observaban estas consecuencias, no son un hecho fortuito.

Hablando en términos generales, podemos decir que existían en Alemania dos tipos de antisemitismo. Por una parte se daba un desdén aristocrático y de moda con respecto a los judíos entre las clases altas alemanas en todo el siglo XIX. Aun cuando los judíos sólo eran el uno por ciento, aproximadamente, de la población, su rápida ascensión en el terreno de la ciencia, las artes, los negocios y las profesiones liberales después de que su emancipación legal fue confirmada en 1871, provocó el nacimiento de prejuicios. Desde luego, los propagandistas antijudíos exageraron un poco esta ascensión. Según censos de 1910, 1925 y 1933, «el mayor porcentaje de judíos se daba entre los abogados, que alcanzaban el 16,25 por ciento; entre los médicos el porcentaje era del 10,88; entre los abogados al servicio del Estado (jueces, magistrados y fiscales el porcentaje era sólo del 2,75). El número de judíos en las Universidades era del 2,64 por ciento; entre los maestros de las escuelas elementales y secundarias sólo el 0,53 por ciento. Las cifras en el terreno de la cultura muestran un porcentaje de un 5,61 por ciento entre los dramaturgos, un 3 por ciento entre actores y bailarines, un 2,04 entre músicos y cantantes, un 2,05 por ciento de libreros, 2,44 por ciento de pintores y escultores

---

(16) Véase T. Abel: *Why Hitler Came to Power*, Nueva York, 1938; M. Müller-Claudius: *Der Anti-semitismus und das deutsche Verhängnis*, Frankfurt a/M., 1948; W. S. Allen: *The Nazi Seizure of Power, the experience of a single German town, 1930-1935*, Chicago, 1965.

y un 5,05 por ciento entre los autores y editores (17). Pese a todo ello en el Imperio alemán los judíos ortodoxos eran raramente recibidos en la Corte, no se les admitía en la nobleza (ni siquiera al nivel de *von*), o en los puestos importantes en la política, el Ejército o la vida académica.

Al mismo tiempo existía un tipo aún más siniestro de antisemitismo: el antisemitismo como superstición. La idea de la existencia de una especie de conspiración judía existió en la Europa Central durante siglos, pero fue sólo después de la unificación de Alemania, ese violento despertar de una conciencia nacional, y de la crisis económica subsiguiente, cuando esta idea adquirió el tremendo poder que llegó a alcanzar. La primera indicación de este desarrollo fue la crisis de 1873, que siguió al «boom» de la guerra francoprusiana. En dos sectores de la clase media inferior surgió una ola de resentimiento contra los judíos: entre los artesanos y los pequeños vendedores al por menor. Las inevitables víctimas del veloz avance de la industria alemana y el capitalismo, amargadas e inseguras, contemplaban con envidia a los judíos que tenían éxito tanto en las profesiones liberales como en ciertos aspectos del comercio.

Los comerciantes se vieron animados en sus prejuicios antijudíos, y muchos estudiantes universitarios se convirtieron a ellos al leer los escritos de un cierto número de intelectuales que al no poseer tanta influencia en la política como los intelectuales alemanes estaban acostumbrados a tener, se orientaron hacia versiones extravagantes de la filosofía de la historia. Y al igual que los pequeños comerciantes buscaron un chivo expiatorio al que culpar de la pérdida de su anterior situación. Paul de Lagarde, un orientalista de alta reputación, señaló en sus *Deutsche Schriften*, que apareció en 1878, que los judíos estaban impidiendo la unidad del *Volk* alemán y sólo después de que fueran destruidos «tan rápida y concienzudamente como sea posible», podría ser lograda esa unidad. En 1881, Eugen Dühring, profesor de Ciencias Económicas y Filosofía en la Universidad de Berlín describió a los judíos como el más malévolo de todos los elementos de la humanidad, una raza que llevaba el mal en su propia sangre, como escribiría en su *Die Judenfrage als Rassen- Sitten- und Kulturfrage*.

Tales eran los escritos que robustecían las teorías de los nacionalistas *völkisch*, ese grupo de resentidos, producto de la invasión napoleónica

---

(17) *The Yellow Spot, the outlawing of half a million human beings: a collection of facts and documents relating to three years' persecution of German Jews, deriven chiefly from National Socialist sources, very carefully assembled by a group of investigators,* Victor Gollancz, 1936, pág. 18.

de Alemania, que volvía su mirada hacia un mundo arcaico de campesinos ligados por la sangre y la raza y unidos por su adoración al dios Sol. El regreso a ese mundo soñado por los nacionalistas *völkisch,* dependía de la derrota de los judíos, pues creían que en los judíos estaba el poder del mal que había destruido la sociedad primitiva y feliz de Alemania, en parte por apoyar ciertos símbolos del modernismo tales como el capitalismo, el liberalismo, la democracia, el socialismo y la forma de vida urbana, ciudadana, en todas sus formas, pero principalmente por haber inventado la Cristiandad.

La derrota militar de Alemania, la proclamación de la República de Weimar, la crisis económica y la inflación, la influencia de los judíos refugiados de Rusia (18), todo eso sirvió para incrementar los prejuicios, que hallaron su completa justificación en los *Protocolos de los Sabios de Sión,* publicados en 1920. Este documento era una prueba de la conspiración judía para asegurar el dominio judío del mundo. Mostraba que según un plan judío, toda institución gentil, es decir, no judía, como religión, monarquía, aristocracia, tenía que ser eliminada. La autoridad debía ser destruida por una serie de guerras y crisis económicas. Cuando la resistencia de los gentiles hubiera sido rota, los Sabios de Sión, que ya controlaban muchas organizaciones políticas, surgirían como gobernantes e impondrían el judaísmo como única religión.

En un principio, los *Protocolos de los Sabios de Sión* hallaron crédito en todas partes del mundo. En Inglaterra, tanto *The Times* como *The Spectator* los tomaron en serio, pero un año después de su publicación, el 18 de agosto de 1921, *The Times* publicó un extenso artículo en el que se probaba que los documentos era una falsificación; las dos quintas partes era un plagio de un libro de un abogado francés, Maurice Joly (*Dialogue aux Enfers entre Montesquieu et Machiavel*), publicado en Bruselas en 1864. La falsificación fue llevada a cabo, principalmente, por Pyotr Ivanovich Rachkovsky, uno de los jefes de la *Okrana,* la policía zarista rusa (19). Sólo contados fanáticos antisemitas continuaron creyendo en Inglaterra en la verdad de los protocolos después de esta re-

---

(18) Aquí también la estadística está en desacuerdo con la creencia general y revela que «en vez de cientos de miles de judíos, el total de los que emigraron a Alemania (tanto procedentes de los países del Oeste como de los del Este) entre 1910 y 1925 no excedía de 31.000. Entre los años 1925 y 1933, 9.000 de ellos volvieron a abandonar el país de nuevo». Según *The Yellow Spot,* págs. 17 y 18, obra anteriormente citada.

(19) Norman Cohn: *Warrant for Genocide. The Myth of the Jewish world conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion,* Eyre & Spottswode, 1967.

velación. Uno de ellos fue Lord Alfred Douglas, que había fundado una revista semanal, *Plain English,* en la que expresaba sus puntos de vista antisemitas; otro fue Lord Sydenham. En Francia, Jacques Bainville, de la *Action Française,* sugirió que afirmar que los *Protocolos* eran una falsificación, no probaba nada, mientras que Céline los usaría posteriormente como una fuente importante de inspiración. Pero los que más firmemente siguieron creyendo en la autenticidad de los *Protocolos de los Sabios de Sión* fueron los alemanes. Ludendorff, por ejemplo, mantuvo firmemente su autenticidad. Fueron impresas dos ediciones en el plazo de un mes y alcanzaron un tiraje de 120.000 ejemplares, que se agotaron en un año.

El propio Hitler no era un antisemita tan fanático como Julius Streicher, el director de *Der Stürmer,* o como Alfred Rosenberg, que sucedió al héroe del nacionalsocialismo de primera hora, Dietrich Eckart, como director del periódico del Partido, *Der völkische Beobachter,* en 1923. Éste sentía un odio emocional contra los judíos, que al parecer desarrolló en Viena antes de la Primera Guerra Mundial. También fue en la capital del imperio austrohúngaro donde se dio cuenta de las posibilidades que ofrecía la explotación del antisemitismo que sentía la clase media inferior, y observó con atención los métodos de dos hombres que tendrían gran influencia en su formación política: Georg von Schönerer, el jefe de los nacionalistas pangermanos, y Karl Lueger. Éste, que dijo en cierta ocasión: «Yo decido quién es judío», era un cínico total en su antisemitismo, pero supo hacer tan buen uso de él, que no sólo llegó a ser alcalde de la ciudad de Viena sino también jefe del Partido Cristiano Social, el Partido más fuerte en el Parlamento austríaco.

El odio de Hitler por los judíos era auténtico, mucho más que el de Lueger, pero si tomamos en consideración la más importante de las declaraciones de su ideología, *Mein Kampf,* escrito en 1924, queda en claro que consideraba el antisemitismo, primariamente, como un medio de movilizar a las masas. Desde luego, Hitler también consideraba a los arios como «custodios de la cultura» y afirmaba que era esencial para la supervivencia de la humanidad el que la raza aria fuera protegida y purificada. Creía también que la fuerza negativa del antisemitismo virulento era el mejor medio de despertar el lado irracional de las masas, lo que le permitiría controlarlas. «Quien desee ganarse a las masas debe saber cuál es la llave que abre sus corazones, lo que no se consigue con la objetividad, que es debilidad, sino con el poder y la fuerza... Nuestras masas sólo pueden ser enfervorizadas con éxito, a la par que con la batalla positiva por el alma de nuestro pueblo, si son exterminados sus envenenadores

internacionales... Sin un reconocimiento claro del problema de las razas —y del problema judío— el pueblo alemán jamás podrá resurgir» (20).

Al igual que Mussolini, Hitler sólo tenía un deseo: alcanzar el poder. Durante toda su vida siguió creyendo que el antisemitismo era un buen medio para lograr el poder y un sistema excelente para conservarlo; al menos en esto mostró constancia. En lo que respecta a los otros puntos del programa del Partido de 1920, fue exactamente tan cínico como el duce y, según Baldur von Schirach, el jefe de la Juventud Hitleriana, incluso las ideas del Führer sobre lo que debería hacerse con los judíos eran muy vagas... Unos pocos días antes de que Hitler fuera nombrado canciller, en enero de 1933, Schirach le preguntó: «¿Cómo piensa usted resolver el problema de los judíos una vez consiga el poder?» «¡Ya lo veremos!», le replicó Hitler, y más tarde añadió: «Es demasiado primitivo pensar que yo quiero acabar con ellos. Eso es lo que se le ocurriría a Streicher. Yo lo único que quiero es no tener judíos en la administración del Estado. Podrán conservar sus tiendas y sus negocios, pero deben saber con claridad que tienen que mantenerse al margen de la política y de las cosas oficiales».

«¿Y qué pasa entonces con el programa de nuestro Partido?», le preguntó Schirach. «¿Seguirán siendo ciudadanos alemanes los judíos?»

«Ya nos ocuparemos de todas esas cosas. ¿Qué nos importa el programa de nuestro Partido una vez que estemos en el poder?» (21).

De entre los hombres que tanto hicieron a finales del siglo XIX para fomentar el antisemitismo y elaboraron una doctrina de la supremacía de la raza aria, uno de ellos tuvo la fortuna de encontrarse con Hitler y expresarle personalmente su admiración: Houston Stewart Chamberlain. Su libro *Die Grundlage des neunzehnten Jahrhunderts* (22) que apareció en 1900, tuvo una inmensa influencia en la ideología del nacionalsocialismo. Al igual que Lagarde y Dühring, antes que él, Chamberlain creía que resultaba esencial para el bien de la humanidad que los alemanes se impusieran y triunfaran sobre los judíos. Sólo así podría surgir un mundo nuevo en el cual la tecnología moderna podría combinarse con la cultura tradicional rural y jerárquica de Alemania.

Tan antiinglés como antisemita, Chamberlain se naturalizó alemán,

---

(20) A. Hitler: *Mein Kampf*, Munich, 1938, págs. 370-372.

(21) Baldur von Schirach: *Ich glaubte an Hitler*, Hamburgo, 1967, páginas 164-166.

(22) *Los fundamentos del siglo XIX. (N. del T.)*

pese a ser hijo de un almirante inglés. Asociaba a Inglaterra con un período de su vida en internados y con la decadencia «edwardiana», de modo que en octubre de 1914 escribió a su hermano: «Una Inglaterra victoriosa sería una catástrofe terrible para el mundo entero, y para mí la esperanza de un renacer necesario, moral y político, está en derrotar a Inglaterra» (23). Chamberlain pasó la mayor parte de su juventud y del primer período de su vida adulta en Viena, desde donde se traslado a Bayreuth, donde se casó con una de las hijas de Richard Wagner. Convencido de que la Alemania *völkisch* era el único país capaz de revigorizar a Europa, vio en la proclamación de la República de Weimar una victoria del judaísmo. Poco después de ese desafortunado acontecimiento expresó un sentimiento totalmente compartido por los nacionalistas *völkisch* y el ala antisemítica de los nacionalsocialistas: «Puede sustentarse, sin exageración, que lo que estamos experimentando actualmente en Alemania es la supremacía de los judíos; si los periódicos nos dicen que hay un ochenta por ciento de judíos en el llamado Gobierno, esto no es cierto porque muchos de los restantes veinte son mestizos... La única esperanza de una futura victoria del genotipo germánico está en que los alemanes aprendan de la presente y amarga experiencia a ver el peligro de esta humanidad dual y, con mano valerosa, no maten ni siquiera causen daño a los judíos, pero los coloquen en situación de extranjeros y los excluyan de los servicios públicos. Y todo judío que siga rebelándose, deberá ser expulsado del país de inmediato como se haría con cualquier extranjero indeseable» (24). En 1923, cuatro años antes de su muerte, Chamberlain se entrevistó con Hitler en Bayreuth. Su entusiasmo fue incontenible. «Usted no es como me había sido descrito», le escribió al Führer, «usted no es un fanático. Más bien podría decirse lo contrario. Un fanático quiere persuadir a la gente; usted trata de convencerla... y por eso tiene éxito... Sus ojos tienen manos que capturan a la gente... Y sus manos son tan expresivas cuando se mueven que compiten con sus ojos. Un hombre como usted puede llevar la paz a una pobre alma torturada. Mi fe en Alemania no vaciló nunca, pero debo confesar que mis esperanzas estaban muy debilitadas. Usted ha transformado mi estado de ánimo de golpe. Una Alemania que hace nacer a un Hitler en sus horas de necesidad prueba que aún sigue viva...» (25).

---

(23) Houston Stewart Chamberlain: *Briefe, 1882-1924,* Munich, 1928, pág. 245.

(24) H. S. Chamberlain: *Briefe, 1882-1924, II,* Munich, 1928, pág. 71.

(25) H. S. Chamberlain: *Briefe, 1882-1924, II,* Munich, pág. 124; véase también H. S. Chamberlain: *Lebenswege meines Denkens,* Munich, 1919.

El reducido apoyo intelectual que Hitler consiguió inicialmente, provino principalmente de los nacionalistas *völkisch*, cuya producción artística floreció cuando Hitler subió al poder. Su representante más destacado, al que Hitler concedió una entrevista en 1925, era el poetastro y crítico de Schleswig-Holstein, Adolf Bartels. «Todo el mundo está de acuerdo en que uno de mis mayores méritos», se jactó Bartels en 1925, «es el haber completado la distinción entre alemanes y judíos en la Historia de la Literatura alemana» (26). Y desde luego, Bartels intentó desacreditar a Heinrich Heine, porque «por muy bien que maneje el idioma alemán, y las formas poéticas alemanas, por mucho que sepa de la forma de vida alemana, es imposible para un judío ser un alemán» (27). Aunque el nacionalsocialismo del Norte de Alemania trataba de ser menos reaccionario, menos violento en su antisemitismo que el de los bávaros, el aspecto racial de la política del Partido, en relación con los pueblos de raza germánica, tenía un atractivo curioso para un gran número de paisanos de Bartels. Uno de éstos era el pintor expresionista Emil Nolde. Éste fue el primer pintor alemán que se afilió al Partido Nacionalsocialista, en 1920; fue también el primero en ser proclamado degenerado por el *Kampfbund für deutsche Kultur* de Rosenberg en 1929 (28).

La mediocridad de su producción literaria, su antisemitismo primitivo, su ignorancia y su estrechez de miras, fueron las principales razones por las que los *völkisch* eran considerados con desprecio por las otras ramas nacionalistas. Y este desprecio aumentó cuando vieron que se unían al nacionalsocialismo. En primer lugar se daba el caso de que Hitler no era «un caballero», ni siquiera un alemán; era el hijo de un empleado de aduanas austríaco de poca categoría, y durante el curso de la Primera Guerra Mundial no pudo superar el grado de cabo; era, según dijo Thomas Mann, un «vagabundo extranjero» (29), y en tanto que resultara posible un golpe de Estado, en los primeros años de la República de Weimar, había hombres de gran capacidad que en todos los sentidos eran preferibles a Hitler: oficiales, aristócratas, funcionarios, caballeros, sobre todo caballeros *alemanes*. Había, además, otro factor que hacia a Hitler inaceptable, sobre todo para los jóvenes nacionalistas: su determinación a ocupar el poder al frente de un partido político. Los

(26) *Völkischer Beobachter*, 3/4 febrero 1935.

(27) *Ibid.*

(28) «Federación de Lucha por la Cultura Alemana», organización que cuidaba de acompasar «la cultura» con la ideología nazi.

(29) T. Mann: *Politische Schriften, II*, pág. 258.

nacionalistas más viejos eran más tolerantes con ese aspecto del nacionalsocialismo, puesto que también ellos tendían a formar un partido, el Partido Nacional Alemán. Pero los jóvenes negaban su adhesión a cualquier organización política, la cual por el simple hecho de estar organizada implicaba cierta forma de compromiso con el orden establecido.

* * *

El nacionalismo alemán en su forma tradicional estaba bien representado por un hombre que nació en 1880 y vio en la República de Weimar el derrumbamiento de todo lo que a él le había parecido de valor en la Alemania Imperial. En lo que se refiere a Oswald Spengler, la abdicación del emperador fue seguida únicamente por la anarquía. Como residente en Munich vivió la experiencia desconsoladora de la República Soviética de abril de 1919, y contemplando retrospectivamente este mes de mayo la describiría como «nada más que hambre, pillaje, suciedad, peligro y bribonería sin paralelo» (30).

Antes de proceder a un examen de las ideas políticas de Spengler debemos ojear brevemente la obra que hizo su nombre y su fortuna: *La Decadencia de Occidente*. El objetivo de este libro era ofrecer una «morfología de la Historia, examinar el curso de los ciclos históricos pasados y consecuentemente determinar el futuro basándose en ellos. El revivir de la teoría de los ciclos fue uno de los muchos frutos de la revuelta contra el positivismo. Mantenida por los hebreos, los griegos y los romanos, sustentada por el monje alemán Joachim de Floris en el siglo XII, volvió en las obras de Vico y de Nietzsche. Antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial surgió en los escritos de hombres tales como Pareto, mientras que otras mentes más ligeras, como la de Malaparte, utilizaron la idea de que había llegado el tiempo de hacer revivir los valores heroicos como una justificación del fascismo (31). De acuerdo con Spengler, la historia estaba formada por culturas milenarias que realizaban un ciclo de vida orgánica. Aunque cada una de esas culturas tenían forma distinta de las otras, «la estructura interna de cada una de ellas se corresponde exactamente con las estructuras internas de las otras», lo que hacía posible que el historiador pudiera sacar de ello ciertas conclusiones irrefutables. La fuente original de la historia, por ejemplo,

---

(30) *Spengler Letters* («Cartas de Spengler»), traducción inglesa de Arthur Helps, G. Allen & Unwin, 1966, pág. 80.

(31) Nos referimos ya a éste en el capítulo dedicado a Italia.

era la «vida», irracional e instintiva; en el último estado de decadencia de cada cultura se hacía «civilización», un estado alcanzado por la cultura occidental o «Faustica» después de 1789. Consecuentemente, el Occidente dominado por el dinero y el materialismo estaba condenado. Spengler anunciaba su confianza en que esa etapa final sería la de los Césares, cada uno de los cuales, con su milicia de devotos seguidores, lucharía contra los otros por el dominio y la supremacía mundial, mientras que el resto de la humanidad contemplaría la lucha sin poder hacer nada y sin esperanzas. Los occidentales deben resignarse con este hecho, renunciar a la idea de producir siquiera una gran obra de arte y concentrarse en los logros de la técnica. «Somos civilizados y no pueblos góticos o rococós; hemos de contar con los fríos hechos de una vida *tardía*... Ya no es cuestión para los pueblos de Occidente de pensar en grandes obras de música o pintura. Sus posibilidades arquitectónicas han sido agotadas durante cientos de años. Sólo les han sido dejadas las posibilidades *extensivas*. Pero para una generación vigorosa que está llena de esperanzas ilimitadas, no puedo creer que sea una desventaja el descubrir a veces que algunas de esas esperanzas no llegarán a realizarse... Y sólo puedo confiar en que los hombres de la nueva generación puedan sentirse movidos, por la lectura de este libro, a dedicarse a la técnica en vez de a la lírica, al mar en vez de a la pintura y a la política en vez de a la epistomología. No podrían hacer nada mejor» (32).

El primer volumen de *La Decadencia de Occidente*, apareció en abril de 1918. En 1922 Spengler la completó con un segundo volumen y para 1927 ya se habían vendido 100.000 ejemplares. El libro constituyó un éxito en todas partes, pero en ninguna parte tan grande como en Alemania. Al leer las propuestas ambiciosas de la introducción era como si se penetrara en la tienda de una pitonisa, y la afirmación de que Alemania no era el único país de Occidente que se hallaba en decadencia se encontró muy animador. Oswald Spengler, un solterón solitario, un desdichado, misógino, misántropo e irritable, víctima de continuas jaquecas, de corazón débil, mala vista y que sufría de insomnio, dejó su carrera de maestro de escuela para poder escribir este libro. Escribió durante la Primera Guerra Mundial en medio de la mayor penuria, pero al cabo de sólo pocos meses después de la publicación de su obra se convirtió en una de las figuras más famosas e influyentes de Alemania. Por decisión

(32) O. Spengler: *La decadencia de Occidente*, tomo I, edición inglesa traducida por C. F. Atkinson. G. Allen & Unwin, 1926, págs. 40 y 41.

firme, Spengler jamás replicó a las críticas y raramente aparecía en público. Orgulloso de identificarse a sí mismo con Herostratos y Tiberio, símbolos de la megalomanía frustrada, el autoodio y la impotencia que lo obsesionaban, envidiaba «a todo el que *vivía*». «Yo sólo he sido engendrado y cuando fuera que se me ofreciera la posibilidad de vivir, me volví de espaldas y la dejé pasar, sólo para lamentarlo amargamente tan pronto ya era demasiado tarde» (33). Debido a su mal estado de salud su vida de hombre de acción fue una frustración continua. Fue considerado inútil para el servicio militar durante la guerra y el «arrebato de la batalla», el dolor de la violencia, que describió en su relato corto *Der Sieger,* en 1910, estuvo destinado a permanecer sólo en su imaginación.

Uno de los críticos con mayor percepción que tuvo Spengler fue Thomas Mann. Básicamente a Mann no le gustaba Spengler, y éste, que tenía muy poco respeto por todos sus contemporáneos, ciertamente no sentía ninguno por Mann. En 1922, Mann se refirió a él llamándolo «el mono» (de imitación) (34) de Nietzsche y en *Über die Lehre Spenglers* («Sobre la doctrina de Spengler») lo calificó de «un derrotista de la humanidad», un «snob» con ideas burguesas. Resentido por la declaración materialista de Spengler de que el hombre del siglo XX ya no podía tener esperanza de producir una gran obra de arte, Mann se preguntó qué sería de los hombres como Spengler si los intelectuales dejaran de existir. Sí, se daba cuenta de las cualidades de Spengler. «Su *Decadencia de Occidente*», escribió, «es el producto de una energía inmensa y una no menor fuerza de voluntad, que va muy lejos en el campo del conocimiento. Es una novela intelectual de gran valor de entretenimiento, que nos recuerda... a *El mundo como voluntad y representación,* de Schopenhauer» (35).

* * *

El interés de Spengler en la política se despertó con motivo de la segunda crisis marroquí en 1911, cuando Alemania pareció al borde de la guerra con Francia por sus conflictivos intereses en el Norte de África. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de *La Decadencia de Occidente;* pero la idea de intervenir directamente en la política no se le ocurrió hasta 1919. El resultado fue desastroso para el propio Spengler, que si bien acertó frecuentemente en sus profecías a largo plazo, fallaba casi de

(33) A. M. Koktanek: *Oswald Spengler in seiner Zeit,* Munich, 1969, pág. 1.
(34) Thomas Mann: *Briefe 1889-1936,* pág. 202.
(35) Thomas Mann: *Politische Schriften,* tomo II, pág. 121.

modo invariable en las predicciones a corto plazo. Hasta 1918 mantuvo la confianza en que Alemania acabaría ganando la guerra. Si bien preveía la llegada del totalitarismo y la ascensión de Rusia a gran potencia mundial, en un principio previó, igualmente, que el bolchevismo viviría poco. Igualmente se equivocó con respecto a la política alemana en el período comprendido entre las dos guerras. Los hombres a los que dio su apoyo se mostraron poco realistas o incapaces.

La esencia de las ideas políticas de Spengler después de la derrota se contiene en una carta de diciembre de 1918. «Veo como la revolución alemana está siguiendo el curso típico», escribió, «abandono lento del orden existente, disturbios violentos, radicalismo enconado, subversión». Su esperanza estaba en que la monarquía resultara fortalecida por la crisis, puesto que él no tenía la menor duda de que sería reinstaurada. «Lo que va a ser realizado por el programa del socialismo actual», continuaba, «es precisamente lo que el Estado de los Hohenzollern siempre deseó: la organización de la producción y de las comunicaciones por el Estado; que todo el mundo sea un sirviente del Estado; es decir, implantar formas antiliberales y autoritarias extremas. Preveo que el antiguo elemento prusiano, con sus incalculables tesoros de disciplina, poder de organización y energía, tomará la dirección y que la parte respetable de la población trabajadora estará a su disposición *contra* el anarquismo en el que el grupo *Spartakus* tiene una notable relación con el liberalismo de izquierdas de los periódicos judíos y sus panfletos agiotistas y doctrinarios». Pero para que esto ocurriera habría de pasar mucho tiempo. Antes de ello, Alemania tenía que ser castigada por haber derribado a la monarquía y por la derrota militar. Tendría que ser castigada «hasta que finalmente... el terror haya conducido a un grado tal de excitación y desespero que se considere, universalmente, como salvación la implantación de una dictadura semejante a la de Napoleón. Pero la sangre tiene que correr y mientras más, mejor... Antes que nada, fuerza; después reconstrucción y no por medio de los diletantes o de las mayorías políticas sino por las tácticas superiores de los pocos que han nacido y están destinados por y a la política». Concluía expresando el deseo de que el cataclismo «habrá afectado tan gravemente a las potencias occidentales que la reconstrucción de la Europa Central cree para nosotros la posición que es nuestro destino y en la que yo creo con toda firmeza» (36).

Aunque *Preussentum und Sozialismus,* que se publicó en diciembre

(36) *Spengler Letters,* págs. 69 y siguientes.

de 1919, no fue un éxito, ni siquiera aproximado, como el que obtuvo el primer volumen de *La Decadencia de Occidente,* es una obra importante puesto que ilustra los puntos de acuerdo al igual que las divergencias existentes entre los jóvenes y los viejos nacionalistas. Casi todos los grupos nacionalistas, desde los nacionalsocialistas a los nacionalbolcheviques (37), proclamaban en una u otra ocasión su deseo de fomentar lo que llamaban el «socialismo prusiano», la única forma de socialismo, a su juicio, aplicable a Alemania. Donde Spengler se apartaba de los nacionalistas jóvenes era en su insistencia de que el socialismo prusiano sólo podía ser realizado en el seno de una monarquía hereditaria. En lo que coincidía con ellos era en la descripción de la forma jerárquica que debería tomar el socialismo prusiano. Su concepto de la sociedad ideal era de una estructura piramidal en la cual cada uno conocía su lugar. Y aunque habría de producirse una evolución gradual, una mejora gradual en el destino de cada hombre, esa estructura se mantendría. Contendría «entidades corporativas locales organizadas de acuerdo con la importancia de cada profesión en su totalidad; habría representaciones más elevadas, por etapas, hasta llegar a un consejo supremo del Estado; los mandatos serían revocables en todo tiempo. No habría partidos organizados como tampoco políticos profesionales ni elecciones periódicas» (38). El ideal de esta sociedad sería la tradicional sumisión prusiana a un jefe, a un *Führer.* «La sociedad prusiana», mantenía Spengler, había sido fundada en «la distinción entre mando y obediencia», consecuentemente, de modo natural, describía a Federico Guillermo I, el padre de Federico el Grande, como el «primer socialista consciente».

Pese a la reducida venta del libro, Spengler recibió numerosas cartas de admiración. El almirante Von Tirpitz le escribió diciéndole que deseaba que las «ideas de Spengler pudieran hallar respuesta en la clase obrera infectada por el marxismo» (39) y Spengler se mostró más dispuesto que nunca a recurrir a la acción política. Resulta difícil establecer la naturaleza precisa del papel político que le hubiera gustado jugar. Sus mejores conexiones eran con el Partido Nacional Alemán, y en 1921, después de una reunión con el gran industrial Paul Reusch, había esperado, vanamente, llegar a influir en el periódico *Münchener Neueste Nachrichten,* parcialmente financiado por Reusch. Por mediación de éste, Spen-

(37) Volveremos más adelante a tratar este tema con mayor detenimiento.

(38) Oswald Spengler: *Preussentum und Sozialismus,* en *Politische Schriften,* Munich, 1932, pág. 64.

(39) *Spengler Letters,* pág. 93.

gler se entrevistaría posteriormente con otros industriales y financieros y trató, igualmente en vano, de conseguir la dirección de un grupo de periódicos. Incluso llegó a pensar en formar un propio partido en el que se unieran todos los elementos de derechas. Pero por encima de todo se consideraba a sí mismo como un consejero político cuyo destino era guiar a los descaminados políticos republicanos. En 1918, envió un ejemplar de *La Decadencia de Occidente* a Walter Rathenau, pero fracasó en su intento de entrevistarse con él y acabaría por ponerse en contra suya cuando Rathenau se convirtió en campeón de la República. En septiembre de 1923, Spengler escribió al nuevo canciller, Stresemann, sugiriéndole que debía establecer contactos con el general Smuts, el único hombre que tenía la suficiente influencia para hacer revisar los términos de las reparaciones y retirar la cláusula de «la culpabilidad en la guerra» de Alemania del Tratado de Versalles. Pedía una entrevista con Stresemann, pero no se llegó a nada.

El pesimismo natural de Spengler se incrementó ese enero con la ocupación del Ruhr: ese paso, creía, fue dado por los franceses para reducir a Alemania a una base desde la cual Francia podría atacar a Inglaterra. Y el último y más difícil año de la crisis postbélica vio el último y más violento de los intentos de derrocar la República. Las ambiciones políticas de Spengler florecieron y terminaron, y uno de sus mayores desencantos fue la decisión del comandante en jefe del Ejército alemán, Otto von Seeckt, de ofrecer a Stresemann su apoyo incondicional. Para Spengler (y para muchos enemigos del nuevo Gobierno), Seeckt les había parecido el hombre más adecuado para acabar con el régimen y, de hecho, era uno de los pocos que, realmente, estaba en posición de hacerlo así. Pero Seeckt era lo suficientemente listo para darse cuenta de que al fin y al cabo resultaba favorable al Ejército el apoyar a la República. Despechado por esta determinación y más excitado aún por la negativa de Stresemann de aceptar su consejo, Spengler escribió en octubre que «era necesario reemplazar la dictadura de Stresemann-Seeckt por otra antiparlamentaria si no se quería que todo saltara en pedazos... Desde la caída de Cuno, en vez de una política económica y exterior, todo lo que hemos tenido es una lucha por ganar posiciones entre facciones ruidosas. Como resultado de ello el Rentenmark se derrumbará...» (40). Creyendo que Stresemann se había aprovechado durante la inflación en asociación con la firma de Wolff, Spengler estaba seguro de que ambos, él y Seeckt, eran instrumentos en manos de las finanzas in-

---

(40) *Spengler Letters*, pág. 139.

ternacionales y que representaban la etapa materialista de la civilización descrita por él en *La Decadencia de Occidente.* Había llegado ya el momento de restaurar la monarquía y, en vista de ello, Spengler se volvió al comisario del Estado para Baviera, el conservador Gustav von Kahr, cuyo objetivo era poner en el trono bávaro al príncipe Rupprecht, el hijo mayor de Luis III de Baviera.

Kahr, Lossow (el comandante militar de Baviera) y Seisser, que estaba al mando de la policía secreta del Estado, pensaron que podían utilizar a Hitler y a sus fuerzas de asalto, las SA, con sus ex combatientes y antiguos miembros del *Freikorps,* que habían sido llevados al Partido Nacionalsocialista por el capitán Röhm, para derrocar al Gobierno de Stresemann. Hitler, por otra parte, confiaba también en derrocar al Gobierno de Stresemann con su ayuda y con la del general Ludendorff, y dictar sus términos después que hubiera logrado apoderarse del poder. En el *Bürgerbräukeller* de Munich, la noche del 8 de noviembre, Spengler asistió al ridículo fracaso del golpe de Estado de Hitler. Después de un discurso convincente, Hitler tuvo que abandonar la cervecería para poner fin a una discusión violenta que había comenzado cuando algunos hombres de las SA trataron de ocupar los cuarteles del Cuerpo de Ingenieros. En su ausencia pareció derrumbarse todo el encanto; Lossow, Kahr y Seisser se marcharon discretamente; al día siguiente, las SA fueron disueltas por la policía local en la Odeonplatz.

Enfermó por el fracaso del «putsch», que Spengler atribuyó únicamente a la falta de experiencia de los nacionalsocialistas. El 26 de febrero de 1924, Hitler fue juzgado por traición (41) y el mismo día, en una lección «sobre los deberes políticos de la juventud alemana», Spengler deploró la infantil afición de los nacionalsocialistas por las banderas, los desfiles y los slogans fáciles. «Esas cosas, que duda cabe, satisfacen ciertos sentimientos, pero políticamente no significan nada» (42). El «naufragio del caso Hitler», como definió el juicio contra éste, confirmó su opinión de que Hitler no era un César en potencia.

Cuando Spengler se dedicó a observar a Europa, no pudo menos que sentirse satisfecho por el giro que los acontecimientos estaban tomando en Italia. En un principio es posible que sintiera ciertos prejuicios contra Mussolini, al ver que éste apoyaba la ocupación francesa del Ruhr. Sin embargo, ya en junio de 1923, Spengler mencionó «un círculo en

---

(41) Hitler fue condenado a la pena de cinco años de prisión, de los cuales cumplió menos de nueve meses.

(42) O. Spengler: *Politische Schriften,* pág. 148.

torno a Mussolini... que evidentemente empieza a formar un frente contra Francia» (43), y en febrero de 1924 declaró que los *Camelots du Roi* de la *Action Française* y los fascistas italianos tenían la marca de los ejércitos del futuro. Además de ello, «el fascismo se ha dado cuenta, cuando menos, de la importancia de conseguir un acuerdo con las potencias que gobiernan económicamente... Confían más en los resultados que en programas y desfiles» (44). Al año siguiente visitó Italia por primera vez desde el término de la guerra y regaló a Mussolini cinco de sus obras, y en el período siguiente modificó ligeramente su admiración por el régimen italiano. En su libro *Lo hora decisiva,* publicado en 1939, diría que el fascismo *estaba en camino* hacia el cesarismo del futuro. Pero era demasiado izquierdista para su gusto. Buscaba el favor *de la calle* y apenas si era algo más que «la ideología socialista del último siglo» y una imitación del bolchevismo. «Todo esto pertenece al pasado... Lo que anticipa el futuro no está en la esencia del fascismo como Partido sino simple y solamente en la figura de su creador. Mussolini no es un jefe de Partido aun cuando anteriormente fuese un jefe de los sindicatos; es el *señor* de su país» (45).

* * *

Después del juicio de Hitler, el Partido Nacionalsocialista fue puesto fuera de la ley y se prohibió la publicación de su órgano de Prensa, el periódico *Der völkische Beobachter.* Mientras el Führer estaba en la cárcel, el miembro más activo del movimiento lo fue Gregor Strasser. Como representante del ala izquierda del nacionalsocialismo, Strasser era partidario de la nacionalización de la gran industria y las grandes fincas agrícolas. En vista de esta postura anticapitalista es raro que en un principio fuese el único nacionalsocialista que entrara en contacto con Spengler. En una carta dirigida a él en 1925, Strasser describió *La Reconstrucción del Tercer Reich,* que había aparecido el año anterior, como un «hecho político altamente constructivo y práctico en el que veo una profunda relación con nuestros objetivos» (46). Después de extenderse mucho en explicar a Spengler cuáles eran esos objetivos — la imposición

---

(43) *Spengler Letters,* pág. 124.

(44) O. Spengler: *Politischer Schriften,* pág. 153.

(45) O. Spengler: *La hora de la decisión,* traducción inglesa de C. F. Atkinson, Allen & Unwin, 1934, pág. 187.

(46) *Spengler Letters,* pág. 181.

del socialismo alemán por medios forzosos y prácticos —, le pedía que colaborase en la revista mensual del Partido. Spengler rechazó la oferta, pero siguió en contacto epistolar con Strasser hasta 1934. ¿Pensaba que podría influir en Hitler a través de su compañero de Partido? Es posible. Desgraciadamente sólo se conservan dos cartas de toda esa correspondencia. Por otra parte, como escribió en 1927, «no sólo me mantuve aparte del movimiento nacionalsocialista que llevó al "putsch" de Munich, sino que además, desgraciadamente en vano, hice todo lo que estuvo en mis manos para evitarlo... Soy de la opinión de que la política debe basarse en hechos y consideraciones sobrios y no en un romanticismo sentimental» (47).

En *Preussentum und Sozialismus,* sin embargo, Spengler subrayó la superioridad de la raza germana; él creía en una minoría elegida. Pero no tenía tiempo para «ese minúsculo, superficial e indigno» antisemitismo de los nazis. «La más peligrosa de todas las características antialemanas», escribió, «es la tendencia a soñar en el pacifismo y en el internacionalismo; el sentimiento de autoridad, poder y éxito está profundamente arraigado en el carácter *alemán.* Los miembros de nuestra propia raza son más peligrosos que los de otras. Siempre existe una minoría que tiende a la asimilación cuando se les presenta la ocasión de elegir» (48). Para los nacionalsocialistas esa actitud era claramente inaceptable. En una de las contadas contribuciones literarias a la ideología nacionalsocialista, *El Mito del Siglo XX,* Alfred Rosenberg condenó las opiniones de Spengler. «Él no ve que las fuerzas raciales espirituales formen el mundo, sino que fabrica esquemas abstractos a los que todos, *fatalmente,* nos hallamos sujetos. Al fin y al cabo, su doctrina brillantemente presentada, niega el valor intrínseco de la raza y la personalidad, todo impulso real, culturalmente productivo, del "corazón de los corazones" de la mente germánica» (49).

* * *

Aunque la mayor parte de las aspiraciones de los nacionalistas germanos estaban basadas en premisas irracionales y, con la excepción del caso del jurista Carl Schmitt, raramente en una crítica inteligente del sistema de Weimar, la nueva República tenía defectos que justificaban

---

(47) *Spengler Letters,* pág. 217.

(48) O. Spengler: *Neubau des deutschen Reiches,* Munich, 1924, pág. 18.

(49) A. Rosenberg: *Der Mythos des 20. Jahrhunderts,* Munich, 1934, pág. 404.

las críticas. La propia Constitución era débil. Las intenciones del Gobierno republicano habían sido poner fin a la supremacía prusiana sobre los demás Estados federados alemanes, pero esto presentó el problema de una centralización del Gobierno. En Prusia, los socialdemócratas eran dueños absolutos, debido principalmente a los resultados del sufragio universal cuya imposición siguió a la proclamación de la república, y los socialdemócratas deseaban que Alemania fuera una república unida y centralista. Pero a ello se oponían tanto los nacionalistas, que deseaban un Estado federal, para conservar cierta autonomía como obstáculo a la democratización, y los socialistas independientes que se sentían horrorizados ante la idea de una Alemania unificada y el poder que podría alcanzar. El compromiso entre dichas actitudes permitió a los Estados el conservar su autonomía, pero al mismo tiempo los convirtió en impotentes. «El resultado», según A. J. P. Taylor, «podía esperarse: Gobierno del Reich de las izquierdas, ansioso por evitar disputas constitucionales y cuidadoso de no interferir en los Estados gobernados por las derechas; Gobierno del Reich de las derechas, que no se preocupa en absoluto por el prestigio de la Constitución y que no vacila en acabar con los Gobiernos de izquierdas de los Estados. En otras palabras, la Constitución se convierte en un instrumento con el que aplastar a los elementos democráticos en Alemania, en el caso de que éstos llegaran a intentar defenderse de sus enemigos» (50).

El Gobierno republicano encontró oposición en todos los niveles de la administración. Los funcionarios de los que dependía para llevar a cabo las reformas, tendían a asociarlo con la derrota militar. Jueces, fiscales y magistrados, no hacían secreto alguno de sus simpatías por la extrema derecha y se mostraron innecesariamente duros al tratar a los elementos de las izquierdas. En el propio Reichstag, después de 1921 había una mayoría que, en el fondo, despreciaba el parlamentarismo. Incluso los socialdemócratas se daban cuenta de ello y, en 1926, el ex ministro bávaro de Justicia Müller-Meininger, admitió que «el más peligroso de los enemigos del sistema parlamentario son los propios parlamentarios: su falta de disciplina, su pequeñez, su estrechez de miras, su espíritu de partido tan provinciano, su arrogancia, su gandulería y su falta de actuación concreta. Las divergencias y las luchas de partido son los más peligrosos enemigos del Parlamento... Desde el principio de la Revolución hasta ahora, el Reichstag alemán ha venido dando al pueblo alemán el peor de los ejemplos de dignidad política y comprensión... Así, puede decir-

---

(50) A. J. P. Taylor, obra citada, pág. 185.

se que muchas veces resulta preferible ir a un asilo para lunáticos que a una reunión de dicho Parlamento» (51).

Pocos entre los nacionalistas podían ofrecer una solución práctica que no fuera una política exterior agresiva. Todo lo que podían hacer aparte de esto, era pedir el fin del liberalismo y el sistema parlamentario. Al pedir la abolición de los partidos políticos, los jóvenes nacionalistas alemanes daban su preferencia a la idea de los Bunde, uniones en las cuales se basaban varios de los movimientos juveniles. Éstos deseaban un Estado orgánico, una comunidad del pueblo no afectada por la lucha de clases. Pedían un Führer y la creación del Tercer Reich, pero la interpretación de esos dos términos eran considerados de modos considerablemente diversos. El Führer era una idea tradicional alemana que implicaba lealtad, obediencia y el total cumplimiento del deber por parte de sus inferiores. Para Wilhelm Stapel, el Führer era una combinación de «soberano, guerrero y sacerdote»; para Julio Binder era «el espíritu de la nación», que comprendía a su pueblo y su Historia y se ofrecía voluntariamente a ser su Führer. Para algunos era un guerrero, para otros un Mesias. En todo caso era al figura de un líder que reemplazaría al Parlamento y gobernaria por sí solo en nombre del pueblo.

El concepto del Tercer Reich era aún más vago. Variaba de la idea de Spengler de «*ideal germánico,* un mañana eterno... flecha de anhelos eternos por la otra orilla del río»; la de Moeller van den Bruck: «perfección siempre prometida, nunca alcanzada, que sólo puede ser obtenida en lo imperfecto», y la de Thomas Mann: «síntesis de poder y espíritu». La propuesta más concreta era la de Giselher Wirsing, un colaborador de *Die Tat* (52), que veía en él el símbolo de la tradicional supremacía alemana en la Europa Central.

Un determinado número de jóvenes nacionalistas dieron la bienvenida a la proclamación de la República: lo que hizo que se volvieran contra ella fue, irremediablemente, la firma del Tratado de Versalles. En teoría la República, precedida por la destitución del emperador, era revolucionaria: pero ellos no aceptaban la revolución. Demasiado ligados a ciertas instituciones tradicionales, demasiado nacionalistas para aceptar el internacionalismo de los comunistas, deseaban una revolución de ellos mismos. «El viejo nacionalismo», escribió Kurt Sontheimer, «significa la continuación de las viejas tradiciones conservadoras de un Estado nacional en las nuevas circunstancias de la nueva Repúbli-

---

(51) Müller-Meiningen: *Parliamentarismus,* Berlín, 1926, pág. 18.

(52) Volveremos sobre este tema más adelante.

ca. Por otra parte, el nacionalismo nuevo era algo realmente nuevo; no tenía cabida justa dentro de la clasificación parlamentaria tradicional, y tenía su punto de partida en la Primera Guerra Mundial, que era considerada como el comienzo de una nueva era» (53).

Mientras que los antiguos nacionalistas, los hombres de la generación de Spengler ponían sus esperanzas en la vuelta de los tiempos de la preguerra, el *Kaiserzeit* (54), Edgar Jung y los jóvenes «conservadores revolucionarios» iban aún más hacia atrás en el tiempo con sus ideales. Al igual, parcialmente al menos, que los *völkisch* nacionalistas, deseaban eliminar toda huella de la Revolución francesa y reinstaurar «los valores eternos». «Nosotros llamamos "revolución conservadora" a la restauración de todas esas leyes y valores elementales sin los cuales el hombre pierde el contacto con la naturaleza y con Dios y no puede continuar construyendo un orden auténtico. La igualdad es reemplazada por la calidad interna, los principios sociales por la asimilación en una sociedad gradual, la elección mecánica por la responsabilidad íntima de una autodirección real, la felicidad de las masas por los derechos de la comunidad popular (*Volksgeminschaft*)» (55).

El portavoz de otro grupo más, el de los nacionalistas revolucionarios, era el joven y autoritario escritor Ernst Jünger. Su pensamiento político estaba basado en sus experiencias en la Gran Guerra, y la organización sobre la que su Estado revolucionario debía ser modelado era el Ejército. Continuamente en busca de aventuras, Jünger se marchó de su casa para alistarse en la Legión Extranjera francesa a los diecisiete años de edad, pero sólo llevaba unas escasas semanas en Sidi-Bel-Abbes, cuando fue reclamado por su padre y obligado a volver a Alemania. Sirvió en la Primera Guerra Mundial como voluntario con una más que buena hoja de servicios: herido varias veces, fue uno de los pocos soldados que recibieron la condecoración *Pour le Mérite* (Erwin Rommel, el famoso mariscal de la Segunda Guerra Mundial, estaría entre ellos). En 1918 era oficial de las tropas de asalto, las «Stosstruppen», que constituían lo mejor del Ejército alemán; en 1920 publicó su diario de guerra titulado *In Stahlgewittern*. En su libro de guerra Jünger no se limitaba a describir la camaraderia y el sentido de cumplimiento del deber que

(53) K. Sontheimer: *Antidemokratisches Denken in der Weimares Republik, Studienausgabe*, Munich, 1968, pág. 26.

(54) «Tiempo» o «época del emperador». *(N. del T.)*

(55) Edgar Jung: *Deutschland und die Konservative Revolution*, en *Deutsche über Deutschland*, Munich, 1932, pág. 380.



Oswald Spengler



Ernst Jünger

se siente en el campo de batalla, sino que compartía también la fascinación de Thomas Mann por el decaimiento, y con la misma precisión científica que frecuentemente se encuentra en la obra de Mann, analizaba las emciones del dolor y del miedo.

En realidad puede decirse que existían dos Ernst Jünger. Por un lado estaba el estilista elegante que marchó a la guerra con un ejemplar de *Tristram Shandy* en el bolsillo y por otra parte el histérico escritor de panfletos. Sólo los hombres que participaron en la experiencia heroica y mórbida de las trincheras alemanas, así opinaban él y su hermano Friederich Georg, eran dignos de formar las capas elegidas y superiores del Estado revolucionario, y estaban determinados a apoyar el espíritu revolucionario mediante una exaltación retórica de la guerra de trincheras. «El nacionalismo moderno... desea lo extraordinario. No quiere moderación... sino su cualidad productiva básica, su fortaleza espiritual... La guerra es la madre del nacionalismo. Lo que nuestros literatos e intelectuales digan sobre esto carece de importancia. La guerra es la experiencia de la sangre, así que todo lo que importa es lo que los *hombres* tengan que decir de ella... La guerra es nuestra madre, ella nos ha parido en la hinchada panza de las trincheras, como una nueva raza, y nosotros reconocemos con orgullo nuestro origen. Consecuentemente nuestros valores deben ser valores heroicos, los valores de los guerreros y no el valor del tendero que quiere medir el mundo con su vara de medir telas. Nosotros no queremos lo útil, práctico y agradable sino lo que es necesario y que el destino nos obliga a desear» (56).

Después del armisticio en 1918, Jünger se quedó en el Ejército con la graduación de teniente. Colaboró en la redacción de un manual de tácticas de infantería y estuvo destinado en varias guarniciones a lo largo y ancho de todo el país hasta que fue desmovilizado en 1923. Fijó entonces su residencia en Leipzig y se dedicó al estudio de la zoología. En su condición de oficial con una brillante carrera y escritor de excelente calidad, los círculos nacionalistas buscaron su adhesión. En Leipzig, antes de su desmovilización, representó al *Freikorps* del teniente Rossbach en Sajonia durante un mes y en 1925 era colaborador del periódico de los *Stahlhelm* (57), *Die Standarte*.

---

(56) Ernst Jünger: *Vorwort*, en Friedrich Georg Jünger, *Der Aufmarsch der Nationalismus*, Leipzig, 1926, pág. 11.

(57) *Stahlhelm*, «Casco de Acero», una organización de ex combatientes de clara tendencia derechista, que después se incorporó en su mayor parte al Partido nazi. *(N. del T.)*

El *Stahlhelm,* fundado por Franz Seldte en 1919, era la mayor de todas las organizaciones de ex combatientes de Alemania. Sus principios conservadores le daban cierta semejanza con la *Croix-de-Feu* en Francia (58). Al igual que la otras organizaciones militares semilegales creadas para salvar a Alemania del bolchevismo, fue puesta fuera de la ley después del asesinato de Rathenau en junio de 1922, pero fue reinstaurada al año siguiente. Sus objetivos y aspiraciones, que confiaban en conseguir por la vía legal, era derrocar al régimen republicano, revisar el Tratado de Versalles e instalar en el poder a un dictador. El suplemento de *Die Standarte,* en el que colaboraba Jünger, fue fundado por los jefes del *Stahlhelm* Seldte y Düsterberg, para que en él los miembros más jóvenes de la organización pudieran expresar sus puntos de vista más radicales; en esa revista, Jünger atacó todos los aspectos de la democracia: el sufragio universal, las elecciones, la legalidad y toda forma de compromiso con el sistema de Weimar. «¡Revolución, revolución! Eso es lo que debe predicarse permanentemente, continuamente, sistemáticamente, sin compasión... En la Gran Guerra se desarrolló un nuevo y peligroso tipo de hombre y este nuevo tipo debe ponerse en acción» (59).

Die Standarte tenía una circulación de 150.000 ejemplares y las ideas de Jünger fueron consideradas peligrosas. El periódico fue suspendido temporalmente, pero en abril de 1926, Helmut Franke, el director, obtuvo permiso para publicar un nuevo suplemento. Sin embargo, al cabo de cinco semanas fue de nuevo suspendido, como consecuencia de un artículo en elogio de Leo Schlageter y los asesinos de Erzberger y Rathenau. Jünger y Franke, entonces, se hicieron cargo del periódico de Munich *Arminius,* financiado por el héroe del *Freikorps* capitán Ehrhardt (60), un individuo que debía su influencia entre los jóvenes nacionalistas al siniestro papel que jugó en los primeros años de la República. En casi todos los golpes y asesinatos políticos cometidos en ese período estuvo mezclado de un modo u otro. Fue él quien mando la mejor brigada que actuó en Berlín en los días del «Putsch» de Kapp en 1920 y desde allí se marchó a Munich donde parece haber fundado el «Consejo

---

(58) Volveremos sobre este tema en el capítulo dedicado a Francia.

(59) *Die Standarte,* 20 de mayo de 1925; véase también H. P. Schwartz: *Der Konservative Anarchist, Politik und Zeitkritik Ernst Jüngers.* Friburgo i/B, 1962.

(60) Fue por causa del *Arminius* que Jünger encontróse por vez primera con Goebbels. Otros colaboradores de ese periódico alcanzaron puestos importantes en el Tercer Reich: Hans Friederich Blunck, Alfred Rosenberg y Hans Johst, entre otros.

de Organización», un cuerpo misterioso cuyas actividades nunca estuvieron claras del todo, pero que es muy fácil fuera quien planeara los asesinatos de Erzberger, Gareis y Rathenau (61). En 1926, Ehrhardt se unió a los *Stahlhelm* y se sometió, aunque sólo por breve tiempo, al camino de la legalidad, con lo que ganó el apoyo de Seldte y Düsterberg.

Aun cuando Jünger había atacado la política de Ehrhardt en el *Stahlhelm,* confiaba por medio del *Arminius* unir todos los movimientos nacionalistas. Es esto lo que explica su inicial actitud favorable a Hitler: en 1925 declaró que los nacionalsocialistas «tenían más fuego y sangre del que la llamada revolución ha sido capaz de crear en todos estos años» (62). Jünger incluso envió a Hitler ejemplares dedicados de sus libros de guerra: sólo se conserva uno de ellos, un ejemplar de *Feuer und Blutt* («Fuego y Sangre») con la siguiente dedicatoria: «Al jefe nacional Adolf Hitler». A su vez Hitler le dedicó un ejemplar de su *Mein Kampf,* y en 1927 le ofreció un escaño nacionalsocialista en el Parlamento, lo que Jünger rehusó. El motivo de ello era que rechazaba la existencia del Parlamento de modo tan total como la de los partidos. Había desaprobado la decisión de Hitler de adoptar métodos legales, tomada en 1925, y a finales de la década de 1920 a 1930 llegó a temer que el nacionalsocialismo pudiera traicionar la pureza de los ideales de la revolución nacional. Un partido basado en el fascismo italiano, creía, nunca cuajaría en Alemania porque el fascismo no era más que «una postrer forma de liberalismo... al mismo tiempo una vulgar copia mecanografiada de la Constitución liberal... El fascismo es tan poco adecuado a Alemania como lo sería el bolchevismo...» (63).

La obra más importante de Jünger en ese período, *Der Arbeiter* («El Trabajador») apareció en 1932. Uno de los principales efectos que la Gran Guerra había causado en su autor fue el hacer que se diera cuenta de la importancia y potencialidad de la tecnología. La estrategia bélica tenía que ser modificada, como consecuencia de los descubrimientos técnicos, y exigía la concentración de todos los medios de producción del país al servicio del armamento y el incremento de la potencia de lucha nacional. Lo que Jünger tomaba en consideración para el futuro alemán era «la movilización total», dirigida por el trabajador-guerrero, el heroico tecnócrata formado en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Ése era el tema principal de *Der Arbeiter,* y en el que se reflejaba el

---

(61) Véase R. G. L. Waite: *Vanguard of Nazism,* Harvard, 1952.

(62) *Die Standarte,* 1 de noviembre de 1925.

(63) *Süddeutsche Monatshefte,* 12 septiembre 1930.

desprecio de Jünger por la «burguesía» y por todo el que confiase en evitar vivir en un estado de militarización mecanizada. «Al igual que muchos otros», le escribió Spengler, «usted no ha sido capaz de liberar la idea del obrero de la fraseología marxista. El funcionario, el campesino, el oficial, el contratista, son tan trabajadores como el artesano o el trabajador manual. El único que todavía hoy día sigue trabajando al límite de sus fuerzas es el campesino y es precisamente él quien queda defraudado por la división en burguesía y proletariado. Y el campesinado sigue siendo, todavía, una potencia en Alemania...» (64).

La intolerancia de Jünger con respecto a la burguesía fue acercándolo progresivamente al grupo más extremo de los antidemócratas, los bolcheviques nacionales. Éstos intentaban unir círculos ideológicos opuestos, pero lo que los situaba más cerca del bolchevismo que del nacionalsocialismo de Hitler era su política con respecto a Rusia. Hitler se mantenía firme y consistente en dos puntos: era consistentemente antisemita y, consistentemente, también, estaba decidido a aplastar a los eslavos. Alemania, como explicaba en su *Mein Kampf,* necesitaba expansión. «Pondremos un fin a la perpetua marcha de Alemania hacia el Sur y el Oeste de Europa y la dirigiremos hacia las tierras del Este. Pondremos fin a la política colonial y comercial de antes de la guerra y pasaremos a aplicar la política territorial del futuro. Cuando en la actualidad hablamos de nuevos territorios y tierras en Europa, sólo podemos pensar en Rusia y en los Estados fronterizos dominados por ella. El mismo destino parece desear señalarnos que nuestro camino está ahí... Ese colosal imperio del Este está maduro para su disolución» (65).

Extendiéndose hacia el Este, los alemanes no sólo conseguirían el *Lebensraum,* «el espacio vital» que Hitler consideraba esencial para ellos, sino que además estarían en condiciones de afirmar su propia superioridad racial a expensas de los eslavos.

Hasta entonces los mejores estadistas alemanes se habían dado cuenta, siempre, de la importancia de la amistad con Rusia si Alemania quería contar con cierta seguridad en el Este. Eso fue lo que llevó a Bismarck a firmar la Convención de Alvensleben en 1863, y ésa era la idea que estaba tras el Tratado de Rapallo, firmado por Rathenau en 1922. Además de las ventajas prácticas de una alianza con Rusia, había potentes lazos emocionales de unión entre los dos países. Thomas Mann siempre proclamó que el irracionalismo oriental de la literatura rusa,

---

(64) *Spengler Letters,* obra citada, pág. 272.

(65) A. Hitler, *Mein Kampf,* págs. 742-743.

hacía que Rusia estuviese más próxima a Alemania que cualquiera de sus vecinos de Occidente; otro que apoyaba esta tesis fue un escritor secundario, pero no menos influyente, Arthur Moeller van den Bruck, que tenía cierta participación en la formación intelectual del bolchevismo nacional. Alemania, insistía Moeller, no era un país occidental. Occidente representaba una civilización decadente, admirablemente expresada por Spengler, y ajena al espíritu alemán. La única esperanza de salvación para Alemania, en lo que él podía ver, era una alianza con Rusia contra Occidente, contra la democracia y el republicanismo.

En 1919 Moeller fundó el *Juniklub*, cuyos objetivos eran imponer un Estado corporativo socialista y nacionalista, con una política exterior marcadamente antioccidental (66). La presentación de Hitler en el club en 1922 fue un fracaso. «Usted tiene todo lo que a mí me falta», le dijo a Moeller. «Usted está creando el marco espiritual para la reconstrucción de Alemania. Yo no soy más que un tambor que llama a reunión. Trabajemos juntos». Pero Moeller se opuso a él con firmeza. «Este tipo nunca irá lejos», les dijo a sus compañeros y, de creer a Brüning añadió: «Preferiría suicidarme antes que ver a un hombre como ése en la jefatura». Después del «putsch» de Munich, sin embargo, modificó sus puntos de vista. «Hay muchas cosas que pueden decirse contra Hitler, pero también hay algo que siempre podrá decirse: sentía una gran fanatismo por Alemania... Hitler estaba marcado por su primitivismo proletario. No supo ver el modo de dar al nacionalsocialismo una base intelectual. Era la pasión encarnada, pero carecía de toda medida de sentido y proporción» (67).

Teniendo en cuenta estos puntos de vista de Moeller, resulta una desgracia que Hitler tomara el título de su libro: *El Tercer Reich*, que

(66) Entre los miembros se incluían Hans Grimm, el autor de la novela «*völkisch*» *Volk ohne Raum* («Pueblo sin espacio»), y Heinrich von Gleichen, que más tarde dirigiría el *Herrenklub*, que substitutuiría al *Juniklub*. El propio Spengler visitó el *Juniklub* con ocasión de mítines en los que participaron o asistieron Otto Strasser y el futuro canciller Heinrich Brüning.

(67) Fritz Stern: *The Politics of Cultural Despair*, University of California, 1961, págs. 237-238. El desprecio que Moeller sentía por Hitler contrastaba con la admiración que sentía por Mussolini. «El pueblo italiano —escribió inmediatamente después de la Marcha sobre Roma— vive con la idea y el concepto de su libertad, independencia y unidad. Los alemanes no poseen esta tradición» (*Das Recht der jungen Völker*, Berlín, 1932, pág. 123). Y en enero de 1924 se refirió a «los hombres del fascio que, finalmente, habían hecho una realidad de un Estado que, anteriormente, sólo existió en la poesía» (*Gewissen* [«Conciencia»], 28 de enero de 1924).

apareció en 1923, para dar nombre a la Alemania nazi, y que por ello fueran muchos los nacionalsocilistas que lo considerasen como un precursor de su movimiento. De todos modos eso es algo que Moeller no vivió para ver. Dotado de un carácter neurótico, fue llevado a la tumba por su falta de éxito como escritor tanto como por su odio contra la República de Weimar. La elección del mariscal Von Hindenburg como presidente, le dio ciertas esperanzas en 1925, puesto que, según sentía, Hindenburg representaba el triunfo del nacionalismo, y así, en su último mensaje afirmó que «me siento inmensamente complacido por la elección de Hindenburg y... debo pedirle al pueblo que olvide mi pesimismo, que era un triunfo de los sentimientos sobre el utilitarismo y, por lo tanto, no pudo ser una auténtica opinión» (68). Unos cuantos días después, como consecuencia de una profunda depresión nerviosa, se suicidó.

Como ya hemos dicho el bolchevismo nacional fue el punto de encuentro de varias ideologías conflictivas de la República de Weimar (69). En su forma extrema «antiburguesa» significaba, no sólo admiración por la Rusia Soviética, sino creencia en el comunismo nacional, y, consecuentemente, estaba totalmente en contra de los princios de las tendencias de la Internacional Comunista, y se dirigía hacia una ideología representada por Laufenberg, Wolfheim, Heinz Neumann y Scheringer, que existió en el seno del Partido Comunista alemán. Por su parte, la figura señera del Partido Bolchevique Nacional era un ex socialdemócrata: Ernst Niekisch. Había pasado a ocupar un escaño en el Parlamento bávaro inmediatamente después del armisticio y al principio formó parte del Gobierno Soviético de Baviera, aunque muy pronto se mostró disconforme y desilusionado con la actitud de los comunistas, lo que no fue obstáculo para que siguiera en buenos términos con Ernst Toller y Erich Mühsam. Seguidamente se pasó al Partido Socialista Independiente, y en 1925, tras haber sufrido una pena de prisión por su participación en la República de los Soviets en Munich, se unió a otra rama disidente del Partido Socialista, el antiguo Partido Socialdemócrata.

De hecho las creencias de Niekisch estaban muy próximas, notablemente próximas, a las de los sindicalistas italianos. Confiaba en liberar

---

(68) Fritz Stern: obra citada, pág. 266.

(69) Con respecto a la responsabilidad mutua y combinada que tuvieron los extremistas, tanto de izquierdas como de derechas en la derrocación de la República de Weimar, véase Otto Ernst Schödekopf: *Linke Leute von Rechts,* Stuttgart, 1960.

al proletariado del yugo del capitalismo y confiaba que sólo los obreros serían capaces de acabar con la burguesía si desarrollaban un espíritu de conciencia nacional dentro de un Estado fuerte. Sus quejas más importantes contra la República de Weimar, eran la aceptación de la cláusula de las reparaciones en el Tratado de Versalles y el mostrarse de acuerdo con el Plan de Reparaciones de Dawes y Young, que consideraba iba en favor de los grandes industriales y en detrimento de la clase obrera. Su nacionalismo lo separaba del comunismo, pero no disimulaba su admiración por la Unión Soviética. Se mostró satisfecho con la firma del Tratado de Rapallo y creía, como había hecho Moeller van der Bruck, que Rusia y Alemania debía aliarse contra las plutocracias occidentales.

En su periódico *Wiederstand,* fundado en 1926 para defender una política de amistad con respecto a la Unión Soviética por parte de Alemania, que debía aceptar su papel de potencia oriental, consiguió reunir en torno suyo a diversos miembros de los grupos nacionalistas. Uno de ellos fue Ernst Jünger, al que había conocido por mediación del filósofo Alfred Bäumler en otoño de 1927. Otro fue el conservador revolucionario Friedrich Hielscher, un joven abogado que había luchado en el *Freikorps* y que escribiría una de las más vagas definiciones del Reich alemán un par de años más tarde. Y con Hielscher, Ernst von Salomon.

Como Salomon admite en sus memorias, *Der Fragebogen,* él no se consideraba nacido para una vida burguesa. Y lo mismo que a él les ocurría a otros miembros de su familia. Uno de sus hermanos, Pfeffer von Salomon, llegó a ser el comandante de las SA hitlerianas; otro de sus hermanos, Bruno, se afilió posteriormente al Partido Comunista. Educado en la Escuela Real de Cadetes de Prusia, Ernst von Salomon fue demasiado joven para luchar en la Primera Guerra Mundial, pero se autoidentificó con la causa y el honor de los oficiales alemanes. Después de haber visto como los espartaquistas atacaban a los soldados en las calles y observar el regreso del derrotado Ejército alemán en el invierno de 1918, decidió alistarse. Sin embargo, los servicios de policía en la República de Weimar, que él despreciaba, era una ocupación demasiado poco activa para él y así en abril de 1919, el día 1, él y un grupo de compañeros de la milicia, «desertaron de Weimar y nuestro grupo se marchó a los Estados bálticos» para luchar contra las fuerzas bolcheviques en las proximidades de Riga. Salomon estaba orgulloso y alardeaba de ser uno de los más notorios «voluntarios» del *Freikorps* que continuaban la lucha en las fronteras orientales de Alemania en contra de las órdenes del Gobierno de la República de Weimar.

Sin embargo, hay que confesarlo así, sus objetivos eran confusos.

«No sabíamos lo que deseábamos», escribió, «pero no queríamos lo que conocíamos. Abrir un hueco a través de las paredes que nos aprisionaban en el mundo, marchar sobre tierras incendiadas, tropezar sobre ruinas y cenizas, cruzar sin consideración sobre los bosques salvajes, avanzar, conquistar, abrirnos nuestro propio camino hacia el Este, hacia el país blanco, ardiente, oscuro y frío que se extiende entre nosotros y Asia... ¿era eso lo que deseábamos? No sé si ése era nuestro deseo, pero eso era lo que hacíamos. Y la búsqueda de la razón se perdía entre el tumulto de la lucha continua... Nos sentíamos como si fuésemos los últimos supervivientes de la raza germana. Casi le estábamos agradecidos al Gobierno por expulsarnos del país. Dado que nuestra conexión había sido oficialmente eliminada, nuestra actuación no tenía porque verse influida por los problemas locales... Teníamos una nueva y fresca fuente de esperanzas y estábamos libres del fardo que nos había acompañado día tras día y paso a paso. Expulsados, exiliados, sin patria y como si fuéramos mendigos, manteníamos nuestra antorcha erguida» (70).

Cuando finalmente regresó a Alemania, Ernst von Salomon encontró que los únicos hombres que podían causar algún respeto en él eran los soldados que aún tenían el valor de desafiar a la República: como Ehrhardt y el asesino de Rathenau, Kern. La explicación que da Salomon sobre el asesinato de Rathenau difiere considerablemente de lo que se puso en claro durante el juicio subsiguiente. Cuando Ernst von Techow, uno de los asesinos, fue interrogado ante el tribunal, mantuvo que Kern le había dicho: «Rathenau ha confesado, y se jacta de ello, que es uno de los trescientos sabios de Sión, cuyos propósitos y objetivos son someter el mundo entero a la influencia y el dominio judío...» (71). El asesinato de Rathenau, en este caso, sería el primer paso en un intento de exterminar a los judíos como consecuencia de la acción de los fanáticos que creían en los espurios *Protocolos.* De acuerdo con Norman Cohn, Rathenau había sido «ofrecido como sacrificio humano al dios Sol de la antigua religión germánica. El crimen se había planeado para que ocurriera coincidiendo con el solsticio de verano, y cuando se hizo pública la noticia los jóvenes alemanes se dirigían a las cumbres de los montes para celebrar simultáneamente el cambio de estación y la destrucción de uno de los que simbolizaban el poder de las tinieblas» (72).

(70) E. von Salomon: *Los Proscritos,* editado en España por Luis de Caralt.
(71) *Ibid.,* págs. 65 y 100.
(72) Norman Cohn, obra citada, pág. 169.

Sin embargo, de acuerdo con Salomon, el hecho de que Rathenau fuese judío no tenía nada que ver con su muerte. Él y Kern proclamaban que eran admiradores del ministro de Asuntos Exteriores «un hombre que es mucho más grande que todos los que le rodean», se dice que Kern dijo (73). El propio Salomon estaba fascinado por los escritos de Rathenau, «exactamente el tipo de cosas que parece... necesario y correcto leer en los actuales momentos... aligerados con el sereno optimismo atemperado por una gentil melancolía» (74).

Fue precisamente a causa de la admiración por él, Salomon escribió, por lo que creían que era la figura más peligrosa en toda la República de Weimar: Kern «no podía soportar que de nuevo surgiera algo grande de la caótica e insana edad en la que vivíamos» (75) y, precisamente por ello, se decidió a asesinarlo.

En efecto, los ideales de Salomon y Kern, a principios de la década de 1920-1930, se correspondía (siempre según Salomon) con los de los bolcheviques nacionales. En *Los Proscritos*, Salomon informa de una conversación con Kern sobre el comunismo: «Yo dije excitadamente: "¡Pero es cuesti5n de hacer la guerra contra el Oeste, contra el capitalismo. Tratar incluso con los comunistas. Estoy dispuesto a aceptar a todo aquel que esté dispuesto a luchar a mi lado. No tengo ningún interés en proteger a los capitalistas, puesto que no soy uno de ellos". "Esto no importa. Los comunistas están preocupados por nuestros intereses. Si nos peleamos con ellos por esta causa, no es porque sea suya, sino porque nosotros no podemos reconocer otros intereses que los de la nación. Si en vez de «Sociedad» o «Clase», habláramos de la «Nación», usted entendería perfectamente lo que quiero decir." "Pero eso significa el socialismo en su forma más pura". "Realmente, debe representar al socialismo, pero sólo en su forma presente; es decir, en la forma prusiana"» (76).

A medida que se adelantaba la década de 1920-1930, cada vez se hacía más obvio que el Partido nacionalsocialista estaba profundamente resquebrajado. Contrariamente a Mussolini, Hitler jamás se molestó en alterar el programa de 1920, pero desde que salió de la cárcel, en 1924, parecía estar dispuesto a llegar a esos auténticos compromisos

---

(73) E. Salomon, obra citada, pág. 275.

(74) *Ibid.*, pág. 180.

(75) F. von Salomon, obra citada, pág. 270.

(76) *Ibid.*, pág. 268. Después del asesinato de Rathenau en junio de 1922, Kern fue muerto a tiros por la policía; Fischer, otro de los asesinos, se suicidó; Techow fue condenado a quince años de presidio, y Salomon, cuya participación en el asunto había sido mínima, a cinco años.

que el duce, el político al que admiraba por encima de todos, había llegado en Italia. En enero de 1925, se reunió con el Dr. Heinrich Held, presidente del Consejo de Ministros de Baviera y jefe del Partido Católico Popular de Baviera, y admitió que el complot de la cervecería de Munich de 1923 había sido un error. Declaró, también, que no compartía la hostilidad que sentían Ludendorff y los líderes *völkisch* de Alemania del Norte, Raventlow y Graefe, con respecto a la Iglesia Católica. El propósito de su reunión con Held fue mostrar que el nacionalsocialismo era esencialmente respetable, y dispuesto, sobre todo, a colaborar con el Gobierno en la derrota del marxismo. Con esa postura, Hitler confiaba que el presidente del Consejo de Ministros de Baviera anularía la prohibición que pesaba sobre el partido y su periódico, *Der völkische Beobachter,* desde hacía un año. Y Held, aunque a disgusto, accedió. Hitler, consecuentemente, había decidido alcanzar el poder legalmente, dentro del marco de la Constitución. La idea de un golpe de Estado revolucionario fue abandonada.

Más tarde, ese mismo año, hubo divergencias entre Hitler y los hermanos Strasser sobre la forma como las ex casas reales alemanas debían ceder sus posesiones a los distintos Estados alemanes. Los hermanos Strasser pedían la expropiación, pero Hitler, que había recibido una buena subvención de la duquesa de Sajonia-Anhalt, decidió lo contrario. Los hermanos Strasser, apoyados por un joven socialista llamado Joseph Goebbels, presentaron un programa aún más radical que el de 1920 e insistieron en que el Partido debía aceptarlo, pero al convocar una reunión en el Sur de Alemania, donde había consolidado su postura indiscutible como jefe del Partido, Hitler consiguió hacer fracasar el plan de los hermanos Strasser. Sin embargo, los dos hermanos y la facción del Partido en Alemania del Norte, significó una seria amenaza contra la autoridad de Hitler. Éste tardaría tres años en superarla totalmente.

En 1929, Hitler apoyó al jefe del Partido Nacional Alemán, el industrial Alfred Hugenberg, en su campaña para que se rechazara, por medio de un plebiscito, el Plan Young y el nuevo acuerdo para el pago de reparaciones. Aun cuando la campaña fue un fracaso, le permitió a Hitler el celebrar reuniones con hombres importantes que estaban de acuerdo con él en su oposición al Plan Young y que le concedieron amplios subsidios, mostrándose dispuestos a respaldarlo. Investigaciones recientes, sin embargo, han probado (77) que al igual que hicieron los

---

(77) Henry Turner, Jr.: *Big Business and the Rise of Hitler,* en *American History Review,* octubre 1960, págs. 56-70.

industriales italianos con el *Partito Nazionale Fascista,* los grandes jefes de la industria alemana en un principio estaban poco dispuestos a conceder subsidios a un partido que tenía un programa tan radical como el de los nacionalsocialistas. Hubo algunas excepciones, como, por ejemplo, Fritz Thyssen, el presidente de las Fundiciones de Acero Unidas, pero incluso estas excepciones amenazaron con retirar su ayuda económica en abril de 1930, cuando Otto Strasser concedió su apoyo a una huelga en Sajonia. Esto obligó a Hitler a separarse de tan peligroso colega y, tras una larguísima discusión con Strasser, Hitler repudió totalmente la idea de nacionalizar la industria. «Esto significaría el fin de la economía alemana», dijo. «El capitalismo se ha abierto el camino a la cumbre gracias a su capacidad, basada en la selección, lo que una vez más prueba su alto valor racial, y por lo tanto su derecho a un puesto rector.»

Strasser le preguntó seguidamente qué ocurriría con las industrias Krupp si él alcanzaba el poder. Hitler replicó que «las dejaría desenvolverse por sí mismas. ¿Cree usted que seré tan loco como para destruir la economía alemana? Sólo en el caso de que alguien actúe contra los intereses de la nación, sólo en ese caso, intervendrá el Estado. Pero para ello no se necesita ninguna expropiación, no se necesita darles a los trabajadores el derecho a tener voz en la dirección de los negocios. Lo único que se necesita es un Estado fuerte» (78).

Poco después de esta conversación, Strasser fue expulsado del Partido y en junio fundó su propia Unión de Revolucionarios Nacionalsocialistas, que más tarde pasaría a ser conocido con el nombre del «Frente Negro». Hitler había logrado triunfar, y uno tras otro, todos los demás anticapitalistas que militaban en el Partido Nacionalsocialista sacrificaron sus principios en favor de las ideas del Führer. Strasser se vio obligado a actuar entre esa multitud, amplia, pero inefectiva, de los conservadores revolucionarios, los revolucionarios nacionalistas y los bolcheviques nacionales. Poco después de la crisis de Wall Street en 1929, los jóvenes nacionalistas certificaron su odio contra la burguesía al convertirse en oponentes fervientes del sistema capitalista en su totalidad (79).

---

(78) Allan Bullock: *Hitler, A Study in Tyranny,* Libros Penguin, 1962, pág. 158.

(79) Las primeras críticas serias contra el capitalismo vinieron de los colaboradores de *Die Tat,* un periódico fundado por Hans Zehrer, y provinieron principalmente del economista Ferdinand Fried, cuyo libro, tan influyente, *Das Ende des Kapitalismus,* fue publicado en el año 1931. (Véase Kurt Sontheimer: *Der Tatkreis,* en *Vjh. für Zeitgeschichte,* 7, 1939.)

El capitalismo y la Unión Soviética no eran las únicas divergencias entre los nacionalistas y Adolf Hitler. En 1930, muchos jóvenes revolucionarios, tanto del ala izquierda como del ala derecha, se dieron cuenta de la posibilidad de movilizar al campesinado alemán para una revolución nacional. El área más prometedora para esa movilización era Schleswig-Holstein, donde en 1928 los campesinos se habían unido para protestar contra al importación de alimentos procedentes del extranjero y el sistema de distribución de créditos. Dos años más tarde, la depresión económica hizo que los bancos e instituciones de crédito reclamaran el pago de las deudas y amenazaron a los campesinos con el embargo y expropiación de sus tierras si no lo hacían. Siguieron otras manifestaciones acompañadas de huelgas y actos de terrorismo. El nacionalista Otto Strasser, con el ala izquierda del Partido Nacionalsocialista e incluso los comunistas se lanzaron en apoyo de los campesinos. Bodo von Uhse y Bruno von Salomon, hermano de Ernst, dejaron el Partido de los Revolucionarios Nacionales para pasarse al comunismo y trataron de convencer a los campesinos de la región para que votaran al candidato comunista, Ernst Thaelmann. Jünger, Niekisch, Hielscher y Otto Strasser, por otra parte, se unieron con otros movimientos del centro y la derecha para apoyar la candidatura del líder campesino Claus Heim, que estaba cumpliendo una sentencia de cárcel por haber arrojado una bomba. Se creía que Hitler se uniría a ellos, pero a última hora rehusó. Temeroso de que la burguesía se alejara de él si se alineaba junto al campesinado, llevó a cabo lo que los nacionalistas calificaron como la traición definitiva, alejándose del modo más completo del asunto.

Si los compromisos de Hitler y el antisemitismo aún más violento de los jóvenes nacionalistas fueron motivo de discordia, otro fenómeno aparentemente contradictorio se estaba produciendo al mismo tiempo. El año 1930 fue el año del primer gran éxito electoral de Hitler. Se puso en claro de inmediato que si algún movimiento nacionalista tenía que acabar con la República, éste sería el nacionalsocialista. En primer lugar se trataba de un auténtico partido político, lo que no podía decirse de los otros movimientos nacionalistas. Aparte de ello era el único partido nacionalista «joven». Como ya hemos visto, los otros «jóvenes» nacionalistas lo despreciaban precisamente por eso: por tratarse de un partido político, pero después, debido al descontento causado por la depresión económica, se presentó una buena oportunidad para la acción política y todos estaban de acuerdo en que sólo un partido «político» estaba en condiciones de llevarla a cabo. A regañadientes los «jóvenes» nacionalistas comenzaron a apoyar al Partido Nacionalsocialista si no por él mismo sí porque creían

que serviría para poner fin al régimen de Weimar y les abriría a ellos el camino, les serviría para que pudieran aplicar sus ideas, en las que creían firmemente, y estaban convencidos de que *ellos* eran los únicos que tenían ideas y no los nazis. «Las condiciones espirituales necesarias para la revolución alemana han sido creadas "*fuera*" del nacionalsocialismo», escribió Edgar Jung en junio de 1932. «El nacionalsocialismo no ha hecho más que adaptar la idea de un movimiento popular («*Volksbewegung*») para las fuerzas revolucionarias combinadas. Lo ha sabido llevar a cabo de modo espléndido y se ha convertido en una fuerza muy poderosa. Nosotros no sólo nos sentimos complacidos por ello, sino que hemos contribuido a ese crecimiento. Somos nosotros los que hicimos el trabajo de avanzadilla entre las clases educadas en especial, para preparar el día en que el electorado alemán elija un candidato nacionalsocialista. Esa tarea ha sido la más heroica porque no busca miras publicitarias. Yo respeto el primitivismo de un movimiento popular, la fuerte lucha de los victoriosos Gauleiters y Sturmführers. Pero su éxito no les da derecho a considerarse a sí mismos como la sal de la tierra y a subestimar a sus campeones espirituales» (80).

* * *

En los años que precedieron de inmediato a la designación de Hitler como canciller, de 1930 a 1933, fue Joseph Goebbels, más que Hitler, quien intentó penetrar en los círculos intelectuales de Berlín. Goebbels, autor de una novela, admirador de Moeller van der Bruck y de Ernst Jünger, parece ser que no se afilió al Partido Nacionalsocialista hasta 1924, cuando trabajaba como subdirector del periódico *Völkische Freiheit.* Al principio militó en la fracción izquierdista de Strasser e incluso llegó a pedir que «el pequeño burgués Adolf Hitler» fuese expulsado del Partido. Sin embargo, después de oír el discurso de Hitler en febrero de 1926 abandonó a Strasser y se proclamó seguidor de Hitler, aunque su actitud con respecto al Führer siguió algo ambigua hasta la purga de las SA en 1934. En noviembre de 1926, Goebbels fue nombrado Gauleiter, es decir, jefe provincial del Partido en Berlín, donde su talento oratorio y su capacidad de organización se probaron preciosos para el progreso del nacionalsocialismo. Él y Hermann Goering fueron elegidos diputados del Reichstag en mayo de 1928 y, en noviembre, Goebbels fue nombrado jefe de propaganda de Hitler.

---

(80) *Deutsche Rundschau*, junio de 1932.

El mejor contacto con el mundo literario en Berlín era Arnolt Bronnen, un escritor cuyas obras eran tan desiguales como su carácter. La obra teatral que le dio fama *Parricidio,* fue escrita en 1920 y representada en 1922. El protagonista, Walter Fessel, era una figura irresoluta, bordeando la homosexualidad y el incesto, provocado continuamente y azotado por su padre, un alcohólico, que quería obligarle a estudiar Derecho y a luchar por los derechos de los trabajadores. Pero el único deseo de Walter era escapar, trabajar la tierra y salir de una vez para siempre de su hogar. En la última escena del drama, después de que su madre trata de seducirlo y de que su padre lo amanaza con una pistola, Walter acuchilla a su padre: «Ya tengo más que suficiente», le grita a su madre. «Estoy cansado de vosotros y de todo. Ve y entierra a tu esposo, ya eres vieja. Pero yo soy joven. No te conozco ya... Soy libre» (81).

El principio que subraya la forma de anarquía de Bronnen está en la determinación de acabar con «el viejo mundo», de huir de los lazos representados por el orden establecido. Como obra teatral, *Parricidio* es uno de los mejores ejemplos, todavía, del drama expresionista y su éxito está justificado. Ese éxito, sin embargo, no se dio en las últimas obras de Bronnen: *Geburt der Jugend* («El nacimiento de la Juventud»), *Die Excesse* («Los Excesos»), *Anarchie in Sillian, Rheinische Rebellen* («Los rebeldes de Renania»), y contribuyen a la mediocridad de sus otros escritos narrativos, como *O.S.* y *Rossbach,* en los que se ofrecía el nacimiento de un «nuevo mundo» como solución: una Alemania joven engendrada por el nacionalismo.

Aunque hay cierta justificación en la descripción que hace el crítico Alfred Kerr de las obras de Bronnen, a las que califica de «ruido vacío» o «ruido sin más objeto que el de hacer ruido», lo cierto es que Bronnen era un maestro en la creación de efectos teatrales y en especial muy apto para ese tipo de teatro expresionista. Como Jürgen Schröder subrayó en un reciente estudio, «Bronnen fue el Judas de la autotraición inmanente en el expresionismo. Todas las tendencias más dudosas y peligrosas de ese movimiento tuvieron rienda suelta y fueron llevadas a escena por Bronnen. El expresionismo se transformó en exhibicionismo, el "pathos", en retórica; la tensión en pesantez... el revolucionario se transformó en sus obras en un provocador, el programa en propaganda... los extremos se confundieron con el exceso, y la anarquía brotó de orgías sádicas; los compromisos se convirtieron en moda... y la precisa estructura dra-

---

(81) A. Bronnen: *Vatermord,* Berlín, 1925, pág. 26.

mática, la audaz experiencia teatral debió su existencia a una refinada técnica escenificadora» (82).

Debido a sus muchos partidarios y lo extenso de su influencia en la pintura, la arquitectura, la escultura, el cine y la literatura, resulta casi imposible dar una definición concisa del expresionismo, el movimiento que dominó sobre todo en Alemania en los primeros veinte años de este siglo. Al igual que el futurismo en Italia y el vorticismo en Inglaterra, el expresionismo tuvo sus orígenes en la impaciencia que la vida burguesa introdujo en los círculos intelectuales antes de la Gran Guerra. Fue un intento de liberar el arte de los convencionalismos y la hipocresía que lo agarrotaban, de dar una mayor espontaneidad o naturalidad. «El expresionismo», concluye Gottfried Benn, «fue algo completamente natural, en tanto que un estilo y un arte puede ser natural» (83). Más adelante volveré a ocuparme de la actitud de Benn con respecto a la política (84), pero creo que aquí debo decir unas palabras sobre su obra. La revuelta de Benn contra el mundo en el que se desenvolvía fue mucho más profunda que la de la mayoría de sus otros compañeros de expresionismo. Trató de criticar y destruir el pensamiento racionalista del Occidente desde Kant para barrer toda la traición positivista del siglo XIX, pero en vez de celebrar esas utopías del futuro que encontramos en los escritos de Marinetti, Benn dedicó su talento a explorar la decadencia del ambiente que lo rodeaba. Fue el primer poeta alemán que escribió poemas sobre la pura fealdad, y que formuló una teoría estética de la fealdad. Al hacerlo así, se aproximó peligrosamente a la trampa cuyo cebo ejerció una atracción irresistible sobre muchos expresionistas. De ese modo, lo que en un principio fue «algo completamente natural» se convirtió en algo completamente estilizado. Una forma de arte mórbida y sensitiva, se transformó en una caricatura tosca y vulgar. En el caso de Benn su obsesión con la podredumbre, su convicción en el derrumbamiento inminente de la civilización occidental, hizo que recibiera con agrado las ideas de Spengler y lo llevó, como veremos, a despertar en esas formas de pensamiento apocalíptico que le gustaba representar al nacionalsocialismo.

Benn no era el único en este camino. El expresionismo, frecuente-

---

(82) Jürgen Schröder: *Arnolt Bronnen*, en *Expressionismus als Literatur, Gesammelte Studien*, editados por Wolfgang Rothe, Bonn, 1969, págs. 585-586.

(83) G. Benn: *Einleitung zu Lyrik des expressionistischen Jahrzehnts*, Munich, 1962, pág. 9.

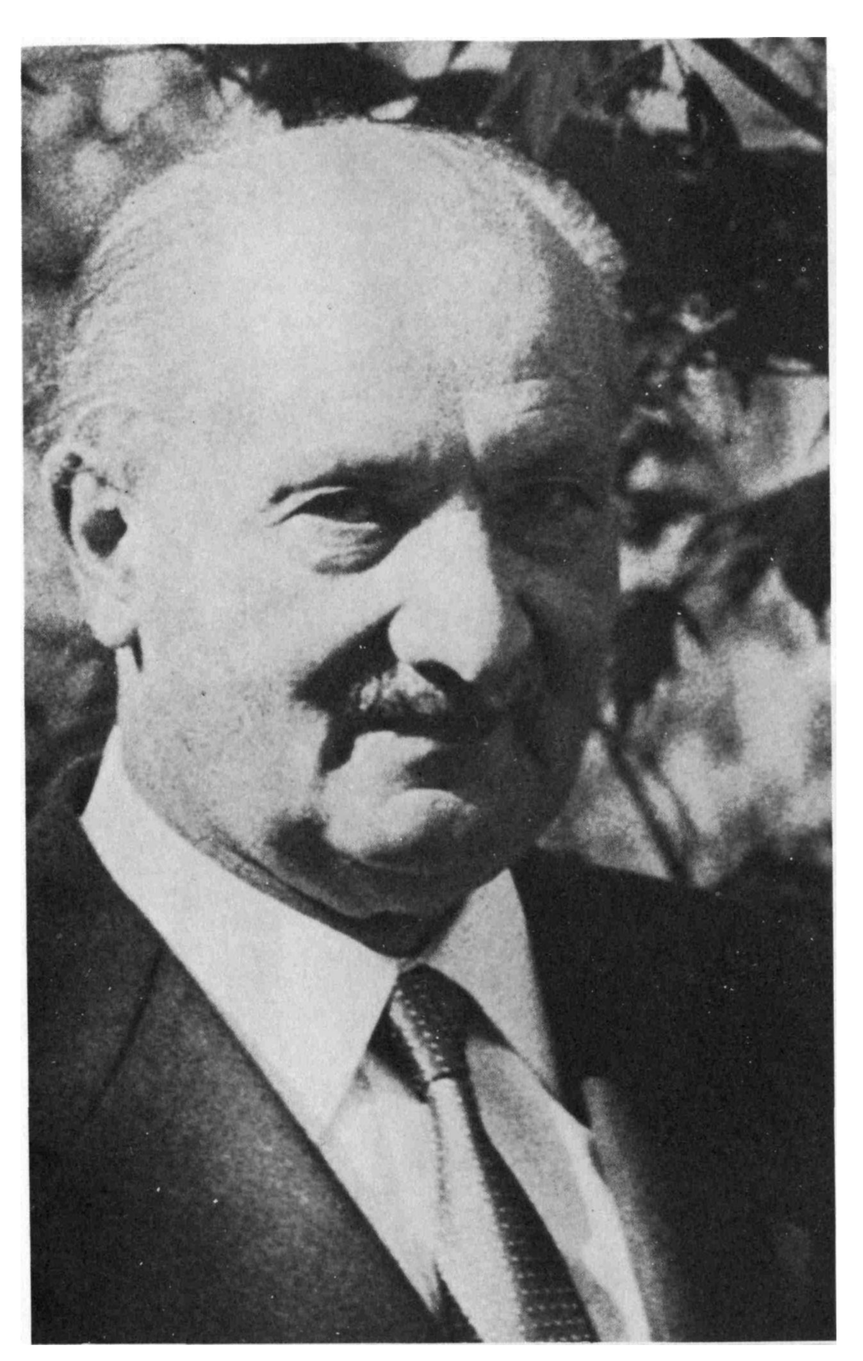
(84) Volveremos a ocuparnos del tema más adelante.

mente, tendía al compromiso político. Buscaba lo nuevo y se burlaba de lo antiguo. Como movimiento, no podía brindar ni ideología ni disciplina, y fue precisamente en busca de esas cualidades que hombres como Johanes R. Becher y Bertolt Brecht se pasaron desde el expresionismo al marxismo. El comediógrafo Hans Johst, por otra parte, modificó sus anteriores principios artísticos y se volvió, sentimental y románticamente, hacia el nacionalismo y el *Volk.* Y lo mismo, aunque más precavidamente, haría Arnolt Bronnen.

Nacido en Viena en 1895, Bronnen conservó su nacionalidad austríaca hasta el *Anschluss* en 1938. Durante la Gran Guerra luchó en el frente italiano, donde fue hecho prisionero. Posteriormente, fijó su residencia en Alemania, donde trató de ver representada — y lo consiguió — su obra *Vatermord.* En Berlín hizo amistad con Brecht. Pero cuando éste trató de dirigir *Vatermord* se mostró tan rudo y violento con los actores que Heinrich Georges le arrojó el manuscrito a la cara y Agnes Straub comenzó a llorar. Finalmente, *Vatermord* fue representado en Frankfurt bajo la dirección de Berthold Viertel y consiguió despertar el interés del editor Ernst Rowolht, que decidió financiar las obras futuras de Bronnen.

Bronnen era muy susceptible a personalidades más fuertes que la suya propia. Primero había sido Brecht, después sería Goebbels y, en 1927, su encuentro con Ernst Jünger lo atrajó al mundo de los jóvenes nacionalistas. «Llegué, vi y fui conquistado», escribió en sus memorias. «Ernst Jünger era exactamente la clase de individuo por la que siempre sentí la mayor simpatía. Ese hombre delgado, pequeño y nervudo despertó en mí la misma fascinación que había tenido sobre mí Bert Brecht cinco años antes» (85). Un provocador por naturaleza, Bronnen conservó el cinismo anárquico y un arte destructivo que antaño compartiera con Brecht. El conde Harry Kessler, autor de crónicas plenas de colorido aunque no siempre merecedoras de crédito, escribió en 1926, refiriéndose a una entrevista que mantuvo con él en la Embajada de Alemania en París: «Bronnen, al que veía por vez primera, me causó una extraña impresión: informalista, falto de seguridad en sí mismo, pálido, con la respiración defectuosa y en traje de mañana, cuando todo el mundo vestía ropas de noche, y con un monóculo pegado al ojo. Se sentía como un subordinado que sabe lo es, débil y nervioso de carácter, pero que desea aparentar superioridad... un pequeño burgués pervertido, petulante, li-

(85) *Arnolt Bronnen gibt zu Protokoll,* Hamburgo, 1954, pág. 188.



Martin Heidegger



Arnolt Bronnen

mitado, patológicamente vano. En resumen, *un gran provinciano* que no dejó gran cosa tras él» (86).

Después de sorprender y asustar a los burgueses con *Vatermord* y sus otras obras teatrales, Bronnen procedió a hacer lo mismo con los liberales con una novela sobre los patriotas alemanes que trataron de resistir al resultado de un plebiscito en la Alta Silesia en 1921. La novela se titulaba *O.S.* Cuando apareció el libro en 1929, sus amigos del ala izquierda de sus días de expresionismo, no tuvieron más remedio que repudiarlo, sobre todo después de que Goebbels escribió en su periódico *Der Angriff* que «la novela *O.S.*, de Bronnen, es como si hubiera sido escrita por todos nosotros». La estimación que sentía Goebbels por él fue confirmada cuando Bronnen empezó a escribir la biografía del veterano miembro del *Freikorps* Gerhart Rossbach, con tono psicopático (87). Al igual que Ehrhardt, Rossbach había participado en la casi totalidad de «putsches» y golpes de Estado que se produjeron en la República de Weimar. Era conocido por su crueldad, su valor y sus tendencias homosexuales; tras provocar bastantes alzamientos patrióticos en las provincias bálticas, se unió al Partido Nacionalsocialista, tomó parte en el «putsch» de la Cervecería de Munich, huyó a Salzburgo para después volver a la capital bávara, por orden de Hitler, y ayudó a organizar las SA. Sin embargo, hay que decir que la obra de Bronnen no era un elogio del nacionalsocialismo. Como subrayaría en su autobiografía, orgullosamente, apenas si mencionó a Hitler e incluso escribió incorrectamente el nombre de Goering (lo escribió: Göhring).

En 1930, Bronnen visitó a Goebbels en su piso para hacerle una entrevista para el periódico *Der Querschnitt*. Había escuchado el discurso de Hitler en Munich en 1923 y conocía a los hermanos Strasser, pero a su juicio Goebbels era la personalidad más atractiva. «En él no se daba el juvenil movimiento antisemítico que había en la actitud de Otto Strasser, ni tampoco la atmósfera pequeño-burguesa de la farmacia de Gregor Strasser, ni el acento gutural del dialecto de Hitler, ni el rudo y crudo fanatismo de Streicher y Rosenberg. En él, pensaba, había intelecto, la huella del intelecto... sólo más tarde me di cuenta que sólo se trataba de unos simples residuos de intelecto» (88).

En esa época, Bronnen estaba viviendo con una estrella rusa, Olga

---

(86) Harry Kessler: *Tagebücher 1918-1937*, Frankfurt del Main, 1961, pág. 487.

(87) A. Bronnen: *Rossbach*, Berlín, 1930. Realmente el libro fue escrito por encargo del editor Rowohlt.

(88) *Arnolt Bronnen, gibt zu Protokoll*, pág. 234.

Förster, que había actuado dos años antes en el «Teatro Nacional Socialista», cuando Goebbels intentó reemplazar las obras «judaizantes» que se representaban por unas formas más fieles de drama campesino. Sin embargo, en 1930 Goebbels era ya más que un director de teatro fracasado y el representante de un pequeño partido nacionalista. Estaba encumbrado en uno de los cargos más importantes de un partido político que iba ganando votos día a día. Además, Olga Förster compartía el gusto por la violencia que sentía Bronnen y uno de sus pasatiempos favoritos era observar las batallas campales entre las SA y los comunistas. La cooperación entre la pareja formada por Bronnen y Olga Förster y Goebbels era, en muchos aspectos, ideal. Bronnen hizo que Goebbels fuera admitido en los círculos literarios y, en ocasiones, sirvió como punta de lanza a las SA para provocar desórdenes en mítines de las izquierdas. En octubre de 1930, Thomas Mann, en la Sala Beethoven de Berlín, llevó a cabo la lectura de su *Deutsche Ansprache, ein Appel an die Vernunft,* una advertencia dirigida a los alemanes sobre el peligro que significaba su acercamiento al fascismo. Con intención de comenzar una discusión abierta con Thomas Mann, Bronnen adquirió las entradas para la conferencia, pero cuando Goebbels se enteró de ello, envió a veinte de sus hombres de las SA en traje de etiqueta, dispuestos a prestar a Bronnen su apoyo. Mann habló rápidamente, con nerviosismo y, al final de su conferencia, salió por la puerta del escenario hasta la calle, donde lo esperaba el automóvil de Bruno Walter, mientras que en el auditorium se intercambiaban insultos entre sus partidarios y sus oponentes.

La invasión por los hombres de las SA de la Sala Beethoven tuvo desagradables consecuencias para Arnolt Bronnen. El periódico *B.Z. am Mittag,* publicó una serie de artículos en los que se recordaba que Bronnen era judío. Éste fue un momento decisivo en su vida, puesto que desde 1930 hasta la Segunda Guerra Mundial se pasó la mayor parte del tiempo tratando de probar que el esposo de su madre, el profesor austríaco Dr. Ferdinand Bronner, no era su padre. Incluso la propia madre de Bronnen parece ser que admitió en varias ocasiones que Ferdinand Bronner no era responsable de la concepción de su hijo Arnolt; y la cuestión se complicó mucho más todavía cuando, después del *Anschluss,* en 1938, el propio Bronner se vio obligado a probar también que *él* no era judío.

En tanto que duró la amistad de Bronnen con Goebbels, pareció como si los dos hombres estuvieran representando una comedia entre ellos, y en el caso de Bronnen, un juego a costa de sus amigos. Trató éste de presentar a Goebbels al editor Ernst Rowohlt, a Ernst y Friederich

Georg Jünger, a Hielscher y Niekisch, pero las *Diskussions-Abende* tuvieron funestas consecuencias. Niekisch, que casi se pegó con Goebbels, las describió así: «Bronnen se divierte organizando estas reuniones vespertinas en las que los invitados parecen pincharse los unos a los otros... como si se odiaran. Por regla general, se sirve un ponche y cuando el alcohol empieza a hacer efecto surge el caos. Normalmente, después de la medianoche comienzan violentas discusiones que terminan en camorra. Bronnen permanece sentado, retrepado en su silla en un ricón de la habitación, y observa el desorden con interés. De vez en cuando deja escapar una observación que aumenta aún más los malos humores y da lugar a nuevas escenas de violencia. Ernst Jünger era un asistente asiduo a esas reuniones porque, al igual que Bronnen, parecía gustar de tales excesos, pero no tomaba parte en ellos y se limitaba a observar lo que ocurría con silencioso placer» (89).

En ese punto, la sección más progresista del Partido Nacionalsocialista, seguía estando formada por su revolucionaria *force de frappe,* las SA. Sin embargo, esta organización no consiguió causar a las izquierdas, antes de que Hitler consiguiera hacerse con el poder, tanto daño como los *squadristi* italianos antes de que Mussolini fuera nombrado jefe de Gobierno de Italia, pese a que las SA eran una organización impresionante que a finales de 1932 contaba con 400.000 miembros. Compartían su odio por el capitalismo y una oposición a la República que no admitía compromisos, lo que hizo que en los años de la depresión hubiera un frecuente intercambio de miembros entre las SA y el Partido Comunista alemán. Arnolt Bronnen quien, al igual que Niekisch, confiaba en una alianza con la Unión Soviética, pensó que podría utilizar las SA de Berlín para incrementar *su* forma de bolchevismo nacional. Eran, según dijo, «un grupo de parados y revolucionarios mal organizados, que básicamente despreciaban a Hitler y deseaban «hechos». Mis amigos y yo teníamos la ilusión de utilizar a los hombres de las SA para dividir el Partido Nacionalsocialista de Alemania del Norte, separándolo de Munich y formar con él un amplio movimiento derechista radical con simpatías por el Este, y con Goebbels a la cabeza para constituir un baluarte contra el imperialismo occidental» (90).

La rebelión de las SA fue planeada por el ex capitán de la policía Walter Stennes, y su causa estuvo en la orden de Hitler de fecha 20 de

(89) E. Niekisch: *Gewagtes Leben,* Colonia-Berlín, 1958, pág. 201.

(90) A. Bronnen, obra citada, pág. 264.

febrero de 1931 según la cual las SA debían suspender sus luchas callejeras. Pero al creer que Goebbels iba a sumarse al complot, Bronnen se equivocaba ilusoriamente. Hitler se enteró a tiempo de lo que se planeaba y sustituyó a Stennes por Edmund Heines, uno de los hombres que había formado parte del *Freikorps* de Rossbach, y Stennes, que al parecer estaba en contacto con Otto Strasser, se unió al «Frente Negro». Las relaciones entre Bronnen y Goebbels empezaron a deteriorarse cuando Goebbels mostró menos interés en la mujer de Bronnen. Después de haberse casado con Marta Quant, el jefe de propaganda de Hitler, con el dinero de su mujer, se trasladó del modesto piso de dos habitaciones que ocupaba en el distrito obrero de Steglitz a un elegante piso de doce habitaciones en el aristocrático barrio de Charlottenburg. Sin embargo, pese a su dinero y a su poder cada vez mayor, Goebbels aún seguía necesitando a Bronnen, que trabajaba en Radio Berlín: parece ser que se debió a Bronnen en parte principalísima, el que Goebbels pudiera radiar su discurso electoral de junio de 1932. Según Bronnen, su última entrevista con Goebbels tuvo lugar ese invierno, en una cena ofrecida en casa del jefe de propaganda de Hitler en honor de Leni Riefenstahl. Cuando Goebbels trató de entrar en contacto con él, al día siguiente del nombramiento de Hitler como canciller, Bronnen no pudo ser localizado.

* * *

El mes de octubre de 1929 fue posiblemente el más decisivo — y desastroso — mes en la historia de la Alemania moderna. Fue el mes en que Gustav Stresemann, el más grande de los estadistas de la República de Weimar, murió y en el cual se produjo la crisis de la Bolsa de Nueva York, en Wall Street. En el plazo de menos de un año, la prosperidad que Alemania venía disfrutando desde 1924 llegó a su fin. Entre 1925 y 1928, la renta nacional había aumentado en un veinticinco por ciento, pero desde 1929 hasta que Hitler subió al poder, los alemanes volvieron a encontrarse en una situación tan triste y mísera como la de 1923. El flujo de capital norteamericano cesó de llegar y los préstamos norteamericanos que sustentaban a la economía alemana fueron retirados. El número de parados forzosos «registrados» se elevó de un millón y medio en septiembre de 1929 a tres millones en septiembre de 1930; y de 4,5 millones en septiembre de 1931, a los 6 millones de 1932 y 1933. Pero de acuerdo con una investigación reciente, «la cifra real era bastante más elevada debido a que muchos obreros que llevaban años sin trabajo habían dejado de recibir el subsidio estatal de paro y no estaban incluidos

en los archivos oficiales. No estaremos muy lejos de la verdad si afirmamos que en 1932 uno de cada tres miembros de la población laboral alemana estaba sin trabajo. Y lo peor era que aun aquellos que conservaban el trabajo vivían bajo la constante amenaza de ser despedidos, puesto que todo el mundo era reemplazable; había un número excesivo de competidores dispuestos a ocupar el puesto que cualquiera dejara vacante, con lo cual el trabajador veía su ocupación en constante peligro» (91).

Alemania presentaba un aspecto siniestro. Los sin trabajo se agrupaban en campamentos de barracas en las afueras de Berlín: artistas e intelectuales cantaban por las calles para recoger unos céntimos en los patios de las casas o las estaciones. «Cualquiera que pasee por las zonas residenciales del Berlín Oeste —escribió un periodista del *Vossische Zeitung*—, por esas calles limpias, tranquilas y elegantes, encontrará en cada esquina un hombre o una mujer (o mejor dicho, una señora o un caballero, vestidos exactamente como nosotros) ancianos que se dirigen a uno pidiéndole unos céntimos. Algunos le abordan a uno con una sonrisa, como si estuvieran saludando a un antiguo amigo; otros piden apáticamente y sin ilusión, pero es evidente que en ninguno de ellos se ha desarrollado el espíritu del auténtico mendigo. Los peores son los que no hablan. Durante el día se sientan en los bancos de las calles para más tarde pasar por los restaurantes, donde se paran delante de los comensales, sin hablar una palabras, sin pedir, sin moverse, a la espera de la buena voluntad».

De nuevo, las víctimas resultaron la clase media y baja. El Gobierno de Weimar jamás tuvo el valor de nacionalizar las grandes industrias, como había proclamado, y los grandes trusts y «cartels» habían hecho posible que los grandes industriales aumentaran su influencia en la economía nacional hasta un extremo sin precedentes. Cuando Brüning fue proclamado canciller a finales de marzo de 1930, su Gobierno estaba dirigido de modo exclusivo por las derechas, la aristocracia y el Ejército; su política económica se trazó pensando en el beneficio exclusivo de los banqueros y los grandes industriales. «Proponía» se diera ánimos a la acumulación de capital, la reducción de impuestos sobre la producción y la «suspensión de los obstáculos antieconómicos», es decir, la reducción de los gastos sociales. Los industriales pedían con particular urgencia un aumento de los impuestos indirectos —que son los que re-

---

(91) Dieter Petzina: *Germany and the Great Depression*, en *Journal of Contemporary History*, vol. 4, número 4, octubre 1969, pág. 60.

caen principalmente sobre las masas trabajadoras — y al mismo tiempo la disminución de los impuestos a los patronos y sobre el capital (92).

Con la depresión, las clases bajas tendieron a permaneces fieles a sus partidos tradicionales, el comunista o el socialdemócrata, y se sentían satisfechas con la interpretación marxista de la crisis de Wall Street y la inevitable ruina del sistema capitalista. Ésta se produciría y justificaría el triunfo de los trabajadores. Pero, por otra parte, la clase media repudiaba el marxismo por su política exterior internacionalista y por su amenaza en el interior de nacionalización de la propiedad privada. Los partidos derechistas, creían, ya no representaban sus intereses tampoco. La actitud conservadora de Brüning y su Gobierno, los hirió profundamente, tanto o más que a los propios trabajadores. Instintivamente, pues, la clase media buscaba algo más radical. Patrióticamente, atribuían su miseria a la crueldad del Tratado de Versalles y a los planes de reparaciones (93), así como, naturalmente, al Gobierno de Weimar, que había sido lo suficientemente cobarde como para aceptar dichos planes. En Hitler veían a un hombre que no estaba comprometido con la República de Weimar y determinado a denunciar el Tratado de Versalles, que además era consistente y firme en su oposición al marxismo. Estaban dispuestos, en consecuencia, a pasar por alto sus arreglos con los grandes industriales y su antisemitismo. Hitler no insistía en que se aceptara ningún dogma; todo lo que tenía era un partido joven, vital y sorprendentemente bien organizado en comparación con la confusión que reinaba en Alemania.

En 1930, la clase media — granjeros, tenderos, artesanos, comerciantes, funcionarios, empleados y las profesiones liberales — constituían un tercio de la población alemana y fue precisamente de ella de la que los nacionalsocialistas consiguieron sus seis millones quinientos mil votos en su primera gran victoria electoral en septiembre y los más de trece millones en el verano de 1932 (94). Los 4,5 millones de votos obtenidos por los comunistas en las elecciones de 1930 sólo sirvieron para aumentar el miedo y el antagonismo en la clase media. Los otros grupos nacionalistas, como hemos visto, no estaban en condiciones de ofrecer ninguna solución. El Partido Nacionalista Alemán de Hugenberg era demasiado

(92) Dieter Petzina, obra citada, pág. 66.

(93) Debemos señalar que Alemania dejó de pagar sus reparaciones de guerra después de la Conferencia de Lausana en julio de 1932.

(94) En las elecciones para el Reichstag en mayo de 1928, Hitler sólo consiguió 810.000 votos.

conservador y sinónimo de capitalismo, por lo que no podía ejercer una verdadera atracción sobre las masas. Para los que repudiaban el comunismo y se negaban a votar por alguno de los partidos del centro o de la izquierda, el nacionalsocialismo era la única posibilidad de sacar al país de su mísera situación.

Incluso Spengler volvió a ver renacer su interés en la política. La pobreza y la falta de trabajo no le molestaban y creía que el problema se resolvería mediante una baja general de los jornales y la abolición de la Seguridad Social. Ya en 1932, los candidatos a la presidencia de la República fueron Hitler, Duesterberg, de los *Stahlhelm,* Hindenburg, apoyado por todos los partidos de Weimar, desde los socialistas a los Nacionalistas Alemanes, y el comunista Ernst Thaelmann. Cuando se le preguntó a Spengler a quién daría su voto, éste replicó: «Si voto por alguien será por Hitler... Sólo Hitler y Hindenburg pueden ser tomados en consideración... Si al menos Hitler fuera lo suficientemente inteligente como para tomar consejeros idóneos... Creo que lo hará así. Está casi seguro por completo de su propia incompetencia...» (95). En abril, Duesterberg retiró su candidatura y Spengler votó por Hitler. «Hitler está loco —mantuvo—, pero hay que apoyar su movimiento» (96).

Hindenburg ganó las elecciones y reemplazó a su leal partidario el canciller Brüning por Franz von Papen. «Le puede interesar a usted el saber que, recientemente, en una conversación con el Reichcanciller Von Papen —le escribió un amigo a Spengler—, se habló de usted y hallé en él un seguidor incondicional de sus ideas en un inevitable período de cesarismo» (97). Cuando Hitler y sus partidarios desfilaron en Munich, después de las elecciones, Spengler y su hermana colgaron banderas con cruces gamadas en sus ventanas y proclamaron que «cuando se tiene una oportunidad de fastidiar al pueblo debe hacerse uso de ella». En las elecciones de julio, Spengler de nuevo volvió a dar su voto a Hitler. Después de que Von Papen disolviera el Parlamento, sin embargo, los nacionalsocialistas comenzaron a perder votos. Irritado por las continuas elecciones, Spengler escribió en el prólogo de su *Politische Schriften,* en octubre, que no veía ningún «César» auténtico en Alemania. Se lamentó de la incomprensión de la realidad por parte de los nazis y de su afición a los desfiles que ya había deplorado en 1923. El líder, dijo,

(95) A. M. Koktanek, obra citada, pág. 246.

(96) *Ibid.,* pág. 427.

(97) *Spengler Letters,* págs. 273-274.

tenía que ser «un héroe y no un tenor heroico» y la juventud debía «comprender el arte del estadismo» (98).

* * *

En las elecciones de noviembre de 1932, Hitler perdió dos millones de los 13.745.000 votos que consiguió en el verano anterior, pero aun así continuaba siendo el jefe del mayor partido político de Alemania cuando el presidente Hindenburg lo designó canciller el 30 de enero de 1933. Como ocurrió con Mussolini en 1922, pocos hombres sabían lo que haría el nuevo Gobierno o cuánto tiempo Hitler seguiría a su cabeza. «El centro democrático y la izquierda buscaron consuelo en la esperanza de que el nacionalsocialismo, que debía su expansión precisamente a un simple rechazo general del *status quo,* comenzaría a perder seguidores tan pronto como empezara a participar en las responsabilidades políticas. Esa idea era el resultado de las experiencias políticas con la democracia parlamentaria de Weimar y descansó en la creencia de que una vez estuvieran en el poder, los nacionalsocialistas harían bien poco para cambiar la estructura básica de la República» (99). Los miembros del Partido Nacional, por otra parte, estaban convencidos de que Hitler estaba sometido a su control. Hindenburg seguía siendo el presidente y esto era consolador y daba seguridades. Franz von Papen, más seguro que nadie de que la situación seguía en sus manos, era el vicecanciller. Dos de los hombres de confianza de Hindenburg, el barón Von Neurath y el general Von Blomberg, eran ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa, respectivamente; Hugenberg presidía los Ministerios de Economía, Alimentación y Agricultura, y Seldte, de los *Stahlhelm,* era ministro de Trabajo. Dejando a un lado a Hitler, los nacionalsocialistas sólo ocupa-

---

(98) Spengler no era el único en mostrarse escéptico. En 1932, Ernst Niekisch atacó a Hitler en un panfleto titulado *Hitler, ein deutscher Verhängnis.* Cuando mostró las ilustraciones a Ernst Jünger, Arnolt Bronnen y Carl Schmitt, «Bronnen, de inmediato, se pronunció contra el libro en su totalidad. Él mismo se sintió herido por los ataques que se hacían en él al nacionalsocialismo y me advirtió de las serias consecuencias que podía tener su publicación... Schmitt, por su parte, declaró que no había visto en su vida nada tan impresionante... Jünger fue de la misma opinión. Sabía bien, dijo, que yo lo había pensado bien y había tenido en cuenta las consecuencias que podría tener su publicación. Encontró las ilustraciones buenas y efectivas y dijo que el libro causaría un gran efecto» (E. Niekisch, obra citada, pág. 189).

(99) Sontheimer: *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik,* página 296.

ban dos puestos: Frick era ministro del Interior del Reich y Hermann Goering ministro del Interior de Prusia.

Pero el 27 de febrero, el Reichstag fue incendiado. Hitler declaró que había descubierto un complot comunista (100) y Hindenburg declaró el estado de emergencia: la policía podía detener a todo el que tuviera contacto con el Partido Comunista o que resultara sospechoso de atentar contra el Gobierno; las libertades individuales, garantizadas por la constitución de Weimar, quedaron suspendidas. Estos poderes especiales concedidos a la policía hicieron a Hitler y a Goering prácticamente omnipotentes. Venían a significar que podían detener a un número suficiente de gente como para asegurarse una mayoría en el Parlamento y consecuentemente aprobar todas las leyes que considerasen necesarias. En marzo hubo elecciones de nuevo y los nacionalsocialistas obtuvieron el cuarenta y cuatro por ciento de los votos. No fueron tantos como Hitler había confiado, pero bastaron para asegurar su posición. La ley de poderes especiales, aprobada pocas semanas después, le aseguró la dictadura. Permitía al canciller redactar cualquier ley que sólo tenía que ser aprobada por el Gobierno, el cual quedaba, a su vez, independiente del Parlamento, y le permitía desviarse de la Constitución. En un discurso conciliatorio característico, pronunciado poco después de la aprobación de los plenos poderes, Hitler aseguró a la nación que no abusaría de éstos.

En los meses siguientes, Hitler completó el proceso de *Gleichschaltung*, coordinación, mediante la cual toda la vida organizada del país quedaba sometida al Partido Nacionalsocialista. En abril se aprobaron las primeras leyes antisemitas y los «funcionarios públicos que no fueran de raza aria», como abogados, científicos, profesores y médicos, aunque sólo tuvieran un abuelo con sangre judía, fueron despedidos de sus cargos. Quedaban exceptuados los ex combatientes y aquellos que ya hubieran ejercido el cargo antes del 1 de agosto de 1914. Las SA, cuya fuerza había crecido inconmensurablemente después de las elecciones de marzo, habían comenzado a perseguir y boicotear a los judíos y otros oponentes del régimen. En mayo ocuparon los edificios de los sindicatos obreros en todo el país e intimidaron de tal modo a sus jefes que éstos no estuvieron en condiciones de oponerse a la fusión de todos los sindicatos con el Frente Alemán de Trabajo, los sindicatos nazis que estaban bajo el control de Robert Ley. Hacia finales de mes se dictó una ley

(100) En la actualidad hay motivos suficientes para poder afirmar, casi con toda seguridad, que fueron los propios nazis los que organizaron el incendio.

que puso fin a las negociaciones laborales colectivas y designaba comités de trabajo, a las órdenes del Gobierno, para determinar las condiciones de trabajo. Fieles a sus principios nacionalistas, los nazis destruyeron a todos los partidos políticos. Los comunistas habían quedado desprovistos de todo poder desde el incendio del Reichstag. Los socialdemócratas vieron las oficinas y edificios del Partido ocupados en mayo, y en junio el Partido fue prohibido. El Partido Popular Bávaro anunció su propia disolución en julio, después de que sus jefes fueron detenidos. Los demócratas y los nacionalistas hicieron lo mismo en junio, y el Partido del Centro y el Partido Popular en julio. Los *Stahlhelm* fueron incorporados a las SA a finales de 1933 y disueltos dos años más tarde.

Hitler, que era lo suficientemente realista para ver el peligro de todo experimento económico, después de la crisis que su Partido acababa de experimentar, pronto puso fin a las aspiraciones anticapitalistas de nacionalsocialistas tales como Otto Wagener, Adrian von Renteln y Gottfried Feder. Wagener, jefe de la sección económica del Partido, fue obligado a dimitir a finales de junio y sustituido por Wilhelm Keppler. Dos de los más poderosos industriales germanos, Krupp von Bohlen y Thyssen, retuvieron todo su poder e influencia. Krupp siguió en la presidencia de la Corporación del Reich para la Industria Alemana y, por su parte, Thyssen fue nombrado presidente de la Asociación Patronal del Noroeste de Alemania y de la Asociación para la Preservación de los Intereses Económicos de Renania y Westfalia (el *Langnamverein*). Hugenberg fue reemplazado en el Ministerio de Economía y Comercio por el director de la Compañía de Seguros Allianz, Dr. Schmitt, que puso claramente de manifiesto que no se realizarían nuevos experimentos corporativistas. Con la asistencia de Schmitt y del presidente del Reichsbank, el mismo Hjalmar Schacht que había sido una ayuda invaluable para Stresemann, Hitler resolvió algunos de los problemas económicos con los que el país tuvo que enfrentarse a partir de enero de 1933. Gastando grandes sumas en mejorar la explotación de las fuentes de riqueza del país y en obras públicas, el Gobierno consiguió hacer bajar el número de parados de seis millones a dos millones quinientos mil en menos de dos años.

El 14 de octubre de 1933, Hitler anunció que Alemania se retiraba de la Sociedad de las Naciones, a la que se había unido en septiembre de 1926 cuando Stresemann ocupaba la Cancillería. La excusa para justificar este paso fue la cuestión del desarme. Hitler mantenía que Alemanía se había desarmado después de la guerra, siguiendo las disposiciones del Tratado de Versalles, pero que las otras naciones de la So-

ciedad se habían negado a hacerlo así. Cuando Alemania se ofreció a firmar cualquier pacto de no agresión y a renunciar a continuar el rearme si sus vecinos hacían lo mismo, Francia hizo ver con claridad que no estaba dispuesta a aceptar tal propuesta. Esto permitió a Hitler presentar a Alemania como un mártir rodeado de feroces inquisidores armados hasta los dientes. La retirada de la Liga y de la Conferencia de Desarme fue, a los ojos de muchos, el primer intento de reafirmación del prestigio de la nación llevado a cabo desde el fin de la Gran Guerra, y así, cuando Hitler sometió su decisión a un plebiscito, el 12 de noviembre, el noventa y cinco por ciento de los votos confirmaron que el pueblo estaba en favor de su política.

Después de la decisión de Hitler de retirarse de la Sociedad de Naciones, el más grande de los filósofos en Alemania, Martin Heidegger, exhortó a sus estudiantes para que apoyaran la política exterior de Hitler. «No ha sido la ambición lo que ha llevado al Führer a abandonar la Sociedad de Naciones», les informó, «ni tampoco la ambición de gloria, una obstinación ciega o un deseo de violencia: no ha sido nada de eso, sino el claro deseo de ser incondicionalmente responsable de asumir el control de los destinos de su pueblo» (101). En abril, Heidegger había sido nombrado rector de la Universidad de Friburgo, y a comienzos de mayo, a petición del ministro de Educación, ingresó en el Partido Nacionalsocialista: nunca antes había expresado públicamente su punto de vista político o de simpatía hacia él.

En su correspondencia con el profesor Karl Vossler, uno de los pocos profesores alemanes que se negaron a prestar juramento de lealtad a Hitler en otoño de 1933, Benedetto Croce compara a Heidegger con Giovanni Gentile (102). Efectivamente, Heidegger aceptó el rectorado de la Universidad de Friburgo tan optimista y con tanto idealismo como Gentile había aceptado el Ministerio de Educación en 1922, en la creencia de que en él podría llevar a cabo algunas reformas necesarias. Confió en superar las barreras clasistas que tan altas eran en todas las universidades alemanas, y facilitar el ingreso y la continuación en la Uni-

(101) *Freiburger Studentenzeitung*, 10 de noviembre de 1933.

(102) «¡Oh, este Heidegger! —se quejó Croce—. Yo lo conocía por lo que era hace seis años, cuando sus discípulos y admiradores italianos me dieron a leer sus obras, y pude prever que acabaría tal y como lo hizo. Uno podría compararlo con Gentile, pero era posible que Heidegger, con su filosofía pura, llegara a ser más capaz de mantenerse al margen de la política que lo fue Gentile con su pura acción. En práctica política los italianos siempre fueron muy superiores a los alemanes, son mucho menos inocentes» (*Carteggio Croce-Vossler*, pág. 340).

versidad de los estudiantes pobres; y pese a su adhesión a Hitler deseaba conservar el profesorado universitario abierto a todos sin tener en cuenta para nada sus convicciones políticas. «Lo que me indujo a aceptar mi unánime elección como rector fue no solamente mi fe, posteriormente tan amargamente defraudada, en Hitler. Igualmente decisivo resultó la esperanza de que podría ganarme el cuerpo de catedráticos y persuadirlos para transformar el nacionalsocialismo en *nacionalsocialismo* y desarrollar los poderes intelectuales y espirituales latentes en el movimiento. Pero esta esperanza fracasó igualmente. La Universidad no cambió y no mostró la menor comprensión sobre la situación política en el mundo. Hoy día la situación es similar. Muchas de las demandas que hoy presentan los jóvenes estudiantes habían sido ya adelantadas por la juventud universitaria de 1933» (103).

Heidegger nació en la Selva Negra, de padres campesinos, y se sentía tan unido a la Alemania rural como grande era su aversión por los centros industriales. «La mayor parte de los habitantes de las ciudades se sienten "estimulados" por una estancia en el campo», escribió, «pero en mí, toda mi obra depende de ese mundo de montañas y campesinos» (104).

El «regreso al campo», formaba parte importante de la propaganda nazi y, al igual que Mussolini, Hitler empleaba ciertos trucos que aunque afectaban sólo a una minoría obtenían gran publicidad. El de más éxito de todos esos instrumentos (y el menos original) fue el Servicio de Trabajo o *Arbeitsdienst*. Fundado bajo la República de Weimar con objeto de aliviar el paro forzoso, esa organización, en principio, fue boicoteada por los nacionalsocialistas (105), pero una vez que éstos estuvieron en el poder supieron hacer buen uso de ella. El *Arbeitsdienst*, en el que los estudiantes pasaban unos meses al año realizando algunos trabajos manuales, los llevaba a entrar en contacto con obreros y campesinos y, además, constituía un buen medio de entrenamiento físico para la juventud. Fue una de las realizaciones prácticas de Hitler (en esa época deberíamos más bien hablar de promesas) que despertaron el entusiasmo de Heidegger. Animó a sus estudiantes a que se presentaran voluntarios al *Arbeitsdienst*, con la idea de que los Campamentos de Trabajo producirían un nuevo tipo de hombre: el trabajador intelectual. «En los

---

(103) Carta del profesor Heidegger a Monsieur Palmier, fechada el 10 de enero de 1969.

(104) *Der Alemane*, 3 de marzo de 1934.

(105) Véase David Schoenbaum: *Hitler's Social Revolution*, Weidenfeld & Nicholson, 1967.

Campamentos de Trabajo hay una nueva realidad. El hecho de que nuestras escuelas superiores deban ser abiertas a los nuevos poderes educativos del Servicio de Trabajo, simboliza esa nueva realidad. Campamentos y escuelas tienden a unir... los poderes educacionales de nuestro pueblo para obtener la nueva unidad de la nación que la conducirá a la realización de su destino bajo la dirección del Estado» (106).

La actitud política de Heidegger era semejante a la de la mayor parte de los nacionalistas. Buscaba un Estado fuerte que desacreditase el concepto marxista de la lucha de clases y, esto, pensaba, era lo que los nacionalsocialistas iban a conseguir: «El conocimiento y la posesión del conocimiento, en el sentido en el que el nacionalsocialismo entiende estas palabras, no nos divide en clases, sino que, por el contrario, une y forma los miembros de la patria y la Nación en la gran voluntad del Estado».

Heidegger creía que la Alemania de Hitler iba a combinar dos formas de vida que hasta entonces se habían mostrado incompatibles: el guerrero se fundiría con el trabajador y el estudiante y surgiría de ello algo semejante al Estado descrito en *Der Arbeiter,* la obra de Jünger (107). Fiel al concepto de éste sobre la moderna tecnocracia, Heidegger consideraba al nacionalsocialismo como la única ideología aceptable por los maestros de la tecnología si éstos no se pasaban al materialismo marxista. Así, en 1935, después que abandonó el Partido, se refirió a «las obras que han sido atribuidas hasta hoy a la filosofía del nacionalsocialismo, pero que no tienen nada que ver con la verdad interna y la grandeza de este movimiento (concretamente, el encuentro entre la tecnología global y el hombre moderno)...» (108).

Como rector de la Universidad de Friburgo, Heidegger hizo todo lo que estuvo en sus manos para modificar los aspectos más desagradables de la política nacionalsocialista. Mantuvo en su puesto a muchos profesores antinazis y consiguió evitar que determinados libros fuesen quema-

---

(106) *Freiburger Studentenzeitung,* 20 de junio de 1933. Éste y otros llamamientos de Heidegger, están reproducidos en *Les Ecrits Politiques de Heidegger,* de Jean-Michel Palmier, París, 1968.

(107) Jünger fue uno de los pocos escritores de los que Heidegger expresó admiración en su cátedra, y en el año 1939 formó de entre sus alumnos un grupo de estudio destinado a discutir *Der Arbeiter* («El obrero»), la obra de Jünger a la que nos referimos.

(108) Heidegger: *An Introduction to Metaphysic,* traducción inglesa de Ralph Manheim, Yale University Press, 1959, pág. 199.

dos. Cuando (109) a finales de febrero de 1934 Rosenberg le pidió que despidiera a dos de sus decanos, Heidegger abandonó el Partido Nacionalsocialista y perdió también su cargo como rector. A partir de ese momento quedó sujeto a los ataques de los dos principales filósofos del régimen, Alfred Bäumler, rector de la Universidad de Berlín, y Ernst Krieck, rector de Heidelberg. Esto, conjuntamente con el éxito obtenido por el libro de Rosenberg, *El Mito del Siglo XX*, acabó de desalentarlo. «La gente lee esas tonterías sin sentido de Rosenberg», les dijo a algunos de sus amigos. «No contienen, exactamente, el menor pensamiento.»

* * *

Gottfried Benn había vivido en Berlín desde 1904, y en noviembre de 1917 abrió una clínica de cirugía para enfermedades venéreas y de la piel. En su calidad de médico mal pagado, cargado de trabajo en exceso, y de escritor de alta reputación, tenía la misma opinión de la capital alemana que Céline de París, una opinión que lo llevó al escepticismo total y dio como resultado la negativa en la creencia en los beneficios del progreso, tanto técnico como político; una negativa a creer en el poder del individuo para resistir la corriente de la historia; y la voluntariedad a someterse uno mismo a esa corriente y medir su autenticidad en términos de terror.

En 1914, Benn se incorporó a filas y tras un corto período de servicio en el frente belga, pasó la mayor parte de la guerra en Bruselas en calidad de médico militar. Posteriormente, describiría cierto episodio con la misma objetividad científica que había hallado en Ernst Jünger: el juicio y la ejecución de la enfermera Edith Cavell. Como único doctor presente ,fue él quien hubo de certificar la muerte, cerrar sus ojos y colocarla en el féretro.

---

(109) Los muchos rumores que discurrieron en torno a Heidegger, han quedado desacreditados. La viuda del filósofo Ernst Cassirer le acusó falsamente de antisemitismo, debido a ciertos desacuerdos filosóficos con su marido. El 7 de febrero de 1966, *Der Spiegel* publicó un artículo en el cual Heidegger fue acusado de haber firmado un documento en que prohibía a su amigo el gran filósofo Edmund Husserl formar parte de la Universidad debido a que era de raza judía. Pero lo cierto es que pese a dichas acusaciones no se ha presentado ninguna prueba que evidencie esta afirmación de la viuda del filósofo. Y hasta 1942 no se omitió la dedicatoria a Husserl en el libro de Heidegger *Sein und Zeit* («Ser y Tiempo») y cuando se hizo, fue debido a la insistencia del editor de dicho libro, el cual quizá obedeció también órdenes superiores.

Cuando regresó a su clínica de la Belle-Alliance Strasse, continuó frecuentando el trato de los miembros heterogéneos de la «inteligencia» de Berlín: Johannes R. Becher, George Grosz, Carola Neher y Paul Hindemith (para quien escribió el texto de un oratorio representado en 1931). Pero cuando sus amistades comenzaron a afiliarse al Partido Comunista, Benn empezó a ser considerado como una especie de sospechoso, un «tipo aparte». No era comunista. Aborrecía la ideología marxista del compromiso intelectual y se dedicaba ostensiblemente al culto de la pura teoría estética. Por otra parte no se sentía satisfecho con la República de Weimar, o, para ser más exactos, con su existencia de médico bajo dicha República, y se «resentía del fracaso del Gobierno, el cual, en su opinión, apoyaba hordas de fanáticos sectarios y de burócratas incompetentes, sin preocuparse de hallar un mejor empleo o un cierto alivio en los impuestos para hombres como él» (110).

Sus camaradas intelectuales juzgaban aristocrático este esteticismo, y lo asociaban con la figura reaccionaria de Stefan Georges, como algo inaceptable. Cuando en 1929 Max Hermann-Neisse alabó una obra de Benn en el periódico *Die neue Bücheschau*, los dos redactores comunistas del mismo, Becher y Egon Erwin Kisch, presentaron la dimisión y escribieron una serie de artículos contra todo aquello que Benn defendía. En su réplica, Benn rechazó el comunismo como un vano intento de cambiar el mundo. «Los obreros siempre desearon ascender a los puestos más encumbrados, pero los ricos jamás desearon descender de ellos... Me pregunto si no es más radical, más revolucionario y casi diría mejor para fortalecer y curtir al hombre, enseñar a la humanidad que el hombre es como es y que nunca será de otro modo. Así es como uno vive, siempre vivió y seguirá viviendo siempre. Todo el que tenga dinero vivirá bien siempre; todo el que tenga poder tendrá siempre razón; todo el que tenga fuerza podrá dictar las leyes. La Historia carece de sentido, no hay curvas ascendentes, ni decadencias de razas... ¡basta de ilusiones y fantochadas...! Naturalmente me es dado escuchar la gran pregunta del momento: ¿Yo mismo o la comunidad? ¿Debo rendirme a la unión social o a la formación de mí mismo? ¿A la politización o a la sublimación? ¿Hasta qué punto es permisible el separarse, enajenarse de la comunidad para vivir su propia aristocracia, para situarse uno mismo en la cumbre? Yo no tengo a todas estas preguntas

(110) Gordon A. Craig: *Engagement and Neutrality in Weimar Germany*, en *Journal of Contemporary History*, vol. 2, núm. 2, abril de 1967, pág. 61.

más respuesta que la que la vida me ha enseñado: es permisible todo aquello que lleve a la experiencia» (111).

Benn defendía el irracionalismo como estímulo artístico suficiente, en el mismo sentido que Pirandello y Thomas Mann habían hecho antes de la Primera Guerra Mundial. «El artista ("el portador del arte", *der Künstträger*)», escribió en 1934, «es estadísticamente un asocial... Es un cínico y no debe jactarse de ser de otro modo... El arte surge y crece en los terrenos más paradójicos y la lógica y la biología no tienen razón de ser y fracasan con él». Benn se consideraba a sí mismo, al mismo tiempo, un artista y un intelectual. Y en el caso de Benn el intelectualismo ocupaba el puesto del microscopio en Ernst Jünger: «Es la observación fría de la tierra; durante demasiado tiempo la hemos observado cálidamente, idílicamente, trivialmente, inútilmente. El intelectualismo es el ataque beligerante contra la sustancia humana en descomposición, su sequedad y su defensa contra los que desean despojar al cuerpo humano» (112), de lo que debe producir el artista creativo del siglo XX.

Las teorías embrolladas, con las cuales Benn deseaba justificar su adhesión al nacionalsocialismo, tenían su base en el desequilibrio político que acompañó y precedió a la subida de Hitler al poder. En el mes de abril, la respuesta de Benn contra los ataques de que había sido víctima por las izquierdas en *Das Tagebuch*, contenía conceptos igualmente despreciativos con respecto a Goebbels y su periódico, *Der Angriff*, y en el mes de agosto dio una conferencia por radio sobre «la nueva temporada literaria», en la que daba como razón de su anticomunismo el realismo social del escritor soviético Tretyakov, en el que veía una auténtica negación del arte.

Es posible que Benn pensara que el Partido Comunista, que había obtenido seis millones de votos en noviembre de 1932, representaba un peligro real. De todos modos, resulta indudable que uno de sus motivos para volverse al nacionalsocialismo fue su anticomunismo y que no tuvo la menor tristeza al ver como Becher, Kisch, Döblin, Arnolt Zweig y Brecht se marchaban de Alemania después del incendio del Reichstag. De todos modos, Benn creía que el nacionalsocialismo fue el heraldo de una edad «intelectualista» en la cual su concepto de la estética tenía que ser defendido contra el de Tretyakov. En Italia los dos

---

(111) G. Benn: *Gesammelte Werke IV*, Wiesbaden, 1961, págs. 208-211.
(112) G. Benn: *Gesammelte Werke IV*, Wiesbaden 1961, págs. 51 y 55.

escritores a los que él más admiraba, d'Annunzio y Marinetti, eran considerados como héroes nacionales. Presumía que lo mismo ocurriría en Alemania: el expresionismo se convertiría en el arte oficial, como había ocurrido en Italia con el futurismo.

Aun cuando Benn no fuera antisemita, se refirió, en la época de la subida al poder de Hitler, a ese misterioso término que es la palabra raza, *Rasse* y *Zucht*. Para Benn significaba una clase nacional elegida, selecta, en el sentido nietzscheano de la palabra. «La cualidad de la nueva juventud es el poderío. ¡Ojalá logre realizar su destino! ¡Quizá la marea de la raza se extienda sobre los años, las casas, los campos y las trincheras hasta que la inextinguible forma germana se una con su nueva forma, la forma que se está dibujando ahora en nosotros por vez primera! Sólo entonces nos daremos cuenta del significado de la declaración de Nietzsche, hasta ahora tan oscura, sobre la única justificación de la palabra como fenómeno estético» (113). Creía, y así lo afirmaría posteriormente, «en una auténtica innovación del pueblo alemán que encontraría una senda fuera del racionalismo, el funcionalismo y la torpeza de la civilización. Creo en una innovación que servirá a Europa, que guiará su desarrollo, abandonará la raza y la religión a sí mismas, y realizará la mayor parte de lo mejor que se contiene en ellas» (114).

En mayo de 1933, Klaus Mann le escribió a Benn preguntándole por qué no abandonó la Academia alemana en la época en que Heinrich Mann fue obligado a abandonarla y Thomas Mann rehusó regresar a Alemania. Benn dio su réplica a través de Radio Berlín en el mismo mes. «... Los obreros alemanes viven mejor que nunca vivieron anteriormente. Usted ya sabe que yo, en mi calidad de médico de la Seguridad Social, estoy en contacto con gentes muy diversas, con muchos obreros y también con muchos ex comunistas y ex miembros del Partido Socialista: no tengo la menor duda: todos me dicen que jamás vivieron tan bien como ahora. Los obreros son tratados mucho mejor en su trabajo, los capataces van con mayor cuidado, los responsables son más correctos, los trabajadores tienen más poder, son más respetados, el trabajo se realiza en un ambiente más cordial, un ambiente de ciudadanía; lo que el Partido Socialista jamás pudo conseguir para ellos les ha sido facilitado por esta forma de socialismo: un sentimiento de vitalidad y energía... Continuaré respetando lo que encontré siempre edificante y ejemplar en

---

(113) *Ibid.*, págs. 64 y 65.

(114) *Ibid.*, pág. 78.

la literatura alemana, continuaré respetándolo hasta las costas de Lugano y de Liguria, pero personalmente me declaro en favor del nuevo Estado porque en él mi propio pueblo halló su camino. ¿Quién soy yo para excluirme a mí mismo? ¿Conozco un camino mejor? ¡No!» (115).

* * *

El nacionalsocialismo jamás facilitó la política cultural que Benn, lleno de confianza, había esperado. El expresionismo no fue declarado públicamente como la forma fielmente representativa del arte alemán; por el contrario, la poesía, los libros, las obras de teatro, la pintura y la escultura expresionistas fueron considerados como una forma decadente. El propio Benn fue nombrado jefe de la sección de Poesía de la Academia en febrero de 1933, pero fue reemplazado en junio de ese mismo año por Hans Friedrich Blunck, mucho más ortodoxo que él.

El primer intento de formular una política cultural nacionalsocialista fue realizado por una organización fundada por Alfred Rosenberg en 1927. Originalmente fue denominada la *Nationalsozialistische Gesellschaft für deutsche Kultur* (116), pero cambió su nombre por el de *Kampfbund für deutsche Kultur* (117) en 1929. Su objetivo era «instruir al pueblo alemán en conexión con la raza, el arte, la ciencia y las virtudes morales y militares» (118). Entre sus miembros más destacados figuraban Hans Grimm, Adolf Bartels y Hans Johst. Más tarde Rosenberg se jactó de que la *Kampfbund für deutsche Kultur* representaba el primer esfuerzo coordinado para regular la política cultural nacionalsocialista, hasta que Goebbels fundó la *Reichskulturkammer* (119) en el mes de noviembre de 1933, es decir nueve meses después de que Hitler subiera al poder. La jactancia de Rosenberg se hizo más orgullosa — y más desesperada — cuando se dio cuenta de la magnitud del poder que Goebbels estaba alcanzando y de la oposición que hacía cínicamente, y con oportunismo, pero no por eso menos inteligentemente, a sus ideales.

Rosenberg y sus seguidores *völkisch* rechazaban todo lo moderno. Encontraban al expresionismo decadente, subversivo y no alemán; esta-

---

(115) *Ibid.*, págs. 224 a 246.

(116) «Sociedad Nacionalsocialista para la Cultura Alemana». *(N. del T.)*

(117) «Federación de Lucha en pro de la Cultura Alemana». *(N. del T.)*

(118) Hildegard Brenner: *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus,* Hamburgo, 1963, pág. 8.

(119) «Cámara de Cultura del Reich». *(N. del T.)*

blecieron listas muy extensas de escritores y pintores a los que calificaron de enemigos — Brecht, Tucholsky, Toller, Zweig, Arnolt Bronnen, Thomas Mann y muchos otros —. Goebbels, por otra parte, se esforzaba en salvar los remanentes de la cultura de la República de Weimar que pudieran ser de alguna utilidad a la propaganda del nacionalsocialismo. Dentro de esa línea de conducta, trató de convencer a Thomas Mann de que volviera a Alemania. El 12 de julio de 1933, celebró el cumpleaños de Stefan George y fundó la recompensa nacionalsocialista más elevada para la literatura, el premio Stefan George. Pero el propio Stefan George se había marchado a Suiza el 8 de julio y murió en dicho país, en diciembre, sin hacer el menor comentario sobre los honores que el nuevo régimen le concedía.

Hubo también una época en la que Goebbels protegió a Gerhart Hauptmann y a Richard Strauss, con gran furor de Rosenberg, que odiaba a ambos. Tras la representación de la ópera de Strauss *Die Schweigsame Frau,* con libreto de Stefan Zweig, Rosenberg escribió con amargura «que la *Kampfbund für deutsche Kultur* se formó en medio de la más dura de las batallas con la intención de expresar el ideario cultural del movimiento y encontrar gentes que, posteriormente, pudieran desarrollar ese interés cultural. En este momento nadie pensaba en el aspecto cultural del nacionalsocialismo, ni siquiera usted, Dr. Goebbels, puesto que hubo una época en la que prefirió la compañía de Arnolt Bronnen...». La contestación de Goebbels fue rápida y breve: «El doctor Goebbels apenas si ha visto a A. Bronnen y cuando lo hizo fue por regla general en su oficina. Sus entrevistas se refirieron a cuestiones relacionadas con la Radio. El señor Bronnen solía facilitar informes de la *Rundfunkhaus*» (120).

Las atribuciones de la *Reichskulturkammer* y del llamado *Amt Rosenberg* (121) estaban muy mal definidas y más tarde fueron aún más confusas por la creación de otra organización en abril de 1934, la *Parteiamtliche Prüfungskommission* de Philip Bouhler (122). En el mes de septiembre, el propio Hitler expresó públicamente su disgusto por las discusiones quisquillosas en las cuales sus altos funcionarios perdían el tiempo y se refirió a los protegidos de Goebbels y de Rosenberg calificándolos de peligro para el nacionalsocialismo.

---

(120) Ambas cartas fueron reproducidas en Leon Poliakov y Joseph Wolf: *Das Dritte Reich und seiner Denker,* Berlín, págs. 32 a 36.

(121) «Departamento Rosenberg». *(N. del T.)*

(122) «Comisión examinadora oficial del Partido». *(N. del T.)*

Sin embargo, el poder protector siguió en manos de los más cercanos al Führer — Goebbels, Goering y Himmler —. Rosenberg, cuyo departamento cultural quedó supeditado oficialmente a la *Reichskulturkammer* en 1936, pasó a ser una figura decorativa, hasta tal punto que ni siquiera siguió siendo respetado como el principal ideólogo del nacionalsocialismo. De *El Mito del Siglo XX* se vendieron medio millón de ejemplares entre 1930 y 1940, y Baldur von Schirach describió a su autor como «el hombre que ha vendido mayor número de ejemplares, de un libro que nadie ha leído, que ningún otro autor» (123). Hitler, en *Conversaciones de Sobremesa,* en 1942, se mostró igualmente despreciativo: «Debo insistir en que el *Mito del Siglo XX* no debe ser considerado como expresión de la doctrina oficial del Partido. En el momento en que el libro apareció me abstuve de reconocerlo como tal. En primer lugar, su título da una impresión totalmente falsa. Además no es cuestión de comparar los conceptos del siglo XIX con lo que él llama el mito del siglo XX. Un nacionalsocialista debería afirmar que al mito del siglo XIX opone la fe y la ciencia de nuestra época... Me causa indudable placer observar que el libro ha sido concienzudamente estudiado sólo por nuestros adversarios. Al igual que la mayor parte de nuestros *Gauleiter* me he limitado a dedicarle una ojeada curiosa. En todo caso, según mi opinión, ha sido escrito en un estilo demasiado abstruso» (124).

Los más destacados escritores alemanes se abrieron camino en el Tercer Reich por medio de una red de intrigas e influencias personales. Eran cortejados por un lado y atacados por el otro. Benn, como veremos, fue atacado por los miembros de las SS y defendido por Himmler; Hauptmann, atacado por Rosenberg y defendido por Goebbels. Se hicieron los máximos esfuerzos para atraerse a Spengler. En marzo, Goebbels le suplicó, en vano, que diera una conferencia por la Radio y, en julio, Hitler le concedió una entrevista. La reunión, organizada por la señora Else Knittel, en Beyreuth, duró hora y media, y los dos hombres coincidieron, a su juicio, en lo que se refería a la política alemana con respecto a Francia, y ambos lamentaron la mediocridad de las figuras rectoras de la Iglesia Evangélica. La entrevista terminó con la afirmación de Hitler de que consideraba «muy importante para los que estaban fuera del Parti-

---

(123) William L. Shirer: *Auge y caída del Tercer Reich,* Secker y Warburg, 1961 (edición inglesa), pág. 149. La edición española ha sido publicada por Luis de Caralt, Editor, Barcelona.

(124) Hitler: *Conversaciones sobre la guerra y la paz.* Editado en España por Luis de Caralt.

do, el que se dejaran convencer a una política alemana» (125). Confiaba, según dijo, en tener la oportunidad de mantener otras entrevistas con Spengler en Munich.

Con una mezcla de condescendencia y respeto, Spengler definió a Hitler como «insignificante..., pero ¡quiere algo, está haciendo algo y uno puede decirle algo!» «Un hombre muy honesto», continuó, «pero cuando uno se sienta frente a él no tiene la sensación, ni por un momento, de que sea una persona importante» (126). Tres semanas más tarde Spengler le envió al Führer un ejemplar de su último libro: *La Hora de la Decisión,* lo que no puede decirse que fuera una acción plena de tacto. Fue la introducción de dicho libro lo que hizo que Hitler se sintiera ofendido, pues en ella Spengler mantenía que la victoria nacionalsocialista no superaba los peligros con los que se enfrentaba Alemania; se refería también al «amateurismo» de «los eternos "jóvenes"... pasando, con pura fantasía, de una teoría a otra».

La Hora de la Decisión, tuvo aún mayor éxito que *La Decadencia de Occidente* y se vendieron 100.000 ejemplares en dos meses. Spengler recibió incontables cartas de felicitación procedentes de nacionalsocialistas, aristócratas y miembros de «la oposición de derechas», como por ejemplo Carl Friederich Goerdeler. Pero también fue atacado y, todo hay que decirlo, con mucha mayor violencia de lo que lo había sido hasta entonces. Un joven llamado Gründel le manifestó que se hallaba sumamente indignado porque Hitler no era mencionado en su libro; mientras que Johann von Leers, decano de la División de Política Exterior e Información en la Escuela Superior Alemana de Ciencia Políticas, llegó a declarar que Spengler era un peligroso adversario del nacionalsocialismo, un reaccionario que saboteaba las relaciones de Alemania con el Japón al incluir a los japoneses entre los pueblos de color que amenazaban a los blancos, como hacia en su libro. Parece ser que fue Goebbels quien organizó la lenta y mal planeada prohibición del libro de Spengler. Cuando Goebbels le pidió a Spengler un artículo para ser empleado por los nacionalsocialistas en su campaña electoral de octubre, Spengler le respondió que él jamás había tomado parte en una campaña de propaganda electoral y que no escribiría una sola palabra con destino a los periódicos alemanes si no cesaba, de inmediato, la campaña de ataques que se venía llevando a cabo contra él. Si éstos cesaban, estaba dispues-

---

(125) *Spengler Letters,* pág. 290.

(126) A. Konktanek: obra citada, pág. 441.

to a escribir «en ocasiones importantes sobre política internacional, como por ejemplo la retirada de la Sociedad de Naciones, hecho que considero diplomáticamente correcto» (127).

* * *

La rapidez con que Hitler se aseguró su posición como dictador de Alemania y «coordenó» el país, obligó a los intelectuales que se oponían a él a tomar una decisión rápida con respecto a la actitud que debían adoptar en fecha próxima. Heinrich Mann, así como Käthe Kollwith fueron los primeros artistas que abandonaron la Academia, en febrero de 1933, después de proponer que los socialistas se unieran con los comunistas para combatir al partido nazi en las elecciones de marzo. El 27 de febrero, la noche del incendio del Reichstag, Carl von Ossietzky, el director del periódico de izquierdas *Weltbühne,* fue detenido y enviado a un campo de concentración. En marzo otros escritores, entre los que se incluían Thomas Mann y Alfred Döblin fueron expulsados de la Academia (128), y el 13 de abril los estudiantes alemanes anunciaron su intención de quemar públicamente los libros que no estuvieran de acuerdo con el espíritu nacional. El 10 de mayo en todas las Universidades de Alemania fueron quemadas ceremoniosamente las obras de Marx, Kautsky, Heinrich Mann, Ernst Glaser, Kästner, Freud, Föster, Emil Ludwig, Hegemann, Remarque, Kerr, Tucholsky, Ossietzky, Theodor Wolff y George Bernhard.

Para los escritores que no eran comunistas ni judíos la decisión de abandonar Alemania era difícil. Aunque otros países de habla alemana, tales como Suiza y Austria, estaban dispuestos a conceder asilo político a refugiados distinguidos, el exilio en el caso de algunos, como Thomas Mann, significaba romper con una nación y una tradición a la que debían gran parte de su inspiración. Mann abandonó Munich en 11 de febrero de 1933 para dar una serie de conferencias en distintas capitales europeas. Al parecer confiaba en que Hitler sería derrotado en las próximas elecciones y no existe indicio de que tuviera intenciones de no regresar. Pero el 28 de marzo le escribió a Ernst Bertram, amigo suyo y partidario del nacionalsocialismo, diciéndole: «Deseábamos regresar después de las elec-

---

(127) *Spengler Letters,* pág. 290.

(128) Otros fueron Leonhard Frank, Ludwig Fulda, Georg Kaiser, Alfred Monbert, Alfons Paquet, René Schickele, Jakob Wasserman, Franz Werfel, Fritz von Unruh, Rudolf Pannwitz y Bernhard Kellermann.

ciones, pero hemos sido disuados de ello por advertencias urgentes» (129).

El primer ataque contra Mann fue en forma de una protesta contra las conferencias que pronunció en Bruselas, París y Amsterdam sobre Ricardo Wagner. Para los adversarios de Thomas Mann era un insulto el asociar a Wagner con el «snobismo esteticista» de Mann. Publicada en el *Münchener Neuste Nachrichten* de 16 de abril, la protesta fue firmada entre otros por Richard Strauss y Hans Pfitzner (130). Los hijos mayores de Mann, Klaus y Erika, avisaron a éste de que no existía garantía de seguridad para él si regresaba a Munich y, consecuentemente, el escritor decidió quedarse en el extranjero. En marcado contraste con su posterior actitud, entonces mostró comprensión por la apurada situación de los escritores obligados a residir en Alemania: «Los escritores que viven fuera de las fronteras de Alemania», escribió a Eduard Korrodi, «en mi opinión, no debieran mirar con desdén indiscriminado a aquellos que desean o se ven obligados a quedarse en el país, y no deben basar su juicio artístico a ese "dentro" o "fuera". Ellos sufren, pero los escritores que se quedaron en Alemania sufren también y el exilio debiera guardarlos de ese creerse dueños de la verdad que, con tanta frecuencia, no es más que una expresión de sufrimiento» (131).

No fue hasta abril de 1935, cuando Mann se dio cuenta de que Hitler no caería y públicamente atacó al nacionalsocialismo.

* * *

Las únicas fuerzas del Partido Nacionalsocialista que mantuvieron aspiraciones revolucionarias después de que Hitler subió al poder, fueron, como ya hemos visto, las SA. Para disolver a los sindicatos y los partidos de la oposición por la violencia, las SA, indiscutiblemente, habían sido de utilidad a Hitler. Pero al igual que los *squadristi* italianos de Mussolini, las Secciones de Asalto, las SA, se hicieron peligrosas. La forma violenta como trataban a los judíos, su continúa sed de acción y, sobre

---

(129) *Mann-Bertram*, obra citada, pág. 176.

(130) Que el compositor Hans Pfitzner se volviera contra él de ese modo resultó muy sorprendente y doloroso para Thomas Mann, que había sido presentado a él por Bruno Walter poco antes de la Primera Guerra Mundial y había escrito mucho sobre Pfitzer en su *Betrachtungen eines Unpolitischen*, en donde alababa la obra de dicho compositor, *Palestrina*, calificándola de la última gran ópera romántica.

(131) Citado por Kurt Sontheimer en *Thomas Mann und die Deutschen*, Munich, 1961, pág. 113.

todo la ambición de su jefe, Ernst Roehm, de hacerse cargo del Ejército alemán, hizo que se opusieran a esta organización amplios sectores de la sociedad alemana. Hitler sabía bien que si quería seguir en el poder y realizar su política de expansión nacional le resultaba esencial el apoyo y el consentimiento del Reichwehr, es decir del Ejército; además, el ministro del Interior del Reich, Hermann Goering, combinaba unos celos sín límites de Roehm con un gran afecto por la institución del Reichwehr, del cual el presidente del Reich, Hindenburg, lo había nombrado general en agosto de 1933. Además, Goering tenía un aliado muy poderoso en Heinrich Himmler, el jefe de la policía de Baviera, al que había designado, también, jefe de la Gestapo de Prusia. Además, Himmler era el jefe nacional (*Reichsführer*) de las SS (132), con lo que podía contar con esa fuerza de hombres altamente disciplinados, que originariamente fueron los guardaespaldas de Hitler y que se hallaban ligados por un juramento de fidelidad personal al Führer, y que despreciaban a los miembros de las SA, a los que consideraban demasiado fanfarrones.

Puede decirse que la purga de las SA fue organizada más por Himmler y Goering que por el propio Hitler, pero cuando el Führer se enteró del proyecto no puso la menor objeción. En la noche del 29 de junio de 1934, con el pretexto de haber descubierto un complot contra el régimen, las SS de Himmler comenzaron a asesinar a los jefes de las SA. Durante dos días se ensañaron en la matanza, asesinando no sólo a los jefes de las SA, Roehm, Heines, Von Krausser, Schneidhuber, Karl Ernst, Hayn, Rossbach y Von Haydebreck, sino también a un gran número de otros individuos a los que consideraban indeseables, como Georg Strasser, el general Kurt von Schleicher, Gustav von Kahr —de setenta y tres años de edad—, el ayudante de Von Papen, Von Bose, el revolucionario conservador Edgar Jung, Erich Klausener, líder de la Acción Católica, y el inocente crítico musical Dr. Willi Schmidt, al que tomaron por otra persona.

La purga puso fin a todo temor de una revolución permanente por parte de las SA y tranquilizó grandemente al Ejército. A partir de ese momento, las SS pasaron a ser topoderosas, pero siempre obedientes al Führer y a todas sus órdenes. La acción contra las SA fue la demostración más evidente de la brutalidad nazi. El asesinato de Jung fue considerado como una acción directa contra los jóvenes nacionalistas y la de Kahr contra los viejos. Todos los nacionalistas habían perdido ami-

---

(132) *Schütz Staffel* o Escuadras de Protección.

gos en la matanza. Spengler, que había sido amigo de Kahr, Strasser y Willi Schmidt, se apresuró a quemar su correspondencia con Strasser y a partir de ese momento se volvió de modo irrevocable contra el nazismo. «He sido informada de que usted está tomando una actitud de fuerte oposición al Tercer Reich y su Führer», le escribió en octubre de 1935 Elizabeth Förster-Nietzsche, la hermana de Friedrich Nietzsche. «Ahora, por lo que he podido comprobar, lanza usted violentos ataques contra nuestros muy honrosos nuevos ideales. Y esto es exactamente lo que no comprendo. ¿Es que nuestro Führer, sinceramente honrado por nosotros, no tiene los mismos ideales y valores que usted expresó en *Prusianismo y Socialismo*?» (133).

Gottfried Benn se sintió muy conmovido por la noticia de la purga. «No puedo continuar por más tiempo con ellos», escribió en agosto de 1934. «Ciertos hechos han sido la gota que hizo rebosar el vaso. Una tragedia horrible... Todo comenzó como si fuera a ser algo tan grande y ahora parece cosa de locos...» (134). Pero la anterior adhesión de Benn al nacionalsocialismo le había granjeado tantos enemigos en el extranjero que no era cuestión de pensar en emigrar. En 1935, cerró su clínica en Berlín y se unió al Ejército, lo que describió como «la forma aristocrática de emigración». En Hannover, donde fue destinado, se encontró en compañía de otros oficiales que desaprobaban el régimen tanto como él mismo y que lo protegieron contra los ataques de los periódicos nazis. En el mes de mayo de 1936, los periódicos de las SS, *Das Schwarze Korps* y *Der völkische Beobachter*, insinuaron que era un degenerado, judío y homosexual, y en el verano de 1937, un miembro de las SS, Wolfgang Willrich, lo insultó abiertamente en un libro titulado: *Sauberung des Kunsttempels* (135). La violencia del ataque de Willrich no sólo conmovió a su destinatario sino que incluso Heinrich Himmler reprendió duramente a su autor: «Yo estoy bastante familiarizado con el caso Benn y considero innecesario, por parte de usted, el sacarlo a relucir de nuevo. La opinión del Führer sobre arte es la siguiente:

»Los artistas tienen cuatro años para cambiar, dejar de producir obras de arte que representen decadencia y crear arte real. Desde el punto de vista nacionalista la conducta de Benn ha sido impecable desde 1933, e incluso anteriormente. Considero innecesario y de todo punto

---

(133) *Spengler Letters*, pág. 304.

(134) G. Benn: *Ausgewälte Briefe*, Wiesbaden, 1957, pág. 58.

(135) «Limpieza de los Templos del Arte». *(N. del T.)*

inútil, lanzar nuevos ataques furiosos contra un hombre que, de un modo totalmente cordial, apoyó a Alemania a nivel internacional. Le he prohibido a mi departamento en pleno que tenga nada que ver con el caso... Repito mi convencimiento, del que le informé a usted anteriormente, que sería más conveniente para usted seguir pintando buenos cuadros que el perseguir hasta la aniquilación a algunos individuos que pintaron o escribieron algo estúpido en 1918-1919, e incluso algo después» (136).

* * *

En su determinación de limpiar al país de todo lo que fuera decadente, no ario, y de aquello que pudiera minar al régimen, los nacionalsocialistas obligaron a toda la literatura de calidad a refugiarse en la clandestinidad o en el extranjero. En 1938 incluso a Gottfried Benn se le prohibió publicar sus libros. «En el Tercer Reich», escribió George Mosse, «la tarea central de la cultura era la expansión de los puntos de vista del nazismo. ¿Qué lugar podía tener el intelecto en esa cultura? La idea del nazismo estaba basada en el rechace del racionalismo, y todo lo que fuera subrayar la razón humana estaba considerado como «divisor», destructivo de la unidad de la ideología centrada emocionalmente que el pueblo entero puede entender» (137). Los libros ofrecidos al público alemán eran novelas *völkisch*, historias de campesinos, o leyendas germanas y relatos de los hechos heroicos de los primeros miembros del Partido Nazi, conjuntamente con la peor literatura de propaganda antisemita.

Hitler jamás consiguió imponer un totalitarismo perfecto. No sólo les faltaba a los nazis una ideología coherente, sino que estaban divididos en un gran número de facciones rivales que sólo se mantenían unidas por la personalidad de su jefe, que incrementaba su poder manteniendo esta rivalidad entre ellas. Lo que Hitler logró imponer fue un régimen caracterizado por la crueldad de su policía secreta, la Gestapo, y la corrupción y la completa perversión de la justicia: jueces, magistrados y fiscales, no eran otra cosa que sirvientes del partido. Las libertades individuales, garantizadas por la Constitución de Weimar, fueron suspendidas después del incendio del Reichstag y jamás restauradas. La oposición al régimen quedó reducida al mínimo. No sólo no había alternati-

---

(136) Joseph Wolf: *Literatur und Dichtung im Dritten Reich*, Gütersloh, 1963, página 123.

(137) Georg L. Mosser: *Nazi Culture*, W. H. Allen, 1966, pág. 133.

va que oponer al Partido Nacionalsocialista, sino que el castigo de aquellos que expresaran su disgusto era tan horrible que no compensaba.

En los años que siguieron a la purga de las SA, las leyes antisemitas se hicieron más duras. Las leyes de Nuremberg, la «Ley de ciudadanía del Reich» y la «Ley para la protección de la sangre alemana y el honor alemán», fueron aprobadas en 15 de septiembre de 1935. La primera de esas leyes prohibía a los judíos tener la «ciudadanía del Reich», los convertía en «ciudadanos de segunda clase», a los que no se les permitía ningún derecho político. Al mismo tiempo aquellos judíos ex combatientes o que habían servido en cargos públicos desde agosto de 1914, que estaban exceptuados de la ley antisemita aprobada en abril de 1933, se convirtieron también en sujetos de discriminación: los ex combatientes judíos fueron jubilados después de 31 de diciembre de 1935 y se les garantizó una pensión provisional, todos los demás perdieron su derecho a la jubilación. Por la «Ley para la protección de la sangre alemana y el honor alemán» se prohibía toda relación marital o extramarital entre judíos y alemanes de raza germánica y era un delito para un judío dar trabajo en su casa a una mujer aria de menos de cuarenta y cinco años. Entre 1935 y 1938 se fueron dictando una serie de leyes que hacían cada vez más difícil que los judíos pudieran enseñar en las escuelas; obtener el grado de doctor; a los médicos judíos les quedaba vedado tener pacientes arios; tampoco podían ejercer como abogados ni ninguna profesión relacionada con la justicia, y frecuentemente incluso les era difícil conseguir empleo alguno; a partir del 5 de octubre se les obligó a llevar la letra J sellada en sus pasaportes y demás documentos de identidad.

El primer «progrom» de gran extensión tuvo lugar en la noche del 9 de noviembre de 1938, después de que el secretario de la Legación alemana en París, Ernst von Rath, fue asesinado por un muchacho judío de diecisiete años, Herschel Grünspan. En esa noche, que pasaría a ser conocida como la *Reichskristallnacht* «La Noche de Cristal», «a todo lo largo y ancho de Alemania se quemaron las sinagogas hasta sus cimientos y se destruyeron más de 7.000 tiendas y establecimientos judíos. Para colmo de todo se les impuso a los judíos una multa de mil millones de marcos — después aumentada a mil doscientos cincuenta millones de marcos — y todos los pagos de seguros a los que tenían derecho, como compensación por los daños sufridos en esa noche, fueron confiscados por el Estado. El 11 de noviembre, Heydrich (el lugarteniente de Himmler) le envió un telegrama a Goering informándole de la muerte de treinta y seis judíos — más tarde el Tribunal Supremo del Partido hizo ascender la cifra a un total de noventa y un muertos —. Pese a todo no se

persiguió a los autores de los excesos salvo en el caso de que hubieran cometido "polución de la raza" o hubieran sobrepasado "los límites de la disciplina"». (138).

Después de la «Noche de Cristal» fueron arrestados unos 30.000 judíos por las SS, que los envió a campos de concentración. Las órdenes del Gobierno excluyeron a todos los judíos de las escuelas alemanas y los obligaron a vender sus negocios y fincas, estipularon que fueran desprovistos de sus permisos de conducción y les prohibieron asistir a los teatros, conciertos, museos, estadios deportivos y piscinas. En febrero de 1939, fueron obligados a entregar todas sus joyas, excepto los anillos de boda, al Estado, y con la declaración de la guerra, se estableció para ellos un toque de queda, les fueron confiscados sus aparatos de radio, se les cortaron los teléfonos y se les suprimió la entrega de cupones de racionamiento para artículos textiles. En el mes de octubre, Hitler dio órdenes para la deportación de los judíos de los territorios ocupados por Alemania en Europa Central y en marzo de 1941 dictó «su decreto secreto —que nunca apareció por escrito aun cuando fue mencionado verbalmente en diversas ocasiones—, según el cual los judíos debían ser eliminados» (139).

¿Cómo reaccionaron los alemanes en las varias etapas que condujeron a la «Solución Final»? Cuando Michael Müller-Claudius interrogó a cuarenta y un miembros del Partido sobre su reacción por los sucesos de la «Noche de Cristal», veintiséis expresaron indignación, trece vacilaron antes de comprometerse en uno u otro sentido y sólo dos aprobaron lo sucedido. Más adelante, en 1942, en la época en que la población judía entera de Alemania estaba siendo deportada a los campos de concentración, Müller-Claudius repitió su encuesta. De sesenta y un miembros del Partido, dieciséis se mostraban conmovidos por la suerte sufrida por los judíos, cuarenta y dos se mostraron indiferentes y tres en favor del exterminio. «Las respuestas dadas por 1.000 prisioneros de guerra, en el período 1942-1944», escribió Norman Cohn, «mostraron que el 24 por ciento se mostraban más o menos en contra del régimen; el sesenta y cinco por ciento tenía un tipo de actitud que sugería que en el caso de que hubieran sido preguntados sobre la suerte de los judíos hu-

---

(138) Helmut Krausnick: *The Persecution of the Jews,* traducción de Dorothy Long, en *Anatomy of the SS State,* Collins, 1968, págs. 40-41.

(139) *Ibid.,* pág. 60.

biesen reaccionado con indiferencia; y el once por ciento eran nazis fanáticos» (140).

Lo cierto es que la mayor parte de los alemanes cerraron los ojos ante el destino de los judíos, como si nada tuviera que ver con ellos. El exterminio en sí fue llevado a cabo por un grupo reducido de hombres y, como veremos, incluso un hombre que sentía tanto interés político como Ernst Jünger, solamente oyó rumores insustanciales sobre ello cuando fue destinado al frente del Este en diciembre de 1942. El individuo estaba en libertad de creer o no creer tales rumores y, en la mayoría de los casos, encontraba conveniente no creer en ellos.

En lo que se refiere a la mayor parte de los alemanes, el trato dado por Hitler a los judíos era algo de relativa poca importancia y sobradamente compensado puesto que había logrado transformar Alemania en un país temido y respetado... Los que visitaron el Tercer Reich se sintieron casi siempre impresionados por el entusiasmo de sus ciudadanos: un contraste singular con la desesperación que reinó en Alemania durante el período de la depresión. Martin Heidegger no era el único que admiraba el *Arbeitsdienst*. Pese a todos sus prejuicios contra el nacionalsocialismo, William L. Shirer admitió que «los jóvenes en el Tercer Reich crecían y se desarrollaban con cuerpos fuertes y saludables, fe en el futuro de su país y en ellos mismos, y un sentido de compañerismo y camaradería que borraba todas las barreras de clase, económicas o sociales. Volví a pensar en ello más tarde, en los días de mayo de 1940, cuando a lo largo de las carreteras entre Aquisgrán y Bruselas pude ver el contraste entre los soldados alemanes, bronceados y fuertes, como consecuencia de una juventud pasada al sol y con dieta adecuada, y los prisioneros de guerra británicos, con sus pechos hundidos, hombros caídos, débil complexión y dientes careados, trágico ejemplo de la juventud que Inglaterra había descuidado tan irresponsablemente en los años entre las dos guerras» (141).

En el terreno económico no cabe duda de que el nacionalsocialismo, a pesar de que no llevó a cabo todas las promesas contenidas en el programa del Partido, significó cierto grado de protección para el comerciante medio y pequeño, así como para el granjero. Los grandes almacenes fueron sometidos a restricciones e impuestos; se aumentó el entrenamiento y formación de los especialistas, y los primeros proyectos de Hitler para

---

(140) N. Cohn, obra citada, pág. 211.

(141) W. L. Shirer, obra citada, pág. 256.

obras públicas se adjudicaron en su totalidad a los pequeños contratistas. Los campesinos se organizaron en comunidades de productores de bienes alimenticios, el *Nährstand*; se concedieron moratorias a las deudas de los pequeños propietarios rurales, y se publicaron nuevas leyes de sucesión que aseguraban que los bienes rurales se mantuvieran en la familia. Aun cuando la industria y los grandes negocios, ciertamente, prosperaron bajo el régimen de Hitler, la intervención del Gobierno significó una relativa pérdida de independencia, esa independencia de la que habían gozado bajo el régimen de la República de Weimar. Por otra parte, los trabajadores de la industria aunque habían perdido su derecho a la huelga y su libertad de cambiar de lugar de trabajo, estaban, en términos generales, satisfechos con el nuevo régimen. Ser un obrero en el Tercer Reich «ya no significaba el ser miembro de un grupo peligroso y alienado... Era ser miembro del Frente de Trabajo, ser alabado en la Prensa, encontrar que se le ofrecían diversiones de masas por medio de la organización *Kraft durch Freude* y un trato benevolente por parte de los patronos, más la posibilidad de compartir los honores industriales de la Alemania nazi como miembros de la *Volksgemienschaft*. Y, sobre todo, había trabajo, aun cuando los ingresos reales fueran bajos. El Tercer Reich no era el Estado de los trabajadores, pero al menos les daba una situación más elevada y digna de la que tuvieron en la época del imperio de Guillermo II» (142).

Finalmente, Hitler hizo lo que les había prometido a los alemanes: llevó adelante el programa de la Gran Alemania. En marzo del año 1938 sus fuerzas entraron en Viena, y en octubre de ese mismo año en el Territorio de los Sudetes. Un año más tarde invadió Polonia. De acuerdo con Stalin, el Estado polaco fue repartido entre las dos potencias, Alemania y Rusia y, finalmente, las fronteras de Alemania se extendieron hasta las de la Unión Soviética. El precio que hubo que pagar por ello fue una guerra mundial, una guerra que, según todo parece indicar, no era querida por ningún alemán, ni siquiera por el propio Führer, Adolf Hitler.

* * *

Para los escritores que no eran considerados degenerados, filósofos tales como Krieck y Bäumler, comediógrafos como Johst, o poetas como

---

(142) A. J. Nicholls, *Germany* en *European Fascism*, redactada por S. J. Wolf, Weidenfeld & Nicolson, 1968, pág. 80.

Blunck o Binding, había premios, recompensas y altos emolumentos. Durante su juicio después de la guerra, el actor Emil Jannings se volvió a su juez y le dijo: «Ilustrísima, da la casualidad que tengo aquí uno de los contratos que firmé antes de hacer una película. Es un buen ejemplo de todos los demás contratos que firmé entre 1933 y 1945. Tenga en consideración la suma que se me pagaba...» Jannings le extendió el contrato al juez. «Así, permítame usted que le pregunte: ¿hubiera usted rehusado esa suma?» (143).

El caso de Gerhart Hauptmann confunde a sus biógrafos, al menos tanto como confundió a los nacionalsocialistas en su tiempo. ¿Debía ser considerado Hauptmann como un escritor «degenerado»? Después de haber visto una de sus piezas teatrales, en 1893, el político bávaro príncipe Chlodwig de Hohenlohe-Schillingsfürst la describió como «una monstruosa obra de trabajo sobre realismo socialdemócrata y, al mismo tiempo, llena de un enfermizo sentimentalismo místico, que produce excitación nerviosa y es, en general, abominable. Después de verla, tuvimos que dirigirnos a Borchard, para regresar al interior de un marco mental humano, con champaña y caviar» (144).

En la época en que Hitler subió al poder, Hauptmann era el comediógrafo más distinguido y famoso del país. Ario, nacionalista, podía ser de inestimable valor para la propaganda nazi, y muy pronto puso en claro que, fuese cual fuese el Gobierno que ocupara el poder, él no pensaba abandonar la Academia. «Me siento dichoso de que Hauptmann esté de acuerdo conmigo», escribió Rudolf Binding el 6 de abril de 1933, «en que servimos a la nación a la que pertenecemos y no hay razón alguna para que abandonemos la Academia porque el régimen cambie. La Academia debe salvaguardar la libertad de la creación artística, no la libertad de la observancia política» (145). Tres semanas más tarde, el 1 de mayo, Gerhart Hauptmann colocó una bandera con la cruz gamada en su ventana y cuando Harold Nicolson se encontró con él, en febrero del año siguiente, lo encontró lleno de optimismo y seguro de que Alemania «se liberizaría a sí misma» como había hecho Italia (146).

Desde luego que Hauptmann hubo de sufrir ataques que comenzaron

---

(143) Arno Brecker, Memorias inéditas.

(144) Peter Gay: *Weimar Culture, The Outside as Insider*, Harper & Row, 1963, página 3.

(145) R. Binding: *Die Briefe*, Hamburgo, 1957, pág. 182.

(146) H. Nicolson: *Diaries and Letters*, Collins, 1966, pág. 166.

rápidamente en *Deutsche Kultur-Wacht* y *Die Brennessel* en septiembre de 1933, cuando se proclamó en favor de la retirada de Hitler de la Sociedad de Naciones. Desde 1934 a 1939, estuvo oficialmente en desgracia. En noviembre de 1937 se prohibió la celebración de una fiesta con motivo de cumplir los setenta y cinco años. En una entrevista con el escritor húngaro Ferenc Körmendy, en Rapallo, al año siguiente, Hauptmann le dijo: «Ese sucio ayudante de pintor austríaco ha arruinado Alemania y mañana hará lo mismo con todo el mundo. ¡Ese bastardo ha robado a los alemanes todo lo que teníamos de valor, nos ha convertido en una nación de esclavos! Pero eso no es suficiente para él. Ese rufián llevará la guerra al mundo entero, ese miserable comediante marrón, ese verdugo nazi, nos está empujando a una guerra mundial, ¡a la destrucción!»

Körmendy le interrumpió:

«Pero, si eso es lo que piensa, ¿por qué no emigra usted? ¿Por qué no hace lo que han hecho Mann, Zweig y otros, judíos y no judíos? ¿Por qué se ha quedado en Alemania?»

«¿Qué es lo que dice...? ¿Por qué no abandono Alemania?», le preguntó a su vez Hauptmann. «Porque soy un cobarde, ¿comprende usted? Soy un cobarde, un cobarde. Entiéndalo bien: un cobarde» (147).

La definición de William Shirer que presenta a Haptmann como «el más popular de los comediógrafos del Tercer Reich», es una exageración, debido a que Hauptmann era tan odiado por Rosenberg que una parte notable del Partido Nacionalsocialista hacía todo lo que estaba en sus manos para evitar que sus obras fueran representadas con demasiada frecuencia. De todos modos, en 1939 volvió a ganarse de nuevo el favor del Gobierno. Shirer recuerda haberlo visto en la noche del estreno de su obra *La Hija de la Catedral*: «una figura venerable con su cabello blanco y sedoso cayendo sobre su capa negra, entrando en el teatro del brazo del Dr. Goebbels y de Johst» (148). En 1942, su ochenta cumpleaños fue celebrado oficialmente en el palacio Pallavicini de Viena por Baldur von Schirach, que le obsequió, en nombre del Führer, con un jarrón decorado con la cruz gamada.

* * *

---

(147) *Die Welt*, 10 de noviembre de 1962, F. Körmendy: *Warum ich Deutschland nicht verlassen.*

(148) W. Shirer, obra citada, pág. 243.

La preocupación nacional por la guerra llevó al cese virtual de los ataques individuales contra los escritores y puso fin a las esperanzas de formular una propia y original política cultural. Hauptmann recibió nuevos honores y Goebbels confió en poder utilizarlo, al igual que a otros intelectuales que habían mantenido difíciles relaciones con el nacionalsocialismo (por ejemplo: Hans Carossa, Pfitzner, Richard Strauss, Furtwängler, etc.) como partidarios del Reich beligerante. A otros escritores se les ofreció la posibilidad de hacer carrera en el Ejército. Ernst Gläser, cuyos libros fueron quemados y que abandonó Alemania en 1933, regresó en 1939 para convertirse en director del periódico del Ejército *Adler im Süden,* e incluso el propio Ernst Jünger tuvo el sentimiento de que en el Reichswehr podría revivir los mitos de su juventud.

Mientras que Carl Schmitt y muchos otros antiguos nacionalistas pronto apoyaron el nacionalsocialismo, cierto número de antiguas amistades de Jünger se apartaron con valor y dignidad. Se desconfiaba de todos ellos. Después del incendio del Reichstag, Jünger, Hielscher y Niekisch, vieron como sus casas eran registradas, y Ernst von Salomon fue detenido conjuntamente con el novelista Hans Fallada. No obstante, posteriormente, Ernst Niekisch fue autorizado a publicar su revista *Wiederstand* hasta diciembre de 1934, en que fue prohibida. En 1935 estuvo en Roma, donde aludió a su oposición al régimen ante el embajador Von Hassel, y donde se le concedió una entrevista con Mussolini. El duce, que halló a Niekisch simpático y agradable, subrayó su origen izquierdista y dándose cuenta de las ideas de Niekisch le dijo que consideraba una locura por parte de Hitler el pensar en llevar a cabo una agresión contra la Unión Soviética. Posteriormente, Niekisch se entrevistó con el cónsul general italiano en Alemania, Scarpa, el cual le hizo algunas preguntas sobre los movimientos de oposición al régimen en Alemania. En 1937 Niekisch fue arrestado por la Gestapo y fue mantenido en prisión hasta el fin de la guerra. En esa ocasión, Ernst Jünger intervino en favor de su familia, pero no pudo hacer absolutamente nada por la liberación de Niekisch.

Es difícil determinar el grado de protección que Jünger gozó en el Tercer Reich. Algunos amigos y admiradores suyos ocupaban altos cargos: Werner Best era uno de los jefes de las SS y Alfred Bäumler, rector de la Universidad de Berlín. Por otra parte es indudable que los nacionalsocialistas deseaban contar con sus servicios, pero Jünger no quiso tener nada que ver con ellos. En noviembre de 1933, rehusó el ofrecimiento que se le hizo de un puesto en la Academia y en mayo de 1934, cuando el periódico *Der völkische Beobachter* reprodujo unos párrafos

de su libro *Das abenteuerliche Herz,* escribió una carta abierta al editor haciendo constar que la reproducción había sido hecha sin su conocimiento y poniendo en claro que no tenía absolutamente nada que ver con dicho periódico. Jünger se retiró por completo de la vida pública. El nacionalista revolucionario fue reemplazado por el estudiante de zoología, el autor de inflamados panfletos por el intelectual que estudiaba fríamente y con objetividad los acontecimientos que se desarrollaban en torno suyo. Cuando se encontró con Ernst von Salomon en 1937, en la puerta de un cine en Nuremberg, le dijo que había «elegido un lugar elevado desde el que podía observar cómo los hombres se devoraban unos a otros como bichos» (149): frío observador de la vida de los insectos, Jünger se fue interesando cada vez más en el modo cómo el nacionalsocialismo estaba reduciendo a los alemanes a un tipo de vida propia de insectos.

Auf den Marmorklippen, publicada en el otoño de 1939, era un ataque alegórico contra la dictadura y el peligro que, según creía Jünger, Hitler estaba acercando a Alemania y al mundo entero. Como un ataque disimulado contra el nacionalsocialismo, el libro fue muy influyente y causa sorpresa que el censor permitiera que esa novela viera la luz en Alemania. A comienzos de septiembre Jünger fue movilizado. Contrariamente a lo que hiciera Benn se había negado a «emigrar» a la Wehrmacht con anterioridad y afirmó «no hay sitio para mí en un Ejército del que Goering es general» (150). Ante la perspectiva de la guerra, Jünger — capitán de una compañía de infantería en el frente occidental — soñó en un torneo de caballeros, como el que Montherlant soñaba, también, en Francia. En cierto modo, Jünger vio la guerra como una especie de duelo personal entre él y Montherlant, una guerra limpia, una guerra galante, en la cual, cuando menos él, se portó bien. Cuando avanzó a través de Francia trató a sus adversarios vencidos con el mayor respeto. Vivió fiel a esas ideas y en París, en 1941, planeó su ensayo político *Die Friede,* que habría de servir como base ideológica para una nueva Europa liberada de Hitler.

En París, Jünger sirvió en el Estado Mayor del general Von Stülpnagel. Recoge sus entrevistas y experiencias en su Diario — la ejecución de un desertor alemán, los rumores de fusilamientos masivos en el Este, almuerzo con Paul Morand y Jean Cocteau — todo ello con la misma

(149) E. von Salomon: *Der Fragebogen,* Hamburgo, 1961, pág. 246.

(150) Karl O. Paetel: *Ernst Jünger in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten,* Hamburgo, 1962, pág. 66.

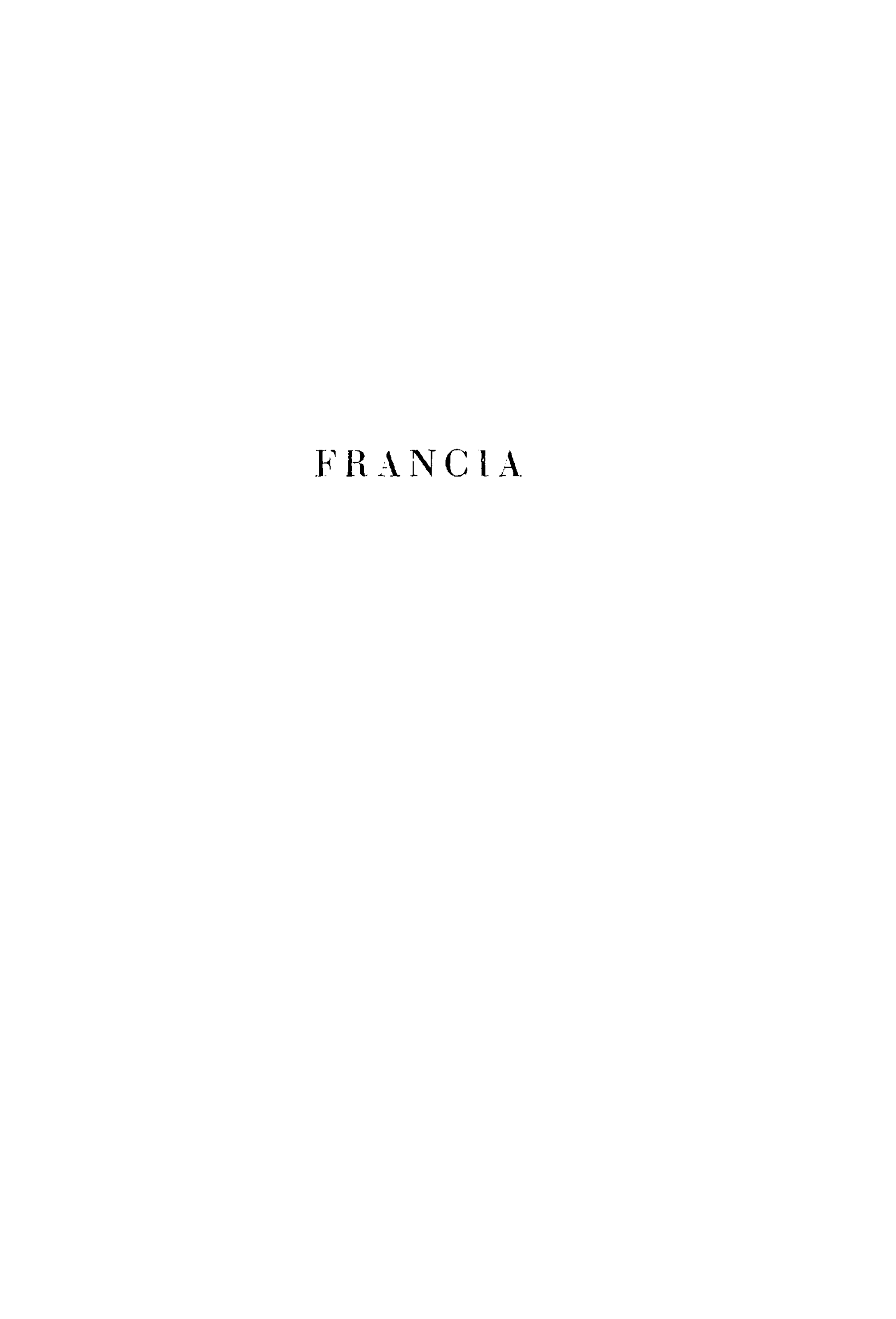
objetividad. Empezaba a darse cuenta que la guerra que tenía lugar en torno suyo no era ni mucho menos la guerra que él y Montherlant habían deseado. La tecnología se ponía al servicio de propósitos que le desagradaban y el Ejército alemán, en el que antaño Jünger puso tantas esperanzas, estaba participando en una destrucción total de los valores humanos. «En la Rue Royal», escribió en 7 de junio de 1942, «vi por vez primera en mi vida la estrella amarilla. La llevaban tres jóvenes muchachas que pasaron junto a mí cogidas del brazo... Por la tarde volví a ver la estrella con mayor frecuencia... De repente me sentí violento, embarazado, de llevar el uniforme» (151).

Fue trasladado temporalmente al frente de Rusia en el invierno de 1942 y entonces oyó hablar de nuevo de los crímenes de la Gestapo. «Estábamos celebrando la Nochevieja en el cuartel general. Desgraciadamente, la conversación corriente y normal me puso de mal humor. El general Müller nos habló de las terribles atrocidades cometidas por los Servicios de Seguridad después de la conquista de Kiev. Se mencionaron también los túneles de gases venenosos a los que eran conducidos trenes enteros cargados de judíos. Se trataba de rumores, pero, sin embargo, debía haber asesinatos masivos en cantidad. Me acordé de la esposa de Potard en la rue Lapérouse y de su ansiedad. Cuando se han visto casos individuales y después se tiene conocimiento de la cantidad de crímenes que se llevaban a cabo en tales mataderos, uno se enfrenta, de repente, con la perspectiva de una potencia tal de sufrimiento que no puede hacer nada más que dejar caer los brazos con desesperación. En tales momentos me sentía lleno de náuseas ante los uniformes, las hombreras galoneadas, las condecoraciones, el vino y las armas, cuyo brillo amé antaño. La antigua caballería ha muerto, al igual que la nobleza que existió en las guerras napoleónicas, que existió, todavía, en la Primera Guerra Mundial. Nosotros habíamos llegado a la etapa, al estado que ya había sido predicho desde hacía mucho tiempo y que es descrito por Dostoievsky en Raskolinkov. Éste veía a sus compañeros, a los otros hombres, como si fueran gusanos y piojos y tuviera que protegerse de ellos si no quería transformarse, degenerar, también él, en un insecto en un mundo de insectos» (152).

Cuando Jünger regresó a París en 1943, vio a Friederich Hielscher, que le habló de los ghettos y de los crematorios polacos. Un año después,

(151) E. Jünger: *Werke*, vol. II, pág. 351.
(152) E. Jünger: *Werke*, vol II, pág. 493.

tras el complot de Stauffenberg, del que Jünger tuvo noticia, pero en el que se negó a participar, el propio Hielscher fue detenido, y el comandante en jefe de Jünger, el general Stülpnagel, ejecutado. Finalmente, en noviembre de 1944, Jünger recibió la noticia de la muerte de su hijo en Carrara. Se sintió aliviado cuando ya junto a su esposa en Kirchhorst, oyó la confirmación del suicidio de Hitler, pues, según anotó en su Diario, temió ver a Hitler expuesto al público en una jaula y que el país pudiera caer de nuevo bajo su influencia.



FRANCIA

SECCIÓN TERCERA

Aunque los seguidores de Hitler y Mussolini gustaban de describir a la democracia como una invención francesa, no debemos olvidar que es precisamente de Francia de donde procedían algunas de sus ideas, de Gobineau, de Sorel e, incluso, podría parecer que de Gustave Le Bon. En Francia la democracia siempre tuvo adversarios muy influyentes, pero es difícil de decir lo amplia que fue la influencia de éstos sobre la Tercera República, puesto que nunca llegaron a triunfar. Hubo de producirse la más humillante de las derrotas militares en la historia de Francia para que el Gobierno se viera impulsado a conceder plenos poderes a un militar. Visto retrospectivamente, la figura dominante de la oposición nacionalista, el hijo de un cobrador de impuestos de Provenza, Charles Maurras, parece curiosamente aislada: aislada por su sordera, por la consistencia rígida de sus ideas, por su notable sobriedad en momentos de embriaguez nacional. No fue una deliberada reacción el que muchos de sus seguidores considerasen imposible unirse a otro movimiento que no fuera la *Action Française*. Su potente personalidad, su constancia y su melancolía fueron su atractivo pero, sobre todo, su ruina. Mientras que el transcurso de los acontecimientos en la primera mitad del siglo XX hizo que la mayor parte de la gente cambiara algunas de sus ideas, Maurras nunca consintió en alterar las suyas, puesto que rehusaba el pensar en la posibilidad de que alguna vez pudiera haberse equivocado. Determinado a tener siempre razón, estaba igualmente dispuesto a mantener la pureza de sus ideales. Si no se hubiera lanzado a la acción política, quizás sus ideales no se hubieran visto comprometidos; pero dispuesto al golpe de Estado, del que siempre habló, quizá a esto se debe su fracaso. Se sentía un tanto reluctante a la acción, de un modo u otro, y esto fue más que nada, lo que desilusionó a sus discípulos.

El principal objeto del odio de Maurras era la Revolución francesa de 1789. En ese año, creía, se habían impuesto a Francia tres mitos insidiosos que desde entonces no habían hecho sino llevarla al mal camino, a una senda errada: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Siguiendo el de-

sarrollo del ser humano desde su nacimiento a la edad madura, Maurras estableció sin gran dificultad, y también sin gran originalidad, que los hombres no eran ni libres ni iguales. Estaban destinados durante toda su vida a depender unos de otros. Necesidad y desigualdad, proclamaba, eran condiciones fundamentales de la naturaleza humana, fundamentales sobre todo lo demás para la formación de todos los individuos. Y además, existían instituciones que protegían al hombre y a las cuales éste debía obediencia y supeditación: la familia, la religión, la nación. Creía Maurras que la política debía dirigirse hacia la conservación de dichas instituciones y que era precisamente de su falta de lo que sufría la política francesa.

Con el nacimiento de la Tercera República en 1870, la única fuerza que él creía capaz de mantener unida a la nación, la monarquía, quedaba definitivamente derrotada. Una de las principales razones de esa derrota era la incapacidad de las dos facciones monárquicas, los legitimistas —que apoyaban las pretensiones del conde de Chambord, nieto de Carlos X— y los orleanistas —que apoyaban a Luis Felipe, descendiente del conde de París— en ponerse de acuerdo sobre a quién colocar en el trono, pero esto era cosa que Maurras estaba dispuesto a no tomar en consideración. Todo lo que él veía era una masa de partidos en disputa, que rompían la unidad nacional y que tenían el apoyo de «los cuatro Estados confederados»: los judíos, los protestantes, los extranjeros o *métèques* y los masones, que eran los que verdaderamente controlaban la Constitución.

En 1896, cuando Maurras tenía veintiocho años, visitó Atenas para informar sobre el desarrollo de los Juegos Olímpicos. Quedó verdaderamente asombrado al ver la influencia alemana en Grecia y el poderío que Gran Bretaña había sido capaz de establecer en el Mediterráneo. Quedó consternado por la insignificancia de Francia y, a su regreso a París, su odio a la República fue confirmado e incrementado por la resurrección de un caso que habría de tener influencia decisiva en la política de Francia en los siguientes diez años: el *affaire Dreyfus*. La teoría de Maurras y de otros *antidreyfusards* no era tanto la de que el capitán Alfred Dreyfus, el oficial francés de origen judío, miembro del Estado Mayor, que había sido sentenciado a cadena perpetua en 1894 acusado de espionaje, fuera o no inocente, sino la de que, incluso si era inocente, debía ser condenado. La cuestión de su culpabilidad no era tan importante, aunque había sido llevada más lejos que la cuestión de la validez del Ejército como institución: lo que se discutía era la validez del Estado francés.

Desde que fue pronunciada la sentencia, miembros de la familia Dreyfus habían venido intentando en vano establecer su inocencia y probar la culpabilidad del comandante Ferdinand Walsin-Esterhazy, una figura bastante dudosa, de mala reputación, a la que sólo salvaban sus buenas relaciones. Pero en enero de 1898, Emile Zola, en una carta abierta dirigida a Clemenceau, en *L'Aurore,* acusaba al Estado Mayor francés de haber condenado deliberadamente a un hombre inocente; así el *affaire Dreyfus,* que había estado dormido durante algún tiempo, salió de nuevo al tapete de la actualidad con el juicio contra el propio Zola. En el transcurso de los meses siguientes, Esterhazy dejó escapar algunas indicaciones sobre su mala conciencia al huir del país y un cierto coronel Hubert Henry fue detenido, por insistencia de uno de los miembros más objetivos del *Deuxième Bureau,* y acusado de haber falsificado una carta para alejar las sospechas de Esterhazy. Henry admitió su culpabilidad y se suicidó en su celda.

En esos momentos, Maurras declaró en el periódico realista *Gazette de France,* que Henry era un heroico patriota que sacrificaba su vida por el honor del Ejército francés y cuya única falta era la de haberse dejado descubrir como falsificador. Francia estaba dividida: por un lado estaban los que creían en la inocencia de Dreyfus, la veracidad de las acusaciones de Emile Zola y apoyaban al fundador de la *Ligue des Droits de l'Homme;* por la otra estaban los adversarios de Dreyfus, igualmente apasionados. Éstos, también, fundaron organizaciones con la intención primaria de combatir a *La Ligue des Droits de l'Homme.* En la primavera de 1898, dos republicanos «patriotas», Henri Vaugeois y Maurice Pujo, crearon el pequeño *anti-Dreyfusard Comité d'Action Française,* y en el invierno se formó la *Ligue de la Patrie Française.* Antes de que el perdón de Dreyfus se pronunciara oficialmente en otoño de 1899, Maurras se unió a Vaugeois y Pujo, a los que convirtió en monárquicos en el transcurso de un año, y en torno a los tres hombres se creó un movimiento que recibió el nombre de *Action Française.*

Aún cuando Maurras por su parte era ateo, creía que Francia bajo la monarquía tenía que ser católica. El catolicismo estaba arraigado en la tradición de Francia y la tradición nacional era lo único que facilitaba el auténtico criterio de lo que era bueno para el país. Al defender al catolicismo, Maurras se las arregló para hacerse con ayudas tan poderosas que incluso el Vaticano llegó a sentirse alarmado. Este apoyo no sólo provenía de los sectores más reaccionarios del catolicismo francés, de aquellos que consideraban a la Tercera República como un triunfo del anti-Cristo, del reino de los judíos y los protestantes, y que temían los

daños que las ideas revolucionarias francesas podían hacer a la influencia de la Iglesia, sino que, además, provenía de aquellos otros católicos horrorizados por el creciente anticlericalismo del Gobierno de la República: en julio de 1904, Francia rompió sus relaciones diplomáticas con el Vaticano y en diciembre del año siguiente se pronunció una ley separando la Iglesia del Estado. «La Iglesia y el Estado», en las palabras de David Thomson, «se desgarraron entre sí, pero no se separaron limpiamente» (1). Las propiedades y edificios que habían pertenecido a la Iglesia fueron expropiados implacablemente; las escuelas religiosas quedaron sometidas a la inspección y supervisión del Estado, y el número de niños que acudía a ellas descendió radicalmente en los siguientes veinte años. Existían, sin embargo, otros movimientos más conciliatorios que el de *Action Française*, como el *Sillon* de Marc Sangnier, y el propio papa no veía con gusto una ruptura con la República tan radical como la que Maurras deseaba. Desde un principio, la «Acción Francesa» llevaba consigo un ligero estigma de herejía que fue haciéndose más profundo con el transcurso de los años y que terminaría con la condenación papal de 1926 (2).

El antisemitismo era otro de los aspectos desagradables del nacionalismo francés, del «royalismo» y, en ocasiones, del catolicismo de Francia. Sancionado por los principales aristócratas, bendecido por los príncipes de la Iglesia, merecedor de una justificación científica y filosófica en el tratado de Gobineau titulado: *L'Essai sur l'inegalité des races humaines,* fomentado tanto en su forma económica como emocional por el periódico de Edouard Drumont *Libre Parole* y sus libros *Le Secret de Fourmies* y *La France Juive,* el antisemitismo se convirtió en prejuicio elegante adoptado por los jóvenes que no deseaban otra cosa sino estar a la última moda. Se consideraba también como un signo de germanofobia patriótica, puesto que la mayor parte de los inmigrantes judíos que habían llegado a Francia desde 1870 tenían nombres alemanes, y Alemania, desde la guerra francoprusiana hasta la Segunda Guerra Mundial, siempre fue considerada como el principal enemigo de Francia. Los artesanos franceses, así como los pequeños comerciantes, estaban resentidos por la intrusión de los judíos y observaron con envidia su éxito en los negocios, mientras que los monárquicos, preocupados principalmente con la defensa de sus propiedades inmuebles, se sintieron alar-

(1) David Thomas: *Democracy in France,* Oxford University Press, 1958, página 143.

(2) Más adelante volveremos sobre este tema con más detalle.

mados por la creciente importancia de los bienes muebles que se hallaba, frecuentemente, en manos de judíos y extranjeros. «A medida que crecía la importancia del capital, cuando el orden social existente empezó a vacilar, el rencor de aquellos que se sentían amenazados por los cambios económicos acusó de ello a los judíos. Los judíos, al igual que los protestantes, habían jugado un papel de importancia en la creación y en la política de la República y de la nueva sociedad, del nuevo mundo del cual la República era la encarnación política. No sólo en los bancos, sino también en la Universidad, en las letras, en el teatro y en la prensa, por toda la compleja sociedad de París, su papel parecía incrementarse y cada vez era menos encubierto. No es sorprendente, pues, que los grupos sociales antaño privilegiados encontraran muy fácil acusar a los judíos por su pérdida de posiciones, por la disminución de los ingresos de sus rentas o de sus carreras en los servicios públicos, por sus pésimas inversiones financieras, sus pérdidas en crisis, quiebras y especulaciones, de las cuales, se creía, tenía la culpa la intervención de los judíos» (3).

La *Acción Francesa,* muy pronto fue la única organización importante de la extrema derecha en Francia. La *Ligue de la Patrie Française* se desintegró en 1904 después de que su secretario Gabriel Syventon se suicidó el día antes del que tenía que ser juzgado por mantener relaciones sexuales con su hijastra y malgastar los fondos de la organización. Otro de los grandes movimientos de derechas, la *Ligue des Patriotes,* de Paul Déroulède, fue a caer en la insignificancia por esa misma época... En 1908, sin embargo, creyendo, o pretendiendo creer, que había llegado el momento de actuar, Maurice Pujo organizó el cuerpo que pensaba restaurar la monarquía mediante un *coup de force*: los *Camelots du roi.* Al igual que los *squadristi* de Mussolini, los *Camelots* contenían un elemento incongruentemente progresivo. «No pertenecíamos al ala derecha», escribió Georges Bernanos que, en su calidad de *Camelot,* fue encarcelado por escándalo y violencias públicas en 1909. «Preferimos arriesgarnos a una revolución obrera a comprometer la monarquía con una clase que durante todo un siglo estuvo totalmente al margen de sus tradiciones ancestrales, del profundo significado de nuestra historia, una clase cuyo orgullo y avaricia había logrado establecer una forma de servidumbre más inhumana que aquella que antaño fue abolida por nuestros reyes» (4).

---

(3) Eugen Weber, obra citada, págs. 197 y 198.

(4) G. Bernanos: *Les Grands Cimetières sous la lune,* París, 1938, pág. 48.

Y, no obstante, los *Camelots,* cuya principal misión consistía en vender ejemplares del periódico *Action Française* en las puertas de las iglesias los domingos y atacar las reuniones socialistas, se dieron cuenta de que estaban conformes en muchos puntos con sus adversarios políticos con los que coincidieron en prisión. A su modo ellos eran también revolucionarios. Sobre todo eran rebeldes activos que, en vez de sentarse en casa y predicar doctrinas derechistas, preferían lanzarse a la calle para luchar.

Fue también en 1908 cuando la *Action Française* fundó su propio periódico, al que dio el mismo nombre del movimiento. «Francés por nacimiento y de corazón, razón y voluntad», los miembros del movimiento declararon en su primer número, «debo cumplir plenamente los deberes de un patriota consciente. Me comprometo a combatir al régimen republicano. La República de Francia es el reinado de los extranjeros. El espíritu republicano debilita la defensa nacional y favorece influencias religiosas directamente hostiles al catolicismo tradicional. Francia debe tener un régimen francés. Así nuestro único futuro está en la monarquía personificada por Su Alteza Real el duque de Orléans, el heredero de cuarenta reyes que crearon Francia en el transcurso de más de un millar de años. Sólo la monarquía asegura el bienestar público. Garantiza el orden, previene los males públicos denunciados por los antisemitas y los nacionalistas...» (5). La política que pedía el periódico era la de Maurras — una monarquía con un Gobierno descentralizado que se preocupara por el bienestar de cada una de las regiones y una economía corporativa. En cuanto a los mitos que acompañaban a la República, Libertad, Igualdad y Fraternidad, los sustituía por el mito de Juana de Arco, el símbolo de la llamada del pueblo a un rey como única fuerza unificadora dentro de un país dividido.

Parece ser que en 1913 el periódico *Action Française* sólo tenía 7.600 suscriptores, pero su circulación entre los no suscriptores era de unos 20.000 (6). No obstante esas cifras ascendieron notablemente durante la Gran Guerra, pues durante ese período de crisis nacional, la *Acción Francesa* subrayaba más su patriotismo que su espíritu monárquico. Su especialidad era el descubrimiento de traidores y derrotistas en las filas fran-

---

(5) *Action Française,* 21 de marzo de 1908.

(6) Entre 1920 y 1926 las cifras de suscriptores ascendieron de 20.000 en 1920 a 48.000 en 1925, mientras que su circulación entre los no suscriptores pasó de 41.000 a 55.000 en 1926.

cesas y puede decirse que puso en marcha una verdadera cacería de brujas contra políticos, industriales e incluso comerciantes con nombres extranjeros. Fue ese periódico quien encabezó la campaña contra Joseph Caillaux, el ministro de Finanzas y otro radicalsocialista, Louis-Jean Malvy, el ministro del Interior, a los que acusó de ayudar económicamente a Miguel Vigo-Almereyda, el director del periódico de izquierdas *Le Bonnet Rouge,* que era sospechoso de espionaje. Los tres hombres fueron detenidos; a Vigo se le halló ahorcado en su celda, y los dos ex ministros fueron juzgados y condenados y no lograron ser amnistiados hasta varios años después de que estuviera concluida la Primera Guerra Mundial.

El odio que el periódico monárquico sentía por Alemania era inigualable. Maurras fue uno de los primeros en alzar su voz reclamando de Alemania el pago de reparaciones de guerra y, tras el armisticio, pidió que el país germano fuera dividido. También esa posición resultó altamente popular. La *Acción Francesa* se lanzó a la defensa de todo francés que hubiera sufrido algún daño o experimentado pérdidas materiales en la guerra. Hizo crecer la impresión de que sólo Alemania era culpable de la ruptura de las hostilidades y, por tanto, sólo ella debía indemnizar a las víctimas de la guerra. Espoleados por la popuridad y el apoyo tan amplio que encontraban, así como por la popularidad de su periódico, que al parecer llegó a alcanzar un tiraje de 157.000 ejemplares en 1917, los jefes de *l'Action Française* dieron un paso que los llevaría a perder el apoyo de sus miembros revolucionarios y, finalmente, acabaría por precipitar su declive: decidieron presentarse al Parlamento, en las elecciones de 1919, como una *Union Nationale.* Esto significaba un compromiso con la Tercera República; y la intervención conciliatoria del movimiento quedó confirmada con su programa relativamente moderado en el que no se mencionaba la restauración de la monarquía. Sus principales puntos eran que no debía haber amnistía para los crímenes de alta traición durante la guerra, que debía introducirse cierta legislación para controlar la inmigración y que debía iniciarse una campaña para fomentar el índice de nacimientos, que había quedado muy disminuido en toda la nación. Debía reducirse el período de servicio militar, establecido en tres años, llevarse a cabo una descentralización económica y administrativa, restablecer las relaciones con el Vaticano y llegar a acuerdos con el papa sobre los varios problemas religiosos presentes. Finalmente, todas las medidas que perjudicaban a la Iglesia, órdenes religiosas y escuelas de la Iglesia, debían ser abolidas igualmente. El programa era decididamente popular y unos treinta candidatos «que po-

dían considerarse muy próximos a la *Acción Francesa*» (7), entre ellos el compañero de Maurras en la redacción de su periódico, Léon Daudet, fueron elegidos.

Al igual que todos los demás movimientos políticos que tienen como objetivo político denunciar los males de la democracia, la *Action Française,* progresó en tiempos de crisis — cuando puede echarse las culpas de todo a la democracia — y declinó en épocas de prosperidad. De 1918 a 1923, Francia, aún cuando gozaba de cierta estabilidad en relación con Italia y Alemania, sufría también una pequeña parte del desorden social que imperaba en toda Europa. A principios de 1919, el franco estaba muy débil y el coste de los alimentos ascendía rápidamente. En enero hubo varias huelgas de los transportes públicos; en febrero se intentó asesinar a Clemenceau; en marzo se produjeron dificultades laborales con los funcionarios y empleados públicos, y el 1.º de Mayo se produjeron violentos choques entre huelguistas y fuerzas de la policía, de los que resultaron numerosas víctimas. Todos estos incidentes redundaron en beneficio de Maurras, que jamás cesó de subrayar el peligro de un «golpe de Estado» por parte de las izquierdas. Por otra parte, con frecuencia sorprendente, *l'Action Française* estuvo de acuerdo con la política del Gobierno francés. En el mes de septiembre de 1920, el Gobierno decidió abandonar la idea de celebrar oficialmente el aniversario de la República, debido, en gran parte, a las presiones procedentes de las derechas; algo más tarde, se reanudaron las relaciones diplomáticas con el Vaticano; y en enero de 1923, Raymond Poincaré, del que se sabía simpatizaba con Maurras, decidió, con el apoyo total de *l'Action Française,* la ocupación de la cuenca del Ruhr. Esto, a juicio de Maurras y Daudet, era un síntoma de auténtico patriotismo que, según llegó a creer el propio Daudet, le llevaría a la designación como ministro del Interior.

Pero contra lo esperado, fue precisamente en la época de la ocupación del Ruhr cuando la opinión pública comenzó a volverse contra la *Acción Francesa.* El día 22 de enero, un joven anarquista llamado Germaine Berton, asesinó al secretario general de los *Camelots du Roi* y de la Liga de la Acción Francesa, Marius Plateau. Los *Camelots* reaccionaron y su venganza consistió en asaltar las oficinas y las redacciones de tres periódicos de izquierdas: *L'Oeuvre, L'Ere Nouvelle* y *Bonsoir,* y el 31 de mayo aún se enemistaron más con la opinión pública al atacar a tres políticos republicanos, Marc Sangnier, Maurice Violette y Marius

---

(7) Weber, obra citada, pág. 129.

Moutet, cuando se encaminaban a una reunión política de las izquierdas para protestar contra la política de Poincaré con respecto a Alemania. El resultado de dichos ataques fue una oposición más firme y coherente a la extrema derecha en la Cámara de los Diputados y, consecuentemente, en el país. Como la situación de la economía francesa iba mejorando y lo mismo le ocurría a la situación general, se produjo un auge provisional de las izquierdas. Alexandre Millerand fue remplazado en la presidencia de la República por el radical moderado Gaston Doumergue en junio de 1924. Daudet no consiguió volver a ser elegido diputado. Muchos de los socialistas y radicales que habían sido condenados durante la guerra, entre ellos Caillaux y Malvy, fueron amnistiados; los ferroviarios que habían sido despedido por su participación en las huelgas de 1919, volvieron a ser admitidos en sus empleos; y de nuevo comenzó a predominar el anticlericalismo en el Parlamento, lo que llevó a que la mayoría votara la supresión de la Embajada francesa en el Vaticano el mes de febrero de 1925.

Al mismo tiempo, la política fue dejando paulatinamente de preocupar al individuo. La ansiedad de los primeros años de la década de 1920-1930, dejó paso al sentimiento de alivio de que la Gran Guerra, la guerra para acabar con todas las guerras, había pasado ya y había sido ganada. «Una prosperidad sin paralelismo», escribió Maurice Sachs, «estaba llamada a darnos siete años de euforia extraordinaria durante la cual las tiendas estuvieron llenas, los teatros abarrotados y las calles plenas de visitantes. Fue un período increíble en el cual se escribían, se imprimían y se vendían libros por todas partes; se pintaba y se exponía y los cuadros se vendían con velocidad de relámpago... El dinero fácil llevó a una efímera efervescencia en el arte y sometió a éste a una infatuación superficial que, más tarde, sería difícil de proseguir. Finalmente, cierta hipocresía, que había camuflado los instintos naturales del hombre durante la guerra, fue rechazada como un velo inoportuno; los que habían sufrido menos estaban dispuestos a divertir a los demás; se aconsejaba a las viudas que volvieran a casarse, así como se tendió a asegurar los estudios y las vacaciones de los huérfanos; en resumen: existía como una ley tácita que decía que todos debíamos tratar de divertirnos al máximo» (8).

Sin embargo, pese a la indiferencia por la política, a la jactancia de los surrealistas, a la elegante introversión de André Gide y Paul Mo-

(8) M. Sachs: *Le Sabbat*, París, 1946, págs. 88 a 100.

rand, que caracterizó al mundo literario francés de mediados de 1920-30, hemos de conservar en nuestra mente el hecho de que *l'Action Française* había tenido un inmenso prestigio en los círculos intelectuales y continuaba teniendo influencia en gran número de jóvenes escritores. En 1917 Proust y Rodin la aceptaron; tanto Gide como Apollinaire le habían escrito a Maurras expresándole su admiración; y Anatole France había afirmado que su periódico era el único que se escribía en buen francés. Esto sin duda se debía en gran parte a Léon Daudet, el agudo aunque violento compañero de redacción de Maurras, y a éste mismo. Incluso Romain Rolland, que se oponía a casi todas sus ideas, lo había descrito en 1913 como «el mayor representante del espíritu tradicional francés» (9).

Maurras era un clasicista. Siempre había considerado al romanticismo como algo de importación extranjera que iba contra el espíritu francés, como una reunión confusa de ideas y emociones. El francés, proclamaba, debe volver a la tradición clásica, a *su* tradición, en la cual resultan esenciales el orden, la jerarquía y la disciplina. Pero aún más que ese ideal equilibrado clásico de Maurras, la importancia que concedía al poder de la voluntad como único medio en poder del hombre para dirigir y gobernar «el reino físico donde las mareas y los tumultos de nuestra sangre se agitan», fue lo que hizo que se despertara el respeto a sus ideas en jóvenes tales como Bernanos, Montherlant, Drieu La Rochelle y André Malraux, hombres jóvenes en busca de acción y heroísmo. Teniendo en cuenta su posterior adhesión a las izquierdas, resulta interesante recordar el prefacio que Malraux escribió a la obra de Maurras, *Mademoiselle Monck*, en 1923, cuando todavía se hallaba poco seguro de la dirección que iban a tomar sus ideas políticas. «El ir desde la anarquía intelectual a la Acción Francesa no es contradictorio, es constructivo», escribió. «La obra (de Maurras) es una serie de estructuras trazadas para crear o mantener la armonía. Valora y estima todas las cosas y hace que uno admire el orden, porque todo orden representa fuerza y belleza... La razón sucumbe ante la sensibilidad; es sólo con la ayuda de una emoción como pueden modificarse las otras emociones, y para Charles Maurras esta emoción es el amor a Francia... Charles Maurras es una de las mayores fuerzas intelectuales de hoy...».

Como fuerza intelectual, Charles Maurras siguió siendo poderoso hasta la Segunda Guerra Mundial: su fracaso fue como fuerza política y hu-

(9) Romain Rolland: *Un beau visage à tous sens, choix de lettres, 1886-1944*, París, 1967, pág. 118.

mana. Para Georges Bernanos, que creía — según escribió a Louis Salleron en 1939 — que «Dios me ha creado para entregar mi devoción a un hombre», que necesitaba «ver los ojos y oír la voz del que manda», que creía que «la única bandera fiel es un príncipe vivo» (10), el aspecto heroico de la Acción Francesa a la que se había unido debido en gran parte a la influencia de su confesor Dom Besse, desapareció con la entrada de esta fuerza política en la política republicana, mientras que el lado heroico de Maurras quedaba parcialmente oscurecido por sus esfuerzos para ser elegido miembro de la *Académie Française*. Por su parte Bernanos no estaba dispuesto a aceptar honor alguno de la República y, consecuente a sus principios, había rechazado por tres veces la *Légion d'honneur*, en 1927, 1938 y 1946. El Realismo, según él, era una cruzada dirigida principalmente contra la burguesía amante de la comodidad a la que no se cansaba de sorprender y asustar. Fue más por amor al escándalo que iba a causar que por verdadero antisemitismo por lo que escribió el libro que sus amigos prefieren olvidar, *La Grande Peur des Bien-pensants*, un elogio a Edouard Drumont y un epitafio a «la idea de heroísmo que, más que la idea de Patria, parece ser el precio que ha sido pagado por la guerra» (11). «En realidad», afirmó, «la sociedad actual, la llamada sociedad moderna que es una sociedad de transición y compromiso, no tiene proyectos, ningún objetivo determinado más que el de sobrevivir tanto como le sea posible gracias al desagradable empirismo que ha venido usando hasta ahora» (12).

Para rebeldes como Bernanos, Charles Maurras, al que ahora identificaban con la «sociedad moderna», tenía que perder paulatinamente su fascinación.

La subida de Mussolini al poder en Italia, hizo aumentar la impaciencia de los seguidores de Maurras. No es necesario decir que los franceses estaban ávidos de subrayar lo mucho que los nacionalistas y los fascistas italianos le debían al líder monárquico, pero los italianos se mostraban más escépticos al respecto: cuando Georges Valois (13) le dijo a Mussolini que «*l'Action Française* era la cuna del fascismo», el duce le replicó: «¡Sí, pero yo puse el bebé en la cama!» (14). Y, verda-

(10) Georges Bernanos: *Cahiers de l'Herne*, París, 1967, pág. 127.

(11) G. Bernanos: *La Grande Peur des Bien-pensants*, París, 1931, pág. 413.

(12) *Ibid.*, pág. 182.

(13) Yvon de Begnac: *Palazzo Venezia, storia di un regime*, Roma, 1950, página 185.

(14) E. Weber, obra citada, pág. 134.

deramente, hay que admitir que el «bebé» era muy distinto de todo lo que Maurras hubiera podido concebir. En su forma original el fascismo era tan republicano como anticlerical y si llegó a un acuerdo con la monarquia y la Iglesia fue sólo a disgusto. El antisemitismo no formó parte de la ideología fascista hasta finales de la década de 1930 e incluso los miembros más reaccionarios del Partido, como por ejemplo el monárquico Gioacchino Volpe, consideraban a *l'Action Française* como conservadora en exceso... Finalmente, según afirmó Eugen Weber, en comparación con el fascismo, la Acción Francesa era tan resueltamente «doctrinal y racionalista» como el fascismo era «rudamente antiintelectual».

Incluso cuando el fascismo se convirtió en régimen —un régimen que conservó la monarquía y respetó la Iglesia—, Mussolini se lanzó a un proceso de centralización deliberada en su gobierno, lo que iba en contradicción directa con el regionalismo de la Acción Francesa. Pero pese a lo que Léon Daudet subrayó inmediatamente después de la Marcha sobre Roma, es decir, que el aspecto más interesante del fascismo era «el reconocimiento del hecho de que en los tiempos modernos una dictadura sólo puede ser beneficiosa como apoyo de la monarquía o como tránsito hacia la monarquía» (15), su admiración por Mussolini era sincera y se refirió a él en una carta dirigida a Giovanni Preziossi en diciembre de 1934, como «uno de los más grandes políticos de nuestro tiempo» (16). En fecha aún posterior, en 1937, incluso el propio Maurras tuvo frases de alabanza para el régimen fascista italiano: «Socialismo libre de democracia, sindicalismo liberado de los lazos con que la lucha de clases había atado a la clase trabajadora italiana» (17). Mussolini, continuaba diciendo, había instituido un sistema corporativo dentro de una fiel tradición nacional; había formado un Estado nacional que trajo «amistad y unión en vez de levantar odio y escisiones como había hecho el Estado electoral democrático». «Italia», concluyó, «necesitaba una dictadura. El genio de la dictadura y del dictador, había calmado, pacificado y revivido un país que anteriormente había sido febril o lánguido. Había vuelto a su destino a una raza paciente, valerosa, ardiente e inteligente. Se las había arreglado más que nadie antes, para adaptar los defectos potenciales al bien común. Sin embargo, hay que reconocer que las diferencias entre la centralización adoptada por Italia, que sólo había logrado

(15) *Action Française*, 31 de octubre de 1922.

(16) G. Pini y D. Susmel: *L'Uomo e l'Opera*, III, pág. 312.

(17) Charles Maurras: *Mes idées politiques*, París, 1937, pág. 62.

su unidad nacional en 1870, y las libertades locales debidas en una nación que lleva unificada tanto tiempo como la nuestra, tenemos que admitir que el fascismo ha evitado a la península los daños del comunismo y las desilusiones del socialismo. Es absurdo mantener que esto se ha conseguido a costa de aplastar al pueblo. Hace ya tiempo que los trabajadores italianos gozan de una situación superior a la que existe en Francia» (18).

La mayor disensión en el seno de la Acción Francesa fue la obra de un hombre que prefería la determinación de Mussolini a la inercia de Maurras. George Valois era un ex sindicalista, de mente sencilla, en oposición a la plutocracia que a su juicio estaba dominando al mundo, y que se había afiliado a la *Action Française* en 1906 en la creencia de que era posible conciliar a los trabajadores con el monarquismo. Como Bernanos, él consideraba a la monarquía como una fuerza unificadora en el país, que podía entonces adoptar la política social y económica tan progresiva como le gustase y, el pretendiente al trono, el duque de Orléans le parecía una persona ideal para dicho propósito. «*Il était très prince et très peuple*», escribiría varios años después de su ruptura con los realistas, «un hombre con el cual los republicanos podían, muy bien, haber luchado contra la plutocracia» (19).

Contrariamente a la mayor parte de los otros miembros de *l'Action Française,* Valois tenía algunos conocimientos de economía y estuvo en condiciones de hacer algo más que una vaga crítica del sistema imperante. Propuso revolucionar la organización y la producción e introducir una forma de corporativismo en la cual los empleados y los patronos serían considerados como productores y divididos en grupos de acuerdo con su ocupación o procedencia. Cada grupo enviaría a un representante a un consejo nacional económico y a lo que Valois llamaba Estados Generales de la Producción Francesa, en el que toda institución de la sociedad francesa estaría representada — las familias, las provincias e, incluso, la Iglesia —. Los Estados Generales asegurarían la coordinación de todas las fuerzas nacionales; reviviría el sentido de la jerarquía y la autoridad tradicionales y subrayaría el papel encomendado al líder — al jefe de la familia y al jefe del Estado —. Pero la auténtica institución en la que se moldeaba el sistema de Valois, era el Ejército, y el auténtico espíritu que él creía habría de prevalecer era el espíritu de lucha, la ca-

(18) *Ibid.*, págs. 63 y 64.

(19) G. Valois: *L'homme contre l'argent,* París, 1928, págs. 111 y 112.

maradería heroica e idealista que había conocido en las trincheras durante la Gran Guerra.

El parecido entre los principios de Valois y los de los sindicalistas revolucionarios italianos era notable, y así cuando Valois visitó Roma en 1923 en calidad de delegado de la Acción Francesa, fue el ambiguo Malaparte quien le sirvió de guía. Malaparte, según recuerda Valois, «de origen republicano y socialista, era el tipo de fascista que a mí me gustaba (20). Como también señala Valois esto no significaba que ninguna de sus ideas derivara de las de los italianos: éstos las habían obtenido de un francés llamado Georges Sorel. Por eso se sintió irritado cuando dos de los nacionalistas italianos con los que se entrevistó, Corradini y Coppola, insinuaron que si Italia estaba por naturaleza llamada al fascismo, Francia había nacido para la democracia. Pese a ello, Valois se sintió complacido por lo que vió en Italia y deliciosamente satisfecho por su entrevista con Mussolini. Dos años más tarde, le diría a un periodista italiano que el fascismo y el comunismo eran «las únicas fuerzas positivas en el mundo. Sea quien sea el que conquiste al otro, el comunismo en Rusia y el fascismo en Italia producirán resultados similares. Nada de parlamentos, nada de democracia, una dictadura, una nación que se forma a sí misma. Una vez que la burguesía haya sido eliminada, la alianza entre el Estado y el pueblo obligará a todos a marchar en una disciplina nacional... El fascismo ha tomado todo lo mejor de la Acción Francesa y del socialismo. El fascismo, en Europa, se ha convertido en una síntesis de todos los movimientos antidemocráticos. Todo el honor se debe a Mussolini y a Italia por haber bautizado dicho movimiento» (21).

Durante mucho tiempo, los jefes de la Acción Francesa desconfiaron de Valois. Al principio, algunos grandes industriales mostraron interés en sus teorías corporativas, que les parecieron una solución posible para la inquietud que reinaba en el campo industrial y contra la tiranía de la C.G.T. (22). Debido a su origen proletario, Valois parecía ser el miembro del movimiento realista con mayores posibilidades de conseguir el apoyo de los obreros, y en 1920 tuvo éxito al organizar la Confederación Francesa de la Inteligencia y la Producción, que se transformó cuatro años más tarde en la Unión de Corporaciones Francesas. Pero cuando se

---

(20) *Ibid.*, pág. 48.

(21) *Popolo d'Italia*, 18 de octubre de 1925.

(22) Confederación General del Trabajo, sindicatos obreros dominados por los socialistas. *(N. del T.)*

pusieron en claro las implicaciones radicales de sus teorías perdió el apoyo de los industriales franceses y todo lo que quedó fueron los celos y las sospechas de los realistas.

En febrero de 1925, con la ayuda financiera del fabricante de perfumes François Coty (23), Valois fundó su propio periódico, *Le Nouveau Siècle,* y en abril organizó también su propia legión de ex combatientes. Abandonó *l'Action Française* en octubre y fundó en el mes siguiente un nuevo movimiento político, *Le Faisceau.* Con sus legionarios de camisa azul como *force de frappe,* los principios de *Le Faisceau,* según Valois, eran criticar a «la burguesía individualista» y exaltar «el espíritu heroico de los soldados y de los trabajadores revolucionarios», como oposición al prevalente espíritu de «mercantilismo y parlamentarismo». A finales de año no sólo repudió el antisemitismo y el «royalismo» de la Acción Francesa, sino que se convirtió en un detractor extraordinario de Maurras. «Usted no es un líder», le dijo, «ni usted ni nadie en su movimiento tiene una idea precisa de cómo hacerse con el poder. Por eso ninguno de ustedes lo intentó nunca».

El apoyo a Valois vino de fuentes imprevistas. Revolucionario por encima de todo, contaba con una alianza con los comunistas y tuvo éxito al atraerse a Marcel Delagrange, el alcalde comunista de Périgeux y al sindicalista Henri Lauridan, al tiempo que unos dos mil miembros de *l'Action Française* desertaron de ésta para unirse al *Faisceau* en enero de 1926. Sin embargo, la enemistad incansable de los líderes realistas, que se incrementó cuando sus seguidores comenzaron a desertar, fue una de las causas del fracaso del movimiento de Valois y pronto condujo a enfrentamientos entre los «camisas azules» y los *Camelots.* A ello se sumó, de improviso, la hostilidad de Coty, que proclamó que Valois, a causa principalmente del odio que sentía por Horace Finaly, el director de la Banque de Paris et des Pays-Bas, estaba trabajando para los servicios de inteligencia británicos. Actuaba como «agente de enlace entre Londres, París y Roma para tratar de unir a los izquierdistas de Francia e Italia contra un bloque germanosoviético» (24). En resumen, deseaba convertir a Francia en esclava de Gran Bretaña antes de que Finaly la hiciera esclava de los Estados Unidos. En 1926, Coty le retiró el apoyo financiero y *Le Faisceau* fue inclinándose cada vez más hacia la izquierda. En ese momento, dos de sus miembros más destacados, Marcel Bucard y Philippe Lamour, que según creía Valois estaban trabajando para Coty, mostraron

---

(23) Más adelante nos volveremos a referir a ello.

(24) G. Valois, obra citada, pág. 295.

su desacuerdo con la línea política de Valois y el movimiento comenzó a desintegrarse. En marzo de 1928, un mes después de que Valois denunciara la naturaleza reaccionaria del fascismo italiano, el periódico *Le Nouveau Siècle* dejó de publicarse y *Le Faisceau* llegó a su fin. Valois volvió a su sindicalismo revolucionario y posteriormente sería deportado por su participación en la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, mientras que Lamour, después de tratar en vano de formar su propio Partido Revolucionario Fascista, comenzó a sentir cierta repugnancia por el fascismo como régimen político y por su anterior líder, y en 1936 se presentó como candidato a diputado por el Frente Popular.

* * *

Tras sufrir tales defecciones por razones políticas, la Acción Francesa comenzó a ver cómo se desarrollaba en su seno «una oposición interna» por razones religiosas.

Uno de los principales signos de ello fue la fundación, en 1924, de *La Gazette française* por Amédée d'Yvignac, bajo la influencia del abate Lallement y el filósofo neotomista Jacques Maritain. D'Yvignac confiaba en formular una «política cristiana» que restaurase «la noción del derecho divino en la sociedad y el Estado», lo que, según creía, había sido descuidado por Maurras. Sin embargo, no abandonaría la Acción Francesa hasta dos años más tarde y las razones para su marcha (y la de Maritain) fueron la decisión del Vaticano de poner en el Índice el periódico *Action Française,* al igual que todas las demás obras de Maurras.

La política del Vaticano siempre se mostró en contra de la Acción Francesa en los primeros años de la década de los veinte: el papa Pío XI no sólo se había opuesto a la ocupación del Ruhr en 1923 y predicó la conciliación y la paz con el enemigo vencido, sino que también aconsejó a los católicos que cooperase con la Tercera República y se mostró favorable a *Le Sillón* de Marc Sangnier. Además, la sospecha de que el Vaticano simpatizaba con la Acción Francesa, perjudicó a la Iglesia en sus relaciones con los obreros, que asociaron dicho movimiento tan estrechamente con el Vaticano que incluso los sacerdotes más progresivos pasaron a ser considerados reaccionarios a sus ojos. Pero, sobre todo, el papa tenía motivos para sentirse celoso de Maurras: la influencia que este último ejercía en los círculos católicos, tanto en la propia Francia como de Bélgica, era inmensa y, además, estaba lejos de ser obediente a las órdenes papales. Los motivos dados por el Vaticano para la condena del periódico *L'Action Française* —que el periódico ponía la religión al

servicio de un movimiento político — resultaron de todo punto insuficientes e insatisfactorios para la mayor parte de los seguidores de Maurras, aunque también una pobre excusa para remediar un estado de cosas que parecía estar a punto de escapársele de las manos. Mas pese a todo, el efecto de la condena vaticana fue catastrófico. En cuatro años *L'Action Française* perdió casi la mitad de sus lectores. De acuerdo con su naturaleza contradictoria, Bernanos fue uno de los contados antiguos seguidores de Maurras que volvieron a unirse al movimiento como prueba de desafío, pero como más tarde veremos, sólo se quedó junto a Maurras por corto tiempo. La marcha de Maritain fue la más perjudicial, porque fue acompañada de las de muchos jóvenes miembros o simpatizantes que buscaron, posteriormente, su guía política o religiosa en otra parte. Muchos de ellos se quedaron con Maritain, pero bastantes otros se aproximaron a movimientos políticos extremos que pronto nacerían. En vista de la influencia que habrían de tener en la ideología de tales movimientos y en la *Révolution nationale* de Pétain, examinaré, aunque sólo sea brevemente, algunos de sus objetivos.

«Los no-conformistas de los treinta» (25), exigían «la ruptura con el desorden establecido» (26). Para la izquierda francesa todos eran fascistas y Denis de Rougemont, de *Ordre Nouveau,* se encontró con que el periódico soviético *Izvestia* lo calificaba como «uno de los líderes del fascismo francés». Ellos jamás aceptarían el marxismo y buscaban una alternativa al capitalismo. Sin embargo, pese a que algunos de ellos más tarde se unirían a partidos «fascistas» — Jean-Pierre Maxence a *Solidarité française,* Robert Lousteau a *Croix-de-feu* y después al *Parti Populaire Français,* Robert Francis al *Parti Populaire Français* (27) — a

---

(25) Utilizo el título del ensayo de Jean-Louis Loubet de Bayle, *Les non-conformistes des années 30,* París, 1969.

(26) Se dividieron en tres grupos principales. A la izquierda se situaron los que se adhirieron a *Esprit,* que fue fundado por Emmanuel Mounier, Georges Izard y André Déléage en 1932, e incluía a Pierre-Henri Simon, de las *Jeunesses Patriotiques* de Taittinger, Jean Lacroix, Aldo Dami y André Bridoux. Al igual que los fundadores de *La Gazette française,* estaban influenciados principalmente por Maritain. En el centro se hallaba el *Ordre Nouveau,* fundado por Robert Aron, Robert Dandieu, Alexandre Marc y Daniel-Rops; en la derecha, más próximos a la Acción Francesa, estaban los jóvenes realistas conocidos como *La jeune Droite*: Jean de Fabrègues, Thierry Maulnier, Jean Pierre Maxence, Maurice Blanchot y Robert Brasillach. El periódico representativo de este grupo era *Les Cahiers,* conjuntamente con *La Revue Française, Réaction, La Revue du siècle* y, más tarde, *Combat.*

(27) Volveremos a ocuparnos más adelante del tema.

principios de la década de 1930 estaban tratando de encontrar un camino que en teoría estaba tan lejos del fascismo tanto como del comunismo. Demasiado jóvenes para haber luchado en la Gran Guerra, rechazaban ese mito tan querido a los seguidores de Mussolini y de Hitler: el mito del heroico guerrero de las trincheras. La Gran Guerra y los resultados de ella eran, según creían, frutos de una forma anacrónica de nacionalismo. «No tenemos la menor responsabilidad por la guerra», proclamaba *Ordre Nouveau* en una carta en la que felicitaba a Hitler por abandonar la Sociedad de las Naciones. «No nos sentimos ligados al imbécil y criminal tratado que nuestros delegados —y los suyos— redactaron. Nos negamos a reconocer el rostro de nuestro país en la helada imagen de un sistema en el cual la justicia es traicionada por una apariencia de legalidad. Lo estipulado en el Tratado de Versalles, tanto en sus negociaciones como en su base política, es algo tan repugnante a nuestros ojos como puede serlo a los suyos. Los Tratados de 1919 son tan ajenos a nosotros como pueden serlo los Tratados de Londres o los de Unkiar Skelessi, cuyas fechas y términos leímos en nuestros textos de historia; reliquias del siglo XIX, expresan la ideología mentecata del principio de las nacionalidades. Para nosotros son un cero a la izquierda» (28).

Opuestos al nacionalismo, que diferenciaban del patriotismo, *Esprit*, *Ordre Nouveau* y *Jeune Droite*, exigían una federación de regiones europeas con un sistema económico corporativo. Sólo así, mantenía *Ordre Nouveau*, podrían resurgir las «bases eternas» del hombre: la familia, la comunidad, la profesión y la región. Como objetivo de la revolución incruenta propagada por los inconformistas y que sólo podía ser realizada en Francia, «un país en que no se da un estado agudo de crisis», estaba la supremacía del hombre, su liberación de la máquina y del proceso de productividad, del capitalismo, del liberalismo y del «cáncer norteamericano» (29). «Contra el desorden capitalista y la opresión comunista, contra el nacionalismo homicida y el internacionalismo sin fuerza, contra el parlamentarismo y el fascismo, el *Ordre Nouveau* ponía todas las instituciones al servicio de la personalidad y supeditaba el Estado al hombre» (30).

Aún cuando los inconformistas repudiaban tanto al fascismo italiano como al comunismo soviético, reconocían que ambos movimientos eran

---

(28) *Ordre Nouveau*, noviembre de 1933.

(29) R. Aron y A. Dandieu: *Décadence de la nation française*, París, 1933; *Le Cancer américain*, París, 1931, y *La Révolution nécessaire*, París, 1933.

(30) *Ordre Nouveau*, mayo de 1933.

los únicos intentos «revolucionarios» llevados a cabo con miras a cambiar el orden de cosas existente. Repudiaban el concepto marxista de la revolución como producto de un movimiento histórico y pensaban que el materialismo histórico reducía el experimento comunista a un nivel tan materialista como el capitalismo. Su actitud con respecto al fascismo era, sin duda, más compleja. Emmanuel Mounier rechazaba toda posibilidad de conciliación entre sus ideas y las de Mussolini o Hitler. Por otra parte, *La Jeune Droite*, había heredado hasta cierto punto la admiración de Maurras por el dictador italiano, y *L'Action Française* estaba en contra de toda manifestación del nacionalismo germano. El grupo que pareció interesarse más en las ideas del inconformismo siguió siendo el *Ordre Nouveau*. Por su parte, Alexandre Marc se mantuvo en contacto con los miembros del Frente Negro de Otto Strasser y con los colaboradores del periódico *Die Tat*, con los que compartía cierta repugnancia por Hitler, hasta el extremo de que trató de jugar con la idea de suministrarles armas para impedir que los nacionalsocialistas se hicieran con el poder. Sobre todo, Marc y los otros inconformistas se unieron a los jóvenes nacionalistas alemanes en su oposición al capitalismo y cuando se tradujo al francés la obra de Ferdinand Friend *Das Ende des Kapitalismus*, en 1932, tuvo tanta influencia como la había tenido en Alemania.

Está claro, desde luego, que en «la práctica», el fascismo no era compatible con las ideas de los inconformistas. Ellos, que siempre habían estado en contra de un Estado fuerte, se vieron enfrentados con sistemas políticos en los cuales el Estado crecía hasta un grado de fortaleza sin precedentes. El mayor triunfo del que pueden jactarse Hitler y Mussolini fue el de haber logrado movilizar a la juventud (y los inconformistas nunca cesaron de proclamar que su revolución tenía que ser la obra de la juventud) y de haber destruido el Estado liberal, los partidos y el Parlamento. Por otra parte, como escribió Alexandre Marc, «el fascismo se jacta de liberar al hombre de la esclavitud del materialismo, pero al hacer al Estado la expresión suprema de la vida espiritual y material de la nación, ha reducido los valores espirituales que se jacta de encarnar en una forma disfrazada de materialismo, porque el culto al Estado en su forma absoluta no es más que la transposición política del materialismo» (31).

---

(31) Mencionado por J. Loubet del Bayle, obra citada, pág. 306. Cuando Robert Aron, Chevalley, Dupuis, Marc, Mounier, André Ulmann, Jean de Fabrègues y Thierry Maulnier asistieron a un Congreso en Roma, en mayo de 1933, fueron los únicos miembros que expresaron sus reservas sobre el sistema corporativo propuesto por el fascismo.

* * *

La depresión necesitó más de dos años para ejercer un efecto directo sobre Francia que, de todos modos, jamás fue tan grave como sobre Alemania, los Estados Unidos y ni siquiera Gran Bretaña. Las cifras de parados eran incomparablemente bajas: 60.000 en 1931; 260.000 en 1932; 335.000 en 1933, y 465.000 en 1935. Pero el comercio internacional fue afectado por la devaluación de la libra esterlina en septiembre de 1931; la producción industrial sufrió un descenso que alcanzó su nadir en mayo de 1932 y, después de un breve resurgir, volvió a bajar a finales de 1934; la situación internacional era desesperante incluso para el más desapasionado de los espectadores.

El resentimiento de los contribuyentes franceses surgió en 1932 cuando, en la Conferencia de Lausanne, se decidió cancelar el pago de las reparaciones alemanas. Los franceses habían confiado que Alemania compensara los daños causados por la Gran Guerra; se habían creído con derecho si no a prosperar sí al menos a sobrevivir económicamente a costa de su anterior agresor. La aprobación del Gobierno francés a los distintos planes para aliviar a Alemania de sus obligaciones les había indignado, especialmente dado que los impuestos en Francia crecían de modo continuado; la indignación creció cuando después de la Conferencia de Lausanne se supo que Francia debía seguir pagando *sus* deudas de guerra a los Estados Unidos de América. Cuando se suspendieron los pagos en diciembre de 1932, se le presentó a la *Action Française* una ocasión admirable para manifestarse contra la política gubernamental. Cuando el ministro de Finanzas, Henri Chéron, intentó limitar los gastos presupuestarios, «la indiferencia por la política se convirtió en hostilidad. Los contribuyentes se negaron a pagar sus impuestos; en Borgoña, Normandia, y en el Languedoc, los granjeros y los criadores de vinos, indignados, expulsaron de sus ciudades a los recaudadores de impuestos; los ex combatientes se manifestaron en contra del proyecto de rebajar las pensiones de guerra; los estudiantes hicieron lo mismo contra la suspensión de los exámenes y oposiciones; quemaron a Chéron en efigie y se enfrentaron con la policía. A mediados de enero de 1933, el Barrio Latino hervía y la Facultad de Derecho, un baluarte del nacionalismo, se hallaba en un auténtico estado de sitio» (32). Cualquier medida tomada por el Gobierno incrementaba el mal humor contra los «políticos» —la

(32) E. Weber, obra citada, pág. 308.

decisión en el verano de 1932 de mantener los grandes sueldos de los parlamentarios, el acuerdo de conceder a Austria un crédito de 350 millones de francos — y todo eso mientras que «en las barracas de los arrabales de París, en las noches heladas, largas filas de gente que nunca anteriormente habían mendigado, esperaban tiritando los restos de alimentos dejados por los soldados» (33).

Con un escalofrío, la burguesía amargada traía a colación un buen número de incidentes que probaban la deshonestidad de sus políticos y sus siniestros contactos con el mundo intangible de las altas finanzas. En 1928, el ex ministro de Finanzas en el Gobierno de Clemenceau, Louis Klotz, fue detenido por firmar cheques sin fondos y por sus negocios fraudulentos con Marthe Hanau, una mujer muy activa con numerosos amigos en el Gobierno, que quedaron al descubierto. En 1930, el escándalo de Oustric trajo la renuncia de Péret, el ministro de Justicia y la caída del Gobierno de Tardieu. Después, a finales de 1933, el escándalo de Stavisky (34) fue del dominio público. ¿Tenía algo de extraño que los franceses empezaran a pensar que esa corrupta institución conocida como democracia parlamentaria no funcionaba bien? En la primera mitad del año 1932 hubo tres gabinetes y cinco en el transcurso de 1933. Esa incapacidad de conservar el poder, sugería una debilidad que Francia no podía permitirse, sobre todo después de que Hitler fue nombrado canciller de Alemania y del triunfo en este país de un tipo agresivo de nacionalismo del cual, como veremos después, Hitler se había jactado de que Francia sería la primera víctima.

Las gentes estaban aterrorizadas por el temor a una apocalipsis inminente. Incluso los escritores menos dados a la política creían necesario comentar las inquietantes «noticias de la prensa». «El viejo mundo capitalista se tambalea», escribió Julien Green en su diario el 14 de junio de 1931. «Comienza un nuevo mundo. Ya es tiempo, más que tiempo, de que abandonemos el viejo con nuestros prejuicios, nuestra policía, nuestro ejército, nuestras banderas y nuestros himnos» (35). «La visita de Maritain me ha deprimido», añadió el 1 de octubre. «Según él, el mundo está a punto de llegar a su fin. ¿Qué es lo que digo...? Nos estamos, ya, deslizando hacia el abismo. Estamos en él. Todos los místicos coinciden en ello. Si no hay una guerra habrá una revolución que nos destruirá. Todo se derrumba.» En febrero de 1932, André Gide, cuyo

---

(33) E. Weber, obra citada, pág. 307.

(34) Volveremos a tratar de ello más adelante.

(35) J. Green: *Journal 1928-1958,* París, 1961, pág. 40.

interés por el comunismo había ido aumentando desde su visita al Congo en 1925, había «comenzado a desear de todo corazón la ruina del capitalismo y que todo se derrumbe con su vergüenza, sus abusos, su injusticia, sus mentiras y sus monstruosidades» (36). La alternativa era un totalitarismo con el que podría conseguirse la disciplina que, anteriormente, se había asociado con la monarquía.

* * *

Antes de dedicarnos a estudiar el escándalo de Stavisky y las subsiguientes violencias y escándalos callejeros del 6 de febrero de 1934, es preciso que dirijamos una mirada a los partidos de las derechas que participaron en ellos y a los movimientos que se habían desarrollado, o que habían ganado fuerza, durante la depresión. El más antiguo de todos, después de *Action Française,* era las *Jeunesses Patriotes.* Fundadas por un diputado bonapartista llamado Pierre Taittinger, en 1924, sus miembros procedían en su mayor parte de los estudiantes de la clase media. Los miembros de esta organización, antisemítica y antidemocrática, lucían como uniforme un impermeable azul y boinas del mismo color, y estaban, especializados al igual que los *Camelots du roi,* en luchar contra los manifestantes comunistas. Es muy difícil de calibrar la extensión de este movimiento: después del 6 de febrero de 1934, Taittinger se jactó de tener 240.000 miembros, pero los informes de la policía sugerían que la cifra debía aproximarse a los 90.000.

Tras otros movimientos nacionalistas estaba el caprichoso y megalomaniático, aunque físicamente una figura poco distinguida, François Coty, más famoso fuera de Francia por sus polvos de talco que por su actuación política. Un corso cuyo nombre real era Spoturno, Coty comenzó su carrera a finales del siglo XIX como secretario del diputado corso Emmanuel Arene. En 1900, sin embargo, fundó una pequeña industria de perfumería; cinco años más tarde inauguró una fábrica en Suresnes, cerca de París, y durante la Gran Guerra, Coty se convirtió en uno de los hombres más ricos de Francia.

El hecho de que Coty (y tantos otros millonarios: Serge André, el magnate del petróleo; Jean Beurrier, el banquero; Jean Hennessy el fabricante de coñac) proveyera a los fascistas franceses de apoyo financiero, parecía frenar los sentimientos anitcapitalistas de estos movimientos. La principal atracción del «fascismo» francés era, como señaló Robert Soucy,

---

(36) A. Gide: *Journal 1889-1939,* pág. 1.116.

su anticomunismo (37). Y era precisamente un intento de remediar el desorden que a su juicio habían causado las izquierdas en el curso de la Gran Guerra. Coty, que se proclamaba a sí mismo bonapartista, se había hecho en 1922 con el control del periódico *Le Figaro* y fue su director y propietario desde 1924 a 1932. Pese a ser uno de los apoyos financieros más importantes de la *Action Française,* la ambición real de Coty era la de dirigir una de las mayores organizaciones de ex combatientes. Después de sus divergencias con Georges Valois en 1926, creó una pequeña «Asociación de los miembros de la Legión de Honor condecorados por arriesgar sus vidas», bajo la presidencia de Léon Démoge, que fijó su sede social en el mismo edificio de *Le Figaro,* y en noviembre de 1927 animó a Maurice d'Hartoy a fundar una asociación de heridos y ex combatientes de primera línea llamada la *Croix-de-Feu,* que se convertiría en la asociación de ex combatientes más extensa y más poderosa. Dos años más tarde, Coty, que se había peleado con d'Hartoy, hizo que llegara a la dirección de la *Croix-de-Feu* el aristocrático, guapo y galante coronel conde François de la Rocque, que dio mayor impulso a la organización. Pero la amistad de Coty con el coronel tampoco duró mucho y empezó a pensar en crear una organización propia. En 1928 fundó un periódico, *L'Ami du peuple,* que se vendía al precio de dos *sous* el ejemplar, es decir, más barato que todos los demás periódicos de Francia. Su objetivo, así lo proclamó Coty en sus columnas, era conciliar al trabajo con el capital, pero los capitalistas estaban divididos en dos categorías: los buenos capitalistas, como el propio Coty, que había trabajado duramente toda su vida y se consideraba con derecho a ser llamado un «productor», los capitalistas «con una patria, un hogar, un nombre y un rostro, que es un accesorio y un instrumento de *valor humano*»; y el mal capitalista, el fullero, el especulador, «un anónimo internacionalista, irresponsable, vagabundo, que carece de patria, como son los banqueros del capitalismo, cuyas oficinas están abiertas por toda la extensión del mundo y cuyos múltiples tentáculos acechan a la presa humana» (38).

Debido a su preferencia por los ex combatientes, Coty animó de modo especial a dos colaboradores de *L'Ami du Peuple*: el primero de ellos fue Marcel Bucard, un antiguo miembro del *Faisceau,* de Valois, que en noviembre de 1933 fundó el más intransigente y menos popular de los partidos fascistas de Francia, el *Parti Franciste,* y cuya admiración

(37) Robert J. Soucy: *The Nature of Fascism in France,* en *The Journal of Contemporary History,* vol. 1, núm. 1, 1966, pág. 41.

(38) *L'Ami du Peuple,* 10 de julio de 1933.

por Hitler y Mussolini era inmensa. El segundo fue Jean Renaud, al que Coty nombró jefe de su propio movimiento político la *Solidarité Française*, apodado irónicamente *Sidilarité Française* por el *Canard enchâiné*, debido a su apelación a los norteafricanos sin trabajo. La organización se desarrolló en 1933, un año antes de la muerte de Coty, y aunque nunca fue demasiado efectiva como «fuerza anticomunista», significó una dispersión más de fuerza de las muchas que minaban a la derecha francesa. Más tarde me referiré al antagonismo que dividía a La Rocque, Doriot y Maurras; pero lo cierto es que antes de febrero de 1934 no hubo nada que causara mayor daño a la unidad de las derechas de Francia que la disposición a la querella y las ambiciones personales de François Coty (39).

Hasta que se produjo el escándalo de Stavisky los nacionalistas franceses no parecieron tener una unidad de propósito capaz de llevarlos a una unidad de acción. Vista desde un punto de observación muy próximo, incluso esta alianza provisional, y en cierto modo fortuita, entre los grupos de las derechas resulta ilusoria. Gracias a las investigaciones del periódico *Action Française*, el público francés fue informado de que Serge Stavisky, un aventurero cosmopolita que había sufrido ya una condena por fraude, había podido llevar a cabo sus dudosas actividades bajo la protección de Dalimier, el ministro de Justicia. Al reproducir dos car-

---

(39) Hacia 1933 se había peleado ya casi con todos sus anteriores *protegés*. Le había retirado su apoyo financiero a la *Action Française*. E incluso llegó a arrebatar a Maurras su discípulo Georges Bernanos. La causa que motivó la ruptura, según parece ser, fue la candidatura política de Jacques Ditte, que se opuso a la de Maurice Pujo. La discusión motivó una serie de cartas escritas por Bernanos para la *Action Française* y la repudiación final de Bernanos por parte de Maurras (véase *Bulletin périodique de la Société des amis de Georges Bernanos*, número 17-20, Navidad 1953). Sin embargo, la explicación que Maurras le ofreció a Xavier Vallat, en la cárcel después de la Segunda Guerra Mundial, establecía implicaciones distintas. «En 1931, Bernanos se hallaba en Hyères y me invitó a que fuera a verlo... Había situado a sus dos hijos varones a la puerta de la verja que daba entrada al jardín y les dijo que nos recibieran con el saludo fascista, lo cual, en realidad, no significaba nada para mí. En cuanto a Bernanos, nos saludó a Pujo y a mí con grandes muestras de afecto. Le pedí que me llamara a comienzos de noviembre... Vino a verme. Pasó el día con nosotros y nos hizo reír hasta que las lágrimas nos rodaron por las mejillas con sus imitaciones del pobre lunático François Coty; Bernanos no ahorró el menor sarcasmo... Quince días más tarde regresó a París, se dirigió a ver a Coty y se convirtió en uno de los más violentos detractores de *l'Action Française*. Coty tenía un aspecto absurdo, una personalidad que podía inspirar, en cierto modo, la burla; pero no hubiera resultado razonable, en modo alguno, burlarse de su dinero...» (Xavier Vallat, *Charles Maurras, numéro d'écrou 8.321*, París, 1953, pág. 144).

tas dirigidas a Dalimier por Stavisky, el periódico *Action Française* contribuyó a complicar en el escándalo al Partido Radical en su totalidad. La orden de detención de Stavisky fue firmada en diciembre de 1933, cuando se realizó una investigación sobre el capital que necesitaba para garantizar una emisión de bonos en nombre de una Casa de Préstamos de la ciudad de Bayona. Deseoso de evitar un escándalo nacional, el primer ministro Chautemps se negó a ordenar una encuesta parlamentaria sobre el asunto. Poco después se descubrió el cadáver de Stavisky. La declaración oficial de que se había suicidado en el domicilio de su amante no fue creída de modo general, y Chautemps, obligado a dimitir fue, reemplazado por Daladier.

Desde el momento en que comenzó el escándalo Stavisky, los *Camelots du roi* habían venido manifestándose y escandalizando de noche por las calles de París, con el consentimiento y el apoyo —de creer a las izquierdas— del prefecto de policía, Jean Chiappe. Para calmar a los socialistas, Daladier destituyó a éste, lo que dio motivo a un movimiento de indignación entre las derechas. El 6 de febrero de 1934, cuando Daladier y su nuevo Gobierno comparecieron ante el Parlamento, las ligas del ala derecha, la *Croix-de-Feu,* los *Camelots du roi,* las *Jeuneses Patriotes* y la *Solidarité Française,* a las que se habían unido grupos comunistas que cantaban la Internacional, convergieron en el Palais Bourbon. La policía abrió fuego; quince manifestantes resultaron muertos y 435 heridos. Pese a la dimisión de Daladier y a la confusión reinante entre las izquierdas, los movimientos derechistas fallaron en su intento de unirse entre sí. Vistos retrospectivamente, los incidentes callejeros de febrero nos descubren que no tuvieron efecto alguno. El único partido realmente fascista, el *Franciste,* de Bucard, no tomó parte en ellos. *Les Jeunesses Patriotes,* los *Camelots du roi* y la *Solidarité Française* participaron independientemente, mientras que el coronel de La Rocque hizo cuanto estuvo en sus manos para mantener a su *Croix-de-Feu* alejada del asunto. Maurras, en las oficinas de la Acción Francesa tampoco hizo nada. Lucien Rebatet cuenta que un joven apareció en el despacho de Maurras el 7 de febrero y le gritó:

«Maître, París se ha alzado. No existe Gobierno y todo el mundo espera algo. ¿Qué debemos hacer?»

La respuesta de Maurras fue decepcionante:

«No me gusta la gente que pierde su autocontrol» (40).

A los ojos de las izquierdas, sin embargo, las derechas ofrecían un

(40) Lucien Rabatet: *Les Décombres,* París, 1942, pág. 30.

aspecto formidable. «Estoy sumamente alarmado por el desorden y la confusión que reina entre todos los elementos de la izquierda», le escribiría Gide a Roger Martin du Gard el 9 de marzo. «Por otra parte, las derechas están magníficamente organizadas. Si no vamos con cuidado el fascismo subirá al poder en Francia tan fácilmente como lo logró en Alemania» (41).

Considerando el peligro aún mayor de lo que en realidad era, las izquierdas reunieron sus fuerzas para formar un bloque antifascista. Los comunistas se decidieron a cooperar con los socialistas y los radicales, y así, en mayo de 1936, Léon Blum fue elegido jefe del Gobierno a la cabeza del Frente Popular, ese desafortunado y bien intencionado *Front Populaire* que, una vez más, dio a los nacionalistas una aparente unidad de propósitos: el derrocar a Blum.

Los logros de Blum fueron considerables. Consiguió unir a las izquierdas: comunistas, socialistas y radicales, como ningún otro político había logrado hacerlo antes desde Jaurès. Llevó a cabo reformas que hacía mucho tiempo que venían siendo recomendadas por los anticapitalistas de todo matiz político. Se organizaron delegaciones de obreros para tratar con la dirección de sus factorías y empresas; los salarios se incrementaron entre el siete y el quince por ciento; se nacionalizó la industria del armamento, y finalmente se consiguió poner al Banco de Francia bajo control gubernamental, con lo cual lo más destacado de la oligarquía capitalista, las «doscientas familias», vieron su poderío debilitado. Se creó un *office du blé* (42) para eliminar especulaciones en el precio de los cereales, y se introdujo la jornada laboral de cuarenta y cuatro horas con vacaciones obligatorias pagadas. ¿Por qué, pues, despertó el Frente Popular tanto miedo y vituperación? ¿Por qué fue una de las principales razones del éxito transitorio alcanzado por algunos partidos como el de De la Roque —*Parti Social Français*— y el *Parti Populaire Français* de Doriot? (43).

Francia se sintió más insegura de lo que lo había estado durante muchos años. En marzo Hitler ocupó Renania y las peticiones de una inmediata movilización francesa fueron ignoradas. Blum llegó al poder en mayo de 1936 y en julio estalló la guerra civil española. Los hombres de las derechas de Francia se enfurecieron ante las simpatías de Blum por la República española, mientras que las izquierdas se sintieron de-

---

(41) A. Gide-R. Martin du Gard: *Correspondance, I,* París, 1968, págs. 598-599.

(42) Oficina del Trigo, en francés en el original. *(N. del T.)*

(43) Volveremos sobre el tema más adelante.



Otto Abetz *(izquierda)* y Robert Brasillach



Jean Cocteau *(izquierda)* y Arno Breker

fraudadas ante la negativa del jefe del Gobierno de proveer de armas al Gobierno de Madrid. Después, Hitler continuó fortificando Renania y se pensó que toda la energía nacional debía dedicarse a la defensa de la propia Francia. ¡Y precisamente en ese mismo momento se introducía la jornada laboral semanal de cuarenta y cuatro horas! Existía, además, un temor creciente y auténtico del comunismo. El Pacto francosoviético, firmado en mayo de 1935 y ratificado en febrero de 1936, indignó a muchos franceses que no vieron en él más que una provocación deliberada hecha a Hitler, así como también a aquellos otros que, simplemente, odiaban a la Unión Soviética. «Ese pacto nos asocia con un Estado con el cual no tenemos nada en común», se quejó Maurice Blanchot. «Nos asocia a una paz que no es la nuestra y a una guerra que tampoco puede serlo. Nos ata a nuestra propia destrucción. Es, al mismo tiempo, un plan vano y criminal, lo peor de todo lo que podría haberse hecho» (44). Se temía, también, que una alianza con Rusia diera nuevas fuerzas al Partido Comunista francés que, en 1936, tenía 350.000 miembros. Y el Gobierno izquierdista de Blum aumentaba ese temor. Bajo el *Front Populaire* había en la Cámara francesa setenta y dos diputados comunistas, mientras que antes sólo hubo doce. Dos millones de obreros ocuparon las fábricas para probar su fuerza; manifestaciones amenazantes de comunistas desfilaron bajo el Arco del Triunfo; calles, estadios y organizaciones juveniles fueron bautizados con los nombres de los héroes de la izquierda: Marty, Barbusse, Marx y Lenin. Barrios enteros de París aparecieron cubiertos de banderas rojas; en las estaciones del Metro se vendía la lista de los miembros de «las doscientas familias». La cómoda existencia de los ricos parecía en peligro y las peores profecías económicas parecieron cumplirse cuando, después de tres meses en el Gobierno, Blum hubo de devaluar el franco en un tercio de su valor.

Blum siguió en el poder hasta junio de 1937 y durante el tiempo que ocupó la presidencia del Consejo de ministros, su Gobierno atacó a los nacionalistas con toda la frecuencia y la fuerza posibles. En junio de 1936 las ligas de las derechas fueron disueltas oficialmente y en octubre Maurras fue encarcelado por haber incitado a sus seguidores a asesinar a los políticos de izquierdas que se habían mostrado en favor de las sanciones impuestas por la Sociedad de las Naciones contra Italia. Verdaderamente, la actuación de *l'Action Française* había sido execrable. El 13 de febrero, cuando Blum y otro diputado socialista, Georges Monnet iban por el Boulevard Saint-Germain, su coche fue detenido por la multitud que

(44) *Combat*, marzo de 1936.

se dirigía al funeral de Jacques Bainville, una figura prominente de *l'Action Française* que había muerto el día 9 de ese mismo mes. Blum y Monnet, rodeados por un grupo de manifestantes, fueron apaleados y tuvieron que ser rescatados por unos obreros que, casualmente, trabajaban por allí cerca. Ese mismo día, el Gobierno, enfurecido, decretó la disolución de *l'Action Française,* de los *Etudiants d'Action Française* y de los *Camelots du roi;* lo único que se conservó fue su periódico.

Aún cuando ya había sido sentenciado en distintas ocasiones y a distintas penas, en octubre de 1936 fue la primera vez que Maurras dio con sus huesos en la cárcel y hubo de permanecer en ella hasta cumplir su sentencia. Su detención causó indignación en algunos sectores. En Inglaterra, el profesor Yvon Eccles protestó contra la sentencia y un grupo de catedráticos de todo el mundo propusieron al líder monárquico francés para el Premio Nobel de la Paz. En Francia sus amigos de las dos publicaciones de las derechas *Candide* y *Gringoire,* llevaron a cabo una campaña contra el hombre responsable de la detención del «Maestro», el ministro del Interior en el Gobierno de Blum, Roger Salengro. Le acusaron de haber desertado durante la Gran Guerra y se mostraron tan insistentes en sus ataques que no cabe duda que colaboraron en las razones que llevaron al suicidio de Salengro ocurrido en el mes de noviembre. En 1937, el pretendiente al trono francés, el duque de Guisa, se separó oficialmente de la Acción Francesa, alegando como razón de ello que los principios de Maurras eran incompatibles con la tradición realista francesa; pero resultó que esa decisión hizo más daño a la Casa de Orléans que al propio Maurras. Su encarcelamiento lo había convertido en una especie de mártir. En junio de 1938, finalmente, fue elegido miembro de la *Académie Française;* al año siguiente visitó España y Franco le dio las gracias, personalmente, por su propaganda en favor de la causa nacionalista y fue honrado por la Real Academia Española. Para terminar en julio de 1939, el papa Pío XII, anuló la excomunión que pesaba sobre *l'Action Française.*

No fue Maurras el único «mártir» del Frente Popular: otro sería Jacques Doriot, que en mayo de 1937 fue desposeído de la alcaldia de Saint-Denis. Las derechas reaccionaron con violencia. Un número cada vez mayor de intelectuales descontentos se volvieron «fascistas» simplemente por animadversión. Otros se opusieron a la República por creer que sus valores más sagrados estaban amenazados por la ideología marxista, que a su juicio ponía en peligro la religión. El libro de Léon Blum, *Sur le Mariage,* iba contra la castidad, según ellos; las huelgas y senta-

das, contra la propiedad. La combinación de todo esto perjudicaba a la nación francesa; el gran número de judíos en el Gobierno, conjuntamente con la cifra creciente de emigrantes procedentes de Alemania y la Europa Central, ponían en peligro a la raza francesa. Consecuentemente, bajo el régimen de Blum el antisemitismo revivió con una violencia sin precedentes desde el caso Dreyfus. El periódico *Action Française* del 8 de octubre de 1936, contenía un artículo escrito por el novelista Marcel Jouhandeau titulado: *Comment je suis devenu anti-sémite*, en el que expresaba su desagrado contra los judíos que trabajaban en la *Nouvelle Revue Française* (Maurice Sachs, Léon Pollès y Julien Benda) y atacó a Léon Blum, quejándose de su odio de judío por todo lo que fuera auténticamente francés y afirmaba que continuaría denunciando a todo judío que siguiera en Francia sin estar sometido al control de un estatuto especial. Seguidamente añadía que su actitud se debía a «la inoportunidad del Frente Popular que me lleva a atacar a los que son responsables de su existencia» (45).

Al año siguiente, apareció un libro que facilitaría al lector francés una información siniestra: *Bagatelles pour un massacre*. Basando sus estadísticas en los *Protocolos de los Sabios de Sión* y otros escritos de propaganda antisemita, Louis-Ferdinand Céline afirmaba que el noventa y ocho por ciento de los turistas que cada año visitaban la Unión Soviética eran judíos; había en Francia dos millones de judíos; los judíos respaldaban la monarquía y el fascismo, el comunismo y el capitalismo; controlaban el cine, el teatro, la literatura; eran los responsables del alcoholismo que, a juicio de Céline, estaba arruinando la salud de los franceses. Estaban intentando desatar una guerra mundial, en la que Céline afirmaba que *él* jamás lucharía. En vez de ello, recomendaba mandar a todos los judíos al frente.

«Francia», escribió Céline, «es una colonia del poder internacional judío... cualquier intento de expulsar a un judío está llamado desde el principio al más ignominioso de los fracasos... Me gustaría aliarme con Hitler. ¿Por qué no? Él no ha dicho nada contra los bretones o los flamencos... Nada de nada... Sólo se ha referido a los judíos, porque no le gustan los judíos... Tampoco a mí. Llevando las cosas a su conclusión lógica, puesto que no es mi costumbre deformarlas, digo con toda franqueza lo que pienso: preferiría tener una docena de Hitlers que un Blum omnipotente. Al menos puedo entender a Hitler, pero con Blum no vale

---

(45) Eugen Weber, obra citada, págs. 372-373.

la pena siquiera intentarlo. Blum será siempre el peor de mis enemigos, absolutamente odiado, odiado hasta la muerte» (46).

En el transcurso de la Gran Guerra, Céline sufrió heridas graves en la espalda, en el oído y, al parecer, posteriormente hubo de sufrir una trepanación como consecuencia de esta última lesión. Sufría de un zumbido continuo en su oído que, finalmente, acabó por llevarlo a un estado de insomnio crónico. Pero pese a ello, su existencia después de la guerra no fue tan azarosa como sus lectores podrían suponer. Viajó mucho. Como escritor tuvo éxito y consiguió el Premio Renaudot por su primera novela: *Voyage au bout de la nuit*, que apareció en 1932. No obstante, también es cierto que su actividad como médico en Clichy y Montmartre causó la mayor parte de su amargura, y que la envidia profesional pudo haber contribuido a su antisemitismo (47).

«Ella no cree en los sentimientos, sus juicios son bajos, pero acertados», escribió Céline en *Mort à Crédit*, refiriéndose a su secretaria, y ésa fue la actitud que creyó conveniente adoptar en sus protestas. Para Céline, los panfletos eran una forma de protesta dentro de la tradición de las *engueulades* de Drumont y en el estilo de su primer y más asiduo colaborador, Léon Daudet, y así lo juzgan sus mejores críticos. «Tiene la necesidad básica de decir al menos algo vulgar en cada página que escribe», comentó Gottfried Benn, con el que Céline tenía mucho en común. «Pero esto es algo que está fuera de cuestión. En su segundo libro arremetió contra la Unión Soviética y las Facultades de Medicina y, también, contra los judíos. Ése era su modo de expresión, su método. En su siguiente libro trataría de navegación de cabotaje o de jardinería. Temas excelentes» (48). En la época del *Front Populaire* el antisemitismo de Céline, como Gide subrayó, era una especie de chiste — una broma, poco sutil tal vez, pero desde luego una broma —. Céline se excede en la inventiva. Quiere adentrarse en todo. El judaísmo es un mero pretexto, el más obvio y trivial de los pretextos, puesto que niega todo matiz y permite a la pluma los juicios más sumarios, las exageraciones más colosales, el menor sentido de equidad, las mayores intemperancias. Y Céline está en su terreno más apropiado cuando trata de ser inmoderado. «*Si Bagatelles pour un massacre* fuese algo más que un juego», conclu-

---

(46) L.-F. Céline: *Bagatelles pour un massacre*, París, 1937, págs. 131 y 317-318.

(47) La profesión médica estaba llena de inmigrantes judíos.

(48) *Louis-Ferdinand Céline, II, Cahiers de l'Herne*, París, 1965, pág. 141.

ye, «Céline, pese a todo su genio, no tendría excusa por levantar las pasiones más banales con tal cinismo y frivolidad» (49).

El hecho de que los escritos de Céline tendían al fascismo no había escapado a la atención del vigilante izquierdista Paul Nizan, el cual escribió en *L'Humanité,* en 1932, que no podía aceptar «su profunda anarquia (de Céline), su desdén, su disgusto general que no excluye ni al proletariado» (50) y en el Congreso de Escritores en 1934, Máximo Gorki encontró a Céline «indiferente a cualquier crimen», «dado que no encuentra ningún camino para interesarse o identificarse con el proletariado y no entiende su revuelta, está maduro para el fascismo». Pero por su parte, Céline no creía que no respetase al proletariado. «No existe eso que se llama "el pueblo" en el sentido sentimental de la palabra», le escribió a Elie Faure en 1935. «Sólo existen los explotadores y los explotados y todos los que son víctimas de la explotación lo que desean es convertirse ellos mismos en explotadores. Eso es todo lo que comprenden. El heroico mito del proletariado *no existe.* No se trata más que de un sueño vacío. El proletario no es más que un burgués fracasado» (51).

Una de las primeras referencias de Céline al fascismo la encontramos en una carta que escribió inmediatamente después de los violentos incidentes callejeros del mes de febrero. «Nos dirigimos, volamos, hacia el fascismo. ¿Quién va a detenernos?... ¿Morir por el pueblo...? ¡Sí! Donde uno guste y cuando a uno le plazca. ¡Pero no por esta banda odiosa, ruinosa, inconsciente y vana de patriotas alcohólicos y obtusos mentales...! Nos estamos volviendo fascistas... Demasiado malo... el pueblo lo habrá querido — ÉL LO HABRÁ QUERIDO —, le gusta el vergajo...» (52). La decrepitud física de los franceses llenaba a Céline de tristeza. Siempre sintió auténtica nostalgia por la plenitud de la salud física, y las mujeres a las que más admiraba — debido en gran parte a sus buenas condiciones físicas — eran las bailarinas. Visitó Alemania en varias ocasiones en la década de 1930-1940, y no dejó de impresionarle el aspecto sano, saludable, de los jóvenes alemanes que regresaban del *Arbeitsdienst.* Sin embargo, se negó a aceptar otro compromiso político más profundo que las referencias hechas en su libro. En el fondo de su corazón, como le dijo a Elie Faure, era un anarquista. «Jamás he votado, jamás votaré por nada ni por nadie. No creo en los hombres... Los nazis

(49) *N.R.F.,* abril de 1938.

(50) *L'Humanité,* 9 de diciembre de 1932.

(51) L.-F. Céline, obra citada, págs. 57 y 58.

(52) Louis-Ferdinand Céline, obra citada, págs. 53 y 54.

me causan la misma repugnancia que los comunistas o los socialistas... Todos ellos me dan náuseas...» (53).

Consecuentemente, parece poco probable que Céline al marchar a Moscú en 1936 llevase consigo ninguna ilusión sobre lo que allí iba a encontrar. Lo único que deseaba era gastarse los derechos de autor que había ganado en Rusia con la traducción de su libro *Voyage au bout de la nuit* al ruso efectuada por Aragon y Elsa Triolet. El equipo de la Embajada soviética en París esperaba una reacción positiva por su parte. En esto hubieron de sufrir, lo cual no resulta ilógico, una desilusión. Céline regresó más desengañado que nunca, convencido de que en la Unión Soviética «sólo marchan bien tres cosas: el Ejército, la policía y la propaganda». En ese escrito se mostró tan en contra del comunismo soviético como contra los judíos.

Tanto si lo había intentado seriamente o no, lo cierto es que el libro *Bagatelles pour un massacre,* fue muy bien recibido por los antisemitas franceses. «El antisemitismo instintivo», escribió Brasillach, «halló su profeta en Louis-Ferdinand Céline... *Bagatelles pour un massacre* es un libro torrencial, ferozmente alegre, naturalmente un tanto excesivo, pero inmensamente vigoroso. No se razona en él. Se presenta la "revuelta de los nativos". Su éxito fue algo prodigioso» (54). En 1938, Céline vio publicado otro de sus libros, el titulado: *L'Ecole des cadavres.* La raza aria, declaraba en él, estaba desvaneciéndose. Todo el mundo era judío, excepto Hitler. El papa era judío; el coronel La Rocque, al que Céline llamaba «coronel Ghetto», también; incluso el director del periódico *Candide* lo era. Maurras y Doriot tenían complicidad con los judíos porque no eran lo suficientemente germanófilos. Céline aconsejaba la expulsión de todos los judíos, la prohibición de todas las logias masónicas y las sociedades secretas y la condena a trabajos forzados a perpetuidad para todo aquel que no se diera por satisfecho. «Personalmente encuentro a Hitler o a Mussolini, fabulosamente *débonnaire,* admirablemente magnánimos, infinitamente más de mi gusto, destacados pacifistas, en una palabra, dignos de 250 Premios Nobel. Los Estados fascistas no quieren la guerra. No tienen nada que ganar en ella y sí todo que perder. Si la paz puede prolongarse otros tres o cuatro años, todos los Estados de Europa se volverán fascistas del modo más sencillo, espontáneamente... ¿Por qué...? Porque los Estados fascistas progresan ante nuestros ojos, entre arios, sin oro, sin judíos, sin masones, y llevan a cabo el famoso

---

(53) Ibid., pág. 55.

(54) R. Brasillach: *Notre avant guerre,* París, 1941, págs. 189-190.

programa socialista que éstos y los comunistas siempre proclamaron, pero que nunca fueron capaces de llevar a cabo... ¡Quién más ha hecho en favor de los obreros no ha sido Stalin, sino Hitler» (55).

La extensión que tenía esta forma de prejuicio entre la «inteligentsia» conservadora quedó de manifiesto con la aparición en 1939 de *Pleins Pouvoirs,* un libro escrito por el futuro ministro de Información en el Gobierno de Daladier, el comediógrafo Jean Giraudoux. El tema, como observó Drieu La Rochelle, era la muerte del francés «ahogado entre los viejos y los extranjeros» (56). En el libro, Giraudoux repetía algunos de los tópicos que los nacionalistas habían venido empleando desde hacía años: Francia tenía que mejorar su política demográfica si quería ser una gran nación; las ciudades francesas tenían que ser más limpias, más sanas, mejor planificadas; la democracia estaba adulterada por el sistema electoral francés; la economía francesa debía ser dirigida dentro de líneas semejantes a las que habían sido adoptadas por los Estados totalitarios donde, al menos, existía el pleno empleo y un entusiasmo nacional. La solución de los problemas con que se enfrentaba el país era de «orden estrictamente interno. Devolver la fuerza a nuestra nación, oxigenar nuestra imaginación y dar mayor comodidad a nuestras vidas. Conseguir una política demográfica adecuada, la planificación de las ciudades, grandes obras y una honestidad nacional» (57).

Giraudoux se sentía desalentado por el hecho de que Francia se fuera llenando de extranjeros cuyas cualidades físicas no le agradaban: las cosas no serían tan malas si los inmigrantes tuvieran buen aspecto y estuvieran en buen estado de salud, decía, pero se trataba de gente fea, enfermos y deformados y, la mayor parte de ellos, judíos. Él no se consideraba a sí mismo como un antisemita, sino que, por el contrario, estaba de acuerdo con que algunos judíos distinguidos, como Freud o Bruno Walter, fuesen bien recibidos. Lo que no quería era emigrantes procedentes de los «ghettos» de la Europa Central. «Bajo la tapadera de todas las revoluciones, de todos los movimientos ideológicos, no sólo fue-

---

(55) *L'Ecole des cadavres,* de Louis-Ferdinand Céline, París, 1938, págs. 100, 107 y 662. En el mes de noviembre de 1938, el secretario de la Legación alemana en París, Ernst von Rath, fue asesinado por un muchacho de raza judía. A ello siguió, en Alemania, el colosal «progrom» de la «Noche de Cristal», al que ya nos hemos referido con anterioridad. Como consecuencia de todo ello, los libros antisemitas de Céline fueron prohibidos en Francia.

(56) P. Drieu La Rochelle, *Chronique Politique, 1934-1942,* París, 1943, página 47.

(57) J. Giraudoux: *Pleins Pouvoirs,* París, 1939, págs. 209-210.

ron los nobles exiliados de 1830 o 1848 los que entraron en nuestro país, aquellos exilados que llevaron doquiera que fueron, a los Estados Unidos, Europa Central o África del Sur, trabajo, consciencia, dignidad y salud. Por el contrario éstos son todos inválidos inútiles, inadaptables ávidos. Usando misteriosos medios de infiltración, que no he podido descubrir, cientos de miles de ashkenacimes, escapados de los «ghettos» de Rumania o Polonia, que han rechazado su religión, pero no su carácter, han penetrado en nuestro país. Acostumbrados a lo largo de siglos a trabajar en las peores condiciones, eliminan a nuestros compatriotas de todas las profesiones... Viven diez en una sola habitación, eludiendo toda investigación sobre su número, su trabajo o el pago de impuestos... Todos esos emigrantes viven al margen del Estado y sus leyes. Acostumbrados a evitar las cargas de la tiranía, no tienen dificultad en eludir las de la libertad. Doquieran que van, llevan consigo pereza, conspiración, confusión, corrupción y representan una amenaza continua... para el trabajador manual francés. Una horda que se las ha arreglado para perder todos sus derechos nacionales y se burla de la expulsión. Sus precarias condiciones físicas los fuerza a acudir a nuestros hospitales a millares, atestándolos hasta un punto de sobresaturación... Si nuestro país sólo puede ser salvado por fronteras armadas, a la larga también es cierto que sólo puede serlo por la raza francesa, y por ello estamos totalmente de acuerdo con Hitler al decir que la política sólo alcanza su forma superior cuando se convierte en una política racial, lo cual es lo mismo que pensaron Colbert y Richelieu» (58).

* * *

Tras la subida al poder de Mussolini, se presentó la tendencia entre los intelectuales franceses más conservadores a admirar los logros conseguidos por el dictador italiano. El entusiasmo de éstos se incrementó en la década de 1930-1940, cuando el orden interno que reinaba en Italia podía servir de contraste con el desbarajuste existente en el resto de Europa. En Italia se habían construido carreteras, se habían desecado y salubrizado terrenos pantanosos, realizado excavaciones arqueológicas, subvencionadas y patrocinadas por el duce. Todo esto causaba la mejor de las impresiones. Sacha Guitry, cuyas obras eran populares en Roma, le dijo a un periodista, en 1934, «la transformación de la capital es algo inolvidable. Anteriormente sólo había visto un poblacho y ahora me en-

(58) Ibid., págs. 65-66 y 75-76.

cuentro con una ciudad, ¡y qué ciudad! Mi admiración ha aumentado este año: ruinas majestuosas se contemplan por doquier, monumentos antiguos al término de las grandes avenidas modernas, orden, limpieza, *grandeur,* por todas partes. En mi último viaje me entrevisté con Mussolini, y guardo en mis ojos la visión de un hombre que ha concebido y realizado milagros. La fortaleza y el encanto de ese líder, y la inmensidad de lo que ha conseguido, son hechos que objetivamente nadie puede negar» (59).

También Guy de Pourtalès, Edouard Schuré, Henry Bordeaux, Jacques de Lacretelle y docenas de otros escritores como ellos, compartían la opinión de Guitry. «¡Quiera Dios darnos también un Mussolini a nosotros!», exclamó Schuré, que tenía ochenta y tres años, en 1926, «y quiera Dios que de nuevo volvamos nuestras mentes a las grandes artes, a la belleza y a la auténtica civilización» (60).

El compromiso de Lacretelle con la política derechista, al igual que el de Paul Morand, fue una consecuencia inmediata de los incidentes callejeros del 6 de febrero de 1934. Considerado anteriormente como liberal, aún cuando fuese un liberal aristócrata, cuya obra maestra, *Silbermann,* era un ataque sutil y efectivo contra el antisemitismo y la hipocresía de la *grande bourgeoisie,* Lacretelle había llegado a considerar al liberalismo como «incapaz de curar la presente enfermedad del mundo», «una doctrina filosófica perfecta para una época fácil», pero «un agente de degradación en períodos agitados». «Es precisamente porque se ama la libertad de modo apasionado», escribió, «que uno desea, por una temporada, un poco menos de ella en la Francia de hoy, donde está perdiendo su más noble función. Al tratar de escapar de las dificultades, la libertad se ha atado a intereses personales y a la pereza» (61). Una gira por Italia en compañía del ex ministro de Finanzas de Mussolini conde de Volpi, le dio a Lacretelle la posibilidad de apreciar de qué modo el duce había conseguido conciliar contradicciones aparentes: el mito de la antigua Roma con el Concordato; una política social progresiva con la estructura tradicional clasista. El fascismo, según le pareció, era mucho más civilizado que el bárbaro nacionalsocialismo, y más atractivo que el estéril materialismo democrático. «Lo que al lego más le llama la atención en la Italia de hoy es la forma delicada como es maniobrada la mente humana. Un dedo ha indicado la dirección hacia la

(59) *Popolo d'Italia,* 23 de febrero de 1934.

(60) *Popolo d'Italia,* 9 de enero de 1926.

(61) J. de Lacretelle: *L'Ecrivain public,* París, 1936, pág. 154.

grandeza a miles de personas. Fuerza y descanso; ésas son las impresiones que nos esperan cuando se cruzan los Alpes...» (62).

En un almuerzo al que asistieron Paul Morand, Jean Giraudoux y Drieu La Rochelle, en 1932, Lacretelle hizo amistad con el coronel de La Rocque que, como dijo más tarde, «se había desmilitarizado para interesarse en los problemas sociales» (63). Aún cuando en ocasiones el coronel de La Rocque diría que no le importaba lo más mínimo la legalidad, la impresión que causaba a quienes lo conocían era de una extraordinaria respetabilidad. Estaba en buenas relaciones con el jefe de Gobierno André Tardieu y con Pierre Laval. Las operaciones callejeras llevadas a cabo por su *Croix-de-Feu* eran formidables, pero disciplinadas, y sus seguidores pertenecían en su mayor parte a las capas superiores de la clase media. Para el Frente Popular, De La Rocque era la encarnación del fascismo, pero él jamás pensó que lo fuera. Por negarse a unirse a ninguno de los otros movimientos extremistas de derechas, era odiado tanto por Doriot como por Maurras (64). Tenía una postura bastante crítica con respecto a Mussolini y a Hitler y no compartía ni el antisemitismo de *l'Action Française* ni la violencia de las *Jeunesses Patriotes;* hasta 1934, el acto más brutal de la *Croix-de-feu* había sido el irrumpir violentamente en un mítin pacifista en 1931, y en el día 6 de febrero de 1934, La Rocque demostró su moderación al mantener a sus seguidores al margen de la lucha. En 1935 se mostró conforme con desarmar su movimiento y un año más tarde aceptó su disolución. Incluso su programa político había sido moderado, aunque quizá esto fuese sólo en razón de su vaguedad. «Un inmenso amor por el pueblo, un deseo de unir a esas clases que circunstancias desagradables han forzado a una brutal desunión, el respeto total por todas las formas de trabajo y por los derechos obtenidos por los trabajadores, una necesidad razonable de autoridad y estabilidad y el sentimiento claro de lo que es posible y lo que es imposible: ésos son nuestros objetivos» (65).

Después de que el Frente Popular ordenó la disolución de la *Croix-de-Feu,* en junio de 1936, La Rocque formó su propio partido político, el *Parti Social Français* (P.S.F.). Robert Loustau de *Ordre Nouveau* fue uno de los pocos intelectuales que intentaron elaborar una doctrina so-

---

(62) *Ibid.*, pág. 156.

(63) Douglas Alden: *Jacques de Lacretelle, an intellectual itinerary* (edición en lengua inglesa), New Brunswick, 1958, pág. 218.

(64) Volveremos sobre el tema más adelante.

(65) *Le Flambeau,* 1 de abril de 1934.

cial para la *Croix-de-Feu,* pero no fue sino después de la creación del Partido Social Francés, que garantizaba la respetabilidad de La Rocque, cuando Lacretelle, que había sido elegido miembro de la *Académie Française* en 1936, decidió ponerse al servicio del coronel. Su contribución al partido fue un panfleto de 47 páginas, publicado en 1937 bajo el título de: *Qui est La Rocque?* En él informaba a sus lectores que el coronel simbolizaba la dignidad y la magnanimidad. La Rocque no era un demagogo, ni un fanático ni un dictador potencial. Era un jefe de mentalidad abierta y tolerante que aseguraría la libertad de expresión en el caso de que llegara a ser jefe de Gobierno.

* * *

La mayor preocupación al observar la subida de Hitler al poder fue la de cuál sería su actitud con respecto a Francia. En *Mein Kampf* había sido bastante explícito al respecto. «Alemania considera la aniquilación de Francia como un medio para dotar a nuestro pueblo de los territorios necesarios para su expansión por doquier» (66). Sus proyectos consistían en la destrucción de Francia para de ese modo evitar su interferencia en la política alemana prevista para la Europa Oriental y, también, en vista del odio que los franceses habían levantado con la ocupación de la cuenca del Ruhr y su insistencia en exigir a Alemania el pago de las reparaciones de guerra; y desde luego éste era uno de los planes de Hitler que el pueblo alemán aprobaba más intensamente. Sin embargo, una vez que Hitler estuvo en el poder, creyó más diplomático expresar deseos de unidad europea y paz. Les concedió entrevistas conciliatorias a sus admiradores franceses (67). «Nosotros, franceses, nos sentimos satisfechos de leer sus declaraciones de paz», le dijo Bertrand de Jouvenel en 1936. «De todos modos nos sentimos preocupados por otras cosas menos alentadoras. En su libro *Mein Kampf,* ataca usted a Francia y dicho libro está considerado en Alemania como una especie de Biblia política. Se están vendiendo nuevas ediciones sin que se hayan cambiado los párrafos que se refieren a Francia.»

---

(66) A. Hitler, obra citada, págs. 766 y 767.

(67) A Fernand de Brinon, de *Le Matin,* publicada en este periódico el 19 de noviembre de 1933; a Lucien Lemas, en *L'Intransigeant* de 13 de septiembre de 1934; a Jean Goy, también en *Le Matin,* 18 de noviembre de 1934; a la señora Titayna, en *Paris Soir,* en el mes de enero de 1936, y para terminar, a Alphonse de Châteaubriant, publicada en *Le Journal* del 2 de septiembre de 1938.

«Escribí ese libro en prisión», le respondió Hitler, «y en la época en que las tropas francesas habían ocupado la cuenca del Ruhr. Se trataba de un momento de gran tensión entre nuestros países... Pero hoy día ya no hay razón alguna para un conflicto. Usted desea que yo altere mi libro..., pero resulta que yo no soy un escritor sino un político. ¡Yo proyecto modificar mi política exterior que se basa ahora en un entendimiento con Francia! Hago mis alteraciones, pues, en el gran libro de la historia» (68).

Desde luego, como señaló Eberhard Jäckel (69) todo aquello era falso. Hitler había escrito los pasajes de referencia en su libro, el segundo tomo de *Mein Kampf*, en la época en que se concluyó el Tratado de Locarno, es decir, en 1925, o sea dos años después de la ocupación del Ruhr y uno después de que Hitler saliera de la cárcel.

Sin embargo, las declaraciones de paz, hechas por Hitler y sus ministros, resultaban alentadoras: le daban al nacionalsocialismo un aspecto menos agresivo y a ello se debe, en cierta medida, la postura adoptada por Jules Romains. Romains, es conveniente subrayarlo así, nunca aprobó el nacionalsocialismo en sí: como miembro influyente y activo del club P.E.N. (70) pidió la exclusión de la delegación alemana del Congreso de Dubrovnik en 1933, y como miembro del movimiento *Clarté*, pacifista y de izquierdas, era conocido por su antifascismo. Sin embargo, pareció dispuesto a dejar a un lado sus sentimientos personales y su antipatía por los regímenes totalitarios cuando pensó que ello se hacía necesario para salvar el único principio que había mantenido continuamente desde 1918: la paz de Europa debía ser preservada a toda costa. Su breve experiencia en un cargo administrativo durante la Gran Guerra le había convencido de la locura de toda empresa militar y de la incompetencia con que los ejércitos — en especial el Ejército francés — estaban siendo dirigidos. «Juro», había dicho después de la firma del Tratado de paz de Versalles, «que haré todo lo que puedan mis fuerzas para evitar otra guerra» (71).

---

(68) *Paris-Midi*, 28 de febrero de 1936.

(69) E. Jäckel: *Frankreich in Hitlers Europa*, Stuttgart, 1966, pág. 27.

(70) En 1933, Jules Romains había escrito ya varias de sus mejores obras: la trilogía *Psyche* (*Lucienne*, 1922; *Le Dieu des Corps*, 1928; *Quand le Navire*, 1929) y cinco volúmenes de *Hommes de Bonne Volonté* (*Le 6 Octobre*, *Crime de Quinette*, *Les amours enfantines*, *Eros de Paris*, *Les Superbes*). Sus obras teatrales *Knock*, *Donogoo* y *Le Dictateur*, habían sido representadas en escena ya por entonces por el gran actor Louis Jouvet.

(71) Madeleine Berry: *Jules Romains*, París, 1959, pág. 28.

Fue la creencia de Romains en la importancia de la paz de Europa y de su unidad lo que lo llevó a apoyar a la Sociedad de Naciones con tanto ardor como para llegar a formar parte tan activa como le era posible en organizaciones culturales internacionales tales como el P.E.N. Club. Visitó la República de Weimar en distintas ocasiones y en cada una de estas visitas repitió su convicción de que la paz entre Alemania y Francia resultaba esencial. Cuando los nacionalsocialistas llegaron al poder, venció la repugnancia que sentía por Hitler y escribió una serie de artículos en los cuales informaba a Francia de que en momentos de crisis, tales como los que se estaban atravesando, la democracia tenía mucho que aprender del fascismo. «No debemos permitir que la natural antipatía por algunos aspectos y varios de los objetivos de la revolución fascista en Italia y Alemania nos conduzca a eludir el darnos cuenta de que no se trata simplemente de una vuelta al pasado, un episodio completamente negativo de regresión y agotamiento, sino, también, un intento de búsqueda de una posible solución a problemas modernos, precisamente a esos problemas que el marxismo ha ignorado o ridiculizado» (72). Ya era tiempo de restaurar la jerarquía, dijo Romains, y, sean cuales sean sus defectos, el fascismo proclama su deseo e intención de restaurar «una jerarquía de valores genuina y natural».

Otro defecto de la sociedad moderna era su falta de lo que Romains denominó «euforia colectiva»: el hombre moderno era miserable; el obrero consideraba a su factoría como una prisión; el burócrata a su oficina como una fortaleza sitiada. La estructura social estaba amenazada por el mito de la lucha de clases. Y el fascismo también intentaba hallar solución a ese problema. «Está tratando de erigir una sociedad moderna en la cual cada uno esté en su lugar y se proclame, a sí mismo, feliz de formar parte de ella... Francia no está obligada a renunciar a la democracia», concluía Romains, «pero debe tener ideas nuevas y más audaces que el fascismo y el bolchevismo. El día en que, mediante una síntesis para la cual el presente régimen presenta las bases, podamos mostrar al mundo que una democracia puede ser formada en un sistema jerárquico, de acuerdo con otras leyes distintas a las del dinero, y regresar a la euforia sin tener que sacrificar para ello las libertades humanas, podremos volver a ser lo que hemos sido en tantas ocasiones en el pasado: los guías de las otras naciones y los fundadores del orden más nuevo» (73).

La crítica que hace Romains de la democracia difiere poco de la de

---

(72) J. Romains: *Problèmes européens,* París, 1933, pág. 177.

(73) J. Romains: *Problèmes européens,* París, 1933, págs. 183-186.

los «inconformistas», por lo que, después de los incidentes del 6 de febrero de 1934, formó un grupo semejante a los de los disidentes de la Acción Francesa y del *Groupe du neuf juillet*, cuyo objetivo era fortalecer a Francia mediante la introducción de corporativismo. Su actitud con respecto a Alemania nos trae una de las paradojas de la opinión pública francesa entre las dos guerras. En la década de los veinte, el apoyar a Alemania era una decisión ilustrada y progresiva. Mientras que el electorado conservador había insistido en sus exigencias del pago de las reparaciones por parte de Alemania y seguía profesando un odio virulento al país que ellos creían causante de la Gran Guerra, los comunistas franceses por su parte deploraban la política de reparaciones y el Tratado de Versalles; se habían manifestado contra la ocupación del Ruhr en 1923 y atacaron tanto al Plan Dawes como al Plan Young. Incluso el ala izquierdista de los liberales tendía a apaciguar las divergencias con la República de Weimar; habían aprobado el Tratado de Rapallo que sellaba la amistad de Alemania con la Unión Soviética, y apoyaban a los pocos que, como Romains, habíanse mantenido pacifistas durante la Gran Guerra y condenaron tanto a un bando como a otro.

Resultaba perfectamente lógico que esa actitud benevolente de las izquierdas llegara a su fin con la subida de Hitler al poder, mientras que los conservadores, por su parte, siguieron insistiendo contra la amenaza de los nacionalistas alemanes. Hasta el propio Maurras condenó el *racisme de peau* (como opuesto al *racisme d'état* de los realistas) y el 17 de julio de 1935 *l'Action Française* publicó en su primera página un escrito de Georges Gaudy, que describía las inhumanas condiciones que reinaban en los campos de concentración de las SS. No obstante, la conclusión a la que llegó Maurras al respecto fue la de que lo que Hitler hiciera a los judíos dentro de Alemania era su propio asunto y que los campos de concentración no eran sino una indicación más de la barbarie básica inherente a todos los alemanes (incluso a los judíos alemanes); la Acción Francesa siguió afirmando que Alemania era el principal enemigo de Francia, y Maurras creyó que el mejor medio de mostrar al público las intenciones reales de Hitler era dejar circular una edición íntegra y no expurgada, en lengua francesa, de *Mein Kampf*, al tiempo que advertía a sus lectores que no creyeran las declaraciones conciliatorias del Führer a los periodistas franceses. Sin embargo, pese a toda esta desaprobación de los métodos de Hitler, *l'Action Française* se oponía a toda provocación a Alemania como la que podía suponer la firma de un pacto francosoviético. Lo que aconsejaban Maurras y sus compañeros era el mejoramiento de las defensas nacionales, la extensión del período de ser-

vicio militar de un año a dos y una alianza con los aliados «naturales» de Francia — sus vecinos latinos, Italia y Bélgica, y (con más reservas) Gran Bretaña.

La mayor hostilidad contra el Tercer Reich procedía, de modo ciertamente natural, del ala liberal izquierdista, los que habían sido los más apasionados defensores de la República de Weimar. Éstos se sentían conmovidos por el trato dado por Hitler a los judíos, por la puesta fuera de la ley de los partidos de la oposición, por provocaciones tan obvias como la retirada de Alemania de la Conferencia del Desarme. Sólo muy pocos de entre ellos siguieron pidiendo, después de la subida de Hitler al poder, la cooperación entre los dos países y aunque casi todos esos pocos colaboraron con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, sus contactos más próximos al otro lado del Rhin eran hombres que, al menos en ese período, estaban muy lejos de ser nacionalsocialistas fanáticos. Por parte francesa, una de las figuras más prominentes lo fue Jean Luchaire, el director de *Notre Temps,* que al parecer figuró en las nóminas de los comunistas franceses hasta poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Al principio fue un periodista ambicioso, dispuesto a recurrir a cualquier parte en busca de apoyo económico para sus periódicos: a la izquierda, a la derecha y a los alemanes durante la guerra. Luchaire, pese a todo, creía sinceramente en la necesidad de una aproximación francogermana. Tomó parte en muchas reuniones de las juventudes francogermanas entre 1930 y 1933, y en 1932 su secretaria en *Notre Temps* se casó con un joven profesor de dibujo que formaba parte activa de la organización de los movimientos juveniles alemanes: Otto Abetz.

En sus Memorias, cuando Abetz se refiere al cariño que siempre sintió por Francia, cita a Romain Rolland (74), y debido a su francofilia en un principio los nacionalsocialistas más ortodoxos llegaron a sospechar que se trataba de un agente francés. No fue hasta el verano de 1934 que Abetz se afilió a las Juventudes Hitlerianas y conoció al hombre a quien debió su carrera, el futuro ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Joachim von Ribbentrop. Dándose cuenta del valor de Abetz como pro-

---

(74) «La experiencia de la comunidad cultural de los dos países determinó mi actitud con respecto a los problemas con que se enfrentaban. Y un poder más fuerte que todas las palabras de odio se ejerció sobre mí gracias a las palabras de Romain Rolland en *Jean-Christophe à Paris*: "Alemania y Francia son dos alas de Occidente... Quien rompa una de ellas impedirá el vuelo de la otra".» (O. Abetz: *Das offene Problem,* Colonia, 1951, pág. 25.)

pagandista, Ribbentrop le encomendó la organización de reuniones y mítines de las organizaciones de ex combatientes alemanes y franceses para la *Deutsch-Französische Gesellschaft* y lo llevó consigo a París cuando acudió a la capital para la firma del Pacto de amistad germano-francés. Pero para esa época, el apoyo que Abetz concedía al nacionalsocialismo lo hacía tan sospechoso en Francia como su francofilia lo había hecho en Alemania, y en 1939, el Gobierno francés, considerándolo sospechoso de espionaje, dio órdenes para que fuera expulsado del país.

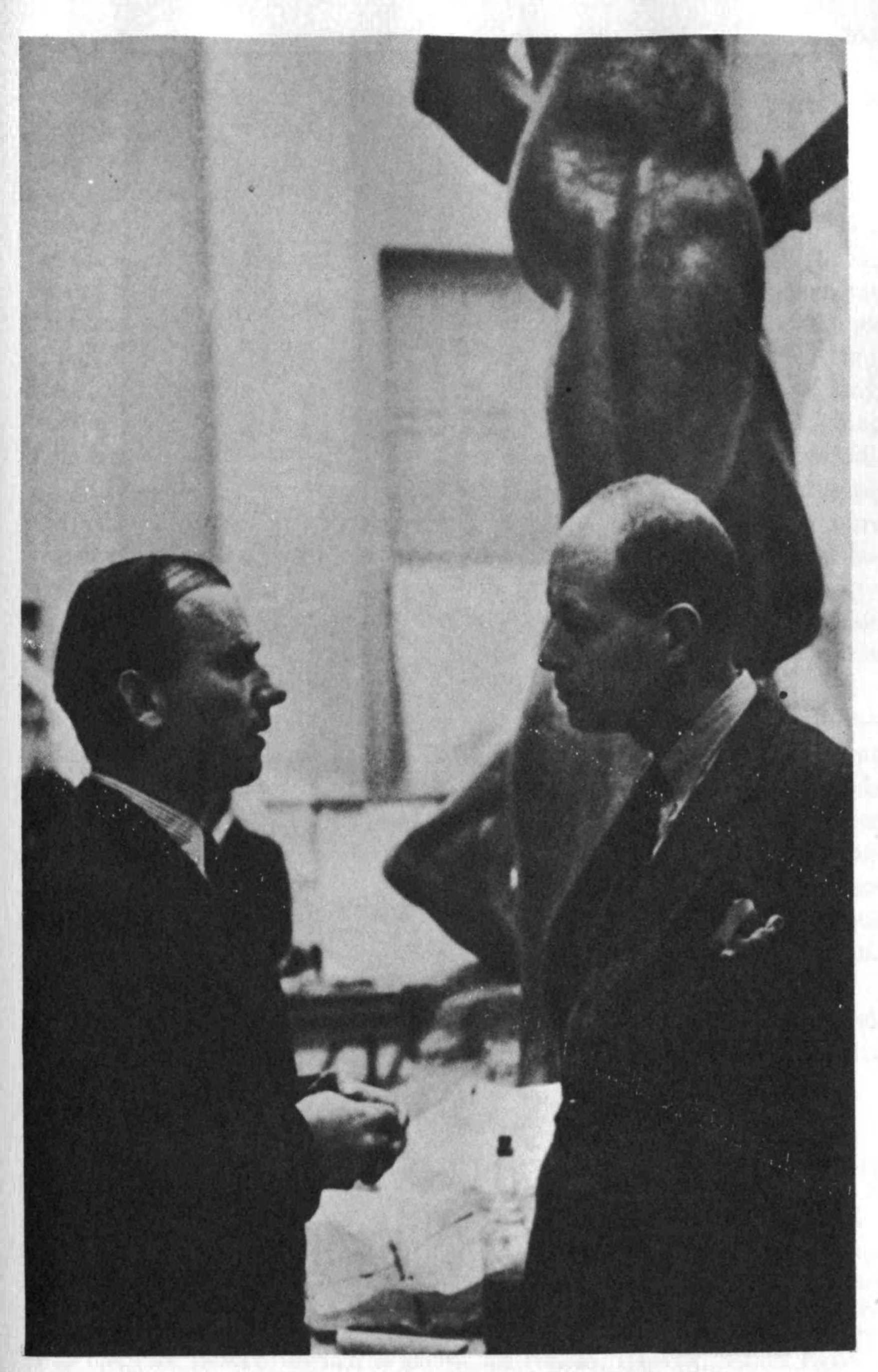
El equivalente de la *Deutsch-Französische Gesellschaft* de Abetz en Francia lo era el *Comité France-Allemagne,* cuyo presidente lo era Fernand de Brinon. Su publicación, los *Cahiers France-Allemagne,* era un vehículo excelente para la propaganda alemana en Francia y el número que dedicó a los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, con las fotografías de los atletas alemanes y los desfiles nacionalsocialistas, resultó casi tan eficaz como los filmes de Leni Riefenstahl. El *Comité France-Allemagne* gozaba de gran respetabilidad debido al hecho de que Jules Romains fue dirigente de la organización hasta 1938. En 1934, Romains visitó Alemania, donde se reunió con Abetz, Goebbels y Rosenberg. «Si somos lo suficientemente estúpidos como para declararnos la guerra», le tranquilizó Rosenberg, «los caballos de los mongoles pastarán sobre las ruinas de Europa».

Romains regresó a Francia con el convencimiento no sólo de que Francia no tenía por qué preocuparse sino también de que era una locura por parte de los países de Occidente el provocar a los alemanes con su continuado rearme. Pidió que se fuera con precaución, incluso cuando ello significara hacer la vista gorda sobre las persecuciones de los judíos y expresó su alarma por el creciente número de israelitas que se refugiaron en Francia y Gran Bretaña, los cuales, con «la simpatía que su trágica suerte despierta hacia ellos», crean un ambiente en el cual la guerra podría ser inevitable (75).

Un buen número de futuros colaboradores al principio se mostraron más precavidos en su actitud con respecto al Tercer Reich. Por ejemplo, Robert Brasillach, entre los miembros de la *Jeune Droite;* éste compartía la mayor parte de las aspiraciones de los inconformistas. Pero, más que ningún otro, continuó bajo la influencia de Maurras. «Mis primeras refle-

---

(75) J. Romains: *Le Couple France-Allemagne,* París, 1934, págs. 76 y 77. Antes de 1938, Romains no se opuso a un acercamiento entre Francia y Alemania. Durante la guerra emigró a Estados Unidos, donde apoyó al general Giraud (volveremos más adelante sobre el tema).



Arno Breker *(izquierda)* y Pierre Drieu La Rochelle



Sacha Guitry *(centro)*

xiones políticas se corresponden con las de *l'Action Française* y Maurras, y nunca dejó de ser así», escribió en 1941: «Un mundo de razón, precisión y verdad se presentó de repente ante mí» (76).

A la edad de veintiún años, en 1930, Brasillach escribía crítica literaria en el periódico *Action Française* y en noviembre de 1931 pasó a la redacción de *Je suis partout*, un semanario que pertenecía a Arthème Fayard y que a los pocos años de su fundación se volvió extremadamente antisemita y entre sus colaboradores contó con muchos de los seguidores y partidarios más extremistas de Maurras — Pierre-Antoine Cousteau, Maurice Bardèche (cuñado de Brasillach), Georges Blond, Claude Roy, Claude Jeantet, Alain Labreaux y Lucien Rebatet —. Brasillach, debido a su talento literario siguió siendo el escritor más aplaudido del periódico. Era un buen crítico y un excelente poeta, así como un traductor genial (su antología de la poesía griega se sigue considerando una obra maestra). Escribía bien, tenía buen gusto y un excelente sentido del humor que sólo fallaba cuando se refería al fascismo, porque a medida que se adentraba en la década de 1930 a 1940, el fascismo fue representando cada vez con mayor intensidad lo único que de veras importaba al joven Brasillach: la juventud.

Brasillach se sentía aterrorizado por el temor a envejecer. Fofo y con gafas, «soñador y blando» (77), temía hacerse viejo. «Sólo hay una juventud en la vida», escribió «y nos pasamos el resto de nuestra vida añorándola y arrepintiéndonos. No hay nada en la tierra más maravilloso y lleno de movimiento... Si los treinta años es la edad de nuestros más serios errores esto se debe a que pensamos que podemos prolongar esos minutos juveniles, en la creencia de que no hemos cambiado... porque la excesiva proximidad de la juventud nos engaña y nos hace pensar que *aún estamos a tiempo*» (78).

En junio de 1936, Brasillach conoció al jefe de los rexistas belgas (79), Léon Degrelle, el primero de los líderes fascistas que le hizo

---

(76) R. Brasillach: *Notre avant-guerre*, pág. 27.

(77) Maurice Martin du Gard: *Chronique de Vichy, 1940-1941*, París, 1948, página 334.

(78) R. Brasillach: *Les Sept Couleurs*, París, 1939, pág. 145.

(79) El movimiento rexista se desarrolló en torno a Degrelle en Lovaina, en los primeros años de 1930-40. Compuesto al principio por católicos belgas que buscaban una alternativa después de la condena papal de la Acción Francesa, el movimiento rexista se encontró, muy pronto, más próximo al fascismo italiano que a su precursor francés. Durante la guerra, los rexistas, Degrelle, Robert Poulet y José Streel, colaboraron intensamente con los alemanes.

pensar en el movimiento como símbolo de la juventud; y dos visitas realizadas a Italia en el año siguiente, lo convencieron de que el fascismo era «un espíritu», «un espíritu inconformista», «antiburgués con una dosis de irrespetabilidad... un espíritu que se opone a los prejuicios, a los prejuicios de clase así como a cualesquiera otros... el verdadero espíritu de la amistad, que nosotros desearíamos que acabara por convertirse en una amistad nacional» (80).

Dentro de la tradición maurrasiana, Brasillach se volvió más escéptico sobre el nacionalsocialismo cuando examinó, críticamente, un libro del novelista católico Alphonse de Châteaubriant. Creía éste que los alemanes, con su espíritu de sacrificio, sus mitos heroicos y su ascetismo, estaban salvando al mundo occidental del inevitable derrumbamiento con que lo estaban amenazando el materialismo y el bolchevismo. Debido a esto, Châteaubriant fue uno de los tantos franceses que colaboraron por motivos pacifistas. Había comprado un chalet en la Selva Negra en 1935. En su libro *La Gerbe des forces,* que apareció en 1937, presentaba a Alemania como la única alternativa ante Rusia. Destacó la necesidad imperiosa de la amistad francogermana y aseguraba a los franceses que las intenciones de Hitler hacia ellos eran excelentes. Drieu La Rochelle admiraba ese libro; André Breton se mostró encantado por el misticismo de su autor y hasta muchos periódicos de las izquierdas encontraron su pacifismo muy encomiable. Brasillach, sin embargo, se sentía un tanto despreciativo: «Me siento defraudado», escribió en *Action Française,* «al ver que un problema tan serio, tan vital, como son las relaciones entre Alemania y Francia, es tratado con tanta *puerilidad.* Ésta es la única palabra que uno puede usar para ese libro, en el cual el autor se pone de rodillas en cada página, con respeto religioso, ante todo lo que representan Alemania y el hitlerismo. Raramente he tenido oportunidad de presenciar un espectáculo tan espantoso... Apoyado por sus ideas confusas y falsas, el señor de Châteaubriant se lanza a una serie de profecías de una ingenuidad verdaderamente chocante. Nos dice, por ejemplo, que hemos de elegir entre Berlín y Moscú... Pues no, señor de Châteaubriant, existen también Londres, que controla la mitad de nuestro planeta, y Nueva York y Tokio...» (81).

Ese otoño, en compañía de sus colegas Blond y Costeau, Brasillach acudió a un congreso en Nuremberg. Encontró a los alemanes aseados,

---

(80) R. Brasillach: *Notre avant-guerre,* pág. 283.

(81) *Action Française,* 8 de julio de 1937.

corteses y reservados y se sintió incómodo. Por ejemplo, le disgustaron los desfiles de las mujeres nacionalsocialistas, «no era un espectáculo agradable: sus faldas verdosas, sus cortas chaquetas marrones no eran atractivas. Y además, para ser franco, dejando a un lado la gracia que les faltaba al noventa y nueve por ciento de aquellas muchachas bávaras, no estoy convencido de que este sistema de marchas sea lo más conveniente para ellas» (82). Por otra parte, Alemania le causó gran perplejidad. «Comprendo al fascismo italiano», escribió, «creo que sus cualidades inmortales perduraran incluso después de la caída del régimen. Pero frente a esta otra construcción de un hombre nuevo uno se pregunta: ¿es esto permisible? ¿Es que el hitlerismo podrá seguir siendo, dentro de un corto plazo, algo más que una gran curiosidad histórica?... ¿No es todo en él *demasiado*? Sí, cuando trato de recordar aquellos días tan plenos de sucesos, cuando recuerdo aquellas reuniones y concentraciones nocturnas, iluminadas por antorchas y proyectores, con los niños alemanes girando como lobos en torno a los monumentos en recuerdo de la guerra civil y sus sacrificios, los líderes excitando a la multitud con conjuros y consignas, despertando oleadas de gritos y vítores, me dijo a mí mismo que ese país es... prodigiosa y profundamente *extraño* (83).

* * *

Una ojeada a los relatos de Drieu La Rochelle sobre la Gran Guerra, nos deja la impresión de que debió ser un Malraux o un Saint-Exupéry, menos dotado, pero con la misma determinación de imponer su voluntad y a afirmarse como líder. El siguiente párrafo de *La Comédie de Charleroi* nos ofrece algo que sirve de ejemplo más de su mentalidad que de su talento de estilista: «Al levantar mi cabeza no vi nada, pero hice ver algo a los otros. Ellos me vieron a mí, me observaron a mí, me llamaron... De repente me di cuenta de quién era yo y de lo que era la vida. *Yo* era aquel héroe fuerte y libre... En ocasiones había sentido una oleada de sangre ardiente y joven, la pubertad del valor. Me había sentido como un prisionero de mí mismo dispuesto a escapar. Un prisionero de una vida que se había hecho para mí, que yo mismo me había hecho. El prisionero de la multitud, del sueño, de la humildad. ¿Qué era lo que es-

---

(82) R. Brasillach: *Les Sept Couleurs*, pág. 120.

(83) *Ibid.*, págs. 124 y 125.

taba surgiendo en mí? Un líder. Más que un hombre, un líder... un hombre que da y recibe con el mismo gesto. Yo era un líder. Deseaba hacerme cargo, cuidar a todos esos hombres que me rodeaban. Alzarme sobre ellos, elevarme sobre mí mismo, y cargar contra el mundo colocándome al frente de ellos...» (84).

La guerra le ofreció a Drieu la posibilidad temporal de jugar el papel de un hombre de acción. En realidad no era un jefe ni un «personaje público». «La suya», escribió Lacretelle después de la Liberación, «era una mente femenina, lo que le permitió, continuamente, dejarse seducir por el mito de la fuerza. Siempre débil en sus principios y descuidado como creador, buscaba en la política la sensación de una energía y una grandeza que no poseía por naturaleza...» (85). Durante la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, cuando se enteró que Drieu había sido nombrado director de la *Nouvelle Revue Française*, Lacretelle expuso un juicio distinto: «En lo que se refiere a la carrera como escritor político de Drieu, es digna de respeto porque siguió... una sola línea: el patriotismo y la grandeza del país» (86). Y ambas opiniones eran correctas. Drieu no era tan inconsciente como sus enemigos querían hacerlo parecer.

En cierto nivel, el carácter de Drieu era un auténtico cúmulo de contradicciones. Atraído por la vida, el vigor y la salud, se sentía obsesionado por el suicidio. Estimulado por la guerra, era un pacifista, se daba cuenta de lo terrible de una guerra moderna, de sus riesgos y peligros, y los temía. «Intenté siempre combinar ideas contrarias: la nación y Europa, socialismo y aristocracia, libertad de pensamiento y autoridad, misticismo y anticlericalismo» (87). Después de la guerra se vio envuelto en movimientos contrapuestos. Se unió a los dadaístas hasta que cayó bajo la influencia de Jean Cocteau y Maurras, pero siguió siendo «una especie de republicano que cree que el capitalismo dará a luz a una aristocracia comunista mágica» (88). Desconfiaba de Maurras, al que consideraba demasiado reaccionario, aunque mantenía que era «el pensador político más influyente desde Marx» (89). Y se sentía defraudado ante Marx, del que escribió una crítica en *Socialisme fasciste.* Solitario y crí-

---

(84) Drieu La Rochelle: *La Comédie de Charleroi,* París, 1934, págs. 56 a 58.

(85) J. de Lacretelle: *Libérations,* Nueva York, 1945, pág. 25.

(86) J. de Lacretelle: *L'Heure qui Change,* Ginebra, 1941, pág. 231.

(87) P. Drieu La Rochelle: *Récit secret,* París, 1951, pág. 58.

(88) Henri Massis: *Maurras et son temps,* París, 1951, pág. 254.

(89) P. Drieu La Rochelle: *Le Français d'Europe,* París, 1944, pág. 147.

tico hasta la exageración, no pudo encontrar un pensador social al que pudiera admirar sinceramente y ningún grupo que lo atrajera.

La falta de certidumbre de Drieu se refleja en todos sus escritos, no sólo en sus ensayos políticos sino, incluso, en sus obras de ficción: *Le journal d'un homme trompé, Une femme a sa fenêtre, Le Feu follet, Rêveuse bourgeoisie, Gilles* y *L'Homme a cheval.* La razón por la que odiaba a Brasillach está en un artículo escrito por éste, en 1934, que lleva el título de: *Drieu La Rochelle ou le feu de paille* (90). Al comparar sus obras con los cuentos publicados antes de la guerra en las revistas femeninas, Brasillach puso en claro los defectos de Drieu con la sagacidad de que sólo él era capaz. La superficial promesa que Drieu había ofrecido en sus primeros poemas, escribió Brasillach, habíase mostrado como una simple ilusión: Drieu estaba terminado como escritor aún antes de que hubiera empezado a serlo. «Es posible que hayamos dejado pasar el mal gusto, el énfasis, el aburrimiento, las disgresiones, la falsedad del sentimentalismo. Esperábamos todo eso, pero estábamos dispuestos a hacer ciertos sacrificios para hallar aunque sólo fueran unas escasas directrices. Pero el señor Drieu de La Rochelle ha elegido los más vacíos y estúpidos de todos los argumentos. Ha tomado sus escenas y sus personajes de Paul Morand, aún cuando le faltan la destreza y la precisión observadora de este último. Héroes increíbles en una intriga unidimensional... así es como él nos presenta a la juventud moderna. A decir verdad, el señor Drieu escribe con seis o siete años de retraso». Los temas, dijo Brasillach, eran miserablemente superficiales, el carácter de los personajes brillaban por su ausencia. Drieu trataba de describir la violencia, la muerte, los paraísos artificiales de los drogadictos, la lujuria en todos sus aspctos, pero no lograba transmitir ni un solo sentimiento y la única impresión que dejaba era la confusión. Desde luego, el juicio de Brasillach era un tanto prematuro, pues aún reconociendo todo lo desagradable que podría ser en su política, Drieu era un ensayista político de talento, y había una tragedia, un sentimiento que logró transmitir de manera magistral en su *relato* breve escrito poco después de su primer intento fallido de suicidio en 1944: la tragedia y el sentimiento de su propia destrucción.

En el aspecto político, también, hay un argumento y una temática que se repite en los escritos de Drieu desde 1922 a 1944: la oposición al capitalismo fue siempre el primero de todos sus temas; la idea de una

---

(90) R. Brasillach: *Portraits,* París, 1935, págs. 227 a 238.

federación de Estados europeos el segundo. En *Mesure de la France,* en 1922, ya había dicho que el único medio de hacer revivir a Europa, atrapada entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, era la formación de una federación de Estados europeos. Nueve años más tarde, en *L'Europe contre les Patries* repitió su consejo, previniendo contra el peligro del nacionalismo que sólo podía servir para debilitar a Europa y convertirla en una presa fácil para «las federaciones continentales (la Unión Soviética y los Estados Unidos) que la amenazaban». Aristides Briand había propuesto, también, la creación de una Federación, la de los Estados Unidos de Europa, en la Sociedad de las Naciones, en septiembre de 1929. De no haber sido porque rechazaban todo y a todos los que tuvieran relación con el sistema liberal, los jóvenes inconformistas del *Ordre Nouveau* tal vez hubieran recibido con aplausos esa propuesta. Sin embargo, debido a su asociación con la República y a su fe en la Sociedad de las Naciones, se burlaron de Briand y en esto difirieron de Drieu La Rochelle. Diez años mayor que ellos, Drieu había luchado en la guerra europea y, al igual que muchos otros franceses, él también creía que la Sociedad de las Naciones realmente, iba a traer una era de paz eterna. Creía implícitamente en ella. Sólo cuando se puso en claro su incapacidad para conservar la paz, después de la ocupación japonesa de Manchuria, en septiembre de 1931; sólo cuando Drieu se fue convenciendo de que el capitalismo «no iba a reformarse a sí mismo», surgieron ante él el comunismo y el fascismo como únicas alternativas. Y aún después de ello la decisión de Drieu de comprometerse siguió siendo un proceso lento e inconstante.

En 1933 se unió al *Front Commun,* un movimiento fundado por un diputado radical, Gaston Bergery, conjuntamente con Etienne Langevin, Bernard Lecache, Jean-Richard Bloch y Georges Monnet, en un intento de unir a los radicales, a los socialistas y a los comunistas contra el fascismo. Después de los incidentes de febrero colaboró con el hijo político de Colette, Bertran de Jouvenel, en *La Lutte des Jeunes,* una revista semanal que intentaba organizar un grupo revolucionario que fuese lo suficientemente fuerte como para derrocar la República, establecer una dictadura y reemplazar el sistema capitalista por una economía planificada. A partir de entonces, Drieu consideró al fascismo como algo cuyo desarrollo se hacía inevitable. «Me he convencido de que el fascismo es una etapa necesaria en la destrucción del capitalismo, puesto que el fascismo no ayuda al capitalismo, pese a lo que los antifascistas puedan creer... El fascismo crea una civilización transitoria en la cual el capitalismo tal y como existe en su estado de máxima prosperidad, es con-

ducido a una destrucción rápida» (91). Y el fascismo, como subrayaba Drieu, era esencialmente un movimiento izquierdista. «Resulta corriente entre grupos que tradicionalmente se supone son antifascistas, el encontrar hombres que son suceptibles a la atracción del fascismo: los encontramos entre los jóvenes radicales así como entre los socialistas y los comunistas jóvenes.»

Drieu afirmaba que Francia sufría una crisis de decadencia desde la Edad Media. Con la revolución industrial había caído en un estado de dominación de la máquina; el hombre había perdido el uso de sus manos y de su cuerpo, y subrayaba que sólo el fascismo, con su énfasis de la salud corporal, la disciplina y el orden, estaba en condiciones de emparejar a Francia al nivel de Gran Bretaña, el país favorito de Drieu, tanto física como políticamente. «La más profunda definición del fascismo es ésta: un movimiento político que conduce de la manera más franca, más radical hacia la restauración del cuerpo —salud, dignidad, plenitud y heroísmo—, hacia la defensa del hombre contra las grandes ciudades y la máquina... El fascismo no ha hecho más que unir, conscientemente, los hábitos instintivos de los pueblos anglosajones, escandinavos y suizo» (92). El único partido en Francia que Drieu consideraba capaz de llevar a cabo tal ideal era el *Parti Populaire Français* (*P.P.F.*) de Jacques Doriot.

«Impresionantemente alto, ascético en sus costumbres personales, marcado con el signo innegable del tutelaje de Moscú», escribiría Gilbert Allardyce, Doriot «se convirtió, en su calidad de jefe de las Juventudes Comunistas, en una especie de *beau idéal* entre los jóvenes proletarios que militaban en las filas del Partido. En un movimiento que en aquella época dejaba bien poco que admirar, aparte de su intransigencia hacia la clase enemiga, Doriot encarnó una reputación de extravagancia política y desafuero parlamentario que hizo de él, al cumplirse la primera década de existencia del Partido, el militante más popular de la organización, "la encarnación viva de Francia", como lo describiría un periodista, "del hombre con un puñal entre los dientes"» (93). Doriot se había unido al Partido Comunista francés (P.C.F.) a la edad de veintidós años y su carrera dentro de él, pese a las profundas divergencias que

(91) *La Grande Revue*, marzo 1934.

(92) P. Drieu La Rochelle: *Chronique Politique 1934-1942*, París, 1943, páginas 50-52.

(93) Gilbert D. Allardyce: *The Political Transition of Jacques Doriot*, en *The Journal of Contemporary History*, vol. 1, núm, 1, 1966, pág. 56.

mantuvo con los jefes franceses, al igual que con los de Kommintern, fue brillante. En 1930 fue nombrado alcalde del barrio parisiense de Saint-Denis, donde hizo construir escuelas, jardines de infancia, una piscina y una biblioteca pública; los hijos de los obreros eran enviados a campos de vacaciones muy bien organizados. Con el mejor sistema para combatir el paro forzoso, muy pronto Saint-Denis se convirtió en el más generoso y mejor dirigido de todos los ayuntamientos franceses presididos por los comunistas. La popularidad de Doriot, así como su prestigio, se hicieron inmensos. Era el hijo de un herrero, vigoroso, rudo y lleno de vitalidad; hablaba bien y sabía convencer. Después de los incidentes violentos de febrero de 1934, cuando Maurice Thorez, el jefe del Partido Comunista, hubo de esconderse, él fue el único de los comunistas capaz de organizar con éxito nuevas manifestaciones de protesta.

Como miembro destacado del Partido Comunista, el mayor peligro de Doriot era su rechace de la disciplina del Partido. El único aspecto de la política del Partido a la que Doriot se vino oponiendo durante muchos años, fue la táctica de «clase contra clase», la prohibición de formar un frente unido con otros partidos izquierdistas que les fue impuesta por el Komintern en 1927. Esto, como advirtieron él y gran número de miembros poco dóciles, causaba un daño incalculable al Partido. Así Doriot se puso en franca rebelión contra el liderato del Partido, en febrero de 1934, al proponer la formación de un comité de vigilancia antifascista en Saint-Denis. En un plazo de pocos meses incluso los comunistas más dogmáticos habrían de reconocer que la propuesta había sido correcta; pero mientras tanto Doriot había tomado su decisión de modo independiente, en una época y unas circunstancias que la hicieron aparecer como una provocación contra Maurice Thorez. Se sugirió que Doriot reconociera su error ante el Partido y que fuera a Moscú para poner las cosas en claro y arreglar el asunto ante la Internacional. Doriot se negó a aceptar ambas cosas, el compromiso y la invitación de ir a Rusia; y, como consecuencia de ello, fue expulsado del Partido el 27 de junio de 1934 (94).

A las pocas semanas de la expulsión de Doriot, los comunistas firmaron el *Pacte d'unité d'action* con los socialistas, lo que causó enorme amargura en Doriot y determinó la línea política que habría de seguir a

---

(94) Se rumoreó en aquella época, aunque en la actualidad nos parece improbable, que Doriot, de haber aceptado la invitación de la Internacional para acudir a Moscú, podría haber reemplazado a Thorez al frente del Partido Comunista Francés; véase Dieter Wolf: *Die Doriot Bewegung*, Stuttgart, 1967,, pág. 96.

partir de entonces. Se sintió a sí mismo excluido de las izquierdas. Los comunistas lo habían expulsado y no podía interesarles a los socialistas, que habían conseguido sus propósitos sin su ayuda. Pero para los muchos obreros que continuaron siéndole leales, para su periódico *L'Emancipation,* que anteriormente fuera el órgano de los comunistas de Saint-Denis, y para él mismo, Doriot tenía que hallar algo nuevo: lo que comenzó como oposición al sometimiento del P.C.F. a la Unión Soviética, se transformó en claro y profundo anticomunismo; lo que empezó en un intento de reagrupar «las fuerzas opuestas a la guerra», se convirtió en apoyo a una aproximación a Alemania. Porque Doriot no veía la razón por la cual los obreros franceses debían aceptar, por una alianza nacional o por sumisión al Partido, el luchar y morir por la Unión Soviética. Proclamando que «la lucha contra el fascismo no puede separarse de la lucha contra la guerra», Doriot afirmó en abril de 1935 «tenemos que mantener la paz y para lograrlo hemos de hablar con Hitler exactamente igual que hablamos con otros Gobiernos, sea cual sea el régimen que representan».

En el transcurso de 1935, la oposición de Doriot al comunismo fue creciendo de manera cada vez más manifiesta. En las columnas de *L'Emancipation,* él y Henri Barbé, que anteriormente había estado a cargo de las finanzas del Partido Comunista francés, revelaron las sumas que habían recibido de Moscú los comunistas franceses. En las elecciones de octubre retuvo los votos de los delegados de Saint-Denis a favor de los candidatos comunistas alegando que era imposible para los pacifistas votar al comunismo. En diciembre, anunció su intención de lanzar un nuevo programa para «la clase obrera, para la clase media y el campesinado; un programa que creará un frente popular de acción de masas y que nos permitirá contar con fuerzas que no estamos acostumbrados a ver, fuerzas que desean comprender... ¿Cuál será nuestro programa, camaradas?... Nuestro programa es la paz». Con estos principios, en junio de 1936 Doriot fundó el *Parti Populaire Français,* un partido nacionalista, aunque de tendencias izquierdistas, cuyo propósito era unificar clases y fuerzas que, hasta entonces, se habían mantenido antagónicamente incompatibles.

Con un Comité Central y un buró político, el Partido Popular Franc6s se constituyó siguiendo el modelo organizativo del Partido Comunista, y muchos de sus miembros procedían de la extrema izquierda. El secretario general fue Henri Barbé; Paul Marion, uno de los más destacados ideólogos del partido, había sido director de *L'Humanité* y había roto con los comunistas después de una estancia poco grata en la

Unión Soviética en 1929. Víctor Arrighi había sido también comunista; Bertrand de Jouvenel, radical, y los subsecretarios del partido, Teudale y Abremski, sindicalistas (95). En 1937, el 57 por ciento de sus miembros, parece ser, pertenecían a la clase obrera. Al juzgar por las apariencias, sin embargo, el partido era «progresivo» y la edad media de sus miembros, treinta y cuatro años, lo que hacía de él un partido juvenil. Pero lo más importante era que tenía a Doriot a su cabeza, una figura que aunque no estuviera, necesariamente, de acuerdo con la ideología que sus seguidores le atribuían, les daba un auténtico líder.

El P.P.F. le ofreció a Drieu La Rochelle un medio de romper su aislamiento, de participar en un movimiento y de poder llevar a cabo alguna forma de acción política. Al principio expresó la misma adoración adolescente por Doriot que un *boy-scout* puede sentir por su monitor. «Doriot, el buen atleta», escribió, «se coloca al frente de Francia no como un panzudo intelectual del último siglo, vigilando a "su madre enferma" y echando humo por su pipa radical, sino como un atleta que trata de reanimar su cuerpo debilitado insuflando su propia salud por la boca de la enferma... Doriot tiene ese vigor campesino que se oculta bajo el juego de las palabras para llegar al corazón, posee buen humor y una sólida simplicidad. Doriot creará una Francia en la que millares de parejas jóvenes serán felices gozando en cada estación de placeres primitivos, esquiando, pescando, haciendo "camping", nadando. Con él, la Francia de las excursiones campestres conquistará a la Francia de los *cocktail-parties* y los congresos» (96).

No existía en el P.P.F. ni una estricta disciplina ni un dogma rígido. Además trató de evitar la tentación de aceptar los puntos de vista políticos de Drieu, confundiéndolos con los de Doriot. Éste no consideró fascista al Partido Popular Francés hasta después de la ocupación alemana de Francia: al principio su primera intención consistía en atraerse a la burguesía. Se pronunció contra los monopolios, los grandes trusts financieros y los grandes negocios del mundo de las finanzas, que, se-

(95) No se han podido encontrar cifras de los miembros del *Parti Populaire Français*: sus defensores proclaman que contaba con unos 137.000 miembros en marzo de 1937 y unos 250.000 en enero de 1938, pero no puede darse como probado que estas cifras merezcan confianza. Un buen número de escritores se unieron al P.P.F. en distintas épocas y permanecieron en él también en distintos períodos. Entre ellos se cuentan: Fernández, Georges Suárez, Marcel Jouhandeau, Paul Chack, Jacques Benoist-Méchin. El hombre que trazó el programa social y económico del Partido fue Robert Loustau de *Ordre Nouveau*.

(96) P. Drieu La Rochelle: *Chronique Politique*, pág. 54.

gún pensaba, debían ser suprimidos para que la pequeña empresa pudiera desarrollarse. Específicamente no se pronunciaba en favor de la dictadura, sino más bien de su sistema bipartito semejante al británico, y de una jerarquía nacional, dentro de un sistema corporativo, basada, según señaló Jouvenel, «en servicios prestados en el presente». La política exterior de Doriot era fluida y su máxima acomodaticia: «*¡Ni Moscú ni Berlín!*» Pese a que recibía dinero del Gobierno italiano (97) vacilaba en adherirse a cualquier forma extranjera de fascismo. Durante la guerra civil española se limitó, en principio, a afirmar que el triunfo de la República significaría el comunismo en España (98), y en vez de alabar a Hitler o Mussolini, simplemente recomendaba una alianza con Inglaterra, Alemania e Italia contra la Unión Soviética.

Inicialmente, también Drieu desconfiaba de las dictaduras extranjeras. «Nos damos perfecta cuenta de los excesos del fascismo alemán e italiano», escribió en 1938. «Si deseamos salvar el principio de autoridad del lamentable declive en el que lo ha dejado caer la democracia parlamentaria, esto no nos convierte forzosamente en totalitarios» (99). Él confiaba en que el P.P.F. serviría para «reconstruir una Francia fuerte que pudiera intervenir entre Alemania y Gran Bretaña, exigir una auténtica alianza con Inglaterra y llevar a cabo negociaciones firmes con Alemania, con lo que ayudaría a Inglaterra a volver a Alemania en contra de Rusia y a que interviniera posteriormente en caso necesario» (100). Contrariamente a Doriot, Drieu era antisemita, o al menos se convirtió en tal en los últimos años de la década 1930-40. «Lo que menos me gusta de los judíos», escribió, «es que son burgueses y transforman en burgués todo aquello que tocan» (101). Mientras que Maurras rechazaba los argumentos biológicos en defensa del antisemitismo, Drieu los aceptaba aunque sin ir tan lejos como Hitler. Creía que debía ofrecerse una oportunidad a los judíos: bien debían ser expulsados o darles la oportunidad de que se asimilaran, en el transcurso de dos generaciones, durante las cuales no deberían tomar parte en ninguna clase de actividad política ni ocupar cargos públicos.

Antes de la guerra, la actitud de Drieu con respecto a Alemania era de precavida curiosidad. Viajó a Berlín en enero de 1934 en compañía de

(97) G. Ciano: *Diario 1937-1938*, Bolonia, 1948, pág. 11.

(98) Sin embargo, en julio de 1938 llegó a hacer una visita personal a Franco.

(99) P. Drieu La Rochelle: obra citada, pág. 164.

(100) P. Drieu La Rochelle: *Récit secret*, pág. 101.

(101) P. Drieu La Rochelle: *Chronique politique*, pág. 105.

Jouvenel y allí se encontró con Otto Abetz. Año y medio después, asistió al Congreso de Nuremberg, un acontecimiento que definiría como «maravilloso y terrible. Cada vez tengo mayor seguridad en que el futuro no nos traerá tranquilidad. En cualquier caso resulta imposible para Francia continuar inmóvil ante una Europa de este tipo. No he experimentado emoción semejante desde que vi los ballets rusos. Toda la nación está intoxicada con música y danzas» (102) (103). En esos momentos no era cuestión de compromisos profundos. Bastante después, en septiembre de 1939, Drieu escribió en su Diario: «jamás me adheriré a un régimen (como el nazi), sea cual sean mis convicciones políticas. El único hombre que reconocí como hermano fue Ernst Salomon, de Berlín. Luchó en el *Freikorps,* cumplió una condena de seis años por el asesinato de Rathenau y, sin embargo, no era nazi y se negó a participar en el triunfo de Hitler. Las ideas de éste, sin embargo, eran muy próximas a las suyas. Pero existe un abismo entre las ideas de un intelectual (*un homme d'esprit*) y las de un hombre de acción» (104). Durante la mayor parte de 1939 pareció como si Drieu fuera a retirarse de la política definitivamente. Estaba desilusionado de Doriot y, al igual que muchos otros miembros del P.P.F., quedó horrorizado al enterarse que Doriot recibía subsidios no sólo de millonarios conservadores sino también de Ciano (105). Y lo que era más: Doriot que había sido una figura atrayente debido a su ascetismo y a su oposición a los hábitos de la burguesía tradicional, estaba ganando peso: comía y bebía cada vez más, con exceso; pasaba cada vez más tiempo en *cocktail-parties,* fiestas y otros actos sociales que Drieu había confiado abolir. Finalmente vacilaba en tomar una postura firmemente antigermana después de los acuerdos de Munich en 1938. Drieu, que previamente había expresado su creencia en que las pequeñas naciones serían engullidas por las grandes potencias, de pronto se colocó al lado de Checoslovaquia y esperaba que Doriot hiciera lo mismo. Pero las vacilaciones de éste confirmaron las sospechas

---

(102) Citado en F. Grover, obra citada, pág. 42.

(103) Los desfiles nazis causan un efecto similar en Sir Neville Henderson: «He pasado seis años en San Petersburgo antes de la guerra, en los mejores días de los viejos ballets rusos, pero en lo que se refiere a belleza y grandiosidad, nunca he visto ballet que pudiera comparar a esto». N. Henderson, *Failure of a Mission,* Hodder & Stoughton, 1940, pág. 71.

(104) Citado por F. Grover, obra citada, pág. 96.

(105) Los principales apoyos económicos del P.P.F. parecen haber sido: Pierre Pucheu, el director de exportación del *Comptoir sidérurgique de France,* y Gabriel Leroy-Ladurie, el director de la Banca Worms.

de Drieu de que era incapaz de actuar. «Usted nos ha traicionado», le escribió, «usted nunca deseó salvar a Francia. Ha permanecido inactivo, incrédulo y con manifiesta mala fe. Usted ha hecho que esos franceses que deseaban escapar al destino que ha sido el de Francia en los últimos cien años, que estaban dispuestos a alejarse de ello al menor signo de aliento, se vieran aplastados por las mismas dudas y la misma ironía que los han venido ahogando durante un siglo» (106). Drieu dejó el P.P.F. juntamente con Jouvenel, Marion, Fabre-Luce y Pucheu.

Con la deserción de sus más importantes jefes, el movimiento de Doriot perdió su vitalidad y su razón de ser. Se desintegró y con ello todas las esperanzas y sueños que habían rodeado al alcalde de Saint-Denis tres años antes.

Cuando se estudia el fracaso de los varios movimientos fascistas franceses de antes de la Segunda Guerra Mundial, muchos de los historiadores modernos sienten la tentación de creer que el fascismo francés jamás existió realmente y se muestran de acuerdo con Drieu La Rochelle cuando afirma: «Recibimos el calificativo de fascistas de labios de nuestros adversarios, de la "clique" democrática y antifascista: y nosotros lo aceptamos como un desafío» (107). Pero, ¿el fascismo francés fue sólo una fantasía de los izquierdistas? El problema es casi insoluble porque, quizá con la única excepción de Marcel Bucard, ninguno de los otros líderes de los llamados movimientos de derechas aceptaría gustoso el calificativo de fascista: ni Maurras, ni La Rocque, ni Doriot. No sólo ellos no se consideraban a sí mismos como fascistas sino que se mostraban contrarios a admitir que sus movimientos tuvieran nada que ver los unos con los otros. Doriot era un tanto despreciado por Maurras y La Rocque debido a su pasado comunista y él estaba resentido contra La Rocque por su negativa a unirse en 1937 a su *Front de la Liberté contre le Communisme.* La Acción Francesa había llegado a odiar a La Rocque después de que éste aceptó la disolución de su *Croix-du-Feu* y la formación del *Parti Social Français,* y en julio de 1937, se formó una curiosa alianza entre los comunistas y el periódico de derechas *Gringoire* y el diario *L'Action Française* en un intento de desacreditar al coronel acusándolo de recibir dinero de Tardieu y Laval, una acusación que jamás pudo desmentir por completo. En diciembre del mismo año, Ciano anotó en

---

(106) F. Grover, obra citada, pág. 45.

(107) *Révolution nationale,* 20 de noviembre de 1943.

su Diario que Arrighi, portavoz de Doriot, consideraba a La Rocque como un traidor al servicio del *Front Populaire* (108).

El producto más temible del ala derecha francesa, antes de la Segunda Guerra Mundial, fue, sin duda, el *Comité Secret d'Action Révolutionnaire,* más conocido popularmente como *La Cagoule.* Este movimiento fue creado por un ingeniero llamado Eugène Deloncle en 1936. La mayoría de sus líderes eran disidentes de *l'Action Française*: Henri Martin, Jacques Corrèze, Joseph Darnand, Jacques de Bernonville y los hermanos Jeantet. El propósito de los *cagoulards* era establecer una dictadura para adelantarse al *golpe* comunista que ellos creían inminente, y confiaban en conseguir el apoyo del Ejército francés para sus planes. Pero el mariscal Pétain, al que sondearon, se negó a tener nada que ver con ellos, y aún cuando el mariscal Franchet d'Esperey y el vicemariscal retirado del Aire Duseigneur, los favorecían, tuvieron que limitar su actividad a actos aislados de sabotaje y asesinatos con armas facilitadas por el Gobierno italiano. En 1937 volaron dos edificios, el de la Confederación General del Patronato Francés y la Unión Patronal Interprofesional; parece ser que también fueron ellos los que asesinaron al economista ruso Navashin. Pero, posiblemente, su crimen más notable, cometido a cambio de un cargamento de armas procedente de Italia, fue el asesinato de los dos hermanos Rosselli, notables antifascistas que habían fijado su residencia en Francia. La vida de *La Cagoule* fue breve. La policía asaltó su cuartel general a finales de 1937 y descubrió un gran almacén de armas: «12.000 granadas, 34 ametralladoras, 135 metralletas Schmeisser, 95 carabinas Beretta, 149 fusiles militares, 151 escopetas de caza, unos 50.000 cargadores, 375 libras de explosivos y 4.000 pistolas y revólveres» (109). Deloncle, Duseigneur y cincuenta y cinco otros miembros de la organización fueron arrestados y la Tercera República sobrevivió, sorprendida, pero sin daño.

Los «fascistas» franceses fallaron en su intento de llevar a cabo un golpe de Estado, principalmente a causa de su desunión. Mucha gente que de otro modo tal vez se hubiera afiliado a movimientos más extremistas se conformaron con seguir al más legalista coronel La Rocque. A la falta de unidad hay que sumar, también, la falta de un objetivo claro. El más destacado enemigo de las derechas, Léon Blum, dimitió de su cargo de jefe de Gobierno en junio de 1937 y fue reemplazado por el

(108) Ciano, obra citada.

(109) G. Warner: *France,* en *European Fascism,* pág. 270.

radical Camille Chautemps; aunque el Frente Popular se mantuvo hasta enero de 1938, Chautemps hizo bien poco para llevar a cabo los fines de su programa original. En abril, Daladier formó un nuevo Gobierno que adoptó una política autoritaria y conservadora: después de aplastar una huelga general en noviembre, el Gobierno se hizo con plenos poderes y, tras la firma del Pacto nazi-soviético de agosto de 1939, prohibió el Partido Comunista en Francia. Daladier nombró ministro de Información a Jean Giraudoux, cuyos puntos de vista políticos y sociales ya nos son conocidos, al tiempo que con gran satisfacción de los muchos franceses que se hallaban preocupados con descenso del nivel de nacimientos, el Gobierno dictó un código familiar con la intención de incrementarlos.

Sobre todo, como Dieter Wolf subraya en su estudio sobre el Partido Popular Francés, Francia, bajo la Tercera República, no era un campo abonado para un experimento fascista. «La clase media francesa sólo estaba molesta por los sangrientos sucesos de febrero de 1934 y por los resultados del Frente Popular, pero en ningún momento se sintió afectada por ellos. Sólo durante la Segunda Guerra Mundial el sistema de clases fue seriamente amenazado. Pese al descontento que aparecía en la superficie, la década de 1930 fue un período de estabilidad social y la clase tradicionalmente gobernante no perdió el control de la situación. Además, la Tercera República poseía numerosas colonias en las que los hombres ansiosos de acción podían saciar sus aspiraciones. Finalmente, Francia no ejercía una política exterior agresiva o explosiva, y no existía ningún mito que pudiera movilizar a las masas y permitir a una minoría radical alcanzar el poder» (110).

* * *

El entusiástico recibimiento dado a Daladier a su regreso de Munich, fue sólo una de las muchas indicaciones de la fuerte oposición a una guerra contra Alemania que existía en el país. Otra de ellas fue la cantidad de personas detenidas en 1939 como pacifistas potencialmente peligrosas, entre las que se contaban no sólo destacados miembros de las derechas, tales como Brasillach, o de las izquierdas, como Lucien Sampaix, sino incluso hombres como Jean Giono, que no tenía simpatías por ningún extremismo político, pero que odiaba, simplemente, la idea

(110) D. Wolf, obra citada, pág. 307.

de una guerra. La *Action Française*, con mucho apoyo popular, afirmaba que no estaba dispuesta a luchar ni por los checos ni por los judíos, y Marcel Déat, ex socialista y ministro del Aire en el gabinete izquierdista de Sarraut de 1936, recibió un caluroso apoyo cuando declaró en su artículo *Mourir pour Dantzig?* que no estaba dispuesto a luchar por los polacos. Una «Francia en guerra», sugirió Simone de Beauvoir a Colette Audry, «sería, posiblemente, peor que una Francia nazi» (111). El filósofo liberal Alain advirtió a sus compatriotas que el considerar la posibilidad de una guerra era un modo tácito de causarla; y los surrealistas concisamente resumieron su actitud propia en el título de uno de sus folletos: *Ni de votre guerre ni de votre paix!*

En la primavera de 1939, la derecha francesa perdió su fe en el aliado con el que constantemente habían venido contando: Benito Mussolini. Las exigencias del duce que reclamaba Córcega, Saboya, Niza y Túnez fueron consideradas excesivas, incluso por los mayores admiradores del dictador italiano, y puso fin a toda esperanza de una alianza mediterránea. «Las manifestaciones italianas me han herido igual que el insulto de un amigo íntimo al que uno ha admirado durante mucho tiempo» (112), escribió Lucien Rebatet. *Je suis partout*, condenó la agresión italiana en Albania, en abril, mientras que Maurras puso de cara a la pared la fotografía de Mussolini que tenía en su estudio y empezó a tomar en consideración la idea de buscar una aproximación con Inglaterra.

La reluctancia, tan extendida, de los franceses a ir a la guerra puede considerarse, por adelantado, como una de las razones por la que los alemanes avanzaron con tan relativa facilidad en Francia en su ofensiva de 1940. «Los ejércitos franceses», escribió A. J. P. Taylor, «no cabe duda de que estaban mal dirigidos, pero la mayor parte de los observadores contemporáneos, piensan, también, que la nación francesa, independientemente de ello, había perdido su voluntad de grandeza. Los recuerdos de la Gran Guerra pesaban poderosamente sobre el país. Las clases adineradas no comprendían las razones por las que se tenían que ver envueltas en una guerra... El francés común y corriente carecía de fe en sus líderes... Carecía de fuerza impulsiva, de convicción interna en la que apoyarse. Había llegado a creer que civilización significaba, simplemente, una vida más confortable y, en particular, dos buenas comidas al día. La guerra amenazaba esas comodidades y los franceses se

(111) S. de Beauvoir: *La Force de l'Age*, París, 1960, pág. 367.

(112) L. Rebatet, obra citada, pág. 104.

rindieron para conservar lo que ellos consideraban civilización» (113).

La derecha francesa estaba dispuesta a culpar al Frente Popular de la derrota, debido a su conducta incompetente en relación con la defensa nacional, pero en los Juicios de Riom, en 1942 (114), Blum, Daladier, y Gamelin lograron ser absueltos de dichos cargos al atribuir la misma responsabilidad al Estado Mayor General del cual eran miembros Pétain y Darlan, entonces en el poder. Sea como sea, cuando el armisticio fue firmado, el 22 de junio, Giraudoux le dijo a Maurice Martin du Gard: «La derrota nos ha salvado, es un milagro del instinto de autoconservación. Si hubiéramos resistido un año hubiéramos dejado de existir» (115).

De acuerdo con los términos del armisticio, Francia quedaba dividida por una línea de demarcación que iba desde la frontera suiza, en las proximidades de Ginebra, hacia el Oeste, hasta las proximidades de Tours, y hacia el sur hasta la frontera española en las cercanías de Pau. Los italianos ocuparon los Alpes Marítimos y la Saboya, y los alemanes la zona Norte. Aunque los alemanes mantuvieron dos millones de soldados franceses prisioneros de guerra en calidad de rehenes, la zona no ocupada, cuya capital se fijó en Vichy, conservó la flota y las colonias. El 18 de junio, cuatro días antes de la firma del armisticio, el general De Gaulle, desde Londres, se dirigió a los franceses anunciándoles su intención de continuar la lucha. En Francia, el Gobierno de Vichy estaba dividido entre Pierre Laval, que creía que Alemania había ganado la guerra y que más pronto o más tarde Francia llegaría a un acuerdo satisfactorio con el vencedor, que sería el mejor de los posibles, y Philippe Pétain, que se mostraba partidario de sondear los términos de un armisticio mientras continuaba las negociaciones con alemanes y británicos.

En un principio fueron muy pocos los que pusieron en entredicho la legitimidad del Gobierno de Pétain. Fue reconocido por treinta y dos países, entre los que se contaban el Vaticano, los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética. La admiración hacia el anciano mariscal de ochenta y cuatro años de edad, no quedó restringida a Maurras, pese a la inmensa influencia que consiguió *l'Action Française*, que se presentó como la ideología de Vichy. Dentro del primer año de gobierno del mariscal, François Mauriac, Daniel Halévy, Roger Martin du Gard y Paul Claudel expresaron su gratitud al vencedor de Verdun por haber

---

(113) A. J. P. Taylor: *From Sarajevo to Postdam*, 1966, pág. 166.

(114) Volveremos sobre el tema más adelante.

(115) Maurice Martin du Gard, obra citada, pág. 174.

salvado a la nación. Aun cuando muchos franceses desaprobaban la política que el Gobierno de Pétain se disponía a poner en práctica, se veían confortados por la figura del mariscal a la cabeza de Francia, por el sonido de su voz y el contenido de sus discursos, la «apelación», como François Mauriac escribió en *Le Figaro,* «a una gran nación humillada» (116).

Para todo el que se había opuesto a la República, su derrumbamiento con la invasión alemana fue una prueba de que estaba más corroída de lo que sus enemigos habían creído. La firma del armisticio, la formación del Gobierno de Pétain, pareció una ocasión ideal para comenzar de nuevo y las ideas que habían venido desarrollándose en los últimos veinte años vieron cierta posibilidad de ser implantadas. «La derrota no fue solamente militar: fue la derrota de toda una sociedad, el punto final de un hundimiento que se había iniciado varios años antes. Ésa fue la interpretación dada, tanto por los más lúcidos partidarios de la *Révolution nationale* de Vichy, como por los elementos más dinámicos de la Resistencia. Tanto Vichy como la Resistencia participaban de la misma urgencia por romper con los usos tradicionales de la política francesa, que habían conducido al fracaso, y temían la resurrección de los mismos temas y los mismos hombres que hicieron su aparición en la década de 1930-1940» (117).

Desde luego, Pétain hizo aprobar muchas de las medidas que los jóvenes «inconformistas» habían venido recomendado desde hacia mucho tiempo. Provisto de plenos poderes, el mariscal disolvió la Tercera República y abolió los partidos de la oposición. Las huelgas fueron declaradas fuera de la ley; los sindicatos obreros y las asociaciones de patronos fueron disueltas y los campesinos y los obreros reunidos en corporaciones. Se hizo mucho por la familia. El divorcio se hizo más difícil, a las mujeres casadas no se les permitía trabajar en servicios públicos y se las devolvió a los hogares. A los padres de familia numerosa se les concedieron privilegios especiales. Se prohibió la venta de absenta y de otros tipos de bebidas alcohólicas de alta graduación; se dio nuevo impulso a los deportes y se intentó hacer obligatoria la enseñanza de la religión en las escuelas. En resumen, los objetivos de la *Révolution nationale* eran fomentar la salud, la disciplina y, finalmente, la jerarquía. René Guillouin, que tuvo una gran influencia en el nuevo régimen de

(116) *Le Figaro,* 3 de julio de 1940.

(117) J. L. Loubet del Bayle, obra citada, pág. 404.

Pétain durante los primeros meses, nos ofrece una definición de la forma que pensaba tomar el nuevo Estado: «Autoritario y, en cierto sentido, absoluto, es decir, libre de las ataduras del beneficio material y financiero... un poder fuerte, pero limitado, en sus funciones espirituales, por el respeto a los valores religiosos y al ser humano y, en sus funciones temporales, por el reconocimiento de grupos naturales como la familia, la región, al profesión, las corporaciones, las empresas y las comunidades de todo tipo... En una sociedad amenazada por la industrialización total se evitarán los errores fatales del capitalismo liberal. Se dejará de considerar al obrero como una herramienta animada y a su trabajo como una mercancia, y se devolverá al trabajo su significado material, moral y espiritual, poniendo fin al reinado de lo económico y su inmoral autonomía mediante el sometimiento del dinero e incluso del trabajo al ser humano... Finalmente, se intentará por todos los medios no tanto mejorar la condición del proletariado, como el abolirlo por completo y no sólo mediante una más justa distribución de los frutos del trabajo, sino por la restauración del elemento humano, vigorosamente orgánico y generoso, que existe en el "espíritu" de las antiguas corporaciones» (118).

Resulta obvio que la influencia más importante en la ideología vichista siguió siendo la de *l'Action Française* — obvio por la estructura autoritaria a la que aspiraba el Gobierno de Vichy y obvio, también, por la estructura reaccionaria que adoptó —. «En lugar de Libertad», señaló David Thomson, «Vichy ofrecía la reglamentación de un Estado policíaco... En vez de Fraternidad, Vichy ofrecía el culto al liderato, la jerarquía y la autoridad... Y en vez de Igualdad, discriminación» (119). Aun cuando las leyes antisemitas fueron aprobadas, en octubre de 1940, para complacer a los alemanes, por Laval, uno de los pocos ministros de Pétain que no se preocupaba lo más mínimo de la *Révolution nationale,* lo cierto es que fueron aplicadas por un antiguo admirador de Maurras, Xavier Vallat. De acuerdo con dichas leyes, los judíos franceses quedaban excluidos de los cargos públicos y de muchas profesiones; en cuanto a los judíos argelinos debían ser desposeídos de la plena nacionalidad francesa. Sin embargo, cuando llegó el momento de aplicar las medidas exigidas por los alemanes, Xavier Vallat se mantuvo firme: se negó a obligar a los judíos de Vichy a que llevaran la estrella amarilla y a imponerles un toque de queda, con el resultado de que los alemanes in-

---

(118) Según la cita de J. L. Loubet del Bayle en su obra anteriormente citada, págs. 406 y 407.

(119) D. Thomson, obra citada, págs. 222 y 223.

sistieron en su sustitución, que se llevó a cabo en 1942, ocupando su cargo el falto de escrúpulos Darquier de Pellepoix, que se mostró conforme con los alemanes y facilitó la deportación de los judíos franceses a los campos de exterminio.

Pese a sus entusiastas ideólogos, la *Révolution nationale* fracasó. El desacuerdo con el Gobierno de Vichy fue una de las razones que indujo a muchos franceses a colaborar con los alemanes, pues no hubo nada de ese abolir «la condición del proletariado» mediante «una más justa distribución de los frutos del trabajo» y la restauración de «el elemento humano vigorosamente orgánico y generoso que existe en el "espíritu" de las antiguas corporaciones» en que René Guillouin había confiado. La Corporación de Campesinos, que se organizó en diciembre de 1940, fue dominada muy pronto por los terratenientes y los funcionarios del Gobierno; los Comités de Organización, creados para reemplazar a las principales uniones sindicales —la C.G.T. y la C.F.T.C.—, sirvieron para beneficiar a los industriales y quedaron colocadas bajo el control de funcionarios estatales que apoyaban a éstos. Cuando el Gobierno trató de forzar la enseñanza religiosa en las escuelas, el anticlericalismo que se levantó fue tan grande que tuvo que abandonarse el intento. La única fuerza unificadora de todo el sistema era Pétain, y la ideología de la *Révolution nationale* degeneró en pura lisonja del mariscal. Cuando Laval volvió al poder en abril de 1942, hizo lo menos posible para fomentar la política interna del mariscal Pétain. Laval dictó leyes contra los masones que debían ser aplicadas por un antiguo miembro de *l'Action Française*, el biógrafo Bernard Faÿ, y evitó que se reuniera el *Conseil National* «revolucionario», prefiriendo concentrar todas sus energías en tratar con los alemanes. Después, en noviembre de 1942, los alemanes invadieron, también, la llamada zona libre, cuando los norteamericanos desembarcaron en el Norte de África, con lo cual las esperanzas de los franceses de poder llevar a cabo su propia revolución terminaron para siempre.

Más adelante examinaremos los acontecimientos internacionales y la presión constante que los alemanes ejercieron sobre el Gobierno de Vichy y que contribuyó al fracaso de Pétain en sus intentos de llevar a cabo su política interna tal y como originalmente se había planeado; pero hay que añadir a esto, también, las condiciones desmoralizadoras en que se desenvolvían los franceses. Los deportes y el trabajo manual debían adquirir gran importancia en las escuelas y en los Movimientos juveniles de Vichy, pero las raciones alimenticias eran tan escasas que no permitían el llevar a cabo muchos ejercicios físicos. Por otra parte, los ale-

manes, al hacerse cargo de la agricultura y la industria, dejaron por todas partes motivos más que suficientes para dar pábulo a la propaganda aliada. «En Vichy», escribió Maurice Martin du Gard, «la *Révolution nationale* está sintiendo los efectos de la miseria general y de las emisiones de la B.B.C. Incluso las mejores empresas se ven minadas por la duda. Muchos proyectos, incluso el Plan Quinquenal, la modernización de carreteras y puertos habrían de quedar, como se temía, en el papel. En la distancia pueden oírse explosiones y disparos, pero a sus visitantes, el mariscal les hablaba de buenos trabajadores, honrados jefes y magníficos niños, de la santidad de la vida familiar y de una amable civilización agraria... Su fe en la Francia eterna, sigue intacta. Uno puede preguntarse si es que dejó de estar en sus cabales... o si es que es él el único que lo está» (120).

Los más jóvenes partidarios del régimen muy pronto comenzaron a desertar: Emmanuel Mounier y Jean Lacroix se unieron a la Resistencia en 1942, mientras que Lucien Rebatet y Robert Brasillach vieron mejores posibilidades de dar satisfacción a sus ambiciones colaborando con los alemanes. Algunos hombres de más edad, como Claudel y Mauriac, tendían a apoyar a De Gaulle. Lo que muchos conservaron en común hasta el fin de la guerra fue el odio por Inglaterra, un odio que se había originado con la idea de que las tropas inglesas, forzadas a retroceder ante la invasión alemana, habían abandonado y traicionado a Francia. En tales circunstancias resultaba fácil para un realista como Paul Morand, hacer creer que Inglaterra llegaría a un acuerdo con Hitler y que los únicos en perder la guerra serían los franceses. La obvia determinación de Gran Bretaña de continuar la guerra hasta el fin, debía haber echado por tierra estas ideas y quizá hubiese sido así de no haberse producido un incidente que hizo que tales suposiciones adquirieran nuevas fuerzas y se mantuvieran en lo más profundo de la creencia de muchos franceses: el bombardeo de la Armada francesa en Mers-el Kebir y Dakar en julio de 1940. Esa medida, tomada por los británicos para impedir que la flota francesa cayera en manos alemanas, «levantó unánimemente a Francia contra Inglaterra» (121). Hizo tanto en favor de la propaganda alemana como las presiones alemanas harían después en favor de la causa aliada. Si algún incidente puede considerarse causa de la tentación sentida por el futuro jefe de Gobierno del maris-

---

(120) M. Martin du Gard, obra citada, págs. 245 y 246.

(121) François Mauriac, *Le Figaro*, 15 de julio de 1940.

cal, el almirante Darlan, de luchar al lado de Alemania contra Inglaterra, fue el ataque a la flota en Mers-el-Kebir. Convenció a algunos colaboracionistas, como el historiador Paul Chack, que como Darlan nunca había sido realmente capaz de perdonar a los británicos el haber ganado la batalla de Trafalgar, que la pérfida Albion hacía que otros pelearan por ella para recompensarlos después con la más flagrante traición.

Incluso cuando quedó claro que los ingleses no tenían intención de llegar a un acuerdo con Hitler y que si alguna vez los franceses eran liberados del yugo alemán sólo sería debido, en gran parte, a los propios ingleses, los acontecimientos de 1940 siguieron pesando en la conciencia de muchos franceses. En este aspecto puede considerarse como típica la postura de Charles Maurras, que combinaba el odio por los alemanes con el desprecio por los británicos. Firme *attentiste* (así se llamaban los leales a Pétain), Maurras fue una figura influyente en Vichy. Aun cuando después del armisticio fijó su residencia en Lyon, donde continuó editando el periódico *L'Action Française* y raramente visitó a Pétain, sus pocos encuentros con el mariscal fueron siempre muy cordiales, y Pétain, en cuyas fotografías estaba escrita la pregunta: *Êtes-vous plus français que lui?,* le hizo el supremo elogio de llamarlo *le plus français des français.* Además, al lado del mariscal estaban muchos ex miembros de *l'Action Française* y admiradores de Maurras, como, por ejemplo, Dumoulin de La Barthète, Raphael Alibert, Paul Baudouin, el general Brécard, Henri Massis, René Benjamin y Pierre Caziot.

Según Maurras, Alemania seguía siendo el principal enemigo de Francia. Repudió a todos sus antiguos compañeros de la Acción Francesa que se habían convertido en colaboradores e incluso a los que expresaban simpatía por los alemanes. No quiso tener nada que ver con Georges Suárez, el editor del periódico parisiense *Aujourd'hui.* Rehuyó toda asociación con Georges Claude, el científico que cada vez se volvía más partidario de una colaboración francogermana contra la Unión Soviética, o con Dominique Sordet, el ex crítico musical de *L'Action Française,* que había pasado a dirigir la Agencia de Prensa colaboracionista *Inter-France.* Brasillach y Lucien Rebatet fueron expulsados de las oficinas de *Action Franèaise* cuando acudieron a presentar sus respetos a Maurras y éste jamás volvió a dirigirles la palabra. Los alemanes y las organizaciones colaboracionistas lo miraban con antipatía no disimulada y en junio de 1944 su colega Maurice Pujo y su amigo Georges Calzant fueron encarcelados por los alemanes en Fort Montluc.

Sin embargo, Maurras también estaba en contra de los gaullistas y de los comunistas: los consideraba como bandidos y no podía olvidar

las represalias a que daban lugar sus actos de terrorismo. Se refería, citándolos por sus nombres, a los judíos y a los simpatizantes del gaullismo en el diario *Action Française,* en una época en que tal cosa podía considerarse como una ayuda a la Gestapo y se quejaba de la falta de eficacia de las medidas antisemitas del Gobierno de Vichy. Según decía, los judíos no sólo debían quedar convertidos en ciudadanos de segunda clase, sino que debían ser desposeídos de todo su dinero. Incluso aun cuando apoyaba la política de Laval de enviar trabajadores franceses a Alemania a cambio de prisioneros de guerra, Maurras atacaba a Laval por sus esfuerzos tendientes a lograr una alianza germanofrancesa. Tampoco le acababa de gustar la idea de una victoria británica apoyada por los gaullistas y comunistas y no la prefería a la de Alemania. En alguna ocasión recomendó que Francia obedeciera incluso las más brutales órdenes alemanas. Su «slogan» continuaba siendo *La Seule France,* el título de su libro publicado en 1941. En él se refirió claramente al problema de la colaboración:

«—¿Apoya usted lo que el mariscal denomina colaboración?

»—No, no está en mí apoyarla.

»—Entonces, ¿se opone usted a ella?

»—Tampoco.

»—¿Es usted neutral?

»—¡No!

»—Entonces la consiente...

»—No es asunto mío consentirla, y menos aún discutirla.

»A Dios gracias ya no vivimos bajo un régimen de Discusión, en el cual todo sale mal y el país se encamina a la ruina debido a que no puede recibir una dirección continuada, cuando nada es firme, ni la autoridad ni la responsabilidad. Desde que hemos cambiado todo eso el país debería beneficiarse de ello... Cuando existe un Estado que realiza su tarea nuestro deber es apoyarlo: permitir que realice su misión y facilitar su éxito» (122).

Una actitud como la de Maurras era la que mejor convenía a los que vivían en la zona libre en tanto que esa zona siguió siendo libre. Maurras no decía ni sí ni no a la colaboración; él personalmente, de hecho, no colaboró jamás, aunque, a decir verdad, tuvo pocas ocasiones de hacerlo. El problema de colaboración era mucho más real, más vigente, para los habitantes de zona ocupada que estaban en contacto diario con los ale-

---

(122) C. Maurras: *La Seule France,* Lyon, 1941, pág. 287.

manes. Inclusi si eran *attentistes* de corazón, y muchos franceses lo eran, Pétain les había ordenado colaborar: el 24 de octubre de 1940, el mariscal tuvo una entrevista con Hitler en Montoire. Aún cuando logró eludir la exigencia de Hitler de que Francia se aliara con Alemania contra Inglaterra, se mostró conforme con un compromiso que expondría en una breve alocución radiofónica: «Es cuestión de honor y de mantener la unidad francesa... dentro del cuadro de actividad constructiva del Nuevo Orden de Europa, el que yo, hoy día, entre en la senda de la colaboración», les dijo a sus compatriotas seis días después. «Esta colaboración debe ser sincera. Debe consistir en un esfuerzo paciente y leal. De momento el armisticio no significa la paz. Francia tiene numerosas obligaciones con respecto al vencedor. Pero, al menos, sigue siendo soberana. Y esta soberanía la obliga a defender su suelo, a apagar las diferencias de opinión, a reducir la disidencia de las colonias. Ésta es mi política. Y yo seré el juzgado por la Historia. Hasta ahora me había dirigido a vosotros como un padre. Ahora lo hago como un jefe. Seguidme. Y confiad en la Francia eterna.»

Era muy difícil para el oyente medio darse cuenta de que Pétain estaba jugando un doble juego, que estaba en contacto, al mismo tiempo, con Hitler y con Churchill y que su discurso no era más que una floja concesión a los alemanes, a la que no concedía demasiado valor. Para la mayoría de la gente sus palabras eran una invitación, cuando no una orden, a colaborar. E incluso cuando para los que se hallaban más próximos a él quedó claro hasta qué punto odiaba a los alemanes y a Laval, resultaba muy difícil para los habitantes de la zona ocupada el comunicarse libremente con Vichy y juzgar adecuadamente este estado de cosas y las intrigas que reinaban en el seno del Gobierno. Lo que quedaba era la orden radiada del mariscal. Miles de franceses podían justificar su colaboracionismo con la lealtad a Pétain.

Pero una colaboración con éxito requiere buena voluntad por ambas partes. La causa del fracaso de la colaboración francogermana está en que ni los jefes alemanes ni los franceses la deseaban y no estaban dispuestos a colaborar entre sí durante mucho tiempo. Hitler ya había dicho en su libro *Mein Kampf* que Francia sólo servía para ser explotada, y la mayor parte de sus más destacados compañeros de régimen estaban conformes con él. La confusión reinante en el sistema administrativo alemán en Francia se debió a ello, aun cuando esa actitud básica fue cancelada en ocasiones. Dos de los representantes alemanes, el embajador Otto Abetz, que representaba a Alemania en París, y el general Karl Heinrich von Stülpnagel, presidente de la Comisión de Armisticio y posteriormen-

te comandante militar de París, creían fielmente en la colaboración, como lo hicieron los miembros de otra institución creada con el objeto de fomentar la amistad francogermana: el Instituto Alemán en París. Desde luego no fue sólo el general Stülpnagel, sino también un buen número de otros oficiales de alta graduación, colocados en cargos de responsabilidad, los que creyeron en una auténtica colaboración con Francia en un plano de igualdad. Pero aparte de la antipatía personal que Hitler sentía por Francia, una sucesión de incidentes relacionados con Vichy vinieron a empeorar las relaciones entre los dos países y convencieron al Führer de que la colaboración francesa no valía la pena y que los franses tampoco estaban dispuestos a llevarla a cabo voluntariamente.

El primero de esos incidentes fue la destitución y el arresto de Pierre Laval, el 13 de diciembre de 1940. Totalmente convencido de que los alemanes habían ganado la guerra, Laval fue el primer político francés que estableció relaciones cordiales con el embajador Abetz en París. Por mediación de Fernand de Brinon, de Jean Luchaire y de otro periodista, Jean Fontenoy, consiguió celebrar una entrevista con el embajador en julio de 1940. Con su excepcional fuerza de convicción y el encanto latino, que utilizaba mucho mejor cuando hablaba con los alemanes que cuando hablaba con sus propios compatriotas, Laval logró convencer a Abetz para que considerase su presencia en el Gobierno de Vichy como la más segura garantía de una colaboración militar francogermana. Pero la posición de Laval, su apertura hacia los alemanes y su autoconfianza, disgustaron profundamente a Pétain y a otros de sus compañeros de gabinete, que comenzaron a intrigar contra él y organizaron el golpe que había de culminar con su detención. Apenas Abetz tuvo noticias de lo ocurrido, cuando se presentó en Vichy con una fuerte escolta militar y exigió que el jefe del Gobierno fuera puesto en libertad y se le devolviera su cargo. Se le concedió la libertad, pero cuando Laval y Pétain se reunieron, en presencia de Abetz, Laval fue tan rudo con el mariscal, que éste se negó a confiarle ningún cargo en el Gobierno. Así, Laval se marchó a París en compañía del embajador alemán.

Pierre-Etienne Flandin, el inmediato sucesor de Laval, hizo todo lo que estuvo en su poder para oponerse a las exigencias alemanas de mano de obra y de colaboración industrial francesa. Sin embargo, el 9 de febrero de 1941 fue sustituido por el almirante Jean Darlan, cuyo odio «napoleónico» por Gran Bretaña y su disgusto por lo sucedido con la flota francesa en Mers-el-Kebir, en un principio, lo hicieron aparecer propicio a la idea de una colaboración militar con el Reich. Darlan fomentó las esperanzas de los colaboracionistas en París al admitir en su Gobierno

a tres antiguos miembros del P.P.F.: Pucheu, Paul Marion y Jacques Benoist-Méchin; pero las demandas de los alemanes, cada vez más exorbitantes, la continua oposición de Pétain a una alianza militar, la negativa de Hitler a darse por enterado de los proyectos formulados por Benoist-Méchin y Abetz para introducir en Francia el «Orden Nuevo», probaron la futilidad de la creencia en la cooperación. Y lo que es más, a finales de ese año los propios franceses comenzaron a tener sus dudas sobre la conveniencia de tal colaboración en vista de ciertos cambios producidos en la situación militar: en junio, Hitler había invadido la Unión Soviética, y en diciembre, después del bombardeo de Pearl Harbour, los Estados Unidos entraron en la guerra. Ya no había certidumbre de victoria alemana. ¿Qué objeto, pues, podía tener la colaboración?

Cuando Laval regresó al poder, en abril de 1942, pensó que era posible, según las palabras de Robert Aron, «ofrecer a Alemania la colaboración francesa para la destrucción del bolchevismo y, al mismo tiempo, seguir en buenos términos con los Estados Unidos. Laval preveía una victoria alemana en el Este y un compromiso de paz entre los Estados Unidos y el Tercer Reich en el Oeste, que sería firmado por su mediación. De ese modo Francia no sería un satélite de nadie y tendría el rango y la posición que le correspondían en Europa» (123).

Pero la vuelta al poder de Laval tuvo lugar en las más desafortunadas circunstancias. Los alemanes estaban irritados por los resultados del proceso, y subsiguiente juicio, de Riom, que se mantenía en esta ciudad contra Daladier, Blum, Gamelin y otros políticos republicanos, desde el 19 de febrero. Para los alemanes, esos hombres estaban siendo juzgados por haber causado al guerra, pero, para los franceses, por haberla perdido. Enfrentados con una acusación equívoca que combinaba ambos cargos, los defensores consiguieron transformar el juicio en una farsa ridícula y así, el 21 de marzo, Abetz telefoneó desde París ordenando que se pusiera fin al procedimiento.

Otro suceso que tuvo lugar el 17 de abril, es decir, el día antes de que Laval se hiciera cargo del Gobierno, aumentó el mal humor de los alemanes: el general Henri Giraud, que había mandado el VII Ejército y después el IX Ejército, antes del armisticio, se escapó de la fortaleza de Koenigstein, en el Elba, donde permanecía prisionero desde hacía casi dos años. Debido a su perfecto dominio del alemán, logró viajar,

---

(123) R. Aron: *Histoire de Vichy, 1940-1941*, París, 1954, pág. 183.

sin ser molestado, hasta la frontera suiza, charlando durante todo el viaje con un oficial de las SS con el que había coincidido en el vagón de ferrocarril. En su furia por haber perdido a Giraud, Hitler dio orden de que se empeorara el trato dado a los prisioneros de guerra franceses y rompió las negociaciones que se estaban llevando a cabo para su repatriación. Esos soldados franceses, los más valiosos rehenes de Alemania, el mejor medio con el que contaba Hitler para ejercer presiones sobre el Gobierno de Vichy y sobre Pétain, que sentía una especie de responsabilidad paternal por ellos, habían venido siendo usados desde hacia mucho tiempo para conseguir mano de obra francesa para la industria alemana. Se había prometido la vuelta a casa de un prisionero por cada tres trabajadores «voluntarios» franceses. Laval, en vista de la ruptura de las negociaciones, le rogó a Giraud que volviera a su prisión: Abetz, tan decidido como siempre a hacer todo lo posible por fomentar las relaciones entre Francia y Alemania, llegó incluso a prometer a Giraud una *suite* en el Hotel Adlon (ciertamente el mejor de la capital del Reich), si accedía a regresar a Alemania. Pero el general Giraud se negó. A todo lo que accedió fue a escribir al mariscal Pétain una carta, con fecha 4 de mayo, en la que le daba su palabra de honor de oficial de no intentar nada para obstaculizar la política que el mariscal y su Gobierno estaban desarrollando con respecto a Alemania y con la cual él, Giraud, estaba de total acuerdo. No obstante, seis meses después, Pétain recibió otra carta de Giraud, con matasellos de Marsella, en la cual el general le informaba que había mantenido su palabra y que jamás había atacado la política del mariscal, pero que, para él, había llegado el momento de aprovechar «la inesperada oportunidad de permitir a mi país resurgir de la guerra con honor». Se encaminaba a África, donde posteriormente fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas francesas y consiguió poner en pie, con la ayuda de los norteamericanos, un ejército de 250.000 hombres (124).

El disgusto alemán trajo como consecuencia el establecimiento de una política mucho más dura con respecto a Francia. La primera noticia informando a los franceses de que los alemanes habían fusilado a un rehén, apareció en diciembre de 1940, pero a partir de agosto de 1941, cuando las fuerzas de la resistencia fueron ganando en eficacia y organización, el fusilamiento de rehenes, en represalia por los intentos de asesinato de soldados alemanes, se hizo mucho más frecuente. En marzo

---

(124) En 1943 fue nombrado copresidente del Comité Francés de Liberación Nacional, conjuntamente con De Gaulle, pero se retiró de él en abril de 1944.

de 1942 partió con dirección a Auschwitz el primer tren cargado con judíos extranjeros detenidos en suelo francés; a partir del 7 de junio de ese año, todos los judíos franceses residentes en la zona ocupada debieron llevar la estrella amarilla. La intensificación de la persecución antisemita fue acompañada de la llegada a Francia de Fritz Sauckel, el *gauleiter* de Turingia, con el encargo de obtener mano de obra francesa para el Reich. Había comenzado la colonización alemana de Francia. En la primavera de 1942, había en Francia unos 845.000 obreros trabajando para la industria bélica germana; la industria ferroviaria y los astilleros franceses estaban trabajando exclusivamente para el Reich; en Alemania había un millón de prisioneros de guerra franceses trabajando en la agricultura y en la industria bélica, y a finales de la guerra habían sido obligados a ir a Alemania muy cerca de 250.000 trabajadores civiles franceses. «He de hacerle saber a usted que sólo el señor Abetz colabora», diría Goering, reafirmando la política de Hitler con respecto a Francia en agosto de 1942. «Yo no colaboro. Yo veo la colaboración con los franceses del siguiente modo: cuando nos lo entreguen todo, hasta que no les quede nada para entregar, cuando voluntariamente se ofrezcan a seguir entregándonos más, entonces diré que colaboro...» (125). Cuando los alemanes ocuparon la zona libre, después del desembarco norteamericano en el Norte de África, en noviembre de 1942, quedó excluida por completo la cuestión de la colaboración entre Francia y Alemania. Abetz, demasiado complaciente con las peticiones francesas, fue alejado de la embajada de París y no regresó a Francia hasta después de la caída de Mussolini, al año siguiente. Para entonces, toda idea de colaboración no era más que una locura carente de sentido: Alemania, definitivamente, había perdido la guerra.

Entonces, ¿por qué algunos franceses continuaron colaborando? ¿Qué atractivo ejercían esas organizaciones siniestras que resurgieron o fueron organizadas bajo el patrocinio alemán: los *Francistes,* de Bucard; el Partido Popular Francés, de Doriot; el *Rassemblement National Populaire (R.N.P.)*, de Marcel Déat, o la Milicia de Joseph Darnand, que ayudaban a la Gestapo en la caza de judíos y guerrilleros de la Resistencia? Bucard, Doriot y Déat eran mirados con desconfianza por el mariscal Pétain y manejados por los alemanes como una amenaza contra éste; sin embargo, se hace casi imposible creer que Hitler pensara seriamente en ponerlos al frente del Gobierno francés. Entre ellos tampoco

---

(125) O. Abetz, obra citada, pág. 244.

se mostraron de acuerdo en nada, salvo en la formación de la *Légion des Volontaires Français contre le Bolchévisme,* en julio de 1941, que facilitó a los alemanes voluntarios para luchar en el Frente del Este. Su oportunismo, su sometimiento a las exigencias alemanas, se ponía en claro, sin la menor duda, en cualquiera de sus actos. Laval sólo admitió en su Gobierno a Darnand y a Déat, a disgusto y por exigencia de los alemanes. En noviembre de 1943 designó a Darnand secretario general para el Mantenimiento del Orden, y a Déat ministro de Trabajo y Solidaridad Nacional. Para entonces los dos mayores partidos colaboracionistas, el P.P.F. y el R.N.P. contaban con bastantes miembros. Un buen número de antiguos partidarios de Doriot, como Drieu La Rochelle, Fernández y Sicard, volvieron a él. Jean Fontenoy, Luchaire y Georges Suárez, con Lucien Rebatet, se unieron a Déat. «Debía haber unas seis mil personas en la Sala Wagram, pero ni un solo obrero entre ellas», escribió Jean Guéhenno, refiriéndose al primer mitin de Déat, en febrero de 1941. «La mayor parte de los reunidos eran oficinistas, dependientes de comercio y seudointelectuales, la misma gente que había pertenecido al P.S.F. y a *La Cagoule* tres años antes. Cuando subieron a la tribuna sus viejos líderes, comenzaron a aplaudir. No se trataba de un movimiento nacional ni de masas, podemos estar seguros... Sólo estaban representados los pequeños burgueses de cuello duro... Déat habló... Sólo parecía inspirarle una única pasión: su odio por el Gobierno de Vichy que no se había mostrado dispuesto a poner en sus manos un Ministerio» (126).

* * *

En 1945 se preguntó Sartre: ¿Qué es un colaboracionista? «Tras haber establecido la fuerza como fuente del derecho y prerrogativa del amo, el colaboracionista recurre a *la astucia.* Reconoce su debilidad y este apóstol de la virilidad y las virtudes masculinas usa las armas de la debilidad, de la mujer. En todos los artículos de Châuteaubriant, Drieu y Brasillach encontramos curiosas metáforas que presentan las relaciones entre Francia y Alemania como un juego sexual en el cual Francia representa el papel de la mujer. Y no cabe duda de que la relación feudal entre el colaboracionista y su maestro tiene un aspecto sexual. En tanto que podemos hablar de una mentalidad colaboracionista hallamos que se

---

(126) J. Guéhenno: *Journal des années noires 1940-1944,* París, 1947, páginas 121-122.

trata de una cualidad femenina. El colaborador habla en nombre de la fuerza, pero él no es fuerte: es astuto, taimado; es furtivo descansando en la fuerza, e, incluso, encantador y seductor y confía en explotar la seducción que cree tiene la cultura francesa para los alemanes. Representa una rara mezcla de masoquismo y homosexualidad y, desde luego, los círculos homosexuales de París son un semillero de numerosos y brillantes reclutas» (127).

* * *

En el tercer volumen de su *Chemins de la Liberté, La Mort dans l'âme,* Sartre describe la entrada del Ejército alemán en París vista por los ojos de uno de los protagonistas de su obra, Daniel: «(Daniel) no estaba asustado, sino que más bien parecía rendido, confiado en esos millares de ojos; pensó: "¡Nuestros conquistadores!" y se sintió inmensamente feliz. Los miró a los ojos, recreándose en sus rubios cabellos, sus rostros bronceados por el sol con ojos que parecían lagos de hielo, sus cuerpos esbeltos, sus muslos increíblemente largos y musculosos. Murmuró: "¡Qué guapos son!"... Algo había descendido del cielo: era la vieja ley. La sociedad de los jueces se había derrumbado, las sentencias habían sido anuladas; aquellos otros soldados pequeños, feos, vestidos de caqui, los defensores de los derechos del hombre, habían sido arrollados, derrotados... Una sensación deliciosa y al mismo tiempo insoportable se extendió por su cuerpo; apenas si podía distinguir propiamente lo que tenía ante sus ojos, y repitió suspirando: "¡Como si fueran mantequilla... están entrando en París tan suavemente como si fueran mantequilla!" Le hubiera gustado ser una mujer para arrojarles flores» (128).

No cabe duda de que este aspecto de los alemanes atraía al ministro de Educación designado por Pétain, el académico Abel Bonnard, burlonamente apodado *La Gestapette* («La Gestapito»).

En los primeros meses de ocupación, Jean Cocteau «incluso llegó hasta el extremo de escribir una serie de poemas en alemán» (129), mientras que Paul Léataud gustaba de decir a sus amigos que había visto una carta de Gide a Drieu La Rochelle en la que aquél le decía que no

---

(127) J. P. Sartre: *Qu'est-ce qu'un colaborateur?*, en *Situations, III,* París, 1949, pág. 58.

(128) J. P. Sartre: *La mort dans l'ame,* París, 1949, págs. 82 y 83.

(129) E. Sprigge y J. J. Kihm: *Jean Cocteau: the man and the mirror,* Gollancz, 1968, pág. 153.

se atrevía a ir a París porque encontraba demasiado atractivo a un joven oficial alemán de la redacción de la *Nouvelle Revue Française* (130).

Al referirse a ese amor a la fuerza, Sartre, en su artículo sobre el colaboracionismo, añade cierta interpretación de la Historia que es válida para explicar la actitud de mucha de esa gente que «se deleitaron» con el fascismo cuando se presentó, precisamente porque había llegado. Los colaboradores llamaban a eso «realismo». «Para ellos la dominación de hecho estaba acompañada de una vaga creencia en el progreso, pero un progreso sin dirección... No sabemos adónde vamos, pero puesto que estamos cambiando tenemos que estar mejorando. El último fenómeno histórico es el mejor, precisamente porque es el último...» (131). Básicamente, según Sartre, el colaboracionismo fue un fenómeno de «desintegración». Los que caían en él eran elementos de la sociedad que nunca habían logrado asimilarse a ella, una suerte de delincuentes o marginados. La integración que jamás habían logrado en la democracia, pero que habían venido buscando largamente, sólo sería posible en el marco de un Estado totalitario que castigara a la sociedad que los había rechazado hasta entonces.

Sin embargo, el problema es mucho más complejo de lo que puede parecer por la lectura del artículo de Sartre. Yo pienso que hay dos formas de colaboracionismo, o mejor dicho dos tipos de colaboracionistas: los revolucionarios y los pasivos. Los últimos aceptan la situación y confían en sacar el mejor provecho de ella. Francia había declarado la guerra a Alemania y la había perdido. Las tropas alemanas, al principio, hicieron todo lo que estuvo en sus manos por hacerse simpáticas y populares. En vez de cortar las manos a los varones de las poblaciones ocupadas, como se había rumoreado harían, ayudaban a las ancianas a llevar sus maletas y bultos y ofrecían gasolina a los automovilistas que se habían quedado «secos». Al principio Francia no conoció ninguna de las atrocidades que los alemanes habían llevado a cabo en el Este de Europa, y así, cerrando los ojos ante las brutalidades de la campaña de Polonia, los franceses podían jactarse de haber dado con un invasor humano. Parece ser que en los primeros meses de la ocupación fueron ejecutados más soldados alemanes por actos de indisciplina, o excesos, que franceses lo fueron por cometer actos de terrorismo o sabotaje. «Los alemanes han hecho la guerra causando el menor daño posible», es-

(130) M. Martin du Gard, obra citada, pág. 346, y Jean Galtier-Boissière, *Mon Journal pendant l'Occupation*, París, 1944, pág. 58.

(131) J. P. Sartre: *Situations, III*, pág. 53.

cribió Jacques Chardonne (132). «Nos han ahorrado muchas cosas malas. Esos conquistadores de nuevo estilo no han abusado en absoluto de su poder ni siquiera en la confusión de la victoria. Pase lo que pase, jamás olvidaré esa sorpresa, particularmente si se tiene en cuenta que fuimos nosotros quienes los atacamos a ellos.»

Al mismo tiempo, la derrota francesa, tan rápida y tan total, parecía ser el resultado de un profundo defecto del carácter francés: la dominación alemana, se confiaba, daría a Francia esa disciplina de la que carece y Francia sería estúpida si no aprovechaba la lección que le daba el vencedor. Gide, en su diario, justifica la colaboración principalmente por esas razones. En un principio se mostró disconforme con la decisión de Pétain de firmar el armisticio, pero pronto esa oposición dejó paso a una pesimista resignación. «El hacer lo posible por entenderse con el enemigo de ayer, no es cobardía», escribió en septiembre de 1940, «sino sabiduría; es aceptar lo inevitable. *Untershuchen was ist, und nicht was behagt,* dijo Goethe con justicia. Todo el que se revuelve contra el destino cae en una trampa. ¿De qué sirve romperse la cabeza contra los hierros de una jaula? Para sufrir lo menos posible de la estrechez de una celda, lo mejor es colocarse en el centro. Yo, en mí mismo, encuentro ilimitadas posibilidades de colaboración, que no comprometen al propio ser en modo alguno. El riesgo es mayor si uno deja que sus pensamientos sean dominados por el odio» (133). «Así, ¿usted cree que uno debe negarse a jugar este juego?», escribió refiriéndose al colaboracionismo en enero de 1941. «Tal vez aceptar el juego sea el comienzo de la colaboración; si es posible, sin demasiada amargura, pero también sin ilusiones, para no encontrar demasiado amargo un posterior desengaño. ¿Quiere que le diga lo que pienso? Creo que es bueno para Francia autosometerse durante un cierto tiempo al yugo impuesto por la disciplina. Exactamente como fue incapaz, en el estado de relajamiento y descom-

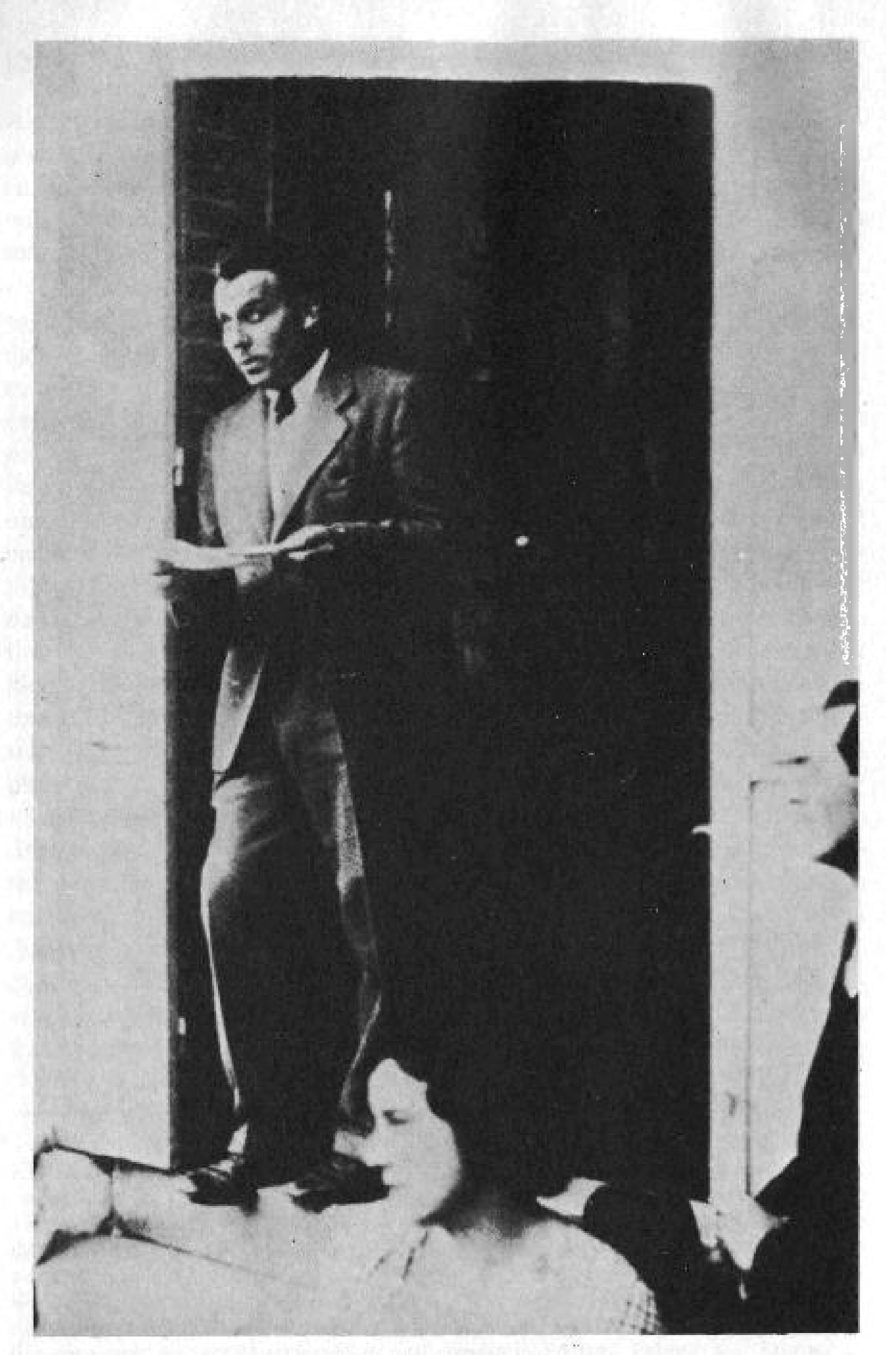
---

(132) J. Chardonne: *Chronique privée de l'an 1940,* París, 1940, pág. 210, *cf.* «Es fácil, después de ver los acontecimientos, condenar los dos primeros años de "colaboración". Pero hay hechos que son innegables: Alemania invadió sin odio a Francia, a la que no había atacado. Conquistó sin matanzas inútiles, respetando monumentos, tratando con consideración, y en ocasiones incluso repatriando, con paternal cuidado, a los fugitivos del éxodo. Por un momento, Alemania fue un símbolo del orden frente a una nación histérica. Otros, con más hombres y más dinero, la conquistarían a ella. Nuestras relaciones, sin embargo, quedarán marcadas para siempre con el recuerdo de ese *tête-à-tête.* (Alfred Fabre-Luce, *Journal de la France, 1939-1944,* Ginebra, 1946, pág. 493.)

(133) A. Gide: *Journal, 1939-1942,* París, 1946, pág. 83.



Charles Maurras



Louis-Ferdinand Céline

posición en la que había caído, de ganar una victoria sobre un adversario mejor equipado que ella misma, unido, resuelto, tenaz, fiero y sabiamente dirigido por un jefe dispuesto a pasar por encima de todos esos escrúpulos que nos debilitan, de todas esas consideraciones que nos atosigan, no creo que Francia, hoy, sea capaz de levantarse por sí misma con los simples medios que tiene a su disposición. Digo *hoy,* pero en 1914 ya escribí: "Tenemos que aprenderlo todo de Alemania, ella tiene que tomarlo todo de nosotros". Y sigo pensando igual» (134).

En ese mes de marzo, Gide leyó la *Chronique privée de l'an 1940,* escrita por Jacques Chardonne. Encontró que la justificación que daba éste del colaboracionismo era petulante y cínica, lo que en gran parte era cierto, aunque Chardonne, anglófilo y esteta, compartía una convicción básica con Gide y Montherlant. «Una derrota como ésta», esescribió, «no es una derrota militar, sino civil. Es una cuestión interna, privada. Para recuperarnos debemos aprender la lección de nuestros vencedores» (135). Después de esto, Gide se negó a escribir nuevos artículos para la *Nouvelle Revue Française,* dirigida por Drieu La Rochelle, y rompió con éste y con Alphonse de Châteaubriant, director de la revista colaboracionista *La Gerbe.* Sin embargo, continuó apreciando las cualidades de Drieu como escritor e incluso se manifestó acorde con las declaraciones de éste sobre el fascismo publicadas en N.R.F. en enero de 1943.

Tan disgustado se hallaba Gide con el estado de cosas reinante en Francia, que pensaba que los franceses no eran dignos de disfrutar de ningún tipo de libertad. El 6 de mayo de 1941, escribió en su Diario: «Incluso creo que la ocupación alemana, con todas sus penosas humillaciones, es preferible y menos perjudicial, menos degradante, para nosotros que la disciplina que nos propone Vichy» (136). Quince días después proyectaba pronunciar una conferencia en honor del poeta Henri Micheaux en Niza. Sin embargo, aquella mañana recibió una carta amenazadora de los jefes de la organización de Pétain *Légion française des combattants,* en la cual se sugería que sería poco inteligente por parte del autor de *Les Nourritures terrestres* pronunciar una conferencia pública en unos momentos en que el mariscal estaba tratando de incrementar el espíritu de sacrificio de la juventud francesa. Poco después, Gide se hizo a la mar con rumbo a Túnez.

---

(134) A. Gide: *Journal, 1939-1942,* París, 1946, pág. 105.

(135) J. Chardonne, obra citada, págs. 118 y 119.

(136) J. Chardonne, obra citada, pág. 123.

La actitud de Henri de Montherlant era similar a la de Gide. Él también creía que la derrota significaba algo más profundo que una simple falta de preparación militar de Francia. De 1925 a 1932 había vivido en el extranjero. En 1928 visitó Marruecos y, molesto y asombrado con las injusticias del sistema colonial francés, escribió una crítica muy severa de él en su novela *La Rose de Sable.* A su regreso a Francia encontró que su país estaba desvitalizado y debilitado, sin otro amor que el materialismo y la comodidad. «Cuando se regresa de España, Italia y el Norte de África... lo que más daño hace en el rostro de un francés es la insipidez... Puede que haya todo lo que quiera en los rostros de esos hombres jóvenes o adolescentes: inteligencia, vivacidad, personalidad, bondad; pero siempre falta una expresión: la de la energía» (137).

Tan agudamente sentía Montherlant el peligro y la debilidad de la postura de su país, que decidió no publicar *La Rose de Sable* (138), temiendo que aún pudiera debilitarlo y minarlo más profundamente. En cuanto a las relaciones entre Francia y Alemania, Montherlant se daba cuenta de que la guerra resultaba inevitable. La amistad francogermana no podía ser otra cosa que el saludo de los guerreros que se disponen a la lucha, y así, al presentar una conferencia de Abetz en el club *Rive Gauche,* en 1936, se refirió a la posibilidad de una guerra como un espadachín que da la bienvenida a un duelo con un rival digno de él. La vecindad de Alemania, confiaba, estimularía a Francia «(La dictadura) evita que las naciones que prefieren la felicidad se conviertan en naciones incapaces. Hay un punto mínimo de virilidad por debajo del cual no se puede caer. Alemania ha sido colocada al lado de Francia como Xantipa fue colocada al lado de Sócrates: para permitirle que se sobrepusiera a sí mismo. Esto induce a los partidarios de la libertad a saborearla de un modo más sutil; estimulan a los amigos de una cierta forma de cultura unirse para su defensa. Se trata de un universo moral completo que se autodefine por el equilibrio... Paz y seguridad tienen que ser conquistadas y no pueden ser suplicadas. Los únicos derechos que se poseen son aquellos que uno sabe defender» (139).

Después de haber actuado como corresponsal de guerra para la revista izquierdista *Marianne,* Montherlant retrocedió hasta el Sur de Francia una vez que el armisticio fue firmado. A su juicio, la ocupación significaba ciertas ventajas para el artista. Éste no era distraído por visi-

(137) H. de Montherlant: *Equinoxe de Septembre,* París, 1938, pág. 206.

(138) *La Rose de Sable* fue publicada por vez primera en 1968.

(139) H. de Montherlant: *Equinoxe de Septembre,* París, 1938, págs. 57 y 99.

tantes inoportunos ni por el exceso de correspondencia; se encontraba libre de compromisos con editores y periódicos y tenía una buena cantidad de tiempo libre a su disposición. Reflexionando sobre la ocupación alemana llegó a la conclusión en *Solstice de Juin* que se trataba de un castigo necesario y posiblemente beneficioso. Aún cuando estaba seguro de que Francia resurgiría, mientras tanto debía asumir «dentro de un nuevo sistema, el lugar que ocupaba antes de esa prueba de fuerza: la derrota es sólo un signo entre varios otros menos claros y obvios. Francia debe darse cuenta de que el derecho del vencedor sólo está limitado por sus propios intereses: antes de la era moderna, ninguna voz, ni aún la más pura, protestó contra los derechos del conquistador más que contra la propia guerra. Hay que comprender que las relaciones francogermanas sólo serán productivas si se desarrollan en el mismo clima revolucionario en que nació la Alemania de Hitler, puesto que lo que hemos vivido y experimentado, sólo adquiere significado en términos de la real revolución que está en juego en la guerra presente. Al menos, Francia debería beneficiarse de las lecciones que el vencedor puede darle en muchos aspectos» (140).

Solstice de Juin fue publicada en la zona ocupada, después de considerables dificultades, gracias a la insistencia del traductor alemán de Montherlant, Karl-Heinz Bremer, subdirector de Instituto Alemán. Pese a ello fue prohibida en Holanda y Bélgica y no fue apreciada por los críticos progermanos. Al comentarla en la N.R.F., Drieu La Rochelle, indignado, refutó la identificación que hacía Montherlant de Alemania con el paganismo.

Montherlant renunció a jugar cualquier papel activo en política. Dándose cuenta de lo frecuentes que son los errores cometidos por los intelectuales que se comprometen, mantuvo siempre que el único deber del escritor era consagrarse a su arte. Aún cuando admiraba a Pétain no podía aceptar, de modo incuestionable, la ideología de Vichy. Se negó a todo contacto con el movimiento juvenil vichysta, incluso a escribir para ellos o pronunciar conferencias, y desde 1942 a 1945 trabajó para la Cruz Roja. «Mantenerse solo, deliberadamente, en una sociedad en la cual domina, cada día más, el propio interés de ser asimilado, es una clase de heroísmo para el que pido respeto» (141). Y eso fue lo que hizo Montherlant: se quedó solo, como lo había estado siempre.

---

(140) H. de Montherlant: *Solstice de Juin*, págs. 309 y 310.

(141) H. de Montherlant: *Solstice de Juin*, París, 1941, pág. 240.

* * *

Francia, y así lo reconocían los más ilustrados nazis, tenía una tradición cultural que no debía ser despreciada. Pese a su decadencia como nación, todavía conservaba algunos destacados artistas que podían deleitar a la nueva Europa con su talento: los más destacados escultores, pintores, escritores y actores de Francia fueron, consecuentemente, invitados a visitar el Reich. En otoño de 1941, Van Dongen, Derain, Despiau, Friez, Vlamick y Dunoyer de Segonzac, viajaron a Alemania; en el Congreso de Escritores de Weimar, Francia estuvo representada por Brasillach, Drieu La Rochelle, Marcel Jouhandeau, Ramón Fernández, Jacques Chardonne y Abel Bonnard; estrellas de cine francesas, Danielle Darrieux, Vivianne Romance y Harry Baur (dotado de un documento que probaba que era ario), fueron bien recibidos en Berlín, y en 1942, cuando el escultor alemán Arno Breker visitó París y presentó una exposición de sus obras en la Orangerie, el anciano Aristide Maillol se mostró conforme con salir de su reclusión en el Sur de Francia y presidir su inauguración. Después de un discurso de Abel Bonnard, en presencia de Jean Cocteau, se organizó una espléndida recepción en honor de Maillol en la Embajada alemana en París.

En un esfuerzo por probar su buena voluntad, inmediatamente después de la derrota francesa, François Mauriac dedicó su novela *La Pharisienne* al teniente Heller, del *Propagandastaffel,* y muchos otros intelectuales, como Cocteau, Paul Morand, Montherlant, Colette, etc., se encontraron con amigos alemanes de antes de la guerra que habían sido destinados a París. Gracias a su amistad, consiguieron en múltiples ocasiones la libertad de amigos de la Resistencia que habían sido capturados por la Gestapo, al mismo tiempo que beneficios materiales para ellos mismos y sus familias, puesto que las raciones alimenticias en Francia eran más bajas que en cualquier otro país ocupado por Alemania en el Oeste de Europa: en el invierno de 1940 eran de 360 gramos de carne y 100 gramos de sustancias grasas por persona y semana (el 48 y el 56 %, respectivamente, de lo que se consumía habitualmente antes de la guerra).. A medida que pasaba el tiempo se fueron reduciendo aún más. Los precios de los cigarrillos y de los vinos eran prohibitivos; resultaba difícil conseguir carbón; la gasolina estaba racionada; había un toque de queda a medianoche en el verano y a las once en invierno; para poder conducir un automóvil se precisaba un permiso especial de los alemanes, y lo mismo ocurría para cruzar la línea de demarcación de las dos Fran-

cias. Los amigos en el seno del Ejército alemán ayudaban a resolver esos en abundancia, como descubriría Abel Hermant cuando, después de haberse negado a dirigir *Le Temps* para los alemanes, contribuyó con algunos artículos al periódico *Aujourd'hui*, de Georges Suárez, y al *Nouveaux Temps*, de Jean Luchaire, ambos subvencionados por los alemanes. Las sumas que cobró por sus artículos, dijo, superaban a todo lo que había cobrado durante la Tercera República.

Para cualquier actuación pública en la zona ocupada se precisaba el consentimiento alemán; así, cuando Sacha Guitry, presidente de la Unión de Artistas, regresó a París después del armisticio y decidió abrir de nuevo su teatro, el Madeleine, hubo de pedir permiso al *Propagandastaffel*. A cambio de ello, después de que el teatro fue autorizado a abrir el 31 de julio, Guitry se vio obligado a reservar cierto número de localidades para los miembros de la oficina de Propaganda alemana, como ocurría en todos los demás teatros de París. Según Guitry a cada función acudían de cinco a diez alemanes (142).

Los admiradores alemanes de Guitry lo visitaban en su camerino y el general Turner quedó tan impresionado por una representación de *Pasteur*, que le preguntó a Guitry si podía hacer algo por él. Sí, le respondió Guitry: liberar a algunos prisioneros de guerra. El general Turner le prometió diez y, finalmente, Guitry consiguió la libertad de once. Recibió también a otros destacados alemanes: el general Schomburg hizo acto de presencia en su camerino para ofrecerle sus respetos; el cónsul general alemán, Rudolf Schleier, lo invitó a una cena con Arletty, y Guitry pidió la libertad de algunos amigos más, entre ellos Tristan Bernard, que había sido capturado por la Gestapo, y, conjuntamente con Brasillach, persuadió a los alemanes para que liberaran al esposo de Colette, que era judío.

Gracias a su encanto, su simpatía y su atractiva mansión, Guitry era considerado una especie de curiosidad turística. El conde Bismarck y

---

(142) Sacha Guitry: *Quatre ans d'occupation*, París, 1947, págs. 161 y siguientes. Al parecer Hitler había dado órdenes a Abetz en el sentido de que la censura en Francia no debía ser muy estricta. «Los alemanes son maestros en el arte de entrometerse en todo», le había dicho el Führer a su embajador. «El censor... simplemente debe asegurarse que la prensa, la radio, el cine y el teatro y la literatura no produzcan nada que pueda soliviantar políticamente a la población francesa, o poner en peligro la seguridad de las fuerzas de ocupación» (Abetz, obra citada, pág. 142). Así, a pesar de la interminable lista de libros prohibidos, muchos escritores franceses o miembros destacados de las izquierdas, como Sartre, vieron publicados sus libros y representadas sus obras teatrales.

Ernst Jünger le visitaron. Cuando Goering visitó París le pidió a Guitry que lo visitara.

Después de la guerra, el magistrado que lo juzgó le preguntó a Guitry:

«¿Aceptó usted?»

«Sí, por simple curiosidad», le contesó Guitry.

«¡Usted que ha sido recibido por el rey de Inglaterra! ¡Usted que ha actuado para el duque de Windsor...! ¡Usted fue a ver a Goering...!»

«¡Sí», le replicó Sacha Guitry, «y es posible que almuerce con Stalin antes de que usted lo haga!» (143).

Célebre por sus *bons mots,* Guitry divirtió a Ernst Jünger en una cena privada en casa de Fernand de Brinon, el embajador de Pétain en París, con una anécdota de Octave Mirbeau, el autor de *Le journal d'une femme de chambre.* Mirbeau, había muerto en sus brazos y sus últimas palabras fueron: «*Ne collaborez jamais!*» (144).

Céline se comprometió más profundamente. En 1939 se había alistado voluntario en el Ejército francés, pero fue declarado inútil como consecuencia de las heridas sufridas en el transcurso de la Primera Guerra Mundial. Destinado como médico en un buque mercante, fue torpedeado en las proximidades de Gibraltar y después de ser rescatado fijó su residencia en París, donde publicó *Les Beaux Draps,* en el verano de 1941. Por esa época sugería que los franceses debían llevar a cabo una revolución comunista sin los judíos. Aparte de sus recomendaciones de que los bancos, la industria minera, los ferrocarriles, las compañías de seguros y los grandes almacenes, así como toda la industria pesada en general, debían ser nacionalizados, el comunismo de Céline se parecía más a la doctrina de Maurras que al marxismo. «Necesitamos un tipo de comunismo al estilo de Labiche, un comunismo de la pequeña burguesía, con un hogar, con herencias que queden siempre en la familia y jamás puedan ser confiscadas, un jardín de quinientos metros y seguros contra todo para todos. Todo el mundo debe convertirse en un pequeño terrateniente» (145). Además de esto, Céline decía que los judíos y los masones estaban detrás de todo lo malo que ocurría en el mundo y que la raza blanca estaba amenazada principalmente por la raza negra y la amarilla. Había en su libro, sin embargo, un cierto tono de desafío que hizo que fuera prohibido tanto en la zona ocupada como

---

(143) S. Guitry: *Quatre ans d'occupation,* París, 1947, págs. 258 y 359.

(144) E. Jünger: *Werke, III,* pág. 270.

(145) L.-F. Céline: *Les Beaux Draps,* París, 1941, pág. 137.

en la zona libre, al igual que en Alemania. «Yo no esperé a que la *Kommandantur* desplegara sus banderas sobre el Crillon para ser germanófilo... Fue cuando Dreyfus, Lacache y Kéril que debíamos haber gritado *Vive l'Allemagne!* Ahora ese grito está a la orden del día» (146). Esto es algo que caracteriza las observaciones que Céline haría en adelante. Siempre pesimista, sabía que estaba destinado a apoyar el bando perdedor. «Vichy no existe, es humo, sombras. Lo que sí es cierto es que los hunos han perdido la guerra...», le dijo a Rebatet (147) en octubre de 1940, y en 1943 informó a otro amigo: «Tú sabes, viejo, que en tanto los hunos sigan siendo lo suficientemente tontos como para seguir dejándose matar en el Este, todo irá bien. Pero el día en que cesen de hacerlo, los asiáticos estarán en París y entonces todo comenzará a marchar de mal en peor» (148).

Pese a todo su escepticismo, Céline siguió siendo tan antisemita como lo fue durante el Frente Popular. Lo confirmó así en una carta a *Le Pilori,* un periódico especializado en denunciar judíos a la Gestapo. En marzo de 1941, Abetz lo mencionó como posible miembro del *Office Central Juif,* cuyos otros candidatos eran Darquier de Pellepoix y el tristemente famoso profesor Montandon, que llegó a sugerir que a todos los judíos se les cortara la nariz. En septiembre de ese año, *L'Appel,* el periódico dirigido por Constanti, publicó una declaración de Céline: «Realmente el único que conoce a los judíos es el canciller Hitler», y en febrero de 1942 acusó a Jean Luchaire de no ser lo suficientemente antijudío. A finales de este mismo año envió a *Je suis partout* una de sus erráticas epístolas. «Deseo ser el más nazi de todos los colaboracionistas», escribió, «y sugiero que todos los bastardos del Mediterráneo al sur del Loira sean arrojados al mar». Los redactores del periódico, entre los que se contaban algunos provenzales, encontraron la broma de pésimo gusto y se negaron a publicar la carta, pero ello no desanimó a Céline. Explicó también a algunos obreros franceses en Berlín que valía la pena colaborar, pues el bolchevismo *era la peste,* mientras que el nacionalsocialismo no era más que el cólera. Aplaudió la creación por Doriot de la Legión de Voluntarios franceses contra el bolchevismo; le escribió al secretario del *Institut d'Etudes des Questions Juives* para protestar de que sus libros no se hubieran puesto a la venta en la exposición antisemítica presentada por esa organización en París, por lo que saboteó una conferencia en

---

(146) *Ibid.,* pág. 156.

(147) *Louis-Ferdinand Céline I, Cahiers de l'Herne,* París, 1943, pág. 46.

(148) *Ibid.,* pág. 12.

el Instituto, gritando en medio de ella: «*Et la connerie aryenne, dis, t'en causes pas?*»

Parece ser que durante un corto espacio de tiempo, en los primeros meses de ocupación, Céline creyó que los alemanes llevarían a cabo una revolución en Francia, que introducirían en ella el «socialismo ario». Pero ya en 1941, pudo convencerse y no sin cierta amarga satisfacción, que estaba a punto de sufrir aquella persecución que antes de la guerra sólo había existido en su imaginación. Los judíos, podía decirse a sí mismo, han provocado la guerra: los alemanes la han perdido; ambos son imperdonables. Los alemanes comenzaron a desconfiar cada vez más de él. Los auténticos colaboracionistas lo miraban con suspicacia cada vez que arremetía contra todo y contra todos. En 1944, cuando los colaboracionistas comenzaron a recibir amenazas de la Resistencia y a Marcel Johandeau se le envió por correo un ataúd en miniatura, Céline oyó por Radio Londres que él también estaba condenado a muerte. Poco después comenzó su período de exilio: Berlín, Sigmaringen, Copenhague, la cárcel de esta ciudad y, finalmente, una cabaña en las orillas del Báltico. Sólo regresó a París en 1951, después de la amnistía.

* * *

Los colaboracionistas «revolucionarios» eran hombres que se comprometieron tan profundamente en los primeros años de la guerra que no les quedaba otra alternativa sino seguir colaborando hasta el final, aun después de haber perdido todas las esperanzas en una victoria alemana y toda ventaja de su oportunismo. Como escribió Alfred Fabre-Luce en su Diario, después del 8 de noviembre de 1942, fecha del desembarco norteamericano en el Norte de África, ya nada justificaba la acusación de oportunismo. A partir de entonces tuvieron a casi toda Francia en contra suya. La protección que les ofrecían los alemanes era inadecuada y, desde luego, sólo temporal. Despreciados como traidores por sus compatriotas, amenazados por el poderío creciente de la Resistencia, pasaron los últimos dieciocho meses de la guerra en Francia en un estado mental de terror apocalíptico ampliamente justificado, como se demostró más tarde.

«Yo creí, realmente, que se trataba de una guerra revolucionaria de tipo napoleónico», diría Jacques Benoist-Méchin algunos años después. «Pensé en una guerra ideológica. Estaba seguro de que los alemanes la habían ganado... En diciembre de 1940 o en febrero de 1941, no podíamos prever que la Unión Soviética y los Estados Unidos entrarían en

el conflicto. En esa época, Gran Bretaña no podía significar una ayuda para nosotros» (149).

Los auténticos colaboracionistas habían creído, todos ellos, que los Ejércitos alemanes llevarían consigo el Orden Nuevo — una Europa fuerte, pacífica; una Europa unida, una Europa nacionalista y socialista —. Creyeron que el ejemplo del poder y la fuerza de Alemania permitiría a Francia su recuperación. «Ha llegado el momento», escribió Alphonse de Châteaubriant en agosto de 1940, «para una resurrección europea. Debemos comenzar de nuevo y crear nuevos moldes. En medio de las naciones exhaustas, sólo Alemania nos ofrece una prueba incontestable de vida ardiente. Europa sin Alemania no es nada sino un camino de tránsito, libre para todas las grandes invasiones del futuro» (150). Cualesquiera que fueran las esperanzas que pusieron en Vichy, éstas se desvanecieron con el fracaso de la *Révolution nationale*; y cuando la hostilidad de Pétain hacia los alemanes se hizo evidente, los colaboracionistas comenzaron a protestar del Gobierno del mariscal. Según creían, fue Pétain quien había puesto obstáculos al Orden Nuevo, el que no había aceptado las sinceras ofertas de amistad de Alemania. Drieu La Rochelle, propuso la formación de un partido único francés bajo la dirección de Doriot o del ex radical Gaston Bergery, pero su proposición no fue tomada en cuenta ni por Pétain ni por los alemanes. En enero de 1943 escribió: «Jamás podré perdonar a los hombres de Vichy, católicos semienmascarados, sucios demócratas, por haber llevado a la ruina la última posibilidad de Francia de recuperarse y resurgir gracias al mantenimiento de su unidad interna a toda costa. Hubiera sido posible conseguirlo, pero para ello era necesario llevar a cabo una franca revolución de socialismo viril, establecer la regla de hierro de un partido único» (151).

El más rotundo crítico de Vichy siguió siendo Lucien Rebatet, la violencia de cuyo antisemitismo, que se desarrolló mientras trabajaba como secretario particular de Charles Maurras y escribía como crítico cinematográfico en *L'Action Française* bajo el seudónimo de François Vinneuil, era superado por pocos de sus camaradas colaboracionistas. «El pasado invierno», escribió en *Je suis partout* en junio de 1942, «confesé lo satisfecho que me hallaba de haber visto a los judíos alemanes marcados por la estrella amarilla. Me causará aún mayor placer el ver esa estrella amarilla en las calles de París por las que esa detestable raza nos

(149) Saint-Paulien: *Histoire de la collaboration*, París, 1964, pág. 202.

(150) A. de Châteaubriant: *Cahiers, 1906-1951*, pág. 186.

(151) P. Drieu La Rochelle: *Le Français d'Europe*, París, 1944, pág. 212.

cazó a muerte hace menos de tres años» (152). Para él la ausencia de judíos era una de las condiciones esenciales del fascismo, que era «socialismo auténtico, es decir, socialismo ario, socialismo constructivo, en oposición al anárquico y utópico socialismo judío». El fascismo significaba unidad: la unidad de la nación y de la familia; la protección de la propiedad privada y de los frutos del trabajo; la abolición de la lucha de clases. En Vichy no pudo hallar ninguna de esas cualidades cuando lo visitó poco después del armisticio. «He estado en Vichy cerca de tres semanas», escribió en *Les Décombres*, el libro que le dio su reputación, y del que según *Je suis partout* se vendieron 20.000 ejemplares en tres semanas cuando apareció en 1942. «Yo seguía queriendo creer que el ridículo, la enajenación mental, el terrible antagonismo con que uno se encontraba a cada paso era sólo cosa circunstancial, que los cerebros que contaban seguían fríos y fuertes en medio de ese ambiente nauseabundo. Pero me equivoqué. En el Vichy de las calles, de los salones, de los bares, de los campos de golf en los que se reunían los jóvenes elegantes con diez mil francos del dinero de papá en el bolsillo para sus gastos mensuales y las hijas de los magnates de la crema para las botas o los fabricantes de margarina, que alardeaban con la Cruz de Lorena, agasándose los unos a los otros, se encontraban bastante jóvenes judíos, lo que nos hacía pensar que aquel Vichy de las calles era la prolongación del Vichy oficial... Debía haber nacido un nuevo Estado. Pero el cordón umbilical que lo unía al viejo régimen democrático no había sido cortado. Sin duda esto se debía al carácter débil de la mayor parte de los ministros, a su idiotez liberal congénita, que eran tan capaces de llevar a cabo una revolución como Maurice Chevalier de representar a Hamlet. Ni siquiera podían firmar una sentencia de muerte sin consultar antes a veinticuatro confesores... Vichy había reducido la prensa, la radio, los discursos a un jeroglífico gubernamental de desvergüenza sin parangón... ¡podemos burlarnos de la publicidad de las dictaduras! Vichy lo ha saboteado todo: su Estatuto de la Juventud, su Estatuto de la Familia, su Carta del Trabajo —un divertido mecanismo que sólo sirve para que el asalariado sea más explotado todavía—, sus reformas administrativas y, finalmente, su Partido. Pero Vichy ha tenido éxito en una sola cosa, quizá la única cosa en la que ha puesto su corazón: en hacer del Sur de Francia la letrina de Europa. Todos los excrementos evacuados por otros organismos sanos han encontrado el camino para llegar hasta allí: masones, espías, estafadores, mercenarios, refugiados parla-

(152) *Je suis partout*, 6 de junio de 1942.

mentarios, los fugitivos de cinco o seis derrotas, judíos y más judíos, todos mezclados entre sí» (153).

Aún cuando eran considerados como los arquetipos de los colaboracionistas intelectuales, Drieu La Rochelle y Brasillach se contaban entre los más moderados y entre los primeros en quedar desilusionados. En un principio Drieu incluso llegó a pensar en unirse al Ejército británico y después en escapar a Inglaterra en el caso de una invasión alemana. Pero al quedarse en Francia, tras el establecimiento del Gobierno de Vichy y la llegada a París en calidad de embajador de Otto Abetz, conocido suyo, volvió a sentir, una vez más, la ilusión de que podía «participar» en la política. Ésa había sido la razón por la que se unió al P.P.F. en 1936, y también la de que dejara Vichy para marchar a París en el verano de 1940 con su propuesta tan poco realista de la creación de un partido único bajo el liderato de Doriot o Bergery, que como ya hemos dicho era tan inaceptable para los alemanes como para los franceses; y también, una vez más, ésa fue la razón que lo llevó de nuevo, en 1942, es decir, a los cuatro años de haber perdido su fe en él, al Partido Popular Francés. El colaboracionismo, afirmó, era «primordialmente y sobre todo, un esfuerzo para defender a la buena gente del horror de no ser capaces de hacer nada» (154). Pero a la participación se sumaba otra razón más ominosa: Drieu encontraba muy excitante el ambiente curiosamente irreal del París ocupado. Toda la ciudad palpitaba con un sentido de destrucción semejante al sentimiento de autodestrucción del propio Drieu. El mundo elegante de los años veinte y treinta, el ambiente artificial sobre el cual los débiles personajes de las obras de ficción de Drieu habían patinado ligeramente, deseosos pero incapaces de confiar, sin embargo, en sus botas, había llegado a su fin y todo lo que quedaba era un vacío turbador, rodeado, por no decir permeabilizado, por el terror inminente, el crimen, la tortura, el genocidio. En ese «vacuum» demasiado horrible en su realidad para ser sentido o entendido, Drieu estaba preparado para el suceso hacia el que toda su vida y toda su carrera parecía encaminada: su suicidio.

Drieu colaboró íntegramente, aunque su colaboración estuvo minada por su natural bondadoso y por su continuo sentimiento de duda. No era un fanático ni un intolerante y después de ser nombrado director de la *Nouvelle Revue Française* consiguió la libertad de su predecesor en el cargo, Jean Paulhan, que había sido detenido por los alemanes en 1941,

(153) L. Rabatet: *Les Décombres*, págs. 508, 517 y 637.

(154). P. Drieu la Rochelle: *Chronique politique 1934-1942*, pág. 291.

e hizo todo lo necesario hasta lograr que Jean-Paul Sartre fuera liberado del campo de prisioneros (155).

«Para los alemanes, está con los aliados», anotó Maurice Martin du Gard, «para los gaullistas, está con los alemanes» (156). Y los argumentos que Drieu esgrimía en favor de la colaboración — la inevitabilidad del Imperio alemán y la importancia de que Francia aceptara su lugar en el seno de ese Imperio — sonaban vacíos al lado de la tragedia personal en medio de la que vivía. Había creído, dijo poco antes de su muerte, «que el fascismo cambiaría a un semisocialismo por la presión de la guerra. Pero la guerra hizo todo lo contrario. Interrumpió la evolución social en Italia y Alemania (y posiblemente también en Rusia) y congeló los elementos en desarrollo bajo un control estatal burocrático y militarista. Es por esto por lo que a Alemania no se le ocurrió extender su revolución a otros países ocupados. Si lo hubiera hecho, indudablemente se hubiese transfigurado la ocupación» (157).

En enero de 1943 Drieu se dio cuenta que la guerra estaba perdida, que ya no era cosa de esperar esa revolución que él había creído llevarían a cabo los alemanes con su victoria. «Yo estaba totalmente equivocado con respecto al hitlerismo», admitió ante Pierre Andreu. «Mis puntos de vista sobre Alemania eran mucho más sanos en 1933 y 1934. Cuando me comprometí caí en la confusión. Alemania, justamente, está más sujeta a la decadencia europea que las otras naciones» (158).

En la vida de Brasillach, la Segunda Guerra Mundial constituye un regreso nostálgico a la adolescencia. Comenzó con el período que pasó en un campo alemán de prisioneros de guerra después del armisticio. Allí encontró el espíritu de camaradería, esa mentalidad infantil y conspiradora por la que sintió siempre una profunda nostalgia desde el momen-

---

(155) Es posible que ésta sea una de las razones por las que los comunistas acusaron a Sartre de colaboracionismo. Éste descubrió más tarde su nombre en una lista negra, entre Montherlant y Châteaubriant, y cuando trató de aproximarse a los intelectuales comunistas en 1941, fue rechazado con el argumento de que había sido puesto en libertad en pago a los servicios prestados a los alemanes, cuando lo cierto es que fue libertado a causa de su mala salud.

Hubo de pasar mucho tiempo hasta que, en 1943, fue invitado a unirse al *Comité National des Ecrivains* y los comunistas se excusaron de su error. Véase David Caute: *Comunism and the French Intelectuals, 1914-1960,* André Deutsch, 1964, pág. 51, y S. de Beauvoir: *La Force des Choses, París,* 1963, pág. 16.

(156) M. Martin du Gard, obra citada, pág. 327.

(157) P. Drieu La Rochelle: *Récit secret,* pág. 103.

(158) P. Andreu: *Drieu, témoin et visionnaire,* París, 1952, pág. 199.

to en que dejó la escuela: podía, en unión de otros oficiales derechistas, «atacar» a aquellos soldados franceses que resultaron ser judíos; podía discutir hasta bien entrada la noche, con un amistoso intérprete alemán, sobre la Europa del Orden Nuevo. El campo de prisioneros puede ofrecer un incentivo a la colaboración — algunos soldados lo hicieron así para conseguir beneficios materiales para ellos, y otros para conseguir su libertad, e incluso otros, entre ellos Brasillach, por que se sintieron unidos a sus vencedores —. Fue en la prisión donde Brasillach escribió su primer artículo para *Je suis partout,* atacando a los gaullistas y a los británicos, y en la primavera de 1941 fue liberado por especial requerimiento del Gobierno de Vichy, apoyado, con toda probabilidad, por Brinon y Abetz. A su regreso a París fue nombrado director de *Je suis partout,* pero continuó siendo, según señala Maurice Martin du Gard, uno de los elementos más moderados de la citada publicación.

En el otoño de 1941, Brasillach regresó a Alemania para representar a su país en el Congreso de Escritores celebrado en Weimar. Desaparecieron, con esta visita, todas las reservas que tuvo después de su otra estancia en Alemania en 1937; en esa nueva visita, todo lo que vio lo llenó de alegría: la arquitectura, la escultura, los uniformes. Esos mismos uniformes que había visto en las calles de París y que parecían probar que el movimiento internacional juvenil con que siempre soñó, había llegado, finalmente, al poder. Pero, desgraciadamente para Brasillach, otras fuerzas conspiraban contra ese movimiento: los británicos, los gaullistas y, pronto, los norteamericanos, que de ganar la guerra reinstaurarían la gerontocracia judía del Frente Popular. En sus artículos, el director de *Je suis partout,* les pedía a los lectores con insistencia, que no provocaran a los alemanes y les concedieran los privilegios a los que la victoria les daba derecho. Sólo así podría evitarse la vuelta de la plutocracia judía. Pedía que se cumpliera a rajatabla el toque de queda, para evitar represalías más brutales, y hacia hincapié en que los peores horrores de la guerra, como los bombardeos, la destrucción y el hambre le habían sido ahorrados a Francia hasta entonces. Subrayaba, sobre todo, los peligros del bolchevismo y, en junio de 1943, colocándose un uniforme alemán, acompañó a Brinon al frente ruso, desde donde informó sobre la actuación de la Legión de Voluntarios Franceses contra el comunismo y de la matanza de oficiales polacos en Katyn.

Pese a todos sus gestos, Brasillach conservó su realismo y en julio de 1943 vio con toda claridad que la caída del régimen de Mussolini en Italia significaba el fin del fascismo, el final definitivo de su sueño de adolescente. «Seamos lógicos», le escribió a Rebatet. «En 1938, gri-

tamos que no nos embarcaríamos con los checos en un buque que se iba a pique; en 1939, Déat se burló de la gente que deseaba morir por Danzig. ¿Debemos morir, ahora, para que Danzig siga siendo alemán? Yo afirmó que no. Estoy en contra del bolchevismo porque significa la muerte total. Por lo demás, *soy germanófilo y francés,* más francés que nacionalsocialista, a decir la verdad. En caso de peligro, uno debe colocarse al lado de su patria. Ésta es la única que nunca se equivoca» (159).

El propietario de *Je suis partout,* Charles Lesca, procedió a acusar a Brasillach de derrotismo y parece ser que el *Sicherheitsdienst* (el Servicio de Seguridad) solicitó su detención. Pero Brasillach tuvo suerte y se salvó por la intervención de Abetz. Sin embargo, se vio en la necesidad de dejar el periódico en compañía de Georges Blond y de Henri Pulain.

«Después de la caída de Italia», dijo, «está claro que Alemania no puede ganar la guerra. ¿Qué queda, pues, de la política de colaboracionismo? El recuerdo de una amistad que ni un dramático presente ni un futuro cierto pueden borrar» (160). Consecuentemente, según él, todos los franceses debían, en esos momentos, hacer todo lo que estuviera en sus manos para conseguir llegar «a un acuerdo con Alemania... para formar una unión de perdedores».

Sin embargo, en esos momentos en que la derrota parecía inminente, Brasillach puso bien en claro que el realismo de los pensamientos debía prevalecer sobre los sentimientos. Desde luego, estos últimos debían conservarse — eran los sentimientos de la mujer seducida, pero feliz por haberlo sido —, porque «todos aquellos que aman a su patria y ciertas imágenes del hombre han dormido, más o menos, con Alemania» (161). Y desde luego, Brasillach lo había hecho también, menos apasionado que algunos otros, pero con más pasión que la mayoría.

Tanto Brasillach como Drieu La Rochelle rehusaron el ofrecimiento que les hicieron los alemanes de darles una escolta de protección hasta Alemania una vez que Francia fue liberada. Mientras que Châteaubriant, Céline, Rebatet y Abel Bonnard se concentraban en torno a Laval y Pétain en Sigmaringen, Brasillach se entregó voluntariamente a la policía francesa menos de tres semanas después de la entrada en la capital francesa del general De Gaulle.

Fue ejecutado el 6 de febrero de 1945.

«Hay algo más importante que la muerte», le escribió Drieu a su

---

(159) R. Brasillach: *Journal d'un homme occupé,* París, 1956, pág. 248.

(160) *Ibid.,* pág. 249.

(161) *Echo de Paris,* 17 de mayo de 1944.

amante en agosto de 1944, «el orgullo. No quiero suplicar, no quiero esconderme, no deseo ir a Alemania y no quiero que me toquen manos sucias» (162).

Después de dos intentos de suicidio que no tuvieron éxito, logró, finalmente, quitarse la vida el 16 de marzo de 1945. La nota necrológica de Sartre fue rigurosa y dura: «Había deseado el fascismo como sociedad cuando todo lo que necesitaba hacer era aplicarse a sí mismo reglas estrictas de conducta: quería eliminar el elemento humano en sí mismo y en los otros transformando las sociedades humanas en hormigueros. Para este pesimista, la llegada del fascismo se correspondía con el suicidio de la humanidad» (163).

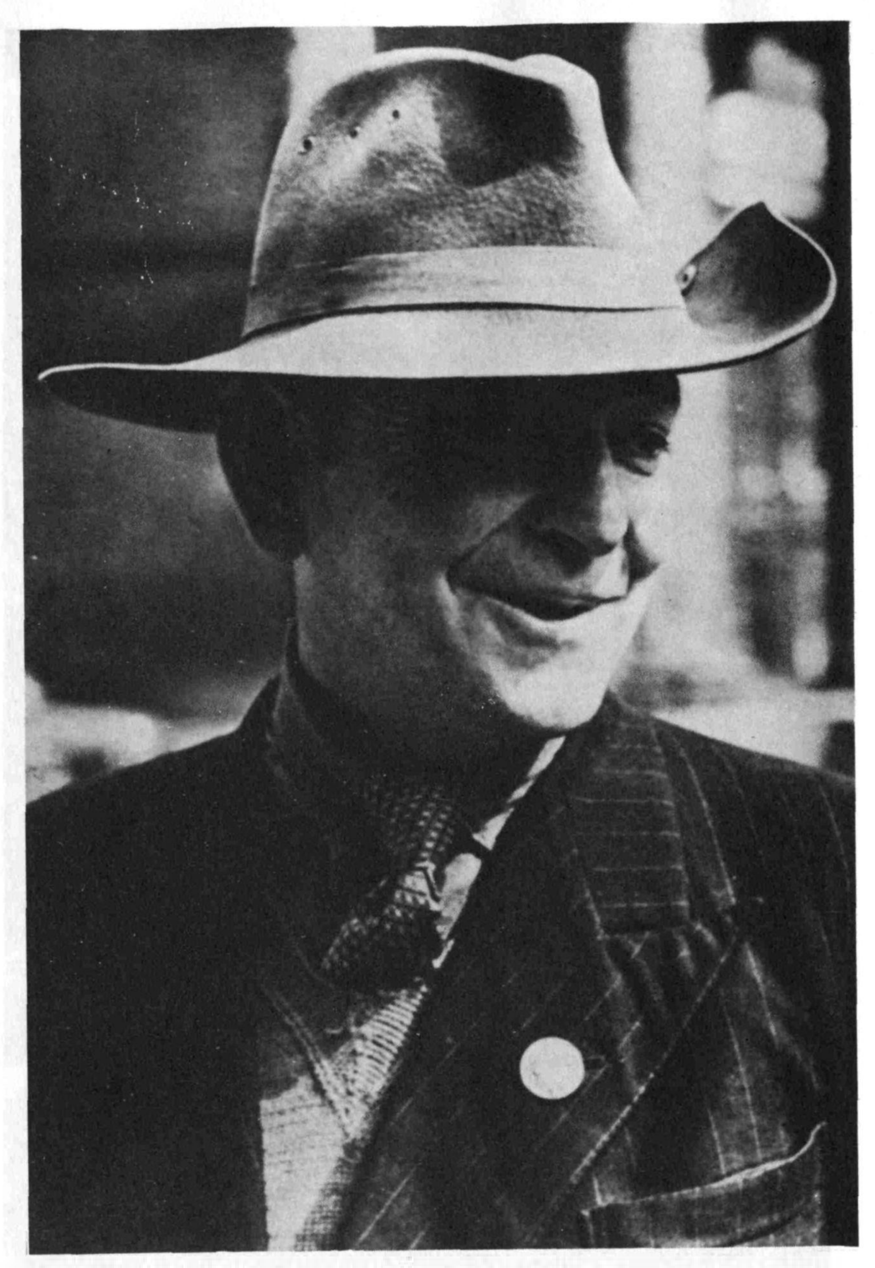
---

(162) F. Grover: obra citada, pág. 59.

(163) J.-P. Sartre: *Situations III*, pág. 60.



INGLATERRA



Roy Campbell

SECCIÓN CUARTA

El fascismo estuvo tan lejos de gozar de popularidad en Inglaterra, que parece absurdo interrogarse sobre las causas de su fracaso. En el período comprendido entre las dos guerras, Inglaterra fue escenario de acontecimientos que podían haber llevado a reacciones violentas en otros países — las huelgas entre 1918 y 1920, la huelga general de 1926, las Marchas del Hambre en los años treinta —. El sistema parlamentario vaciló, pero sobrevivió. En lo que respecta a la mayoría de los ingleses, el fascismo era una creación extranjera para ser usada por extranjeros. Todo lo que estaban dispuestos a hacer era comentar su éxito en otras partes del mundo.

Aunque la prensa radical y laborista habían condenado desde el principio los métodos de Mussolini, muchos conservadores miraban al régimen fascista en Italia con condescendencia (1). Algunos de ellos — Winston Churchill, Austen y Neville Chamberlain, e incluso Rudyard Kipling — expresaron su admiración por el duce, mientras que John Buchan escribiría en el *Morning Post* el 31 de diciembre de 1929 la afirmación de que «para ese audaz experimento del fascismo la década no puede decirse que haya sido fructífera en la construcción de un estadismo». Aparte de eso, como señaló James Joyce, Italia siempre era Italia. «No amarla a causa de Mussolini, sería tan absurdo como odiar a Inglaterra a causa de Enrique VIII» (2). En comparación con otras dictaduras la de Mussolini era clemente. La censura, estricta en lo que se refería a los diarios, era condescendiente en otras formas de literatura. «Bajo el despotismo italiano», escribió Hilaire Belloc en 1933, «aún se

---

(1) P. G. Edwards: *The Foreign Office and the Fascism, 1924-1929,* y R. J. B. Bosworth: *The British Press, Conservatives and Mussolini, 1920-1934,* en *Journal of Contemporary History,* volumen 5, número 2, 1970, págs. 153 a 161 y 163 a 182.

(2) Richard Ellmann, obra citada, págs. 707 y 108.

publican un buen número de escritos inteligentes, si bien la continua presión del régimen los va debilitando mortalmente» (3).

En el fascismo italiano no pareció haber nada particularmente agresivo hasta la invasión de Etiopía en 1935, y nada verdaderamente injusto en el régimen en el período comprendido entre el asesinato de Matteotti, en 1924, hasta las medidas antisemitas de 1938. De acuerdo con H. G. Wells, había «algo en él de un tipo más perdurable que la mayor parte de los otros sistemas de supresión de los métodos parlamentarios». Su contenido intelectual era «limitado, nacionalista y romántico»; los primeros métodos mussolinianos fueron deplorables, pero «no surgieron como fruto de una usurpación personal, sino como expresión de una organización dotada de un propósito y una especie de doctrina que le era propia»; «insistía en la disciplina y el espíritu de servicio de sus miembros. Parecía ser una especie de contramovimiento en oposición a un comunismo obrero caótico, pero su apoyo a la monarquía y a la Iglesia estaba compensado por su audacia en la forma de dirigir la educación y la propiedad privada en beneficio del país. Consecuentemente, en su conjunto no podía decirse que el fascismo fuera algo malo en sí; era una *mala cosa* buena; y Mussolini ha dejado su huella en la Historia» (4).

Con respecto a Hitler, por el contrario, los ingleses eran menos tolerantes. «Pronto se tuvo documentación sobre los delitos cometidos por el fascismo alemán», afirmó Julian Symons, «y probablemente se pudo decir, con certeza, que los actos en sí aún eran menos aterradores que la deliberada degradación de la pequeña minoría judía entre el pueblo alemán. La destrucción del arte judío, la ruina y la tortura del pueblo israelita llevada a cabo al servicio de un nacionalismo "puro", es algo que parece increíble para una mente liberal; y lo peor de todo es el hecho de que tales medidas tuvieron un éxito totalmente satisfactorio, que el fascismo tenía para muchos alemanes un atractivo, una seducción que jamás poseyó la República de Weimar y que ninguna Sociedad de las Naciones podrá legislar con éxito nada en su contra» (5). Incluso para esos escritores de edad como H. G. Wells o Hilaire Belloc, que habían mostrado un interés positivo en el experimento italiano, quedaron horrorizados ante Hitler. En lo que respecta a los jóvenes, como Suden, Isherwood, Spencer, MacNeice, Cecil Day Lewis, se giraron más hacia la iz-

(3) *Letters from Hilaire Belloc,* seleccionadas y editadas por Robert Speaight, 1958, pág. 241.

(4) H. G. Wells: *The Shape of Things to Come,* 1933, págs. 13 a 138.

(5) J. Symons: *The Thirties, The Cresset Press,* 1960, pág. 40.

quierda, algunos hasta el comunismo, en la sincera creencia «que su propia infusión de sentimientos liberales, atemperaría la rudeza del comunismo, incluso, quizá, pudiera cambiar en Gran Bretaña la naturaleza del comunismo» (6).

Cuando la *Left Review*, en 1937, preguntó a 148 escritores británicos si estaban en «pro o en contra del Gobierno de la República española... o a favor o en contra de Franco», sólo cinco apoyaron a Franco; Edmund Blunden, Arthur Machen, Geoffrey Moss, Eleanor Smith y Evelyn Waugh. Quince, entre los que se incluían Norman Douglas, T. S. Eliot, Charles Morgan, Ezra Pound y H. G. Wells, se declararon neutrales; la respuesta de Bernard Shaw era inclasificable; a los ingleses no les gustaban los golpes de Estado, especialmente si procedían de las derechas.

«Hemos conocido al hombre más brillante de la Cámara de los Comunes», anotó en su Diario, en junio de 1932, Beatrice Webb. «Es un político perfecto que al mismo tiempo sabe ser un caballero perfecto, me dije a mí misma cuando entró en la sala... Alto y esbelto, sus facciones no demasiado bellas, pero con cierta peculiaridad en ellas; modesto y digno en sus maneras, con una voz agradable y una conversación poco egoísta, ese joven se abrirá camino en el mundo aun cuano no contara con ciertas ventajas: su nacimiento, su fortuna y una bellísima y aristocrática esposa. Es, además, un orador completo, al antiguo gran estilo, y un trabajador muy constante al modo moderno... Tanta perfección hace pensar que hay un fallo en algún lugar. ¿Hay en él algún punto flaco que se pondrá al descubierto en un momento de tensión, cuando necesite apoyo... con el abandono de su causa, a la que se borrará de un manotazo?» (7).

Conservador al principio, después independiente, Sir Oswald Mosley se unió al Partido Laborista en marzo de 1924. Como había observado Beatrice Webb tenía todas las ventajas de su parte: era rico, elegante, atlético y aristocrático, y se había distinguido por su valor en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, pese a todas estas apariencias que le hacían encajar maravillosamente dentro de la clase conservadora gobernante, Mosley era demasiado rebelde para aceptar tal papel, y su desgracia fue el haber nacido en un país que era demasiado conservador para aceptar sus propuestas.

---

(6) *Ibid.*, pág. 48.
(7) *Beatrice Webb's Diaries, 1912-1924*, 1952, págs. 242 y 243.

En 1930, como diputado laborista por el distrito de Smethwick y canciller del ducado de Lancaster en el Gobierno de Ramsay MacDonald, Mosley tenía la solución práctica para todos los problemas con que se enfrentaba el país. En enero de este año había un millón y medio de parados, cifra que ascendió a dos millones en julio. MacDonald, Philip Snowden, el canciller del Exchequer, y J. H. Thomas, Lord del Sello Privado, no hicieron otra cosa que poner en marcha un pequeño plan de obras públicas. Los proyectos de Mosley eran mucho más radicales: pedía la expansión del poder adquisitivo nacional mediante una política de créditos, un comercio exterior planificado, la dirección pública de la industria, el control de los bancos y la aminoración de la cifra de parados mediante un ambicioso plan de obras públicas y otras medidas complementarias, como, por ejemplo, la elevación de la edad escolar obligatoria de los catorce a los quince años y que los obreros con derecho a jubilación tuvieran opción al retiro a partir de los sesenta años. El Partido Laborista se negó a aceptar ese esquema. El 30 de mayo, Mosley dimitió del Gobierno y en febrero de 1931, cuando el número de parados alcanzó la cifra de dos millones y medio, rompió con el Partido Laborista y creó el Partido Nuevo.

Fundado el 1 de marzo, este Partido Nuevo (*the New Party*) expuso su programa en el Manifiesto Mosley, que fue publicado en el *Daily Telegraph* de 8 de diciembre de 1930. Comenzaba así: «Como política más inmediata, se requieren medidas más drásticas y severas que las impuestas por la política seguida hasta ahora por ninguno de los Gobiernos en la Cámara de los Comunes... Es imposible enfrentarse con la actual crisis económica con un Parlamento apropiado al siglo XIX. Desde luego, el poder de mantener o cambiar un Gobierno debe seguir en manos del Parlamento; pero, no obstante, deben concedérsele amplios poderes al Gobierno, de inmediato, para que pueda enfrentarse con la actual crisis económica; durante ese período el Gobierno debe estar sujeto, tan sólo, a un amplio poder de control parlamentario. La total organización del aparato ejecutivo, el gabinete y la estructura departamental deben adaptarse a las necesidades de la situación presente, Un Gobierno de emergencia, compuesto por un máximo de cinco ministros sin cartera, debe ser investido con poderes suficientes para que pueda llevar a cabo la política de urgencia...». Mosley proponía que los departamentos de control de las importaciones y del crédito se adaptaran al propósito de «aislar» la economía británica mediante un sistema adecuado de tarifas. La compra «centralizada» de alimentos estaba encaminada «a darnos un arma poderosa que asegure la aceptación de

nuestras exportaciones a cambio de ello». «Está claro que existen excelentes oportunidades para la conclusión rápida de tales acuerdos con la Commonwealth británica... Los Dominios poseen, en su mayor parte, víveres y materias primas para exportar y nosotros tenemos bienes manufacturados. Esta balanza comercial natural, debe ser desarrollada bajo un plan de la Commonwealth en beneficio mutuo... Nuestro objetivo debe ser construir con la Commonwealth una civilización que sea lo suficientemente elevada como para absorber la producción de la moderna industria que, para conseguir su propósito, debe estar bien aislada de las fuerzas corruptoras del resto del mundo...». Para resolver el paro forzoso Mosley sugería «un ataque mediante la acción directa del gran problema del barraquismo y el alojamiento», mientras que en el nivel financiero, pedía específicamente «una política de producción». «Con el adelanto de esta política inmediata», concluía, «no renunciamos a nuestra fe socialista. La cuestión más inmediata no es la de la propiedad, sino la de la supervivencia de la industria británica. Impongamos un programa de emergencia para enfrentarnos con el peligro nacional. Después podrán continuarse las discusiones sobre los principios fundamentales»

Las opiniones en torno a la fundación de *New Party* estuvieron, y están, muy divididas. A. J. P. Taylor lo describió recientemente como «el mayor error de cálculo personal desde la caída de Lord Randolph Churchill». «El rechace del programa de Mosley por el Partido Laborista», dice, «fue un acontecimiento decisivo, aunque negativo, dentro de la Historia británica: el momento en que el pueblo británico decidió, inconscientemente, seguir por los caminos del pasado» (8).

En esa misma época, Beatrice Webb se refirió en uno de sus escritos a la retirada de Mosley del Partido Laborista, calificándola de «un sorprendente acto de arrogancia». No veía la escritora ninguna esperanza para él: su egotismo arruinaría sus relaciones con «los señores de la Prensa»; aun cuando un periodista extranjero lo había apodado «el Hitler inglés», lo cierto es que le faltaba un «fanatismo auténtico» y, además, el electorado británico «no sostendría a un Hitler». Pocos días más tarde, Beatrice Webb añadió que «el manifiesto de Mosley es un documento útil: su argumentación en favor de un plan general, y tiene mucha razón en pedirlo, está bien elaborada. Pero sus propuestas son tan grandiosas como vagas. Desde el punto de vista propagandístico constitu-

---

(8) A. J. P. Taylor: *English History 1914-1945*, Oxford University Press, 1965, páginas 285 y 286.

ye un fracaso; cae dentro de la tierra de nadie, entre los que desean conservar el orden existente y los que desean cambiarlo. Pero su propuesta de «aislar» al Imperio británico y su comercio ofende las aspiraciones más profundas del Partido Laborista y, además, invade el campo de los asuntos exteriores en el cual los estadistas laboristas han tenido éxito. La sugerencia de establecer Departamentos oficiales de Importación y de Inversión ataca la verdadera raíz del capitalismo. La petición de un Gobierno interno de ministros sin cartera para dictar la política a sus colegas con departamentos ministeriales a su disposición hace que el esquema, en su totalidad, parezca absurdo a los ojos de administrativos experimentados, tanto si son políticos como funcionarios. De hecho no hay nada en el programa que pueda «atrapar» a ningún sector de la población, pues esa curiosa mezcla de reformas no se mantiene conjuntada; no esta basada en ninguna filosofía política; no tiene atractivo emocional —y no provoca ni cariño ni odio— y es demasiado presuntuoso y mal concebido para convencer al ciudadano con sentido común. El *New Party* no nacerá vivo; será un aborto político...» (9).

Teóricamente, el Partido Nuevo servía de puente para unir el abismo tradicional existente entre las políticas conservadora y laborista, entre el socialismo y la nacionalización masiva, por un lado, y el *laissez-faire* capitalista por el otro. Se trataba de «una tercera solución» para Gran Bretaña y muy pocos de los hombres que se sintieron atraídos por ella podrían ser calificados de fascistas. Entre ellos estaban: Moore-Brabazon y W. E. D. Allen, conservadores; John Strachey, Allen Young, Bill Risdon, W. J. Brown y Robert Forgan, socialistas; el comandante Dudgeon y Sir John Pratt, liberales. Por otra parte, Aneurin Bevan, Hore-Belisha y Oliver Baldwin simpatizaba con él. Incluso Maynard Keynes le dijo a Harold Nicolson «que votaría por él sin discusión», aun cuando objetaba «profundamente» a los métodos empleados por Mosley (10).

«El programa de Mosley», comentó T. S. Eliot en *The Criterion,* «si bien en ciertos aspectos es vago y débil, contiene, al menos, ciertos gérmenes de inteligencia; y un pronunciamiento por parte de hombres que han tenido el valor de separarse de todo partido, debe ser leído con respeto. Reconoce que el siglo XIX está superado y que, por lo tanto, resulta esencial una reorganización de la industria y la agricultura» (11).

---

(9) *Beatrice Webb's Diaries 1924-1932,* editados por Margaret Cole, Longmans Green & Co., 1956, págs. 267 y 268.

(10) Harold Nicolson, obra citada, págs. 72 y 74.

(11) *The Criterion,* abril de 1931, pág. 483.

Toda insinuación de que ese Partido pudiera convertirse en una organización basada en el fascismo italiano —y a juicio de Harold Nicolson, en su diario, Mosley ya había pensado en eso desde las primeras fechas —hacía que descendiera el número de miembros del Partido de Mosley. Cuando propuso la formación de un movimiento juvenil dentro del Partido compuesto de muchachos jóvenes destinado a proteger sus reuniones —sus *biff-boys*—, así como cuando se manifestó en favor de una política antisoviética, Strachey, Young y Ciry Joad lo abandonaron. Sólo durante tres meses, a finales de 1931, consiguió Mosley, o mejor dicho, su director, Harold Nicolson, convencer a cierto número de intelectuales para que escribieran para el periódico del Partido, *Action*, que había sido fundado en el mes de diciembre (12).

La desventaja del *New Party* era que sólo ofrecía una política para tratar con la crisis presente. Esta crisis llegó a su cumbre en el verano de 1931. Para lograr créditos del extranjero, el Gobierno laborista se vio obligado a presentar un presupuesto nacional equilibrado, para conseguir lo cual tuvo que aumentar los impuestos y reducir los gastos oficiales, incluyendo una reducción del 10 por ciento en los subsidios. Al enfrentarse con tales medidas el Gobierno se dividió; MacDonald dimitió el 24 de agosto, pero fue convencido por el rey de que volviera para formar un Gobierno de coalición. El Partido Laborista consideró tal cosa como una traición, puesto que, efectivamente, MacDonald, que había procedido a tomar las medidas necesarias para obtener créditos del extranjero, contaba con el apoyo masivo de los conservadores y de una gran parte de los liberales. En las elecciones generales que se celebraron en octubre resultó victorioso el Gobierno de coalición con tal motivo formado.

El éxito del Gobierno de coalición fue la razón por la que no salieron elegidos ninguno de los 24 candidatos del *New Party* en las elecciones de octubre. Boicoteado por la prensa y escaso de fondos, el Partido Nuevo se dio cuenta de que había llegado «demasiado tarde». El electorado parecía haber estado manejado por temores que no tenían importancia real. «No soy un alarmista», les dijo Nicolson a sus electores, «pero estoy convencido de que quizá en un plazo no muy distante, nos tengamos que enfrentar con una revolución proletaria. La insatisfacción tan extendida que prevalece en estas islas puede inflamarse en cualquier

(12) Entre los colaboradores de *Action* se incluyen: Peter Quennell, Raymond Mortimer, Peter Cheyney, Osbert Sitwell, Alan Pryce-Jones, Christopher Isherwood, Francis Birrell, Eric Partridge y L. A. Strong.

momento. Si queremos evitar ese peligro necesitamos un Estado corporativo, orgánico» (13).

Ciertamente que Nicolson sobrevaloraba el descontento y, desde luego, el proponer el Estado corporativo y orgánico como única alternativa que enfrentar a la «revuelta proletaria», inevitable, según él, sonaba claramente fascista, y aunque *Action* había comenzado a adoptar una actitud más tolerante con respecto al régimen de Mussolini, no era precisamente en el fascismo donde estaban las simpatías de Nicolson. En enero de 1932, y en compañía de Mosley, viajó a Italia para estudiar un Gobierno fascista en el poder. Mosley, complacido con lo que vio, se decidió a tomar a Mussolini como su modelo, mientras que Nicolson, desilusionado, abandonó el *New Party* en abril. «Me adherí al Partido», le escribió a Robert Forgan, «por dos razones: 1.ª, afecto personal y fe en Tom (Mosley); 2.ª, la convicción de que nos amenazaba una seria crisis y que nuestra economía y nuestro sistema parlamentario tenían que ser transformados si queríamos evitar la catástrofe. Ahora me doy cuenta que el New Party, como tal, se ha identificado demasiado con el hitlerismo» (14).

La Unión Británica de Fascistas («British Union of Fascists») fue creada en octubre de 1932 por Mosley. En cuanto a un intento anterior de crear un movimiento fascista en Inglaterra, llevado a cabo por la excéntrica señorita Lintorn-Orman, a principio de la década de 1920-1930, ha dicho T. S. Eliot: «Parece muy desafortunado el que una organización nacionalista tenga que recurrir al extranjero para buscar su nombre y sus símbolos» (15). Y en realidad ésa fue la actitud de la mayoría del país con respecto a Mosley. La cifra de miembros activos de la Unión Británica de Fascistas parece ser que fue siempre muy baja: 5.000 en octubre de 1934 y 3.000 en 1938; la de miembros inactivos era en 1938 de 15.000 (16). Los desfiles y manifestaciones que organizaron en la década de 1930-1940, no hicieron apenas otra cosa que asustar al ala izquierda y confirmar el antifascismo de las juventudes liberales.

Entre los miembros fundadores de la U.B.F., se contaron Forgan y Risdon, procedentes del *New Party*. Algunas de las más destacadas per-

---

(13) H. Nicolson, obra citada, pág. 94.

(14) *Ibid.*, pág. 97.

(15) *The Monthly Criterion*, febrero de 1928, pág. 98.

(16) Colin Cross: *The Fascists in Britain*, Barrie & Rockcliff, 1961, página 131.

sonalidades que se unieron a él en los primeros años fueron: Alexander Raven Thomson, autor de *Civilization as Divine Superman;* A. K. Chesterton (primo segundo de G. K. Chesterton) y William Joyce. La intención de Mosley era introducir en Gran Bretaña un sistema similar al introducido en Italia por Mussolini: deseaba un Estado monopartido, en el cual se conservaría la monarquía, pero en el que el Parlamento jugaría un papel muy reducido. La industria y el comercio deberían ser reorganizados sobre la base del corporativismo: veinticuatro corporaciones que incluirían representantes de los trabajadores, de los empleados y del Gobierno, y que serían reguladas por un Consejo Nacional de Corporaciones. Habría un aumento progresivo de sueldos y jornales para permitir a los británicos que pudieran comprar los productos de la industria británica en expansión. Se anunció un programa muy amplio de obras públicas para resolver el problema del paro forzoso; los Bancos, aunque no se nacionalizarían, sí quedarían sometidos a un estricto control gubernamental.

Hasta 1934, existió cierta ambigüedad sobre la Unión Británica de Fascistas, pero en junio el público se sintió sobrecogido ante la violencia que los «biff-boys» de Mosley desplegaron en su acción ofensiva contra los antifascistas con ocasión de una reunión fascista que tuvo lugar en el Olympia. «Fuimos testigos involuntarios de una violencia totalmente innecesaria, aplicada por los uniformados camisas negras contra los que se atrevieron a interrumpir a los oradores», escribieron al *The Times* tres diputados conservadores. «Hombres y mujeres fueron golpeados hasta caer al suelo, donde todavía fueron pisoteados y golpeados. Nos sorprendería mucho saber que no hubo lesiones graves. Esos métodos de asegurar la libertad de expresión tal vez hayan sido efectivos, pero, afortunadamente, son poco corrientes en Gran Bretaña y constituyen en nuestra opinión un deplorable ultraje contra el orden público» (17).

Tres semanas después de la reunión del Olympia, la U.B.F. justificó la purga que Hitler había llevado a cabo entre las SA, lo que le llevó a perder el apoyo de la mayor parte de sus miembros procedentes del conservadurismo, como, por ejemplo, Lord Rothermere, el propietario de los grandes periódicos *The Daily Mail, The Evening News, The Sunday Pictorial* y *The Sunday Dispatch,* que le había estado haciendo a Mosley una gran publicidad en sus periódicos. A finales de año, la Unión Británica de Fascistas aún se enemistó con la opinión pública por su actitud

---

(17) Citado por Colin Cross en su obra citada, pág. 112. Los tres diputados eran: W. J. Anstruther-Gray, J. Scrymgeour-Wedderburn y T. J. O'Connor.

con respecto a los judíos. «Desde el primer momento», anunció Mosley en un discurso pronunciado en el Albert Hall en el mes de octubre, «hemos observado el principio de no perseguir a nadie por sus ideas religiosas o por su raza. Y en el Imperio británico jamás tendremos persecuciones raciales o religiosas, precisamente porque nuestro Imperio está formado por numerosas razas, un gran conglomerado de las distintas razas del mundo unidas entre sí por poderosos lazos; así, toda sugerencia de discriminación racial o religiosa significaría un rudo golpe contra el concepto del Imperio británico...

»Y en la actualidad tampoco atacamos por motivos raciales o religiosos. No hacemos sino recoger el desafío que nos han lanzado los judíos, porque ellos luchan contra el fascismo y contra Gran Bretaña... Valiéndose de todos los medios de comunicación, incluidos los periódicos bajo su control, bien sea directa o indirectamente, han tratado durante los últimos dieciocho meses de despertar en este país sentimientos y pasiones favorables a una guerra contra una nación con la que firmamos la paz en 1918... Entonces luchamos contra Alemania por nuestras propias razones. No lucharemos contra Alemania por las razones de los judíos» (18).

El escritor Henry Williamson se unió a la U. B. F. indignado por unos hechos que también ofendieron a Mosley. Ambos habían luchado en la Gran Guerra y habían confiado que, a su regreso de las trincheras, se encontrarían con un país en plena expansión, o al menos con trabajo suficiente para los ex combatientes. Lloyd George les había hecho confiar en una nueva era en la cual los héroes de Flandes serían honrados y recompensados. En vez de ello hubieron de ver «el cínico envío de los que habían sobrevivido a aquel baño de sangre... a las colas de las oficinas de colocación» (19). En Mosley, Williamson encontró a un hombre de indiscutible valor físico y moral, determinado a sacar a Inglaterra de la inercia en la que a su juicio se estaba hundiendo. Deseaba, como proclama uno de los personajes de sus novelas, «ver el poder del dinero controlado por el Gobierno para el bien del pueblo británico en estas islas. Es decir, que no debe sacarse capital del país para construir factorías en Bombay o Shangai y usar allí mano de obra barata para minar nuestras industrias nacionales en la metrópoli» (20). En vez de considerar a Mosley antisemita lo tenía por sensible y sabio

(18) Sir Oswald Mosley: *My Life*, Nelson, 1968, págs. 338 y 339.

(19) R. J. A. Skidelsky: *Great Britain*, en *European Fascism*, pág. 233.

(20) H. Williamson: *A Solitary War*, MacDonald, 1936, pág. 347.

con respecto a los judíos y aplaudió su decisión de permitirles que «fijaran su residencia en cualquier parte del Imperio británico en vez en Palestina, lo que disgustaría a los árabes» (21).

En 1935, Henry Williamson visitó Alemania. La impresión que recibió fue excelente. «No hay mendigos en las calles, hay trabajo de cualquier clase para todo el que lo solicite... Por todas partes vi rostros que parecían estar respirando un suplemento extra de oxígeno; gentes libres de temor mental. ¿Habrá otra guerra...?, pregunté una y otra vez. La respuesta siempre fue: ¡No! Alemania era lo suficientemente fuerte y deseaba crearse su propio destino, nada de histeria multitudinaria, nada de pánico masivo, nada de partidos políticos luchando entre sí por el poder (cuarenta y ocho partidos desde 1918 a 1933), nada de basura irresponsable en los periódicos sensacionalistas» (22).

En *A Solitary War* añadía que Hitler «había librado a los campesinos de las hipotecas que pesaban sobre sus tierras, acabado con el barraquismo, logrado trabajo para los siete millones de parados, a los que dio fe en su grandeza y deseos de hacerlo todo lo mejor posible, cualquiera que fuese su trabajo — en el *Arbeitsdienst* desecando pantanos, construyendo las primeras autopistas de Europa, que se extendían a todo lo ancho del país —. Las anteriores aglomeraciones de barracas de los suburbios se transformaron en barrios residenciales y la palidez de sus habitantes adquirió un tono bronceado por la vida al sol y al aire puro, y los jóvenes pudieron respirar a un ritmo digno de un ser humano» (23). Las informaciones aparecidas en los periódicos británicos eran exageraciones, creía Williamson. Las calles de las ciudades alemanas estaban llenas de judíos prósperos, a los que veía igualmente en los restaurantes y las tiendas y la policía trataba con la mayor severidad a cualquiera que atacara a esos judíos o alterase la paz de un modo u otro. Alemania, de nación dividida y arruinada por la anarquía, se ha convertido en comunidad respetuosa de la ley (24).

---

(21) H. Williamson: *The Phoenix Generation,* 1965, pág. 350.

(22) H. Williamson: *Goodbye West Country,* Puntnam, 1937, pág. 226.

(23) H. Williamson: *A Solitary War,* pág. 365.

(24) Un relato de la pesadumbre del Führer después de la purga de las SA, llevó a Williamson a compararlo con T. E. Lawrence, «nuestro tipo más próximo al de Hitler» (*Goodbye West Country,* pág. 228). La actitud de Lawrence con respecto al fascismo y al nacionalsocialismo dio motivo a considerables especulaciones. Liddell Hart le dijo que mucha gente deseaba que se convirtiera en el dictador de Inglaterra, y Lawrence dijo que los fascistas británicos habían tratado de que se uniera a ellos, pero que él rehusó ayudarlos. Sólo en el caso de que ellos

Lo que Williamson jamás pudo creer de Hitler era que éste deseara la guerra: consideraba al Führer como «el único auténtico pacifista de Europa» (25). En la Gran Guerra se desarrolló en Williamson una amistosa estima por los soldados alemanes, «hombres valientes que creen en la justicia de su causa, del mismo modo que lo hacemos nosotros» (26) y resultaba inconcebible para él que alguno de tales soldados desearan luchar en otra guerra que no podía acarrearles otra ventaja que la de «los comisarios orientales», esperándoles «como chacales dispuestos a engordar con los restos de la matanza» (27). Pero para mayor consternación de Williamson los británicos rechazaban y atacaban a Hitler cada vez más: sólo Lloyd George tenía la suficiente inteligencia para tratarlo de igual a igual. Entretanto, los financieros internacionales, que vieron que sus inversiones en Polonia estaban amenazadas por la postura de Hitler y sus proyectos perfectamente justificados de expansión hacia el Este, estaban tratando de provocarlo para frustrar «sus dotes espirituales... llevándolo a hacer algo completamente opuesto a su naturaleza idealista» (28).

En agosto de 1939, Williamson proyectó un vuelo a Berlín para pedirle a Hitler que «no marchara». «Si yo pudiera hablar con Hitler, como el soldado común y corriente de 1914 que luchó contra el soldado corriente de su batallón de Linz en Ypres», piensa su héroe autobiográfico Philip Maddison, «quizá no sea capaz de darle a él, al soldado común y corriente alemán, la amistad que él desea por parte de Inglaterra, pero sí rogarle que detenga sus tropas y que salve a los dos gigantes blancos de Europa... de desangrarse mortalmente mientras el bolchevismo oriental espera para extender Asia hasta las rocas blancas de Normandía» (29). Por consejo de Mosley, no obstante, Williamson no llevó a cabo su intención y se quedó en Inglaterra. La Segunda Guerra Mundial fue, según sus conclusiones, «una guerra fraterna, en la cual ambos contendien-

---

llegaran al poder, añadió, accedería a ser «dictador» de la prensa y sólo durante quince días. Poco antes de su muerte un amigo le escribió sugiriéndole que se entrevistara con Hitler. Lawrence le respondió telegráficamente que lo haría con mucho gusto, y fue precisamente de regreso de la oficina de telégrafos, el 13 de mayo de 1935, cuando sufrió el fatal accidente con su motocicleta. Véase Richard Aldington: *Lawrence of Arabia*, Collins, 1955, págs. 286 y 287.

(25) H. Williamson: *A Solitary War*, pág. 364.

(26) *Ibid.*, pág. 221.

(27) H. Williamson: *A Phoenix Generation*, pág. 349.

(28) H. Williamson: *A Solitary War*, pág. 352.

(29) H. Williamson: *The Phoenix Generation*, pág. 371.

tes contribuyeron a que, de no haber sido por la bomba atómica, hubiera llegado Asia hasta el Canal de la Mancha».

* * *

Para la mayor parte de los escritores que sintieron la atracción del fascismo, éste era un interesante medio de provocación. Hay que admitir que muy pocos de esos escritores eran ingleses. Yeats y Shaw eran irlandeses; Pound, norteamericano; Wyndham Lewis y Eliot, norteamericanos de nacimiento; Roy Campbell, sudafricano, e Hilaire Belloc, hijo de padre francés.

La postura de Belloc con respecto a la política estaba condicionada por su época de escolar y estudiante en Francia, así como su servicio militar en dicho país. En el Colegio de San Estanislao, en París, estuvo rodeado de nacionalistas aristócratas franceses, bajo cuya influencia se desarrollo en él una especial admiración por la *Action Française* y los prejuicios antisemitas, que se hicieron especialmente evidentes cuando se hallaba en Oxford en la época del caso Dreyfus, y en medio de la sorpresa y la indignación de sus compañeros de estudios, deploró la intervención de Zola en favor de Dreyfus.

En 1902, Hilaire Belloc se nacionalizó británico y dos años después se presentaba como candidato liberal en South Salford, un suburbio industrial de Manchester. Resultó elegido en enero de 1906 y ocupó un escaño en el Parlamento hasta 1910. Sus puntos de vista políticos descansaban en una mezcla de principios progresivos y reaccionarios. Apoyaba la Irish Home Rule (es decir, la autonomía de Irlanda) y el libre comercio, pero se oponía a la importación de mano de obra china a África del Sur y desaprobaba la concesión de derechos políticos y la emancipación de la mujer. Como católico defendía los derechos de las minorías religiosas dentro del sistema educacional estatal y, como nacionalista y francés, estaba pronto a revelar las maquinaciones de los judíos y masones.

A medida que se iba desarrollando la carrera política de Belloc, éste se iba desilusionando cada vez más con el sistema democrático. Lo consideraba corrompido y deshonesto y opinaba que la mayor parte de los miembros del Parlamento no tenían medios de imponer los deseos de los electores al poder ejecutivo. Se prometían programas que después no se realizaban. Los liberales, por ejemplo, habían prometido que los obreros chinos saldrían de África del Sur, y no se habían ido. Se tomaban decisiones en secreto y la legislatura tenía poca influencia. El antisemitismo

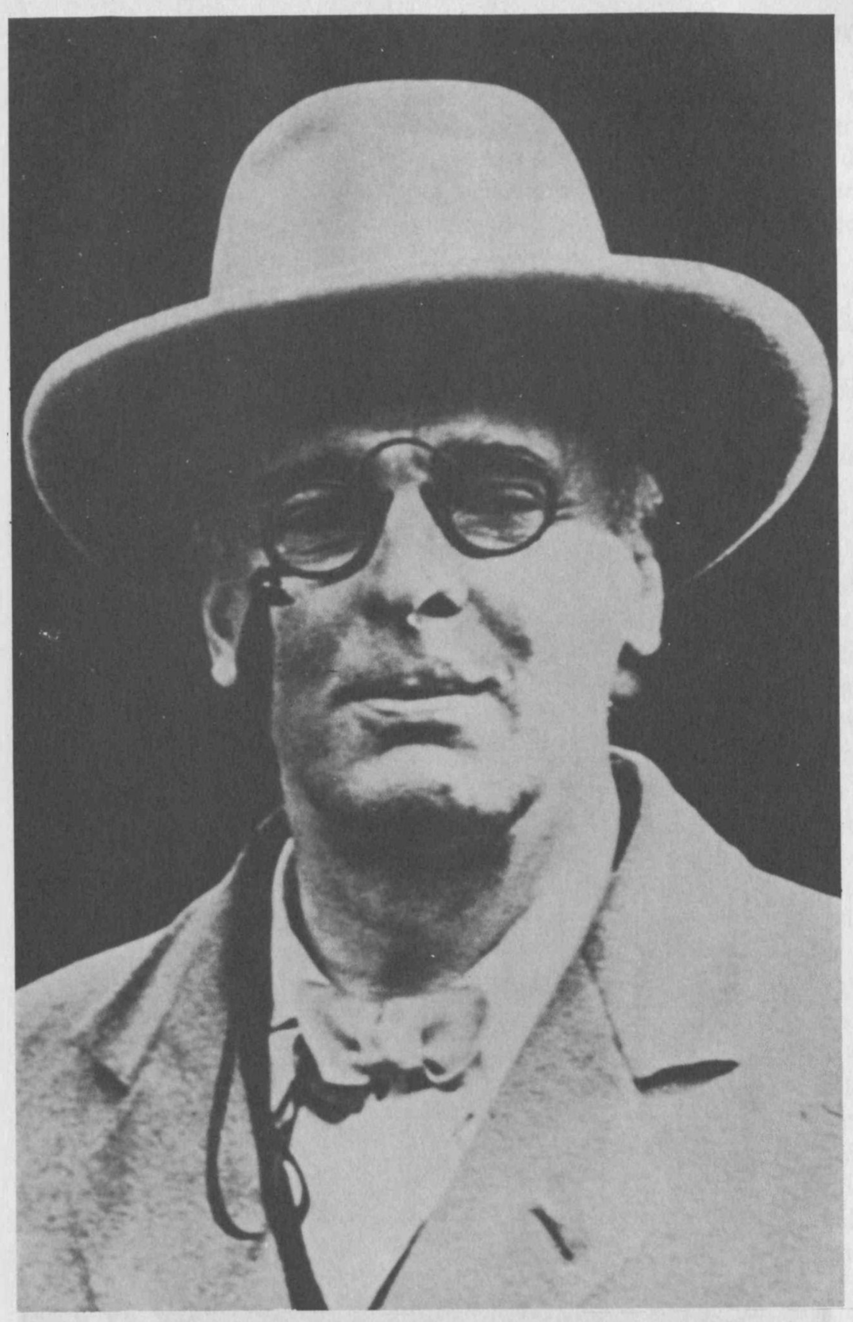
de Belloc y su odio contra el Parlamento se hizo aún mayor en 1912 con ocasión del escándalo de Marconi (30) y de la Conferencia de Paz celebrada en París en 1918, cuando él presumió, con G. K. Chesterton, al que había convertido a la causa de los *antidreyfusards,* que los judíos y los financieros asegurarían la supremacia de Alemania a expensas de Polonia.

En la entrevista entre Maurras y Belloc, preparada por su amigo común Yvon Eccles, se presentaron algunas complicaciones debido a la sordera de Maurras y ambos hallaron imposible el poder conversar. Pese a ello, en términos generales se mostraron de acuerdo con las ideas de la Acción Francesa, aunque Belloc mostró ciertos reparos sobre la monarquía. «No cabe duda de que el movimiento ha hecho un bien inmenso», escribió en junio de 1922 refiriéndose a *l'Action Française.* «En lo que tengo mis dudas es sobre la cuestión de la monarquía, que constituye uno de sus postulados principales. No dudo de que lo que hoy se necesita en todas las naciones europeas, y en la francesa más que en ninguna de ellas, por ser más vigorosa, es la monarquía; pero no creo que el establecimiento de una dinastía existente, como, por ejemplo, la de Felipe de Orléans, pueda causar el menor efecto; y tengo grandes dudas, también, en este país donde la familia reinante al presente apenas está en condiciones de cumplir con su misión. Lo que salvará a nuestra sociedad cuando llegue el momento, será una nueva línea de dinastías surgidas de individuos enérgicos que se hagan con el poder. Nunca puede saberse cómo van a ocurrir las cosas, pero sí puede preverse que *van* a ocurrir. El parlamentarismo presente que se extiende por toda Europa no es *viable.* Es despreciado por doquier y, al mismo tiempo, está opresiva y espantosamente corrompido. En la práctica significa el gobierno de unos cuantos hombres ricos y una absurda preponderancia de la banca, las finanzas y, en gran escala, del poder judío. Eso no puede durar» (31).

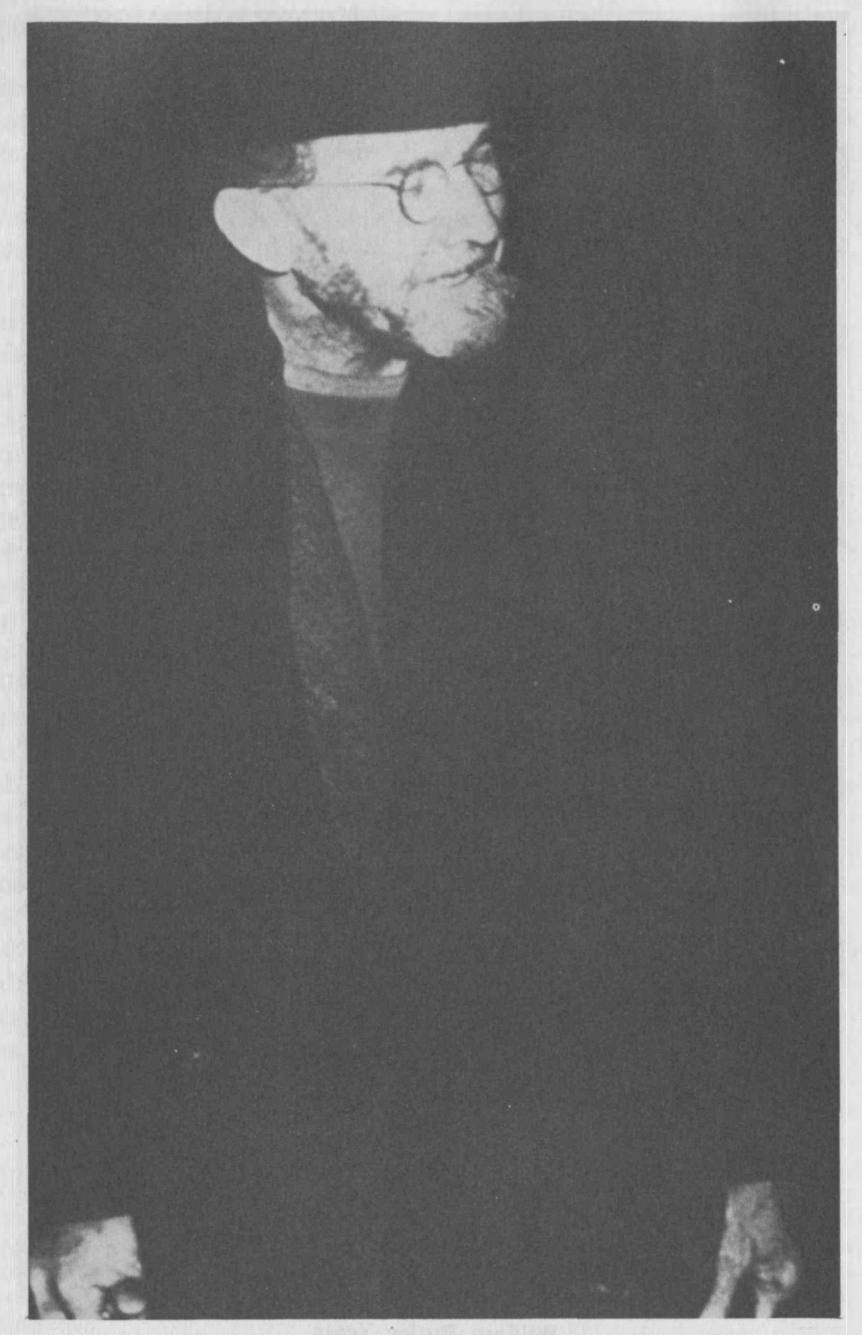
---

(30) La mayor parte de los hombres implicados en la compra secreta de acciones de la Compañía Marconi, resultaron ser judíos: el codirector de la empresa, Godfrey de Bouillon Isaacs; el director general de Correos, Herbert Samuel, y Sir Rufus Isaacs, aunque también se hallara involucrado Lloyd George, el canciller del Exchequer. Belloc y Chesterton creían que los ministros habían conseguido grandes ganancias sin conocimiento del Gobierno. Se llevó a cabo una encuesta parlamentaria y el asunto, en su totalidad, se resolvió a entera satisfacción del Gobierno.

(31) *Letters from Hillaire Belloc* («Cartas de Hilaire Belloc»), seleccionadas y editadas por Robert Speaight, Hollis & Carter, 1958, pág. 122.



William Butler Yeats



Ezra Loomis Pound

En ese mismo año, Belloc afirmó la imposibilidad de asimilación de los judíos. «La presencia continua de la nación judía mezclada con otras naciones ajenas a ella», escribió, «presenta un problema permanente del más grave carácter... la cultura totalmente diferente, al igual que la tradición, la raza y la religión de Europa hace a ésta un antagonista permanente de Israel».

La única solución era que las naciones en las que los judíos residían como «huéspedes», «reconocieran abiertamente una nacionalidad totalmente separada (para los judíos), los trataran sin reservas como a gente extraña y los respetaran como una fracción de la sociedad distinta de la propia» (32).

Belloc y Chesterton, ambos oponentes ingenuos del capitalismo, creían en una distribución más justa de la riqueza, a lo que, a su juicio, se oponían los judíos, y que Mussolini estaba a punto de lograr. Belloc se entrevistó con el duce en 1924. «Ha comprendido de modo total que el Parlamento ha dejado de portarse seriamente con nosotros», escribió. «Se ha dado cuenta de que los financieros internacionales nos gobiernan... Él, personalmente, no es ambicioso y ésa es una cualidad excelente para gobernar a los hombres. Su principal fuerza es su serio descontento con el parlamentarismo, que comparte con tantos y tantos en toda Europa, y en segundo lugar su patriotismo. Hará cuanto pueda para mantener la paz religiosa ya establecida..., pero dudo que tenga demasiada fe en sí mismo. Lo más importante es que su régimen ayudará a una vuelta a la generación joven» (33).

Chesterton estaba en desacuerdo con la tolerancia mostrada por Mussolini hacia el gobierno de la mayoría. Pero, sin embargo, cuando visitó Roma en 1929 mostró su aprobación a la creencia de Mussolini en la «necesidad civil de la virtud», en su respeto a la maternidad y a la Iglesia y admiró ciertos aspectos de la política laboral del fascismo. Principalmente, se dio cuenta de que los Gobiernos liberales no estaban en condiciones de atacar a Mussolini, «quien hacía abiertamente lo que los Gobiernos ilustrados y liberales hacen secretamente... Mussolini defiende lo que hace, mientras los liberales hacen lo mismo, pero no lo defienden. Éstos transigen; llevan a cabo las mismas cosas porque las creen convenientes, pero no las defienden porque creen que son indefendibles. Mussolini actúa dentro de los principios propios del fascismo;

---

(32) H. Belloc: *The Jews*, Constable, 1922, págs. 3 a 5.

(33) Robert Speaight: *The Life of Hilaire Belloc*, Hollis & Carter, 1957, página 434.

los otros actúan contra sus propios principios de libertad» (34). Tomemos, por ejemplo, la libertad de prensa y la libertad política, señaló Chesterton, subrayando que «los periódicos británicos, en realidad, pertenecen a dos o tres hombres y basta que éstos se pongan de acuerdo para suprimir algo, para que esto quede suprimido», además, el elector británico elegido entre «dos o tres candidatos, cada uno uno de ellos avalado por el comité político de un partido legalmente reconocido, pero que a su vez está financiado por fondos de origen desconocido».

En su vehemente deseo de asombrar y sorprender a los liberales británicos, Bernard Shaw fue infinitamente más lejos que Chesterton o Belloc. Después de haber enviado a Lenin su último libro con una halagadora dedicatoria, en 1921 alabó la «precisión inesperada» con que Mussolini «denunció la libertad como un cadáver putrefacto». «Una civilización», mantenía Shaw, «no puede progresar sin crítica y puede salvarse del estancamiento y la putrefacción declarando la impunidad de la crítica» (35) y, a su juicio, el fascismo cumplía a las mil maravillas este propósito de criticar la democracia. Condenar a Mussolini por el asesinato de Matteotti era absurdo, según Shaw, puesto que muchos grandes estadistas se habían visto obligados en una u otra ocasión, a asesinar a oponentes incómodos. «Eso es algo que carece de importancia... y es estúpido negarse a reconocer la dictadura del duce debido a que no la impuso con la villanía usual... Muchas de las cosas que Mussolini ha hecho y muchas de las que está tratando de llevar a cabo en dirección hacia el socialismo van más lejos de las que el Partido Laborista se atrevería a intentar si estuviera en el poder. Eso le llevaría, en el momento presente, a serios conflictos con el capitalismo. No es asunto mío, por lo tanto, ni de ningún socialista, oponerme a él debido a ese conflicto» (36).

Con respecto a Hitler, Bernard Shaw se mostraba, desde luego, menos benévolo, puesto que consideraba al antisemitismo tan ridículo como la democracia, y encontró verdaderamente reprobable el hecho de que

(34) G. K. Chesterton: *The Resurrection of Rome*, Hodder & Stoghton, 1930, páginas 275-276.

(35) Bernard Shaw, en el Prefacio de *On the Rocks*, Constable, 1949, pág. 184.

(36) *Bernard Shaw and Fascism*, Londres, 1927. Los discursos de Bernard Shaw sobre el fascismo asombraron a sus compañeros fabianos y a los Webb, y sus artículos dieron lugar a una nube de cartas de indignación de los principales antifascistas en el exilio. Entre ellas cabe mencionar una de Gaetano Salvemini, apoyada por informaciones de Filippo Turati, Carlo Rosselli, Ferruccio Parri y Arturo Labriola, relatando las atrocidades cometidas por los fascistas.

Einstein tuviera que exilarse. «No debemos permitir que Adolf Hitler manche el nombre del socialismo», le escribió a Beatrice Webb en junio de 1940. «Somos socialistas nacionales, partidarios del socialismo en cada país y en contra de Trotzky; nunca podremos insistir lo suficiente en que no ponemos objecciones al socialismo alemán salvo en lo que se refiere a las persecuciones y la discriminación raciales, que son incompatibles con el socialismo y que han sido unidas a él de modo ilógico y demente por el Führer» (37).

* * *

A la poesía se le ha venido permitiendo, generalmente, un grado de libertad que se le niega a otras formas de arte. La licencia poética no sólo debe permitir distorsiones sintácticas, sino que también debe proveer de cierta impunidad moral a una aristocracia de artistas que tratan de crear un mundo que se va haciendo cada vez más pequeño con el progreso de la técnica poética. Una imagen que, aun cuando sea brutal, aun cuando se oponga a los principios humanitarios, ha sido ofrecida lista para la construcción de la escala que conduce hasta el *azur* de Mallarmé. Sólo recientemente, los poetas han creído necesario disculparse por su aristocracia, excusarse por sus formas de expresión. Así W. H. Auden nos informa después de más de treinta años de que ocurriera, que su nombre en la portada de *The Orators,* que apareció por vez primera en 1932, «parecía un seudónimo de alguien con talento, al borde de la cordura, pero que, tal vez, en el plazo de un año o dos acabaría por convertirse en un nazi». «El tema central de *The Orators*», continúa «parecía ser una alabanza al héroe y todos nosotros sabemos adónde algo así puede conducir» (38).

La apología de los héroes y su hermano bastardo «el desprecio de las masas», son una especie de inevitable etapa en el viaje del que se aleja de la sociedad moderna hacia un universo poético. Para los jóvenes poetas izquierdistas de la década de 1930-1940, como Auden, esto resultaba deplorable aun cuando ellos cayeran en la misma culpabilidad. Muchas veces, aun a costa de la propia poesía, gritaban proclamando sus

---

(37) Citado por Archibald Henderson en *George Bernard Shaw: Man of the Century,* Appelton Century Crofts Inc., N.P., 1956, pág. 385.

(38) W. H. Auden: *The Orators,* Faber & Faber, 1966, pág. 7.

compromisos políticos; podemos considerar parcialmente como una reacción arrogante contra sus reproches, la orgullosa agresividad de Roy Campbell, un sudafricano extravertido y turbulento. Campbell aborrecía el mundillo literario londinense y, con un puritanismo incongruente en un admirador de Verlaine y Rimbaud, criticaba su perversión y su afeminamiento. Sentía predilección por todo lo antiintelectual que tuviera un sabor de violencia; gustaba rodearse de marineros, pastores, boxeadores y toreros. Como amigos, en Londres, eligió a los Sotwell y a Wyndham Lewis, y estaba considerado, como ellos, un hombre capaz de los mayores escándalos.

Pese a su admiración por la política autoritaria y los principios clásicos de Maurras, Campbell tendía a considerarse como un *poète maudit* que prefería montar a caballo y torear a andar entre prostitutas, y las montañas y mesetas del sur de Europa al opio urbano. Al igual que los últimos romanticos franceses era un *outsider,* un hombre aparte, pero un outsider de derechas (39), jactándose de su amor por la jerarquía, su admiración por la esclavitud como institución, sus sueños de una sociedad arcaica y feudal, que lanzaba a la cara de sus contemporáneos izquierdistas. No sentía más que desprecio por «el pueblo», «un monstruo amamantado por dioses borrachos y lanzado a un camino que no lleva a parte alguna». Odiaba el progreso «remendado con una línea de sombreros hongos», y sólo podía admirar a los que «con sus plumas o sus espadas han hecho peldaños para su escalera con los huesos rotos de los hombres» (40).

La interpretación que Campbell ofrecía del fascismo en el primer volumen de su autobiografía, *Broken Record,* en 1934, tenía su característica actitud provocativa. Afirmaba que el futurismo era un «encarnarse en una alineación humana, en el odio o en el amor de un jefe y un líder; es religión y no fanatismo; algo humano y no mecánico. La expulsión de los intelectuales renegados (los que usan la inteligencia para minar la misma inteligencia) es una de las reacciones primordiales de ese movimiento» (41). No era «progromista», pues creía que la belleza de las mujeres judías «compensaba la fealdad de sus hombres» y no lograba comprender «que un hombre como Hitler cometiera un "error"

---

(39) Bernard Bergonzi: *Roy Campbell: Outsider on the Right,* en *Journal of Contemporary History,* vol. 2, abril de 1967, págs. 133 a 147.

(40) *A Song for the People,* en *The Collected Poems of Roy Campbell,* I, The Bodley Head, 1949, pág. 28.

(41) Roy Campbell: *Broken Record,* Boriswood, 1934, págs. 45 y 46.

al expulsar a una raza que es intelectualmente subversiva en todo lo que se refiere a nosotros; que no tiene el menor sentido visual, pero sí un maravilloso instinto tenebroso para disolver, suavizar, minar y vulgarizar» (42).

En 1935, Campbell y su esposa fueron recibidos en la Iglesia Católica Romana y ese mismo año decidieron fijar su residencia en España. Por eso, cuando estalló la guerra civil, en 1936, no cabía la menor duda al lado de quién se iba a situar. Compartía la indignación de la mayor parte de sus compañeros católicos por las matanzas republicanas de curas y monjas y, al parecer, él mismo fue apaleado por los *guardias de asalto* (43) republicanos. Después de escapar con su familia desde Toledo a las líneas nacionales, luchó durante un breve espacio de tiempo, según le comunicó a un admirador francés, con «los novios de la muerte» (44)... «el primer regimiento de Europa... la Legión Española, las fuerzas de Cervantes, López (?) (45) y Garcilaso, en la cual se habían admitido unos pocos extranjeros y que no tenía nada en común con la Legión Extranjera francesa con sus burdeles, etc.» (46).

Como corresponsal de *The Tablet*, Campbell fue un valioso portavoz de la causa nacionalista. Para él se trataba de una cruzada. Franco representaba la caballería medieval de su poesía, un mundo en el que creía y en el que la industria había desaparecido y las máquinas habían sido sustituidas por los hombres y las caballerías. Por otra parte, los republicanos encarnaban todo aquello que él más despreciaba. «Los sodomitas están a tu lado», escribió en un poema dedicado al presidente de la República española que apareció en la revista de Mosley, *British Union Quartely*, «los cobardes y los turbios. / Que el diablo te lleve, ojos de tortuga, / a gatas, como un viejo zepelín» (47).

Pero, realmente, ¿era Campbell un fascista? Al menos él jamás lo pensó así. «No hay ninguna diferencia si uno lucha tan voluntariamente contra el fascismo como lo hizo anteriormente contra el bolchevismo», se quejó después de haber prestado sus servicios en el Ejército británico

(42) Roy Campbell: *Broken Record*, Boriswood, 1934, pág. 156.

(43) En español en el original.

(44) En español en el original.

(45) López, debe referirse a Lope de Vega, (*Nota del Traductor*.)

(46) *Hommage à Roy Campbell*, Montpellier, 1958, págs. 73 y 74.

(47) R. Campbell: *Hard Lines, Azaña!*, en *British Union Quarterly*, enero-abril 1937.

durante la Segunda Guerra Mundial. «¡Tan fanáticos se han vuelto del paso de la oca mental los intelectuales británicos, y tan glotones en su fatua credulidad, que incluso si uno mata diez veces el mismo número de fascistas que antes mató de bolcheviques, en defensa propia, sigue siendo un "fascista"!» (48).

* * *

Si el disgusto que T. S. Eliot expresó en sus primeros poemas iba dirigido contra la existencia diaria, que pesa como una cadena en los pies de todo poeta, o si sus protestas se dirigían específicamente a la moderna sociedad industrial, es algo muy discutible. Pero cuando llegamos a sus artículos en *The Criterion*, a sus ensayos sobre humanismo, a su *Idea of a Christian Society* y a *Notes toward the definition of Culture*, no nos queda otro remedio que considerarlo como un comentarista social que tiene muchas y precisas quejas contra el siglo XX. Sin embargo, Eliot siempre se mantuvo «razonable». Su creciente impaciencia con el Gobierno inglés en los primeros años de 1930-40 estaba atemperada por su postura básicamente racionalista, su comprensión de la incompatibilidad de las ideas puramente intelectuales con la política.

Eliot encontraba a la moderna sociedad falta, por una parte, de un sentido de los valores religiosos, del sentimiento de que «algo debe llegar desde arriba» (49), algo tan esencial en su poesía, y por otra parte de un sentido de tradición. La industrialización, creía, creaba «cuerpos de hombres y mujeres — de todas las clases — alejados de su tradición, alienados de la religión y susceptibles a la sugestión de las masas: en otras palabras, una muchedumbre» (50). Lo que Eliot proponía en su *The Idea of a Christian Society* era un autoritarismo suave en el cual la institución suprema sería la Iglesia Anglicana. La ética cristiana debía ser introducida a la fuerza en el pueblo por los gobernantes, mientras que dentro de esa sociedad debía existir «una comunidad de cristianos», «la Iglesia dentro de la Iglesia», «los cristianos especialmente conscientes y practicantes, sobre todo aquellos dotados de una superioridad intelectual

---

(48) R. Campbell: *Light on a Dark Horse*, Hollis & Carter, 1951, pág. 226.

(49) T. S. Eliot: *Second Thoughts about Humanism*, en *Selected Essays*, Faber & Faber, 1932, pág. 447.

(50) T. S. Eliot: *The Idea of a Christian Society*, Faber & Faber, 1939, pág. 14.

y espiritual» (51). Lo que él pedía era la existencia de esa misma clase elegida dentro de la cultura que sería descrita diez años después en *Notes towards the Definition of Culture*: «Lo importante es una estructura de la sociedad en la cual haya, desde la "cúspide" a la "base", una graduación continua de niveles culturales: resulta importante recordar que no debemos considerar a los niveles superiores como poseedores de *más* cultura que los niveles inferiores, sino como representantes de una cultura más consciente y de una mayor especialización de la cultura» (52).

En sus juicios sobre los experimentos ideológicos extranjeros, Eliot se mostró precavido. Se describía a sí mismo como «clasicista en literatura, monárquico en política y anglocatólico en religión» (53) y en un principio sintió cierta estimación por la Acción Francesa. «Tanto el comunismo ruso como el fascismo italiano», escribió en 1928, «me parecen haber muerto como ideas políticas al convertirse en realidades políticas». Por otra parte, la *Action Française* no estaba contaminada por la práctica. «La mayor parte de los conceptos que podrían haberme atraído al fascismo, me pareció encontrarlos en forma más digerible en la obra de Charles Maurras. Digo en forma más digerible, porque creo que son de más posible aplicación, en Inglaterra, que los del fascismo» (54). Al igual que Maurras, al que había venido leyendo desde los dieciocho años, Eliot se mostraba partidario de la descentralización del gobierno y de una monarquía y una aristocracia dentro de la tradición inglesa, que protegería al ciudadano humilde contra el político ambicioso. Por su parte, el fascismo, simplemente, parecía haber aceptado la monarquía «como algo conveniente» y contaba con «un dictador poderoso y un rey nominal» en oposición «al rey poderoso y el ministro capaz».

Eliot admitía que en el caso de verse obligado a elegir entre fascismo y comunismo, se quedaría con el primero. «Confieso esta preferencia, en la práctica, por el fascismo, que me atrevo a decir es compartida por la mayor parte de mis lectores; y no admito que esa preferencia sea, en sí, irracional. Creo que la forma fascista de irracionalidad está menos lejos de la mía propia que la de los comunistas, pero mi forma de irraciona-

---

(51) *Ibid.*, pág. 21.

(52) T. S. Eliot: *Notes toward the Definition of Culture*, Faber & Faber, 1948, pág. 48.

(53) T. S. Eliot en el Prefacio de *For Lancelot Andrews*, Faber & Faber, 1928, pág. 9.

(54) *The Criterion*, diciembre 1928, pág. 289.

lidad es una forma más razonable» (55). Naturalmente, Eliot se mostraba conforme en que el fascismo nunca daría resultado en Inglaterra. Se trataba de «un régimen italiano para italianos, un producto de la mente italiana». Para Gran Bretaña recomendaba un «torysmo» con «no sólo una doctrina de relación en los asuntos materiales y espirituales del Estado y la Iglesia... sino incluso con fundamentos religiosos para la totalidad de su filosofía política» (56).

Después de la crisis de la *Action Française,* Eliot siguió a Jacques Maritain en su alejamiento de Maurras (57). En su poesía, la amarga tristeza de *The Love Song of J. Alfred Prufrock,* la desesperación de *The Wasteland,* dio paso a una gran serenidad, un interés más sereno por la religión. La «tendencia antijudía» que John Harrison declaró haber encontrado en sus primeros poemas (58) dejó de hacer acto de presencia. Desapareció, incluso, el cortés interés que Eliot había mostrado por el fascismo. «La objeción fundamental contra la doctrina fascista», concluyó en marzo de 1939, «la única que rechazamos lejos de nosotros, porque podría condenarnos a nosotros también, es su paganismo» (59).

* * *

Lo que Frank Kermode llama «ansiedad escatológica» es un sentimiento muy común. Pocos artistas han sido capaces de resistir a la idea de que la civilización ha llegado a un punto de crisis, que *un* mundo, bien fuera *el* mundo o *su* mundo, está al borde del final. Para T. S.

---

(55) *The Criterion,* julio de 1929, pág. 691. El artículo de Eliot se titulaba *Mr. Barnes and Mr. Rowes*: James Strachey Barnes, cuyo libro *The Universal Aspects of Fascism* había sido comentado en *The Criterion* en diciembre de 1928, era un seguidor romántico y leal de Mussolini, en gran parte debido al cariño que sentía por Italia. Se casó con una italiana, adquirió esa nacionalidad y fue descrito como un personaje salido de un libro de Stendhal.

(56) *The Criterion,* octubre de 1931, pág. 71.

(57) Sus ideas se acercaron más a las de los inconformistas franceses. Los grupos de *Esprit, L'Ordre Nouveau* y la *Jeune Droite,* escribió en 1934, «mostraban una valiosa determinación de no rendir su individualidad a ninguna de las tendencias que prevalecían en esa hora, al mismo tiempo que rechazaban el liberalismo que seguía lanzando sus agudos coros en Inglaterra» (*The Criterion,* abril 1934, pág. 454).

(58) J. R. Harrison: *The Reactionaries,* Victor Gollanczs, 1966, pág. 149.

(59) T. S. Eliot: *The Idea of a Christian Society,* pág. 20.

Eliot se dirigía al fin «no con una explosión violenta sino paulatinamente, a pequeños golpes» (60). William Butler Yeats veía un final más grandioso, «danzando al sol de un frenético tambor» (61), acompañado de una multitud de imágenes sangrientas y torturadas. Pero una «crisis», como observó tan inteligentemente Kermode, «es una forma de pensar sobre un momento propio y no inherente al momento en sí» (62). Es, podría decirse así, una característica de la imaginación humana. Incluso el acontecimiento más insignificante puede ser tomado como una indicación de crisis inminente; con acrobacias matemáticas, incluso el año más improbable puede ser mostrado para señalar el fin de una época. Yeats eligió el 1917. Debía ser seguido por una guerra generadora de un nuevo período, un período heroico que Yeats esperaba con placer.

Si bien Yeats había elaborado sus teorías históricas a finales de 1917 y no leyó *La Decadencia de Occidente* hasta varios años después, sus puntos de vista sobre la historia son notablemente semejantes a los de Spengler. Pero Yeats gustaba de observar la historia como un par de conos interpenetrantes o en rotación. Cuando el vértice de uno de los conos se encuentra la base del otro el proceso histórico cambia, pasa de la subjetividad a la objetividad, y el ciclo se mueve hacia atrás, hacia la subjetividad. En el siglo XX el movimiento tendía hacia la objetividad y la civilización estaba a punto de caer bajo «el influjo antitético» que obedece a «un orden inminente, expresivo, jerárquico, múltiple, masculino, duro y quirúrgico» (63). Significaría, por lo tanto, el advenimiento de la dictadura más brutal, a la cual Yeats se refiere en *The Second Coming*; básicamente, sin embargo, le gustaba la idea de «un arrogante poder sangriento», que «brotara de la raza para dominarla totalmente» (64): encontraba la idea satisfactoria desde el punto de vista estético.

En su juventud, Yeats se había sentido atraído por el socialismo. Pero después su única simpatía constante se quedó en el nacionalismo, el nacionalismo irlandés, y su auténtico héroe continuó siendo el gran patriota irlandés Charles Stewart Parnell. En 1924 el interés de Yeats por el socia-

---

(60) *The Hollow man* en *The Complete Poems and Plays of T. S. Eliot,* Faber & Faber, 1969, 86.

(61) *A Prayer for my Daughter* en *Collected Poems of W. B. Yeats,* Macmillan & Co., 1965, pág. 212.

(62) F. Kermode: *The Modern Apocalypse* en *The Sense of an Ending — Studies in the Theory of Fiction,* Oxford University Press, Nueva York, 1967, pág. 101.

(63) W. B. Yeats: *A Vision,* Macmillan, 1961, pág. 263.

(64) *Blood and the Moon* en *The Collected Poems of W. B. Yeats,* pág. 267.

lismo no sólo había sido superado por una fe apasionada en la aristocracia, sino que su nacionalismo irlandés había alcanzado su punto de crisis. Después de la Pascua de 1920, Irlanda se halla en una situación calamitosa. Los Sinn Feiners, determinados a conseguir un gobierno irlandés para Irlanda, apoyaban en su lucha al Ejército Republicano Irlandés (en su origen llamado Voluntarios Irlandeses de Michael Collins) y se habían lanzado a una serie de ataques contra lo Policía Real Irlandesa, que era leal a la Corona y que a su vez estaba apoyada por la asociación de ex combatientes conocida como los «Black and Tans». En diciembre de 1921, sin embargo, Lloyd George le garantizó a Irlanda el estatuto de Dominio. De este modo, el problema, para los nacionalistas irlandeses, pasó a ser si debían aceptar un tratado con Inglaterra que garantizase la indepencia de Irlanda. Así, los irlandeses se dividieron en dos grupos: el de Michael Collins, el cual, aunque republicano, estaba dispuesto a aceptar un compromiso con los ingleses, y el de De Valera, que no lo estaba, y así la guerra civil se extendió incluso entre los propios nacionalistas hasta mayo de 1922. Yeats se situó al lado de Michaels Collins, pues aunque seguía siendo antibritánico, se había convertido en una figura reverenciada y honrada, y fue designado para el Senado irlandés a finales de 1922, cuando alcanzaba el cenit de su vida y prefería el orden. Yeats era protestante y no compartía el fanatismo religioso de los católicos irlandeses. Creía en la aristocracia y se sentía más atraído por el sistema inglés que por el de los seguidores de De Valera. Fue dentro de ese espíritu que dirigió su vista al fascismo, considerándolo como un compromiso del orden con la situación revolucionaria. La guerra civil en Irlanda y el asesinato de Michael Collins, aumentaron su convicción de que «la democracia está muerta y la fuerza reclama su viejo derecho» (65), y así, una semana después de la Marcha sobre Roma, declaró: «la Irlanda que reacciona ante el desorden presente, dirige sus ojos hacia la individualista Italia» (66).

En esa época pocas cosas asustaban tanto a Yeats como la perspectiva del marxismo, «la punta de lanza del materialismo que conduce al asesinato inevitable» (67). Por otra parte, la ideología del fascismo le atraía. Sentía la mayor admiración por Giovanni Gentile, que al igual que Spengler compartía su teoría cíclica de la Historia y de la Filosofía.

(65) *The Letters of W. B. Yeats*, editado por Allen Wade, Rupert Hart-Davis, 1954, pág. 695.

(66) *Ibid.*, pág. 693.

(67) *Ibid.*, pág. 656.

«Un movimiento circular y fundamental, semejante, está en las obras de Giovanni Gentile, y he leído en alguna parte que constituye el fundamento semiconsciente del pensamiento político de la moderna Italia. Los individuos y las clases completan su personalidad y después vuelven atrás para enriquecer a las masas. El Gobierno debe reconocer, debido a las cosas buenas que se han logrado con la lucha de clases, que la lucha de clases debe ser regulada, pero nunca abolida» (68). El objetivo del fascismo era superar la lucha de clases, pero Yeats no quería reconocerlo así. Lo veía como resultó ser a la larga: una contrarrevolución conservadora dominada por los nacionalistas y en la que se respetaba la tradición. En noviembre de 1925 habló en el Senado irlandés con envidia de la reforma educacional llevada a cabo por Gentile y recomendó: «los maestros irlandeses deben estudiar el intento llevado a cabo en Italia, bajo la dirección de su ministro de Educación, el filósofo Giovanni Gentile, el más ilustre discípulo de nuestro Berkeley, para armonizar todos los temas de estudio» (69). En marzo del año siguiente, describió al sistema educativo italiano como «adaptado a una nación agrícola como la italiana, un sistema de educación que no sólo creará funcionarios y empleados, sino también hombres y mujeres bien preparados capaces de servir con eficiencia a su país» (70).

En 1932, Edmond de Valera sucedió al relativamente moderado W. T. Cosgrave como primer ministro del Estado Libre de Irlanda y procedió a romper todos los lazos de unión con Gran Bretaña. Fue tan lejos que pocos años después abolió el Senado irlandés y diferenció la nacionalidad irlandesa de la normal ciudadanía británica del Imperio. En esos momentos, Yeats llegó a considerar al fascismo como una alternativa altamente deseable que oponer al régimen de De Valera. En *Parnell's Funeral,* escribió:

> «Si De Valera se hubiera comido el corazón de Parnell, ningún demagogo de labios sueltos hubiera ganado ese día, ningún odio fraterno hubiera dividido el país...» (71).

---

(68) *A Vision,* págs. 81 y 82.

(69) *The Senate Speeches of W. B. Yeats,* editado por D. R. Pearse, Faber & Faber, 1961, pág. 173. De hecho, Gentile dimitió de su cargo de ministro de Educación en junio de 1924.

(70) *Ibid.,* pág. 111.

(71) *The Collected Poems of W. B. Yeats,* pág. 30.

En el mes de abril de 1933 estaba tratando de elaborar una teoría social que oponer al comunismo, una forma de «fascismo modificado por la religión» y en julio estaba «pidiendo urgentemente el gobierno despótico de las clases educadas para poner fin a nuestras convulsiones». «Tenemos tan pocas reservas que estamos dispuestos en todo momento a conservarlas, ¿y cómo no vamos a sentirnos con deseos de emulación cuando vemos a Hitler hacer juegos de manos con sus salchichas?» (72). «La historia», concluía, «es muy simple: el gobierno de muchos, después el gobierno de pocos, día y noche, noche y día, para siempre, mientras que en las naciones pequeñas y desordenadas el día y la noche se confunden» (73).

En el mismo mes de julio, Yeats se encontró con el hombre que pensó, momentáneamente, que podía derrocar al Gobierno de De Valera: el general O'Duffy que dirigía un partido que estaba considerado generalmente como un movimiento fascista irlandés: los *Irish Blue Shirts*, o sea «los camisas azules irlandeses». Según Yeats, O'Duffy era un autócrata que dirigía el movimiento «de arriba abajo como si fuera un ejército» (74), aunque en lo que se refiere a la política irlandesa era más moderado que De Valera y aspiraba a «una Irlanda independiente dentro de la Commonwealth» (75).

El interés de Yeats por O'Duffy duró poco. En febrero de 1934 escribió tres «himnos de marcha» para los camisas azules, pero en agosto volvió a reescribirlos de tal modo que no podían ser cantados. Cuando los camisas azules partieron hacia España para luchar al lado de las tropas nacionalistas, dos años más tarde, Yeats les dijo a sus amigos que temía el regreso de O'Duffy convertido en un héroe. Finalmente, Yeats adoptó una postura política de mayor escepticismo. Conmovido por los crímenes de la Alemania nazi, vaciló «en considerar a una forma de gobierno más responsable que otra cualquiera» (76). La propia Inglaterra era tan imperfecta, creía, que no estaba en condiciones de criticar a ningún otro gobierno extranjero. «En lo que se refiere a la guerra de Abisinia, mi simpatía estuvo todo el tiempo con los abisinios», le escribió a Ethel Mannin, «pero esos sentimientos se enfriaron cuando me

---

(72) *The Letters of W. B. Yeats*, pág. 808.

(73) *Ibid.*, pág. 813.

(74) *Ibid.*, págs. 811 y 812.

(75) *Ibid.*, pág. 814.

(76) *Ibid.*, pág. 851.

enteré que el Gobierno inglés estaba usando esos sentimientos para respaldar una política imperial de la que yo desconfío» (77).

* * *

En los años que precedieron de inmediato a la Gran Guerra, hubo un breve período en el cual un grupo de pintores, escultores y escritores que vivían en Inglaterra participaron en un movimiento europeo. O mejor dicho, llevaron sus aportaciones a los distintos, pero similares, movimientos artísticos vigentes en Europa. Lo denominaron vorticismo y creían que estaban representando a Inglaterra, pero en realidad los auténticos vorticistas eran un grupo muy cosmopolita: un escultor francés, Gaudier Brzeska; un poeta norteamericano, Ezra Pound, y un escritor y pintor nacido en América, Wyndham Lewis. La influencia de los futuristas italianos pesaba sobre ellos de modo notable, debido a que Marinetti y sus discípulos eran muy activos en Londres en esa época (78). Al igual que sus rivales italianos, los vorticistas estaban determinados a luchar contra los valores tradicionales: se rebelaban, según Lewis, contra «el triunfo de la mente comercial en Inglaterra, contra el "liberalismo" victoriano y el *establishment* de instituciones tan aparentemente indestructibles como la Royal Academy y otras semejantes» (79). Sus elogios

---

(77) *Ibid.*, pág. 872. Con la esperanza de forzar al Gobierno alemán a dejar en libertad a Carl von Ossietzsky que (como ya vimos anteriormente) se hallaba en un campo de concentración, Ernst Toller y Ethel Mannin le pidieron a Yeats que presentara a Ossietzky como candidato al Premio Nobel. Yeats se negó a ello diciendo que eso perjudicaría más que beneficiaría al escritor, lo cual resultó cierto. Ossietzky obtuvo el Premio Nobel de la Paz en noviembre de 1936. El Gobierno alemán, indignado, se ocupó de que las condiciones de encarcelamiento de Ossietzsky empeoraran y éste murió en mayo de 1938 como consecuencia de los malos tratos.

(78) La primera conferencia de Marinetti en Londres, en el Lyceum Club, tuvo lugar en 1910. En marzo de 1912, los futuristas italianos expusieron en el Sacville Gallery, y en abril de 1913 tuvo lugar una exposición de Severini en la Marlborough Gallery. Desde noviembre de 1913 a julio de 1914, Marinetti pronunció diez conferencias en Londres. Véase Annamaria Sala: *Some Notes on Vorticism and Futurism*, en *Windham Lewis*, número especial de *Agenda*, vol. 7, núm. 3; vol. 8, núm. 1, otoño-invierno, 1969-1970, editado por William Cookson, páginas 156 a 162.

(79) Wyndham Lewis: *Blasting and Bombardiering*, Eyre & Spottiswode, 1937, página 234.

del maquinismo eran notablemente similares a los de Marinetti en su Manifiesto: «Benditos sean todos los puertos», pudo leerse en el primer número de la revista vorticista *Blast,* «puertos, máquinas sin descanso, pesados insectos dragadores, grúas monótonas, estaciones, faros... Bendita sea Inglaterra, máquina-isla industrial, taller piramidal con su cúspide en Shetland, descargándose a sí misma en los mares» (80).

Sin embargo, las diferencias entre los dos grupos eran, realmente, considerables. El principal discípulo de Marinetti en Inglaterra continuó siendo C. R. W. Nevison, mientras que el verdadero precursor del vorticismo lo fue el crítico y filósofo T. E. Hulme. Los vorticistas tendían más hacia la objetividad y la impersonalidad, que formaban la base de sus teorías estéticas, que al dinamismo emocional de Marinetti. De éste tomaron sus medios de protesta; de Hulme sus principios artísticos. El 5 de mayo de 1914, Lewis y un «determinado grupo de heterogéneos antifuturistas», entre los que se incluían Gaudier-Brzeska, el pintor Edward Wadsworth y el propio Hulme, llegaron hasta el extremo de interrumpir la conferencia pronunciada por Marinetti en la Doré Gallery de Bond Street. Wyndham Lewis estaba deseoso de trazar la línea divisoria entre su actitud «anglosajona» y la de los italianos. «Ustedes insisten demasiado en la máquina», le dijo a Marinetti, «siempre están tratando de cintas transportadoras, siempre explotando la combustión interna. Nosotros tenemos máquinas, aquí, en Inglaterra, desde hace muchos años. Ya han dejado de ser una novedad para *nosotros*».

«Ustedes jamás comprendieron sus máquinas», le respondió Marinetti, «nunca conocieron la embriaguez de viajar a un kilómetro por minuto. ¿Ha viajado usted, alguna vez, a un kilómetro por minuto?»

«¡Nunca! Aborrezco cualquier cosa que vaya tan de prisa.»

El vorticismo terminó durante la Gran Guerra. Gaudier-Brzeska y Hulme murieron en ella; el primero luchando en el Ejército francés, el segundo en el británico. Wyndham Lewis combatió también, aunque con el mayor disgusto, con las tropas británicas y, posteriormente, observó que la experiencia de la guerra de trincheras le había hecho perder el cabello. Ezra Pound salió de Londres para París y, desde allí a Italia, así que Lewis se encontró solo en Londres y fue descrito por Philip Toynbee como un misántropo un tanto excéntrico. Lewis continuó siendo un provocador y estaba dispuesto a ir muy lejos sólo por el mero hecho de causar una ofensa. Su desprecio por Marinetti lo llevó a despreciar al fascismo italiano, «una diversión política del país de los macarrones, tan

---

(80) *Blast*, núm. 1, 20 de junio de 1914.

cansada y aburrida como nuestro fútbol o nuestro cricket» (81). Y su animadversión por la democracia británica lo llevó a alabar al nacionalsocialismo.

Resultaba perfectamente lógico que el totalitarismo ejerciera una atracción estética en Lewis; fiel a Hulme creía en un renacer clásico. El futuro, pensaba, verá la completa separación del hombre y la naturaleza, la precisión mecánica y un arte abstracto y geométrico. Los Estados disciplinados, confiaba, serían lugares donde cualquier hombre de calidad — y sobre todo cualquier intelectual de calidad como el propio Lewis — estaría en condiciones de hacer valer sus talentos hasta el máximo, sin barreras establecidas por los competidores mediocres que tanto abundan en las democracias. Tanto en política como en arte, Lewis buscaba algo permanente y la permanencia sólo podía ser conseguida mediante la imposición forzosa de una rígida jerarquía.

¿Qué puede ser más absurdo que un «sistema electoral democrático?», se preguntaba. «Una persona es inducida, preparada, para tener ciertas opiniones; después se le da un voto y se le llama como "persona libre" para que designe a otra; después vota (sometido, desde luego, a la influencia de la prensa, que dirige su mentalidad, y que le ordena votar frecuentemente en contra de lo que se le ha estado predicando) en total acuerdo con su educación» (82). Lewis veía a la sociedad moderna en camino hacia un afeminamiento y hacia un infantilismo totales. El incremento de la homosexualidad, el triunfo del feminismo, el deseo general de ser joven, muy joven, significaba que la humanidad se deslizaba hacia la inmadurez y la incapacidad de asumir responsabilidades. El totalitarismo significaba la solución contra ello, dado que el pueblo deseaba ser gobernado. Lewis recomendaba, para su aplicación al mundo anglosajón, «una forma modificada de fascismo... con el máximo de sentimiento proletario soviético que pueda introducirse en ella sin destruir su disciplina» (83).

El hecho de que en Alemania el nacionalsocialismo estuviera educando y organizando a la juventud era algo especialmente impresionante, a juicio de Lewis. Visitó Berlín en 1930; en 1931 comenzaron a aparecer en *Time and Tide* una serie de artículos suyos sobre el nacionalsocialismo; en abril fueron reunidos en su libro titulado *Hitler*. Mientras que por un lado daba muestras de un notable talento para descubrir la im-

---

(81) W. Le&is, obra citada, pág. 234.

(82) W. Lewis: *The Art of Being Ruled*, 1926, pág. 111.

(83) *Ibid.*, pág. 369.

portancia del Partido Nacionalsocialista, ya en época tan temprana, Lewis mostraba más optimismo que certeza en su afirmación de las intenciones de Hitler y en su creencia de que los más negativos puntos del programa nacionalsocialista seguirían siendo letra muerta... «Si Hitler tiene sus propios caminos... seguirá, estoy convencido, en paz en el interior de su país, totalmente ocupado en solucionar los problemas internos del *Dritte Reich*. En lo que respecta a la espinosa cuestión de la política "antisemita" de su Partido, creo que el propio Hitler, una vez que haya conseguido el poder, mostrará una moderación y tolerancia cada vez mayores. En el *Dritte Reich,* tal y como es concebido por Hitler, ese gran judío y hombre de ciencia que es Einstein, yo creo será honrado como se merece» (84).

Lewis admiraba la frugalidad de Hitler y el simple hecho de que, físicamente, fuese tan inexpresivo. Apreciaba su forma directa de actuar, sus intentos de calmar a los miembros más exaltados del Partido y su decisión de seguir métodos legales. ¡El nacionalsocialista joven tiene «aseo personal, los claros ojos azules de la policía!... Todo es estrictamente legal —*nur legal!*—, luego limpio, firme, fiel al sentido de la letra de la ley» (85). Sobrio y respetable, Hitler parece ser el único hombre capaz de lograr, en un Estado, una perfecta interdependencia de la comunidad y los individuos «conscientes de *la identidad de intereses entre ellos mismos y su raza*». La camaradería implicaba en la doctrina nacionalsocialista del *Blutsgefül* el amor que sólo los miembros de una misma cultura y una misma raza pueden sentir entre sí, y era, según Lewis, «la única política sana y realista en medio de un mundo en desintegración»; lo que vio en Berlín en 1930, lo convenció de que la capital alemana simbolizaba la degeneración europea. No sin cierto placer describía la homosexualidad, la prostitución, los clubs de *strip-tease,* los bares en los que reinaban las perversiones sexuales y el gangsterismo que imperaba en Berlín. Hitler, con sus hermosos y jóvenes seguidores, rescataría Alemania y, al hacerlo así, salvaría a Europa de tal decadencia.

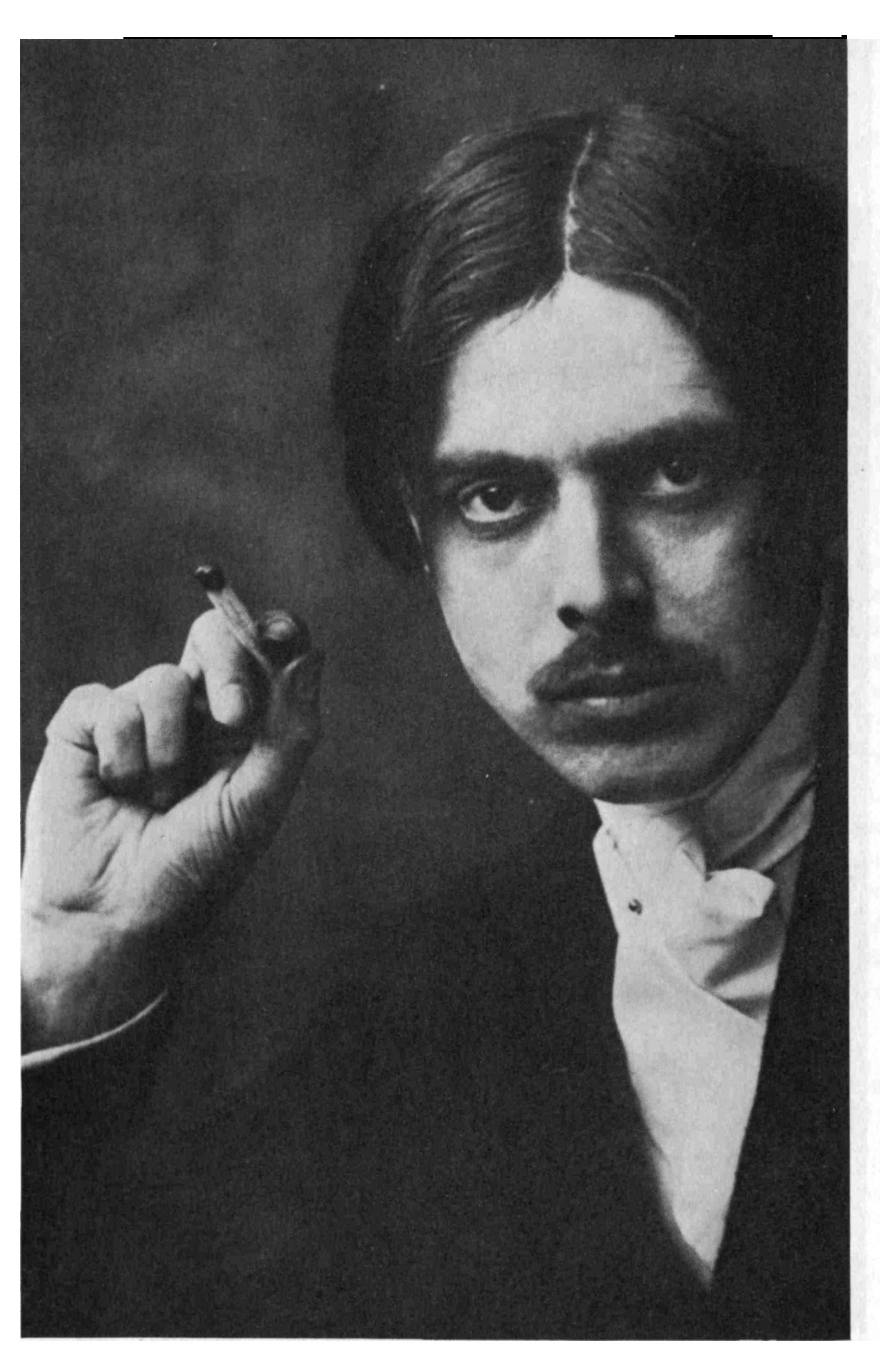
En 1933, Hitler fue nombrado canciller; Einstein huyó de Alemania, y muy pronto se hizo evidente que los puntos más desagradables del programa nacionalsocialista se convertían en realidades. Sin embargo, Wyndham Lewis observó que la subida al poder de los nacionalsocialistas había sido «la más incruenta de las revoluciones» (86), y que las

---

(84) W. Lewis: *Hitler,* Chatto & Windus, 1931, págs. 47 y 48.

(85) *Ibid.,* págs. 64 y 65.

(86) W.Lewis: *Left Wings over Europa,* Jonathan Cape, 1936, pág. 163.



Percy Wyndham Lewis



Thomas Stearns Eliot *(derecha)*

atrocidades cometidas en la Unión Soviética habían sido, y eran, infinitamente peores que todo lo que habían llevado a cabo los dictadores fascistas. Alemania no constituía amenaza alguna para el resto de Europa, seguía afirmando: era el resto de Europa, especialmente la Unión Soviética y Francia, las que amenazaban a Alemania, y si había que respetar la justicia debía permitírsele a Alemania su rearme. En *Left Wings over Europe,* publicado en 1936, Lewis seguía subrayando lo absurdo de la democracia en un mundo en el que gobernaban descaradamente el dinero, los banqueros y los magnates de la prensa. Al atacar la hipocresía de las sanciones impuestas por la Sociedad de Naciones contra Italia, llegaba a la conclusión de que «el que la industriosa e ingeniosa Italia, en vez de la perezosa, estúpida y rapaz Etiopia, llegue eventualmente a controlar Abisinia, ciertamente no significa una tragedia tan grande» (87).

En la revista *British Union Quarterly* (88), Lewis declaraba que no era fascista. Se asociaba muy poco con Mosley, pero alababa su «gran perspicacia y sus cualidades de líder» en un artículo que fue publicado en Alemania en septiembre de 1937 (89). «Wyndham Lewis acostumbraba a venir a verme con aire de gran conspirador», recuerda Sir Oswald Mosley en sus memorias, «al caer de la noche, con el cuello del abrigo levantado. Me insinuó que temía ser asesinado, pero los malpensados afirmaban que lo que hacía era escabullirse de sus acreedores. Lo encontraba agradable pero quisquilloso» (90). Cuando se hicieron evidentes las intenciones de Hitler con respecto a la paz mundial, Lewis renunció a sus anteriores puntos de vista. En 1939 aparecieron dos libros suyos: *The Hitler Cult,* en el cual explicaba su anterior simpatía, y después atacaba al dictador alemán con la misma energía que antes había empleado en atacar a la democracia; en el otro libro, *The Jews: Are they hu-*

---

(87) *Left Wings over Europe,* págs. 164 y 165. Evelyn Waugh, que visitó Etiopía antes y después de la campaña, estaba de acuerdo. Dijo que la ocupación italiana «había llevado los beneficios del orden y la decencia, la educación y la medicina a un lugar desafortunado... Es algo que puede ser comparado, del mejor modo, con el gran avance hacia el Oeste de los norteamericanos, y la desposesión de las tribus indias y el establecimiento en un país estéril de nuevos pastos y ciudades». *Waugh in Abyssinia,* Longmans, 1936, pág. 250.

(88) *Lef Wings and the C3 Mind,* en *British Union Quarterly,* enero-abril de 1937.

(89) *Insel und Weltreich,* pág. 701. Citado en Geoffrey Wagner, *Wyndham Lewis: A Portrait of the Artist as Enemy,* Routledge & Kegan Paul, 1957, pág. 74.

(90) O. Mosley, obra citada, pág. 225.

man?, atacaba duramente el antisemitismo. El problema judío, decía, era una invención cristiana, y, consecuentemente, los cristianos debían compensar a los judíos del daño que les habían causado (91).

* * *

En última instancia, Yeats y Wyndham Lewis estuvieron intentando lograr una integridad intelectual no marcada por la política. No puede decirse lo mismo de Ezra Pound, cuyo punto de vista de «Kulchur» había de hacerse tan materialista como la del más dogmático materialismo histórico. «Un experto, mirando un cuadro (de Goya o de cualquier otro)», escribió en 1942, «debe ser capaz de determinar el grado de tolerancia de que disfrutaba la usura en la sociedad en que fue pintado» (92).

De acuerdo con Pound, la usura, el mayor mal del mundo moderno, era la responsable de todas las desgracias subsiguientes. La simple existencia de la usura se debía a la mala organización de la distribución: el capital estaba estancado en los bancos; el consumidor carecía de poder adquisitivo; el crédito se concedía a determinados individuos y sobre él se cargaba un interés; podían firmarse cheques sin tener en cuenta para nada los servicios prestados. En resumen, todo el sistema estaba equivocado, pero podía ser arreglado con relativa facilidad. «La jornada laboral», mantenía Pound, debe ser «lo suficientemente corta para evitar que un hombre sólo pueda realizar el trabajo *pagado* de dos o tres hombres». Mientras, el Estado debía facilitar «certificados honestos del trabajo hecho» (93). Con esto se resolvería el problema del paro forzoso, se echarían por tierra las malas intenciones de los usureros y el dinero se repartiría de modo más justo entre los que tenían derecho a él.

Las ideas sobre economía de Pound se derivaban principalmente de dos fuentes: Silvio Gesell y el sistema de Crédito Social de Alfred Richard Orage y el comandante C. H. Douglas. Gesell, un economista alemán, había elaborado «un sistema de papel moneda mediante el cual todo el mundo estaba obligado a poner un sello, a primero de mes, en todos los billetes que estuvieran en su poder, equivalente al descuento

---

(91) W. Lewis: *The Jews: Are they human?*, Allen & Unwin, 1939, pág. 22.

(92) E. Pound, *A Visiting Card*, en *Money Pamphlets by £*, Peter Russell, 1939, pág. 22.

(93) E. Pound: *ABC of Economics*, Faber & Faber, 1938, págs. 19-20.

del uno por ciento del valor efectivo del billete...» (94). De ese modo, creía Pound que la inflación, causada por «un exceso de fluidez del dinero», se vería remediada y la Tesorería recuperaría constantemente el valor original de los billetes de banco que, de acuerdo con el sistema de Gesell, se consumirían por sí mismos en el plazo de ocho años y cuatro meses desde su fecha de puesta en circulación.

La creencia de Douglas y Orage, por otra parte, era que ese «crédito financiero», el crédito de los banqueros y los financieros, controlaba al «crédito real», que estaba constituido por las gentes de una nación y su capacidad de crear bienes. Para Orage, «esta desarmonía entre el crédito real y el crédito financiero era la raíz de todos nuestros problemas económicos... El crédito real es un producto de la producción y el consumo y... su fuente última es toda la comunidad nacional... El crédito financiero que debía ser, y para ello había sido creado, la criada del crédito real y sólo existía gracias a éste, es el monopolio de un número relativamente escaso de individuos que apenas si constituyen el 1 por 100.000 de la población» (95). Esa omnipotente minoría, no tardó en afirmar Douglas, estaba formada principalmente por judíos. Desilusionado por la prueba de que *Los Protocolos de los Sabios de Sión* habían sido falsificados, Douglas afirmaba que «la autenticidad de tales documentos era cuestión de poca importancia; lo interesante al respecto era la fidelidad con que los métodos con los que tal esclavitud podía ser impuesta se veían reflejados en la experiencia de cada día» (96). Consecuentemente, Douglas mantenía, y Pound al parecer estaba de acuerdo con él, que el sistema moderno en su totalidad, en el cual predominaba la usura, era esencialmente semítico.

La solución ofrecida por el Crédito Social al problema de la usura era la distribución de los dividendos nacionales por medio de Bancos centrales. Si ahora las ideas de Orage y Douglas nos parecen singularmente utópicas, en su época ambos tuvieron algunos admiradores sinceros entre los intelectuales. De acuerdo con las palabras de Pound, Douglas era «el primer economista que postulaba en favor de que las artes, la literatura y las amenidades ocuparan un lugar en un sistema económico» (97).

---

(94) Citado en Charles Norman: *Ezra Pound*, MacDonald, 1929, pág. 347.

(95) A. R. Orage: Comentarios a H. Douglas, *Credit-Power and Democracy*, Cecil Palmer, 1921, pág. 165.

(96) C. H. Douglas: *Social Credit*, Eyre & Spottiswode, 1935, pág. 146.

(97) *The Criterion*, enero 1935, pág. 299.

Ciertamente, que Hebert Read puso un interés considerable en el esquema de Crédito Social. En su *Shape of Things to Come,* H. G. Wells se refirió al «poco celebrado nombre de ese colérico, pero interesante aficionado, el comandante C. H. Douglas» que estaba «poniendo en claro que la única moneda justa para un mundo progresivo era aquella que pudiera mantenerse emparejada con el valor continuamente en incremento de dicho mundo» (98).

Hasta T. S. Eliot, que sentía el mayor aprecio por Orage como crítico, alabó esta definición de que «todo cambio real hacia una mejoría significa una revolución espiritual», y que «ninguna revolución espiritual tendría el menor valor utilitario en tanto no dispusiera de un sistema económico práctico» (99).

La mejor cualidad de Douglas y Orage era que, al simplificar la Economía, lo hicieron de una forma maravillosamente clara. Para todo el que se mostraba resentido con las complicaciones que traía consigo un estudio científico del tema — y T. S. Eliot era uno de ellos —, esta claridad resultaba ideal. Desde luego, Eliot era lo suficientemente inteligente para mostrar ciertas sospechas sobre el sistema, «por la posibilidad, que todos debemos reconocer abiertamente, de que las revoluciones, al ser parcialistas, manipuladas, podían explotar y degradar» (100). Pound, por su parte, no pensaba de igual modo. Pero tampoco estaba preparado para aceptar el dogma completo del Movimiento Norteamérica del Crédito Social, que proclamaba su oposición tanto al fascismo como al comunismo. «Incluso Douglas», se quejó en 1935, «parece no darse cuenta de la profunda armonía existente entre su teoría económica y el fascismo» (101).

En el mes de febrero de 1925, Ezra Pound fijó su residencia en Rapallo. «Personalmente, tengo la mejor opinión sobre Mussolini», escribió dieciocho meses después (102). «Si uno lo compara con los presidentes norteamericanos (los tres últimos) o con los jefes de gobierno británicos, etc., no puede hacerlo sin insultarlo. Si los intelectuales no tienen una buena opinión de él, es porque no saben nada "del Estado" y del Gobierno y, de modo particular, porque carecen de un amplio sen-

(98) H. G. Wells, obra citada, pág. 256.

(99) *The Criterion*, enero 1935, pág. 262.

(100) *Ibid.*, pág. 262.

(101) *Ibid.*, pág. 300.

(102) Al parecer, Pound sólo llegó a entrevistarse con Mussolini, o *the Boss* — «el jefe» — como él lo llamaba, una vez, en 1933.

tido de los valores» (103). No es tan ingenuo como para pensar que Mussolini había, realmente, instituido un sistema de crédito social, dentro de las líneas recomendadas por Douglas, Pound simplemente creía que el duce había creado un sistema preferible al de las democracias occidentales y tal vez un día podría lograr algo comparable al ideal de Douglas. «Por más que admire a Mussolini y lo conseguido en el *Quindecenio* fascista en Italia», admitió en 1938, «su sistema de impuestos sigue siendo primitivo y sus conocimientos monetarios rudimentarios, pero ilustrados en comparación con los sangrientos y bárbaros métodos ingleses, de los que no existe mayor prueba de degradación personal y nacional» (104).

En lo que Pound creía que Douglas se aproximaba a Mussolini era en su idea del valor que surgía de la herencia cultural. Sólo en un país consciente de su tradición cultural puede existir un auténtico sentido del valor. En Italia, subrayaba Pound, el sistema parlamentario «era un sistema exótico, propio del siglo XIX, importado *ad hoc* por razones temporales, un juego doctrinario en el Norte de Italia y un accidente diplomático en el Sur» (105). El Estado Corporativo, por otra parte, estaba perfectamente adaptado a la nación. Al instituir un consejo en el cual los ciudadanos estaban representados por su profesión, Mussolini había trazado el único esquema efectivo de averiguación de la voluntad del pueblo».

Al mismo tiempo, Ezra Pound se daba cuenta de que el fascismo sólo era beneficioso para Italia: desde luego no era cosa que pudiera ser aplicada, fuera de Italia —al menos en su forma italiana—, en ninguna otra parte. Veía, también, a Mussolini como una figura política incluida en una tradición muy amplia. Al igual que los vorticistas en 1914, el duce se daba cuenta de que la crisis era «DE» y no «EN» el sistema (106). Además, mientras que T. S. Eliot y Wyndham Lewis, aunque ambos eran norteamericanos de nacimiento, se consideraban más ingleses que norteamericanos, Pound se sentía a sí mismo esencialmente norteamericano y, como tal, afirmaba que Mussolini estaba continuando la tarea de Thomas Jefferson. ¿Qué tenían en común? Su postura con respecto a la agricultura, el «sentido de la raíz y las ramas», la buena disposición para

---

(103) *The Letters of Ezra Pound, 1907-1941*, editadas por D. D. Paige, Faber & Faber, 1938, pág. 242.

(104) E. Pound: *Guide to Kulchur*, Faber & Faber, 1961, pág. 279.

(105) *The Criterion*, enero 1935.

(106) E. Pound: *If this be Treason*, Siena, 1948, pág. 29.

abandonar las cosas de poca importancia por las de mayor, indiferencia con respecto al mecanicismo, contrapeso a los propósitos principales sin considerar las ideas abstractas, ni siquiera aquellos que pudiera haber proclamado sólo una semana antes (107). Pero si, por su parte, Jefferson era oponente acérrimo de la usura y del principio hereditario, con su fe puesta en un país fuerte y pacífico, Confucio enseñaba la importancia del orden y el autoconocimiento, la maldad de los beneficios privados y los beneficios de la equidad. Predicaba el respeto a la inteligencia y exigía «una constante revolución». Mussolini, según creía Pound, había llegado muy cerca del ideal de Confucio. En Italia existía la libertad en un mayor grado que en Inglaterra, donde la opinión pública estaba manipulada por los propietarios de los periódicos; y el orden, fundamento de la fuerza y la civilización, había sido restaurado.

Basándose ampliamente en las referencias de Wyndham Lewis en su *Hitler,* a la oposición nacionalsocialista a los préstamos de capital, Pound asumió que también Alemania tendía hacia el confucionismo. Para él, desde luego, resultaba fácil relacionar a los judíos con la usura y así lo hizo en sus *Cantos* y en su prosa, aunque siempre de un modo ambiguo. En 1938, por ejemplo, escribió en el *British Union Quarterly* que «nuestro peor enemigo es el auténtico ario que es capaz de tomar una dirección sucia y permanece en ella sin desviación ni el menor intento de volver atrás, sin ninguno de esos momentos de piedad, de excitación o de necesidad de hacer una exhibición de opulencia que tienen los judíos» (108), y el mismo año describió los prejuicios raciales como «la herramienta del individuo derrotado intelectualmente y del político de poca categoría» (109). A medida que la guerra se aproximaba, los artículos de Pound se iban haciendo cada vez más pro alemanes. «El civilizador natural de Rusia es Alemania», escribió en *Action* (periódico que Mosley había puesto de nuevo en circulación en 1936). «Otro pueblo menos activo y enérgico no podría educar al *mujik*» (110).

Poco después de la intervención militar italiana, Pound se trasladó de Rapallo a Roma, donde transmitió comentarios por la radio italiana dos o tres veces por semana, desde enero de 1941 a julio de 1943, sin más pausa que un corto intervalo de silencio después del bombardeo de

(107) E. Pound: *Jefferson and/or Mussolini,* Stanley Nott, 1945, pág. 64.

(108) *B.U.Q.*, enero-marzo 1938.

(109) Citado por Jack Stafford, *Ezra Pound and Segregation,* en *The London Magazine,* septiembre 1969.

(110) *Action,* 18 de agosto de 1939.

Pearl Harbour. Aparentemente creía que la entrada de Italia en la guerra no era «un capricho de Mussolini, ni tampoco de Hitler. Esa guerra no era más que una parte de la guerra secular entre los usureros y el campesinado, entre la usurocracia y todo aquel que hacía un trabajo honrado diario con sus manos o su cerebro» (111).

Las emisiones de Ezra Pound, que tenían distintos acentos y trataban de distintos temas, tomaban la forma de una simple disertación sobre literatura o economía, en la que se intercalaban comentarios sobre los abusos de la alta finanza internacional y los jefes democráticos, y no tenían el tono propagandístico de William Joyce. Cuando Roma cayó en manos aliadas, Ezra Pound regresó a Rapallo. En 1945, fue detenido por las fuerzas norteamericanas y seguidamente fue declarado enajenado mental.

La locura de Ezra Pound consistió en mantener su utopía hasta el fin. Los otros, Yeats y Wyndham Lewis, incluso Roy Campbell, habían sabido dar marcha atrás a tiempo. Llegó un momento — para unos antes que para otros — en que los escritores reconocieron que sus ideas del arte pueden convertirse en monstruosas si se ponen en práctica, y hubieron de mostrarse contra sus propios principios artísticos a nivel humano y en la existencia cotidiana del hombre. Pocos otros supieron darse cuenta de ello tan bien como lo hizo Thomas Mann. Hasta finales de la Gran Guerra, el irracionalismo alemán había sido para él una fuente vital de inspiración; pero cuando la violencia de los nacionalistas alemanes, en los primeros años de la República de Weimar, empezó a llegar a su propia casa, cuando se dio cuenta de lo que podían llegar a hacer ciertos hombres aferrados a principios que antaño fueron los suyos propios, acabó por reconocer que el espíritu germánico estaba bien como alimento de sueños muertos, pero no podía ser aplicado a la vida, a lo que él llamaba «vida». La decisión de Thomas Mann fue una decisión racional, pero Ezra Pound era incapaz de tal objetividad. Con una sinceridad marcada por la provocación, apoyó a Italia cuando esta nación se halló en guerra con los Estados Unidos; y el precio que hubo de pagar por ello fue alto: el precio que se paga por combinar el mundo del arte y sus «irrealizables tendencias traicioneras, su deleitarse en una escandalosa falta de sentido», con el mundo de los hechos (112).

---

(111) E. Pound: *L'America, Roosevelt e la causa della guerra presente*, Venecia, 1944.

(112) Thomas Mann: *Politische Schriften und Reden*, I, pág. 295.

BIBLIOGRAFÍA

Teniendo en cuenta la gran cantidad de libros que se han publicado sobre el fascismo, el nacionalsocialismo y la cultura europea en el período comprendido entre las dos grandes guerras, debo limitar esta bibliografía a un número reducido de obras que me parecen de especial interés. La bibliografía más detallada sobre el fascismo italiano ha sido recopilada por Piero Melograni en *Il Nuovo Osservatore,* núm. 50, mayo de 1966, y los números 56 y 57, noviembre y diciembre de 1966. En lo que se refiere al nacionalsocialismo y la República de Weimar, recomiendo las catálogos editados por la Wiener Library, Institute of Contemporary History, 4 Devonshire Street, Londres, W1.

Principales obras de carácter general sobre el fascismo:

Arendt, Hannah: *The Origins of Totalitarianism,* Allen & Unwin Ltd., Londres, 1967.

De Felice, Renzo: *Le interpretazioni del fascismo,* Bari, 1969.

Journal of Contemporary History, vol. 1, N.º 1, Weidenfeld & Nicolson Ltd., 1966. *International Fascism, 1920-1945.*

Nolte, Ernst: *Three Faces of Fascism,* Weidenfeld & Nicolson, Ltd., Londres, 1965.

Rogger, Hans & Weber, Eugen (Dirs.): *The European Right: A Historical Profile,* Londres, Weidenfeld & Nicolson, Ltd., 1965.

Weber, Eugen: *Varieties of Fascism,* Van Nostrand Co. Inc., Nueva York, 1964.

Woolf, S. J. (Dir.): *European Fascism,* Weidenfeld & Nicolson Ltd., Londres, 1968.

Sobre los intelectuales y la política, recomendamos:

Hughes, H. Stuart: *Consciousness and Society*, MacGibbon & Kee Ltd., Londres, 1958.
Joll, James: *Intellectuals in Politics*, Weidenfeld & Nicolson, Ltd., Londres, 1960.
Journal of Contemporary History, vol. 2, *Literature and Society*, N.° 2, Weidenfeld & Nicolson, Ltd., Londres, 1967.

ITALIA

Aquarone, Alberto: *L'organizzazione dello stato totalitario*, Turín, 1965.
Arbizzani, Luigi, y Caltabiano, Alberto (Dirs.): *Storia dell'antifascismo italiano*, Roma. 1964.
Bonsanti, Alessandro: *La Cultura degli anni trenta: dai Littoriali all'antifascismo*, Terzo Programma, N.° 4, RAI, 1963.
Casucci, Costanzo (Dir.): *Il Fascismo*, Bolonia, 1961.
Chabod, Federico: *L'Italia contemporanea, 1918-1948*, Turín, 1963.
Cione, Edmondo: *Storia della Repubblica Sociale Italiana*, Caserta, 1948.
Deakin, F. W.: *The Brutal Friendship*, Penguin Books Ltd., Londres, 1962.
De Felice, Renzo: *Stori degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Turín, 1962.
De Felice, Renzo: *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, 1965.
De Felice, Renzo: *Mussolini il fascista I*, Turín, 1966.
De Felice, Renzo: *Mussolini il fascista II*, Turín, 1968.
Fascismo e antifascismo, 1918-1936, Lezioni e testimonianze, Milán, 1962.
Falqui, Enrico: *La letteratura del ventennio nero*, Roma, 1948.
Finer, Herman, *Mussolini's Italy*, Frank Cass & Co. Ltd., Londres, 1935.
Flora, Francesco: *Ritrato di un ventennio*, Nápoles, 1944.
Francovich, Carlo: *La Resistenza a Firenze*, Firenze, 1961.
Gaeta, Franco: *Nazionalismo italiano*, Nápoles, 1965.
Gaeta, Franco (Dir.): *La Stampa nazionalista*, Bolonia, 1965.
Garin, Eugenio: *Cronache di filosofia italiana, 1900-1943*, Bari, 1955.
Luti, Giorgio: *Cronache letterarie tra le due guerre 1920-1940*, Bari, 1966.

Mack Smith, Dennis: *Italy, A Modern History*, Mayflower Books Ltd., Londres, 1959.
Melograni, Piero (Dir.): *Corriere della sera 1919-1943*, Bolonia, 1965.
Melograni, Piero: *Storia politica della grande guerra 1915-1918*, Bari, 1969.
Papa, Emilio R.: *Storia di due manifesti — il fascismo e la cultura italiana*, Milán, 1958.
Salvatorelli L. y Mira G.: *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, 1964.
Sapori, Francesco: *Il Fascismo e l'arte*, Milán, 1934.
Schneider, Herbert W.: *Making the Fascist State*, Oxford University Press, 1928.
Seton-Watson, Christopher: *Italy from Liberalism to Fascism*, Methuen & Co. Ltd., Londres, 1967.
Tasca, Angelo: *Nascita e avvento del fascismo*, Firenze, 1950.
Trent'anni di storia politica italiana 1915-1945, Terzo Programme, RAI, 1962.
Wiskemann, Elizabeth: *Fascism in Italy: Its Development and Influence*, Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1969.
Wiskemann, Elizabeth: *The Rome-Berlin Axis*, Fontana, Londres, 1966.
Zangrandi, Ruggero: *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*, Milán, 1962.
Zurlo, Leopoldo: *Memorie inutili — La censure teatrale nel ventennio*, Roma, 1952.

ALEMANIA

Allen, W. S.: *The Nazi Seizure of Power. The Experience of a Single German Town 1930-1935*, Eyre & Spottiswode Ltd., Londres, 1966.
Bracher, K. D.: *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Villingen, 1964.
Brenner, Hildegard: *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus*, Hamburg, 1963.
Broszat, M.: *Der Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1961.
Buchheim, H.: *Der Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1961.
Buchheim, H. *et al.*: *Anatomie des SS-Staates*, Freiburg-i-B., 1965.
Bullock, Alan: *Hitler, a study in tyranny*, Penguin Books Ltd., Londres, 1962.
Gay, Peter: *Weimar Culture, the Outsider as Insider*, Secker and Warburg Ltd., Londres, 1968.

Hoepke, Klaus-Peter: *Die deutsche Rechte und der italienische Faschismus,* Dusseldorf, 1968.
Hofer, Walter: *Der Nationalsozialismus,* Frankfurt del Meno, 1957.
Klemperer, Kl. von: *Germany's New Conservatism,* Oxford University Press, 1957.
Krockow, Chr. Conde von: *Die Entscheidung,* Stuttgart, 1958.
Mohler, Arnim: *Die konservative Revolution in Deutschland 1918-1932,* Stuttgart, 1950.
Mosse, G. L.: *The Crisis of German Ideology,* Weidenfeld & Nicolson Ltd., Londres, 1966.
Mosse, G. L.: *Nazi Culture,* W. H. Allen & Co., Londres, 1966.
Poliakov, Léon & Wulft, Joseph: *Das Dritte Reich und seine Denker,* Berlín, 1959.
Rothfels, Hans: *Die deutsche Opposition gegen Hitler,* Frankfurt del Maine, 1958.
Schoenbaum, David.: *Hitler's Social Revolution,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967.
Schonauer, Franz: *Deutsche Literatur im Dritten Reich,* Olten, 1961.
Sontheimer, Kurt: *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik,* Munich, 1962.
Stern, Fritz: *The Politics of Cultural Despair,* Cambridge University Press, 1961.
Taylor, A. J. P.: *The Course of German History,* Hamish Hamilton Ltd., Londres, 1945.
Taylor, A. J. P.: *The Origins of the Second World War,* Hamish Hamilton Ltd., Londres, 1961.
Treue, Wilhelm: *Deutschland in der Weltwirtschaftskrise in Ausgenzeugenberichten,* Dusseldorf, 1967.
Waite, R. G. L.: *Vanguard of Nazism,* Oxford University Press, 1952.
Wulf, Joseph: *Literatur und Dichtung im Dritten Reich,* Gütersloh, 1963.
Wulf, Joseph: *Musik im Dritten Reich,* Gütersloh, 1963.
Wulf, Joseph: *Presse und Funk im Dritten Reich,* Gütersloh, 1964.
Wulf, Joseph: *Theater und Film im Dritten Reich,* Gütersloh, 1964.

FRANCIA

Aron, Robert.: *Histoire de Vichy 1940-1944,* París, 1954.
Aron, Robert: *Histoire de l'Epuration,* París, 1968-1969.
Audiat, Pierre: *Paris Pendant la Guerre,* París, 1946.

Brogan, D. W.: *The Development of Modern France 1870-1939,* Hamish Hamilton Ltd., Londres, 1940.

Caute, David: *Communism and the French Intellectuals, 1914-1960,* André Deutsch Ltd., 1964.

Cotta, Michèle: *La Collaboration, 1940-1944,* París, 1964.

Heist, Walter: *Genet und andere,* Hamburg, 1965.

Hughes, H. Stuart: *The Obstructed Path,* Harper & Row, Nueva York, 1966.

Jaeckel, Eberhard: *Frankreich hin Hitlers Europa,* Stuttgart, 1966.

Lefranc, Georges: *Histoire du Front Populaire 1934-1938,* París, 1965.

Loubet del Bayle, Jean-Louis: *Les Non-Conformistes des Années 30,* París, 1969.

Massis, Henri: *Maurras et notre Temps,* París, 1951.

Plumyène, Jean, y Lasierra, Raymond: *Les Fascismes Français 1923-1963,* París, 1963.

Remond, René: *La Droite en France, de 1915 à nos Jours,* París, 1954.

Saint-Paulien: *Histoire de la Collaboration,* París, 1964.

Sérant, Paul: *Le Romantisme Fasciste,* París, 1959.

Tannenbaum, Edward: *The Action Française,* John Wiley & Sons Inc., Nueva York, 1962.

Thomson, David: *Democracy in France Since 1870,* Oxford University Press, Londres, 1964.

Weber, Eugen: *Action Française,* Stanford, 1962.

Wolft, Dieter: *Die Doriot-Bewegung,* Stuttgart, 1967.

INGLATERRA

Benewick, Robert: *Political Violence and Public Order: A Study of British Fascism,* The Bodley Head Ltd., Londres, 1969.

Cross, Colin: *The Fascists in Britain,* Barrie & Rockclif, Londres, 1961.

Graves, Robert, y Hodge, Alan: *The Long Week-End,* Four Square, Londres, 1940.

Harrison, John R.: *The Reactionaries,* Victor Gollancz Ltd., Londres, 1966.

Symons, Julian: *The Thirties,* The Cresset Press Ltd., Londres, 1960.

Taylor, A. J. P.: *English History 1914-1945,* Oxford University Press, 1965.

Thomson, David: *England in the Twentieth Century 1914-1963,* Penguin Books Ltd., Londres, 1965.
Wood, N.: *Communism and British Intellectuals,* Victor Gollancz Ltd., Londres, 1959.

INDICE